



# DAVID ANTHONY DURHAM



# ACACIA

La excepcional serie de fantasía épica llamada a desbancar y superar  
la saga Canción de Hielo y Fuego™ de George R.R. Martin

Lectulandia

En el corazón del Imperio de Acacia se halla su rey Leodan Akaran, que dirige el llamado Mundo Conocido. Los acacianos han creado un país rico y próspero que ha construido su riqueza sobre el esclavismo y la venta de parte de su población infantil a Lothan Aklun, quien rige un imperio más amplio y poderoso que la misma Acacia. A cambio, reciben una droga que pacifica a sus consumidores de manera que nunca sean capaces de desarrollar la fuerza de voluntad suficiente para quejarse siquiera.

En su lecho de muerte, Leodan se preocupa por poner en marcha un plan largo tiempo preparado para salvar la vida de sus cuatro hijos, a quienes ha educado en la ignorancia sobre las razones de la prosperidad de Acacia. Los cuatro niños de la dinastía Akaran conocen poco del mundo que hay más allá de su opulento paraíso. Pero cuando un asesino golpee el corazón de imperio, sus vidas cambiarán para siempre.

Separados en contra de su voluntad y obligados a huir a lugares distantes, los niños deberán abrirse camino por una maraña de alianzas ocultas, magia ancestral, invasores extranjeros y comercio ilícito. A medida que tratan de comprender el verdadero sentido de sus vidas, descubrirán que el destino del mundo se encuentra en sus manos.

**Lectulandia**

David Anthony Durham

**Acacia**

ePub r1.0

Enhiure 02.03.14

Título original: *Acacia*

David Anthony Durham, 2007

Traducción: Albert Solé & María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Enhiure

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Laughton y Patricia*

## Agradecimientos

Aparte de mi esposa Gudrun, quisiera dar las gracias a Laughton Johnston y Gerry LeBlanc por la lectura de esta cosa en forma de manuscrito, y a James Patrick Kelly por darle también su aprobación. Agradezco a Sloan Harris ser un agente estelar y a Gerald Howard ser un verdadero editor. Gracias también a toda la gente del programa Stonecoast MPA, especialmente al equipo de Popular Fiction por su apoyo mientras yo transitaba hacia el lado oscuro. Y gracias a todos los de Doubleday y Anchor.

Puede que yo haya escrito esta pequeña historia, pero fueron necesarias más personas que las que yo puedo mencionar aquí para producir la novela terminada que ahora tiene usted en sus manos.

# **LIBRO PRIMERO**

## **EL IDILIO DEL REY**



El asesino abandonó la fortaleza de Mein Tahalian por el gran pórtico central, cabalgando a través de una grieta de las grandes vigas de madera de pino blindadas, justo lo suficientemente ancha como para permitirle salir. Se fue al amanecer, vestido como cualquier soldado del Mein. Llevaba una capa de piel de alce que le envolvía el cuerpo por completo. Incluso le cubría las piernas y daba calor a la poderosa montura que tenía debajo. Llevaba un peto de doble grosor sobre el torso: dos gavillas de hierro ajustadas a los contornos de su cuerpo con una capa de piel de nutria alisada debajo de ellas. Se dirigía al sur a través de una tierra nevada, congelada en un brillo glacial.

El invierno era tan amargamente frío que durante los primeros días el aliento del hombre cristalizaba al salir de sus labios. El vapor formaba una extraña protuberancia alrededor de su boca, convirtiendo el paso hacia ella en un canal cavernoso. Unos nudos de hielo le colgaban de la barba y se rozaban entre sí como campanillas de cristal. Vio a unas cuantas personas incluso al atravesar poblados de bajos refugios abovedados. Vio huellas de zorros blancos y de liebres en la nieve, pero raras veces las criaturas propiamente dichas. Una vez un gato de las nieves se detuvo para observar su paso desde una roca con una mirada de indecisión, sin saber si huir del jinete o perseguirlo. Al final, no hizo ninguna de las dos cosas y el hombre se echó la bestia a la espalda.

En una ocasión subió a lo alto de una loma y contempló una llanura cuajada de renos. Era un espectáculo que casi no se veía desde tiempos lejanos. Al principio, pensó que había llegado a una reunión del mundo espiritual. Después aspiró el mohoso olor de los animales. Eso rompió el aire de misterio. Descendió hacia ellos y disfrutó de la manera en que el rebaño se apartaba de él mientras el sonido de sus pezuñas se convertía en un retumbo dentro de su pecho. Si las tierras del Mein hubieran sido suyas, él habría podido cazar aquellas criaturas tal como habían hecho sus antepasados. Pero su deseo no cambió la realidad. La raza de personas llamada mein, la elevada altiplanicie norteña del mismo nombre, la gran fortaleza de Tahalian, la estirpe real de hombres que hubiera tenido que gobernar el territorio sin interferencias, todos habían sido siervos de Acacia a lo largo de los últimos quinientos años. Fueron derrotados, masacrados en gran número y dominados desde



entonces por gobernadores extranjeros. Habían sufrido impuestos injustos, privados de combatientes, muchos de los cuales habían sido enviados a servir a los militares acacios en tierras muy distantes de su hogar, lejos del oído de sus antepasados. Así por lo menos lo veía el jinete... como una injusticia que no debería perdurar eternamente.

Dos veces en la primera semana se apartó del camino principal para evitar los puntos de control de la Guardia Norteña. Su documentación estaba en regla. Con toda probabilidad no se hubiera retrasado, pero no se fiaba de los acacios y aborrecía la simple idea de simular reconocer su autoridad. Cada vuelta que daba para apartarse de ellos lo acercaba más a las Montañas Negras que discurrían paralelas a su camino. Sus picos se proyectaban hacia arriba desde la nieve como enormes copos de obsidiana recortados como con navaja. Según las antiguas historias, las cumbres eran las puntas de unas lanzas arrojadas a través del techo del mundo por una raza de airados gigantes cuyo propio país se extendía bajo la piel de la tierra.

Después de diez días de cabalgar, llegó al Borde Methaliano, la frontera sureña del Mein. Se detuvo un instante para contemplar las fértiles y boscosas tierras situadas seiscientos metros más abajo, sabiendo que jamás volvería a respirar el aire de los altos parajes. Sacó la cabezada a su cabalgadura y la arrojó allí donde él se encontraba. Eligió una manera más suelta de llevar las riendas que no revelara la menor huella de sus orígenes. A pesar de que hacía todavía mucho frío y de que la tierra estaba cubierta de escarcha, se desabrochó la capa y la arrojó al suelo. Extrajo una daga y aflojó la tira de cuero que sujetaba su yelmo. Arrojó el yelmo entre los arbustos y se sacudió el cabello. Fuera de los confines del metal batido, el cabello largo y castaño se agitó como de alegría a causa de la reciente libertad. Su trabajo había sido una de las características que lo habían inducido a asumir aquella tarea. Su tono se parecía muy poco al frágil color pajizo de casi toda la raza mein y siempre lo había avergonzado.

Tras haberse puesto una camisa de algodón para disimular el peto, jinete y montura bajaron de las alturas. Recorrieron una pendiente de muchos vaivenes que reveló un territorio de una clase totalmente distinta, un bosque templado de árboles de madera dura, salpicado de los pequeños y selváticos poblados que constituían el sector norte de las tierras administradas directamente desde Alecia, la sede burocrática del gobierno de Acacia.

Su dominio de la lengua del imperio le era tan odioso que raras veces lo hablaba con nadie, excepto en las ocasiones en que no tenía más remedio. Cuando le vendió el caballo a un tratante del extremo sur de los bosques, masculló contra el dorso de la mano, murmurando con voz ronca. Aceptó a cambio monedas del reino, prendas de vestir que no llamaran la atención y un par de sólidas botas de cuero, puesto que pensaba recorrer a pie el resto del camino hasta la costa. Y, de esta manera, se volvió

a transformar.

Siguió el principal camino hacia el sur con un voluminoso saco echado al hombro. Éste contenía amontonadas aquí y allá las cosas que todavía iba a necesitar. Pasó las noches acurrucado en depresiones situadas en el extremo de las granjas o en sectores del bosque. Aunque la gente que lo rodeaba creía que la tierra estaba sufriendo los efectos del invierno, para él todo aquello era más bien un verano tahalio, lo bastante caluroso como para hacerlo sudar.

No lejos del puerto de Alecia se desprendió una vez más de su ropa. Se quitó el peto, lo ocultó debajo de unas piedras en el lecho de un río y tomó una capa cosida en las frías cámaras del Mein, confiando en que pasara por auténtica. Con los hombros envueltos en ella parecía un vadayo. Aunque constituían una antigua orden, los vadayos ya no eran la secta religiosa que antaño habían sido. Eran unos eruditos que estudiaban y conservaban la antigua ciencia bajo la dirección ceremonial de la sacerdotisa de Vada. Eran un grupo muy reservado que despreciaba las obras del imperio. Como tal, no resultaría extraño que él apenas se intercambiara unas palabras con quienes lo rodeaban.

Para completar su aspecto, el hombre se rasuró las partes laterales de la cabeza y se ató el largo cabello en un apretado moño en la parte superior de la cabeza, con unas finas tiras de cuero. Su piel a ambos lados de la cabeza era tan pálida y sonrosada como la carne de cerdo. Se frotó un bronceador que se utilizaba para pintar la madera. Al terminar, ni los ojos más perspicaces lo hubieran podido tomar por otra cosa que no fuera el estudioso que pretendía ser.

Aunque llevaba todos esos disfraces con compostura, en realidad no era ninguna de las cosas por las que se hacía pasar. Se llamaba Thasren Mein. Nació de sangre aristocrática, hijo del difunto Heberen Mein. Era el hermano menor de Hanish, el legítimo jefe de las tribus de la altiplanicie del Mein, y de Maeander, jefe de los punisaris, las fuerzas de guardia de elite y el orgulloso núcleo de la tradición marcial de su pueblo. Era un linaje del que sentirse orgulloso, pero todo esto lo había apartado a un lado para convertirse en un asesino. Por primera vez su existencia tenía sentido para él. Jamás había estado tan centrado como ahora, más satisfecho de sí mismo, entregado a una misión a la que había consagrado su vida. ¿Cuántos de los muchos que caminan por la Tierra saben exactamente por qué respiran y comprenden exactamente lo que tienen que hacer antes de pasar al más allá? Qué suerte tenía.

Desde una embarcación de transporte, observó cómo la isla de Acacia surgía del mar verde pálido en un nudoso revoltijo de rocas. De lejos parecía de lo más inocente. El punto más alto de la isla se encontraba en el extremo sur. En el centro, las montañosas tierras de labranza y las lomas bajaban un poco pero se volvían a elevar en una serie de mesetas que varias generaciones de poblados habían labrado en una tierra apta para albergar el palacio. Los árboles de Acacia se elevaban tan oscuros

como los talayos de morena piel del Sur que lucían grandes penachos de plumas, salpicados aquí y allá de blancos capullos. A pesar de la tortuosa longitud de la línea costera de la isla, una parte relativamente pequeña de ella era accesible; las playas y los puertos eran escasos.

Navegando por delante de las torres de protección del puerto, Thasren vio un estandarte del imperio colgando flojo a causa de la falta de brisa. Él sabía por los colores lo que vería si estuviera desplegado: un sol amarillo dentro de una plaza bordeada de rojo, en el centro una silueta negra del árbol que daba este nombre a la isla. Todos los niños del Mundo Conocido identificaban el emblema por muy distante que estuviera su lugar de nacimiento. El asesino tuvo que reprimir su deseo de quitarse carraspeando los gorgojos de la garganta y escupirlos con desprecio.

Subió desde el barco al muelle principal junto con todos los demás pasajeros, mercaderes y trabajadores, mujeres y niños, todos saltando la brecha por encima del agua más clara que el cristal como un rebaño de animales. Había otros vadayos entre ellos, pero Thasren evitó el contacto visual con ellos. De pie sobre la sólida piedra del muelle mientras sus compañeros de pasaje se movían a su alrededor, comprendió que estaba a punto de saltar al interior de la boca del enemigo. Si alguien a su alrededor descubriera ahora su nombre o pudiera adivinar sus pensamientos, se convertiría en el blanco de todas las dagas, espadas y lanzas de la isla. Esperó un momento más de lo que pretendía hacer, sorprendiéndose de que nadie lo condenara. Nadie le hizo advertencias a gritos o se detuvo siquiera para echarle un vistazo.

Estudió la gran muralla de piedra rosada con sus fríos ojos. Más allá, espiras y torres y cúpulas se elevaban en el aire, muchas de ellas pintadas de azul oscuro o de sombrío rojo o marrón con un polvoriento tono herrumbroso, algunas doradas y resplandecientes bajo el sol. Las estructuras subían en terrazas nivel a nivel, tan empinadas como una escarpada montaña. Era bello de contemplar; hasta él lo podía reconocer. No se podía comparar con la baja y cavilosa presencia del hogar del asesino. Tahalian estaba construido con enormes tablones de madera de abeto medio clavados en la tierra como protección contra el frío, sin adornos porque buena parte del año estaban envueltos por la oscuridad invernal mientras la nieve se acumulaba sobre todas las superficies planas. La diferencia entre ambos era difícil de establecer y por eso Thasren se lo quitó del pensamiento.

Se dirigió como dando un paseo hacia las puertas de la ciudad inferior. Puede que tardara algún tiempo, pero encontraría su manera de llegar hasta el centro de la ciudad, asumiendo cualquier disfraz que necesitara para entrar en el palacio propiamente dicho. Allí contestaría a cualquier pregunta que le hubiera planteado casualmente su segundo hermano hacía sólo un mes atrás. Si ellos quisieran que matara a la bestia con muchos brazos, Maeander había dicho, ¿por qué no empezar por cortarle la cabeza? Después podrían ir por las extremidades y el cuerpo mientras

la criatura diera tumbos por ahí sin visión y sin liderazgo. El asesino sólo tendría que acercarse lo bastante a esta cabeza y esperar el momento apropiado para asestarle un golpe, y hacerlo en público para que los rumores sobre aquel hecho se propagaran como un contagio de una boca a otra.



Para ayudarse a pasar el lento aburrimiento de las clases de la mañana, Mena Akaran siempre se sentaba en el mismo lugar, sobre un herboso montículo detrás de sus hermanos. Acababa de cumplir los doce años y desde su ventajosa posición podía ver a través de un diente que faltaba en la balastrada de piedra que cercaba el patio. Enmarcaba una escena que empezaba con las terrazas de varias capas del palacio. Bajaba a través de una extensión de espacio más allá de la muralla occidental de la ciudad y después daba paso a las altas hileras de las colinas cultivadas. La elevación de territorio más distante era la más alta: el lejano promontorio conocido como la Roca del Puerto. Había estado allí con su padre y recordaba la maloliente y cacofónica vida de las aves marinas del lugar, con sus vertiginosas vistas que caían directamente unos escarpados quinientos metros sobre el espumoso oleaje de abajo.

Sentada en la alta clase al aire libre en la cual los hijos del rey se reunían con su preceptor, los pensamientos de Mena se alejaban. Esta mañana se imaginaba a sí misma como una gaviota que emprendía el vuelo desde la cara de la roca. Bajaba en picado y volaba sobre la superficie del agua. Volaba velozmente entre las velas de los veleros de los pescadores y allá sobre las barcazas comerciales que flotaban sobre el mar a merced de las corrientes circulares que las movían de uno a otro lugar. Las dejó atrás y las olas se volvieron más empinadas. El agua turquesa adquirió un color azul oscuro y después negro foca. Voló sobre bancos de relucientes boquerones y sobre los lomos de las ballenas buscando las cosas desconocidas que ella sabía que al final emergerían del borde de cabrillas del horizonte...

—¿Mena? ¿Estás con nosotros, princesa? —Tanto Jason, el preceptor real, como sus dos hermanos y su hermana la estaban mirando. Los niños permanecían sentados en la húmeda hierba. Jason se encontraba de pie delante de ellos con un viejo volumen en una mano y la otra apoyada en la cadera—. ¿Has oído la pregunta?

—Pues claro que no ha oído la pregunta —dijo Aliver. A sus dieciséis años era el mayor de los hijos del rey, el heredero manifiesto del trono. Recientemente había crecido más allá de la estatura de su padre y su voz había cambiado. Su expresión era de interminable aburrimiento, una enfermedad que se había apoderado de él hacía aproximadamente un año y aún tenía que soltarlo—. Estaba volviendo a pensar en peces. O en delfines.

—Ni los peces ni los delfines tienen nada que ver con el tema que estamos discutiendo —dijo Jason—. Por consiguiente, lo repetiré: —¿A quién destituyó el fundador de la dinastía Akaran en Galaral?

¿Ésta era la pregunta que se había perdido? ¡Cualquiera la podía contestar! Mena aborrecía responder a preguntas sencillas. Sólo hallaba placer en el conocimiento cuando destacaba por encima de los demás. Dariel, su hermano menor, sabía quién había sido el primer rey y qué había hecho, y eso que sólo tenía nueve años. Se reprimió todo lo que pudo, pero, cuando Aliver abrió la boca con cierta altivez, ella se precipitó a hablar.

—Edifus fue el fundador. Nació en medio del sufrimiento y la oscuridad en los Lagos, pero triunfó en una sangrienta guerra que afectó a todo el mundo. Se enfrentó con el Infiel Rey Tathe de Galaral y aplastó sus fuerzas con la ayuda de Portavoces santoth. Edifus fue el primero de una línea ininterrumpida de veintidós reyes Akaran, de los cuales mi padre es el más reciente. Los hijos de Edifus, Thalaran, Tinhadin y Praythos emprendieron la tarea de asegurar y solidificar el imperio a través de toda una serie de campañas llamadas las Guerras de Distribución...

—Muy bien —dijo Jason—. Más de lo que he preguntado para...

—Una gaviota.

—¿Cómo?

—Yo era una gaviota, no un pez ni un delfín.

Le hizo una mueca a Aliver y después se volvió para hacerle lo mismo a Corinn.

Poco después, tras haber intentado infructuosamente recuperar sus imaginaciones aviarias, Mena se conformó con seguir la conversación. El debate había pasado a la geografía. Corinn enumeró las seis provincias y consiguió decir algo acerca de las familias gobernantes y las formas de gobierno: el Continente casi en el Norte, la satrapía del Mein en el extremo norte, la Confederación Candovia hacia el Noroeste, Talay al Sur y las tribus de la montaña de Senival al Oeste. Las islas unidas colectivamente y llamadas el archipiélago de Vumu constituían la última provincia, aunque no tenían el mismo gobierno centralizado que las demás.

Jason desenrolló un mapa sobre la hierba e hizo que los niños inmovilizaran los bordes con sus rodillas. Dariel experimentaba un placer especial con los mapas. Se inclinó sobre él y repitió todo lo que dijo el preceptor como si tradujera la información para otro oyente. Algo en su lenta manera de hacerlo indujo a Mena a interrumpirlo.

—¿Por qué Acacia es siempre el centro de todos los mapas? —preguntó—. Si el mundo es curvo y no tiene fin, tal como tú nos has enseñado, Jason, ¿por qué un lugar es el centro y no otro?

A Corinn la pregunta le pareció tonta. Miró a Jason con las cejas enarcadas y frunció los labios. A los quince años, era atractiva y lo sabía, con una tez aceitunada y

un redondo rostro que había acabado por ser el compendio de la belleza acacia. Buena parte de su difunta madre Aleera perduraba en ella, por lo menos eso era lo que todo el mundo parecía pensar.

—Es simplemente el centro, Mena. Todo el mundo lo sabe.

—Dicho brevemente —dijo Jason—, pero Mena se apunta un tanto. Todos los pueblos se consideran los primeros. Los primeros, los centrales y los principales, ¿está claro? Alguna vez os tendría que mostrar un mapa de Talay. Ellos dibujan el mundo de una manera muy distinta. ¿Y por qué no deberían considerarse a sí mismos el centro del mundo? También son una gran nación...

Aliver soltó una risotada.

—¡Seamos serios! Los hombres y las mujeres de allí andan medio desnudos. Cazán con lanzas y adoran a unos dioses que parecen animales. Utilizan todavía unos pequeños gobiernos tribales... con jefes y demás. No son mejores que los pendencieros meins.

—Y allí hace demasiado calor —añadió Corinn—. Dicen que la tierra se pasa medio año secándose hasta convertirse en polvo. Tienen que beber a través de unos agujeros cavados en el suelo.

Jason reconoció que el clima talayo era duro, sobre todo en el lejano Sur. Y sabía que éstos siempre considerarían que su comportamiento era inferior a las costumbres acacias. Había una razón por la cual Acacia dominaba sobre todo el Mundo Conocido.

—Somos un pueblo muy bien dotado. Pero somos también benévolos. No deberíamos desdeñar a los talayos ni a ningún otro pueblo.

—Yo no he dicho que los desdeñe. Tienen sus costumbres y, cuando sea rey, intentaré respetarlos. Bueno, ¿por qué está aquí fuera este mapa? ¿Tienes algo que enseñarnos o no?

Jason, percibiendo la llamarada de impaciencia en el tono de Aliver, asintió con la cabeza. Accedió con una sonrisa y dejó correr la cuestión. Era un profesor, sí, pero jamás olvidaba que también era un criado. A veces tal cosa le parecía una desgracia a Mena. ¿Cómo podrían ellos aprender algo acerca del mundo si podían acallar a sus preceptores, elevando simplemente el tono de sus voces?

La lección se reanudó y todos ellos escucharon a Jason sin volver a interrumpirlo. Pero la cosa no duró demasiado. Unos minutos después su padre, el rey Leodan, cruzó la puerta y aspiró una bocanada de aire matinal. Su rostro tenía la textura del cuero curtido. Una fina mata de cabello blanco le rodeaba las sienes realzando su cabello por lo demás oscuro y traicionando su edad y sus responsabilidades reales. Miró a sus hijos y saludó con una inclinación de la cabeza a su preceptor y después contempló la vista panorámica de la isla.

—Jason —dijo—, voy a interrumpir tus enseñanzas esta mañana. La delegación

de Aushenia está al llegar y no dispondré de todo el tiempo que quisiera para mis hijos en las próximas semanas. Me he despertado con el deseo de salir a correr con los caballos. Estoy dispuesto a cumplirlo. Si mis hijos me quisieran acompañar, la cuestión ya estaría decidida...

A los hijos les apetecía mucho y, en cuestión de una hora, salieron galopando a través de una de las pequeñas puertas laterales del palacio. Todos los hijos cabalgaban desde los cuatro o cinco años y todos estaban más que capacitados para hacerlo, hasta Dariel. Una guardia de diez jinetes los siguió desde una discreta distancia. Nadie podía imaginar que el rey corriera peligro estando en Acacia, pero, como monarca que era, a menudo los obligaba a cumplir tradiciones de épocas más peligrosas.

Cabalgaron a toda velocidad por el alto camino rumbo al Oeste. El estrecho sendero atravesaba a veces unas crestas tan estrechas que desde allí uno podía contemplar panoramas a ambos lados que bajaban por unas pendientes cubiertas de enebros que descienden hasta el mar. Las espinosas copas de las acacias rompen ocasionalmente el dosel finamente entretejido. Ellas fueron, naturalmente, las que dieron su nombre a la isla y el título informal a la dinastía Akaran. Eran una característica distintiva del paisaje, singular en comparación con las demás islas del Mar Interior, ninguna de las cuales tenía acacias. De cerca, los árboles asustaban a Mena cuando era más joven. Nudosos y cubiertos de espinas, tan inmóviles y, sin embargo, siempre con una amenaza de vida latente, de una inteligencia interior que ella sospechaba que optaban por mantener oculta por sus propios motivos. Sólo últimamente se había empezado a sentir a gusto cerca de ellos. Un ejemplar viejo, lijado y domesticado se había trasplantado a la habitación de Dariel como pieza sobre la cual saltar, un juguete. Todo ello había sido muy útil para aliviar sus inquietudes. Se podían cortar y mover y convertir en juguetes infantiles; difícilmente hubieran podido inspirar temor.

Los jinetes bajaron a la áspera playa de la costa sureña, un tramo de costa dejado en su estado natural, con vistas al otro lado de la bahía, a unas rocas rebosantes de vida aviar. Se pasaron un buen rato cabalgando en un grupo suelto alrededor y entre grandes trozos de maderas arrojadas a la playa y blanqueadas por el sol o en medio de las cristalinas aguas de color verde donde los caballos acocebaban a través de la espuma. Aliver desmontó y empezó a arrojar conchas marinas contra las olas. Corinn se colocó de pie sobre el putrefacto tronco de un árbol enorme, con los brazos estirados a ambos lados y el rostro apuntado hacia la helada brisa. Dariel perseguía cangrejos de mar por la arena.

Mena decidió permanecer de pie a la derecha de su padre mientras éste caminaba del uno al otro, interesado por todo lo que hacían y riéndose, pues muchas cosas parecían distraerlo cuando estaba con sus hijos. Sostuvo entre sus dedos una rama



arrojada por el mar a la orilla, pasando las yemas de los dedos por la superficie de la madera curtida por la intemperie. Así tenía que ser la vida. No se planteaba la cuestión de si tal cosa —un rey retozando con sus hijos— era insólita. Era simplemente lo que siempre había sido. No podía imaginar ninguna otra posibilidad. Se preguntaba, sin embargo, si alguien más que ella veía la tensión oculta detrás de la apariencia de su padre. Su alegría era sincera, pero no carecía de esfuerzo. Era dolorosa en cierto modo a causa del que estaba ausente.

Aquella noche, de vuelta una vez más a la cálida colmena del palacio, Mena y Dariel se acurrucaron en la cama de ella para oír a su padre contar una historia. Como todas las estancias del palacio, la de Mena era grande, ancha y alta, con un suelo de reluciente mármol blanco. No era una sala en la cual Mena pudiera ejercer alguna influencia, a diferencia de lo que podía hacer Corinn en su nido de encaje, con sus alegres colores y sus distintos almohadones. El mobiliario era uniformemente antiguo, unas piezas hechas de nudosa madera dura, con tapicerías que rascaban la piel. Los tapices que colgaban en las paredes representaban figuras de la historia acacia. Ella sólo podía contar las hazañas de algunas de ellas, pero sentía su presencia en la estancia como una fuerza protectora. Velaban por ella. Eran, a fin de cuentas, la gente de su padre. Su propia gente.

Leodan se sentó en un escabel a su lado.

—Bueno pues —dijo—, creo que hemos llegado al punto en el que tengo que contaros la historia de los dos hermanos y de cómo empezaron las grandes desavenencias entre ellos. Es una lástima que Corinn y Aliver sean demasiado mayores para las viejas historias; antes les gustaba ésta, a pesar de que es triste.

El rey explicó que hubo un tiempo en el lejano pasado en que los dos hermanos, Bashar y Cashen, estaban tan unidos que no se podían separar. Una hoja de cuchillo no se podía deslizar entre ellos, tanto era el amor que se profesaban y el placer que experimentaban estando juntos. Por lo menos así fue hasta el día en que una delegación de una cercana aldea acudió a ellos y les dijo que, puesto que ambos eran tan buenos y nobles hermanos, rezaban para que uno de ellos se convirtiera en algo llamado un «rey». Un profeta soñador les había dicho que, si tuvieran un rey, alcanzarían la prosperidad. Era algo que necesitaban amargamente, pues se habían pasado años sufriendo hambre y discordias. Ninguno de ellos podía decidir quién de ellos debería ser el rey y por eso ahora imploraban que uno de los hermanos aceptara el papel.

Los dos hermanos preguntaron si ambos podían ser reyes, pero los aldeanos contestaron que eso no era posible. «Sólo un hombre puede ser el rey de un lugar», dijeron. Eso era lo que les había dicho el profeta. Pero a los hermanos les seguía gustando la idea de ser reyes. Dijeron que los aldeanos eligieran entre ellos y que el no elegido aceptaría la decisión. Acordaron en secreto que, al cabo de cien años, se

intercambiarían los papeles y el que no había sido rey lo sería a partir de entonces.

Cashen fue elegido y se convirtió en rey. Durante cien años gobernó sin incidentes. El pueblo prosperaba. Bashar estaba siempre a su lado. Pero el primer día de los primeros ciento y un años Bashar pidió que Cashen entregara la corona. Cashen lo miró fríamente. Estaba acostumbrado a ser rey y le gustaba el poder que ejercía. Bashar le recordó su acuerdo, pero Cashen afirmó que jamás se habían intercambiado tales palabras. Al oírlo, Bashar se llenó de cólera. Llegó a las manos con su hermano. Cashen se lo quitó de encima y, dominado súbitamente por el temor y la vergüenza, huyó de la aldea hacia las montañas. Se libró de todo el amor que sentía por su hermano y se llenó en su lugar de amargura. Bashar lo persiguió por las colinas y las montañas. Unas nubes de tormenta se reunieron en el cielo y los truenos y relámpagos iluminaron el firmamento mientras la lluvia caía copiosamente sobre ellos.

Dariel rozó la muñeca de su padre con un dedo.

—¿Es eso cierto?

Inclinándose hacia él, Leodan murmuró:

—Todas y cada una de las palabras.

—Hubieran tenido que turnarse —dijo Dariel con un tono de cansancio en la voz.

—Cuando Bashar alcanzó a su hermano, le golpeó la cabeza con su bastón de mando. A Cashen se le debilitaron momentáneamente las rodillas, pero después se sacudió el golpe y se abalanzó de nuevo contra Bashar. Esta vez Bashar blandió el bastón a su alrededor y alcanzó a su hermano en las rodillas, arrojándolo de espaldas al suelo. Soltó el bastón y agarró a su hermano, lo sostuvo en alto por encima de su cabeza y se acercó al precipicio. El viento lo azotaba y aullaba a su alrededor, pero, aun así, él consiguió llegar al borde del precipicio, donde arrojó a su hermano al vacío.

»Pero Cashen no pereció. Bajó por la ladera brincando, rodando y dando tumbos. Recuperó el equilibrio y echó a correr. Cruzó el valle saltando y llegó al otro lado. Mientras llegaba a la cumbre de la lejana montaña, un relámpago desgarró el cielo. La luz era tan cegadora que Bashar se tuvo que tapar los ojos. Cuando pudo volver a ver, Bashar observó que Cashen había sido alcanzado. Pero, en lugar de caer muerto al suelo, su cuerpo se estremecía y vibraba de energía. Una luz azul se propagó en abanico sobre su cuerpo y sobre su carbonizada carne. Pero no pereció. Se puso a correr una vez más y ahora era más rápido que antes. Daba unas zancadas enormes y trepó a la cumbre de la lejana montaña y saltó por encima de ella sin dirigir siquiera una mirada hacia atrás para ver a su hermano.

Mena dejó que el silencio perdurara un momento y después preguntó:

—¿Eso es el final?

Leodan la hizo callar y señaló con la cabeza a Dariel para dar a entender que éste

se había dormido.

—No —dijo, empezando a deslizar los brazos por debajo del muchacho—, no lo es de ninguna manera, pero es el final de la historia de esta noche. Bashar comprendió que algún dios se había inclinado para bendecir a su hermano. Supo entonces que ambos serían enemigos en una larga y difícil batalla. La verdad sea dicha, siguen luchando. —Leodan se levantó con Dariel echado sobre sus brazos con todo el peso muerto del sopor—. A veces, si prestas atención con cuidado, puedes oírlos arrojándose mutuamente piedras en las montañas.

Mientras contemplaba la espalda de su padre al cruzar la puerta abierta mientras se volvía hacia el resplandor de la amarilla luz de la lámpara del zaguán y salía afuera perdiéndose de vista, Mena reprimió el repentino impulso de llamarlo. Fue como un jadeo por falta de aire, como si hubiera contenido involuntariamente la respiración. Fue la súbita y temible certeza de que su padre se desvanecería en aquel pasillo para jamás volver a ser visto. Cuando era más joven a menudo lo llamaba una y otra vez para que volviera y la consolara con sus historias y promesas hasta que a él se le terminaba la paciencia o hasta que ella caía rendida de cansancio. Pero últimamente ella se avergonzaba de cualquier emoción que la embargara al separarse de él. Era la carga que tenía que soportar, y vaya si la soportaba.

Se dio cuenta de que había apretado fuertemente en sus dos puños las sábanas de la cama. Trató de aflojar los dedos y de extender la calma desde ellos y a través del resto de ella. Era un temor sin sentido, se dijo. Así se lo había dicho muchas veces Leodan. Él jamás la abandonaría. Se lo prometía con absoluta e innegable certeza paternal. ¿Por qué no podía creerlo? ¿Y por qué el deseo de creerle le hacía sentir un ligero desaire a su madre muerta? Sabía que muchos niños de su edad jamás habían sufrido la pérdida de un progenitor. Ni siquiera el dormido Dariel podía recordar lo suficiente a su madre como para echarla de menos. Él no sabía nada de lo que había perdido. Qué benévola era la ignorancia. Si ella hubiera sido la más joven en lugar de Dariel... No estaba segura de si era un pensamiento mezquino, cruel para con su hermano, pero se pasó mucho rato pensándolo.



Thaddeus Clegg pudo ver en cuanto entró en su cámara que la mujer estaba a punto de desplomarse de agotamiento. Permanecía de pie en el centro de la estancia iluminada por una antorcha de cara a la pared más alejada, con su silueta perfilada por el resplandor anaranjado de la chimenea. Osciló de un lado a otro con los torpes y desordenados movimientos de los profundamente cansados. Su ropa estaba tan sucia y manchada como la de un campesino, pero por debajo de la tierra reseca y la mugre Thaddeus pudo distinguir el brillo de su cota de malla. El ajustado casquete de su yelmo ya era suficientemente característico con su singular penacho de crin de caballo en la parte superior.

—Mensajera —dijo Thaddeus—, mis disculpas por haberte hecho esperar de pie. Mis criados se atienen a la formalidad incluso en presencia de la razón.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—¿Por qué he sido retenida aquí, canciller? Mi mensaje es para el rey Leodan, siguiendo las órdenes del general Leeka Alain de la Guardia Norteña.

Thaddeus se volvió hacia su criado, que se había situado a su lado para protegerlo al entrar en la estancia, y le ordenó servirle a la mensajera un plato de comida. Mientras el criado se retiraba, Thaddeus le indicó por señas a la mujer que se sentara en uno de los reclinatorios que tenía a su espalda. Le costó un poco convencerla, pero, cuando él se sentó, la mensajera imitó su ejemplo. Éste explicó que estaba allí delante de él precisamente porque su mensaje era para el rey. En su calidad de canciller, él recibía todas las comunicaciones primero.

—Tú eso ya lo sabes ciertamente —dijo con una sombra de reprimenda en el frunce de sus labios.

A sus cincuenta y seis años, Thaddeus había dejado a su espalda la bella apariencia de su juventud. El invariable sol de los veranos acacios había labrado unas profundas arrugas en su piel, unas líneas que parecían brotar de nuevo cada vez que él se miraba en un espejo de mano. Sin embargo, sentado muy enhiesto al alcance de la trémula luz del fuego de la chimenea, con los brazos cruzados sobre sus rodillas y el raso rojo oscuro de su capa de invierno a su alrededor, el canciller parecía sentirse muy a gusto con su papel de confidente del gobernante del imperio más grande del Mundo Conocido. Había nacido pocos meses después que Leodan Akaran, en el seno

de una familia de estirpe casi real, pero muy pronto le habían dicho que su misión era servir al futuro rey, no aspirar él mismo a tales alturas. Era un confidente constante, el primer oído para cualquier secreto, los ojos que veían al monarca como sólo les estaba permitido ver a los miembros de su familia inmediata. Le habían asignado su papel y su condición social, tal como había ocurrido con cada uno de los miembros de las veintidós generaciones que lo habían precedido.

El criado regresó portando una bandeja con platillos de ostras y anchoas ahumadas, racimos de uva y dos botellas, una de agua de lima y otra de vino. Thaddeus hizo señas de que la mujer se podía servir.

—Que no haya discordia entre nosotros —dijo—. Veo que eres un soldado de verdad y, a juzgar por la ropa que llevas, has tenido un viaje muy duro. El Mein debe de ser un lugar helado en esta época del año. Bebe. Tómate un respiro. Recuerda que te encuentras dentro de las murallas de Acacia. Y después dime lo que tengas que decirme.

—El general Alain envía...

—Sí, has dicho que te envía Leeka. ¿No te envía el gobernador?

—Este mensaje procede del general Alain —dijo la mensajera—. Envía sus más fervientes alabanzas y afecto al rey y a sus cuatro hijos. Les desea larga vida. Les jura su lealtad ahora y siempre y ruega que el rey escuche sus palabras con cuidado. Todas son verdaderas, aunque su mensaje parecerá increíble.

Thaddeus miró a su criado. Cuando éste abandonó la estancia, el canciller dijo:

—El rey escucha a través de mí.

—Hanish Mein está organizando una guerra contra Acacia.

Thaddeus sonrió.

—No es probable. Los meins no están locos. Su número es muy reducido. El Imperio acacio los aplastaría como hormigas bajo sus pies. ¿Cuándo se le ocurrió a Leeka semejante...?

—Perdonadme, señor, pero no he terminado mi informe. —La mensajera pareció entristecerse. Por un instante se frotó las bolsas que le rodeaban los ojos—. No es sólo con los meins con quien tenemos que enfrentarnos. Hanish Mein ha concertado una cierta alianza con los pueblos de más allá de los Campos Helados. Han rebasado el techo del mundo y se han desplazado al Sur y penetrado en el Mein.

La sonrisa del canciller se desvaneció.

—Eso no es posible.

—Señor, os juro por mi brazo derecho que han llegado al Sur por miles. Creemos que lo hacen atendiendo a la llamada de Hanish Mein.

—¿Ha salido del Mundo Conocido?

—Los servicios de reconocimiento los han visto acercarse. Son un pueblo extraño, bárbaro y fiero...

—Los pueblos forasteros siempre se consideran bárbaros y fieros.

—Su estatura rebasa la de los hombres normales en más de una cabeza. Cabalgan a lomos de unas criaturas peludas, unos animales con cuernos que aplastan a los hombres bajo sus pies. Vienen no sólo con soldados sino también con mujeres, niños y ancianos, en unos enormes carros que parecen ciudades ambulantes, tirados por troncos de cientos y cientos de bestias que yo jamás había oído describir. Dicen que arrastran sobre ruedas torres de asedio y otras extrañas armas y que conducen grandes rebaños de ganado...

—Tú describes unos nómadas errantes. Eso son inventos de la fantasía de algún embustero.

—Si son nómadas no son como ninguno que jamás haya visto nuestro mundo. Saquearon una ciudad llamada Vedus en el lejano Norte. He dicho que saquearon, pero, en realidad, simplemente la arrasaron. No dejaron nada a su espalda, pero se apoderaron de todo lo que de valor había y se lo llevaron consigo.

—¿Cómo sabes que Hanish Mein tiene algo que ver con eso?

La mensajera clavó la mirada en el canciller. Puede que no rebasara los veinticinco años, pero en su rostro había más sufrimiento y perseverancia de los que hubieran podido haber en ellos. Thaddeus había pensado a menudo que ello era cierto en las mujeres soldado. Estaban coladas en buena medida en un acero mejor que la mayoría de los hombres. Ella sabía de lo que hablaba y él debería reconocerlo.

Thaddeus se levantó y le señaló a la mujer un mapa de gran tamaño del imperio en la pared del fondo.

—Muéstrame todas estas cosas en el mapa. Dime todo lo que puedas.

Ambos se pasaron una hora hablando: uno haciendo preguntas con creciente gravedad, la otra respondiendo con convicción. Recorriendo el mapa con la mirada, Thaddeus no pudo por menos que imaginar la rugiente fiereza del lugar del que estaban hablando. Ninguna otra región del Mundo Conocido era tan incómoda como la satrapía del Mein. Era una áspera región de la meseta norteña, una tierra de inviernos de nueve meses con una raza de personas de rubio cabello que conseguía sobrevivir allí. La meseta llevaba el nombre del pueblo que la habitaba, pero los meins no eran naturales de aquella región. Habían sido antaño un clan del Continente procedente de las estribaciones montañosas orientales de las montañas de Senivalia, no demasiado distinto de los primitivos acacios. Después de un anterior desplazamiento —a manos de los antiguos Akaran— se habían establecido allí y se habían visto obligados a llamarlo su hogar durante veintidós generaciones, de la misma manera que los Akaran habían convertido Acacia en su base durante el mismo período de tiempo.

Los meins eran un pueblo tribal, guerrero y pendenciero, tan áspero y duro como el paisaje en el que habitaban, con una cultura construida alrededor de un malévolo

panteón de espíritus llamados los tunishnevre. Tenían en común el orgullo que compartían por sus antepasados, que protegían viviendo una existencia retirada. Sólo se casaban entre sí y condenaban la mezcla con otras razas. Debido a su reconocida pureza racial, cualquier varón mein podía reclamar el trono como propio siempre y cuando lo ganara por medio de un duelo a muerte llamado el Maseret.

Este sistema dio lugar a un rápido cambio de las normas, en el que cada caudillo tenía que ganarse la aprobación de las masas. Una vez coronado, el nuevo caudillo adquiría el nombre de la raza como suyo propio, dando a entender con ello que representaba a todo su pueblo. De esta manera, el dirigente actual, Hanish del linaje Heberen, se convirtió en Hanish Mein a partir del día en que disputó su primer Maseret y retuvo la corona de su difunto padre. El hecho de que Hanish odiara Acacia no era ninguna novedad, por supuesto que no para el canciller. Pero lo que esta soldado le estaba diciendo rebasaba todos los límites de su imaginación.

A instancias de Thaddeus, la mensajera consumió toda la comida de la bandeja. Sirvieron otra, esta vez con queso de la variedad dura que había que cortar con un afilado cuchillo. El canciller cortó lonchas para ambos y después retiró la hoja que sostenía en la mano. Contempló su reflejo en ella mientras escuchaba.

La mensajera procuró luchar contra el sueño, pero, a medida que la noche entraba en las silenciosas horas, los párpados se le cerraron.

—Temo desfallecer —dijo al final—, pero ya te lo he explicado todo. ¿Puedo ahora ser recibida en audiencia por el rey? Estas cosas están destinadas a sus oídos.

Al oír mencionar al rey, a Thaddeus se le ocurrió una inesperada idea que nada tenía que ver en absoluto con lo que había anticipado para aquel momento. Recordaba un día del verano anterior en que había encontrado a Leodan en los laberínticos jardines del palacio. El rey permanecía sentado en el banco de piedra de una glorieta, limitada a ambos lados por la antigua piedra cubierta de enredaderas que había sido el fundamento de la primera y más modesta morada del rey. Su hijo menor, Dariel, descansaba sobre su regazo. Juntos estaban examinando un pequeño objeto que el niño sostenía en la mano. Cuando Thaddeus se acercó, el rey levantó unos sorprendidos ojos rebosantes de alegría y dijo:

—Thaddeus, ven a ver. Hemos descubierto un insecto con alas moteadas.

Lo dijo como si fuera lo más importante del mundo, como si él fuera un niño igual que su hijo. Cuanto más le gustaba el rey a Thaddeus era durante aquellos días de ojos claros iluminados por el día en que los ojos reales se despejaban de la bruma que los empañaba todas las noches. En aquellos oscuros momentos podía ser muy aburrido permanecer sentado a su lado de no haber sido por sus hijos... bueno, con sus hijos era un necio que recordaba su juventud. Un necio sabio que todavía encontraba prodigios en el mundo...

—¿Canciller?

Thaddeus se sobresaltó. Se dio cuenta de que ambos habían permanecido sentados en silencio. La mensajera se había distraído debido a su cansancio mientras él se sentía atrapado por unos ensueños al azar. Sintió la afilada punta del cuchillo de cortar queso contra su dedo y dijo:

—El rey deberá saber todo eso antes de una hora. ¿Dices que el general Alain te ha enviado aquí directamente? ¿No has hablado de eso con los gobernadores?

—Mi mensaje estaba destinado al rey Leodan —contestó ella en tono tajante.

—Como debe ser. —Thaddeus se tiró del lóbulo de la oreja—. Quédate aquí sentada un momento. Dispondré una reunión con el rey. Nos has prestado un gran servicio.

El canciller se levantó. Sostenía todavía el cuchillo en la mano, pero empezó a apartarse como si lo hubiera olvidado y lo llevara con aire ausente. Mientras pasaba por delante del asiento de la mensajera y se situaba a su espalda, se volvió. Se pasó el cuchillo entre los dedos y asió el mango con un puño de blancos nudillos. En aquel mismo momento la mano comprimió la frente de la mujer mientras la otra le desgarraba el cuello de izquierda a derecha. No estaba seguro de si la herramienta sería suficiente para aquel propósito y utilizó más fuerza de la necesaria. Pero el trabajo ya estaba hecho. La mensajera se desplomó hacia delante sin una palabra de protesta. Él permaneció de pie un momento a su espalda con el cuchillo sujeto hacia un lado y toda la hoja y el puño que la sujetaba manchados lentamente de rojo oscuro. Con un esfuerzo consciente abrió voluntariamente la mano. El arma cayó ruidosamente al suelo y después permaneció inmóvil.

Thaddeus no era del todo el leal servidor del rey que parecía, pues por primera vez en su vida lo había demostrado con un acto de sangre que no se podía anular. La dura verdad lo sorprendió. Trató de serenarse y de encauzar sus pensamientos, de centrarse en los detalles y la acción. Tendría que apartar a sus siervos y después se desharía del cuerpo de aquella soldado y limpiaría el desastre. Tardaría el resto de la noche en hacerlo, pero ni siquiera tendría que abandonar su recinto. Había una mazmorra debajo de donde estaba él ahora. Sólo tendría que arrastrar a la mujer por una escalera de caracol que conducía a la misma; empujarla adentro; cerrar la puerta bajo llave, y dejársela a las ratas, los insectos y los gusanos, que limpiarían tranquilamente sus huesos.

Afrontar las ramificaciones morales de lo que acababa de empezar no sería tan fácil.





Como todos los niños de las casas de la nobleza, Aliver Akaran se había criado en medio de la opulencia. Cuando se despertaba siempre encontraba sus zapatillas descansando en su sitio en el suelo a su lado, y pétalos de flores en la jofaina de agua perfumada en la que se lavaba la cara. A partir del momento en que había empezado a tomar alimentos sólidos, cada comida había sido preparada cumpliendo los más altos criterios, con los mejores ingredientes, teniendo en cuenta hasta el último detalle los efectos en el paladar. Jamás había entrado en una estancia fría un día de invierno, jamás se había preparado su propio baño ni se había mojado las manos lavando ropa. Jamás había presenciado siquiera el lavado de unos platos manchados de comida. Si le hubieran preguntado, hubiera tenido que inventarse de la nada el proceso mediante el cual las cosas se limpiaban, arreglaban y sustituían. Había vivido en el centro de un engaño masivo. Un engaño extremadamente agradable en el cual el mundo funcionaba en buena parte para su satisfacción. A sus dieciséis años de edad, sin embargo, nada de todo ello le impedía ver el mundo a través de unos ojos enojados.

Dejando sus aposentos privados después del paseo por la playa con su padre y sus hermanos, el príncipe tomó sus zapatillas de cuero de entrenamiento y se echó sobre los hombros su chaleco de esgrima. En el pasillo que había en el exterior de su habitación avanzó entre los guardias que permanecían de pie como estatuas a ambos lados de su puerta y después pasó por delante de una hilera de maniqués que cubrían una sola pared. Aquellas figuras de tamaño natural se habían labrado en madera de pino hasta el último detalle humano y alisado con la misma suavidad de la piel hasta evocar la carne sobre el hueso. Se habían colocado en distintas posiciones y vestían atuendos militares de distintas naciones: un mensajero talayo con la piel pintada casi de negro para imitar su color, y un venablo de hierro en los dedos de su mano derecha; un soldado de infantería senivalio, con armadura de escamas imbricadas y una larga y curvada espada al cinto; un jinete del Mein con su característico peto envuelto a su alrededor en andrajosos pliegues; un guerrero vumu adornado con plumas de águila, y acacios con sus distintos y pulcros uniformes, apenas armados, con unos sueltos y holgados pantalones por debajo de unas preciosas cotas de malla.

Los aposentos de Aliver contenían más objetos de guerra de los que el rey hubiera podido imaginar. Éste había señalado una vez que Acacia había gobernado un

imperio en buena parte pacífico durante varias generaciones. Pero a este respecto al príncipe no le importaba la desaprobación de su padre. Sus interacciones diarias con sus iguales eran más unos desafiantes forcejeos que sus relaciones con su padre. Leodan ya no se abría paso entre un tropel de jóvenes. Aliver, por otra parte, aún tenía que superar las pruebas de su virilidad. Tal como él lo veía, todas las más altas actividades de que su padre disfrutaba habían sido posibles gracias a la valentía de hombres y mujeres dispuestos a llevar armas. Las iniciales proezas militares habían permitido a sus antepasados tomarlos distintos elementos de las luchas encarnizadas del Mundo Conocido y unificarlos en un consorcio de naciones que los benefició a todos. ¿Cómo se hubiera podido ello alcanzar sino por medio de la fuerza? ¿Cómo se podía conservar sino a través de la amenaza de la fuerza?

En momentos de cólera Aliver imaginaba a su padre tratando de arengar a aquella primitiva chusma y de explicarle las virtudes de la paz y de la amistad. Se debían de haber reído de él y lo debían de haber echado de sus reuniones alrededor de la hoguera del campamento. Lo debían de haber echado a patadas hacia el frío, le debían de haber soltado escupitajos y lo debían de haber llamado cobarde. Y después debían de haber iniciado la enfurecida batalla que decidía las cosas en este mundo. A veces en el transcurso de sus imaginaciones Aliver acudía en rescate de su padre, blandiendo la espada; otras veces se limitaba a mirar. No es que dejara de amar a su padre. Lo apreciaba profundamente. Aborrecía pensar semejantes cosas. Se le ocurrían espontáneamente y eran tan difíciles de esconder como los inexplicados arrebatos de deseo carnal que lo habían atormentado en el transcurso de los últimos dos años. Pero eso tampoco venía al caso. Lo importante era que los Akaran eran los benévolo amos de un espléndido reino. Lo llevaban siendo veintidós generaciones y lo seguirían sido mucho más si Aliver tuviera algo que decir en el futuro. Por eso se tomaba tan en serio la cuestión de las artes marciales.

El paseo hasta la sala de adiestramiento marah le llevó sólo unos minutos, casi todos de bajada. La mole del palacio, la ciudad que se extendía a sus pies, la isla y el mar que la rodeaba se extendían ante Aliver. No era fácil calcular su reducida escala. Los cercanos edificios eran unas impresionantes moles de limpia arquitectura acacia. Los caminos bajaban en zigzag como montañas rusas tal como la escarpada pendiente requería. Más allá de las puertas, las figuras de la visible curva del camino eran lentos alfilerazos de ciervos serpeando por el brazo de un hombre. Las agujas de la ciudad inferior eran poco más que agujas de coser apuntando hacia arriba, tan diminutas que se hubieran podido aplastar entre el índice y el pulgar. Costaba imaginar que todo ello hubiera empezado con una simple fortaleza construida por Edifus, una estructura de defensa encaramada en lo alto para que el nervioso monarca pudiera contemplar los mares que lo rodeaban temiendo que los recién conquistados súbditos pudieran unirse contra él.

Acalorado a causa del enérgico paseo, Aliver entró en el inmenso espacio sostenido por columnas. Estaba iluminado con lámparas de aceite colgadas en las paredes o en soportes de tres patas y con tragaluces abiertos en el techo que arrojaban unos inclinados rayos sobre la piedra blanco grisácea del lugar. El olor del aceite hirviente era casi dulce, más fuerte que el aroma a humo que se escapaba de las estufas que se utilizaban para mantener a raya el frío. Saludó a los instructores. Incluyó la cabeza hacia otros jóvenes que entraban con él, aunque había también un puñado de muchachas que también asistían a las clases y que recibían adiestramiento militar en pie de igualdad con sus compañeros varones. De hecho, las mujeres constituían casi una cuarta parte de las fuerzas armadas acacias. Sin embargo, para aquel adiestramiento marah, todos eran hijos de aristócratas destinados a altos puestos como oficiales y funcionarios gubernamentales. Muchos de ellos pertenecían al agnate, el privilegiado grupo que podía demostrar un nexo ancestral con el árbol genealógico de Edifus.

El príncipe sabía que los primitivos gobernantes Akaran habían establecido fuertes vínculos con sus jóvenes compañeros. Se decía que su abuelo Gridulan estaba en constante compañía de trece varones, que comían y dormían, gobernaban y se casaban en un enmarañado grupo. A pesar de que sus compañeros se mostraban deferentes con él, Aliver no experimentaba semejante conexión de grupo. Procuraba despreciar la ausencia de camaradería y valorar su independencia de mente y de posición, pero temía que algo le faltara a su carácter, algo que él parecía incapaz de corregir.

Aliver esbozó una sonrisa al ver entrar a Melio Sharratt, un joven de su edad. Melio era lo más cercano que el príncipe tenía como amigo. Ambos habían nacido con sólo unas semanas de diferencia y, desde sus primeras clases juntos, el tipo de inteligencia de los ojos del muchacho había atraído a Aliver a él. Durante algún tiempo, cuando ambos tenían diez años, se pasaban varios días seguidos escondiéndose en el laberinto del palacio, jugando a un juego en el que uno de ellos se convertía en un narrador de cuentos y el otro en el principal personaje de lo que invariablemente se convertía en un relato bélico y de aventuras, de bestias míticas abatidas y de mal destruido. Aliver se sentía a gusto con Melio como no se podía sentir con otros. Sin embargo, a pesar del afecto que le inspiraba el muchacho, el príncipe nunca abandonaba del todo su altivez con él ni con ningún otro. Si acaso, ésta aumentó cuando la adolescencia cambió y alteró sus cuerpos y emociones. Q sea que la sonrisa que antes hubiera sido amistosa se transformó en una expresión más difícil de definir.

—Hola, príncipe —dijo Melio—. Espero que el día te encuentre bien.

—Así es, en efecto —contestó Aliver, mirando más allá de él, como si algo al fondo de la sala de adiestramiento le interesara.

Melio se apartó de la frente los largos mechones de cabello negro con los dedos e imitó afablemente el benévolo examen de Aliver de los demás alumnos mientras éstos llegaban.

—¿Has practicado la Quinta Forma? Vi que Biteran te estuvo adiestrando la semana pasada. Si lo has aprobado, podrías empezar a adiestrarte con la lanza.

—Lo aprobaré —dijo Aliver—. Tendrías que preocuparte por ti. Te ayudaré con la Cuarta Forma, si te hace falta.

—¿Tú? —preguntó Melio, riéndose—. ¿Mi preceptor real?

Tenía una cara que hubiera podido pasar inadvertida en una sala menos cuando sonreía. Entonces todos los distintos componentes de sus rasgos se situaban como si hubieran sido diseñados sólo con regocijo mental. La blancura de sus dientes en contraste con su tez aceitunada le confería un resplandor de salud. Ambos chicos sabían que en cuestiones marciales el territorio no era igual. Puede que Aliver hubiera sido adiestrado en una forma de marah más elevada que sus compañeros —siguiendo una larga tradición—, pero Melio había recibido la sugerencia de adiestrarse como miembro de la Elite. La Elite era muy distinta del marah. Era un grupo todavía más pequeño, seleccionado simplemente por la habilidad sin ninguna consideración al rango o a la posición social. La sugerencia de que Melio se incorporara a él era un honor que significaba que los instructores habían visto una singular capacidad en el joven.

—Mira, está Hephron —dijo Melio—. Se está volviendo muy bueno. El otro día luchó hasta detenerse con el padre de Carver. Puedes estar seguro de que sorprendió al viejo.

Mientras hablaba, Melio señaló con la barbilla al muchacho en cuestión. Hephron Anthalar tenía un año más que casi todos los demás, y les superaba una cabeza de estatura, con un cabello pelirrojo que le brotaba de la cabeza en desordenados bucles. Los Anthalar eran también agnates, del linaje que se había intersectado varias veces con los Akaran a través del matrimonio. Hephron podía alegar su pertenencia a la estirpe real. De hecho, podía contar con los dedos de ambas manos los pasos que lo separaban del trono. Caminaba rodeado de sus seguidores; un grupo de aduladores que se aferraba a él porque la posición que encontraban a su sombra era más grande que la que cualquiera de ellos hubiera podido alcanzar por su cuenta.

Hephron se inclinó cuando alcanzó al príncipe en un gesto que sus compañeros imitaron con deferencia menos fingida y más genuina.

—Príncipe —dijo—, ¿estás preparado para luchar contra los fantasmas?

Aliver comprendió de inmediato a qué se refería y sintió el pinchazo de la ironía. Una peculiaridad de su adiestramiento era la de que, después de la lección y las pruebas iniciales, Aliver y los otros muchachos se tenían que separar. Los otros formaron parejas y se enfrentaron entre sí con las espadas acolchadas, utilizando a

veces la variedad de madera que carecía de hoja para cortar pero podía provocar un doloroso golpe o pinchazo o incluso romper huesos si se blandía con habilidad. Aliver, por otra parte, sólo se adiestraba con un instructor que, además, le enseñaba las Formas clásicas, prestando atención a los más mínimos detalles de la postura y la colocación de su alumno, la aspiración o exhalación de su respiración, la posición de su cabeza e incluso de sus ojos. Utilizando las espadas de madera, combatían juntos en lentos movimientos ajustados con la mayor precisión. En eso Aliver siempre se había considerado especial. Su adiestramiento tenía una pureza que siempre lo distinguiría de los demás. Era un regalo digno de envidia. Así lo había creído hasta que Hephron lo socavó todo con una sola pregunta.

—¿Fantasmas? —preguntó Aliver—. No creo en los fantasmas, Hephron. Creo que los instructores conocen la mejor manera de adiestrar al próximo rey de la nación.

—Sí —dijo el otro—, supongo que sí. Muy cierto, como siempre.

Mientras se volvía, sus ojos miraron hacia arriba, haciéndoles una seña a sus compañeros. Dijo algo. Aliver no pudo oírlo y los demás jóvenes se alejaron con divertidos murmullos.

Aliver procuró olvidar a Hephron en las horas que siguieron. Las lecciones empezaron con una disertación. La de hoy la impartiría el segundo instructor, Edvar, un hombre de cuello de toro y herencia mixta, cuyo origen candovio se reflejaba en la solidez de tonel de su torso. Habló de la técnica del bloqueo suave de la espada, una táctica defensiva en la cual uno contrarrestaba los ataques de un oponente con la mínima fuerza necesaria. Era arriesgado, explicó. No se pretendía subestimar la fuerza del oponente, pero era una valiosa maniobra en el sentido de que se podía utilizar la energía del oponente para iniciar los propios movimientos, empezando con ello el siguiente movimiento con un impulso hacia arriba antes de que el enemigo se recuperara. Era un método para ahorrar energía cuando uno tenía por delante un largo combate, tal como le ocurrió a Gerta cuando luchó contra los hermanos gemelos Talack y Tullus y sus tres perros lobo.

Después los alumnos se separaron para practicar las Formas. Eran unos hábitos que derivaban de antiguas reconstrucciones de secuencias específicas de movimientos de personas específicas en antiguas batallas. La primera fue Edifus en Carni, cuando combatió en solitario contra un jefe tribal. La segunda fue Aliss, una mujer de Aushenia que mató al Loco de Careven con una sola espada corta. Era una Forma única en el sentido de que los aushenios no honraban a Aliss tanto como los acacios. De hecho, el Loco de Careven estaba considerado un héroe por los aushenios porque había combatido en defensa de sus viejas religiones contra el movimiento secular que Aliss defendía. La Tercera Forma era la del caballero Bethenri, que iba a la batalla con las horcas del demonio, unas armas cortas similares a unas dagas, pero con unas

largas púas que se extendían lateralmente desde la hoja central. Las manos hábiles las utilizaban para partir en dos las espadas de los adversarios.

Siguieron otras Formas, cada una más complicada que la anterior hasta llegar a la Décima y más difícil, la de Telamathon contra los Cinco Discípulos del dios Reelos. Aliver tenía sus dudas a propósito de la existencia de Telamathon, los Cinco Discípulos o el dios Reelos, pero estaba deseando aprender la Forma. Sabía que una considerable parte de ella contaba de qué manera Telamathon había combatido desarmado y con un hombro dislocado. A pesar de su incapacidad, había conseguido derrotar a sus adversarios con una deslumbrante y vertiginosa serie de puntapiés aéreos.

Los demás alumnos estaban trabajando la Cuarta Forma. Aliver, siguiendo la tradición, trabajaba la Quinta Forma, aprendiendo el método con el cual el sacerdote de Aadal se había enfrentado a los veinte guardias de cabeza de lobo del culto rebelde de Andar. El príncipe lo acababa de estudiar. Se había pasado buena parte de la lección sosteniendo la vara de madera de abedul, escuchando y tratando de imaginar la escena que su instructor le estaba describiendo. Como de costumbre, la Forma detallaba un triunfo casi imposible en el que el anciano sacerdote conseguía romper un cráneo de perro tras otro, teniendo sólo un arbolillo por arma.

Aliver sentía a veces encima los ojos de los demás. Otras veces no podía evitar mirarlos él, diseminados como estaban entre las columnas, casi cien de ellos en total, muchas parejas en la posición de parada-inicio de la esgrima. De vez en cuando un alumno era atrapado por el golpe vencedor de otro. Con las espadas acolchadas era casi un placer, algo de que reírse, entre juramentos y promesas de venganza. No así cuando las espadas de madera de fresno golpeaban el muslo de alguien o pinchaban unas costillas no protegidas. Aliver nunca era presa de semejante contacto y era muy consciente de ello cada vez que alguien emitía un grito de dolor.

Cuando terminaba la sesión de la jornada, los instructores dejaban que los alumnos devolvieran las armas al lugar que les correspondía. A pesar de ser hijos e hijas privilegiados, aún les quedaba por aprender la reverencia por las herramientas de la guerra. Aliver, mezclándose una vez más con los demás, hizo todo lo que pudo por bromear con naturalidad. Procuró soltar comentarios casuales, las burlas y bromas de la juventud. Pero lo que parecía salir sin esfuerzo de los demás era para Aliver un esfuerzo tan concentrado como cualquier otra cosa de su adiestramiento.

Experimentó una sensación de alivio cuando se puso las suaves botas de cuero, se levantó del suelo y recogió su chaleco y sus zapatillas de adiestramiento. Al pasar por delante de un grupo de chicos cerca de la salida, Hephron se levantó de su posición agachada. Habló por lo bajo de manera ostensible al joven que tenía al lado, pero justo lo bastante alto y en el momento adecuado para que el príncipe lo oyera.

—Me pregunto cómo puedes perder o ganar si sólo combates contra el aire.

Curioso que algunos de nosotros nos midamos los unos con los otros mientras que algunos no se miden en absoluto.

La salida hacia el pasillo se encontraba a pocos pasos de distancia. Aliver hubiera podido llegar allí en pocos segundos. En su lugar, giró sobre sus talones.

—¿Qué has dicho?

—Ah, no he dicho nada, príncipe. Nada importante...

—Si tienes algo que decirme, dímelo sin más.

—Simplemente te envidio, claro —dijo Hephron—. Tú te adiestras con la espada, pero nunca te golpean el cráneo como a los demás.

—¿Te gustaría entonces practicar la esgrima conmigo? Si crees que a mi adiestramiento le falta...

—No. Por supuesto que no... —Una nota de cautela se advirtió en la voz de Hephron. Sus ojos se desviaron hacia sus compañeros para comprobar si se había pasado o si podía seguir pinchando—. No quisiera ser el que magullara la carne real. Tu padre me exigiría la cabeza por eso.

—Mi padre no quiere ninguna cabeza como la tuya. ¿Y quién sabe si podrías tocarme y tanto menos magullarme?

Hephron pareció entristecerse, algo sobre lo cual Aliver reflexionaría más tarde, aunque apenas reparó en ello en el acaloramiento del momento.

—No hace falta que lo hagamos —dijo—. No quería ofender. Tu adiestramiento es muy distinto del nuestro. Tú nunca necesitarás combatir en una batalla real. Todos lo sabemos.

Aunque Hephron pronunció las palabras con cierta sinceridad, Aliver sólo observó los aspectos que parecían una burla, un insulto. El príncipe hizo ademán de acercarse a la rejilla donde se guardaba el equipo.

—Practicaremos la esgrima tal como tú haces con los demás, con espadas de madera. No te reprimas. Tócame si puedes. Tienes mi palabra de que no me ofenderás.

Debidamente vestidos unos momentos después, ambos jóvenes se enfrentaron el uno al otro en el interior de un silencioso círculo creado por los demás alumnos, muchos de los cuales se volvieron a mirar hacia atrás por encima del hombro, temiendo que regresara un instructor. Hephron tenía un engañoso estilo de esgrima. No hacía nada con un ritmo claro y previsible. Cambiaba la velocidad e incluso la dirección de sus golpes a medio movimiento. Hacía quites de una determinada manera durante algún tiempo con la muñeca suelta y la espada describiendo arcos completos. Justo cuando Aliver había empezado a anticipar y casi a encontrar consuelo en el ritmo de todo ello, Hephron lo cambió todo a medio trazo. Se inclinó corporalmente una pulgada o dos. Su golpe se convertía en una arremetida. Su brazo cambiaba tan rápidamente de posición que dos movimientos distintos parecían no

tener nada que ver el uno con el otro y no ser ninguno de ellos ni el precursor ni el resultado del otro.

Durante algún tiempo Aliver consiguió rechazarlo sin recibir ni un solo golpe. Lo hizo con unos movimientos ligeramente más frenéticos de lo que hubiera deseado, bruscas sacudidas, torpes desplazamientos de los pies y exhalaciones de aliento y repliegues del torso que lo mantenían justo fuera del alcance del otro. La espada de madera de fresno le resultaba cómoda en las manos, pero él se dio cuenta de que raras veces encontraba un momento para lanzar un golpe agresivo. Eran todo contramovimientos. Lo que quería era encontrar un momento tranquilo para entrar en una conocida secuencia de su adiestramiento. Se detuvo en el decimosegundo movimiento de la Primera Forma en el que se deslizaba lejos de un amplio golpe procedente de la izquierda; saltaba hacia delante y bloqueaba la inevitable respuesta; empujaba hacia abajo y hacia la izquierda la hoja de su adversario, cruzaba bajo sus rodillas y después cortaba hacia arriba en sentido diagonal el lado derecho de su torso. Con semejante corte, Edifus había conseguido extraer las vísceras de su adversario en unos nudos de varias vueltas que hicieron que el hombre se detuviera el tiempo suficiente para colocar su cabeza en la perfecta posición para que se la cortaran unos segundos después en un floreo innecesario, en realidad, pero que Aliver había imaginado a menudo.

Tres veces inició la secuencia, pero cada vez Hephron salió de ella y cambió su ataque. La última vez lo hizo con tal rapidez que Aliver se encogió bajo una tanda de golpes que le rozaron la coronilla de la cabeza. Si hubiera recibido directamente toda la fuerza del ataque, habría podido ser derribado inconsciente. Ningún instructor lo había atacado jamás de aquella manera. Oyó que uno de los demás decía algo, una burla seguida de un murmullo de risa. Se dio cuenta de lo silenciosos que habían estado hasta entonces, ningún sonido en la sala salvo el sibilante roce de sus zapatillas sobre los azulejos del suelo, los gruñidos de sus esfuerzos y los secos crujidos cuando las hojas de madera se cruzaban.

Aliver empezó a retroceder cada vez más sin apenas apartarse de los golpes de Hephron, pues cada vez necesitaba más espacio. Esperaba encontrar la muralla de jóvenes que tenía a su espalda, pero éstos se movían con él, el círculo se mantenía inmóvil a su alrededor. Incluso se abrió cuando el movimiento los llevó contra una columna. Él golpeó con el pie la base de granito. Medio inclinó la espada, pensando por un instante que ello era una razón suficiente para hacer una pausa. Vislumbró la posibilidad de que pudieran interrumpir el ejercicio, sonreír y bromear al respecto, sin que se hubieran hecho ningún daño. Pero Hephron blandió la espada, la hoja cortó por debajo de la barbilla de Aliver y golpeó la columna de madera.

El príncipe tropezó hacia atrás. Se sujetó con la mano libre y giró sobre sí mismo. De pie una vez más, recordó la cólera que había provocado todo aquello. ¡Hephron,



aquel arrogante insensato! Parecía absurdo que pudiera golpearle de aquella manera, como si quisiera destrozarle la tráquea. Vio a Melio que en aquel momento permanecía de pie en el extremo más alejado del círculo, con el rostro contraído en una mueca de preocupación. Eso también le molestó. No quería compasión. Levantó la espada por encima de su cabeza y la inclinó violentamente hacia abajo, con la intención de golpear a Hephron con ella. Aunque el golpe quedara bloqueado, tenía intención de ejercer tanta fuerza con su peso como para derribarlo sólo con su furia.

Pero Hephron parecía saber lo que iba a ocurrir. Se deslizó hacia un lado del golpe hacia abajo de Aliver. Descargó su espada en un rápido golpe que alcanzó al príncipe justo en el borde de su hombro, en la articulación donde los huesos se encontraban. Desde allí el muchacho se apartó y giró en redondo en un círculo completo y alcanzó a Aliver —que se había paralizado en un gesto de dolor— en el centro del otro brazo, con una fuerza lo suficientemente grande como para que una espada de verdad le hubiera cortado limpiamente el brazo. Aliver gritó, pero Hephron no había terminado. Se acercó la espada al pecho y se abalanzó hacia Aliver con todo su peso extendiendo los brazos de tal manera que la roma punta de madera de su espada alcanzó a Aliver en el mismo centro de su pecho. Ya convulso con el dolor causado por el ímpetu de los dos brazos, la fuerza de este último golpe hizo que el príncipe se tambaleara y recuperara el equilibrio sobre sus talones y lo derribó al suelo sobre la estera.

La sonrisa de Hephron hizo que todos los rasgos de su rostro entraran en acción. Sus ojos rebosaban de tanta vanidad que una sola persona apenas la hubiera podido contener.

—Te has quedado sin brazo, señor. Por no hablar de la cabeza. Qué extraño resultado. ¿Quién lo hubiera podido imaginar?

Momentos después, Aliver se irguió con el rostro arrebolado y enfurecido más por él mismo que por Hephron. ¡Qué estúpido había sido! Se había rebajado, reconociendo las burlas de Hephron, desafiándolo, perdiendo por completo y —casi lo peor de todo— mostrando a todos los demás su frustración. Detrás de todo eso sabía que había jugado una apuesta que no era necesaria. Todo el misterio de su posible habilidad se había desvanecido en unos pocos golpes. Sabía que todos estaban rodeando a Hephron incluso ahora dándole palmadas en la espalda, alabándolo, riéndose de su primoroso príncipe. ¿Cómo podría éste volver allí y danzar a través de todos sus coreografiados movimientos mientras todos los demás lo observaban con el rabllo de sus despectivos ojos?

Melio le dio alcance mientras subía por una larga escalera.

—¡Aliver! —gritó—. Espérame.

Dos veces tocó el codo del príncipe, sólo para que su mano fuera apartada. Al llegar a lo alto de la escalera Melio pegó un brinco y se situó delante de él, lo rodeó

con sus brazos y tiró de él para que se detuviera.

—Vamos. Te preocupa demasiado todo eso. No lo hagas. Hephron no es nada.

—¿Que no es nada? —preguntó Aliver—. Si él no es nada, ¿yo qué soy?

—El hijo del rey. Aliver, no te vayas. Y no te compadezcas de ti. ¿Crees que esta pelea tiene importancia? Te diré una cosa. —Melio se echó un poco hacia atrás, pero empujó con las palmas de las manos los hombros del otro como si quisiera decir que ya lo dejaba, pero todavía no—. De acuerdo, la verdad es que no estás a la altura de Hephron. Es bueno. ¡No, espera! Pero no te preocupes por eso. Aliver, él te envidia en todo. ¿No lo sabes? Su vanagloria es falsa. En realidad, quisiera ser tú. Te sigue constantemente con sus ojos. Escucha siempre todas las palabras que tú dices o que dicen de ti. En las clases cuando se sienta al fondo de la sala clava los ojos en la parte posterior de tu cabeza como si quisiera taladrarte.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que Hephron es una persona débil. Él mismo lo sabe y te envidia. Tú eres un príncipe y tu familia es maravillosa. Tienes una hermana muy guapa... De acuerdo, estoy bromeando contigo. Es cierto, pero estoy bromeando. Hephron puede convertirse en tu enemigo o puede llegar a ser un gran amigo. Pero, de momento, no dejes que se sienta triunfador. Eso olvídalo. —Melio señaló vagamente su espalda—. Regresa mañana como si nada hubiera ocurrido. Bromea al respecto. Hazle creer que las cositas que te puede hacer se lavan como el barro que te ensucia las botas.

El aire se había enfriado con la cercanía del crepúsculo y ambos jóvenes lo sintieron llenar el silencio. Melio apartó las manos y se frotó con ellas los brazos desnudos. Aliver apartó la mirada y ésta se posó en un cuadrado de cielo color fucsia enmarcado entre las frías sombras de dos edificios. Las siluetas de tres pájaros volaron a través del espacio como flechas en persecución los unos de los otros.

Aliver se oyó decir a sí mismo:

—Es que me hace parecer tan estúpido... Estoy furioso, pero deo que ocurra. Hice que... ocurriera. No sabes lo que es eso para mí.

Melio no discrepó. Transcurrieron unos momentos en silencio y después ambos, reaccionando al frío, subieron el siguiente tramo de escalera muy despacio.

—Todo el mundo pierde un duelo de vez en cuando y todos los de aquí detrás lo saben. Pero ¿cuántos de ellos podrían...? —Buscó las palabras adecuadas para decir con delicadeza lo que tenía que decir—. Bueno, ¿cuántos podrían avergonzarse como tú has hecho y encontrar el valor de quitarse el sentimiento de encima encogiéndose de hombros? Ésta es otra manera de demostrar la fuerza, tanto si ellos reconocen haberlo observado como si no. Y no hagas pucheros. La expresión no te sienta bien. Aliver, tú eres experto con una espada. Y tus Formas tradicionales son mejores que las de cualquiera. Lo que ocurre es que sólo conoces las Formas. La esgrima

verdadera consiste en adaptarnos a ellas, en ajustarlas, en obligarnos a inventarnos combinaciones impensadas en un instante. Tienes que dejar que fluyan tan rápido que los hechos ocurran en un lugar distinto del pensamiento consciente. Como cuando golpeas un cuchillo contra la superficie de una mesa y consigues atraparlo antes de que caiga al suelo. No puedes pensar en hacerlo; simplemente ocurre. Eso es lo que tienes que hacer cuando combates. Entonces tu mente es libre para enfrentarse a otras cosas... como de qué manera le vas a colocar a ése en un instante un golpe ascendente.

—¿Cómo te has vuelto tan sabio? —preguntó Aliver, sonriendo no con entera amabilidad.

Melio alcanzó lo alto de la escalera y se volvió a mirarlo. Estaba sonriendo.

—Lo leí en un manual. Sé también un poco de poesía. Las chicas son así. Bueno, mira, vamos a hacer combates de esgrima alguna vez. No te voy a soltar tan fácil, claro, pero nos enseñaremos el uno al otro. Podemos trabajar la Cuarta Forma, tal como tú has sugerido. Hay muchas cosas que nos podemos enseñar el uno al otro. ¿Qué te parece?

—Quizá —dijo Aliver, pero ya sabía cuál era su respuesta efectiva.

Simplemente no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.



No eran tan sólo los rumores acerca de un ejército saqueador que andaba suelto por allí. No era sólo la noticia acerca de la destrucción de Vedus. Éstas eran la clase de historias exageradas que el general Leeka Alain había debidamente ignorado en anteriores ocasiones. Esta vez era distinto. Toda una patrulla se había extraviado en algún lugar de la blanca extensión del Mein. Y no era algo que se pudiera explicar fácilmente. Algo estaba realmente en movimiento por allí. No podía dormir o comer o pensar en nada que no fueran las sombras ocultas detrás de la esplendorosa blancura. Ya le había enviado un mensajero al rey para transmitirle las noticias que conocía, pero sabía que no podía esperar una respuesta. Decidió emprender la acción que pudiera.

Leeka despertó a su ejército del capullo de calor que lo protegía en la fortaleza de Cathgergen. Lo hizo salir a la oblicua luz del invierno norteño y marchar a través de la gélida piel de la altiplanicie del Mein. En el borde oriental del Mein se extiende una vasta tundra llamada los Yermos, un ondulado e irregular territorio sin árboles a causa de la naturaleza azotada por el viento del lugar y del hecho de que los bosques que antes había se habían privado de sus frutos varios siglos atrás. El viaje a través de él era difícil en la mejor de las temporadas. En pleno invierno era especialmente peligroso. Unos trineos enganchados a troncos de perros abrieron caminos por delante del ejército, cargados con los suministros y la comida del campamento suficientes para abastecer a quinientos seres humanos durante seis semanas por lo menos. Los soldados caminaban calzados con sus pesadas botas y vestían prendas de lana con revestimientos exteriores de cuero grueso y llevaban las armas ajustadas al cuerpo para facilitar el movimiento. Se protegían las manos con mitones de piel de conejo.

Llegaron a los puestos fronterizos de Hardith sin inesperadas dificultades. Acamparon durante dos días alrededor de la estructura de tierra, para el asombrado placer de los soldados estacionados allí, unos hombres cuya misión especial era la de supervisar el tráfico del camino, pero cuya verdadera lucha era la supervivencia diaria y el extremo aislamiento. Los puestos fronterizos marcaban el borde occidental de los Yermos. Más al oeste la tierra caía en una serie de anchas y superficiales depresiones en las cuales perduraban manchas de bosques de abetos.

Tres días más allá de Hardith bajó una tempestad de nieve del Norte que atacó al apretujado grupo. Se abatió sobre ellos como un lobo, los inmovilizó en el suelo y trató de despedazarlos. Perdieron el camino y se pasaron un día entero tratando inútilmente de encontrarlo. La nieve se amontonó en altos y tortuosos camellones que se desplazaban como olas oceánicas e imposibilitaban la navegación. No podían trazar el paso del sol ni distinguir ninguna de las estrellas nocturnas. Leeka les decía a sus hombres que avanzaran calculando a ciegas. Era un proceso muy lento que obligaba al grueso del ejército a permanecer inmóvil durante largos períodos, lo cual nunca es una buena cosa en semejantes condiciones.

Cada noche, el general intentaba elegir un lugar donde acampar cerca de alguna protección natural, una cordillera de colinas o un refugio arbóreo, de la misma manera que ahora encontraban grupos de pinos en las hondonadas. Los soldados cortaban leña y construían cortavientos. Cuando las hogueras de campamento ya eran lo suficientemente fuertes, arrastraban árboles enteros a las llamas. Permanecían de pie alrededor de aquellos explosivos hornos con las caras arreboladas y sudorosas a causa de las llamas y los ojos irritados por el humo mientras el viento aullaba a su espalda. Por muy alta que llegara a ser la hoguera en las primeras horas de la noche, más entrada la noche ésta empezaba a fallar y las cenizas y los trozos de leña carbonizada eran empujados por el viento sobre el paisaje nevado. Cada mañana al salir del congelado tegumento los soldados se pasaban horas buscándose los unos a los otros bajo los ventisqueros, desenterrando y agujijoneando a los perros para que se pusieran en marcha.

Al vigesimosegundo día se encontraron con un viento brutal que soplaba desde el Norte. Unos cristales helados chirriaban lateralmente y rasgaban la piel como unos fragmentos de cristal que alguien hubiera arrojado. Acababan de dejar a su espalda el viejo campamento cuando uno de los exploradores regresó a trompicones a la columna principal y pidió hablar con el general. En realidad, no tenía nada concreto de que informar. El territorio que tenían por delante era llano, que él supiera. Creía que se había adentrado por una pendiente gradual que los conduciría a Tahalian. Pero había algo que le causaba inquietud. Había un sonido en el aire y en la tierra congelada que pisaba. Lo había podido oír simplemente porque estaba solo, lejos del ruido del ejército en movimiento y más allá de los trineos. Mientras regresaba pasando por delante de los perros de los trineos, pudo ver que los perros también lo habían oído y estaban preocupados por su causa.

El general habló acercándose al hombre para que el viento no le robara las palabras.

—¿Qué clase de sonido?

El explorador parecía haber temido la pregunta.

—Como de respirar.

Leeka se burló.

—¿Respirar? No seas loco. ¿Qué es el sonido de la respiración en un tiempo como éste? Se te han estropeado las orejas.

El general alargó las manos hacia la cabeza del hombre y trató de echarle la capucha hacia atrás como si quisiera inspeccionarle las orejas allí mismo. El explorador se lo permitió, preocupado e insatisfecho de su propia respuesta.

—O como un latido del corazón. No estoy seguro. Simplemente está ahí.

El general no dio a entender que pensaba que el mensaje del hombre tuviera una especial importancia, pero poco después se apartó de sus oficiales para pensar. Aunque el relato del hombre sólo fuera una enfermedad que estuviera reptando hacia él, seguía siendo un peligro. Los exploradores predicen más cosas que la simple configuración del territorio. Quizá les conviniera detenerse o volver sobre sus pasos hasta el último campamento que habían dejado a su espalda y donde aún había abundantes provisiones de combustible para sus hogueras. Podían esperar a que pasaran las tormentas, incluso comerse las reservas de comida en caso necesario. A fin de cuentas estaban cerca de Tahalian. Aunque Hanish Mein tramara algo, les tendrían que recibir con un amago de amabilidad...

Sólo porque se encontraba en el borde de la columna pudo oír por primera vez el sonido, si «oír» era la palabra apropiada. Con el fragor de las tropas a su espalda, los pesados pasos de sus pies y el chirrido de un trineo que se deslizaba a su lado, no podía realmente oír a través de las orejas. Oyó el sonido como si los huesos de su caja torácica captaran una sorda vibración y la amplificaran en su pecho. Se apartó unos pasos de la columna e hincó una rodilla. Uno de los oficiales lo llamó, pero él levantó un puño y el hombre guardó silencio. Leeka se arrodilló tratando de percibir el sonido capturado en su interior, de bloquear el aullido del viento y la fricción de su capucha a ambos lados de la cabeza. Cuando lo acalló todo lo mejor que pudo, encontró lo que estaba buscando. Era leve, sí, pero innegable. Como una respiración, muy cierto. Como un latido de corazón, sí... El explorador no había mentido. Había un ritmo, una palpitación. Una razón consciente y calculada...

Giró sobre su rodilla y gritó para que se formaran las filas. Regresó corriendo a ellas y ordenó a gritos que la columna se cerrara con los escudos en alto, mirando hacia fuera con las armas en la mano. Dio órdenes para que los arqueros hicieran vibrar las flechas y desenvainaran las espadas que no pudieran ser víctimas del viento y permitieran cerrar filas. Les dijo a los conductores de los trineos que describieran círculos en el interior de las tropas y reunieran a los perros. El mismo oficial que lo había llamado antes le preguntó qué había descubierto. Él miró al joven a los ojos y le dio una simple respuesta:

—Se oye un tambor de guerra.

Cuando el ejército se formó en una cuña de defensa y quinientos pares de ojos

miraron hacia la creciente furia del norte, entonces, finalmente, todos lo oyeron. Durante una larga hora eso fue lo que todos hicieron. El sonido pulsaba constante en pos del viento que ahora era más pesado mientras unos grandes copos de nieve se pegaban rápidamente a su ropa, sus escudos, sus chalecos forrados de piel e incluso en algunos casos a la gélida piel de sus rostros, haciendo que sus inmóviles formas parecieran unas complicadas esculturas. En determinado momento la reverberación se mezcló con el latido general. Por eso se quedó sin respiración a causa del sobresalto cuando el ruido terminó. Simplemente cesó. En los momentos que siguieron Leeka comprendió que había cometido un error. Cualquiera que fuera el tambor que sonara allí fuera, lo llevaba haciendo no horas sino días. Llevaba allí tal vez varias semanas antes de que él pudiera distinguirlo. ¿Cómo se le había podido escapar algo así?

Sin embargo, no iba a poder analizar mucho tiempo esta pregunta. Una criatura atravesó rápidamente y con gran estruendo la pantalla de nieve empujada por el viento. Se arrojó hacia delante, una cosa con cuernos, lanuda y enorme, montada por una especie de hombre, una figura vestida de pellejos y pieles, empuñando una lanza en una mano mientras un grito brotaba de su boca invisible. La bestia se lanzó contra las filas de hombres justo a un lado de la guardia del general. Se abrió paso entre ellas como si los soldados no tuvieran importancia. Despanzurró a algunos y a otros los apartó a un lado sin disminuir su velocidad ni alterar su curso. Se desvaneció a través del extremo más lejano de las tropas con tanta rapidez como había aparecido. En los pocos segundos que tuvo el general para contemplar la escena, éste contó diez muertos y el doble de hombres retorciéndose en medio de la nieve salpicada de sangre.

Una mano sobre su hombro le obligó a volverse y entonces vio —tal como ya sabía que iba a ver— que el jinete no estaba solo. Los demás se materializaron todos de golpe como si la nieve se hubiera disipado para mejorarle la vista. Eran muchos, una multitud extraña como la que jamás hubiera visto antes. Sospechaba que el horror que inspiraban sería lo último que vieran sus ojos y sabía que, aunque su mensaje se hubiera transmitido, él había fracasado en su intento de advertir al rey y al pueblo del imperio del horrible carácter de la amenaza que se había congregado contra ellos.



A última hora de la tarde Leodan Akaran oyó entrar a alguien en su aposento privado. No levantó la vista, pero supo quién era. Las breves pisadas del canciller tenían un ritmo singular, algo que una vez el rey había señalado como una rigidez en la pierna derecha. Un criado acababa de encender su pipa de vapor y se había retirado. El acre aroma del narcótico era en aquel momento lo único que importaba. Un fantasma se había pasado todo el día pegado a la parte posterior de su cabeza, un deseo que él imaginaba como una criatura tipo murciélago que se acurrucaba alrededor de los perfiles de su cráneo, con unas garras tan finas y afiladas como agujas y que le traspasaban la carne y encontraban apoyo agarrándose al hueso. Se había aferrado a él durante sus reuniones matinales, le había dejado tranquilo durante la hora que había pasado con Corinn, pero había regresado con unas afiladas y perversas garras a lo largo de todo el atardecer. Lo había agujoneado mientras cenaba y lo había torturado mientras acompañaba a Dariel a dormir.

Cuando Dariel le había pedido un cuento, Leodan había hecho una mueca. Fue sólo un momento, un segundo de resquebrajada expresión física que él lamentó instantáneamente. El niño ni siquiera la vio, pero a él le quedó la inquietante vergüenza que le produjo el hecho de poder anhelar sus propios vicios estando todavía en compañía de sus hijos. ¿Dónde estaría sin sus hijos? ¿Sin Mena que todavía —durante varios valiosos meses más quizá— quería que le contara cuentos? ¿Y sin Dariel que se aferraba a sus palabras con una confiada certeza que su padre sabía que el tiempo destrozaría? Sería un cascarón vacío sin ellos. Se avergonzaba de haber dejado pasar un momento de distracción estando en su compañía. Le contó a Dariel el cuento que le había pedido y después permaneció de pie unos cuantos momentos más al lado de la puerta del chico, escuchando su amodorrada respiración y lamentando sus propias debilidades.

Todo eso había sido antes; su débil penitencia había terminado. Ahora la pipa descansaba sobre la mesita que tenía delante. Era una complicada confusión de tubos de cristal y cámaras llenas de agua y mangas de cuero, una de las cuales el rey sujetó entre las yemas de los dedos de ambas manos. Se colocó el extremo más estrecho entre los dientes, en contacto con su lengua. Al principio inhaló muy suavemente. Después —mientras saboreaba la amarga y putrefacta dulzura del vapor— sus



mejillas se hundieron contra las mandíbulas. La pipa burbujeó y chisporroteó. Permaneció inclinado hacia delante con los ojos cerrados, consciente de que su canciller se encontraba de pie cerca de él, pero sin que le importara. Eso no era nada que Thaddeus no hubiera visto antes.

Cuando volvió a recostarse contra los almohadones de su lecho, exhaló un penacho de verde vapor. La criatura de su cabeza sacó los talones uno a uno. Se desvaneció en la nada, llevándose consigo el peso gris que había soportado como una capa de granito a lo largo de todo el día. El narcótico le entumeció los bordes de su mundo. No notó ninguna púa. En su lugar, se llenó de una borrosa tranquilidad, de una cálida sensación de conexión con los millones de personas de su imperio enganchadas a la misma droga. Campesinos y herreros, guardias municipales y basureros, mineros, esclavistas: en eso en concreto, era igual que todos ellos. Era —según las reflexiones de su enmudecida mente— una ofrenda secreta realizada a cambio de su perdón.

Abrió los ojos, ahora empañados y surcados de venas castaño-rojizas.

—¿Qué noticias nos tiene que comunicar el canciller?

Thaddeus se había sentado en un cercano diván. Mantenía las piernas cruzadas a la altura de la rodilla y sostenía una copa de oporto entre el pulgar y el índice de la mano derecha. El rey contempló el pequeño recipiente, absorto en algún detalle del movimiento del líquido contra el cristal, la mancha que había dejado mientras Thaddeus lo hacía girar. Escuchó mientras el canciller le informaba de los preparativos para la llegada de la delegación aushenia. Estaban preparados, dijo, para mostrar a los forasteros tanto su fuerza como su riqueza y para tenderles una cautelosa mano de bienvenida. Si los aushenios confirmaban que reconocían la hegemonía acacia, todo estaría dispuesto para responder positivamente a ellos, si tal fuera el deseo del rey.

Leodan asintió con la cabeza. Era su deseo, pero sabía que en varias ocasiones anteriores Aushenia había estado a punto de formar una alianza con Acacia, sólo para que una mínima disputa acabara con ella. Todo lo que había oído decir hasta entonces del príncipe Igguldan era prometedor, pero seguía habiendo aspectos de semejante alianza en los que no quería pensar. Cambió de tema aunque sus pensamientos no se apartaron de las cosas que lo preocupaban.

—El otro día Mena me preguntó acerca del Justo Castigo.

—¿Qué le dijisteis?

—Nada. ¿Por qué tiene que saber que corre por sus venas la sangre de los asesinos en masa? Fue hace mucho tiempo y ya no somos así.

—Tienes razón en que hace mucho tiempo —dijo Thaddeus—. Veintidós generaciones... ¿Qué hijo puede comprenderlo?

El rey recordó que cuando Mena le hizo la pregunta, él vislumbró algo menos que

la fe en los ojos de su hija, menos que una completa aceptación de sus exigencias. ¿Y eso no había sido una muestra de astucia por su parte? A fin de cuentas, él había soltado otra de sus descaradas mentiras. ¿El Justo Castigo no tiene ninguna influencia en nuestras vidas? Una evidente mentira pronunciada con lengua de plata. ¿Cuánto tiempo podría seguir adelante con semejantes cosas? No era sólo Mena, claro, la que había empezado a hacer preguntas. Aliver había llevado durante algún tiempo una incertidumbre y desconfianza detrás de los ojos que siempre parecía a punto de estallar.

El canciller dijo:

—Debería señalar que el poder judicial ha decretado que los gobernadores intercedan en la denuncia que los mineros de Prios han presentado contra los...

—¿Tengo que encargarme de eso? Aborrezco cualquier cosa que tenga que ver con las minas.

—Muy bien. Podemos dejar que se encarguen los gobernadores. Pero hay algo que ellos no pueden manejar. —Thaddeus frunció los labios y esperó a que la mirada del rey se cruzara con la suya—. Los representantes de la Liga quieren comprobar que vos vais verdaderamente a rechazar la petición de los lothan aklun en el sentido de que se aumente la Cuota.

La afirmación era casi suficiente para despejar la cabeza del rey de los efectos entontecedores de la droga. Los lothan aklun... el acuerdo conocido como la Cuota... Aquellas dos cosas eran el gran pecado disfrazado del Imperio Akaran. Leodan dio una calada a su pipa. Experimentó el momentáneo deseo de que los gobernadores se encargaran de aquel asunto. En realidad, aquellos representantes de las provincias, radicados en la populosa ciudad de Alecia, se encargaban de buena parte de los asuntos prácticos del imperio. Pero Tinhadin, el primitivo rey que era en muchas cuestiones el principal arquitecto del Imperio Akaran, había escrito las directrices de la Cuota con explícita simplicidad. Control, autoridad, responsabilidad... todo descansaba sobre los hombros del monarca, un secreto conocido por muchos, pero del que sólo él era propietario. Por esta razón, la gestión de todo se manejaba desde el palacio. Se costeaba mediante un presupuesto separado y desligado de cualquier otra rama del gobierno. No se hablaba de ello más que en círculos cerrados y las verdaderas intrigas de lo que ocurría lejos no eran vistas por el rey aunque éste las imaginaba a menudo. Por mucho que estudiara los antiguos textos, los detalles exactos de la forma en que se había llegado al acuerdo parecían muy complicados para Leodan. Sin embargo, la esencia se podía comprender.

Tinhadin, tras haber heredado el trono recién adquirido por su padre y haber sobrevivido a sus hermanos, estaba librando batallas en varios frentes. Las Guerras de Distribución, tal como las llamaban, marcaron un tenso y tumultuoso período. Su antiguo aliado, Hauchmeinisch del Mein, era ahora un enemigo. Ya no confiaba en sus

fieles brujos, los santoth. Las rebeliones provinciales estallaban como incendios en las colinas acacias durante el verano. Su propia comprensión del mundo era sesgada y horrible y él luchaba en la creencia de que cualquier palabra surgida de su boca podría cambiar el tejido de su existencia. Era también un santoth, el más grande de ellos, pero el control del peso de la magia sobre su lengua se había convertido en una tortura.

A ello se añadía otra amenaza más grande que la suya propia desde el otro lado de las Laderas Grises. Eran los lothan aklun. Perteneían a las Otras Tierras, fuera del Mundo Conocido, separados de ellos por un gran océano. Eran un gran misterio para el primitivo rey. Su poder no era nada en realidad más que una exigencia, pero Tinhadin no quería otro enemigo en aquellos momentos. Les hizo ofrecimientos de paz, sugiriéndoles el comercio y las ganancias mutuas en lugar de un conflicto. Los lothan aklun no sólo brincaron de alegría ante aquel ofrecimiento sino que propusieron cuestiones específicas que Tinhadin no hubiera podido imaginar por su cuenta.

El acuerdo debió de parecer una ganga en aquel momento. Los lothan aklun prometieron no atacar la tierra assolada por la guerra y limitarse simplemente a comerciar con los Akaran. Lo único que tenían que asegurarse con aquel acuerdo era un envío anual de niños esclavos sin hacer preguntas y sin ninguna posibilidad de que los niños volvieran a ver Acacia alguna vez. A cambio, ellos ofrecían a Tinhadin el vapor, una herramienta que le sería muy útil para calmar a sus sectores rebeldes. Más tarde lo redondearían todo, pero sobre la base de aquellos términos se cerró el trato. Desde entonces, miles y miles de niños del Mundo Conocido habían sido enviados en cautiverio y millones de personas bajo el gobierno Akaran habían entregado sus vidas, esfuerzos y sueños a las fugaces visiones creadas por el vapor. Leodan Akaran inhalaba por la noche aquella misma droga. Tal era la verdad de Acacia.

—¿Exigencia? —preguntó finalmente Leodan—. ¿A eso lo llamas exigencia?

—En el tono sí, mi señor, suena a certeza beligerante.

—La beligerancia lothan no es ninguna novedad —dijo Leodan—. No es ninguna novedad... Ya tienen las almas de mi pueblo. ¿Qué más quieren? Los lothan aklun no son mejores que la gentuza que nos rodea: los mineros, los mercaderes, los propios miembros de la Liga. Ninguno de ellos está contento de un momento para otro. Aunque jamás haya puesto los ojos en un lothan, los conozco muy bien. Dile a la Liga que les transmitan este mensaje: la Cuota seguirá como siempre ha sido. El acuerdo es vinculante a perpetuidad, cerrado para que perdure más allá de mi existencia. No acepto ningún cambio ni ahora ni nunca.

Lo dijo con un tono definitivo, pero no pareció gustarle el silencio con el cual Thaddeus contestó.

—Hay algo más de lo que deberíamos hablar —dijo Leodan—. Esta mañana he

recibido una carta de Leeka Alain de la Guardia Norteña. Se la había enviado a un mercader de la ciudad inferior, el cual me la hizo llegar a través de los criados de la casa. Todo muy insólito.

—Sí, muy raro. —Thaddeus carraspeó, primero muy suavemente y después con varios accesos más altos de tos—. ¿Qué tiene el soldado que decir?

—Era una carta extraña, llena de trascendencia, pero vaga en los detalles. Deseaba saber si yo había recibido a un mensajero que él me había enviado antes. Un tal teniente Szara. Por el tono, este mensajero había sido enviado con un mensaje más bien grave.

Thaddeus estudió al rey.

—¿Habéis recibido semejante mensaje?

—Tú conoces la respuesta. Yo lo hubiera recibido a través tuyo.

—Por supuesto, pero yo no he oído decir nada de eso. ¿Revelaba Leeka los detalles del mensaje en la carta?

—No. No se fía de la palabra escrita.

—No debería hacerlo. Una vez escrita, cualquiera la puede leer.

Los ojos del rey se movieron lenta y pesadamente. Se volvieron hacia el canciller y lo estudiaron, empañados por la droga, pero todavía capaces de enfocar. El rostro del hombre estaba sereno, aunque con cierta tensión en la frente.

—Sí, quizá... Me pregunto por qué optó por relacionarse conmigo en lugar de hacerlo con el gobernador. Sé que no aprecia a Rialus Neptos; ni yo tampoco, en realidad. ¿Sabes que Rialus me solía escribir por lo menos dos veces al año, ensalzando sus virtudes e insinuando que se le debería llamar desde el Mein y darle algún cargo más alto aquí en Acacia? Como si yo lo quisiera ver paseando enfurruñado por el palacio. Señala que es de pura ascendencia acacia, dice que el clima del Mein le perjudica la salud. La verdad es que no se lo puedo discutir; es un lugar miserable... Sea como fuere, Leeka quería tratar directamente conmigo y eso despierta mi curiosidad. ¿Dónde está este Szara?

Thaddeus encogió los hombros hasta las orejas y después los volvió a bajar.

—No sé nada pero hasta en estos tiempos pacíficos ocurren cosas malas. Son los muertos del invierno. Eso aquí significa muy poco, pero en las tierras altas del Mein el tiempo debía de ser muy malo. ¿Cómo pensaba ella viajar? ¿A caballo o navegando por el río Ask?

—No lo sé —contestó él.

—Dejadme que yo me encargue de eso —dijo Thaddeus—. Quitáoslo de la cabeza hasta que yo lo haya examinado. Mandaré a un enviado armado al Norte para que se reúna con Leeka. Con vuestro permiso, les otorgaré derechos reales para que puedan viajar rápidamente y dispongan siempre de nuevas cabalgaduras. Recibiremos noticias tuyas dentro de un mes y puede que menos si zarpan rumbo a Aushenia y

siguen el corto camino de tierra. Veinticinco días como mucho. Y después vos lo sabréis todo. —Thaddeus hizo una pausa y esperó la respuesta del rey. Fue poco más que un gruñido de afirmación, pero pareció satisfacer al canciller. Éste tomó un sorbo de su copa—. Y entonces sabréis que no era nada serio en absoluto. Leeka siempre ha sospechado del Mein, pero ¿cuándo ha ocurrido algo?

—Ahora las cosas son distintas —dijo el rey—. Heberen Mein era un hombre razonable, pero ha muerto. Sus tres hijos ya no son lo mismo. Hanish es ambicioso; lo vi en sus ojos incluso cuando era un niño, cuando visitaba la ciudad. Maeander es puro desprecio y Thasren es un misterio. Mi padre estaba seguro de que jamás podríamos confiar en ellos. Me hizo jurar que no caería en esta debilidad... la confianza. Tú también solías decirme que no me preocupaba lo suficiente. Juntos elaboramos unos planes para toda suerte de trágicos acontecimientos, ¿recuerdas?

Thaddeus sonrió.

—Por supuesto que sí. Es mi trabajo. En vos yo veía el peligro por todas partes. Pero Acacia nunca ha sido más fuerte. Lo digo en serio, amigo mío.

—Lo sé, Thaddeus. —El rey levantó la vista al techo—. Muy pronto reuniré a todos los hijos y me los llevaré a un viaje. Visitaremos todas las provincias del imperio. Trataré de convencerlos de que yo soy su benévolo rey; y ellos tratarán de convencerme de que son mis leales súbditos. Y puede que la ilusión perdure durante algún tiempo. ¿Tú qué dices a eso?

—Me suena estupendo —dijo Thaddeus—. Haría muy felices a vuestros hijos.

—Por supuesto que su «tío» también nos acompañaría. Te quieren tanto como a mí, Thaddeus.

El otro hombre tardó un momento en responder.

—Me honráis excesivamente.

El rey se pasó un buen rato repitiendo mentalmente dicha afirmación y encontrando consuelo en ella mientras se apartaba de su contexto original. Una vez le había dicho algo similar a Aleera. ¿Qué había sido? «Tú... me amas excesivamente». Eso era lo que había dicho. ¿Por qué lo había dicho? Porque era verdad, claro. Se lo había explicado una noche pocos días antes de su boda. Había bebido demasiado vino y había escuchado demasiados discursos de alabanza. Ya no podía recibir más, por eso se apartó con su futura esposa y le dijo que tenía que saberlo todo acerca de él antes de que se casaran. Le confesó todo lo que sabía acerca de los crímenes del imperio, los viejos y los que todavía se estaban cometiendo en nombre de su propio padre y los que probablemente se seguirían cometiendo en el suyo. Lo soltó todo, lloroso, patético e incluso beligerante, en la certeza de que ella se apartaría de él, casi esperando que ella le diera la espalda y lo rechazara. Seguramente una mujer buena lo habría hecho. Y él no dudaba de su bondad.

Cuánto lo sorprendió su respuesta más tarde. Se acercó a él y ladeó su bello rostro

de grandes ojos hacia él. No había asombro ni remordimiento ni juicio. «Un rey es el mejor y el peor de los hombres Claro. Claro». Después apoyó sus labios contra los suyos, tan suaves y llenos de hambriento placer que lo dejaron sin respiración. Aquél fue tal vez el momento en que se casaron efectivamente, el momento en el que se selló el acuerdo entre ellos. Ahora le costaba descifrar por qué aspecto de su amor se había sentido más atraído. ¿Era el hecho de poder perdonárselo todo y amarlo porque comprendía su bondad definitiva? ¿O el hecho de haber traicionado que era capaz de pasar por alto la verdad y vivir una mentira como él? En cualquiera de los dos casos, tras haberse confesado con ella y haber recibido su bendición, la amaba por completo. Jamás hubiera podido cumplir su papel de monarca sin su aprobación. Eso hubiera podido ser como no ser una cosa buena para el mundo, pero para un hombre tan inseguro de la autoridad como él, su afecto había sido un gran regalo.

—Puede que sí, Thaddeus —dijo Leodan, respondiendo con retraso al comentario—. Puede que te honre excesivamente. Todos cometemos este error a veces. ¿Pero qué mal hay en ello?

No oyó la respuesta del canciller, si es que efectivamente hubo alguna. Cerró los ojos y experimentó la sensación de que lo empujaban contra una pared invisible. El vapor se había concentrado en él, lo había llenado. Ahora el momento de desprenderse del mundo físico era finalmente suyo. Este momento siempre lo recibía como una presión, como si su pecho descansara sobre una piedra y una gran fuerza lo empujara gradualmente hacia ella. Justo cuando sentía que ya no podía resistir el peso, empezaba a deslizarse a través de la piedra, a fundirse en ella y a pasar a través de ella como si fuera porosa y él se encontrara en estado líquido. Al otro lado Aleera lo esperaba, la ilusión transitoria que ansiaba casi más que la verdadera vida. Se acercó a ella con reverencia.



Rialus Neptos creía haber encontrado un método con el que seguir la pista de cualquiera que entrara o saliera de la fortaleza norteña de Cathgergen. Sabía que semejante vigilancia era esencial para un gobernador, especialmente uno con tanto afán de poder como él. Había ordenado que se arrojara una sola hoja de cristal a los hornos que había en la base de la fortaleza. Extrajo una parte de la pared de granito en su despacho y colocó la hoja para que formara una enorme ventana. El cristal era más alto que un hombre y era tan ancho como para que él pudiera extender sus delgados brazos a ambos lados. La obra era imperfecta. Su grosor era irregular, lechosa en algunos lugares y toda ella salpicada de burbujas de aire. Pero había algunas zonas de verdadera claridad; Rialus había localizado cada una de ellas por medio de largas horas de inspección.

Solo en sus aposentos, apoyaba la frente contra la plancha de cristal. Y más a menudo que no, el roce le provocaba un estremecimiento de frío y le estimulaba la tos, un tormento que agobiaba su frágil pecho de pájaro de toda la vida. Durante algún tiempo hasta adquirió la costumbre de tumbarse en el suelo. Una cinta de cristal a lo largo del borde inferior de la plancha deformaba el mundo de tal manera que él podía estudiar tranquilamente la entrada de los cuarteles generales del ejército y controlar quién entraba y salía en el mundo de Leeka Alain. La mejor ventaja la obtenía cuando permanecía de pie en un taburete y echaba un vistazo con un solo ojo que le permitía alcanzar la muralla occidental y la puerta que había en el centro. Desde aquel lugar había observado a las tropas del general Alain marchar en contra de sus órdenes directas. Desde el mismo lugar había presenciado la llegada del segundo de los hermanos Mein, Maeander, algunas semanas más tarde.

Rialus se apartó del cristal. Volvía a tener frío. La fortaleza se calentaba por medio de unos humeantes charcos de agua caliente que subían burbujeando desde la tierra. Una complicada cadena de tuberías y conductos de aire canalizaban el calor a través de una estructura laberíntica. Los ingenieros de Cathgergen afirmaban que era una maravilla de complicada técnica, pero lo cierto era que el lugar raras veces se calentaba lo suficiente. A veces sospechaba que a sus aposentos se les negaba deliberadamente una buena cantidad de calor, pero no tenía manera de demostrarlo.

Rodeó su escritorio una vez y cuarto, después se acercó a la pared cubierta de

estanterías de libros y recorrió con un dedo los lomos de los volúmenes que allí había, unos polvorientos tomos llenos de archivos, documentos de contabilidad y diarios gubernamentales que se llevaban desde la primera implantación de la hegemonía acacia en la satrapía. Su padre había tratado aquellos archivos con sobria reverencia. Él había intentado infructuosamente transmitírsela a su único hijo. Rialus era sólo la segunda generación de su familia en supervisar el Mein... lo cual no era un largo ejercicio del cargo según las normas acacias. Al cesar en el cargo la anterior familia gobernante, su padre había sido enviado al Norte en castigo por algún desaguisado del cual Rialus ni siquiera se podía acordar. Con el paso de los años los demás gobernadores acabaron por dar por descontada a la familia Neptos. Los Akaran simplemente los ignoraron a todos. Le atacaba los nervios que se esperara de él que pagara por un crimen que nadie podía mencionar tan siquiera. Le atormentaba que el mundo exterior no comprendiera su mente tan afilada como una navaja, en cierto modo cautiva en el interior de su achaparrada figura, traicionada en todas las ocasiones por la tendencia de su mandíbula a paralizarse justo en los momentos equivocados. Si otros pudieran ver más allá de estos defectos externos, comprenderían que él estaba desaprovechado en aquella plaza.

A Rialus le encantaba decir que la Donante recompensa a sus ilustres, pero él aún tenía que ver alguna evidencia de que las fuerzas divinas del mundo hubieran reparado siquiera en su existencia. Tras haberse pasado diez años bajo vigilancia, Rialus se había convertido en campo abonado para la intriga. El mayor de los hermanos Mein se había apurado a aprovecharlo. Hanish era un orador elocuente, un hombre apuesto que hablaba con tal compostura detrás de sus ojos grises que uno no podía por menos que confiar en él. Procedente de su boca, el extraño sistema de creencias del Mein no parecía una fantasía en absoluto. El mundo de los vivos era transitorio, había explicado Hanish, pero la fuerza de los tunishnevre era constante. Los tunishnevre estaban integrados por todos los hombres dignos de su raza que habían vivido y respirado en otros tiempos, pero ya no lo hacían. Su fuerza vital perduraba fuera de sus vasijas mortales. La energía palpable de su cólera demostraba que los muertos eran más importantes que los vivos. La vida era la maldición que caía sobre un alma antes de elevarse a un plano superior. Como el cuerpo que está separado del espíritu que lleva dentro y, sin embargo, causa al espíritu toda suerte de dolores, así el destino de los vivos causaba al núcleo ancestral unos sufrimientos incesantes. Los vivos mantenían a los muertos encadenados a ellos y el hecho de no saberlo hacía que la vida del más allá fuera una carga cuando ésta hubiera tenido que ser el dulce cumplimiento del viaje de la vida. Los antepasados, había asegurado Hanish, le imploraban que aliviara su tortura. Cuando el gobernador le había preguntado qué era lo que querían los tunishnevre y cómo iban a ser liberados exactamente de este sufrimiento, Hanish le había apretado el hombro como si ambos



fueran íntimos amigos. Tenía la habilidad de pasar de un tono más serio a otro desenfadado en un momento.

—Yo sé que hay que hacer cambios para ordenar el mundo de los vivos. Ésta es la tarea para la que he nacido. Y tú, Rialus Neptos, eres un agente de mi enemigo.

Eso también se había dicho con ligereza, pero la lista de los crímenes perpetuados por la hegemonía de Acacia parecía larga y repugnante cuando Hanish la detalló. ¿Qué nación no sufría bajo su gobierno? Desde los pálidos hombres del Norte hasta los negros del Sur, de Este a Oeste, muchos pueblos distintos, centenares de razas de hombres habían sufrido graves injusticias. Varias generaciones habían vivido y muerto bajo el yugo de la «paz» de Acacia, pero los Mein jamás habían olvidado quién era su enemigo. Ahora, finalmente, Acacia tenía un rey que se había vuelto lo suficientemente débil como para que ellos lo pudieran derribar. Hanish creía que Leodan era el heredero más débil de la larga cadena de la historia de su familia. Una nueva era podía empezar, con un nuevo calendario que marcara los días, con nuevos conceptos de justicia, con una redistribución de la riqueza, con los privilegios finalmente en las manos de aquellos que durante tanto habían trabajado por el bien de otros hombres. Poco podía rebatir Rialus. Ocupaba a fin de cuentas un lugar privilegiado para saber cuántas cargas imponía Acacia a sus aliados.

Rialus ni siquiera podía recordar cuando los hermanos Mein se habían ganado su confianza, pero sí recordaba su incredulidad ante las afirmaciones de Hanish. Éste había dicho que sus aliados de la Liga eran más poderosos que los Akaran. Estaban decepcionados con los Akaran y furiosos con Leodan. Creían que el rey quería romper la Cuota y anular el comercio del vapor. Por este motivo habían decidido su destino. Sería apartado y sustituido por otro dispuesto a satisfacer más fielmente sus necesidades. Hanish decía que eso había ocurrido dos veces en las veintidós generaciones transcurridas desde Tinhadin, pero lo de ahora era distinto. Al rey no se le apartaría para que su hijo —más joven, más fácil de moldear y controlar— pudiera ocupar su lugar. Esta vez los lothan aklun querían que todo el linaje se extinguiera y que se estableciera una nueva dinastía, con los Mein en el trono.

Por eso Hanish tenía a su disposición una extraña raza de personas dispuestas a marchar por los Campos Helados y declarar la guerra en nombre de los Mein. Por eso contaba con unas nuevas armas que arrojaban unas balas de pez tan ardientes como el sol o bien que lanzaban piedras de gran tamaño. A ello cabía añadir un oculto ejército mein que se había estado adiestrando en las montañas al norte de Tahalian sin que el mundo exterior lo supiera. Con estas herramientas y varias otras sorpresas, Hanish prometía abatirse sobre un mundo desprevenido y destruirlo pieza a pieza.

Los hermanos habían aludido a distintos cargos de importancia que Rialus podría ocupar en el mundo reestructurado que ellos imaginaban, pero hasta ahora éste no había visto ninguna recompensa. Había esperado haber demostrado su utilidad. Por

desgracia, los tratos con Leeka no estaban yendo como él quería. Sabía que el ejército del general había sido misteriosamente masacrado, pero no estaba en modo alguno seguro de que ello le causara a Maeander el placer que hubiera tenido que causarle. A fin de cuentas, la misión de Rialus había sido la de mantener al general enjaulado y hacer lo que pudiera para ocultar la llegada del forastero. Había fracasado en ambos propósitos.

Maeander entró en los aposentos del gobernador con visible desprecio de las formalidades debidas a un funcionario acacio. Pasó por delante del secretario que se estaba preparando para anunciarle y entró en la estancia con pasos rápidos que parecían lo bastante indiferentes y enérgicos como para partir las piedras bajo sus botas. Maeander era varios centímetros más alto que su huésped. Era ancho de espaldas y con una fuerza que se revelaba en los movimientos de sus musculosos muslos, en los vigorosos abultamientos de sus antebrazos y en los perfiles de su cuello. Llevaba el cabello largo por debajo de los hombros, con los mechones de color oro pajizo lavados diariamente con agua helada y alisados, algo insólito, pues casi todos los varones del Mein dejaban que el cabello se les enredara y andaban por ahí con un nido de serpientes derramándose en cascada sobre los hombros. Era por sus formas exteriores un modelo de los viriles y ásperos hombres de su raza, vestidos con prendas de cuero curtido, con las piernas envueltas en ajustados calzones.

Maeander se quitó los guantes forrados de piel y los arrojó a una mesa donde emitieron un seco y sonoro ruido. Hizo una rápida supervisión de la estancia y se detuvo junto a la ventana.

—O sea que ésta es tu ventana —dijo inspeccionando la plancha de cristal. Hablaba acacio con los tonos guturales de su lengua natal, unos sonidos que siempre molestaban a las orejas de Rialus—. Los guardias me gastaron bromas al entrar. Cuando les dije que te anunciaran mi llegada, uno de ellos dijo que tú ya lo sabías porque siempre tenías un ojo pegado al cristal. Otro dijo que parecías no darte cuenta de que se puede ver tanto desde dentro como desde fuera del cristal. Semejante impertinencia, gobernador, no se debe permitir.

Rialus se ruborizó. Jamás se le había ocurrido pensar que sería visible a la gente de fuera. Imaginó lo absurdo de que su imagen se viera desde el exterior, se torció en distintas contracciones mientras los de abajo lo miraban con el rabillo de los ojos, disimulando sonrisitas, riéndose de él... Y, de esta manera, con unas cuantas palabras improvisadas, acabó pareciendo un imbécil total. Recordó la vez en que los hermanos Mein le hablaron tal como correspondía a su cargo, pero todo eso ya había cambiado. No tenía ni idea de cómo recuperar su antigua posición. De hecho, sospechaba con creciente intensidad que jamás había tenido ninguna.

Maeander se apartó de la ventana. Sus ojos eran sorprendentemente grises. No tanto miraba a la gente cuanto que la apuntaba con ellos. Jamás, pensó el gobernador,

había conocido a una persona que clavara tanto los ojos y con tan indisimulada voluntad. Su mirada era la de un niño sobre un escarabajo que estuviera a punto de aplastar bajo su talón.

—¿Sabes qué le ocurrió al ejército de Alain?

Por regla general, Rialus no hablaba con fluidez. En presencia de Maeander, se convenía en un desastre tartamudo, cosa que él estaba seguro de que daba una impresión equivocada. Por suerte, Maeander tenía más interés en hablar él mismo que en hacer un verdadero interrogatorio. Tal como él contaba, unos exploradores de Numrek fueron enviados para despejar el camino antes de que el grueso de su nación hubiera visto la columna del general. Sin que los vieran, los espionaron en secreto varios días hasta situarse en posición de emboscada. Se abatieron sobre ellos siguiendo el viento de cola de una tormenta de limpieza y masacraron hasta el último hombre y la última mujer.

—Te alegrará saber que los numreks son tan hábiles en matar como dicen —dijo Maeander—. Recibieron con agrado la prueba que les dio el ejército de Alain. Los reconfortó, dijeron ellos. —Se volvió y se puso a pasear por la estancia sin propósito definido. Tenía tres finas trenzas de cabello que bajaban desde la coronilla de la cabeza por el lado izquierdo. En dos de ellas se habían entretejido dos cintas de color azul y en la tercera se había trenzado una tira de cuero tachonada de cuentas de plata. Rialus sabía que eran una especie de primitivo sistema de contabilidad: la cinta azul equivalía a diez hombres muertos, la de cuero, a veinte. ¿O acaso era al revés? El gobernador no se acordaba—. Jamás en mi vida he visto cosa igual en este ejército de Numrek. Absorben y escupen todo lo que encuentran. Sus mujeres y sus niños disfrutaban tanto con las matanzas como los hombres. Dudo mucho que todas las fuerzas combinadas de Acacia se les pudieran comparar en el campo de batalla.

—Entonces todo ha sido para bien —dijo Rialus—. La Donante cuida de los notables. ¡Un gran éxito!

A Maeander no le gustaba que lo manejaran.

—No te pases. No conseguiste aherrar a tu general. Te quedaste aquí junto a tu ventana mientras él salía para amenazar todo aquello que mi hermano lleva años planeando. ¿Y es cierto que tu general envió mensajeros... varios en total?

—Es cierto, pero no te preocupes. Los mandé perseguir a todos y matar.

—No es verdad. Uno de ellos pasó. Uno de ellos se reunió con el canciller del rey. Thaddeus Clegg.

—Ah —dijo Rialus.

—Pues sí. Oh. Pero, una vez más, te ha salvado la suerte. —Hizo una pausa para permitir que Rialus se retorciera un momento para salir del apuro y añadió—: Thaddeus es... tan inepto como para que no vea que sus intereses pueden alinearse con los de Leodan.

La boca de Rialus formó una «O».

—¿Inepto?

—Ni más ni menos —dijo Maeander. Se inclinó hacia delante e introdujo las yemas de los dedos entre las aceitunas de un cuenco que descansaba sobre el escritorio de Rialus, unas exquisiteces importadas muy difíciles de encontrar en el Mein. Se introdujo unas cuantas en la boca y miró al gobernador—. De hecho, Rialus, las razones de este inepto estado de ánimo se cruzan con tu propia situación. ¿Serías tan amable de explicármelo?

Rialus asintió con la cabeza, vacilando, pero demasiado curioso como para negarse. Maeander habló sin dejar de masticar. Le pidió a Rialus que retrocediera con él en el tiempo e imaginara a Leodan y a Thaddeus tal como eran en su juventud. Que imaginara al joven príncipe: soñador, idealista, indeciso en su aceptación del poder que estaba siendo adiestrado para ostentar, prendado de una joven belleza —Aleera— que parecía importarle más que su trono. A su lado, su canciller: decidido, confiado, disciplinado, un experto espadachín, ambicioso como Leodan no lo era.

—Leodan nunca fue exactamente una joya a los ojos de su padre —dijo Maeander sonriendo.

Gridulan, señaló, creía débil a su hijo. Pero un hijo es un hijo; Gridulan no tenía otro. No se podía negar. Por eso Gridulan hizo todo lo que pudo para fortalecer a Leodan mientras miraba con el rabllo del ojo a Thaddeus. Quería que su hijo tuviera un canciller fuerte, pero tenía motivos para temer las dotes de Thaddeus. Thaddeus era un agnate a fin de cuentas. Podía seguir su linaje hasta Edifus. En determinadas circunstancias podía hacer valer una reclamación legítima al trono. Lo cual se convirtió en una gran amenaza desde el punto de vista del anciano rey cuando Thaddeus contrajo matrimonio con una joven, Dorling, perteneciente también a una familia agnate. En su primer año de vida en común tuvieron un hijo, nada menos que dos años antes de que Aleera diera a luz a Aliver. O sea que allí estaba el fuerte Thaddeus, un oficial del marah, con una joven esposa y un hijo, con un excelente linaje, la adoración del pueblo y el respaldo de los gobernadores, que veían en el canciller un astuto defensor de sus causas. En resumen, Thaddeus se había convertido en una amenaza que Gridulan no podía ignorar, aunque Leodan pareciera menospreciarla.

—Imagina lo que hizo al respecto —dijo Maeander—. ¿Tienes alguna idea?

Rialus no la tenía, aunque tardó unos momentos en convencer de ello a Maeander.

—Pues te lo tendré que decir yo —añadió el mein—. Gridulan conspiró con uno de sus compañeros. A instancias del rey, este compañero se hizo con un raro veneno, de la clase que utilizaban los hombres de la Liga. Una sustancia letal. Se encargó personalmente de que Dorling consumiera una dosis de ella en su té. Su hijo, al que todavía amamantaba, se envenenó a través de la leche de la madre. Ambos murieron.

—¿Los mataron por orden del rey? —preguntó Rialus.

—Exactamente.

Por aquel entonces nadie supo comprender aquellas muertes. Algunos sospecharon un asesinato, pero no hubo dedos que señalaran... por lo menos no en la dirección adecuada. Gridulan fue el primero en hacerle las condolencias a Thaddeus. Leodan no cabía en sí de dolor. El propio Thaddeus soportó de manera admirable su sufrimiento, pero ya nunca volvió a ser el mismo. Gridulan había elegido bien. Consiguió apagar la ambición de Thaddeus, dejándolo vivo para que ayudara a su hijo. Leodan no se enteró de los asesinatos hasta unos cuantos años más tarde, cuando murió su padre y él leyó sus diarios. ¿Pero qué iba a hacer con el conocimiento de que su propio padre había matado a la mujer y al hijo de su mejor amigo para protegerlo a él?

—Puede que un hombre fuerte lo hubiera confesado todo a su amigo —dijo Maeander, encogiéndose de hombros, pues no parecía muy seguro—. Quizá. En cualquier caso, Leodan mantuvo la boca cerrada. No dijo nada a nadie, sólo castigó al compañero de su padre, al que había administrado el veneno. ¿Tienes idea de quién fue esta persona?

Maeander no esperó esta vez a que Rialus contestara.

—Pues sí —dijo—. ¡Tu querido padre Rethus hizo que entrara en juego el veneno! Por eso estás tú aquí ahora delante de mí, un miserable gobernador de una miserable provincia. Estás siendo castigado —tal como antes lo fue tu padre— por lealtad a Gridulan. Los secretos familiares llegan muy hondo, Rialus. Veo por la perplejidad de tu rostro que te he dado una sorpresa y he respondido al mismo tiempo a viejas preguntas.

Rialus tardó un momento en hacer suficiente acopio de su ingenio como para preguntar:

—¿Cómo sabes todo esto?

Maeander miró de soslayo y escupió un hueso de aceituna.

—Mi hermano tiene muchos amigos en situación de saber estas cosas. La Liga, por ejemplo, lo observa todo con interés y se complace en facilitar información para ayudarnos a remover la olla. Puedes creerme, Rialus, lo que te acabo de decir es verdad. Hace unos meses mi hermano compartió esta información con el propio Thaddeus Clegg. La noticia le causó una honda impresión. Debido a ello considero justo decir que ya no está del todo del lado de Leodan. Piensa en la vida que ha llevado Thaddeus desde la muerte de Dorling y su hijo. Piensa en el amor que ha prodigado en los hijos de Leodan. Piensa en cómo apoyó al rey cuando éste se enfrentó con la muerte —por causas naturales, por supuesto— de su propia esposa. Piensa en lo que fue descubrir que todo se basó en una mentira, en el asesinato y en la traición. En su lugar, ¿tú no quisieras ver castigados a los Akaran? La venganza es la

emoción más fácil de comprender y manipular. ¿No estás de acuerdo?

Rialus lo estaba, pero necesitaba desesperadamente tiempo y soledad para digerir todo lo que Maeander le acababa de revelar.

—En cualquier caso —dijo Maeander, volviendo al tema que había dado lugar a la digresión—, yo no te mataré por tus errores, pero me temo que tendrás que pagar por ellos. Les he prometido Cathgergen a los numreks. Cuando lleguen, les entregará la fortaleza. Confío en que no provoques el enojo de su capitán Calrach; por lo que he visto de él, no es de naturaleza clemente.

—¿No estarás diciendo...?

Maeander pareció ofenderse.

—¿Estás protestando? No querrías que les hubiera dado Tahalian, ¿verdad? No hay otro camino. La fortaleza es suya para que descansen y se reagrupen. Si quieres, puedes dejar que el ejército organice una defensa y después puedes escapar al destino que te espere. No me mires así. Neptos, jamás he conocido a un hombre que se parezca tanto a una rata como tú y de tan distintas maneras. —Por un instante, la cólera se encendió en la voz de Maeander, pero éste la dominó y consiguió hablar fríamente—. Puedes seguir respirando, pero la verdadera recompensa es para aquellos que nos sirven con más eficacia.

—Me has condenado —dijo Rialus.

—No te he condenado. Si estás condenado, las semillas se sembraron antes de que yo te conociera. Es lo que nos ocurre a todos. Eso es todo lo que tengo para ti.

Rialus sólo consiguió hablar después de que Maeander se diera la vuelta para retirarse.

—Olvidas que yo... yo soy el gobernador de esta fortaleza. —Maeander clavó en él una mirada estupefacta. Rialus cambió de táctica, apartándose de la amenaza inherente en su declaración—. Quizá todavía me puedo poner a prueba.

—Ah, ¿pero es que eres tan traidor como tu padre? ¿Cómo te podrías poner a prueba?

—Si lo que yo te ofrezco te complace, tengo que contar con tu garantía de que seré recompensado. Te ofrezco la familia real... sus cabezas, quiero decir.

—Ya tengo agentes preparados para abalanzarse sobre el rey. La noticia puede que ya esté a punto de llegar a Hanish.

—No, no... eso ya lo sé —dijo Rialus. Casi experimentó el impulso de sonreír, sabiendo que con toda probabilidad acababa de lanzar el salvavidas que necesitaba—. No me refiero al rey. El linaje de Akaran no empieza ni termina con Leodan.



Corinn Akaran comprendía que había muchas cosas que ella no conocía acerca del mundo, muchos nombres y muchos linajes familiares y acontecimientos históricos que se negaban a grabarse en su memoria. No importaba. Muy poco de ello guardaba relación con su vida cotidiana. Lo que ella consideraba significativo era el hecho de ser la hija mayor del rey Leodan, concretamente la más guapa. No pretendía heredar el control del reino de su padre —eso le correspondía a Aliver—, pero era algo que también le interesaba. No le llamaba para nada la atención la perspectiva de enfrentarse a aquella serie de preocupaciones. Mejor permanecer al margen y ejercer su influencia dentro de la esfera de las intrigas de la corte. Estaba segura de que resultaría más interesante. Puede que el mundo fuera muy grande, pero la parte que ella ocupaba en él era más pequeña y, en aquel mundo más pequeño pocas personas estaban mejor situadas que ella para contemplar el futuro con sublime optimismo.

Sin embargo, ella albergaba un secreto que ninguno de sus allegados hubiera podido adivinar. A, pesar de ser por naturaleza una persona jovial con interés por los bonitos vestidos, los chismes y los juveniles y románticos comentarios, llevaba consigo la conciencia de la muerte. Era una nube que permanecía en suspenso en el fondo de su mente, siempre cerca para amenazarla cuando levantaba los ojos para prestar atención a cosas más grandes. Su madre había muerto cuando ella tenía diez años. Desde entonces la maldición de la mortalidad jamás había estado lejos de su mente. Aleera Akaran había desaparecido de la vida cuando la primavera daba paso al verano. La devoró por dentro una enfermedad que empezó como un dolor de espalda y se convirtió en una sanguijuela insaciable que le succionó la vida.

Corinn recordaba con doloroso detalle los últimos momentos que había pasado con su madre. En sus sueños solía sentarse a menudo al lado de su cama, con las palmas de las manos alrededor de la pálida piel y los huesos de las manos de la mujer. Su cuerpo estaba tan devastado que parecía haberse fundido en el colchón. Como el tiempo era caluroso, a menudo permanecía tumbada sin los cobertores, con las piernas desnudas asomando por debajo de la camisa y los pies y los dedos de los pies aparente y artificialmente grandes ahora que eran lo primero que veía Corinn al entrar en la estancia. Sus semanas transcurrían alrededor de la cama. Aleera estaba tan débil que no podía llegar a la banqueta que había junto a la ventana sin la ayuda de su hija.

Sus pies ya no sabían encontrar el suelo. Corinn permanecía de pie sosteniendo el frágil peso de su madre mientras a cada paso los talones de ésta trazaban círculos en el aire, tal como hubiera podido hacer un niño que diera sus primeros pasos.

Todo eso que convergía en la joven le hacía comprender que el mundo encerraba cosas mucho más aterradoras en realidad que las que encerraban sus más oscuras imaginaciones. ¿Dónde en esta escena estaba la todopoderosa madre que siempre conocía la mente de su hija antes de que ésta hablara, que se burlaba de los temores de Corinn de los dragones, las serpientes gigantes y los monstruos? ¿Dónde estaba el héroe que ahuyentaba a semejantes criaturas con sólo entrar en la habitación, con sólo sonreír, con sólo pronunciar su nombre? ¿Dónde estaba la belleza junto a cuyo codo permanecía sentada Corinn mientras la preparaban para las funciones oficiales, la mujer con la cual todas las demás se comparaban? Todavía se sorprendía de que las cosas hubieran cambiado con tanta rapidez, sin apenas una velada sugerencia de que todo lo demás tuviera un significado.

Por muy doloroso que ello fuera, estaba compuesto por el hecho de que ella se veía a sí misma en cada parte del moribundo cuerpo de su madre. Su madre le había dado la forma del rostro, el carácter de sus labios, el diseño de las arrugas que surcaban su frente. Ambas tenían las mismas manos: igual de largas y afiladas, el mismo carácter de los nudillos, las mismas finas uñas de los dedos, la misma desordenada inclinación del dedo meñique. La niña de diez años había conservado entre las palmas de sus manos una deteriorada y débil imagen de sí misma, como una extraña combinación del pasado con el presente o del presente con el futuro.

Aunque a menudo programaba los días que tenía por delante con juvenil optimismo, una parte de sí misma estaba dominada por el temor de que no vería terminar el año. O, en caso de que lo viera, sólo sería para que primero lo ganara todo y después lo perdiera y muriera. Eso había pensado desde que tenía diez años y después once y doce y así sucesivamente, pero la sensación era tan fuerte como siempre. El hecho de que equilibrara estos malsanos pensamientos con una naturaleza por lo demás efervescente era tan desconcertante para ella como lo hubiera sido para los que la veían desde fuera. Ocultaba sus más oscuras meditaciones lo mejor que podía, alarmada y avergonzada de ellas. A menudo se recordaba a sí misma que todos los seres vivos se enfrentaban con la muerte; a pocos de ellos se les ofrecía una vida de potencial tan rico como a ella. Y a lo mejor estaba equivocada. A lo mejor viviría una larga y gozosa existencia, a lo mejor hasta encontraría la manera de vivir para siempre, eternamente joven y sin contacto con la enfermedad.

La mañana en que iba a recibir a una delegación de la nación de Aushenia, Corinn se pasó largo rato mirándose al espejo de su tocador y contemplando su reflejo. Se inclinó hacia delante y tomó un cepillo de pelo de caballo utilizado para aplicar maquillaje. Lo introdujo en unos polvos hechos de conchas marinas y se pasó las



cerdas por las mejillas. Esperaba que el resplandor completara el brillo de las fibras de plata de su vestido, una suave prenda de color azul cielo que envolvía su figura. A pesar de sus malsanos pensamientos, se alegraba de la perspectiva de los días que tenía por delante. No tenía —como Aliver— que permanecer sentada durante las estúpidas formalidades de las reuniones oficiales. Pero, a diferencia de Mena y Dariel, era lo suficientemente mayor como para actuar con cierta capacidad oficial. Esta vez actuaría como anfitriona y guía del príncipe aushenio Igguldan.

A pesar de la advertencia de su criada de que el día iba a ser frío, sólo llevaba una fina camisa bajo su vestido. Podría soportar el frío, dijo, no aguantaba parecer desaliñada. Como única concesión a las inclemencias del tiempo, decidió ponerse una nueva prenda que le acababan de enviar desde Candovia, una banda de piel blanca alrededor del cuello, ajustada con presillas. Pensaba que la bufanda le confería una cierta elegancia. Así lo esperaba, pues no era tan aficionada a vestirse para el frío como lo era para las tres temporadas de calor que Acacia ofrecía.

Corinn recibió al príncipe aushenio en los peldaños de la sala de Tinhadin. La rodeaban varios servidores, un traductor y unos cuantos ayudantes del despacho del canciller, todos ellos enmarcados por las columnas de granito de la fachada del palacio toscamente labradas y surcadas por las vetas de la edad y de las inclemencias del tiempo. De una cosecha arquitectónica anterior a la de la mayoría de los edificios de la ciudad, el palacio se había construido cuando los dirigentes de la nación parecían mirar de soslayo las suaves líneas y los arcos de cultas ciudades como las de la costa talaya en las que se habían inspirado las generaciones posteriores.

El príncipe vestía con sencillez. A Corinn la hubiera podido decepcionar, pero su comportamiento demostró tanta reverencia que ella tuvo que reconocer que sus modales eran impecables. Caminaba con los ojos inclinados, con los brazos pegados a los costados y las palmas de las manos dirigidas hacia ella. Al subir, tanto él como los miembros de su grupo ajustaban la posición de sus pies de tal manera que se movían como obedeciendo a una sola mente. En cuanto llegó al peldaño situado debajo de ella, el joven se detuvo. Su mirada se elevó, se cruzó con la suya y la sostuvo ligeramente más tiempo que el adecuado. Ella se sintió inclinada a perdonarlo, tanto por la temerosa y torcida sonrisa que exhibía como por el hecho de saber que su propio vestido y la bufanda de piel blanca que le rodeaba el cuello y las complicadas trenzas de su cabello y los resplandecientes polvos de concha marina que realizaban sus mejillas se habían combinado para causar un efecto impresionante.

Las facciones de Igguldan eran típicamente aushenias: sus cabellos como paja sumergida en tinte cobrizo, sus ojos intensamente azules, como si fueran cuentas de cristal iluminadas por detrás. Antes Corinn pensaba que la piel pálida y pecosa era defectuosa comparada con la cremosa y morena de los acacios o la casi negra de los talayos, pero, mientras miraba a Igguldan, se sintió atraída simplemente por sus

rasgos. Hubiera querido alargar la mano, tocarlo justo por debajo del ojo y deslizar el dedo de una peca a la otra.

Acompañó al grupo en un recorrido por el edificio principal, pasando por las distintas alas del palacio, bajando hasta las salas de adiestramiento y alrededor de los edificios gubernamentales. Los aushenios se entusiasmaron al ver los monos dorados que vagaban por los alrededores e incluso por el interior del palacio. No había nada parecido en su país, explicaron. Corinn asintió con la cabeza sin dejarse impresionar. Veía aquellas criaturas todos los días de su vida. Eran de pequeño tamaño, como unos gatos en realidad, con un pelaje esponjoso que oscilaba entre el amarillo y el casi carmesí. Tenían un significado sagrado, pero Corinn no recordaba cuál y no lo mencionó.

Al final, llegaron a unas viejas ruinas que albergaban las piedras fundamentales de una de las primeras torres defensivas de Edifus. Los ruinosos restos de esta estructura se albergaban en un moderno edificio, una especie de pabellón que se asentaba sobre unas arqueadas patas y ofrecía vistas de tres direcciones del compás. En el centro se levantaba una estatua de Elenet en su juventud. Uno de los ayudantes del canciller se adelantó para recitar la historia del primer brujo, que era también en muchos sentidos la historia de la Donante.

Al principio, entonó el ayudante, una figura divina conocida como la Donante creó el mundo como una manifestación física de alegría. Dio forma a todas las criaturas de la Tierra, incluyendo a los humanos, aunque no los separó de las demás criaturas. Paseaba por la Tierra cantando y creando con el poder de las palabras. Su lenguaje al mundo. En medio de aquella felicidad apareció el mal. Elenet, que era un huérfano humano de siete años, vio una vez al dios pasando por su pueblo. Se acercó a la Donante y se le ofreció como criado para poder estar cerca de la gracia del dios. La Donante, que se prendó de él, accedió. Pero Elenet no era como los demás animales que seguían a la Donante. Elenet no podía por menos que escuchar el canto del dios. Aprendió las palabras. Llegó a entenderlas y a reconocer su poder. Disfrutaba de la posibilidad de ejercerlo él. En cuanto aprendió lo suficiente, escapó.

—Se convirtió en el primer Dios Parlante —dijo el ayudante—. Enseñó sus conocimientos a unos pocos conocidos. Cuando la Donante se enteró del engaño de Elenet, sufrió una decepción. Volvió la espalda al mundo y se calló. Jamás la volvieron a ver pasear por la Tierra. Ya no volvió a cantar. A causa de todo esto tenemos el mundo tal como está ahora.

A juzgar por la manera en que Igguldan hincó una rodilla y pasó las manos por las grietas de la antigua piedra, hablando en susurros para sus adentros, la historia ya le era conocida y lo afectaba mucho. Corinn estuvo tentada de fruncir el ceño ante su severidad, pero a lo largo de la siguiente hora más o menos éste resultó ser un compañero agradable. Hablaba casi perfectamente el acacio como casi todos los

miembros del grupo. El traductor y los ayudantes del canciller no tardaron en retirarse hacia el fondo del grupo, el cual se rompió en grupos más pequeños como unos niños que hubieran salido en una gira educativa.

—Me pregunto —dijo Igguldan— si es cierto que Edifus era uno de los discípulos de Elenet. He oído decir que era un brujo. Por eso él, y Tinhadin después de él, triunfaron tan completamente. ¿Tú qué piensas, princesa?

—Pues no he pensado demasiado en ello, pero no veo ninguna razón para creer en la magia. Si mi pueblo tenía semejante don, ¿por qué no lo seguimos teniendo?

—¿O sea que no lo tenéis? —preguntó Igguldan, sonriendo—. ¿No puedes, por ejemplo, lanzarme un encantamiento y obligarme a obedecerte?

—No necesito la magia para nada para conseguirlo —replicó Corinn, y las palabras le salieron tan espontáneamente que las pronunció antes de darse cuenta de que las había pensado. El calor le brotó del pecho y le subió por el cuello—. A lo mejor, creamos después las historias de magia como medio de explicar las cosas que Edifus logró. Es difícil que personas de inferior categoría crean en la grandeza.

—Puede que así sea... —El príncipe tamborileó con los dedos sobre la piedra curtida por la intemperie, se puso de puntillas un momento y contempló el panorama que tenían a sus pies hacia el Este—. Pues creo que soy un hombre inferior porque me encantan las Viejas Historias tal como son. Vuestro saber popular interpreta una buena parte de nuestras propias leyendas. En Aushenia no nos cabe la menor duda de que los hombres y las mujeres practicaban antiguamente la magia y que vuestro pueblo la utilizó para dominar el mundo. Hay un maravilloso poema acerca de la manera en que los seres humanos adquirieron este conocimiento. No lo voy a recitar ahora para no hacer el ridículo, pero tal vez más tarde tendré la oportunidad de cantar para ti.

—¿Y qué hay ahora de la magia? —preguntó Corinn—. No veo a ningún brujo por aquí.

El príncipe aushenio sonrió, pero no dijo más. Mientras abandonaban las ruinas de Edifus y seguían el camino de atrás en su lento ascenso hacia el Descanso del Rey, Corinn reconoció:

—No sé tanto acerca de tu pueblo. ¿Cómo sois los aushenios?

—Aushenia te parecerá fría. No tan fría como el Mein... allá arriba apenas ven el sol en invierno y puede nevar cualquier día del año, incluso en pleno verano. No así en Aushenia. Cierto que tenemos un verano muy corto, pero es vibrante. Todas las criaturas y las plantas aprovechan los pocos meses que tienen. En primavera los brotes de las flores y los nuevos retoños crecen directamente de la nieve, como si un día la Donante les diera permiso y después ya nada pudiera interponerse en su camino. En verano el tiempo es muy caluroso. Nadamos en los lagos del Norte. Algunos incluso nadan en el mar. En Killintich se celebra un concurso de natación y

una carrera a pie el día del solsticio cada verano. Los participantes nadan desde el muelle del castillo hasta un punto del otro lado del puerto. Después regresan corriendo. Se tarda todo un día.

Ambos se detuvieron un momento al pie de la última escalera. Los demás se habían quedado rezagados a cierta distancia.

—Tiene gracia que en determinado momento digas que hace frío y al siguiente hables de flores que brotan y de natación. ¿Cuál es la verdad, príncipe?

—En un lugar tan norteño como Aushenia no es el frío lo que más te afecta. Son los momentos en que el frío se retira.

Corinn respondió asintiendo con la cabeza y ambos permanecieron un momento en silencio.

—Pero nosotros somos como vuestro país en muchos sentidos. Mi pueblo admira el aprendizaje tanto como el vuestro. Algunos de nuestros mejores alumnos hasta se adiestran en Alecia. Tú lo sabes, estoy seguro de que Aushenia fue el primer país norteño que se alió con Edifus contra el Mein. Por desgracia, la alianza no perduró tras haberse resuelto el conflicto. Por eso mi padre desea que tu padre nos honre con su presencia. Mi padre no está bien, ¿sabes? No puede viajar, pero se ha pasado toda la vida trabajando en favor de una alianza con vuestro pueblo. Cree que juntos seríamos más fuertes.

Los demás aún no les habían dado alcance, pero Igguldan subió otro paso y Corinn hizo lo mismo. Ascendieron juntos, preservando un poco más su soledad.

—Y somos poetas —dijo el príncipe.

—¿Poetas?

—Así conservamos nuestra historia en poemas épicos cantados por nuestros bardos. En nuestros tribunales, los casos se tienen que discutir en verso. Es una antigua formalidad, pero los casos más complicados atraen a multitudes.

—Qué extraño —dijo Corinn, aunque no pareciera tan extraño.

No tenía paciencia en absoluto para los procedimientos oficiales. Tal vez si a todos los burócratas del gobierno se les obligara a hablar en verso, ella lo podría resistir sentada.

—¿Eres el hijo mayor de tu familia? —preguntó Corinn.

Igguldan asintió con la cabeza.

—Lo soy. Hay tres después de mí, y dos de la segunda esposa de mi padre.

Corinn trató de enarcar una ceja aunque lo que ocurrió en realidad fue que las dos se arrugaron en unas líneas irregulares.

—¿La segunda esposa?

—Bueno... Sí, mi padre volvió a la práctica de los antiguos códigos y tomó dos mujeres para asegurar la producción de un heredero. No hubiera tenido que tomarse la molestia, pero... quiso ser muy perfecto.

—Comprendo. ¿Y tú también tienes tendencia a ser tan perfecto?

—No, yo sólo me casaré una vez.

Habían llegado al alto balcón de la parte posterior del Descanso del Rey. Corinn apoyó las puntas de los dedos en la balaustrada de piedra y levantó la barbilla, señalando hacia más allá de la extensión del claro mar verde azulado que tenían delante.

—Eso lo dices tú. Debes de tener abundantes bellezas en tu país... las suficientes como para que un hombre pueda casarse con más de una.

—Te equivocas. Piénsalo al revés. Las mujeres tienen la mitad de las virtudes que en Acacia. Créeme... —El príncipe tocó el dorso de la mano de Corinn—. Princesa, el día que tengas la bondad de ponerlos pies en Aushenia serás recibida como la mujer más bella del país, y yo seré el primero de tus admiradores.

El príncipe no hubiera podido hacer una afirmación más eficaz para ganarse el aprecio de Corinn. Con esta sencilla frase la halagó, aludió a su perdurable fidelidad y le prometió la admiración universal. Ella permaneció en silencio unos momentos tamborileando con los dedos mientras se imaginaba la posibilidad de pasar la vida como un cisne rodeado de patos. Contestó tímidamente al príncipe y siguió adelante con el recorrido, pero decidió averiguar todo lo que pudiera acerca de Aushenia. A lo mejor, acababa de encontrar a su futuro esposo. Todo el mundo sabía que Acacia y Aushenia ansiaban aliarse. Su boda podía ser un golpe político. Ella podría ser princesa de una nación y reina de otra. Eso era algo digno de esperar.



Leeka Alain no se engañaba acerca de su propia importancia a lo largo de la historia del imperio. Jamás en sus cuarenta y ocho años de edad —más de la mitad de los cuales se habían gastado en el servicio militar— se había imaginado a sí mismo con un destino digno de especial mención. Era sólo un soldado, uno de los muchos que habían salido de la bruma de la historia en el anonimato. Eso había creído hasta una ocasión en particular en que abrió los ojos y se levantó de un vacío sopor. Un simple acto, repetido miles de veces a lo largo de su vida. Pero esta vez fue como haber vuelto a nacer. Un momento antes no había nada. Al siguiente sus ojos aletearon la existencia de la creación, un mundo no imaginado previamente que le exigía cosas que jamás le habían advertido siquiera que fueran posibles.

Al principio, la creación era simplemente un cuadrado de brillante blancura por encima de él, una geometría irregular, un brillo en una negrura por lo demás informe. Se esforzó por incorporarse y encontrar alivio en unos miembros que vagamente comprendió que eran manos, brazos, piernas y pies. Se quedó paralizado. Miró un buen rato sin comprender, sin posibilidad de enfocar, sin contexto. Sólo cuando una forma se perfiló a través del espacio —un rápido destello que estaba presente, pero desapareció en el mismo instante— se volvió a mover. Contempló el cuadrado de luz el tiempo suficiente como para captar una vez más el movimiento. Un pájaro. Era un pájaro, un trozo de ala visto desde las sombras de abajo. Y más allá, la creación se deslizó ante su vista, una perfilada suavidad que él reconoció como un nublado cielo ártico. Esta última revelación fue la mayor ayuda jamás recibida. Con ella llegó la comprensión de la presión que lo rodeaba. Ensanchó las ventanas de la nariz y aspiró la desagradable cacofonía del perfume y comprendió su significado. Supo dónde estaba y cómo había llegado hasta allí.

Aquella primera criatura con cuernos... el jinete que la montaba... los muchos otros que lo siguieron saliendo de la tormenta... «Ocurrió realmente —pensó—. Los perdí a todos. Los conduje a...» ¿Quiénes eran aquellos chillones y joviales agentes de la carnicería que movían los pies como si zapatearan? Como el primer jinete, todos los demás habían llegado a la existencia hambrientos de violencia. Algunos de ellos blandían lanzas que arrojaban a su paso, unas cosas pesadas contra las cuales la armadura acacia no era más que una delgada piel. El soldado que se encontraba a su

lado recibió una de ellas en el pecho y salió volando en pos de su fuerza, con una mano un momento en el hombro del general, y al siguiente desaparecida. Otros hombres del enemigo cabalgaban en monturas que eran como... ¿cuál era la palabra? Aquellos animales de Talay... rinocerontes. Eran una especie de rinocerontes domesticados, sólo que debajo de una masa de enmarañado pelaje gris. Pisotearon a sus soldados, a veces deteniéndose el tiempo suficiente en un lugar para pisotear un cuerpo y convertirlo en picadillo.

El mayor espanto se produjo cuando la masa que blandía espadas y hachas se abatió sobre los agazapados acacios. Eran enormes, poderosos y de largas extremidades. Leeka vio en sus movimientos un placer de matar que jamás hubiera imaginado posible. Su manera de matar era casi infantil. Como cuando un niño con una espada de juguete pretende rebanar los brazos y las piernas y la cabeza de su compañero y después alarga el puño en el aire y sonrío e imagina haberlo logrado. De esta misma manera aquellos seres abordaban el mundo real, cortando extremidades con alegría, soltando unos golpes que a pesar de todo alcanzaban sus objetivos, dándose mutuamente palmadas en la espalda. Detrás de su enmarañada masa de largo cabello negro, eran pálidos como la nieve. Leeka quería mirar de cerca a uno de ellos a los ojos, pero jamás tuvo ocasión de hacerlo. Trató de recordar las órdenes que había dado. Por mucho que intentara relacionar la totalidad de la matanza con una respuesta razonada, jamás pudo recordar semejante respuesta ni imaginar qué pudo haber dicho él durante los pocos momentos que duró la matanza. No hubo más que un enemigo que los machacó mientras sus soldados morían con sangre salpicada por todas partes, extremidades golpeadas a puntapiés sobre la húmeda nieve, cuerpos como muñecos de trapo diseminados en posturas con las espaldas rotas, imposibles para los vivos. En ningún momento pareció que alguno de ellos se preocupara por su propia vida. Nada los afectaba. Nada los asustaba lo más mínimo y el daño que causaban a los soldados de Leeka no era para ellos más que una inmensa diversión.

Leeka había visto a un lancero enemigo inmovilizar a un soldado acacio bajo su pie. El miserable estudió a la mujer con primitiva curiosidad y después clavó la afilada punta de su arma directamente en su rostro, lo cual indignó a Leeka más que ninguna otra cosa que jamás hubiera visto. Soltó un rugido. La furia le subió desde el vientre y entonces lanzó un grito a través de la tundra. El lancero lo oyó, tiró de su arma para liberarla y se dirigió contra él. Si aquel ser lanzara la lanza y fallara, Leeka prometió mientras corría hacia él que se vería destripado un momento después por un acero acacio. Pero el lancero arrojó su arma con precisión. El proyectil se dirigió hacia él en una alargada y borrosa mancha. Leeka hubiera muerto de no ser por la intervención de uno de sus soldados, un hombre cuyo nombre no conocía de antes y no conoció después.

El soldado se interpuso entre el lancero y el general. Recibió la lanza en mitad del

pecho. Lo traspasó y salió por el otro lado en un estallido de sangre y mellados fragmentos de costilla. La punta de la lanza se desplazó lo bastante hacia un lado como para pasar a través del hueco entre el costado de Leeka y su brazo. El cuerpo del soldado golpeó contra el suyo. La fuerza del impacto los empujó a los dos hacia atrás. El yelmo del hombre golpeó a Leeka en la frente y lo dejó inconsciente. Los dos debieron de caer juntos en un revoltijo, el uno tan aparentemente muerto como el otro.

Ésta fue la razón, pensó, de que no lo liquidaran con más cuidado y de que él abriera los ojos muchas horas después y se encontrara emparedado dentro de un montón de cuerpos. Antes de que lo derribaran, había observado que alguien del enemigo agarraba por los tobillos a los soldados caídos del enemigo y formaba montículos con ellos para que los cadáveres no ocuparan el terreno de juego y entonces comprendió que él había sido arrojado a uno de aquellos montículos. Otros estaban apilados encima suyo y a su alrededor. Inmóviles, atrapados dentro del montículo de los muertos, los ensangrentados hombres y mujeres de su ejército se mezclaban debajo y encima de él; entraba y salía de la consciencia.

En los momentos de vela, la existencia se le antojaba un período de sufrimiento y de gran calor. Estaba tan apretujado que, durante un buen rato, pensó que el calor era un producto de todo aquello. Más tarde, se sintió en el interior de un horno increíble, más allá de cualquier cosa de la que los cuerpos cada vez más rígidos hubieran podido ser responsables. Sintió que los cadáveres que lo rodeaban se doblaban y se estremecían, vomitando el horrible hedor de la carne ardiendo. Hasta que no se hubo pasado horas y horas asándose y entrando y saliendo de una pesadilla, no despertó a la sobrecogida comprensión de que el calor rugía tanto dentro de él como fuera. Una fiebre vibraba de vida desde el centro de su frente. Un bicho se le había incrustado allí. Estaba seguro. Un insecto había clavado su curvado pico en su cráneo, introduciéndole algún veneno mientras el redondo y bulboso extremo de él pulsaba a causa del esfuerzo.

Intentó alcanzarlo, pero no se podía mover. Sudaba a través de todos los poros de su cuerpo. Le escocían los ojos a causa del sabor salado. Se pasó la lengua por las comisuras de la boca, temiendo el agrietado cuero de sus labios. Sus dientes también habían cambiado. Eran unos caninos como tijeras que se le clavaban en la lengua, llenándole la boca de un mercurio que, por mucho que lo intentara, no podía expulsar. Vomitó por esta causa, perdió el conocimiento, se despertó jadeando y recordó el calor y el insecto del interior de su cráneo y comprendió que la carne había empezado a desprenderse de su putrefacta cobertura. Y después se desmayó. Sueño. Vela. Angustia. Y así sucesivamente.

Eso fue todo antes de que se despertara al frescor y al cuadrado de luz por encima de él y al pájaro que trazaba sombras en el cielo. No supo cuántos días habían



transcurrido cuando se estremeció para salir del horrendo trabajo de filigrana de los cadáveres debajo de los cuales había descansado. Los cuerpos que le habían proporcionado permanente calor ahora ya estaban rígidos y congelados. El montículo estaba cubierto de hielo, pero era fácil ver los restos carbonizados que había debajo, las cenizas dispersadas por el viento. Los cuerpos habían ardidido. A su alrededor había muchos montículos similares.

El montículo en el cual Leeka había sido enterrado había ardidido menos por completo que los demás; tal vez en esta circunstancia residía el motivo por el cual él todavía respiraba. Toda suerte de desperdicios cubrían la tundra... equipos destrozados y ensangrentados; cadáveres de bestias de carga y perros; trozos de hombres y mujeres. Era una escena de absoluta desolación, ni una sola criatura en movimiento a la vista excepto unas cuantas aves carroñeras, los achaparrados devoradores de carroña de aquellos gélidos climas, con sus gruesos cuellos. Tenían unos enormes picos, cortos y dentados. Con una brizna de esperanza consideró la posibilidad de estar efectivamente muerto y de que todo lo que lo rodeaba fuera el más allá. Pero el mundo era demasiado terriblemente sólido para que él lo creyera.

Hubiera podido permanecer algún tiempo allí, sostenido hasta los muslos por los restos carbonizados si un buitre no hubiera aterrizado allí cerca y no hubiera tirado de una de sus curvadas articulaciones digitales de soldado. La idea de matar a uno o dos de ellos llenó a Leeka de determinación. En cuestión de una hora consiguió encontrar entre los desperdicios un arco y varias flechas. Empaló a tres de ellos e hizo que los demás se pusieran a sobrevolar en círculo el lugar, gritando su furia desde arriba. No tardó en comprender, sin embargo, que la tarea era inútil. Aparecieron más pájaros que se posaban en el suelo cada vez que él les volvía la espalda.

Se dio cuenta de que había otras criaturas por allí: pequeñas raposas de blanco pelaje con rosadas manchas alrededor de las mandíbulas, una criatura semejante a una comadreja con una cola a rayas blancas y negras, incluso una especie de insecto de caparazón duro que parecía indiferente al frío. Mató a varios de ellos simplemente tocándolos. Los abrasó con el calor de las puntas de sus dedos. Una poderosa fuerza en aquel lugar, un instrumento de vida y muerte, de tortura y salvación.

Pensando en esto último, se dispuso a recoger medios para levantar una hoguera. No fue fácil, con lo débil que estaba. Tuvo que detenerse a cada momento para beber de la bota de agua que llevaba sujeta al vientre y mordisquear un poco de aplanado pan duro, el único alimento cuya idea podía soportar. Bajo la oblicua luz del primitivo ocaso alimentó una inicial y creciente hoguera. Arrojó a ella los congelados y socarrados cuerpos de sus soldados. Se adentró en el frío y la oscuridad y arrastró ofrendas a las llamas. Lo hizo una y otra vez, cada vez un pequeño viaje entre extremos. La cabeza le daba vueltas cuando se movía con excesiva rapidez. A menudo caía sobre una rodilla con los ojos todavía cerrados hasta que cesaban las

vueltas. Se había levantado otra vez el viento y, con sus cambiantes ráfagas, resultaba imposible no inhalar humo. Tosiendo y cubierto de hollín, siguió con la tarea hasta terminar el trabajo. Su ejército no iba a convertirse en alimento para los carroñeros. Mejor que los cuerpos se liberaran al aire para que pudieran ser llevados por el viento en busca de la paz, dispersados lejos por la bastarda creación de la Donante.

Más tarde aquella noche Leeka se acurrucó cerca de la hoguera, con los ojos llorosos a causa de la ceniza. La arena se le incrustó en los labios y se le pegó a los dientes. Varias veces las ráfagas de viento le llevaron el sonido de cantos de mujeres en la distancia. Imposible, y, sin embargo, lo oyó con la suficiente claridad como para captar palabras sueltas y tararear la melodía para sus adentros. ¿Qué hacer ahora? Intentó una y otra vez concentrarse en esta pregunta. Era un general que se enfrentaba con una tragedia; antes que cualquier otra cosa tenía que elaborar un plan de acción. Pero nunca consiguió ir más allá de hacerse la pregunta antes de que algún recuerdo del horror apartara su atención. Aunque su mente estuviera llena de escenas de la matanza, no podía centrarse en una sola imagen en la que hubiera visto caer una sola de aquellas criaturas enemigas. A lo largo de su trabajo de aquel día no había encontrado ni uno solo de los muertos enemigos. Todas las extremidades que recogió y arrojó a las llamas eran de sus propios hombres. No encontró nada que demostrara que siquiera un enemigo hubiera resultado muerto, nada que le llevara a pensar que habían resultado heridos.

El rastro del invasor se podía ver fácilmente en la bruñida luz de la mañana. A pesar de los borrosos efectos de la nieve y el viento, el camino que habían dejado atrás era como un río seco, abierto en la tundra. Cualquier vehículo de ruedas que arrastraran o del que tiraran tenía que haber sido enorme, pues las estrías que dejaban abrían en el hielo unas acanaladuras de varios palmos de profundidad. Vio las huellas cruzadas de los rinocerontes. En ellas y a su alrededor había miríadas de huellas de pisadas de los propios enemigos. Algunas de ellas eran una vez y media más grandes que las de un hombre. Otras eran lo bastante pequeñas como para pertenecer a niños. Otras parecían de botas de soldados acacios. ¿Prisioneros?

Leeka empezó a bajar por el camino. Caminaba con todos los pertrechos que había podido salvar, arrastrados a su espalda en uno de los trineos más pequeños. Convirtió los postes de tienda en bastones para caminar y los clavó en el hielo a cada paso que daba. Siguió adelante, una solitaria figura en busca de un ejército. No tenía mucho sentido. Todavía no estaba seguro de lo que pretendía hacer. Simplemente tenía que hacer algo. A fin de cuentas, era un soldado del imperio y había un enemigo preparado y una nación a la que advertir.



Como todos los aushenios que Aliver había visto hasta entonces, Igguldan vestía orgullosamente su traje nacional: largos pantalones de cuero fuertemente ajustados a las piernas, camisa de manga verde completada con un chaleco azul, sombrero de fieltro ladeado en la cabeza. En realidad, eran unas prendas muy sencillas, como algo para cazar. Todo ello estaba en consonancia con el carácter nacional. A los aushenios les encantaban los ondulados bosques de su país y les gustaba creerse los cazadores que antaño habían sido sus antepasados. A juzgar por sus fuertes y largas extremidades, Aliver pensaba que a lo mejor eran eso.

Aliver se quejó una vez ante su padre del hecho de que a otras naciones no se les hubiera permitido mantener una clase real. ¿Qué sentido tenía para un rey gobernar sobre otros reyes? Socavaba la autoridad de éstos y amenazaba con hacer a otros iguales a ellos. ¿Acaso no tendría que haber un solo monarca para todo el imperio? Leodan había contestado con comedia paciencia. No, había dicho, eso no sería mejor. Todas las naciones del Mundo Conocido —aparte Aushenia— les estaban subordinadas de muchas maneras en todos los asuntos importantes. Eran pueblos conquistados, pero no carecían de orgullo. El hecho de conservar a sus reyes y reinas, sus costumbres y sus rasgos, les permitía retener parte de este orgullo. Lo cual era importante porque los pueblos sin un sentido del propio yo eran capaces de cualquier cosa. «No pierdes nada con calificar ocasionalmente de real a otro —había dicho—. Déjalos que sean lo que son y deja que nuestro gobierno sobre ellos sea tan dulce como la mano de un padre sobre el hombro de un hijo».

No fue todo un contingente del Consejo Real el que recibió al príncipe aushenio. Unos cuantos miembros de más antigüedad enviaron a sus secretarios en su lugar... algo acerca de lo cual Leodan hacía comentarios por lo bajo. Thaddeus estaba allí al lado del rey junto con Sire Dagon de la Liga Naval y demás gente suficiente como para garantizar a la reunión la debida importancia. El príncipe forastero estaba rodeado por otros funcionarios de su estado, asesores y expertos embajadores. Aliver sabía que el príncipe sólo le llevaba tres años, pero por su manera de actuar más parecía un alto dignatario. Los hombres de más edad se sometían a él. Antes de hablar, le pedían permiso con la mirada. Él conversaba libremente con Leodan y Thaddeus y recitó un largo saludo de su padre, Guldán, que sonaba más bien como un

poema por su ritmo y su ocasional uso de la rima. Puede que Aliver hubiera sido colocado allí para que viera a un joven más a gusto de lo que él se encontraba en semejante papel, sólo que era difícil que Igguldan no gustara, con su sincero rostro y sus sonrientes modales.

—Distinguidos consejeros de Acacia —dijo Igguldan—, la verdad es que jamás he visto una isla más hermosa, ni un palacio más impresionante que Éste. La vuestra es una nación afortunada y Acacia es la joya central de la más espléndida de las coronas.

Se pasó un buen rato hablando como si su único objetivo fuera el de cantar las alabanzas de la cultura acacia. ¡Cuánto le gustaban todas y cada una de las vistas que las altas ciudadelas ofrecían! Cuánto le sorprendía la calidad de la cantería, el arte funcional de la arquitectura acacia, la refinada demostración de riqueza sin pretensiones. Jamás había saboreado un plato más exquisito que el de la víspera: pez espada a la parrilla sobre el fuego, asado directamente en su presencia y cubierto por una salsa de un dulce fruto que jamás hubiera podido imaginar. Todos aquellos a quienes había conocido allí eran tan amables y señoriales que él se llevaría a casa una nueva percepción de modélico comportamiento. Viniendo como él de una nación más pequeña, presa de las cambiantes estaciones y del temperamento de la naturaleza, estaba impresionado por la sublime mezcla de poder y tranquilidad que era Acacia.

Tenía una lengua tan suave que Aliver tardó en darse cuenta del punto hacia el cual desplazó el verdadero propósito de su visita. Para cuando lo comprendió, Igguldan estaba declarando que su nación se enorgullecía de su larga historia como estado libre e independiente. Sabía que no tenía que recordarle a ninguno de los reunidos en la sala el papel que Aushenia había interpretado en la salvaguardia de la paz acacia. Eran los dobles frentes y el poder combinado de Aushenia y Acacia los que habían derrotado años atrás a sus comunes enemigos. Puede que desde aquellos lejanos tiempos hubieran mantenido ocasionalmente relaciones conflictivas, pero era el espíritu de sus antiguas relaciones el que su padre deseaba que ambas naciones recordaran ahora.

—Por eso vengo como portador de la petición de mi padre de que admitáis pacíficamente a Aushenia en el Imperio acacio, como provincia asociada a la par con Candovia, Senival o Talay. Si nos aceptáis, Guldan jura que vuestra nación se beneficiará de ello y jamás lamentará su decisión.

Allí estaba, pensó Aliver, presentado con más claridad de la que él imaginaba que se podían hacer semejantes ofertas. La respuesta de Acacia no fue, sin embargo, tan directa. Los miembros del Consejo Real acribillaron al joven a preguntas. Ante la pregunta de si Guldan revocaría el Decreto de la Reina Elena —la altiva declaración de independencia eterna—, Igguldan contestó que aquellas palabras habían dicho la verdad en su momento. Uno no podía regresar al pasado y cambiar lo que había sido.

Guldan jamás contradiría a la reina Elena, pero hablaba de ahora, de este momento, de los días y años venideros.

Thaddeus preguntó qué desgracia había caído sobre Aushenia para que después de tanto tiempo, suplicara finalmente un lugar en la mesa.

—No ha habido ninguna desgracia, señor, pero ya hemos vivido suficiente tiempo fuera de los círculos comerciales del imperio. Hay en mi pueblo un nuevo espíritu que opta por contemplar el futuro con una nueva mirada. Vemos ahora unas oportunidades que antes no habíamos visto. Mi padre lo reconoce por encima de todo.

—Hummm —dijo Thaddeus sin dejarse impresionar—. O sea que ¿tan grave es vuestra situación?

Hubo en la voz del príncipe una punta de irritación mientras lo negaba en tono de leve exasperación. Aushenia, dijo, era una nación modesta, pero jamás había sido pobre. Tenían abundancia de ámbar, una valiosa resina apreciada en todo el mundo. Sus enormes pinos eran lo mejor para los barcos en el Mundo Conocido. Y sus árboles producían un aceite que, mediante un procedimiento secreto, se convertía en una pez que sellaba los cascos de las embarcaciones contra los daños provocados por el agua, la sal marina y los gusanos. Eso él sabía que sería un gran beneficio para cualquier nación cuyas naves surcaran el océano.

Igguldan parecía dispuesto a seguir, pero Sire Dagon carraspeó antes de hablar. Hasta entonces había permanecido inmóvil y en silencio a un extremo de la mesa, pero Aliver había intuido en todo momento el poder de su presencia. La Liga Naval. Su padre había dicho una vez que no había en todo el imperio ninguna fuerza más formidable.

—¿Crees que yo gobierno el mundo? —había preguntado, sardónico y críptico al mismo tiempo.

La Liga surgió del caos antes de la época de Edifus como una heterogénea unión naval, una banda suelta de piratas, en realidad. Bajo el gobierno de Tinhadin firmaron el contrato para llevar el nuevo comercio naval con los lothan aklun. La legitimidad llevó aparejada tanta riqueza que evolucionaron hacia un monopolio que controlaba todo el comercio naval. No tardaron en convertirse en una entidad diversificada con influyentes dedos en todos los sectores del Mundo Conocido. En cuanto adquirieron el control efectivo sobre el poder naval de Acacia —un trato establecido cuando el séptimo monarca Akaran desbarató su conflictiva marina y miró a la Liga como una eficiente alternativa— se convirtieron en un poder militar, junto con una milicia privada, la Inspección Ishtat, que según ellos afirmaban era una fuerza de seguridad destinada a proteger sus intereses.

El aspecto de Sire Dagon era tan extraño como el de cualquiera de los hombres de su Liga. Su comportamiento era más el de un sacerdote de una antigua secta que el de un mercader. Le habían vendado el cráneo tan fuerte en su infancia que éste había

adquirido una forma alargada y la parte posterior de su coronilla era como el estrecho extremo de un huevo. Su cuello era insólitamente largo y delgado, un efecto que se conseguía llevando una serie de anillos alrededor del mismo mientras dormía, cuyo número aumentaba lentamente a lo largo del tiempo. Su voz era lo bastante alta como para ser oída, con un tono extrañamente plano, como si cada palabra pretendiera negar haber sido pronunciada.

—¿La vuestra es una nación de cuántas personas?

El príncipe aushenio hizo un gesto con la cabeza a su ayudante y dejó que el anciano contestara. Los ciudadanos libres eran treinta mil hombres, cuarenta mil mujeres, casi treinta mil niños y un número insignificante de ancianos, pues los aushenios optan a menudo por acabar con sus vidas cuando se sienten improductivos. Tenían una gran población de mercaderes forasteros dentro de sus fronteras, se ignoraba el número, y mantenían una pequeña clase servidora de unas diez a quince mil almas.

Cuando el hombre terminó, Igguldan dijo:

—Pero eso tú ya lo sabes. Sabemos desde hace algún tiempo que nos vigilan los agentes de la Liga.

—Estoy seguro de que te equivocas —dijo Sire Dagon, aunque no aclaró en qué aspecto el príncipe estaba en un error—. En el pasado vuestro pueblo manifestó sus objeciones a nuestro sistema comercial. ¿Vamos a creer que eso ha cambiado? ¿Tu padre cumpliría todas nuestras exigencias según convenga a una posición dentro del imperio? ¿Sabes en qué producto comercia el imperio y qué recibimos nosotros a cambio?

En la pausa que se produjo antes de que Igguldan contestara, Aliver miró desde su rostro a los demás miembros del consejo, a su padre y a los miembros de la Liga. Sintió que se le aceleraba el pulso con una pizca de peligro y pudo ver señales de lo mismo en otros rostros, pero no vio en ningún lugar la clase de confusión que él mismo experimentaba. ¿A qué producto se refería Sire Dagon? Minerales de las minas, carbón de Senival, bienes comerciales y piedras preciosas de Talay, productos exóticos del archipiélago de Vumu: éstos eran los productos del comercio internacional. Los bienes que Igguldan había mencionado también encontrarían compradores. Pero si éstos eran aquello a lo que él se refería, ¿por qué hablaba con tan siniestro significado?

Igguldan contestó a los hombres de la Liga, asintiendo de mala gana con la cabeza.

Complacido, Sire Dagon apoyó una mano de largos dedos sobre la otra y las dejó descansando las dos sobre la mesa. La joya de un largo dedo reflejó un momento quebrados fragmentos de luz.

—Con tiempo y reflexión todos los pueblos han encontrado aceptable nuestro

sistema. Todos han visto las ventajas que ofrecemos. Pero precisamente por eso tenemos que proteger lo que ya hemos establecido. Hemos alcanzado un equilibrio. No queremos dar al traste con ello. Por este motivo, nuevos participantes no son bienvenidos en este momento. Estoy seguro de que hablo en nombre del rey al comentarlo. —Sire Dagon señaló con la cabeza a Leodan sin mirarlo directamente en ningún momento. Después pareció cambiar de actitud—. Por otra parte... Dime, ¿son fértiles vuestras mujeres?

Igguldan soltó una risotada, pero después se reprimió al ver que nadie seguía su ejemplo. Miró a su alrededor y volvió a mirar a sir Dagon. Su rostro dio a entender que cualquier broma obscena que él creyera que el hombre de la Liga hubiera hecho había sido un malentendido. Siguió una discusión que a Igguldan le pareció tan extraña de escuchar como a Aliver. Los ayudantes aushenios ya estaban preparados para la pregunta. Mencionaron estadísticas sobre la edad en la cual las mujeres aushenias maduraban sexualmente, sobre la frecuencia de sus embarazos y el índice de mortalidad de sus hijos.

Por un momento Aliver creyó ver cómo el regocijo levantaba las comisuras de la boca de Sire Dagon, pero no estuvo seguro de si ésta era la interpretación adecuada de la expresión. El hombre de la Liga se guardó cualquier respuesta que hubiera podido dar y se encerró una vez más en un sombrío silencio. El encuentro siguió adelante sin ninguna otra palabra del representante de la Liga.

Leodan pareció complacerse en encauzar la conversación hacia otra dirección.

—Oigo tu convicción, príncipe, y la admiro. Pero también admiro desde hace tiempo la independencia de vuestra nación. Sois los últimos en el Mundo Conocido que se mantienen independientes; para algunos de nosotros vuestro pueblo ha sido... bueno, una inspiración.

—Señor —dijo Igguldan—, no se alimenta ni se viste ni se atienden las necesidades de una nación simplemente por medio de la inspiración. Nosotros los aushenios no tenemos nada de que avergonzarnos, pero tenemos claro que el mundo se ha apartado del modelo al que durante tanto tiempo aspiramos.

—¿Y eso qué es? —preguntó Thaddeus—. Refréscanos la memoria.

—Aushenia ha sido gobernada en algunas ocasiones por mujeres de talla y sabiduría. Nuestra reina Elena en sus decretos propuso que el Mundo Conocido estuviera integrado por una federación de naciones libres e independientes, ninguna de las cuales estuviera subordinada a otra, todas dedicadas al comercio de los bienes que mejor producían, cada una de ellas fiel a su espíritu nacional y respetuosa de las viejas tradiciones y religiones, siempre con la mano tendida a la amistad con otras. Esto es lo que ella propuso a Tinhadin.

Un miembro del consejo señaló que semejante sistema podría funcionar a un nivel de subsistencia —cada nación podría arreglarse y mantenerse en los mismos

términos—, pero ninguna podría alcanzar la riqueza y la estabilidad y productividad que la hegemonía acacia había creado con la ayuda de un comercio gestionado por la Liga. Todas seguirían siendo unas pendencieras islas de fervor nacional tal como habían sido antes de las Guerras de Distribución.

Igguldan no intentó discutirlo. Asintió con la cabeza y dio a entender que el palacio que los rodeaba era testigo de la verdad de aquella afirmación.

—La reina os hubiera contestado diciendo que lo más grande no siempre es lo mejor, sobre todo cuando la riqueza la ostentan unos pocos, respaldados por el esfuerzo de los muchos. —Igguldan inclinó la cabeza y se pasó una mano por el cabello—. Pero no es de eso de lo que he venido a hablar. Elena es el pasado; nosotros miramos al futuro.

—A veces puedo seguir imaginando el mundo tal como vuestra reina lo deseaba —dijo Leodan.

—Yo también —dijo el príncipe—, pero sólo con los ojos cerrados. Con los ojos abiertos el mundo es algo muy distinto.

Cuando se aplazó la reunión aproximadamente una hora después, el rey decidió tomar el té con Aliver y su canciller. Los dos hombres de mayor edad se pasaron un rato hablando y dejando que la conversación pasara de uno a otro aspecto de la reunión. Aliver se sorprendió cuando su padre le preguntó:

—¿Y tú qué piensas de todo eso? Habla con toda sinceridad.

—¿Yo? Creo que... el príncipe parece una persona razonable. No puedo hablar mal de él de momento. Si representa verdaderamente a su pueblo, eso es bueno para nosotros, ¿verdad? Sólo que, si nos tienen en tan alta estima, ¿por qué no se han unido antes a nosotros?

—Unirse a nosotros significa muchas cosas —dijo Leodan—. Tienen razón en haber dudado, pero desde hace algún tiempo han dejado claro que serían nuestros amigos si nosotros fuéramos también los suyos.

Thaddeus hizo señas con la mano como diciendo que no era tan sencillo como eso.

—Como siempre, tu padre es generoso con sus palabras.

—No, lo que digo es lo que es. Llevan años tendiéndonos la mano en gesto de amistad. Nosotros simplemente no se la hemos estrechado.

—Y es bueno que no lo hayamos hecho. Nuestra paciencia ha dado resultado. —El canciller hablaba como dirigiéndose al rey, pero sus ojos se posaron en Aliver el tiempo suficiente como para dar a entender que estaba exponiendo las cuestiones de manera más completa para él—. Lo que el príncipe no admitía es que Aushenia tenga que sufrir tanto. Me sorprende que hayan permanecido tanto tiempo fuera del imperio sin venirse abajo a causa del peso financiero. Tienen cierta riqueza minera, sí, tierras que se pueden dedicar a la explotación agrícola, varios excelentes puertos y el ámbar



y la pez de que ha hablado Igguldan, pero, sin poder comerciar con la Liga, poco han podido hacer con eso. Son un pueblo orgulloso, pero se han visto obligados a vender sus bienes en el mercado negro, a traficar con piratas. Eso no encaja muy bien con tanto idealismo. Nos hacen este ofrecimiento tan directo porque ellos nos necesitan más a nosotros que nosotros a ellos. Si los aceptamos, elaborar su situación dentro de nuestro imperio será una cuestión muy delicada. Hay muchas complicaciones en un nuevo Vedel, un miembro conquistado del más bajo nivel. Ellos lo tienen que aceptar sin considerarlo un insulto, aunque, en realidad, un Vedel es víctima de graves insultos.

—¿Y si no ingresan como Vedels? —preguntó el rey.

—Pero tienen que hacerlo. Según las antiguas leyes no hay otra categoría. Tinhadin tuvo muy claro que a todo el mundo se le ofrecía la alternativa de unirse a él o de luchar contra él. Cuando los de Aushenia declinaron aceptar la hegemonía acacia, decidieron su destino. —Thaddeus hizo una pausa sólo para beberse el té y después levantó la voz para responder a la pregunta que había planteado—. Las generaciones intermedias entre entonces y ahora no cambian nada. Cualquier dirigente de cualquier nación sabe que sus decisiones alcanzan a todas las futuras generaciones. Cuando la reina Elena rechazó la oferta de Tinhadin, supo que su pueblo sufriría para siempre las consecuencias.

Leodan dijo:

—Thaddeus habla de blanco y negro en un mundo de mil colores. La verdad es que no hemos conquistado ni derrotado a Aushenia en las antiguas guerras. Si no hubieran sido simultáneamente enemigos del Mein, puede que nosotros no hubiéramos triunfado en absoluto. Han vivido cientos de años sin ser ni aliados, ni vasallos, ni enemigos.

—Sí, cientos de años —dijo Thaddeus—, y eso no se puede cambiar de la noche a la mañana. La verdad, Aliver, es que tu padre daría naturalmente la bienvenida a los aushenios. Es un idealista. Quiere un mundo pacífico en el que todos sean bienvenidos a la mesa. No le gusta reconocer que para que haya una mesa, muchos tienen que ser excluidos de ella. Sin embargo, eso es algo en lo que la Liga basa todas sus decisiones. Por eso no es probable que Aushenia sea admitida. La Liga tiene un veto contra semejante expansión. Tengo la sensación de que Aushenia les tienta, pero se echan atrás por alguna razón que probablemente nunca nos explicarán. Algo que tu preceptor todavía no te ha explicado plenamente, Aliver, es que el imperio es una empresa comercial e imperial a la vez. Sólo conocemos una parte de la manera en que la Liga lleva sus negocios, pero, si ellos no quieren el ingreso de Aushenia, Aushenia se quedará fuera.

Leodan se acercó las manos al rostro, aparentemente cansado de la conversación.

—Y ésta, hijo mío, es la cuestión destilada hasta su esencia primaria.

—En blanco y negro —añadió Thaddeus.



El asesino había viajado a Acacia en absoluto secreto porque no se le ofrecía otra opción. Si alguien hubiera sabido de la misión de Thasren, habría habido demasiadas oportunidades de que lo traicionaran. Muchos en todo el imperio se quejaban del dominio acacio, pero él no podía fiarse de nadie más allá de las puertas de su capital. Ni siquiera podía recurrir a sus agentes ya escondidos en el interior de Acacia, muchos de ellos desde hacía años, a lo largo de varias generaciones. ¿Quién podía decir cómo la vida en aquellas ciudades sureñas los podía haber corrompido? En su lugar, él había encontrado su camino hasta la ciudad inferior y desde allí a través de las puertas principales, disfrazado de trabajador. Caminó por las abarrotadas calles de la ciudad con una tranquilidad que lo indujo a aborrecer a aquella gente. Ningún forastero hubiera podido pasear por Tahalian sin ser interrogado. ¿De qué servía vivir en una fortaleza tan formidable si un agente enemigo podía penetrar en ella con tanta facilidad? La isla era un despilfarro con aquella gente. Contemplando a su alrededor las puras riquezas del lugar se le aceleraron los latidos del corazón de la expectación. Bajo el control del Mein una Acacia con otro nombre sería un baluarte inexpugnable. Se deleitó imaginándolo aun sabiendo que no viviría para ver con sus propios ojos una época tan espléndida.

Haciendo unas cuantas preguntas a viandantes de morena piel, encontró el camino al distrito que albergaba a los dignatarios extranjeros. Mientras simulaba estar ocupado, se dispuso a esperar el único contacto que tenía previsto hacer. No tuvo que haraganear demasiado. A la tercera tarde que llevaba en la ciudad, reconoció al embajador de su pueblo en Acacia. El otrora rubio cabello de Gurnal había adquirido un brillo metálico, tal como solía ocurrir cuando los hombres del Mein permanecían demasiado tiempo en el Sur. Al principio sólo vio su cabeza entre la muchedumbre, pero cuando el embajador estuvo más cerca de él, vio que vestía amplios ropajes como un acacio, sandalias y calcetines de lana. Sólo el medallón de su pecho atestiguaba sus orígenes. Maeander había estado en lo cierto en sus sospechas; Gurnal se había olvidado de sí mismo. ¿Por qué la tentación de las cosas agradables era siempre tan poderosa para los hombres débiles? ¿Por qué una nación basada en la mentira era tan atractiva para los hombres que hubieran tenido que saber que no era así?

Aquella noche Thasren aún tenía estas preguntas en la mente cuando escaló el muro de piedra y saltó al patio posterior del recinto del embajador. Creía saber exactamente por su vigilancia de aquella tarde cuántas personas vivían en aquel conjunto de edificios. Se dispuso a registrar metódicamente cada uno de ellos. Recorrió lentamente la casa dormida, deteniéndose en cada estancia de tal manera que sus ojos se adaptaron a cada cambio de luz o de sombra. Procuró no chocar contra nada, toda una tarea puesto que la casa estaba llena de objetos inútiles, jarras decorativas, estatuas de tamaño natural, sillas demasiado pequeñas para sentarse, animales disecados en posturas vitales. Cada estancia tenía un aroma distinto. Comprendió —quizá más fácilmente de lo que hubiera hecho de día— que los aromas eran los de distintas flores.

Encontró a la hija del embajador dormida y la ató sin hacer ruido. Lo único que ella hizo fue levantar la mano un momento mientras él le tapaba la boca abierta con una cinta de tejido, como si no quisiera que la despertaran de un agradable sueño. El hijo adolescente del embajador tenía el sueño más ligero y era fuerte, por lo que ambos lucharon unos momentos en la oscuridad. Fue una clase de lucha muy peculiar y amortiguada, más extraña todavía porque el muchacho no habló en ningún momento, ni siquiera cuando el asesino le torció los brazos en unas contorsiones que a punto estuvieron de rompérselos. La madre de los hijos emitió un jadeo cuando la curvada hoja del cuchillo le rozó la tráquea. Abrió los ojos, lo miró a la cara y pronunció el nombre de su marido, pero él no estuvo seguro de si era una súplica o una acusación. Los ató a los dos allí donde los encontró, plenamente consciente de lo compasivo que era. Los tres sirvientes de la casa ya eran otra cuestión. Dormían muy cerca los unos de los otros y los tres despertaron para luchar contra él. Fue casi un alivio, una liberación, rajarlos y prestar atención mientras enmudecían y se quedaban inmóviles. Los forcejeos habían sido lo suficientemente sonoros como para que él se pasara después un buen rato sin moverse y prestara atención por si algún movimiento o ruido indicaba que alguien los había oído.

Gurnal debió de haber percibido algo aquella noche. Hubiera tenido que estar levantado y ya armado hasta los dientes, pero aquellos años en Acacia lo habían atontado. Justo en el momento de entrar el asesino, se volvió de uno a otro lado de la cama y vuelta otra vez, se envolvió en las sábanas como un niño. Cuando al final se incorporó apoyándose en los codos, murmuró algo por lo bajo. Lanzó las piernas por encima del borde de la cama, tocó el suelo con los pies descalzos y se estiró para ponerse de pie. ¿Comprendió que algo malo estaba ocurriendo? En caso afirmativo, no se comportó de manera adecuada. No vio a Thasren de pie más allá de la esquina del armario. Musitó algo y después se dirigió hacia el pasillo.

El asesino salió de detrás del armario y se inclinó hacia el suelo. Su cuchillo rajó al hombre detrás de la rodilla, primero una pierna y después la otra, dos cortes como

los que hacía un experto carnicero para ir más rápido. Mientras Gurnal se desplomaba, el asesino lo agarró por el cuello de su camisa y tiró de ella hacia atrás. Un momento después inmovilizó los brazos del hombre debajo de los duros cuadrados de sus rodillas, ejerciendo tal presión que sintió que los bíceps del hombre se deslizaban alrededor del hueso. Gurnal gritó con todo el aliento que pudo hasta que el asesino empujó la ensangrentada hoja de su cuchillo hasta la punta de su nariz. Fue suficiente para que se callara.

—¿A quién eres leal? —le preguntó Thasren.

Hablaba su lengua natal, un idioma de tonos discordantes, unas palabras como piedras de río, rompiéndose bajo un cincel.

El hombre miró sin reconocerlos los ojos grises del atacante, del mismo color que los suyos.

—Al Mein. A la sangre de los tunishnevre, a los miles que han perecido, a los cuales... estoy unido.

—Es bueno que pronuncies semejantes palabras. Son las justas, ¿pero eres tú un hombre justo?

—Por supuesto —contestó Gurnal—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué me has mutilado? Soy...

—¡Cállate! Las preguntas las hago yo. —El asesino cambió de posición para poder empujar con la rodilla el pecho del hombre en una postura más cómoda para él—. ¿Cuándo vas a estar cerca del rey?

Gurnal dio muestras de incomodidad mediante suspiros y muecas de dolor. El asesino volvió a empujar el peso de su cuerpo sobre el pecho del hombre hasta que éste tosió una respuesta. Al principio habló con incredulidad, abriendo enormemente los ojos como si no fuera posible que él se hubiera despertado a aquella situación, que lo hubieran insultado de semejante manera y que su boca consiguiera responder a semejante interrogatorio fortuito. Pero su atacante tenía más preguntas. Las hizo como si aquella interacción fuera normal. Gurnal contestó, especificando aspectos de su vida cotidiana, sus deberes, los lugares donde se le esperaba en los siguientes días y las cosas que debería hacer allí. No tardó en consolarse con las respuestas, como si todos aquellos distintos compromisos le aseguraran su permanencia en su lugar en el mundo de los vivos.

Al final, el interrogador regresó al punto por donde había empezado.

—¿Lo verás esta noche?

—Sí, claro. No personalmente, ¿comprendes?, pero tengo que estar en la sala cuando él salude a la delegación aushenia. Seré uno de los muchos...

—¿Habrá un banquete?

—En palacio dentro de dos noches. Yo asistiré personalmente. Un pequeño grupo integrado sólo por nosotros. No es frecuente cenar en la mesa del rey, pero yo... —

Las palabras del hombre se fueron apagando poco a poco hasta detenerse. Sus ojos adquirieron una expresión perpleja. Sus mandíbulas se movieron un momento antes de poder articular más palabras—. Te conozco. ¡Thasren! Thasren...

El asesino le hizo callar con un siseo y habló al oído del hombre, rozando con sus labios la suave piel y el cartílago.

—Quién soy yo a ti no te importa. Lo que importa es que te has debilitado. Hablas con la boca en lugar de hacerlo con el corazón. —El embajador protestó, mirando de uno a otro lado, como si la ayuda hubiera entrado sigilosamente y hubiera estado esperando el contacto visual entre ambos—. A lo mejor, el Callach que los juzga a todos delante de las puertas de las montañas te oirá y te permitirá entrar. Pero en este mundo tienes que mirar a un amo distinto para que examine tu valor; este amo no está satisfecho de ti. Hanish Mein ya no valora tu vida, pero, como eres un mein, tendrás una última oportunidad de demostrar tu lealtad.

En el transcurso de las pocas horas siguientes les explicó al hombre y a su familia lo que se iba a hacer. Describió las profundidades del dolor y el tormento a los que Hanish Mein los sometería en caso de que fallaran en cualquier cosa que él les pidiera. Les encargó cumplir con su deber hacia su raza y les recordó que el alcance de la cólera de los tunishnevre era tal que ningún mein podía escapar a ella. Sólo tenían un puñado de cosas que hacer para salvarse. La mujer y los hijos comparecerían en público sin dar muestras de que algo había cambiado. Sonreirían, halagarían y adularían a los acacios, tal como parecía natural en ellos. Buscarían pretextos para explicar la ausencia de sus sirvientes y no permitirían que nadie entrara en la casa. Por su parte, Gurnal le enseñaría a Thasren todas las cosas que necesitara saber para acercarse al rey, la clase de costumbres que tenía que seguir, a quién podría encontrar, con qué medidas de seguridad se podría tropezar. En resumen, lo ayudarían a matar al rey.

Cuando Thasren abandonó la casa aquella tarde, llevaba una peluca hecha con la cabeza cortada de uno de los criados, colocada en su sitio y asegurada con una cinta de pelo de caballo que le cruzaba la frente, un adorno tradicional en las ocasiones importantes. Había una razón, aparte de sus habilidades como asesino, que lo convertía en el mejor para aquella tarea. La estructura de su rostro era muy similar a la de Gurnal, la misma forma básica, casi idéntica en el aspecto de los ojos y los huesos de la mandíbula. Pertenecían a fin de cuentas al mismo árbol genealógico, primos segundos por parte de madre. El detalle más distinto en ellos era el cabello, pero eso ya se había arreglado.

Encontró fácilmente su camino hasta el palacio. Entró a través de las puertas reales como uno entre un montón de personas, no interrogadas en absoluto sino simplemente autorizadas a pasar mediante un gesto de la mano. Puesto que no estaba previsto que ninguna de ellas se acercara al rey, no las registraron en busca de armas

de traición, se limitaron a vigilarlas y colocarlas en espacios previamente decididos como espectadores, pero no participantes. Aborrecía el olor de aquel lugar, aquella confusión de distintos aromas, colonias y perfumes de tantos países extranjeros. Era justo lo que Hanish había dicho que ocurriría: los representantes de tantas y tantas naciones, unas razas de hombres que ahora se inclinaban y sonreían en presencia de los amos acacios. ¿Acaso todo el mundo había olvidado el orgullo de la raza? Eran como otras tantas criaturas ungladas —ciervos y antílopes— reunidas para cantar las alabanzas del león que devoraba a sus hijos. No tenía ningún sentido.

Permaneció de pie toda la noche cerca de la salida, fingiendo sentirse a gusto con las extrañas prendas del embajador, asintiendo con la cabeza para saludar a otros cuando establecían contacto visual con él. Varias veces se apartó de personas que parecían preparadas para hablar con él. Dos veces conversó con hombres que parecían conocerle bien. Tosió contra su mano y explicó su mutismo, señalando que había pillado un resfriado. El humor que ello encerraba no les pasó inadvertido a los acacios. Llevaba demasiado tiempo en la isla, comentaron en broma. Se estaba convirtiendo en un acacio, víctima de la más leve frialdad del aire. Ambos hombres se retiraron sonriendo.

El esfuerzo de aquellos engaños le estaba agotando el cuerpo. El corazón le estuvo latiendo violentamente todo el rato. Unas perlas de sudor le bajaron por la nariz, se posaron en sus mejillas y le bajaron de manera invisible por las axilas. Una película de humedad se interpuso entre su persona y la parte inferior de su peluca. Pero a los ojos de quienes le miraban, parecía tranquilo. Cuando un susurro cayó entre la gente y el heraldo pidió atención y él vio entrar al monarca, adornado con una corona de oro, una corona que picaba con unas espinas que imitaban el sobrenombre de la isla, comprendió que estaba a punto, muy a punto de ganarse su lugar en la historia de su pueblo. Aquella velada no intentaría acercarse más. Aquello no era más que un coqueteo: el hecho en sí mismo se cumpliría mejor a la mañana siguiente.



Sin que lo supieran su padre, sus hermanos o siquiera la nodriza en cuya compañía tenía que pasar las tardes, Dariel Akaran se escapaba a menudo de los confines del cuarto de los niños y se pasaba horas seguidas recorriendo las entrañas del palacio. Sus viajes habían empezado el verano anterior. Cuando su antigua nodriza se puso enferma con fiebre, una mujer de más edad la sustituyó. Era rechoncha y amable en su trato, pero tomaba una sustancia líquida con el té que siempre la dejaba dormida. Dariel lo aprovechaba.

Aunque se despertara y viera que él no estaba, la zona reservada a los niños era tan extensa que ella lo podía buscar sin sospechar que ya no estaba dentro del laberinto de habitaciones conectadas entre sí. Cuando aparecía de nuevo, volvía a conversar directamente con ella, le manifestaba su aburrimiento y le suplicaba que jugara a algunos de los juegos de tablero o a los dardos, a los soldados del reino, a los combates a espada con palillos... La anciana carecía de energía para semejantes actividades. Dejaba al chico a su aire durante períodos de tiempo cada vez más largos, tal como él deseaba que hiciera.

Había llegado al pasadizo oculto por pura casualidad, siguiendo una canica errante que había desaparecido a través de la rendija entre su armario y la pared que había detrás. El armario era un mueble enorme. Cubría buena parte de la pared, estaba hecho de sólida caoba y al muchacho le hubiera resultado tan difícil de mover como si formara parte de la misma piedra del palacio. Se abrió paso serpeando por detrás de él, primero con la longitud de su brazo, después con una pierna, después entregándose a un compromiso total, con el pecho pegado a la madera del armario y la espalda restregada contra el frío granito de la pared. Intentó agacharse con las rodillas dobladas y los dedos estirados hacia el lugar donde él creía que estaba la canica. Estaba tan empeñado en recuperarla y tan harto de los refractarios materiales que le impedían hacerlo que, cuando al final encontró espacio para agacharse y pasar los dedos por el suelo cubierto de polvo, no se detuvo a pensar en cómo lo había conseguido.

Sólo cuando tuvo una vez más la canica agarrada en su puño se dio cuenta de que se encontraba en una especie de pasillo iluminado justo lo suficiente para que pudiera distinguir la vieja sillería de las paredes de cantos labrados de una manera raras veces



vista en el interior del palacio. Allí se registraba un silencio, un sosiego más profundo que el que jamás hubiera sentido. Hubo también un ligero movimiento de aire. Un soplo que le rozó el rostro como un susurro.

Así empezó su introducción a la larga tiempo olvidada red de pasadizos utilizada por los criados para navegar sin que nadie los viera a través del palacio en tiempos pasados. Era un laberinto de escaleras, túneles, pasillos y callejones sin salida, iluminados ocasionalmente por agujeros taladrados en la piedra y abiertos al aire. Recorrió estancias abandonadas con sus muebles, colgaduras y alfombras sólo visibles como elevados cuadrados geométricos, rápidamente cubiertos de polvo. Jamás se tropezó con ningún ser vivo en aquellas estancias, pero vio lo suficiente como para temer las feroces figuras labradas en los dinteles, bestias de ojos bulbosos que caminaban sobre dos piernas como los hombres y las mujeres, con partes corporales de jabalíes y leones, lagartos y hienas y águilas, incluyendo una que parecía una rana sólo que su violento rostro no tenía nada en común con las divertidas criaturas que emergían del suelo en primavera. ¡Qué criaturas tan raras debían de haber labrado aquellas cosas! Qué período tan horrendo debió de ser aquel en que los seres humanos aún tenían que apartarse y separarse de las bestias. Un mono dorado lo siguió una vez, pero, al ver aquellas estatuas, la criatura dio media vuelta dejando a Dariel en la duda de si hacer él lo mismo.

En una ocasión emergió de un largo y estrecho pasadizo a la brillante luz del sol y al rocío de las olas del mar a sus pies. Se arrastró a través de una abertura y reptó hasta un saliente, cegado por el esplendor del día. Había encontrado un camino oculto directamente hasta el mar de abajo en el borde norte de la isla, no lejos del Templo de Vada. Permaneció de pie, aspirando el aire salino y las corrientes que le alborotaban el cabello a su alrededor. A un tiro de piedra en el mar un banco de peces agitaba las aguas. Unas grandes aves marinas sobrevolaban el lugar con los picos abiertos. Observó cómo una de ellas extendía las alas y se lanzaba en picado al agua.

Dariel decidió desandar el camino y buscar algo que pudiera usar como caña de pescar. Cuando estaba a punto de dar media vuelta, una marejada en las olas se estrelló contra la piedra bajo sus pies. Envió hacia arriba un chorro que le alcanzó la barbilla y el pecho y le levantó los pies. Por un momento, el agua se arremolinó y sibiló a su alrededor. Sus piernas y brazos se agitaron en todas direcciones. Trató de agarrarse al saliente utilizando los dedos y los pies, consiguiendo finalmente encajar el torso entre dos piedras. Por un momento se quedó respirando allí entre desesperados jadeos. Habría podido desaparecer bajo las olas. Nadie hubiera podido imaginar lo que le había ocurrido. Simplemente habría desaparecido.

El hecho de pensarlo le hizo romper en sollozos. No regresó a aquel lugar ni le comentó a nadie lo ocurrido. A pesar de lo mucho que se había asustado, a pesar de lo mucho que sus paseos subterráneos le hubieran puesto la circulación de la sangre a

cien y le hubieron provocado un hormigueo en las manos y a pesar de que el aliento espectral en los pasillos le hubiera levantado e inclinado los pelos de la nuca, erizándolos y haciéndolos oscilar como una larga hierba empujada por un viento mudable, le seguía gustando el rato que había pasado en aquellos secretos lugares. No deseaba prescindir de sus aventuras, tal como sabía que tendría que hacer en cuanto alguien las descubriera.

Es decir, alguien del mundo del palacio superior. Aquellos seres de la luz eran sólo una parte de la población del palacio. Encontró varios puntos, aparte de su cuarto de juegos, donde los pasadizos no utilizados se conectaban con otros todavía en uso. Este mundo era tan interesante para explorar como el otro. En la comunidad subterránea de trabajadores, la sociedad invisible de criados e ingenieros, cocineros y técnicos gracias a cuyos esfuerzos funcionaba el palacio, Dariel era bien conocido y muy apreciado. De igual manera, donde él había sido más feliz en compañía de adultos —exceptuando a su padre al que adoraba— era al lado de aquellos empleados. Ellos tardaron algún tiempo en acostumbrarse a él y en superar sus temores de que algo pudiera ocurrirle al chico y de que ellos fueran castigados por ello. De hecho, algunos de ellos jamás simpatizaron con él, y él sospechaba que discutían por su causa cuando él no estaba presente. Pero en otros había encontrado excelentes amigos. Él viajaba en los carros tirados por asnos que un hombre llamado Cevil utilizaba para transportar provisiones desde los almacenes del sótano hasta el palacio de arriba. Permanecía de pie entre las generosas caderas delos que preparaban los dulces, echando furtivas miradas a una tras otra de las azucaradas pastas de té que eran sus preferidas. Se sentaba sobre las rodillas de ancianos y antiguos trabajadores de palacio que vivían en frugal jubilación en una cadena de grutas, viejos hombres invisibles a la sociedad real.

Se pasaba días enteros contemplando con asombro el trabajo de los que cuidaban del fuego en las sofocantes y ennegrecidas cámaras situadas debajo de las cocinas. Los hornos que los cocineros reales utilizaban se alimentaban por medio de una serie de gigantescas calderas de las cuales surgían unas redes de tuberías que subían al techo y lo recorrían en medio de una confusión tan grande que el chico nunca conseguía entender su sentido por muchas preguntas que hiciera. La sala de alimentación era un triste horno de cochura cuyas paredes estaban cubiertas de hollín y de carbonilla flotante, pobladas por hombres ennegrecidos, a menudo desnudos de cintura para arriba y empapados de sudor, con poderosos antebrazos y hombros, ojos inyectados en sangre y dientes amarillentos. La sala estaba abierta en uno de sus lados, no por el espléndido panorama del mar que se extendía hacia el Oeste sino para proporcionar cierto alivio al calor de los hornos y para facilitar la llegada de nuevos cargamentos de carbón de Senival que llegaban a bordo de barcazas desde el Territorio Continental.

Hasta aquí es donde Dariel se abrió camino la mañana del banquete aushenio. Se acercó oyendo el ruido desde cierta distancia, aspirando el hollín del aire, sintiendo cada vez más calor a cada vuelta del labrado granito del pasillo. Cuando abandonó el pasillo, el calor de los hornos lo alcanzó con un rugido, como si hubiera penetrado en la boca de alguna bestia viva. Por unos momentos, las escenas de unos hombres iluminados por las ardientes y rojas brasas ofrecieron un aspecto espantoso. Pero, en cuanto distinguió una figura especial, Dariel se acercó a ella.

Val afirmaba ser un candovio. También afirmaba haber sido corsario en su juventud, una especie de pirata de las Laderas Grises. Dariel se tomaba sus afirmaciones con ciertas reservas. Val parecía formar tanta parte de la piedra y la tierra de Acacia que Dariel no acertaba a imaginar que pudiera pertenecer a otro sitio. Pero lo que jamás se podía poner en entredicho era su impresionante presencia física. El contorno de la parte superior del cuerpo era tan ancho que la primera vez que Dariel lo vio —moviéndose con gigantesca gracia delante de los hornos, iluminado desde el fondo y perfilado por el ardiente resplandor—, le agarró el pecho con una mano con la certeza de que había tropezado con los gigantes que alimentan los volcanes del mundo.

Se estremeció al verle ahora. Val gritó una maldición y una orden a alguien y después se agachó para agarrar un trozo de carbón tan grande como un niño pequeño. Se incorporó en toda su estatura y se cubrió la boca con una enorme mano para secarse la obscenidad que acababa de pronunciar.

—Joven príncipe, ¿qué estáis tramando? —preguntó, acercándose e hincando una rodilla—. Esta noche hay un banquete. ¿No lo sabíais? Vuestro padre está agasajando al príncipe aushenio. No es un buen momento para distraerse aquí abajo. ¿O acaso habéis venido para eso... para intentar poner en apuros al viejo Val?

Como siempre, Dariel se sintió dominado por la timidez al ver a aquel hombre tan alto a pesar de lo muy atraído que se sentía por él y de lo que le gustaba la sensación de pequeñez que experimentaba en presencia de su mole. Contestó tal como solía hacer, con una tímida sonrisa y una mascullada declaración de inocencia.

El hombre apoyó su mano en el hombro del chico y le dio una juguetona sacudida.

—Vamos —dijo, volviéndose a levantar con cierto esfuerzo—. Ya es la hora de mi pausa de todos modos. Vamos a que nos dé un poco el aire.

Juntos, ambos se apartaron de las calderas. Dariel caminaba detrás de Val, el cual destacaba entre el grupo de trabajadores. Palas que arrojaban carbón, carretas que avanzaban detrás de tercos asnos, hombres que se balanceaban y soltaban maldiciones a causa del esfuerzo de su trabajo: el movimiento lo rodeaba por todas partes, pero mientras Dariel permaneciera cerca de Val, sabía que estaría a salvo. Tropezaba de vez en cuando con los ásperos cantos del suelo y una vez se golpeó

contra las piernas de Val cuando se detuvo para permitir el paso de una carreta. La mano del hombre cayó desde arriba y protegió su hombro, un roce momentáneo, y después ambos reanudaron su marcha.

El cielo estaba encapotado, capas y capas de nubes, pero aun así, al salir de la cueva a la mañana invernal, la luz era cegadora. El rápido cambio fue una sobrecarga para sus sentidos, desde la oscuridad a la luz en pocos pasos, del calor al frío. Emergieron como de la fisura de un volcán, una fumarola que emitía un fétido aliento, recibida por el sobresalto del aire salado. Subieron por una escalera cortada en la piedra y después caminaron por una inclinada rampa desde la cual unas aberturas conducían a los hornos alimentados por las calderas de abajo.

Dariel entró en el comedor justo a tiempo para ver a Karan, la mujer que repartía las raciones a los trabajadores, incorporarse de una posición inclinada. Acababa de depositar una bandeja de pastas secas en un soporte provisto de ranuras en el que se iban a enfriar. La contemplación momentánea del movimiento de sus pechos lo indujo a detenerse en seco, arrebolado a causa de una vergüenza que no comprendía y que pulsó en él cuando ella le miró y pareció comprender sus pensamientos mejor que él. La mirada de la mujer se desvió hacia Val. Se apoyó los puños en las caderas que se escapaban por debajo de la constricción de su delantal, y miró al hombre con ojos de reproche.

—Menuda pinta tienes —dijo—. Entrar aquí sin haberte echado siquiera un poco de agua a la cara.

A pesar de lo joven que era, Dariel comprendió que era él y no el capataz el objeto del desagrado de la mujer. Nunca había confiado en él como hacía Val, aunque él no acertaba a comprender por qué o cómo podía él causarle daño. E intuía que, a pesar del frío tono que ella había utilizado con Val, éste en realidad le gustaba, algo que parecía avergonzarla lo bastante como para querer ocultarlo.

—Si tuviera algún motivo para preocuparme por mi aspecto, puedes estar segura de que lo haría, mujer —dijo Val—, pero he venido para tomarme unas galletas y un poco de té. ¿Es mucho pedir? No sabía que tenía que asearme para una galleta y un poco de té.

Lanzó una mirada a Dariel, pidiéndole un poco de compasión, y después utilizó una mano para recoger casi todas las galletas de una bandeja y llevárselas al otro puño.

—No le hagas caso —dijo Val un poco más tarde. Ambos habían regresado a la escalera y se habían sentado el uno al lado del otro con las galletas y el té entre ellos y un largo par de piernas y otro corto colgando por encima de las rocosas pendientes—. Está preocupada porque tú no deberías comer el alimento de los trabajadores.

Dariel sostuvo una galleta entre los dedos, examinándola sin demasiado interés por acercársela a la boca, insípida y quebradiza como era.

—Pues la verdad es que me gusta —dijo—. Es dura de morder —añadió como si esto fuera un cumplido comprensible.

—Pues claro que te gusta. Eso es lo que yo le digo a ella, pero hay gente muy rara.

Dariel acababa de descubrir que así era en efecto.

—¿Por qué no le gusta?

—Su gente lleva generaciones guisando para la vuestra. Ella y yo somos criados, no tenemos por qué tratar con los miembros de la realeza. Ella tiene razón, pero yo tengo mi propia manera de pensar. Tú eres un buen chico. Y, de todos modos, en cuestión de cosa de un año, dejarás de interesarte por mí. Dejarás de venir por aquí. Lo digo sin ánimo de ofender. Quiero decir que tendrás cosas mejores que hacer. Tendrás que prepararte. Tendrás toda la tarea de convertirte en príncipe. Y ahora resulta que Karan piensa en cierto modo que tú serás la muerte para mí. Dijo que lo había soñado; a lo cual yo dije que debía de haber comido sus propios platos demasiado cerca de la hora de dormir. Pero tiene una manera de darle a uno que pensar. Por consiguiente, deja que te haga una pregunta... ¿A qué viene todo eso? — Dariel puso una cara lo suficientemente perpleja como para que Val siguiera adelante. Éste se inclinó hacia el chico y frunció las cejas hasta formar un nudo central entre los ojos—. ¿Por qué estás conmigo aquí abajo, comiéndote los pedruscos de mis galletas y compartiendo mi té negro? Tú eres un príncipe, Dariel, esta comida debe de ser como comer tierra para ti, por no hablar de la cuestión de mi vulgar compañía.

Dariel apartó la mirada. No era tanto la pregunta en sí misma la que lo ponía incómodo cuanto el tono de la voz de aquel corpulento individuo al hacerla. Había algo artificial en ella, como si hablara desde algo que no fuera su verdadera emoción. Dariel supo captar el engaño. Descifrarlo era otra cosa. Ya había explicado antes cómo había encontrado el camino de la morada de los trabajadores. Había dicho antes que le gustaba la aventura, que le gustaba el peligro, que le gustaban las personas no tan agobiantes y formales como las de la corte. Todo aquello Val ya lo había escuchado antes, pero de vez en cuando volvía a plantear la pregunta, como si ninguna de las anteriores respuestas de Dariel lo satisficiera. Para llenar el silencio Dariel dijo lo primero que le vino a la mente.

—La vieja que me vigila toma una bebida que la hace dormir.

—¿De veras?

—Sí, y por eso es muy aburrido estar sentado allí.

Val se introdujo una galleta en la boca y habló mientras masticaba.

—¿Y a quién le interesa ver dormir a una vieja?

Una vez más, Dariel captó una punta de ironía en la voz del hombre, pero no le prestó atención. Veía en ello una singular invitación a hablar de las cosas que lo preocupaban. Explicó que sus hermanos mayores no siempre eran amables con él.

Inmediatamente después se corrigió. Mena era casi siempre amable, pero Corinn lo consideraba un estúpido y a Aliver no le caía bien. Aliver le había gritado una vez que lo dejara en paz, y Corinn le había dicho que dejara de echarle la respiración encima y dijo que le hubiera gustado que naciera niña. Ninguno de ellos tenía tiempo para él. A ninguno de ellos parecía preocuparle que él no tuviera nunca a nadie con quien jugar. Pintó una triste imagen de abandono diario, horas de soledad, vidas enteras de aislamiento.

Val escuchó todo eso sin interrumpir. Simplemente soltaba un gruñido de vez en cuando, se tomó su almuerzo y parecía seguir el movimiento de los barcos en el mar. Levantando los ojos hacia él, Dariel contempló por un momento la dilatación de las ventanas de su nariz mientras respiraba y los pelos de su interior cubiertos de polvillo de carbón. Por alguna razón pensó en cómo su padre entraba a veces en su dormitorio por la noche y lo besaba en las mejillas, la frente y la boca. Dariel nunca dejaba traslucir que estaba despierto aunque tenía un sueño muy ligero y a menudo abría los ojos al percibir un mínimo movimiento cuando su padre entraba en la habitación. A veces había sentido las lágrimas de su padre caer sobre sus mejillas.

Después se sintió mal por todas las cosas que acababa de decir. ¿Por qué las había dicho? La verdad era que amaba tanto a toda su familia que casi le daba miedo. Sus hermanos eran cada uno de ellos a su manera unas versiones de la perfección que él adoraba. Temía el día en que su padre dejara de prodigarle afecto, aunque temía también la insondable tristeza que éste parecía llevar consigo. Sabía que su madre había muerto y él no conservaba ningún recuerdo suyo. Si eso ya podía haber ocurrido, algo tan horrible podía volver a ocurrir. Podía perder a otra persona, una idea demasiado terrible. Para cambiar de tema, le pidió a su amigo que le hablara de cuando era corsario.

Val no estaba seguro de si debía hacerlo, pero un momento después sus recuerdos se impusieron. Dijo que había nacido en una familia de corsarios, los Verspines. Desde que él recordaba, había vivido una existencia errante, sobre todo a bordo de veloces navíos de su negocio, a veces acampados en una de las Islas Exteriores, donde se ocultaban después de sus afortunadas incursiones. Las hacían arriba y abajo de la costa oceánica, desde la norteña Candovia hasta Talay más al sur. Siempre atacaban de noche, penetrando en ciudades o villas y despertando el terror de los habitantes. Se llevaban lo que les gustaba y negociaban con dureza con cualquiera que se opusiera a ellos. Cedían su botín a cambio de los víveres que necesitaban y después se retiraban a las islas para vivir varios meses tranquilamente pescando y descansando cerca de la playa, bebiendo, luchando y disfrutando de la vida hasta que llegaba el momento de volver a las incursiones.

En este momento Dariel ya había empezado a sentir el frío y el viento que soplaba desde el noroeste, pero no quería reconocerlo ante Val.

—¿Por qué no sigues siendo un corsario?

Val se encogió de hombros. Murmuró que sería mejor que volviera al trabajo y se levantó rígidamente. Una vez de pie, se detuvo y contempló un poco más el espectáculo del mar.

—La verdad es que ya no tuve valor para hacer incursiones —dijo—. Demasiados a quienes yo conocía murieron de la manera que no debían. Cuando era joven, eso no me preocupaba. Creía que me merecía tener lo que pudiera llevarme y que quienquiera a quien yo matara o lastimara en mi afán de conseguir lo que quería simplemente se interponía en mi camino. Tienes que comprender que el mundo está lleno de hombres que son poco mejores que animales. Puede que ahora gaste bromas al respecto; tú y yo podemos estar aquí, pensando en aquellos tiempos; pero un animal es lo que yo fui durante treinta y tantos años de mi vida. El problema es que un hombre es distinto de un animal. En el sosiego que viene después sabemos cuándo obramos mal en el pasado. Cuando los dejé a mi espalda vine aquí a servir a tu padre. Piensa en mí como Val, el que prepara la comida, que hace algún tiempo era un asesino despiadado. ¿Te lo puedes imaginar?

Dariel contempló los toscos rasgos del hombre, tan grandes, ampliamente separados y ennegrecidos; su cabeza posada sobre una anchura de los hombros que muy bien hubiera podido ser una cadena montañosa por la inmensidad de la sombra que arrojaba sobre él. A pesar de todo eso, Dariel no se lo podía imaginar como una especie de asesino. Por muy terribles e intensos que fueran los relatos del hombre y por muy grande que fuera el deseo de la mente del chico de escucharlos, éste no podía creer que Val hubiera podido hacerle ningún daño a ningún hombre.

Era simplemente un trabajador, un compasivo gigante que probablemente había heredado el puesto de su padre y que puede que jamás se hubiera atrevido a dejar la isla, uno que sabía exactamente la clase de historias que contarle a un chico como Dariel, y lo hacía como un favor.



Leodan Akaran era un hombre en guerra consigo mismo. Llevaba dentro de la cabeza unos silenciosos conflictos, unas luchas que pasaban con furia de un día al siguiente sin resolución. Sabía que era una debilidad suya, el inconveniente de tener una naturaleza de soñador, un punto de poeta, de estudioso, de humanista: unos rasgos muy poco apropiados para un rey. Envolvía a su familia en la lujosa cultura de Acacia, a pesar de ocultarle el horrendo comercio en el que se basaba. Tenía previsto que sus hijos jamás experimentaran directamente la violencia aunque este privilegio se hubiera adquirido aplicando una hoja a los cuellos de otros. No soportaba que incontable número de personas pensara que sus tierras estuvieran relacionadas con una droga que garantizaba su trabajo y sumisión y, sin embargo, él se entregara al mismo vicio. Amaba a sus hijos con una pasión extrema que a veces lo despertaba aterrorizado de los sueños de alguna desgracia que les pudiera ocurrir. Pero sabía que los agentes que trabajaban en su nombre arrancaban los hijos de otros padres de sus brazos para que jamás los volvieran a ver. Era monstruoso y en muchos sentidos se sentía culpable.

No había instigado personalmente ninguna de estas cosas; como sus hijos, había nacido en ello. Había crecido con los mismos relatos que ahora compartía con sus hijos. Había aprendido la misma reverencia por los mismos héroes de su nación. Había practicado las Formas, miraba con respeto a los dignatarios de todo el imperio y creía incondicionalmente que su padre era el legítimo soberano de todo el mundo.

Cuando vio por primera vez las minas de Kidnaban siendo un niño de nueve años —los calcinados abismos labrados en piedra, las masas de humanidad desnuda a excepción de unos taparrabos, trabajando como millares de insectos en forma humana— simplemente no lo comprendió. No acertaba a imaginar por qué aquellos hombres y muchachos elegían aquella vida y no preguntaba por qué el día dejaba retorcidos nudos de ansiedad en su vientre. Pero justo después de haber cumplido los catorce años averiguó en rápida sucesión que aquellos trabajadores de las minas eran reclutados en cada una de las provincias, que los jefes de las distintas naciones que visitaban Acacia eran los pocos privilegiados, los mismos a quienes se encomendaba la supresión de la mayor parte de su pueblo.

Todo eso ya era suficientemente espantoso, pero fue el descubrimiento de la



Cuota el que lo indujo a entrar en acción. En las angustias de la virtuosa adolescencia, acudió a su padre, lleno de reproches. Salía de la lección que lo había introducido en ello y se lo soltó a su padre durante la práctica de esgrima. ¿Era cierto, le preguntó, que desde los tiempos de Tinhadin ellos habían proporcionado una cuota anual de esclavos a una nación de más allá de las Laderas Grises? ¿Era cierto que unos agentes en nombre de Akaran reunían a cientos de chicos y chicas de las provincias, niños vendidos a los que jamás se volvía a ver? ¿Era cierto que estos forasteros —los lothan aklun— pagaban los esclavos con un cuantioso suministro de una droga que convertía a buena parte del imperio en adicto y dependiente?

Gridulan interrumpió el ejercicio de la esgrima. Clavó la punta de su espada desnuda en la estera que tenía a sus pies y miró a su hijo por encima del elevado trecho de su nariz. Era un hombre alto —Leodan jamás alcanzaría su estatura—, con un rígido porte militar. Sus compañeros —trece hombres había conocido desde su infancia— puntuaban el espacio de entrenamiento, unos pocos practicaban la esgrima, la mayoría permanecía de pie junto a uno de los pilones, conversando.

—Estas cosas son ciertas, sí —dijo Gridulan—. Los lothan aklun también prometieron que jamás volverían a guerrear con nosotros. Eso es algo que deberíamos agradecer. Tinhadin escribió que eran cada uno de ellos como serpientes de cien cabezas. Me alegro de que estés aprendiendo las realidades del gobierno, pero no me importa que...

El joven Leodan lo interrumpió entonces en voz baja, venenosa y totalmente insólita en él. La idea de la esclavitud le parecía un insulto personal, una cosa tan repugnante que no pudo reprimir su cólera.

—¿Cómo puedes permitir semejante abominación en tu nombre? Tendríamos que prescindir de ello inmediatamente, aunque ello significara entrar en guerra con estos lothan. Es el único camino honroso. Si no lo haces, cuando yo sea...

Leodan hubiera podido responder al movimiento del rey de no haber sido éste tan inesperado. Gridulan se pasó la espada a la mano izquierda, se adelantó y golpeó a su hijo con una inclinación hacia arriba tan poderosa como para que la cabeza del muchacho se ladeara hacia el techo. Retrocedió, tropezando. Mientras Leodan apoyaba una mano en el punzante dolor de su mejilla, su padre lo reprendió. Le dijo con voz sibilante que todo lo que tenían procedía precisamente de eso. Prescindir de ello no sólo ponía en peligro todas sus vidas sino que también denigraba la memoria de toda la estirpe Akaran, cuyos miembros habían visto la Cuota de la misma manera. Sólo un necio valoraría la libertad de unos pocos por encima del bienestar de toda una nación.

—Esto se lleva haciendo varias generaciones —dijo Gridulan, hablando muy cerca del rostro de su hijo—. El propio Tinhadin estuvo de acuerdo. ¿Quién eres tú para dudar de su sabiduría? Si esto no te basta, piensa que yo no estoy al mando del

ejército. De nombre, sí, pero, en realidad, los distintos sectores del ejército responden primero a sus gobernadores. Los gobernadores a su vez se inclinan a los deseos de la Liga. Y la Liga jamás permitiría que se anulara la Cuota. En su lugar, se confabularían a nuestra espalda. Acordarían destruirnos y colocar a otro en el trono, ¿comprendes? Entonces no tendríamos nada, y tú echarías de menos el tiempo vivido con esta abominación. Te podrían vender como esclavo. Muchos en Alecia recibirían con los brazos abiertos esta ironía.

—¿Entonces no significa nada ser rey? —preguntó Leodan, preparándose para otro golpe.

Pero Gridulan no lo volvió a golpear. Su respuesta fue más de tristeza que de cólera.

—Por supuesto que soy un hombre poderoso, pero soy poderoso porque estoy bien situado en la danza del imperio. Conozco las reglas y doy los pasos que corresponden. Pero la danza es superior a mí, Leodan. Es algo superior a ti. A lo mejor, es todavía demasiado grande para que tú la comprendas. Tú quieres paz, rectitud y justicia para todos, pero tu comportamiento no conduciría a ninguna de estas cosas.

El rey se enderezó, estiró las piernas y levantó la espada que sostenía en la mano. Antes de volverse hacia su adversario de esgrima, dijo:

—La verdad, Leodan, tienes que estudiar varios años más antes de que puedas desafiarme. No vuelvas a hablar más de eso en público, ni siquiera en presencia de mis hombres de confianza.

Leodan, sentado en el antepecho de una de las grandes ventanas de su biblioteca, se preguntó si su padre había en aquel momento endurecido lo suficiente su corazón para convertirse en el asesino que los años siguientes demostrarían que era. Se sacudió el pensamiento de encima. Estaba viviendo demasiado tiempo en el pasado, lo sabía. Era difícil no hacerlo, especialmente en una noche como aquélla, cuando el aire parecía sosegado por la melancolía.

Aunque Acacia ocupaba una zona templada bien situada entre los áridos matorrales de Talay y las gélidas tierras del Mein, la isla era visitada de vez en cuando por un tiempo lo bastante frío como para permitir una nevada. Por regla general no era más que una o dos finas capas a lo largo de todo un invierno. Una auténtica acumulación sólo se producía una vez cada cuatro o cinco años. Esta noche —la noche del banquete aushenio— resultó ser una de ellas, una tormenta de última hora que acabó con una racha de buen tiempo.

La nieve había empezado con unos cuantos copos dispersos que se arremolinaban a través de la débil luz de última hora de la tarde. Al anochecer, las nubes flotaban tan bajas que rozaban las puntas de los chapiteles de las torres más altas del palacio. Soltaban un bombardeo de blancos e hinchados copos que caían en perfectas líneas

rectas y se posaban con un aspecto de pesadez en contraste con su frágil naturaleza.

En el breve período de soledad después de las reuniones de la tarde y antes de tener que prepararse para el banquete, Leodan buscó el aislamiento de la biblioteca. Fue un alivio temporal cuyo término él ya estaba sintiendo llegar. Paseó por la desierta estancia, con los ojos levantados hacia los libros, tantos miles de volúmenes. Había un libro allí que se suponía escrito en la lengua que la Donante había utilizado para crear el mundo. Tal como siempre le ocurría cuando estaba solo allí, se sintió atraído por él.

Miró un momento a su alrededor para cerciorarse de que estaba verdaderamente solo y entonces encontró el libro. Pasó el dedo por el lomo de un antiguo volumen, no identificado por nada más que la edad. Sabía dónde estaba desde la ceremonia de su virilidad cuando su padre se lo mostró. Dentro, afirmó Gridulan, estaba la ciencia de todo lo que hacía funcionar el mundo. Dentro estaba el lenguaje de la creación y de la destrucción. Dentro estaban las herramientas que Tinhadin había utilizado para conquistar el Mundo Conocido. Una terrible ciencia, dijo Gridulan. Por eso Tinhadin había desterrado a todos los que habían leído el libro. Prohibió también que sus descendientes lo leyeran, aunque les encargó la custodia del volumen. Lo había ocultado directamente a la vista; ellos habían seguido la costumbre desde entonces.

En su adolescencia Leodan se pasaba incontables horas imaginando ejercer el poder divino, creando con las palabras que abandonaban su lengua y moldeaban de nuevo el tejido de la realidad. Aunque jamás había abierto el libro. Jamás se había creído la historia que había detrás, pero tenía el suficiente miedo como para dejar el libro tranquilo. A veces había considerado la posibilidad de sacarlo de la estantería y hojearlo o de arrancarle las páginas o de quemarlo o simplemente burlarse de él; nunca supo cuál de estas cosas le hubiera gustado más hacer. Pero nunca antes había abierto las tapas y ahora tampoco lo haría. Había dejado de pensar hace algún tiempo. Había dejado de creer semejantes historias de magia. A fin de cuentas, había tan pocas pruebas de ellas en la vida real...

Apoyó el dedo en el siguiente libro, un volumen de *Los dos hermanos*. Lo inclinó para sacarlo. Regresó a su gabinete, pensando que a lo mejor podría encontrar inspiración para seguir su relato aquella noche para Mena y Dariel. Cuánto le gustaba poder seguir contándoles historias; cuánto temía el momento inevitable en que los vería alejarse de él, dejar a su espalda las cosas infantiles y acercarse a sus iguales. Una parte de él deseaba que sus hijos estuvieran a salvo y fueran felices, tenerlos muy cerca, sencillamente satisfechos, restos de su amor por su difunta esposa que él pudiera seguir viendo crecer.

Pero también deseaba que recorrieran el mundo y reforzaran los lazos de amistad por todo el imperio. Aunque a él no le gustaba viajar, ello no era una indicación de su desdén hacia el mundo exterior. Le había gustado viajar en su juventud y había hecho

íntimos amigos en países lejanos. Por lo menos, él los creía amigos, aunque, en realidad, sabía muy poco lo que era la amistad.

Nunca había estado cerca de sus iguales, tal como su padre lo había estado de los suyos. Algo del manto de la dignidad real le había impedido encontrarse a gusto con hombres de su edad. Sólo en las cortes extranjeras —con traductores que hablaban entre él y otros, con gestos manuales y risas que eran un rasgo necesario de la conversación, con las diferencias de cultura que eran una fuente de diversión y de mutuo interés— había encontrado aquella soltura con los demás que él creía amistad. Éste había sido uno de los goces de su juventud.

Desde la muerte de Aleera el mundo le había parecido un lugar distinto. A lo mejor, lo que ocurría es que las cenizas de Aleera se habían esparcido desde lo alto de la Roca del Cuervo un día en que soplaban un viento del Norte que diseminó sus restos por toda la isla. Se la repartió por todos los centímetros cuadrados de la isla. Había un trozo de ella en cada puñado de tierra, en cada planta que crecía allí, en las sustancias nutritivas que alimentaban las acacias, en el aire que él inhalaba. Sentía a diario su contacto. Pensaba en ella cada vez que la brisa lo abofeteaba, cada vez que volvía la cabeza y aspiraba un aroma en el aire que se la recordaba. Incluso pensaba en ella cuando pasaba los dedos por el polvo que se acumulaba en algún remoto rincón de la biblioteca. Ésa era la razón por la que ahora temía dejar Acacia. Temía dejarla a ella. Las vidas de ambos no habían estado suficientemente juntas, pero, por lo menos, si las cenizas de él se esparcieran de la misma manera y fueran empujadas por la misma clase de brisa norteña, quizás ambos pudieran compartir el largo silencio de la muerte juntos. Aparte de la felicidad y el bienestar de sus hijos, eso era todo lo que Leodan quería ahora. ¿Quién podía asegurarlo si él muriera en algún país extranjero? ¿Quién podía garantizar que no se pasaría la eternidad tan devastado por la pena como se había pasado los años desde que Aleera lo dejara?

Leodan levantó la vista del libro. Semejantes pensamientos no resolvían las cosas. Él era un rey; había un mundo a su alrededor en el que él podía influir, quizá para mejor. Había un camino que le ofrecía la posibilidad de encontrar un significado en el resto de su vida. Una lucha lo bastante digna como para que, si triunfara, pudiera ser un hombre completo ante el recuerdo de su mujer y ante sus hijos. Si pudiera romper el contrato de Tinhadin con los lothan aklun... si lo consiguiera, podría morir con cierta esperanza de que el futuro encerrara un noble legado para sus hijos. Era difícil enfrentarse directamente con la perspectiva y permitir que adquiriera forma, pero desde su encuentro con el príncipe aushenio había experimentado los renovados anhelos de aquella posibilidad.

Igguldan había sido una revelación para él. Estaba claro que el joven comprendía la carga de vileza que soportaba alguien que sería socio de la Liga. Aunque comprendía que su nación tenía que hacerlo, se podía ver que albergaba todavía la

suficiente firmeza moral para aborrecerlo. A lo mejor, un joven como aquél era justo la persona que necesitaba a su lado, un alma gemela con la cual pudiera trabajar para cambiar la naturaleza del imperio.

Su canciller tenía razón, claro, al sospechar que la Liga no recibiría Aushenia con los brazos abiertos. Temía que la adición de una nación más pudiera arrebatárle temporalmente el control del equilibrio del poder. Quería los productos aushenios — por no hablar de los cuerpos para venderlos como mercancía— pero primero los quería todavía más debilitados. De momento, los aushenios. Tenían fortaleza corporal y no estaban en buena parte contaminados por la drogadicción que dominaba en tantos sectores del Mundo Conocido. Tenían todavía demasiado poder militar, algo que preocupaba a la Liga, que siempre había considerado el poder marcial una amenaza hasta tal punto que incluso limitaba el tamaño de sus propias fuerzas de seguridad.

Leodan sospechaba que Sire Dagon pronto acudiría a él con propuestas para una serie de medidas que pudieran utilizar para debilitar Aushenia. Podían introducir de contrabando más vapor a través de sus fronteras. Podían enviar agentes para fomentar intrigas o atrapar a personas clave en vergonzosos escándalos o eliminarlas por medios aparentemente inocentes: un desdichado accidente, una fiebre, una dolencia disfrazada para que pareciera otra. Leodan sintió que le temblaban las manos al pensarlo. Su nación había utilizado semejantes tácticas en el pasado. Se las volverían a proponer.

A no ser... ¿Y si consiguiera introducir rápidamente Aushenia en el imperio? ¿Y si se ofreciera como aliado en su propio complot? ¿Y si los acogiera como aliados para ayudarle a suprimir la Cuota, a arrebatárle el poder a la Liga, a romper los lazos con los lothan aklun? Podría significar la guerra en distintos frentes —primero contra la Liga y las fuerzas conservadoras del consejo y después quizá contra los lothan aklun, si cumplieran sus seculares amenazas—, pero quizá no tuviera otro momento para semejante oportunidad en toda su vida.

Allí en la biblioteca, el libro en una mano y el té en la otra, Leodan se comprometió a celebrar un consejo privado con Aliver e Igguldan. Les revelaría a los dos todo lo que sabía acerca de los crímenes del imperio. Mientras revelaba todas estas cosas a su hijo, le pediría que se asociara con él para derribarlas. Le daría a Igguldan la ocasión de alcanzar el sueño de su largo tiempo difunta reina Elena. Si ahora no era un momento de cambio, ¿cuándo lo sería? Un hombre no puede esperar indefinidamente a despertar como la persona que él cree ser.

Leodan oyó a un criado entrar en la biblioteca a través de la puerta más alejada. Sin darse la vuelta, el rey siguió su marcha entre las estanterías de libros, bajando por una breve escalera, entre las mesas de lectura y después subiendo al gabinete en el que él se sentaba, deteniéndose a cierta distancia. El hombre habló casi en un susurro.

Se acercaba la hora del banquete. El sastre del rey lo esperaba en caso de que quisiera que le adaptaran al cuerpo la prenda de aquella noche. Leodan se apretó el libro contra el pecho y siguió al criado.

Un equipo de hombres se pasó la hora siguiente trabajando a su alrededor. Su sastre le pidió que levantara los brazos a ambos lados. Leodan permaneció de pie con sendas piezas de tejido colgando de sus brazos. Como en todas aquellas ocasiones, el rey tenía que vestir una prenda especial, con los más mínimos detalles de acuerdo con la tradición. Los reyes acacios siempre recibían a los dignatarios aushenios vistiendo una holgada chaqueta verde con un complicado hilo de oro entretejido en la tela de la parte inferior de los brazos. La prenda tenía que crear varias imágenes distintas, agradables a los ojos. Vista por delante con los brazos extendidos, creaba un mural de las marismas del centro de Aushenia, hogar de distintas variedades de aves migratorias de largo cuello, e inspiración de una considerable parte de la primitiva poesía de la nación, incluyendo la leyenda de Kralith, un dios en forma de grulla blanca, nacido del cieno primordial de la marisma. En cambio, con los codos a los lados y las manos juntas sobre el esternón, la tela que se exponía desde los antebrazos contenía ilustraciones de soldados acacios con armadura, avanzando en heroicas posturas. Por medio de una cuidadosa colocación de símbolos nacionales, sugería al observador que cualesquiera que fuera el reconocimiento de la historia de otra nación, Acacia seguía conservando el alcance para rodearla toda en un abrazo.

La puerta de doble hoja del fondo de la sala se abrió de golpe. Mena y Dariel entraron a través de la abertura, uno a cada lado, una prueba que llevaban unas cuantas semanas practicando para ver cuál de ellos empujaba más fuerte. Detrás de ellos entró Corinn, ataviada con sus mejores galas de noche. Aliver y Thaddeus entraron en último lugar, enzarzados en una conversación. Al ver a sus hijos correr hacia él —cada uno de ellos de distintos tamaños y temperamentos, trozos y piezas de Aleera revelados en rasgos y gestos al azar—, el rey se llenó de alegría. Procuró no pensar en la manera y el por qué semejante felicidad se le había negado a Thaddeus. Un día se lo reconocería, se prometió a sí mismo. Un día.

Tuvo que levantar los brazos por encima del abrazo de Mena, muy fuerte alrededor de su cintura. Puso los ojos en blanco mirando al sastre, pero eso no la disuadió. Corinn, con una mínima compostura, lo besó ligeramente en la mejilla.

—¡Padre, está nevando! —dijo Dariel con el rostro rebosante de emoción infantil—. ¡Está nevando justo aquí fuera! ¿Lo has visto? ¿Podemos salir a la nieve? Ven con nosotros. ¿No puedes? Te ganaré en un combate de lanzamiento de bolas de nieve.

Esto último lo dijo a modo de amenaza, ladeando la cabeza y apuntando con un dedo a su padre en gesto de advertencia.

Siguió el breve intercambio que a menudo lo sorprendía, observando desde la ventaja de su edad, desde el privilegio de su posición no de monarca sino

simplemente de padre. Dariel saltó como si sus piernas estuvieran hechas de muelles, echando mano de todas las herramientas de persuasión que había dominado en nueve años de vida. Aliver explicó que el rey no tenía tiempo de jugar en la nieve. Era el heredero maduro una vez más, enseñando, con un porte regio que debía de haber imitado de los bustos de los reyes de la Gran Roma. Detrás Corinn soltó algo acerca del banquete al que ellos —los adultos— estaban a punto de asistir. En todo ello el rey percibió su ambición, el tono de voz que la separaba de sus hermanos menores pero que, al mismo tiempo, tenía algo de súplica infantil dirigida a su padre. Y Mena estaba allí detrás escuchándolos a todos. Miró a través de la masa móvil de energía infantil y le dirigió una sonrisa. Cuando lo hacía, él veía en ella a Aleera, no tanto en la forma de los rasgos cuanto en el paciente y perspicaz regocijo de sus ojos.

—Dariel tiene razón —dijo Leodan—. Ésta es una noche especial. Hagamos lo que él pide. Correremos por los tejados y libraremos una batalla con bolas de nieve. Todos nosotros. Lucharemos a la luz de las antorchas. Y después nos apretujaremos todos juntos en una sola habitación. Dormimos demasiado separados de todos modos. Estos viejos edificios son muy grandes. Nos separan. No pongas esta cara, Aliver. Puedes concederle unos momentos a tu viejo padre. Finge ser todavía mi niño. Finge que no quieres más que mi amor y estar cerca de mí y escucharme contar historias hasta bien entrada la noche. Pronto tú y yo hablaremos de cosas más serias, pero concédeme esta noche.

—De acuerdo —dijo Aliver, hablando sobre los gritos de alegría de Dariel—. Pero no esperes compasión de mí. Antes de que termine la noche, seré coronado Rey de la Nieve.

—Tengo que atender brevemente el banquete de esta noche —dijo Leodan. Corinn pareció estar a punto de protestar, pero el rey la miró sonriendo—. No demasiado brevemente. Saldré con disimulo cuando se haya servido el tercer plato. Apenas me echarán en falta, y entonces tendremos nuestra guerra.



Thasren Mein se quedó un rato en la calle, sintiendo los copos de nieve posarse en su piel y fundirse. Qué agradable le pareció sentir la nieve besándole el rostro vuelto hacia arriba. Era bello, justo y —en aquella tierra— sorprendentemente extraño de contemplar. El aire nocturno era justo lo suficientemente frío para la nieve, tan silencioso, con los sonidos amortiguados y las pisadas de los viandantes aplanando la mojada capa de cristales de hielo; en todas aquellas cosas, era una experiencia muy distinta de una tormenta en la altiplanicie del Mein. No obstante, el mensaje y su significado eran fáciles de leer: era una bendición desde casa, un estímulo enviado por los tunishnevre para recordarle que lo que estaba haciendo ahora lo hacía por muchos. La nieve caía sobre Acacia; o sea que el cambio que se iba a producir estaba marcado por los cielos.

Para cuando subió la última escalera y se acercó a la sala del banquete al otro lado del patio de piedra, los otros invitados ya estaban entrando. Tocó la peluca con los dedos, notando los alfileres que la mantenían sujeta en su sitio. Sus ropajes estaban en regla, su capa era una de las más bonitas del embajador. Hubo un tiempo, lo sabía, a principios del gobierno acacio, en que nadie se acercaba al rey más allá de cien pasos, en que los miembros de la realeza contemplaban las reuniones sociales desde cierta distancia, como espectadores de una obra teatral. Permanecían a salvo detrás de una barricada de guardias marah, soldados con espadas desenvainadas, cada uno de ellos con una rodilla en tierra, vestidos y espolvoreados de bronce para que parecieran estatuas, preparados para cobrar vida en caso de que apareciera una amenaza. Estaban, le habían dicho, tan bien preparados en la observación de los movimientos corporales y el porte como lo estaban en las artes marciales. Pero de eso hacía tiempo. El lujo no tiene más remedio que ablandar a la gente, hacerla olvidadiza. Aquel al que entró en esta ocasión era un banquete muy distinto, un banquete que aquellos primeros reyes apenas hubieran reconocido.

Saludó con una inclinación de la cabeza a los guardias de la puerta. Ellos lo saludaron con el nombre del embajador, sin asomo de sospecha en sus sonrisas. Tal como Gurnal le había dicho, tenía que recorrer un largo trecho a través de la cámara de recepción para alcanzar su objetivo. Ambas paredes estaban cubiertas con pinturas de los primitivos acacios. Más cerca todavía se encontraban las estatuas de unos



hombres que él suponía que eran reyes. Detrás de ellos, unos soldados los protegían en posiciones igualmente circunspectas, con los brazos pegados al cuerpo y las manos cruzadas sobre las empuñaduras de las espadas. Los soldados estaban tan inmóviles como los inanimados personajes a los que protegían. Junto a la entrada del extremo más alejado de la sala se habían reunido unos cuantos hombres: el huésped oficial y sus guardias. Se había hecho una rajadura en el interior de su manto, un pasadizo hacia el arma sujeta allí. Tuvo que rezar una tranquilizadora plegaria para impedir que sus dedos dieran una brusca sacudida en su afán de encontrar la empuñadura y pinchar la primera garganta que le expresara una queja.

En la entrada de la sala el primer guardia marah sonrió a modo de saludo, bloqueando el paso con benevolencia en compañía de dos soldados, uno a cada lado, éstos no inclinados a sonreír. Más allá de ellos, Thasren vio una estancia iluminada por cientos de lámparas, abarrotada de gente; el aire era un clamor de voces, la música la componían instrumentos de cuerda, todo fragante con el aroma de los exquisitos platos de la velada. El marah lo tocó en dos lugares, una mano en su hombro y otra en la cadera del otro lado. Saludó a Thasren con el nombre de Gurnal, le preguntó si el tiempo le parecía bien, pero mientras lo hacía, miró más allá de él hacia los guardias de la otra sala. Les habló con los ojos, con un movimiento de la barbilla, diciéndoles que, una vez dentro el último invitado, deberían cerrar las puertas exteriores. Volvió a dirigir su atención al hombre al que estrechaba en su abrazo, el cual —a pesar de lo que parecía tranquilidad— estaba en tensión y a punto de saltar para abrir un camino de caos desde aquel lugar de avance en caso necesario.

Antes de que el guardia iniciara el abrazo de sondeo que le hubiera costado la vida, sonó un cuerno al fondo de la sala. Fue una nota fuerte seguida de una melodía más suave que los instrumentos de cuerda recogieron. El oficial dijo algo alegremente y le dio unas palmadas, en una danza superficial de los dedos que no tocó el arma. Le hizo señas a Thasren de que entrara.

Con ello, el máximo obstáculo que bloqueaba su éxito ya había quedado a su espalda. Ahora sólo tenía que soportar los momentos iniciales del banquete. Vio emerger al rey rodeado de todo su cortejo, su hijo y su hija, el príncipe aushenio, el canciller Thaddeus Clegg, los guardias que los rodeaban a todos. Aunque la fiesta se calificaba de íntima, había tal vez unas cien personas en la sala, muchas de ellas interpuestas entre él y el monarca. En los primerísimos momentos, él no se movió en absoluto. Notó que sus poros rebosaban de humedad, pero trató de creerse tranquilo, de respirar despacio. Apaciguó su mente y se centró, tal como le habían enseñado a hacer. Tenía que crear el momento de la muerte de su presa, tenía que reunir una miríada de fuerzas que se movían en el mundo y traspasarlas todas como una flecha a través de unos anillos arrojados al aire. Observó a los distintos invitados presentes en la sala: cuál era su porte, qué miraban, a qué distancia se encontraban del rey y detrás

de qué límites.

Cuando se movió, lo hizo como parte de una inhalación en el gentío mientras otros eran atraídos con él hacia la regia persona. Fue empujado a un lado un par de veces, se abrió paso a empujones hacia territorio abierto y desde allí vio el momento que necesitaba. Leodan contestó a un saludo de la multitud. Buscó al hombre en cuestión con los ojos y después se adelantó mientras la sonrisa de su rostro daba a entender su reconocimiento de un viejo amigo. El rey se deslizó entre dos mesas, colocando momentáneamente a sus guardias en fila india a su espalda. Los brazos de Leodan se levantaron para abrazar al otro hombre mientras los pájaros de las partes laterales de su vestidura se agitaban cual si fueran olas.

Thasren extrajo la daga de su escondite. La sacó en diagonal de su cuerpo con un movimiento tan rápido que atrajo muchos ojos. La hoja reflejó fragmentos de luz de lámpara, una cosa afilada en una mano que no hubiera tenido que llevar ninguna cosa afilada. Corrió los últimos pasos hacia delante. Los ojos del rey se volvieron hacia él, perplejos, su boca se frunció como si estuviera a punto de pronunciar el nombre del embajador. Thasren inclinó la curvada hoja de la daga para pinchar al hombre a través de la cuenca del ojo izquierdo. Así lo hubiera hecho si uno de los guardias no hubiera saltado a la superficie de la mesa con la espada desenvainada para cortar la mano del atacante a media muñeca. Thasren dobló el brazo a la altura del codo y la espada del guardia no lo alcanzó. En el momento en que el hombre perdía el equilibrio, Thasren giró a su alrededor la mano libre y lo levantó en el aire, agarrándolo por un tobillo. Inclinó el cuerpo del hombre que estaba a punto de caer de tal manera que éste cayó hacia atrás sobre el otro guardia, obligándolo a soltar la espada desenvainada.

El amigo del rey permaneció de pie delante del monarca, en gesto protector y boquiabierto de temor al mismo tiempo. Thasren pegó un brinco y golpeó con su talón la rodilla del hombre en ángulo. Su cuerpo se desplomó rápidamente al suelo. Otro guardia se le acercó por la izquierda con la espada en alto. Thasren lanzó su daga al aire en un movimiento como de pinchar. Cuando el guardia levantó su arma para responder a cualquier ataque que ello presagiara, Thasren se agachó. Giró por completo sobre sí mismo una sola vez e introdujo la punta de la empuñadura de su espada en la suave zona debajo del sobaco del hombre y las cortantes púas se hundieron más de una pulgada en la carne. Tiró hacia abajo y labró un mellado corte que no dejó libre la daga hasta que ésta se rompió a través del ombligo.

Oyó el grito de una estridente voz... comprendió que era el hijo del rey. Cualquier orden que hubiera dado el oven, nadie le hizo caso. Thasren aún no había utilizado la hoja de su daga, pero lo hizo ahora. En el breve momento antes de que alguien más pudiera atacarlo, cubrió los últimos pasos hacia el rey, que estaba retrocediendo. Mientras contemplaba su sorprendido rostro, lo apuñaló a través de la parte superior izquierda del pecho, directamente a través del ojo de una de las bordadas grullas

aushenias. Pareció poco más que un movimiento de esgrima. Como tal, sólo salió una pequeña mancha de sangre, cubierta casi inmediatamente por la palma de la mano del rey. Y eso fue todo, listo. Más fácil, en realidad, de lo que Thasren había imaginado que iba a ser.

Impidió todas las maniobras agresivas. Se puso de pie, abandonando su posición de combate. Permaneció en el centro del anillo de cuerpos que lo rodeaban, heridos y muertos por igual, un erizado conjunto de puntas de espada ahora apuntadas hacia él. En cuestión de segundos la Elite lo había rodeado. Lo hubieran matado en aquel momento, pero no había nada como la inesperada pasividad para confundir a unos soldados extremadamente adiestrados. Se detuvieron cuando él lo hizo, y Thasren tuvo tiempo para mirar a su alrededor. Posó la mirada en el rey, que ahora estaba apoyado contra la pared detrás de una barricada de guardias. Mirando directamente al monarca, se mencionó a sí mismo en su lengua, hablando como si fuera el personaje de una antigua leyenda. Dijo que era Thasren Mein, hijo de Heberen, el hermano menor de Hanish y Maeander. Dijo que moría con alegría en el corazón porque había hecho una obra justa. Había matado al déspota de Acacia. Era un acto intachable que ya se habría tenido que cumplir hacía mucho tiempo. Debido a ello, no deseaba nada más en su vida.

—Muchos me alabarán —dijo, pronunciando las palabras con un fuerte acento acacio—. Muchos me alabarán y me seguirán.

Empujó la curvada punta de su daga contra su cuello y tiró de la hoja limpia a través de su arteria principal. Un momento después descansaba sobre las suaves piedras, contemplando de soslayo un mundo envuelto en el caos. Su cuerpo se desplomó de tal manera que el bombeo de su corazón arrojaba gotas de sangre al aire, cubriéndole el rostro y el pecho de una niebla roja. Parpadeando, miró a través de esta cortina. El rey fue sacado a toda prisa de la sala en medio de una masa de hombres, como obreras alrededor de la abeja reina. Lo sacaron de la sala, sostenido por ellos en posición semisentada, cubierto por todas las manos, algunas de ellas cubriendo su ensangrentado pecho con las palmas. Por unos segundos, cuando se despejó la línea visual entre ellos, Thasren vio el óvalo de la boca del rey. El dolor se estremecía en sus mejillas. Sus ojos eran dos perplejas preguntas, llenas de temor.

Mientras lo miraba, Thasren pensó en su hermano mayor y pensó que ojalá éste hubiera contemplado aquella hazaña y confió en que el relato de ella que le hicieran más tarde lo llevaran a sentirse orgulloso. Sintió que un voraz vacío le devoraba el cuerpo y lo iba apagando pulgada a pulgada. Lo susurró a través de la sangre que tenía en la boca, un sabor como de metal líquido. Se sintió dominado por un reverente temor. Había cumplido por lo menos una gran obra en su vida. Con ella a su espalda, ya no tenía miedo. Había provocado mucho, pero él se acercaba al más allá sin temor, tal como debería hacer siempre un soldado de una justa causa. Antes de desvanecerse,

empezó a recitar la Plegaria de la Unión, el canto de alabanza de los tunishnevre.



Mena jamás volvería a poder contemplar en movimiento el dado de ocho lados del juego infantil llamado de los cobardes sin marearse. Era el juego con que se entretenían ella y su hermano menor en el momento en que Leodan había sido atacado. Dariel había temido que su padre no cumpliera su promesa de entretenerlos después de la cena y la princesa había accedido a sentarse cerca de la puerta con él para poder echarse sobre el rey en cuanto estuviera libre. Lanzaron los dados desde las palmas de sus manos contemplando una y otra vez cómo los verdes octaedros de cristal rodaban hasta la inmovilidad, cercados por los perfiles de su banco. Mena no sentía especial interés por el juego y tampoco veía la necesidad de enfrascarse tanto en un simple acto de azar, pero disfrutaba de la sensación de los dados brincando por ahí, dentro de su puño apretado sin fuerza. A menudo sacudía los dados el tiempo suficiente como para que Dariel se impacientara con ella.

Ocurrió al cabo de un momento de que las grandes puertas se cerraran. Mena había medio captado el amortiguado sonido de un tumulto dentro de la sala, pero se sobresaltó cuando las puertas se volvieron a abrir con una gran embestida. Se abrieron de par en par y golpearon con fuerza contra la pared de piedra. La mano de Mena, que estaba a punto de lanzar los dados, se estremeció tanto que los hizo caer al suelo. Por un momento, observó cómo uno de ellos rodaba por la alfombra y se avergonzó, dispuesta a levantarse de un salto y recogerlo. Pero entonces vio la masa de hombres apretujándose en la puerta. Estaban muy juntos, inclinados alrededor de un pesado cargamento, con las piernas moviéndose con torpeza mientras trataban de darse prisa, pegándose gritos los unos a los otros en medio de una gran confusión. Una voz se levantó por encima de ellos, pidiendo que abrieran paso al rey, ¡que abrieran paso al rey herido! Mena aún no había captado plenamente las palabras cuando se dio cuenta de que el cargamento que llevaban era un hombre. Su padre...

La piel del rey había perdido el color, el espléndido tono había palidecido como el de un cadáver empolvado. Sus trémulos labios estaban fruncidos, los ojos devastados por el temor, la corona torcida. Una blanca espuma de saliva se aferraba a su barba. Allí, bajo todas las irreconocibles contorsiones, estaba la persona a la que ella más amaba en el mundo, privada de todo lo que era fuerte, paternal y sabio. Atrajo a Dariel a sí y le tapó los ojos. Abrazándolo con fuerza, se volvió como si por medio

del movimiento pudiera sacudirse de encima lo que acababa de ver.

Más tarde aquella noche en la habitación de Dariel se sentó en la cama, acunando entre sus brazos al lloroso muchacho. Repitió muchas veces que no ocurría nada. El padre estaría bien. Por supuesto que lo estaría. Era sólo un pinchazo, decían. ¿Creía él realmente que un pinchazo podía lastimar al rey de Acacia?

—Vamos —dijo—, no seas tonto. Padre te verá por la mañana y se reirá de los ojos hinchados que se te ponen cuando lloras antes de dormir.

En cuanto la respiración de Dariel adquirió el ritmo regular del sueño, se desembarazó de él. Se sentó con la espalda apoyada contra la pared y contempló la lenta subida y bajada del pecho del chico. Estudió los lánguidos rasgos de su rostro. Lo quería tanto, pero tanto... El hecho de comprenderlo le hizo asomar las lágrimas a los ojos por primera vez aquella noche. Él no podía comprenderlo realmente, ¿verdad? Ella sabía muy poco de lo que había ocurrido o de si su padre estaba o no en peligro mortal, pero no parecía que los detalles tuvieran importancia. El rostro de su padre lo había explicado todo por completo. Cualquier cosa que hubiera ocurrido, mañana o al otro día, la expresión de temor que ella había visto era imborrable. Siempre la vería por debajo de la superficie de su presencia. Era como si lo hubiera sorprendido en un acto lujurioso, algo lo bastante degradante como para que ella jamás pudiera regresar a la inocencia de unos momentos antes. La naturalidad entre ellos ya jamás volvería a ser la misma.

Se levantó con cuidado de la cama y se puso a pasear un rato por la espaciosa habitación, contemplando las piedras del suelo sin saber qué hacer ni adónde ir, aunque hubiera algo que hacer o algún lugar a donde ir. Sabía que nadie le diría nada aquella noche. Consideró la posibilidad de salir sigilosamente de la habitación e ir a los aposentos de su padre, pero estaba segura de que le impedirían hacerlo, sobre todo en mitad de la noche y después de semejantes acontecimientos. No podría acercarse a él hasta la mañana siguiente, y tal vez ni siquiera entonces.

Al final, cruzó la estancia y trepó a las ramas inferiores de la acacia que ocupaba una esquina de la habitación. Era una cosa extraña de encontrar en el interior de un palacio. Había sido un regalo de cumpleaños de Leodan a Dariel el invierno anterior. El rey había tenido la idea, habló de ella a los artesanos y carpinteros y mandó elaborar el proyecto en secreto mientras él y sus hijos zarpaban rumbo a Alecia para una breve estancia. Al volver, todos los hijos entraron en la habitación de Dariel y encontraron la mole de una vieja y nudosa acacia salvada de su lenta muerte e incrustada en el suelo de piedra. Sus ramas se retorcían en la parte superior y en algunos lugares parecían fundirse con las paredes y darles apoyo. Se había lijado con arena y se habían despuntado las espinas para que sólo quedaran los nudosos restos. La madera se había pintado de castaño rojizo y se le había aplicado madera de sándalo suavizada con aceite. Estaba adornada con cintas y verdes hojas de seda para

que el árbol pareciera vivir eternamente. Se habían colocado unas plataformas en las ramas, con cuerdas, escaleras de mano y columpios que se movieran entre ellas. Todo ello simplemente para sorprender a un chico con una impresionante estructura donde encaramarse y jugar. Era una idea inaudita, una extraña extravagancia en una cultura que generalmente ignoraba a los niños hasta que eran lo bastante mayores como para parecer adultos. Ello dio lugar a que muchas lenguas se movieran a propósito de la cordura del rey.

Desde la curvada viga de una plataforma, se volvió a mirar la habitación. Unas lámparas de pared que ardían con llama baja iluminaban la habitación con una luz anaranjada. Dariel dormía tranquilamente con una bandeja de comida y de té al lado servida por las criadas, las cuales habían armado un gran alboroto a su alrededor cuando ellos regresaron, nerviosos y angustiados. Les preguntaron repetidamente por sus necesidades, pero ellos no pudieron contestar la única pregunta que cualquiera de ellos consideraba importante. Ninguna de ellas susurraría una palabra acerca del estado del rey. Todo se arreglaría a la mañana siguiente, dijeron. Que el rey y su gente hicieran lo que debían y todo se arreglaría a la mañana siguiente. Si no lo hubieran repetido tan a menudo, Mena las habría podido creer. No obstante, sabía que nada era tal como ellas decían. Las criadas siempre habían murmurado acerca del rey. Incluso cuando ella las oía habían hecho insinuaciones acerca de sus deseos, motivos o acciones. Por regla general, se habían equivocado, pero esto era distinto. Tenían miedo. Estaban perplejas. Y estaban mintiendo.

—¿Pero qué importan ellas? —preguntó Mena a la habitación.

Eran mujeres mezquinas que trataban a los hijos menores como si fueran... bueno, como si fueran niños. Mena siempre había sabido que era mayor de lo que decían sus años. Comprendía cosas que ellas no comprendían. Era algo que tenía en común con su padre. Sabía que distaba mucho de ser una mentecata. Él estaba cuerdo y era amable e inteligente de una manera que muy pocos conseguían ser, y sabía que ella no era una niña a la que se pudiera hablar desde arriba. A veces —cuando estaban solos y a él le apetecía— su padre le hablaba como si fuera una persona adulta. Ella sabía que eso era algo insólito entre ellos, una idea que ambos tenían y a la que sólo se entregaban en privado.

Así le había hablado su padre con sencillez y en tono reflexivo, sentado con ella precisamente en aquel árbol, y le había dicho que no le importaba que los nobles o los servidores o cualquier otra persona lo tuvieran por loco. ¿Cuándo había sido eso? ¿A principios de la última primavera? ¿En las primeras semanas de verano? Había dicho que, en realidad, el mundo propiamente dicho estaba loco. Estaba lleno de rencor, de malicia, codicia y engaño. Estas cosas eran los componentes del mundo de la misma manera que las letras de sus cuadernos de apuntes eran las llaves de la lengua que ellos hablaban. Él había tardado algún tiempo en aprenderlo, pero ahora sabía que era

verdad.

—Cuando era joven —había dicho, apoyado en la rama que había debajo de ella, pasando la mano por la suave textura de la madera— pensaba que podría cambiar el mundo. Creía que cuando fuera rey escribiría decretos y leyes para evitar el sufrimiento de la gente. No pensaba que pudiera conseguir un mundo perfecto. No exactamente. Pero conseguiría un mundo tan cerca de la perfección como humanamente se pudiera imaginar.

Ella le preguntó si lo había conseguido. Su padre la miró con una dolorida expresión de compasión y amor. Y tardó unos momentos en contestar. Le dio las gracias por preguntarlo, por la insinuación de que ella pudiera considerarlo un hombre tan grande como eso y por haberle dado a entender que su vida había sido hasta entonces tan feliz como para seguir creyendo posibles todas aquellas cosas. Pero no, él no había cumplido ninguno de los sueños que tenía cuando era chico. No podía especificar por qué o cómo, pero cada una de sus grandes ideas se había evaporado directamente delante de sus ojos. Tenía la sensación cuando lo pensaba, de que las palabras con las cuales describía tales cosas no eran más duraderas que el vapor que se escapa de la boca de uno en un día de invierno. Hablaba, pero sus palabras no tenían carácter duradero. Se desvanecían casi a partir del mismo momento en que salían de su boca. Así se había sentado en consejo y había sido escuchado por cortesanos y pacientes rostros. Hasta había propuesto reformas en la gran cámara de Alecia a los gobernadores, todos los cuales le habían jurado lealtad. Sus palabras habían sido escuchadas, la verdad que contenían había sido reconocida y su sabiduría, alabada. Abandonaba aquellas reuniones con la sensación de que el mundo estaba a punto de cambiar y, sin embargo, pasaban los años y el mundo seguía siendo lo que era, no un lugar mejor, inalterado por los deseos de su corazón. Nadie le había llevado jamás la contraria, pero tampoco nada había ocurrido jamás. Comprendió entonces lo verdaderamente impotente que era. Entre él y las obras del mundo había miles de otras manos. Cada uno de ellos le fingía lealtad, pero ninguno cumplía sus órdenes. Tal vez, reconocía, ésta era la razón de que él hubiera rebajado sus ambiciones y hubiera encontrado significado en el amor de una mujer y en el prodigio de los hijos que ambos habían creado.

—Mena, mi sabia hija, no soy un hombre tan fuerte como piensas. —Alargó la mano hacia arriba y le acarició la barbilla—. Yo no podría cambiar el mundo. No podría impedir que otros cometieran crímenes (terribles crímenes) en mi nombre. No pude impedir que tu madre nos dejara cuando la enfermedad se la llevó. Pero quiero a mis hijos. O sea que ahora vosotros, los cuatro, sois mi obra. Pensé, «¿Por qué no construir dentro de mi casa el mundo tal como yo lo querría? Si puedo educaros hasta la edad adulta con una felicidad insólita en el mundo, habré cumplido algo. Más tarde veréis qué maldades cometen los hombres los unos contra los otros, pero antes, ¿por



qué no conocer la felicidad? Tú quieres ser una niña para quien los sueños se hacen realidad, ¿verdad?»

Dariel había entrado en la habitación justo en aquel momento. Su padre lo llamó para que se acercara y la breve intimidad entre ellos quedó en suspenso hasta que la ocasión la volviera a permitir. Ahora, mientras lo recordaba, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. No le contestó. No había preguntado qué eran aquellos horrores del mundo. Jamás los había visto y sólo sabía de las antiguas luchas lo que figuraba escrito con la triunfal elocuencia de sus libros de historia. Pero pensó que ojalá le hubiera contestado. Deseaba —con toda su alma— ser una niña cuyos sueños se hicieran realidad.

Estaba segura de que no podría dormir, pero en determinado momento se quedó dormida en lo alto del árbol, apoyada contra la madera labrada que ofrecía comodidad. Soñó con algo que, mientras lo experimentaba, le pareció un recuerdo, aunque más tarde no estuvo segura de si era una reminiscencia de un acontecimiento pasado o de un sueño anterior. Ella y una niña cuyo nombre no recordaba trepaban por las rocas de la playa y salían al embarcadero de piedra que se proyectaba sobre el mar. La niña llevaba una red para pescar con la infantil idea de que ambas llevarían la cena de la noche. Sabían que no tenían que bajar por las escarpadas rocas mientras abajo en el mar se agitaban las frondas de algas marinas, los cangrejos de caparazón azul y los mejillones. Pero todo iría bien si ellas llevaban a casa un tesoro vivo en su red.

Mientras se acercaban al final del embarcadero Mena vio un extraño tumulto en el agua. Justo bajo la superficie nadaba un abundante banco de peces. Se movían en masa y eran tantos que ella no podía ver el principio del banco ni dónde podría terminar. Nadaban los unos al lado de los otros y se amontonaban hasta varios metros de profundidad, y cada pez medía quizá dos o tres palmos de longitud. Los de arriba estaban tan cerca de la superficie que a veces sus colas cortaban el aire. Entre ellos, ella podía ver las profundidades de abajo. No sabía que el mar era tan profundo allí, pero era insondable y estaba lleno de peces.

La princesa pidió a gritos la red a la otra niña, la tomó y se agachó para arrojarla. La otra niña dijo que no tenía que pescar aquellos peces.

—Viajan hasta el dios del mar —dijo—. Sería una maldición para nosotros que nos los comiéramos.

A Mena no le importaba. ¿Qué dios del mar era aquél? Tonterías. Arrojó la red al agua, preparándose para el impacto de la serpenteante vida con que ella esperaba llenarla. Un momento después tiró de ella, vacía. Los peces seguían nadando tan numerosos como antes, pero ninguno de ellos había entrado en la trampa. Volvió a arrojar la red desde otro ángulo, tiró de ella hacia arriba chorreando, pero nada. Por mucho que ella moviera la red por debajo de la superficie —de uno a otro lado,

arrojándola hasta el fondo, tirando de ella hacia arriba— no pudo atrapar ni un solo pez. Nadaban rápidamente, tan cerca que ella podía ver las delicadas configuraciones de sus aletas y la flexión de sus grandes escamas mientras se deslizaban los unos sobre los otros. Vio cómo sus ojos miraban con tristeza hacia arriba para estudiarla. Algo de aquellos ojos le llamó la atención. Apartó la red a un lado y se zambulló en el agua, en la certeza de que de aquella manera conseguiría por lo menos tocar los peces, convencida de que ellos querían que lo hiciera. Si acudían a la llamada de algún dios marino, no lo hacían voluntariamente. Ella los podía ayudar. Le pareció una cosa muy importante mientras daba puñetazos al agua y se sumergía nadando hacia abajo...

Mena se empezó a despertar. Sus brazos se agitaron y ella estuvo a punto de caer del árbol. Por unos momentos, el mundo colgó a su alrededor sin contexto. Sintió que el sueño se desvanecía y comprendió que había algo más importante que recordar, pero sólo a través de la mirada y la espera los acontecimientos de la velada regresaron a ella. Mirando a través de una estrecha y alta ventana vio que el cielo se había iluminado con la inminente aurora. Unas delgadas nubes enladrillaban el cielo con unos toques rosa salmón. Era un nuevo día, pensó. ¿Cuántos de los daños de ayer se repararían ahora? ¿Cuántos de ellos serían a la clara luz de la mañana simples trampas de las sombras y de la oscuridad de la noche?

Había empezado a bajar cuando se abrió la puerta. Entró Corinn, moviéndose con vacilación y mirando a su alrededor en la estancia como si no la conociera bien. Contempló la forma dormida de Dariel. Levantó una de sus manos y se tocó los labios. Susurró algo, como una campesina supersticiosa que hubiera presenciado un violento acto de la naturaleza. En su inmovilidad se convirtió en una isla rodeada de movimiento. Entraron unos criados después de ella y se repartieron para preparar la habitación para el día, descorriendo las cortinas y apagando las lámparas, retirando la bandeja de comida no consumida y sustituyéndola por otra cargada de fruta y de zumos.

Corinn se animó al ver a Mena acercarse a ella. Tenía el rostro embotado e hinchado y hacía pucheritos con sus suaves labios.

—No morirá —dijo—. Me dijo que no se moriría. Dijo que nunca me dejaría. Le prometió a madre que no lo haría hasta haber conocido a todos mis hijos y hasta que ellos lo hubieran conocido a él... hasta que lo hubieran conocido y él les hubiera contado todo lo de nuestra madre. Cómo era ella de joven y cuando ambos se casaron.

—¿Has hablado con él?

La mano de Corinn danzó en gesto explicativo.

—No desde que ocurrió. Quiero decir antes de que me lo prometiera. Quiero decir antes de todo este...

Comprendiendo que a lo mejor su hermana seguiría adelante de la misma manera, Mena la interrumpió.

—¿Pero qué es de él ahora? Dime lo que sabes. ¿Cómo está?

—¿Qué quieres saber? —Los ojos de Corinn no se posaban en nada sino que brincaban nerviosamente por la habitación—. A padre lo han apuñalado. Un asesino del Mein... Dicen que la hoja estaba envenenada, pero yo no lo creo. «¿Qué veneno?», pregunté, pero nadie me supo contestar. No saben nada. Nadie me quiso decir la verdad. Y no me permitieron entrar a verlo. ¡Ni siquiera Thaddeus me quiso ver! Todos se comportan como si estuvieran locos. Han llamado a Aliver a consejo, como si padre ya hubiera muerto. Pero no ha muerto. ¡Estoy segura de que no!

«Está más asustada que yo», pensó Mena. Tomó una de las manos de Corinn entre las dos suyas y la apretó. El contacto pareció consolar a Corinn lo bastante como para que bajara la voz, pronunciara las palabras más despacio y sus ojos se posaran un momento en el hombro de su hermana, más cerca de mirarla a los ojos de lo que habían estado hasta entonces.

—Mena, fue horrible, vi cómo ocurría. Vi al hombre antes de que se manifestara. Lo vi moverse entre la gente. Pensé que era guapo. Pensé: «Éste es Gurnal, ¿verdad? Parece más joven de lo que yo recuerdo. Qué extraño que antes nunca me hubiera dado cuenta de que era apuesto». Y entonces le vi sacar el cuchillo. ¿Qué estaba haciendo con un cuchillo en un banquete? Si me hubiera puesto a gritar en aquel primer momento... No me di cuenta... No entiendo nada.

Mena le volvió a apretar la mano, atrayéndola hacia su pecho. Comprendió instintivamente que quizás hubiera sido mejor no decir nada en respuesta a semejante declaración, pero algo en ella sentía que los papeles que cada uno ocupaba ya no eran los de antes. Volvió a pensar en el sueño y, en un estallido de revelación, se dio cuenta de que la niña que estaba con ella en las rocas no era una desconocida en absoluto. Era Corinn, una versión distinta de Corinn. ¿Cómo había podido ser? Había estado allí con su hermana y, sin embargo, la había creído otra persona completamente distinta. No tenía sentido, pero la mente dormida raras veces lo tenía. Apartó a un lado el mundo de los sueños. En aquel momento, se dio cuenta, le apetecía consolar a su hermana mayor. Lo malo era que no podía consolarla con mentiras, y le llevó unos sosegados momentos de inquietud encontrar el tono adecuado para seguir adelante.

—Vamos a estar bien —dijo—, si padre...

—¡Ya basta! —replicó Corinn, clavando en ella sus fieros ojos abiertos—. Padre no morirá. ¡Deja de desear que muera! ¡No digas siquiera que podría hacerlo!

Mena estaba horrorizada. Lo había empezado todo mal.

—Yo... no he dicho eso. Yo no lo deseo. Es todo tan aterrador... Eso es lo que... lo que...

Por un momento pareció que Corinn la iba a pegar, pero, en su lugar, ésta dio un paso al frente y atrajo a su hermana menor a sus brazos. Allí Mena experimentó el primer atisbo de consuelo desde el banquete. Fue una cosa triste, la verdad, pero hubo algo tranquilizador en la conciencia de que ellas dos sentían por lo menos el mismo temor y dolor con una claridad compartida que no se reflejaba en ningún otro aspecto de su relación.



Desde lejos el pájaro parecía la variedad de paloma más pequeña que aquella de la que procedía. Vista de cerca, la forma de la criatura adquiría una figura distinta. Era del tamaño de una joven águila marina debidamente musculada, con un pico de ave de presa y unos ojos que examinaban el mundo con una agudeza de largo alcance. Llevaba una especie de guantes de cuero por encima de los talones, como unas afiladas púas de acero en la punta de cada dedo que el adiestramiento inicial le había enseñado a utilizar. Llevaba un tubo prendido al tobillo en el cual se podían insertar notas enrolladas. Era un ave mensajera, llamada paloma, tal vez, pero una criatura con una fiereza comparable a su tesón a la hora de volar. Casi nunca caía víctima de otras aves de presa. Por eso era el pájaro de elección para los despachos más urgentes, como el que se envió a última hora de la noche en que Thasren Mein atacó al rey Leodan.

La paloma abandonó el brazo de su cuidador en el distrito de Acacia reservado a los dignatarios extranjeros. Sus alas batieron el aire salado y se elevaron hacia el cielo nocturno. Voló al principio a través de la cascada de copos de nieve, el mundo gris y de suaves perfiles. En algún lugar por encima del Continente al oeste de Alecia los cielos se despejaron. El pájaro siguió adelante a través de las horas oscuras y sus alas raras veces se detuvieron para planear.

Llegó a otro cuidador en una aldea de la costa a lo largo del litoral más allá de Aos al amanecer del día siguiente. Planeó con un brillante cielo cinabrio a su espalda. El mensaje prendido a su pata fue retirado y ajustado —sin ser leído— a otro pájaro. Éste voló el tramo para bajar a Aushenia aquel día, subiendo y bajando con los perfiles de las praderas de losas quebradas. Otro lo llevó a través de la Garganta Gradthica y llegó a Cathgergen aproximadamente una hora antes del amanecer dos días después de que se iniciara el viaje. Esta vez el mensaje se retiró de su contenedor, se llevó a toda prisa a través de los gélidos pasillos del lugar y se entregó a los amplios cuarteles que alojaban temporalmente al hermano menor de Hanish Mein, Maeander y a su séquito.

Maeander se despertó, consciente de que su nombre había sido pronunciado. El visitante se quedó al otro lado de la puerta, entonando suavemente la plegaria codificada que pide perdón por la interrupción y promete que la molestia se debe a un

asunto de importancia. Se levantó desnudo del calor de su nido y permaneció de pie, contemplando el rompecabezas de cuerpos y almohadas y mantas de piel entre los cuales dormía. Su cama era de hecho la parte más grande del suelo acolchado. Estaba caldeada desde abajo por un sistema de respiraderos que distribuía el vapor de la tierra a través de la fortaleza. Fragmentos dispersos de mujeres de suaves extremidades asomaban aquí y allá, una rociada de cabellos de lino, la longitud de una pierna, un brazo alrededor de la espalda desnuda de otra, dedos entrelazados en la suave alfombra de blanca piel de zorro. Cinco, seis, siete de ellas: contemplando aquel revoltijo, uno no podía estar seguro. Cuando Maeander adquiría amantes, las adquiría en cantidad y deseaba que fueran tan parecidas que una se desvaneciera en la siguiente sin una identidad específica. De pie allí en medio, el gélido aire de la estancia le llenó de granos la piel. Lo que más le gustaba era cuando las sensaciones fluctuaban entre extremos, del calor al frío, del placer al dolor, de los suaves perfiles de las concubinas en determinado momento a los duros perfiles y a la seca formalidad de su vida militar al siguiente.

Cuando abrió la puerta y alargó la mano para recibir la misiva ya estaba completamente despierto. Cerró la puerta y leyó la nota. Una vez, dos veces y una tercera, de lo corta que era. Pareció que hubiera esperado toda una vida la noticia que contenía. El corazón le recordó todos aquellos años latiendo con violencia, como si contara los muchos días con el más corto tiempo posible.

—Gracias, Padres —dijo—. Seas alabado, hermano. No seréis olvidados. Os habéis ganado el honor que deseasteis en vida.

Mientras se acercaba al centro de la estancia, oyó un ligero movimiento entre las pieles y las mantas. Alguien dio un audible bostezo y se dio la vuelta dejando al descubierto la plena curva de una cadera. Maeander experimentó la excitación del deseo en la parte inferior de su cuerpo. Pensó por un momento en el placer que podría sentir si despertara a las mujeres con gritos de emoción y se acostara con ellas para anunciarles su alegría por las cosas que estaban a punto de ocurrir, repartiéndola entre tantas vasijas de forma que reflejara el júbilo que él sentía. Pero sabía que no podía permitirse tantas distracciones ahora que el mensaje había anunciado el comienzo de todo. Semejante conducta sería tan inadecuada como lamentar la muerte de su hermano. Se apartó de la cama para dirigirse a la siguiente habitación. Había otra manera de disfrutar del día. Mejor que se ocupara de ella sin tardanza.

Así pues, cuando Rialus Neptos entró y lo encontró reclinado en un canapé del despacho del gobernador, Maeander ya había puesto en marcha su obra. Había enviado otra paloma al gélido viento que soplaba desde el norte. Había enviado también un jinete vestido con abrigadas prendas para protegerse del tiempo hacia otro destino norteño. Se había encargado de que los soldados que lo acompañaban se abrieran paso uno a uno al interior de la fortaleza con la mayor discreción posible,

moviéndose individualmente o de dos en dos para llamar muy poca atención. Sus caballos y trineos ya se habían preparado para su inminente partida. Sólo tenía que hablar con el gobernador para concluir su obra en Cathgergen.

El gobernador entró preocupado, murmurando algo por lo bajo con los codos pegados al cuerpo y los hombros encorvados a causa del frío de la estancia. Al ver a Maeander, se detuvo tan bruscamente que derramó una salpicadura del humeante líquido que llevaba, sujetando cuidadosamente la taza con ambas manos.

—¿Maeander? ¿Qué te trae aquí tan temprano?

Maeander puso una exagerada cara de haber recibido un insulto.

—¿Qué clase de saludo es ése? Cualquiera diría que no te alegra empezar el día conmigo.

Rialus perdió inmediatamente el equilibrio. Explicó que no pretendía hacer ningún desaire. Estaba simplemente sorprendido. En realidad, se dirigía a los baños. Sólo había entrado un momento. Puede que ni siquiera hubiera entrado en su despacho, en cuyo caso hubiera dejado a Maeander esperando. Siguió parloteando sin dar muestras de tener intención de terminar.

—¡Ya basta! —dijo Maeander, dejando caer al suelo la suela de una bota negra con un audible impacto—. Tengo varias cosas que decirte. Mejor será que te sientes.

Rialus no parecía inicialmente inclinado a hacerlo, pero Maeander esperó clavando los ojos en él hasta que cambió de idea.

—Leodan Akaran —dijo Maeander— ha sido derribado de su trono. No me interrumpas. Yo te diré todo lo que necesitas saber. Mi hermano Thasren se ha sacrificado para acabar con el gobierno del rey. He recibido noticias de que todo confirma que lo ha conseguido. Espero que dentro de uno o dos días te hagan saber que Akaran ha abandonado este mundo. Ten cuidado con el café.

Rialus, sorprendido por las palabras de Maeander, había dejado que el platito se inclinara.

—Con su acción, Thasren ha anunciado que el pueblo ya no honre a la estirpe Akaran. Ha declarado la guerra y es mi intención reunir las tropas en defensa de la causa por la que él murió. Dentro de pocas horas salgo con un pequeño contingente de mis hombres. No respire de alivio; aún no he terminado. Bueno pues, Rialus, lo que estoy a punto de decirte puede que te provoque un ataque de balbuceos y confusión, pero procura dominarte. Hoy tienes que cumplir varias responsabilidades. La primera tiene que ver con los baños.

—¿Los... los baños?

—Exactamente. La segunda compañía de la Guardia los usará esta mañana, ¿de acuerdo? Lo que tú vas a hacer es ordenar que la primera compañía y también la tercera se unan a ella en las humeantes aguas. Habrá muchos hombres y mujeres, pero estoy seguro de que no protestarán. Toda aquella cálida carne restregándose y

tocándose... ¿A quién no le gusta el cálido, reconfortante y húmedo calor de un baño abarrotado de gente? Pero tú mejor que no te reúnas con ellos. Explicarás (si es que tienes que explicárselo a alguien) que esta tarde los baños se someterán a una sesión de limpieza y mantenimiento, por lo que quienquiera que necesite usarlos deberá hacerlo esta mañana. Bueno, invéntate lo que quieras. —Con un movimiento de su dedo dio a entender que dejaba felizmente los detalles en las capacitadas manos del gobernador—. Y después... ordenarás que se cierren todos los respiraderos no relacionados con los baños. Una vez que lo estén, ordenarás que se cierren los pistones de las válvulas principales. Y liberarás toda la fuerza de la energía almacenada en los pozos.

—No lo entiendo —empezó a decir Rialus—. El calor dentro de los baños...

—Será considerable. Lo sé. Llevará a las piscinas a punto de ebullición. Los soldados se pondrán colorados como langostas en la cazuela. Se arañarán los unos a los otros en su intento de salir del agua, pero serán demasiados. El aire se llenará de vapor y el calor les llenará los pulmones y se asfixiarán. Sé muy bien lo que va a ocurrir, Rialus.

—Pero intentarán huir desnudos hacia los pasillos y... —El gobernador estaba demasiado perplejo como para continuar—. ¿Es una broma?

—¿Acaso te parece gracioso? Eres muy raro, Rialus. Sea como fuere, las langostas no escapan de los baños. Dejaré suficientes soldados para que cierren las puertas cuando la cocción al vapor haya terminado. Después liquidarán a todos los soldados que encuentren. A continuación se retirarán para que te prepares para lo que tengas que hacer. ¿Hay alguna parte de todo eso que no esté clara hasta ahora?

Rialus contestó describiendo con un tartamudeo lo que les ocurriría a las tropas, como si la realidad efectiva de lo que proponía se le hubiera podido escapar a Maeander. Significaría que casi tres mil soldados, hombres y mujeres —casi toda la Guardia Norteña desde que la compañía de Alanis había desaparecido—, serían cocidos al vapor o hervidos hasta morir. Se hincharían y reventarían y rezumarían y morirían horrendamente. Jamás en su vida había oído hablar de semejante idea. Era un asesinato en masa a gran escala. Una infamia y una impostura de proporciones épicas.

—Será un desastre horrible —dijo Rialus, terminando con un perplejo e indignado tono—. Yo no podría...

Levantándose, Maeander apoyó una mano en el hombro de su subordinado de inferior estatura y lo hizo poner de pie. Le rodeó el cuello con su brazo y lo volvió de cara a su preciosa ventana de cristal.

—Será en efecto un desastre horrible, pero tú no te tienes que preocupar por eso. Lo único que tienes que hacer es mirar desde esta ventana de aquí. Observa el horizonte. Recuerda que vienen unos invitados. Ya casi están aquí. En realidad, los



vas a empezar a atender esta noche. Estarán hambrientos y querrán comodidades. Entonces te alegrarás, amigo mío, de tener tanta carne recién guisada que ofrecerles.

Maeander se fue sin esperar otra respuesta. Estaba tan satisfecho de sí mismo que temía no poder quitarse la expresión de autocomplacencia de su rostro. Sus talones golpeaban con dureza el suelo con cada pisada. Era una manera casi dolorosa de caminar, pero le encantaba que la tierra bajo sus pies aceptara el castigo de sus pisadas. Sabía que Rialus lo estaba viendo alejarse boquiabierto de asombro. «Qué hombre tan pequeño —pensó Maeander—. Una musaraña». Pero era útil y muy fácil de manipular; eso no se podía negar.

Maeander estaba de suficiente buen humor como para perdonarle al roedor sus inconvenientes. Jamás había estado más satisfecho. Thasren era ahora inmortal. Muy pronto Hanish estaría al frente de un ejército, dirigiéndose a Alecia a través del río Ask. Por su parte, Maeander empujaría a otras fuerzas a través de las montañas en dirección a Candovia. Y sus nuevos aliados, esos numreks, arrasaría Aushenia, un horror como jamás hubiera visto el Mundo Conocido en muchos siglos. Después habría una gran reunión en la que el grueso del ejército acacio jadearía luchando por la vida antes incluso de que la batalla hubiera empezado...

El presente, pensó Meander, era un tiempo afortunado en el que vivir.



La reunión de Leeka Alain con el guerrero numrek empezó con un carácter sorprendentemente apagado. Había caminado tanto tiempo a través de los sucios detritos que marcaban el paso de la horda que se sentía débil. El cansancio se aferraba fuertemente a él. Ya no colocaba los pies con la siniestra determinación de los primeros días. El aislamiento y la esterilidad le hacían malas jugadas a su mente. Se detuvo para estudiar la configuración del terreno y examinar las formas contra la nieve desde lejos. Ya había visto varias veces espejismos en la curva del horizonte y ninguna de las trémulas formas había acabado en nada. Durante tramos cada vez más grandes de la jornada había ocupado un mundo imaginario construido sobre el pasado. Casi había olvidado el propósito de su solitaria y fatigosa caminata ártica, había olvidado que perseguía a un enemigo muy real, y había olvidado la reciente masacre de su ejército. Casi le parecía una pesadilla de un tiempo lejano, difícil de creer.

Caminaba con esfuerzo por las llanuras hacia el borde occidental de los Yermos sin pensar demasiado en ello. La tierra que tenía por delante estaba tan desierta de árboles como antes, pero ahora se ondulaba como pliegues de arrugada piel. Helados lechos de río se entrecruzaban aquí y allá, todavía no turbados por la inminente primavera. Perdía de vista el horizonte cada vez que caía a una hondonada. Pero el camino de la horda era fácil de seguir. Avanzaba a través de la zona, tan infaliblemente recta como siempre. Leeka caminaba penosamente con la cabeza gacha.

Así estaba cuando coronó una cuesta y empezó a bajar hacia lo que sería un río en cuestión de unos meses. Vio unas oscuras formas contra la blancura pero fue lento en clavar la mirada en ellas. No lo hizo hasta que algo soltó un gruñido. Era el primer ruido hecho por una criatura que oía en mucho tiempo. Era una exclamación de alarma y dio lugar a que los sentidos de Leeka cobraran vida. Se quedó helado. El trineo que tenía a su espalda, empujado por la inclinación de la pendiente, se deslizó hacia delante y le rozó ligeramente los talones.

Delante de él había dos cosas vivas y una muerta. El ruido lo había hecho uno de los peludos rinocerontes. Se encontraba a unos cuarenta metros de distancia, absurdamente cerca, lo bastante cerca como para que Leeka pudiera imaginar la

sensación de su áspero pelaje. Pudo distinguir las estrías que le rodeaban los cuernos y vio unos grabados en las hebillas de su silla de montar. A la criatura le resultó molesta la súbita cercanía de Leeka. Retrocedió con torpeza, moviendo la cabeza de uno a otro lado. A poca distancia a su espalda, uno de los invasores se agachó cerca de una hoguera. Levantó la vista primero hacia el rinoceronte mientras él lo rodeaba y después hacia Leeka. Por qué estaba allí —si en cumplimiento de alguna misión oficial, como extraviado por alguna razón no aclarada, o como desertor— Leeka jamás llegaría a saberlo. No había ninguna posibilidad de que ambos conversaran. Lo que sus ojos le mostraron, sin embargo, le revolvió el estómago como jamás lo había hecho ninguna carnicería de guerra.

El numrek estaba sentado preparando un banquete de carne humana. El cuerpo de un joven se había colocado encima de un calderón calentado desde abajo por la pez de la cual Leeka había encontrado vestigios anteriormente. El cuerpo estaba tendido de espaldas. Los brazos y las piernas estaban estirados de tal manera que los pies y las manos descansaban sobre el hielo mientras que la parte central se asaba, se cocía al vapor y se estofaba simultáneamente. El numrek acababa de alargar la mano para arrancar una porción de carne y de órganos internos y arrojarlos al burbujeante caldo de abajo cuando vio a Leeka. Posó el cuchillo y se levantó con los brazos estirados uno a cada lado, como un anciano trabajador que se levantara para cumplir alguna interminable tarea. Se inclinó y rebuscó un momento y después se enderezó con una lanza en una mano y una curvada espada en la otra.

Leeka desató las correas que lo ataban a su trineo. Había dejado de llevar la espada unos días atrás y la había asegurado al trineo. Ahora la sacó de la vaina. Tenía también una ballesta y unas saetas, pero el numrek se le acercó demasiado rápido. Arrojó la lanza que se clavó profundamente en el hato de suministros e hizo volcar el trineo. Leeka saltó hacia atrás y se apartó describiendo un círculo, se quitó los guantes y comprobó el peso de su hoja contra el gélido aire. El numrek ni siquiera había intentado golpearlo con la lanza. La había arrojado como diversión y había golpeado el blanco elegido tal como resultaba evidente por el aparente regocijo que ahora animaba sus gestos. Se adelantó con saltarines pasos, casi brincando... si una palabra tan infantil se hubiera podido aplicar a una criatura de semejante tamaño y asesino propósito. Se pasó la espada de una a otra mano, demostrando que era igualmente hábil con cualquiera de las dos. Las capas de piel le cubrían holgadamente el cuerpo, seguían sus movimientos y ocultaban la mole exacta del cuerpo que había debajo. Sus rasgos aún no se podían distinguir muy bien detrás de la pantalla de su cabello y del gorro bien encasquetado sobre la frente, pero su boca estaba visiblemente rajada por una sonrisa.

¿Cómo vas a matar a una cosa así? La pregunta se arremolinaba en la parte de atrás de la mente de Leeka. Con la parte anterior de ella se concentró en el combate

de su vida. El numrek se abalanzó contra él con grandes y rápidos movimientos que cortaron visiblemente el aire. Leeka esquivó un golpe apuntado a su cabeza y el acero agarró unos cuantos bucles de su cabello y se los arrancó de cuajo. La primera vez que bloqueó un golpe, el impacto de las dos hojas le provocó un profundo dolor en la mano que sostenía la espada, torciéndole violentamente la muñeca hasta casi rompérsela. Consiguió conservar la espada sólo cubriendo el dolor con la otra y luchando con un doble puño. Si lucha se podía llamar. En realidad, retrocedió y se desplazó, tropezó y se recuperó sin jamás atacar. No volvió a rozar hoja contra hoja excepto con refulgentes bloqueos. Por lo demás fue un títere que bailaba a través de las contorsiones exigidas por el otro.

Sin apenas tiempo, Leeka se quedó sin resuello, sudando y con lágrimas en los ojos. Pareció que ya había vivido una vida imposiblemente larga contra su enemigo. El enemigo hablaba como luchaba. Emitió una andanada de sonidos guturales ordenados justo lo suficiente como para parecer palabras. Leeka buscó una manera de atacar, pero su adversario era demasiado sólido, demasiado rápido en cada golpe, demasiado vendaval de movimiento. Su olor era picante y casi demasiado doloroso de inhalar, como vinagre y orina y cebollas. Cuando salió al deslumbrante fulgor del sol poniente lo bloqueó por entero y se convirtió en un vestigio de guerrero. ¿Había un hombre matado alguna vez a una cosa como aquélla, a un gigante como aquél?

Y entonces Leeka lo recordó. La Octava Forma. Gerimus contra los guardias del Fuerte de Tulluck. Se suponía que tales guardias habían sido gigantes. Eso era lo que decía el antiguo saber popular. Más grandes que los humanos en todos los sentidos. Más fuerte. Inhumanos en su falta de respeto por la vida. Unos guerreros que vivían para matar. Habían aterrorizado el Primer Reino de Candeva, el predecesor del Segundo Reino de Candovia. Hasta que el héroe Gerimus los empujó de nuevo al Fuerte y se apropió de los dos guardias no se encontró la manera de derrotarlos. Gerimus se dio cuenta de que eran demasiado confiados. Demasiado fuertes y demasiado impacientes. Utilizó su impaciencia contra ellos, provocándolos con un combate puramente a la defensiva hasta que cometieron errores causados por la impaciencia. Había dado resultado una vez, quizá lo volviera a dar.

O sea que en su ballet defensivo Leeka intentó tejer trozos y fragmentos de la Forma. Al principio lo consiguió sin perder la cabeza hasta que encontró una combinación entre lo que necesitaba hacer para vivir y las antiguas maniobras de Gerimus. Fue complicado por el hecho de que en la Forma había luchado contra dos contrincantes, pero Leeka modificó casi todos los movimientos relacionados con el segundo gigante. En realidad, el enemigo no pareció darse cuenta al principio. No fue hasta que Leeka giró en redondo en un enloquecido e incisivo ataque en el aire cuando el perplejo gigante se detuvo. Volvió la cabeza y estudió el área que Leeka estaba acuchillando con tanta violencia. Observó cómo Leeka hundía la hoja de su

espada en el pie de su imaginario enemigo y, mientras extraía la punta del hielo, la lanzó hacia el cielo y la hundió en el suave espacio bajo una barbilla invisible. Una vez hecho esto, Leeka lo miró a la cara.

El invasor, cualquier cosa que hubiera pensado de aquella exhibición, dio un paso al frente y reanudó su ataque. Mientras luchaban, Leeka se adentró un poco más en la piel de la Forma. Se sintió a gusto. Si tenía que morir, por lo menos tendría cierta dignidad en sus últimos momentos. En aquel leve asomo de confianza se percibía una insinuación de control. Leeka empezó a notar que a veces no se limitaba a anticiparse a las acciones de su adversario sino que las provocaba. «Sí —pensó—, acércate a mí. —El otro lo hizo—. Échate hacia delante y después desvíate hacia la derecha. —Una vez más, el otro lo hizo—. Da media vuelta como si me quisieras cortar las piernas». Saltó justo a tiempo. No era una danza perfecta, pero Leeka consiguió cumplir las variaciones cada vez con más facilidad. Su adversario no dio muestras de reconocer en ello un propósito, pero se puso más nervioso. Parte de su alegría se desvaneció. Guardó silencio, dejando aparte los gruñidos del esfuerzo. Incluso escupió a Leeka, siendo su saliva un arma y un insulto a la vez.

Cuando llegó el momento, Leeka se sorprendió. El enemigo, afectado por el estallido más grande de su cólera hasta aquel momento, se pasó la hoja de la mano izquierda a la derecha. Corrió hacia delante blandiendo la espada en un círculo, forzando la articulación del hombro con su movimiento, descargando toda la fuerza de su brazo, hombro y abdomen; todo el peso de su cuerpo y toda la medida del puro e impaciente escupitajo. La fuerza fue increíble, pero Leeka se desvió hacia un lado. Tal era la presión de la hoja que pasó a través del aire que él sintió que el tirón de su estela había cortado la piedra de granito del suelo de la fortaleza. Leeka pisó la espada del gigante, con un pie en el reverso y el otro en la empuñadura. Su tercer paso se apoyó en el antebrazo del gigante. Desde aquella plataforma Leeka saltó al retorcido floreo de un golpe. La hoja zumbó a su alrededor, una mancha borrosa tan rápida que él jamás recordaría después el instante efectivo en que le había rajado el cuello al enemigo. Pero siempre recordaría el siguiente momento en que se había dado cuenta de que eso era justo lo que había hecho. La cabeza del forastero permaneció posada sobre sus hombros mientras duraba su caída. Cuando el cuerpo finalmente se desplomó, la cabeza se proyectó hacia delante, propulsada, al parecer, por un chorro de sangre brillantemente carmesí. La práctica de la Forma por parte de Leeka mas había sido exactamente de aquella manera.

Mientras contemplaba rezumar el humeante líquido en el hielo, dijo:

—Bueno pues... eso ha dado resultado.

Aunque apenas lo podía hacer sin marearse, apartó del fuego lo que quedaba del cadáver humano. Ladeó el recipiente con el pie. Utilizó el asta de la lanza del enemigo para remover los carbones y la ardiente pez y conseguir un fuego más vivo.

Arrojó elementos inflamables de sus propias provisiones y después se dedicó a la lenta y desagradable tarea de convertir la carne humana en ceniza. Aquel hombre era, a fin de cuentas, uno de sus soldados. No pudo reconocer su rostro congelado ni encontrar ninguno de los documentos de identificación, pero dijo las palabras que pudo por él. Su tristeza era verdadera. Nació más que nunca del corazón, sus lágrimas no lo avergonzaban tanto en medio de su soledad. No había recordado al joven mientras luchaba, pero, ahora que lo pensaba, se alegraba de haberlo vengado.

Más tarde todo lo que se podía hacer por el soldado ya se había hecho. Leeka se volvió a mirar al rinoceronte que lo estaba observando todo desde cierta distancia. Se acercó a él con la lanza, procurando disimular la lesión que ahora se notaba en el tobillo. Se lo debía de haber torcido en determinado momento del duelo. El dolor era agudo a cada paso que daba, la articulación estaba rígida e hinchada. No quería mostrarle su debilidad a la criatura, pero, cada vez que se acercaba, ésta lo esquivaba, se apartaba torpemente, se volvía y retrocedía. Respondía de la misma manera a cada movimiento que hacía Leeka, manteniéndose siempre a distancia, mirando con uno u otro de sus ojos. Leeka miró a su alrededor en busca de algo como comida que ofrecer, pero no pudo ver nada adecuado.

—Oye —dijo Leeka—, no tengo mucho tiempo para eso.

Por si no te has dado cuenta, tu amo ha perdido la cabeza. Pero tú y yo nos podríamos ayudar el uno al otro. Quiero llegar rápido a un sitio, lo cual sería difícil con este tobillo. Y tú... tú parece que necesitas ir a algún sitio.

Hubo algo como inteligencia en la consideración que la bestia dedicó a todo eso, pero tampoco fue una plena comprensión. Como respuesta, el animal pateó el hielo. Leeka era consciente de su propia debilidad, de su escasa liviandad en comparación con la mole y las dimensiones de la bestia, las armas naturales, y el alcance de sus propias defensas. Miró a la bestia con toda la irritada exasperación que pudo. Mejor que no recordara que el animal lo podía empalar con aquel cuerno que tenía y andar por ahí con un nuevo adorno. O que podía empujarlo como una bola y pisotearlo a voluntad hasta convertirlo en picadillo. No podía haber una violenta contienda entre ellos dos. El ganador era tan obvio que Leeka rezó para que el rinoceronte ni siquiera lo tomara en consideración. Después se le ocurrió algo.

Se volvió, se alejó renqueando y regresó a los pocos momentos con el puño hundido en el cabello del guerrero. Arrojó la cabeza entre su propia persona y la montura. Rodó en un trémulo y torpe movimiento que no tardó en detenerse. La criatura lo estudió, volviéndose hacia uno y otro lado como si sospechara una trampa. Leeka probó varias posibles ocurrencias. Ninguna de ellas enteramente adecuada para el momento. Dejó caer el silencio. De todos modos, la bestia bastantes cosas tenía que considerar con su estúpida mente. Le daría un ratito para que lo pensara todo a fondo.



Aliver se vistió para la reunión con precisión militar. Aunque estaba solo en su habitación, hizo crujir audiblemente los pliegues de su vestidura del consejo, como si cada uno de sus movimientos fuera observado por los ancianos, dispuestos a denunciarlo por su negligencia. Todo estaba muy poco iluminado porque él mismo había apagado casi todas las lámparas, y hacía frío porque había abierto una de las grandes ventanas del mirador. Iba a asistir a su primera reunión con los consejeros del rey, una brusca reunión convocada a causa del intento de asesinato. «Intento», se empeñaba en decirse a sí mismo. Sólo intento. Aunque llevaba dos días sin que le hubieran permitido ver a su padre desde el ataque. Thaddeus le había asegurado que el rey vivía y luchaba con todas sus fuerzas por su vida. De momento, le había dicho, sólo los médicos lo podían ayudar. El hecho en sí mismo parecía absurdo. ¿Cómo podía la vida de Leodan Akaran y el destino de un imperio estar a la merced de tan pocos hombres? Uno con un cuchillo, unos pocos con brebajes y tónicos...

No es que Aliver jamás hubiera sido advertido de semejantes posibilidades, pero las anteriores discusiones acerca de las normas del ascenso le habían parecido unas nociones distantes que tardarían en ser importantes para su vida. Jason, su preceptor, le había dicho una vez que un príncipe no conoce un período más grande de peligro que los días o las semanas que conducen a su coronación. Muy a menudo, decía, los príncipes morían a manos de sus más confiados asesores, amigos e incluso parientes ávidos de poder. Aliver no podía recordar con qué palabras había contestado, pero seguro que había negado que semejante traición pudiera acontecer a los Akaran. Pero Jason también tenía una respuesta a eso.

—Nunca en el devenir histórico el poder de una nación, por muy fuerte que sea, ha mantenido el control indefinidamente. O vosotros los Akaran habéis roto el molde o la historia ha malgastado un tiempo antes de daros alcance.

Jason hizo una reverencia mientras lo decía, casi bromeando, en gesto deferente y amistoso, tal como siempre hacía cuando desafiaba al príncipe. Pero, pensando ahora en ello, Aliver experimentó un pinchazo de inquietud.

Una brusca llamada a la puerta lo sobresaltó. Un momento después, un escudero permaneció de pie en su presencia, sosteniendo entre sus manos la espada llamada la Confianza del Rey. El príncipe conocía bien la hoja. Era la misma espada con la cual

Edifus había luchado en Carni. La mancha negra en el puño de cuero, se decía, era sangre de la mano del primer rey. En determinado momento de su singular combate con un jefe tribal, Edifus había tropezado, perdido el control de su espada y sobrevivido a aquel momento sólo asiendo la hoja del enemigo atrapada entre la palma de su mano y sus dedos. Todo un movimiento que, con fines de adiestramiento, se había modificado y convertido en un movimiento de bloqueo, empujando la parte plana de la espada del contrincante con el grueso canto de la mano. Leodan sólo había llevado la espada en las insólitas ocasiones que así lo exigían, pero Aliver la había buscado en el altar que la mostraba en los aposentos de vestir de su padre en muchas ocasiones. Había pasado los dedos por el mellado y sucio tejido de la empuñadura, ahuecando la mano a su alrededor con la esperanza de comprobar que sus dedos encajaban perfectamente con el gastado puño.

Una vez la levantó de su cuna y la sostuvo con una mano en la empuñadura y la otra en la vaina. Rompió el sello entre ambas con un movimiento de la muñeca y sacó una o dos pulgadas de la hoja a la luz. No fue más allá. Nunca pudo estar seguro después, pero creyó en aquel momento que la parte de la hoja que había quedado al descubierto lanzó un grito cuando el aire y la luz la tocaron. Y no fue un grito de alegría. Fue dolor transmitido por medio del acero templado. Estaba seguro de que la estancia se llenó de fantasmas enfurecidos, a punto de tomar forma visible a su alrededor.

Había hecho algo malo, tocado un objeto que no debía, algo que todavía no era para él. El momento lo dejó también con el temor de que la historia marcial conocida por aquella hoja fuera horrible de unas maneras en las cuales él todavía no había sido adiestrado.

Ahora permaneció de pie con los brazos levantados mientras el escudero le ajustaba la espada alrededor de la cintura, un arma considerada suya hasta que su padre se restableciera para volverla a tomar. Trató de llevarla con una soltura apropiada sin saber por qué le golpeaba el muslo a cada paso que daba. No esperaba ocupar su lugar hasta que cumpliera diecisiete años. Sólo unos cuantos días atrás hubiera considerado un gran honor sentarse entre los generales y asesores que tenía a su alrededor. Ahora la sensación de culpa la tenía dentro como una piedra de ásperos cantos. Había visto a un asesino apuñalar a su padre en el pecho y él no había hecho nada. La vil criatura había llamado déspota a su padre. ¡Déspota! ¿Qué razón había para ello? Sabía que los hombres malos torcían el mundo para sus propios fines y no se podía confiar en que dijeran ni una sola verdad, pero el hecho de que el asesino hubiera pronunciado semejante frase al alcance del oído de tantos y con tan aparente confianza... ponía a Aliver hecho una furia. Le hacía hervir la sangre.

Tenía tantos deseos de regresar a aquel momento y agarrar al hombre por el cuello... ¿Por qué no lo había hecho? En su lugar, lo único que había conseguido



hacer era gritar una y otra vez para que alguien inmovilizara al hombre. Hubiera podido empujar a los guardias a un lado si hubiera querido. Hubiera podido saltar a la mesa. Hubiera podido hacer muchas cosas de las que ahora podría sentirse orgulloso. Pero no lo había hecho. Evocó la escena en todas sus posibles variaciones cien veces antes de que el sol saliera a la mañana siguiente. Nada de todo aquello le hizo bien. Sólo consolidó su creencia de que la herida de su padre era culpa suya más que de nadie.

En comparación con la opulenta magnificencia de buena parte de la arquitectura acacia, la cámara del consejo era un espacio estrecho y claustrofóbico en el que apenas cabía la ovalada mesa en su centro, una baja superficie de granito pulido, alrededor de la cual se sentaban los diez asesores del reino de su padre. La luz penetraba a través de la aspillera abierta en la parte superior de la pared sureña. El haz de luz caía de tal manera que iluminaba el centro de la mesa y destacaba los puntos salientes de los rasgos de los consejeros. El brillante contraste de este efecto hacía que las paredes de más allá se convirtieran en un oscuro límite que a Aliver se le antojaba decididamente una cámara para una especie de interrogatorio.

El príncipe, tras un momento de vacilación mientras sus ojos se adaptaban a la luz, ocupó su lugar en el asiento de su padre. Se preguntó si debería dar comienzo a la reunión. Miró a su alrededor los agrietados rostros envueltos en sombras de los ancianos que le devolvían la mirada y los de otros por encima de los cuales sus ojos pasaron de largo. Los tomó no como los individuos que eran sino como otros tantos bustos de piedra. ¿Cómo empezar semejante reunión?

No tuvo que hacerlo. Thaddeus Clegg convocó la reunión invocando los nombres de los cinco primeros reyes de Acacia, recordando a todos los presentes que estaban participando en una conversación del máximo nivel. En ellos era en quienes deberían buscar sabiduría. A ellos deberían tomar como modelo mientras contemplaban el tumulto con que ahora se enfrentaban.

—Antes de que abordemos los asuntos que tenemos que discutir aquí, estoy seguro de que todos desearéis saber cómo está el rey. —Hubo murmullos alrededor—. Lo único que os puedo decir es lo que a mí me han dicho los médicos. En este momento, el rey vive. Si no viviera, ellos vendrían a nosotros y lo sabríamos de inmediato. Sin embargo, fue envenenado con toda certeza. Creen que la hoja que lo hirió pertenecía a los ilhach, el antiguo orden de los asesinos del Mein. Lo sé... fueron disueltos y proscritos por Edifus. Pero es posible que sea su veneno letal el que le esté quitando la vida. —El canciller rozó a Aliver con su errante mirada y se detuvo un minuto en él. Apartó los ojos antes de seguir adelante—. Los médicos están haciendo todo lo que pueden. El rey puede sobrevivir; pero también puede que no. Tenemos que estar preparados para cualquiera de las dos posibilidades. Tal como todos podéis ver, el príncipe Aliver se sienta este día en el lugar de su padre. Dadle la

bienvenida, aunque recéis para que pronto le devuelva el asiento a su padre.

Aliver trató de mirar a su alrededor y de devolver los saludos que se le dirigían, pero sus ojos no tardaron en titubear. Oyó algunas de las amables palabras con la mirada clavada en la superficie de la mesa.

Sus ojos siguieron vagando por la textura de la piedra mientras oía dar su informe al secretario de Thaddeus. Apenas había una persona en la isla que pudiera confirmar la identidad del asesino, dijo. Por casualidad un funcionario que había vivido un año en Cathgergen auditando los libros de la satrapía testificó que el hombre era efectivamente Thasren Mein. Pero la cuestión no estuvo exenta de controversia. Hablando a través de palomas mensajeras, unos representantes del Mein en Alecia emitieron una negativa, jurando que el asesino no podía haber sido Thasren. Insistieron en que aquello era una trama urdida por otros conspiradores, pero no por el Mein. Anunciaron incluso su intención de zarpar inmediatamente rumbo a Acacia y defender su inocencia. No obstante, puede que aquello hubiera sido una maniobra, pues el único funcionario del Mein presente en la isla había desaparecido. Gurnal y su familia habían huido, dejando su casa convertida en una tumba para varios servidores. Era, por decir lo menos que se podía decir, difícil de comprender.

Mientras el secretario terminaba, Julian, uno de los consejeros más veteranos, dijo:

—Ésta no es una información suficiente para poder emprender una acción.

Unas cuantas voces, ya aparentemente exasperadas con el anciano, señalaron que nadie había sugerido todavía ninguna acción. Julian siguió adelante impertérrito.

—Hanish Mein, enviando a su hermano a la muerte... ¿y para qué...?, ¿para iniciar una guerra que no puede abrigar la esperanza de ganar? No puedo creer nada que mis ojos no hayan visto o que me hayan dicho desde entonces. Hanish es poco más que un muchacho. Lo vi en los ritos de invierno hace unos años. Una suave barba sin recortar, como las de los chicos que están deseando ser hombres, le cubría las mejillas.

Relos, el comandante de las fuerzas acacias y hombre que Aliver sabía que gozaba de la confianza de su padre, dijo:

—Ya no es un chico. Creo que ahora tiene veintinueve años.

Los ojos de Julian se posaron un segundo en Aliver y después preguntó a los presentes en general:

—Si ha sido Hanish Mein, ¿por qué razón lo ha hecho? ¿Qué se propone?

—No podemos saber qué se propone —dijo Chales, otro veterano soldado—. Julian, tu amor por la paz es bien conocido, pero no todas las personas tienen una mentalidad tan generosa como la tuya.

—Y los chicos son a menudo insensatos —dijo Relos—. Llenos de orgullo. Insensatez.

Thaddeus cortó la respuesta de Julian.

—Aquí nadie contempla la noche y la llama día —dijo—. Tenemos que considerar todas las posibilidades y la pregunta de Julian es válida. Es posible que ésta no sea la manera de obrar de Hanish Mein. Es posible, pero yo he descubierto que el culpable más obvio suele ser el culpable efectivo. Los meins son un pueblo antiguo. Los pueblos tienen memorias muy largas. Hanish puede creer que actúa en nombre de sus antepasados. Está en contacto con sus predecesores y ahora están tan sedientos de sangre acacia como nunca. Por lo menos, eso es lo que creen los hombres del Mein. Y, de esta manera, se engañan.

—Todos somos pueblos antiguos, Thaddeus —dijo Relos—. Algunos de nosotros lo recordamos y otros no. Algunos podemos mencionar el nombre del padre de su padre de su padre y otros no. Pero la sangre en cada uno de nosotros empezó al principio y sigue circulando. La edad no es ninguna excusa para la traición.

Un pausado momento de vacilación indujo a Aliver a hablar.

—Aquí estamos rodeando la cuestión sin mirarla a la cara —dijo—. El hombre (el asesino), ¿tiene alguien alguna duda de que pertenecía a la raza del Mein? ¿Y de que hablaba su idioma con soltura? ¿No se nombró él a sí mismo? —La estancia contestó con el silencio, todos aparentemente sorprendidos de oír hablar al joven y sin estar seguros de cómo contestarle—. Pues entonces, ¿por qué contemplar el cielo nocturno y preguntarse si es el día disfrazado? Sabemos quién lo hizo. ¡Un mein le clavó una hoja a mi padre! Nosotros les haremos lo mismo a ellos, pero con más fuerza. Y no me importa por qué lo han hecho. Un acto es un acto, cualquiera que sea el razonamiento de la mente que lo haya cometido. Tienen que ser castigados.

—Justamente, príncipe —dijo Thaddeus—. Por eso estamos aquí. Tenemos que dar alguna especie de respuesta. Los gobernadores tendrán sus propias ideas, pero nos mirarán a nosotros en busca de consejo y, en último extremo, de aprobación de cualquier línea de acción.

—Pues entonces, ¿estamos aquí para decidir cómo atacar? —preguntó Aliver, confiando cada vez más en su propia audacia—. ¿Con cuánta rapidez podemos temer un ejército llamando a la puerta de Tahalian?

Thaddeus delegó en Carver, el único capitán marah de la isla, para que expusiera sus propias ideas acerca de los despliegues militares. En su papel de consejero, Carver era el más joven de los presentes, con sólo treinta y tantos años. Había nacido con suerte, el último de una larga estirpe de guerreros, y su habilidad y ambición habían acelerado su carrera hacia la prominencia. Se había ofrecido voluntario unos cuantos años atrás para ponerse al frente del ejército contra la Discrepancia Candovia. Se trataba de una insólita acción militar cuyas historias Aliver creía que eran más ficción que verdad, pero Carver podía afirmar haber estado al frente de una batalla. Pocos acacios podían decir lo mismo. No obstante, a Aliver no le interesaba lo que

tuviera que decir.

Ningún ataque contra los meins se podía precipitar, proclamó. Tenían que tener en cuenta las proezas militares del Mein, su aislamiento y el territorio que tenían que atravesar para llegar a ellos. Las fuerzas acacias estaban repartidas por todo el imperio de una manera que les otorgaba poderes policiales pero no en concentraciones suficientes como para lanzar una campaña militar sin reorganización y transporte de tropas. Podían empezar a retirar unidades de las provincias, ordenar la convocatoria de otras y podían dirigir tropas alrededor de Alecia a principios de primavera. A lo mejor, Aushenia estaría dispuesta a aceptar, podían mover tropas hacia posiciones avanzadas cerca de la Garganta Gradthica hacia el equinoccio de primavera. Pero eso sería una medida defensiva. No podían marchar efectivamente sobre la altiplanicie del Mein hasta por lo menos un mes más tarde y entonces el viaje sería difícil a través de un territorio saturado de agua y con todos los ríos desbordados, por no hablar de los insectos...

—¿Insectos? —preguntó Aliver—. ¿Estás loco? ¿A mi padre lo apuñala un asesino mein y tú me hablas de insectos?

Carver frunció el entrecejo de una manera que acercó sus pobladas cejas la una a la otra.

—Mi señor, ¿habéis visto alguna vez las minúsculas moscas de la primavera del Mein? Sus enjambres cubren la tierra, formando unas nubes tan densas que muchos hombres se han asfixiado por haberlas inhalado. Y pican. Muchos hombres han muerto por pérdida de sangre. Pero lo peor es que causan enfermedades, fiebres, plagas... Hay que tener en cuenta muchas cosas en una campaña militar, muchas maneras de que los soldados mueran por otra cosa que no sea una espada. Los insectos, mi príncipe, son alguna de ellas. A lo mejor, una fuerza avanzada familiarizada con las condiciones de invierno del Mein podría iniciar movimientos antes de que el deshielo despierte las pestes del lugar, pero estando ausente el general Alain, yo no lo recomendaría.

Aliver meneó la cabeza, perplejo de oír tanta desgana en la voz de un soldado. Siempre le habían enseñado a pensar en términos de ataque directo, sobre todo cuando su ejército superaba las fuerzas de cualquier provincia. Quería preguntar qué le había ocurrido al general Alain, pero por la manera en que Carver lo había mencionado estaba claro que todos los demás ya sabían algo al respecto. Dijo:

—Los soldados del Mein no superan los veinte mil, y diez mil de ellos ya nos prestan servicio en todo el imperio. Éste fue el decreto. O sea que mi pregunta es con qué rapidez podemos disponer de unas fuerzas lo bastante numerosas como para derrotar a los diez mil combatientes en su lugar. Eso difícilmente parece una tarea imposible.

Carver murmuró que la población del Mein siempre había sido muy difícil de

calibrar. A veces su número parecía fluctuar de unas maneras que no correspondían al censo oficial.

—Si tenemos que librar una guerra con el Mein, no es probable que entrechoquemos armas antes de principios de primavera. Si se enviaran más temprano unas fuerzas de castigo... no estoy seguro de que eso sea posible. Si Hanish tuvo la habilidad de elegir el momento más oportuno para dejarnos incapaces de devolver el ataque inmediatamente, lo eligió muy bien. Hay que considerar también la naturaleza innata de los soldados del Mein. Los hombres del Mein matan como si tal cosa. Seleccionan a los débiles de tal manera que cada generación los hace más fuertes. Se adiestran en las condiciones más duras. Mantienen unos hábitos secretos que nosotros sólo podemos adivinar. Cada vida mein que nos cobremos será pagada muy cara.

El comentario fue acogido con murmullos de conformidad. Un consejero dijo haber oído comentarios en el sentido de que Hanish había adiestrado un ejército secreto en cierta localidad oculta. Otro se mostró de acuerdo. Julian meneó la cabeza ante el carácter de conjetura que estaba adquiriendo la conversación, pero no tuvo nada que añadir como no fuera su desacuerdo.

—Hanish combate el Maseret —dijo Carver—, la danza de duelo que tanto les gusta a los del Mein. Su ataque contra el rey es obra suya, es como una daga arrojada a su rostro. Desea que nosotros volvamos a encontrarnos en dificultades, que perdamos el equilibrio. Tenemos que reconocer que eso ya lo ha conseguido en buena parte.

—Me temo que el siguiente ataque ya se ha iniciado —dijo Chales.

Relos asintió varias veces con la cabeza, tal como siempre hacía para dar a entender que estaba a punto de hablar.

—Tiene fe esta gente. Hablan con sus muertos; y los muertos, me dicen, son unos oradores muy convincentes. La fe es peligrosa cuando se convierte en una causa.

Aliver miró a su alrededor. ¿Qué tenía de malo aquella gente? ¿Qué le ocurría a su padre, utilizado como una simple táctica de un juego? ¿Hablar con los muertos? Se hubiera dicho por los tonos de sus voces que eso no era más que un juego bélico, una reunión de negocios...

—¿Estáis aquí para redactar los términos de la rendición del legítimo reino de mi padre? —replicó en tono airado Aliver—. ¡Malditos seáis todos si no encontráis una cosa viril que decirme!

—Joven príncipe —dijo Thaddeus con el rostro afligido, como si deseara que ambos pudieran mantener aquella discusión en privado—, no necesitáis maldecirnos. Aquí nadie cree que estemos en verdadero peligro. Simplemente os hubieran hecho saber que el asunto es grave.

—Ya lo sé —dijo Aliver—. ¿Acaso no vi el rostro de mi padre? Decidme

cualquier otra cosa que debáis. Pero, repito... habladme de cómo vamos a castigar a Hanish Mein. Eso es lo que haremos. Sólo tenemos que decidir el cómo y el día. ¿Entendido?

Los otros asintieron murmurando, pero a lo largo de todo el resto de la reunión Aliver se preguntó si su estallido de cólera había sido prudente. La reunión se aplazó, dejándole la cabeza llena de ideas que flotaban por allí chocando las unas contra las otras, subiendo y bajando como los restos de un naufragio. No tenía la menor idea de lo que estaba a punto de suceder. Se sentía como un grumete agarrado a un resto de un naufragio, a la merced de unas corrientes sobre las cuales no tenía ningún poder.



De todas las cosas que afligían a Thaddeus mientras permanecía de pie al lado del lecho de enfermo de su viejo amigo el rey, era la laxa manera en la cual colgaba la carne de su rostro la que más lo traspasaba de pesadumbre. Mostraba a Leodan por lo que era: un hombre que se había vuelto viejo, tan cansado de la vida que los músculos de su rostro apenas tenían el poder de contraerse o de estremecerse o de denotar emoción. Decir que su piel estaba pálida hubiera hablado tan sólo de la superficie de la verdad. Era de un blanco polvoriento, en efecto, pero el color y la vida habían sangrado desde muy por debajo de la cérea superficie de la piel. Thaddeus tuvo el momentáneo pensamiento de que el propio Edifus pudo haber tenido el mismo aspecto en su lecho de muerte. Y esta muerte —como la del primer rey generaciones atrás— bien pudiera marcar un cambio en el orden del mundo.

Thaddeus apenas pudo evitar caer de rodillas y rugir su dolor, confesándolo todo, negándolo todo. Experimentó la verdad de ambos impulsos. En cierto modo, esto era lo único que estaba haciendo. Había creído el mensaje que Hanish Mein le había enviado. Había sabido desde el momento en que lo había oído que Gridulan era culpable de los crímenes que mencionaba Hanish. Y había odiado al hijo con toda su alma por los pecados de su padre. Había querido castigarlo por el sufrimiento de los Akaran, por la misma tierra arrojada al caos. Varias veces mientras contemplaba al rey en su brumoso estupor Thaddeus había imaginado apoyar las manos en su garganta y arrancarle lentamente la vida. Hubiera sido físicamente fácil de cumplir, pero jamás había ido más allá de imaginarlo. En su lugar, había matado a esa pobre mensajera. No lo había planeado. No estaba seguro del porqué lo había hecho. Era una vaga idea que se le había ocurrido aquella noche. Ella había traído las noticias de las amenazas a los Akaran. Thaddeus quería aquellas amenazas vivas y respirando y por eso ella tuvo que morir. Era una muestra de cobardía por su parte, pero en cierto modo le había estado pidiendo a Hanish Mein que castigara al rey tal como él no podía hacerlo. Por consiguiente, ¿por qué se sentía tan desdichado ahora que Hanish lo había conseguido?

Mientras se afanaba en medio de la miríada de tareas que la situación requería de un fiel canciller, se sintió azotado una y otra vez por las imágenes del sorprendido rostro de Leodan, las manchas de sus ropajes, los dedos de una de sus manos mientras

apretaban el hombro del boquiabierto príncipe aushenio. Tampoco podía quitarse de encima el audaz candor del asesino, el que se había nombrado a sí mismo. Thaddeus oyó las palabras meins brotando de la boca del hombre, la rápida comprensión de las mismas. Vio al hombre cortando una chorreante línea de sangre en su propia garganta. Había habido tal certeza en su rostro, ni un momento de duda o vacilación, ningún temor al asombroso propósito de sus propias acciones. Thasren había mirado a su alrededor en la sala como si fuera el verdadero profeta de un dios desconocido; todos los que lo rodeaban eran los ignorantes, los condenados.

Un sonido se escapó de la boca del rey, poco más que un gemido. Thaddeus lo asió de la mano y murmuró su nombre. Leodan se volvió hacia él, pero sus ojos no mostraron la sorpresa que él esperaba. Fue como si el rey supiera que estaba allí desde el principio. Sólo mostró la disfunción de su cuerpo cuando abrió la boca para hablar. Su lengua, pudo ver Thaddeus, estaba blanca y seca, hinchada y pesada. Estaba claro que no podía hablar. Era un síntoma del veneno, una señal de que se había vuelto para contemplar su último puñado de horas en el mundo.

Pero el rey no había perdido por completo el uso de sus extremidades. Hizo señas con las manos, primero de manera insegura, hasta que Thaddeus comprendió que estaba pidiendo un pergamino, tinta y pluma. En cuanto los tuvo en la mano — después de que el canciller lo hubiera ayudado a incorporarse en posición sentada con la ayuda de almohadas—, Thaddeus observó cómo el rey, sin aliento y concentrándose, torcía la mano en la posición adecuada. Mirando la página y los dedos, los obligó con la fuerza de su voluntad a moverse. Su mano se movía a sacudidas, empezando y deteniéndose en momentos difíciles, con letras mal formadas y apretujadas en revoltijos. La afilada punta de la pluma sobre el pergamino fue por un momento el único sonido en la estancia. Thaddeus se tiró del lóbulo de la oreja mientras esperaba y su mente daba vueltas con las más improbables ideas acerca de lo que el rey pudiera estarle escribiendo. ¿Qué acusación le haría? ¿Qué maldición? Y se preguntó cómo reaccionaría si el moribundo lo acusara del delito del cual él era efectivamente responsable. ¿Le quedaría suficiente cólera para responder al ataque? No podía localizar ninguna emoción como aquélla.

A pesar de que tardó mucho rato, el rostro de Leodan mostró cierta satisfacción cuando levantó el pergamino para que Thaddeus lo viera. Decía: «Diles a los hijos que su historia sólo está escrita a medias. Diles que escriban el resto y lo coloquen al lado de la historia más grande. Díselo».

Thaddeus asintió con la cabeza.

—Por supuesto, Sire.

Después el rey escribió: «Lo tienes que hacer».

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Thaddeus con un indisimulado alivio en su tono de voz—. Decidlo y lo haré.



Inmediatamente vio la contradicción de sus palabras y lo lamentó. Tocó la muñeca del rey para indicarle que lo escribiera. Que lo escribiera y él lo haría.

Leodan escribió el siguiente mensaje, prestando menos atención a la forma de las letras. El vigilante canciller cambió de posición para poder ver la página y tener tiempo para descifrar las palabras. Comprendió lo que se le pedía antes de que estuviera completo el mensaje. El rey le estaba recordando el curso de la acción que deseaba que emprendiera ahora, porque él iba a morir antes de que sus hijos tuvieran la edad suficiente para manejar la transición del gobierno. Era un plan que depositaba el destino de la nación en las manos del canciller. Las fases de dicho plan sólo las conocía él y simplemente requeriría la participación de unas pocas personas más. Thaddeus se sorprendió al recordar que habían hablado antes de tales cuestiones. Cuando habían hablado, simplemente le había parecido una complicada formalidad. Una pura fantasía que él sólo alimentaba para aliviar los ocasionales ataques de dolencia de Leodan. Pero, al parecer, algunas fantasías no se podían distinguir de la vida real.

—No creo que eso sea necesario —dijo, apoyando la palma de la mano sobre la mano del rey—. Hay demasiadas cosas que todavía no sabemos. Leodan, todavía es posible que sobreviváis a todo esto. Este ataque contra vos puede ser la obra de un solo insensato. Lo que vos pedís podría poner en peligro a vuestros hijos en lugar de protegerlos. Este plan fue una conversación ociosa de otro momento...

Él descargó el puño sobre su regazo con el rostro rígido de cólera. Haciendo lo que parecía un monumental esfuerzo —rostro torcido, mandíbula abierta, lengua, labios, ojos y mejillas trémulos— consiguió decir:

—Hazlo...

Repitió las palabras varias veces hasta que perdieron la forma y su lengua ya no las pudo pronunciar.

Semejante orden no se podía rechazar. En cuanto Thaddeus hubo afirmado que se encargaría de hacerlo, Leodan se tranquilizó. Lanzó un suspiro y dejó que su cuerpo descansara con más languidez sobre las almohadas. No volvió a intentar hablar, pero posó los ojos en el canciller y lo estudió atentamente con unos ojos llenos de lágrimas y dulzura. Thaddeus estuvo casi a punto de apartar la mirada, pero los ojos del rey lo retuvieron sin que hubiera en ellos ningún reproche. Thaddeus comprendió que su amigo le estaba pidiendo que recordara las cosas buenas que ambos habían hecho en el pasado, los sueños de que habían hablado, los momentos que sólo ellos dos habían compartido. Se dio cuenta de que, a pesar de la súbita cercanía de aquel hombre a la muerte, le quedaba una sola cosa de la que alegrarse. Al final, era libre de desafiar a sus hijos a combatir por la causa por la que él siempre se había reprochado no haber combatido. Era un tremendo, enorme y aterrador viaje el que le estaba pidiendo al canciller que les ayudara a emprender, pero era acción. Para Leodan ya no había

ninguna otra alternativa. Éste parecía no tener ninguna duda acerca de lo que ahora importaba, y él creía firmemente en la necesidad de preparar debidamente a sus hijos para el viaje que ello requería.

El rey escribió otra sucinta orden. «Trae a los hijos primero —escribió—, y después, cuando...» Thaddeus no tuvo que preguntarle a qué se refería la última exigencia. Se encargaría de cumplir ambas exigencias.

Recibió a los hijos reales media hora más tarde. Tenía mucho frío, aunque estaba seguro de que la sensación de frío estaba en su interior, pues la estancia estaba caldeada, lo que era normal para la temporada. Se había situado con la espalda apoyada contra la puerta que daba acceso a los aposentos del rey debidamente cerrada y las manos descansando la una en la otra para calmar cualquier temblor que las hubiera podido delatar. Al ver los cuatro jóvenes rostros, se alegró de haberse situado de aquella manera. La contemplación de los jóvenes lo emocionó. «Como si fuera verdaderamente su padre —pensó—. ¡Fíjate en ellos! ¡Fíjate en la magnificencia de mis hijos!» Aliver... Por Tinhadin, ¡qué tieso se mantenía! Se movía con un porte militar y relajado al mismo tiempo. Qué bien preparado estaba, qué diligente y serio, qué fuerte para mostrar un aspecto valeroso. Corinn, por regla general la belleza del grupo, tenía la piel hinchada y veteada. Parecía que su rostro estuviera a punto de caer en la fealdad de un momento a otro, pero había algo desolador en la dolorosa desnudez de sus emociones. Los ojos de Mena estaban entristecidos más allá de las lágrimas, su cabeza permanecía inclinada como si ella supiera con serena determinación por qué los habían llamado. Y Dariel tenía los ojos tan abiertos y estaba tan tembloroso como un ratón. Thaddeus tuvo que reprimir la oleada de emoción que lo embargaba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar con serenidad.

—Vuestro padre os va a recibir ahora. Por favor, no lo agobiéis. Tenéis que saber que se comunicará con vosotros de la única manera que puede. No le hagáis más preguntas de las que puede responder. No se encuentra nada bien. —No estaba seguro de hasta dónde podía llegar, cuán claro y concreto podía ser. Quería que ellos supieran lo que estaba ocurriendo, pero no tenía ánimos para decirlo. En su lugar, se oyó a sí mismo preguntar—: ¿Estáis preparados?

Una pregunta estúpida... Sabía que era estúpida, oyendo sus propias palabras y contemplando unos rostros que no estaban decididamente preparados para ver a su padre por última vez. Se volvió, empujó la puerta y se apartó a un lado para dejar el camino libre. En cuanto los cuatro le pasaron por delante, alargó la mano, cerró la puerta y se quedó fuera. Se alejó tratando de no pensar en lo que estaba ocurriendo en aquella habitación, entre un verdadero padre y sus hijos.

Sus despachos se encontraban a sólo unos pasos de distancia pasillo abajo. Dejó la puerta abierta a su espalda para poder oír cuando se iban los chicos y saber cuándo

regresar junto al rey. Envió a su secretario con órdenes de preparar la pipa de vapor del rey. Mientras el hombre se volvía para cumplir las órdenes, en su rostro se dibujó una expresión de asombro —¿O fue acaso de desprecio?—; Thaddeus no se lo reprochó. Tenía razón en muchos sentidos. Si el rey del imperio se estaba acercando a la muerte, ¿no debería conservar la claridad de la mente hasta el final? ¿No tendría tantas cosas que atender y no debería exhalar su último suspiro al servicio de la nación? Por supuesto que todo eso era cierto y, además, ridículo. El informe oficial del tránsito del rey no incluiría ninguna mención a la droga. Los informes oficiales jamás la incluían.

Thaddeus se pasó un buen rato junto a la chimenea. Levantó el atizador y removió los troncos a pesar de que éstos ardían bien y no lo necesitaban. Pensó: «Que el viejo tenga lo que quiera». Era el gran regalo del vapor. La droga ofrecía a su consumidor o consumidora cualquier cosa que más deseara o más necesitara para seguir viviendo. Leodan jamás la había consumido antes de la muerte de Aleera, pero en su consiguiente dolor descubrió la droga que tantos millones de súbditos suyos conocían demasiado bien. Los esclavos de las minas de Kidnaban, los padres de los hijos de la Cuota, las apiñadas masas de los barrios bajos de Alecia, los mercaderes que surcaban sin cesar las corrientes marinas, los soldados estacionados lejos de casa durante años seguidos, los trabajadores de miles de actividades distintas que habían aprendido de niños y habían desarrollado a lo largo de los años: todos dependían del bálsamo de la droga para aliviar la por otro lado incesante tortura de sus vidas. Su rey no era distinto.

Sin embargo, el tiempo de Leodan bajo la influencia del vapor se gastaba de la única manera que le era propia... con su difunta esposa. Así lo había confesado él mismo. Ella lo esperaba más allá de aquella muralla de consciencia. En cuanto la traspasaba, ella lo recibía con simpatía y reproche en sus ojos, con amor hacia él, pero ningún afecto por su vicio. Después de aquellos primeros momentos en que ella tomaba su mano entre las suyas, lo aceptaba por completo y lo acompañaba a través de la belleza de su galanteo. Se deslizaban sin solución de continuidad desde uno a otro glorioso momento de su vida en común como marido y mujer, como jóvenes progenitores con cada hijo que la Donante les había permitido, a través de momentos grandes y pequeños e íntimos. Los pequeños, había dicho Leodan, a menudo lo sorprendían. Minúsculos momentos durante los cuales la veía desde cierta luz, cuando recordaba los detalles de sus rasgos y la idiosincrasia de su rostro, voz o semblante... ¿Cómo podía amarla tan profundamente y, sin embargo, olvidar tantas cosas de lo que ella había sido durante sus horas de vigilia? Éstos eran los detalles que el rey buscaba una y otra vez más allá de la muralla de vapor. Aleera lo acompañaba en un recorrido por todo lo que había sido maravilloso durante su vida en común. Todo en una sola noche.

La vida, pensó Thaddeus, debía de haber sido un pálido castigo comparada con semejante felicidad. Pero después pensó en los hijos. Por lo menos, Leodan tenía hijos, cosa que a Thaddeus le había sido negada. Por lo menos, él no tenía que vivir sabiendo que su amor había muerto por culpa de la traición. Tras la muerte de Dorling le habían preguntado miles de veces por qué no se había vuelto a casar y engendrado hijos. Siempre se había encogido de hombros y había contestado vagamente y nunca con la verdad... que era la de que temía ser la causa de más muerte. Quizás había sabido desde el principio que sus seres queridos habían sido asesinados para apagar sus ambiciones.

¡Ah! Thaddeus atizó ferozmente los troncos, furioso por no poder controlar sus pensamientos. Eran como las espirales de una serpiente que se retorcían en su cabeza, una hambrienta serpiente que a veces parecía morderse su propia cola. Dejó el atizador en su sitio y volvió a mirar la nota del rey, los garabateos de las palabras, las vueltas de las irregulares frases, una escritura sólo vagamente reconocida como la del rey. Si aquel documento lo hubiera encontrado otra persona, nadie hubiera creído que procedía de Leodan Akaran. Pocos hubieran comprendido la orden. Sólo él y el rey habían hablado alguna vez del plan al cual se refería. Qué extraño que algo que ellos habían discutido como el que no quiere la cosa unos años atrás —Thaddeus bebiendo sorbos de vino y el rey con los ojos nublados por la droga— se hubiera convertido ahora en una auténtica posibilidad. Pero en cualquier caso no era algo destinado a otros ojos. Eso era para él. El rey le confiaba su máspreciado interés. Qué extraño que no tuviera ni idea de quién era su mayor traidor.

La nota, que él miró por última vez, decía lo siguiente: «Si resulta que tienes que hacerlo, envíalos a los cuatro vientos. Envíalos a los cuatro vientos, tal como hablamos, amigo mío».

Tras haberla vuelto a leer, la soltó de sus dedos en un ángulo tal que resbaló hacia el fuego. Aterrizó al borde de los troncos y por un momento pensó que tendría que darle un leve empujón con el atizador. Pero después el fuego prendió, se encendió una llamarada, se torció en espiral y se ennegreció. Así de rápido, desapareció. Se apartó del fuego y rodeó su escritorio, sin estar muy seguro de lo que iba a hacer a continuación, pero pensando que lo podría afrontar mejor si interpretara el papel de un canciller que cumpliera sus deberes. Fue entonces cuando vio el sobre. Era un solo cuadrado de papel blanco en el centro de la pulida superficie de madera de su escritorio. No hubiera tenido que estar allí. No estaba incluido en su primera entrega de correspondencia del día y, si hubiera sido para él personalmente, normalmente se la habrían entregado en mano. Si antes tenía frío, ahora estaba helado. No tocó el sobre sino que se inclinó rígidamente en la silla. Al principio el cuero protestó por su peso, pero después cedió para adaptarse a él, tal como había hecho durante muchos años.

Rasgó el sello del sobre con la uña del dedo y leyó el mensaje:

«El rey ha muerto —empezaba—. Tú no has tenido nada que ver. La responsabilidad es sólo de mi hermano. Si eres prudente, no te sentirás ni culpable ni alegre. Pero ahora, Thaddeus, tienes que pensar en tu futuro. Dedicar tu atención a los hijos. Los quiero, y los quiero vivos. Dámelos vivos y tendrás riqueza junto con tu venganza. Eso te lo prometo». Se detuvo en la firma del final y la miró como si no fuera un nombre en absoluto sino una palabra cuyo significado hubiera olvidado. Estaba firmada, «Hanish del Mein».

Hubo un ruido en el pasillo. Thaddeus se apretó la carta entre la palma de la mano y el muslo. Fuera pasaron dos hombres hablando y sus formas fueron visibles durante una décima de segundo a través del angosto punto de ventaja del pasadizo. Después se fueron. Thaddeus dobló los bordes del mensaje y permaneció sentado con él entre las rodillas.

Permaneció sentado un buen rato mientras su mente volaba hacia viejos recuerdos, libre de momento de las cosas conflictivas que se le exigían. Pero después percibió un cambio en el aire que significaba que la puerta del rey se había abierto. Ya no podía retrasarlo. Se levantó, acercó la segunda nota a la chimenea y la dejó deslizarse desde sus dedos al fuego. Se volvió para regresar una vez más junto a su viejo amigo. Le llevaría su pipa y se despediría de él y después decidiría el destino de los hijos Akaran.



Desde Cathgergen varias aves mensajeras de la variedad norteña de alas cortas cruzaba el Mein en pequeñas etapas. Cada una de ellas encontraba puntos del camino que eran poco más que afloramientos de roca en medio del mar de hielo y nieve, pequeñas chozas en cuyo interior los hombres se acurrucaban al lado de unas jaulas de alambre, arrullando y acariciando a las palomas que cuidaban, ermitaños de largo cabello unidos al mundo de otros seres humanos sólo por medio de los pájaros. Esta ruta era antigua, establecida hacía mucho tiempo y conocida tan sólo por los pocos seres humanos que la mantenían en activo. Funcionaba con sorprendente seriedad. Gracias a ello un correo aviario llegaba a Tahalian sólo cuatro días después de haber sido despachado desde los climas templados de Acacia, una fracción de lo que le hubiera llevado a un ser humano recorrer la misma distancia.

Mientras el ave aterrizaba en una parte de Tahalian, doblaba las alas, curvaba las trémulas patas alrededor de su percha y ofrecía su carga a otro cuidador, el pretendido destinatario del mensaje se levantó de un taburete de tres patas en un hundido circo de arena labrado en los campos detrás de la fortaleza, un espacio llamado el Calath. La estructura era la obra de centenares de hombres a lo largo de muchos años. Construidas con recios troncos de madera dura, las vigas del circo se entremezclaban creando un efecto de arcos unidos con juntas de hierro, suspendidas por encima de un área de quinientos metros cuadrados. Era lo suficientemente alta y ancha como para albergar maniobras militares, ejercicios de marcha y adiestramientos con armas. Hasta se reproducían en secreto batallas enteras, ocultas a miradas curiosas, protegidas de las inclemencias del tiempo. Era un monumento funcional a la causa militar. Y era también el orgullo secreto de una raza de personas a las que ya no estaban oficialmente permitidos ni los secretos ni el orgullo. A pesar de su grandeza, el Calath albergaba una contienda entre sólo dos hombres.

Hanish Mein se situó en el centro del círculo abierto para él. Se inclinó ante el hombre que había jurado matarle y asintió con la cabeza para indicar que estaba preparado para empezar la danza Maseret. Hanish era de estatura mediana y de complexión delgada e iba vestido con una corta falda y una thalba, una prenda que dejaba los brazos al aire, hecha con una sola lámina de fino cuero curtido envuelta alrededor de su torso con la ayuda de unos criados. Llevaba el cabello más corto que

la mayoría de los hombres del Mein, recortado a los lados y bajo la curva posterior del cráneo. Sólo sus trenzas, tres en total, llegaban hasta los hombros, dos de ellas entrelazadas con cuero de caribú y una con seda verde. Sus rasgos parecían esculpidos con el propósito de que la atención se concentrara en sus ojos: despejada frente surcada de finas arrugas, pómulos prominentes, nariz aguileña con puente poco marcado. En una de las ventanas de la nariz había una minúscula cicatriz. Su piel era de una suave y lechosa blancura, sobre todo en la carne por debajo de los párpados inferiores. Éstos, bajo la luz adecuada, resplandecían decididamente, destacando las grises órbitas por encima de ellos que les confería una característica que los extraños a menudo confundían con languidez.

El soldado que se enfrentaba a Hanish superaba al jefe en una cabeza, un hombre de largas extremidades que llevaba muy bien su envergadura. Tenía una sólida musculatura y el brillante cabello rubio tan amado por su raza. Llevaba dos trenzas entrelazadas con seda verde, lo cual indicaba que había danzado anteriormente aquellos pasos y había vivido para contarlo. Era un respetado guerrero que se había sentado al lado de Hanish durante los años de la lenta germinación de sus planes. Había supervisado el adiestramiento del ejército secreto bajo la dirección de Hanish. Sólo ahora, la víspera del ataque, su ambición lo había impulsado a desafiar a su jefe.

Alrededor de las dos figuras se había reunido un puñado de asistentes, oficiales del Mein; el instructor jefe de Maseret; un cirujano; y un anillo de punisari, las fuerzas especiales que servían aquí de guardaespaldas reales. Entre ellos había también dos encapuchados sacerdotes de los tunishnevre. Uno de ellos esperaba para trasladar el cuerpo de cualquiera de los dos danzarines que hubiera resultado muerto a la cámara sagrada para que pudiera reunirse inmediatamente con sus antepasados. El otro estaba preparado para cumplir los ritos de la realeza si prevaleciera el aspirante y se adelantara para ocupar el lugar de Hanish como jefe. Haleeven, el más íntimo asesor de Hanish, estaba situado en el extremo del grupo. Era un hombre de baja estatura según los patrones del Mein, pero fornido y fuerte como un oso, con una prominente nariz quemada por la escarcha y un encaje carmesí de vasos sanguíneos grabado en la parte superior de sus mejillas. Era el tío del joven caudillo.

Más allá del círculo interior, Calath rebosaba de combatientes. Miles de soldados aguardaban acorazados para la batalla, con las armas en la mano o ajustadas con correas a la espalda, unos diez mil pares de ojos gris azulados. Casi todos ellos llevaban el cabello de lino peinado según el enmarañado estilo de los guerreros del Mein, lo cual no era algo especialmente insólito, pero nunca dejaba de alterar la sangre de todos y cada uno de los hombres lo bastante afortunados como para verlo. Hanish levantó los brazos en respuesta a sus aclamaciones. Sabía por qué gritaban tanto y deseaba que vieran que él, el primero de ellos, creía en el Maseret. Un pueblo fuerte merecía un caudillo fuerte que no temiera someterse a prueba. Se pidió a sí

mismo desprenderse de su amor a la vida, desprenderse del temor, desprenderse del deseo. Se desprendió de todo lo que hacía a los hombres inferiores y presa de los errores para poder actuar mejor y tener la suerte de recordar aquellas cosas más tarde.

Mientras ambos hombres se acercaban a una sorprendente distancia, empezaron a moverse en una lenta curva, un paso hacia el otro, después retrocedieron y después se deslizaron de uno a otro lado. A unos ojos que no conocieran el Maseret, la parte inicial de la danza les hubiera parecido lentamente aburrida y casi afeminada. Primero Hanish y después su adversario ofreció al otro una visión de su perfil y después la retiró. Las piernas se cruzaron entre sí. Un pie se deslizó unas pocas pulgadas hacia delante. Giraron desde las caderas como si las partes inferiores y superiores de sus cuerpos obedecieran a mentes distintas. Aunque ninguno de ellos hizo una indebida exhibición, cada uno iba provisto de una sola arma, una daga corta envainada sobre el abdomen. La estrecha hoja medía unas seis pulgadas de longitud. Parecía un cuchillo para filetear truchas de río, aunque la calidad del metal era muy superior.

El jefe dominaba tan por completo los bien pautados movimientos, que una parte inferior de su conciencia los pasaba por alto. Trataba de presentar una fachada de tranquila diversión, exenta de cualquier indicación del cómo, cuándo o dónde podría atacar. Al mismo tiempo, estudiaba a su oponente en busca de cualquier debilidad que él pudiera aprovechar. Con la fuerza de su voluntad aceleró el más alto nivel de su conciencia. La libró de los miles de detalles irrelevantes del mundo para poder concentrarse en las pocas cosas que ahora eran importantes para su supervivencia. Su instructor del Maseret le había dicho una vez que se imaginara a dos cobras enfrentadas en la jungla. Interpretan un extraño ballet, moviéndose despacio al principio, sin que ninguna de ellas haga el más mínimo movimiento en falso. Y, cuando ocurre, el golpe fatal se produce en un abrir y cerrar de ojos. Aunque jamás había visto una cobra viva, Hanish jamás olvidaba la imagen. La había utilizado antes y cada vez que su primer golpe había sido tan rápido como una chispa entre dos pedernales, tan inmediato desde la idea a la acción, que sólo después se daba cuenta de lo que había hecho. Ambos hombres establecieron su primer contacto con las palmas de las manos. Se inclinaron el uno hacia el otro y se enfrentaron con los cuellos juntos, las barbillas apoyadas en el hombro del otro y los brazos y los dedos en busca de presa. Se movieron en círculo, empujando desde los tobillos a través de las piernas y el torso, midiéndose el uno al otro el peso y la fuerza. Desde el punto de vista de la pura masa y poder muscular, Hanish estaba menos desarrollado, pero en pocos movimientos supo que su rival actuaba con la pierna derecha. Puede que ello se debiera a una vieja herida que le hubiera dejado la extremidad vacilante cuando la pierna se lanzó hacia fuera desde la rodilla. Las articulaciones del hombre se movían más sueltas cuando se adelantaban que cuando se retiraban. No era una criatura que



se sintiera cómoda cuando retrocedía. A pesar de sus esfuerzos por disimularlo, este hombre prefería atacar primero. Ansiaba el primer momento de echarse hacia delante, especialmente un momento en que se adelantaría, con la pierna derecha lanzada...

El jefe rompió el abrazo y se apartó dando vueltas. Con la barbilla apuntando hacia los espectadores, extrajo la daga. El soldado hizo lo mismo. Hanish no se sorprendió cuando su oponente tensó los músculos de la adelantada pierna derecha, se torció desde el torso, lanzó la hoja con el revés de la mano y proyectó el brazo en diagonal con toda la fuerza de su cuerpo. Había deseado, en efecto, atacar primero.

La alarma se hizo visible en el rostro del soldado antes incluso de haber completado el movimiento. Llegó el momento en que hubiera tenido que atacar a Hanish en la parte superior derecha del pecho, pero, en su lugar, no tocó nada. Hanish se había agachado lo suficiente como para evitar el golpe. Giró una vez sobre sí mismo, se incorporó por completo y lanzó su daga hacia el centro al descubierto de la parte superior de la espalda del hombre. Supo por la manera en que el acero se hundió del todo hasta su puño cerrado que la hoja se había deslizado entre las costillas del hombre sin clavarse en el hueso. Incluyó la hoja y tiró de ella siguiendo la estrecha raja entre los huesos. Cortó una parte del corazón a través del sector posterior de un pulmón y extrajo la daga a través del denso tejido de los músculos de la espalda del hombre.

El hombre se desplomó. Los soldados reunidos rompieron en vítores mientras una ensordecedora y reverberante cacofonía dio lugar a que la nieve del tejado empezara a vibrar. Estaban entonando el nombre de Hanish. Se golpeaban el pecho con el puño. Una parte del ejército empujó hacia delante como una ola hacia él, apenas contenido por los punisaris que golpeaban violentamente a los hombres en la cabeza y los pinchaban con las puntas de sus lanzas. Ya de niño Hanish causaba un tremendo efecto en su pueblo. Parecían ver en él una resurrección de los héroes antiguos, destacado una vez más por la súbita y mortal precisión de su golpe.

Hanish cerró los ojos y pidió en silencio a sus antepasados que aceptaran a aquel hombre por su dignidad. «Que ahora sea un guerrero entre vosotros», pensó. Murmuró en su fuero interno las palabras que le habían enseñado para semejantes momentos. «Que su espada sea el viento en la noche y su puño, el martillo que golpea la tierra y la hace temblar. Que los dedos de sus pies se estiren y empujen el mar hacia atrás y que su semilla caiga desde los cielos sobre los vientres de bellas mujeres...» Inesperadamente el nombre del soldado sonó en su cabeza y con él una imagen del muchacho que antaño había sido, un recuerdo de risas compartidas entre ambos: todos estos pensamientos Hanish los volvió a empujar hacia el lugar que les correspondía.

Cuando volvió a abrir los ojos, miró a los sacerdotes. Los santos varones levantaron sus manos y se echaron hacia atrás las capuchas, dejando al descubierto

unas cabezas de espectral cabello dorado, buena parte de cuyas hebras habían sido arrancadas, dejando al aire el pálido cuero cabelludo que brillaba debajo. Ello tranquilizó a los soldados que emitieron unos apagados susurros y unas ásperas peticiones de silencio.

—Ésta es la voluntad de los tunishnevre —dijo uno de los sacerdotes. Hablaba con suavidad, pero su voz cargó de energía el aire—. Que no les falles, señor, la próxima vez que seas sometido a prueba.

Dicho lo cual, ambos doblaron la cintura y se retiraron deslizándose con sus zapatillas forradas de piel que patinaban por el bosque como si éste fuera de hielo.

Hanish volvió a levantar los brazos hacia los espectadores que arreciaron en su entusiasmo de un momento atrás. Se acercó a ellos, extendiendo los brazos por encima de sus guardias, agarrando a los hombres por los brazos, dándoles juguetones empujones y recordándoles las grandes cosas que tenían por delante y el poder intemporal de los tunishnevre. Eran fuertes sólo juntos, dijo. Y él no se diferenciaba de ellos. Cualquiera de ellos podía comprobar aquella verdad. No importaba la vida de nadie a no ser que estuviera comprometida con toda la nación mein. En eso — como en otras muchas cosas— eran distintos de sus enemigos Akaran.

—Nosotros los del Mein vivimos con el pasado —gritó—, que respira a nuestro alrededor y no se puede negar. ¿No es así?

Los presentes gritaron que así era.

—Y, en verdad, hemos hecho pocas cosas de las que tengamos que avergonzarnos. Son los Akaran los que reescriben el pasado según su conveniencia. Son ellos los que olvidan que Edifus no tuvo un hijo sino tres. No pueden nombrarlos, pero nosotros sí. Thalaran, el mayor, Praythos, el más joven, y Tinhadin en medio.

Cada uno de ellos fue acogido con gruñidos de desagrado, con maldiciones y salivazos escupidos al suelo.

—Calma, calma —dijo Hanish para que se tranquilizaran, hablando ahora en voz más baja de tal manera que tuvieron que estirar el cuello para oírle—. Estos dos hermanos lucharon junto con Tinhadin para asegurar y ampliar el dominio de su padre. Lo hicieron con la ayuda del Mein. Nosotros somos sus aliados. ¿Y cómo nos lo pagaron? Yo os lo diré. Poco después de la muerte de Edifus, Tinhadin asesinó a sus hermanos. Masacró a sus familias y a todas las mujeres e hijos de las facciones que los apoyaban. Después masacró a casi toda la clase real del Mein cuando protestaron. Vosotros sabéis que eso es cierto. Nosotros los del Mein, que habíamos sido tan firmes aliados de Edifus, fuimos calificados de traidores al reino. Pero el núcleo de la disputa fue que Hauchmeinish...

Un rugido brotó del ejército ante la mención del antiguo nombre.

—Sí —añadió Hanish—, nuestro amado antepasado aborrecía la idea de

comerciar con esclavos con los lothan aklun. Declaró la Liga Naval como piratas y entró en guerra con ellos. Fue por eso por lo que nos masacraron y traicionaron. Fue en castigo por nuestras virtudes por lo que nos exiliaron a esta helada planicie. Pero aquel exilio pronto se acabará, hermanos, ¡y vosotros veréis la libertad con vuestros propios ojos!

Fuera de la arena, caminando por un oscuro pasadizo, Haleeven habló con su sobrino.

—Sabes cómo agitar la sangre. Pero estos combates me atacan los nervios, Hanish. No son aconsejables teniendo en cuenta el momento al que nos enfrentamos. Ahora mismo podría estar contemplando fácilmente tu cadáver.

—Era urgente —replicó Hanish—, teniendo en cuenta sobre todo el momento al que nos enfrentamos. Si no puedo vivir siguiendo los códigos de los antepasados, ¿qué valor tiene mi vida? Son los viejos que bendicen nuestros cuerpos en la batalla los que aprueban nuestras aptitudes o las rechazan. Tú lo sabes, Haleeven. ¿De qué otra manera si no podría yo estar seguro de que los tunishnevre me siguen dando su bendición? A veces me sorprendes, tío. No es importante la vida de nadie, lo es tan sólo el objetivo.

El otro hombre sonrió con un lado de la boca.

—Pero cada hombre tiene su lugar dentro de este objetivo. Manleith no era amigo tuyo. Quería la gloria que pronto será tuya, eso es todo. No te tenía que haber desafiado ahora, sobre todo a ti, la vigesimosegunda generación...

—Yo no soy el único hijo de esta generación —replicó Hanish—. Mi papel es guiarlos con el ejemplo. Por eso he danzado con Manleith. Era un amigo de mi juventud. Piensa en los hombres de esa estancia. Piensa en cómo marchan ahora, en cómo se ejercitan para la futura guerra. Con la mirada despejada, físicamente preparados, ninguno de ellos contaminado por el vapor. ¡Piensa en eso! Compara a nuestros hombres con los millones que hay en el mundo y que son esclavos del engaño. Si crees que yo los puedo mantener leales a mí sin demostrarles mi lealtad a ellos, te equivocas.

Con estas palabras Hanish dejó a su tío supervisando el adiestramiento. Empujó las puertas de madera de pino y subió las escaleras para abandonar Calath y salir al aire libre. Un viento huracanado lo azotó con tal fuerza que tuvo que detenerse un momento separando las piernas y cubrirse el rostro con una mano para protegerse de las minúsculas astillas de hielo que le acribillaban las mejillas y los ojos. A pesar de que lo había soportado todo a lo largo de sus veintinueve años de vida, la dureza del invierno del Mein jamás dejaba de sorprenderlo, sobre todo cuando salía del gigantesco refugio de Calath o del calor de la fortaleza interior. Parecía que la noche invernal fuera una enfurecida criatura viva. Cuanto más se atrincheraban ellos y hacían posible la vida en la altiplanicie, tanto más el viento se empeñaba en

empujarlos contra las piedras de la montaña, tanto más el frío encontraba maneras de entrar en sus defensas. Hanish se inclinó hacia delante e inició el breve paseo a través del territorio helado, la masa de sombras de bajos obstáculos que era Tahalian apenas era visible a través de la tormenta.

Un ayudante, Arsay, se reunió con él en el interior de la fortaleza. Sostenía en la mano un pequeño rollo para que él lo tomara.

—Un mensaje de Maeander —dijo—. Thasren ha tocado a Leodan. Caminó, durmió y comió sin que se enterara el enemigo, y después se le echó encima en un banquete y lo traspasó con una hoja ilhach. El tiempo del idilio del rey ha terminado.

Hanish tomó la nota entre sus dedos pero no la leyó. Había pensado en la misión de su hermano todos los días desde que Thasren había partido y, sin embargo, con la sola mención de su nombre experimentó una pizca de vergüenza por el hecho de que hubieran pasado unas cuantas horas sin pensar en él. Thasren, ahora varias semanas solo en tierra extranjera, con la vil traición de Acacia a su alrededor, con su vida diariamente en una especie de peligro muy distinto del Maseret. Hanish sabía que Thasren siempre se había sentido el hermano inferior. El más joven, el menos preparado para la guerra, el más lejano de la pertenencia al linaje patriarcal de su padre. Ser un tercer hijo entre los del Mein no era fácil. Pero semejante espina retorcida en el costado de uno puede ser un regalo si impulsa a uno a la acción. Eso era lo que la sabiduría mein decía.

—¿Y mi hermano?

Arsay apartó los ojos al oír la pregunta y contestó con una antigua fórmula utilizada para indicar una muerte honrosa.

—Pide ser alabado.

—Lo será —dijo rápidamente Hanish.

Dio orden a Arsay de convocar a un consejo de generales a la mañana siguiente. Dijo que enviara a dos mensajeros, uno a las montañas para alertar al ejército allí escondido de que había llegado el momento, otro a Maeander en Cathgergen, diciéndole que soltara a los numreks. Y tendría que animar a los oficiales navales mercenarios tanto tiempo invitados en aquella tierra rodeada por el hielo. Ya habían bebido suficiente aguardiente, dormido lo suficiente rodeados por los placeres que el Mein podía ofrecer. Ya era hora de que se ganaran los encargos que tenían que cumplir. Se encontraban a dos leguas del mar, pero una flota estaba preparada, otro proyecto secreto que llevaba varios años en construcción. Pronto estaría a punto, surcando un gélido océano.

—Me reuniré con todos ellos mañana —dijo Hanish—. Y avisa a mi escriba de que mañana también lo convocaré. Esta noche permaneceré en vela con los antepasados. Estarán deseosos de comprender el destino de Thasren. Tendría que explicárselo. Y tengo que limpiarme de la sangre de mi oponente. Será una velada

muy larga.

Arsay había inclinado la cabeza ante la mención de los mayores y ya no la volvió a levantar. Mientras se retiraba, Hanish leyó el temor en la tensión del cuello del hombre y en la inclinación de su cabeza. Aunque no estuviera de acuerdo —nadie debería temer a sus antepasados, aunque éstos fueran una espectral encarnación de la cólera— tenía que reconocer la rigidez de su propia garganta y la tensión de la parte superior de su pecho. Nadie debería temer a los tunishnevre, pero todos les temían. Dentro de su cámara sagrada, experimentó el pulso de su inmortal energía tan tangible como la sensación de frío o calor en su piel, de alegría o temor en su corazón. Eran los viejos de su pueblo, preservados en una intemporal suspensión. La hostilidad que contenían en su antigua memoria era algo estremecedor de contemplar.

Esperó solo un buen rato recuperando fuerza, sintiendo la larga ausencia de sincronización de la alineación de fuerzas. La vigesimotercera generación desde el Justo Castigo... eso era él. Si los tunishnevre estaban en lo cierto —y por supuesto que lo estaban— todo en el mundo estaba a punto de cambiar.



Corinn soñaría con el último abrazo durante muchas noches después, hasta el punto de que el momento se convirtió en algo así como una maldición, una trampa de pesadilla hecha de los brazos de sus hermanos y del cuerpo moribundo de su padre. No importó que supiera que su padre no lo hubiera querido de esta manera. No importó que no hubiera nada más que él pudiera hacer, que fuera al final un último y torturado gesto de amor. Seguía deseando que jamás hubiera ocurrido. En lugar de verle tal como había hecho, hubiera preferido no verle aquella última vez. Algunas cosas mejor dejarlas incompletas, pensó, mejor dejarlas inconclusas para siempre.

Lo que ocurrió en la estancia entre el rey y sus cuatro hijos fue sencillo. Él los esperaba en la cama, recostado sobre unas almohadas en posición sentada. Corinn permaneció detrás de los otros mientras corrían hacia él y caían de rodillas junto a su lecho. Incluso desde cierta distancia pudo ver a un hombre más devastado de lo que ella hubiera podido imaginar. Había pensado en él a lo largo de toda la víspera, lo había imaginado con dolor, en distintas posiciones y condiciones e incluso inmóvil en la muerte. Pero cuando finalmente lo vio... Fue como si un demonio encapuchado que hubiera dominado sus sueños toda la noche se hubiera quitado la capucha a la luz del día; en lugar de calmar sus temores, el demonio había resultado ser más horrible de lo que ella había imaginado. Quería dar media vuelta y escapar. Hubiera podido hacerlo, sólo que los ojos del rey se clavaron en ella a partir del momento en que entró y parecieron mirarla a ella sola.

Inicialmente los demás susurraron su alivio al verlo, su horror por lo que había ocurrido, sus deseos de que recuperara la salud cuanto antes. Pero él no pudo escucharles mucho rato. Les indicó que guardaran silencio levantando un brazo y moviendo los dedos a través del aire. Los hijos esperaron, pero pareció que no había nada más que él les pudiera ofrecer. Ella se había dado cuenta antes que sus hermanos de que él no podía hablar, de que estaba terriblemente débil y tal vez a sólo unas horas de la muerte. No les podía hacer ningún discurso. No les podía hacer ningún último regalo ni dirigirles palabras de sabiduría. No podía, comprendió Corinn, cumplir las promesas que le había hecho.

Y comprendió antes que los demás el significado de sus brazos levantados. Les dirigió, temblando, un amplio gesto inicial. Aliver dio un paso atrás, pensando

aparentemente que el rey utilizaba los brazos para iniciar un discurso acerca de algún tema que exigía el reconocimiento de la grandeza de las cosas. Pero no era eso. Simplemente los mantuvo a uno y otro lado hasta que los hijos vieron la invitación por lo que era. Entonces se apretujaron torpemente en el abrazo que él les ofrecía, Corinn la última en aceptarlo. Pareció que sólo ella comprendió lo horrible que era permanecer amontonados encima de un moribundo sin decir nada en absoluto pero abrazándose los unos a los otros con los ojos llenos de lágrimas.

Así fue como los hijos Akaran pasaron sus últimos minutos con su padre. Corinn, al salir de la habitación, corrió por delante de los demás, ignorando las súplicas de Mena de que se quedara con ellos. No pudo. En lugar de sentir más fuertes los vínculos de la sangre, el contacto con ellos le escoció como tentáculos. Huyó en cuanto pudo. Se escondió en sus aposentos privados y ordenó a sus guardias que no permitieran que nadie la molestara.

O sea que fue detrás de una puerta cerrada cuando se enteró de la muerte de su padre aquel día. La noticia le llegó primero en un susurro. Después, unos pocos momentos más tarde, la enorme campana alojada en una de las torres más altas empezó a doblar, lenta, profunda y lastimera. Sabía que estaba allí, pero jamás la había oído anteriormente. Se utilizaba con un solo propósito: anunciar la muerte de un rey Akaran. Entre sus toques oyó el creciente coro de los gemidos de los criados, una manifestación audible de aflicción que reptó por todo el palacio y bajó hacia la ciudad inferior y el puerto para ser enviada al mundo desde allí. Corinn se cubrió las orejas con las manos, pero no pudo bloquear los sonidos.

La semana siguiente transcurrió en una triste y borrosa confusión. Si hubiera podido, se habría encerrado inmediatamente en su habitación y rechazado el mundo. Pero no se le ofrecía semejante alternativa. Su presencia se exigía diariamente, al parecer a todas horas, ella hacía poco más que ocupar espacio, una cáscara vacía de sí misma que persona tras persona abrazaba o ante la cual se inclinaba o derramaba lágrimas. Permaneció de pie al lado de sus hermanos mientras las masas cantaban con ellos el lamento por la muerte de su padre. Permaneció de pie mientras los tambores tocaban la lenta y marcial endecha que sólo se interpretaba para los monarcas difuntos. Permaneció de pie sin escuchar la interminable sarta de oraciones fúnebres, nobles llegados de cerca y de lejos, cada uno de ellos expresando su dolor con palabras que se superponían las unas a las otras y perdían significado individual. Sabía que detrás de la sombría fachada crepitaba y crujía un zumbido eléctrico de ansiedad. Sabía que la gente hablaba en susurros de las horribles posibilidades que se cernían en el horizonte, pero su dolor personal era más que suficiente para ocuparla. No le importaba nada de lo que pasaba en el más vasto mundo.

Al final de la semana las sacerdotisas de Vada y sus acólitos prepararon e incineraron el cuerpo del rey. Era uno de los exclusivos papeles de estado que les

quedaban y lo cumplieron con solemnidad. Cuando salieron con la urna de las cenizas del rey, fue un alivio de los ritos. Sus cenizas no serían dispersadas, Corinn lo sabía, hasta un día de finales de octubre. No esperaba con ansia aquella ceremonia, pero aún quedaba un poco lejos.

En cuanto le fue posible, invocó los antiguos ritos del duelo. Mantuvo las ventanas cerradas y hasta prohibió a sus servidores que la miraran. La comida y las bebidas se las tenían que dejar fuera de la puerta de su dormitorio, aunque ella apenas las tocaba. Pasaban los días, uno disolviéndose en el siguiente sin que nada cambiara. Mena fue a verla dos veces, Aliver una vez y hasta Dariel le envió un mensajero suplicándole que saliera, pero ella los rechazó a todos. Entraba y salía del sueño, a través de ensoñaciones y recuerdos, visiones del pasado que parecían muy lejanas. De vez en cuando la sorprendía la constatación de lo traidora que era la ilusión del tiempo. Las cosas que antes había ya no podían volver a ser. Las cosas a las que antes se aferraba —su madre, su padre— no eran más reales que las imágenes evocadas en su mente. ¿Y éstas de qué servían? No se podían tocar. No se podían sopesar en la palma de la mano ni ver con los propios ojos ni oír en el aire. Su vida sería tal como imaginaba en sus oscuros momentos: estaba siguiendo el camino de perder una cosa querida tras otra. Así sería su vida hasta que ella misma fuera tragada por las fauces del mismo hambriento olvido. No podía afrontarlo. Y no lo hizo. Por lo menos, no hasta que el mundo acudiera a ella de una manera de la que no deseaba apartarse.

Oyó los amortiguados gritos de la sala de espera, el golpe de algún objeto de gran tamaño que caía al suelo y el rápido taconeo sobre las piedras. No le pareció suficiente como para levantarse de donde estaba tumbada sobre el amplio espacio de su mullida cama. Al primer impacto contra la puerta sólo levantó la cabeza y se limitó a mirar con ojos soñolientos hacia allí. Pero cuando la puerta se abrió de par en par, comprendió finalmente que alguien tenía efectivamente el propósito de entrar para verla.

Igguldan entró a trompicones por la puerta abierta y estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Se puso rápidamente de rodillas, giró sobre sí mismo hasta ponerse de pie y dio unos precipitados pasos en la estancia. A su espalda varios guardias traspasaron hombro con hombro la puerta. Estaban tan interesados en llegar hasta él que se detuvieron un momento aporreándose unos a otros y soltando maldiciones mientras blandían con torpeza las espadas para no hacerse daño. Los ojos de Igguldan miraron rápidamente a su alrededor en la estancia. Vio a Corinn al pie de su cama con una mano sobre su corazón. Dio un pequeño paso más y se detuvo. Los guardias, ya libres de la puerta y corriendo hacia él, se acercaron y se quedaron mirando a los dos jóvenes sin saber cómo actuar.

—Princesa Corinn —dijo Igguldan—. Perdóname la intrusión. Sé que es horrible que lo haya hecho, pero tenía que verte. Tenía que ver que estabas bien y...



Uno de los guardias intervino. Él también empezó pidiendo perdón y explicando que el príncipe había pasado corriendo por delante de ellos sin atender a sus exigencias de que se detuviera.

Corinn lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Dejadnos —dijo.

En cuanto estuvieron solos, Igguldan volvió a pedir disculpas. La princesa le dijo que no lo hiciera. Él le preguntó por su salud y empezó a expresarle sus condolencias, pero Corinn volvió a pedirle que se detuviera. Él permaneció de pie un momento como pensando lo que tenía que decir. Y después lo hizo muy directamente.

—Me han llamado de Aushenia —dijo—. Mi padre teme por mi vida, creo. Además, está nervioso por otras cosas, movimientos en el norte. Sólo he recibido una breve orden enviada a través de una paloma. Pero tengo que irme, Corinn. —Tras un momento de vacilación, añadió—: No te quiero dejar así.

Corinn se retorció las manos nerviosa y sin saber por qué lo había recibido. Sabía que no estaba arreglada, con un vestido arrugado y el cabello enmarañado y sin lavar. Bajó la mirada e hizo señas hacia algo fuera de la estancia en la esperanza de que él apartara los ojos de ella.

—Parece que el mundo está alborotado.

—Lo está, más de lo que tú te imaginas. Toda la isla está alborotada. Los barcos van y vienen a cada hora del Continente. Los gobernadores de Alecia han estado reunidos ininterrumpidamente en sesión. El tratado entre nuestras naciones no es oficial, pero parece que los gobernadores nos quieren como aliados. Corren rumores de que un ejército ha puesto asedio a Cathgergen. Tu hermano lo está llevando todo como un hombre. Tendrías que estar orgullosa de él, aunque se encuentra en una extraña situación... ya no es sólo un príncipe pero tampoco realmente un rey.

Corinn preguntó cuándo se iría. Él contestó que zarparía rumbo a Alecia a la siguiente salida del sol. Allí recogerían a unos representantes con quienes su padre se quería reunir y zarparían directamente rumbo a Aushenia. No dio más detalles que éste, pero mientras ambos consideraban su viaje en silencio, Corinn no pudo por menos que sentir todas las tristes millas de distancia que se interpondrían entre ellos. Recordó las frías aguas donde el príncipe había nadado, el ondulado paisaje boscoso. Qué maravilloso debía de ser cabalgar entre aquellos gigantescos árboles. Se imaginó a Igguldan haciendo eso justamente. Lo vio galopando a través de una espesura azotada por el viento, totalmente distinta de la cuidada joya del mar que era Acacia. Aushenia estaba muy lejos, y no sólo en términos de distancia. Era un lugar salvaje en el que uno se podía perder o reinventar de otra forma distinta.

—¿Crees que podría ir contigo? —preguntó—. No te supondría ninguna carga. Es que quiero escapar de este lugar. Quiero estar contigo, sólo contigo.

No lo había pensado en absoluto desde la muerte de su padre, pero mientras

pronunciaba las palabras se convenció de que eran verdad. Eso era lo que ella quería ahora, más que ninguna otra cosa.

Igguldan deslizó las manos a su alrededor y las entrelazó con firmeza. Juntos se agacharon hasta el borde de la cama y se sentaron el uno al lado del otro.

—Ojalá el mundo no estuviera tan loco y yo te hubiera conocido en otro momento. Tu padre era un hombre especial. Cuando vi que lo habían atacado, me puse furioso. ¡Auténticamente furioso! Pero, aun así, seguía pensando en ti. Todo lo que oía o veía me recordaba a ti. Me dije: «Eso no está bien. Domínate». Pero no pude. Y entonces pensé: «A lo mejor eso es amor. Eso es lo que es. Estás enamorado de la princesa Corinn». Sé que no es correcto que lo diga de esta manera. Pero el tiempo es tan corto... Tenía que verte una vez más antes de que los dos huyamos en distintas direcciones. Necesitaba que supieras que eres amada. Adondequiera que vayas en el mundo, te llevas mi amor.

Una vez más el príncipe consiguió decir la frase perfecta. Ella era amada. Él — valiente, apuesto y fiel— la amaba. Ella le estrechó la mano y se inclinó ligeramente hacia delante.

—No me voy a ningún sitio —dijo, pensado que él se había equivocado—, ojalá pudiera hacerlo. Me iría contigo si tú me lo pidieras.

La presa del príncipe se aflojó ligeramente.

—¿Todavía no te lo han dicho? Corinn, mañana también tú te vas a ir. Lo sé porque tu hermano me lo ha dicho en confianza. Estaba furioso y no se pudo contener. Todos los hijos Akaran tienen que abandonar la isla en busca de refugio. El canciller cree que estaréis más seguros en otro sitio que no sea Acacia, en algún lugar secreto.

—¿Algún lugar secreto? —susurró la princesa.

El príncipe, pensando que ella lo estaba apremiando a que le facilitara más información, reconoció que no sabía nada más, pero, en realidad, Corinn no esperaba que le contestara. Simplemente estaba considerando la posibilidad de aquel lugar secreto. ¿Dónde podía estar? Había soñado a menudo con viajar a lejanos lugares, preguntándose cómo sería recibida allí, y si sería o no considerada guapa. ¿Viajarían ellos a Talay? ¿A la costa de Candovia? ¿Zarparían rumbo a la Islas Exteriores o a algún otro lugar muy distante del corazón del imperio? ¿O sería simplemente Alecia? No era un lugar secreto para nada, pero, a lo mejor, ella estaba pensando demasiado a lo grande. Quizá pasaría unas cuantas semanas allí, encerrada en una habitación de la capital. Aunque la noticia no la sorprendió, no experimentó la sensación de urgencia que hubiera debido. Por lo menos, significaba movimiento, cambio, irse del palacio. Todas estas cosas no podían ser malas, ¿verdad?

Le preguntó a Igguldan adónde iría si pudiera esconderse en algún sitio. La pregunta lo pilló un poco por sorpresa. Tras una pausa, dijo que preferiría esconderse

en el lejano norte de su propio país, más que en ningún otro sitio. Había un rincón en Aushenia donde el bosque subía directamente hasta las losas de la base de la Cordillera Gradthica. Era un lugar frío, pero el aire allí es tan agradable que el hecho de respirarlo lo llena a uno de salud y vigor. Las propias montañas eran un solitario lugar casi todo el año, el hogar de los grandes osos pardos y de una clase de lobos distinta de las que frecuentaban el bosque. Él sólo había estado allí una vez unos cuantos años atrás, pero jamás había olvidado la sensación de haber estado en aquellas rocas al atardecer, con las montañas a su espalda y los antiguos bosques que se extendían hacia el sur directamente sobre el horizonte, con toda la escena iluminada por una serie de colores mientras los bosques cada vez más oscuros recibían la brillante luz del sol y las águilas volaban por encima, ejerciendo su labor de patrulla. Jamás había sido tan consciente de la soledad como en aquel momento, pero también había experimentado un ancestral orgullo. De aquellas tierras había emergido su gente. Eran ásperas y duras, pero eran también de su propia carne y sangre. Habían salido de los bosques para dirigirse a la costa sureña y habían encontrado Aushenia. Habían dejado a su espalda los lobos y los osos y habían ocupado el lugar que les correspondía como guardianes del territorio. Era algo que él tenía en común con todos los aushenios.

—Ya lo verás —dijo.

—Me gustaría —dijo Corinn—. Dime que me aceptarás e iré contigo. Puedes ser mi guardián y me puedes llevar a este salvaje país tuyo. Puedes cazar carne fresca para mí y protegerme de los osos y de otras criaturas. El mundo puede seguir adelante sin nosotros.

Las manos de Igguldan estaban húmedas entre las suyas. Ella lo notó cuando él se apartó, permitiendo que el aire fresco tocara la humedad. ¿Qué era lo que ella acababa de decir? Lo quería, pero la perspectiva era tan amplia que no acababa de captarla. Podría ser un absurdo error; no podía decirlo. En cualquier caso, con la retirada de su mano, Corinn estuvo segura de que Igguldan estaba rechazando su ofrecimiento. Esperó a que él se lo dijera.

El propio príncipe buscó con los dedos en el bolsillo de su pechera y sacó un sobrecito sellado con cera.

—Esto lo he escrito para ti —dijo—. No estaba seguro de ser tan valiente como para dártelo. Sigo sin estar seguro de ser tan valiente... pero te lo doy de todos modos.

Introdujo el sobre doblado en la palma de su mano y cerró los dedos a su alrededor.

—¿Qué es eso?

—Lo verás cuando lo leas, pero no lo hagas ahora. Léelo más tarde. —Se levantó y tiró de ella para que se pusiera de pie—. Ahora tenemos que enfrentarnos a este

desafío. Corinn, me gustaría mucho mostrarte mi país y todo aquello que tú deseas que se haga realidad, pero ahora no es el momento. Mi padre me ha llamado a casa porque nos enfrentamos a la amenaza de la guerra. Tengo que responderle. Y tú, tú tienes que hacer lo que dice el canciller. Seguro que tiene razón en eso. —Acalló las protestas de Corinn estrechándola en sus brazos, primero un fuerte abrazo, pero después una caricia—. Por favor, Corinn. Déjame primero servir a mi padre y a tu recuerdo. Después vendré por ti. ¿Me recibirás? Tengo que saber que lucho por ti. Si lo sé, nadie podrá derrotarme.

Corinn consiguió inclinar la cabeza. Igguldan apretó el rostro contra el suyo, con su cálida piel lisa y suave. La besó en la mejilla. Después dio media vuelta y se acercó rápidamente a la puerta.



Rialus Neptos huyó de Cathgergen después de lo que él afirmaría haber sido un asedio de varios días. En una acción final antes de irse, arrojó toda suerte de duros y pesados objetos —su sillón, un jarrón de flores de cobre, un pisapapeles en forma de oso de los Campos Helados, una antigua hacha que a su padre le habían ofrecido los aushenios— contra la ventana de cristal que tan amargamente había avergonzado y traicionado su ego. No se rompería formando la cascada de fragmentos que él deseaba, pero crujió y se astilló lo suficiente para que él sintiera que había demostrado lo que decía. No tuvo en cuenta si el mensaje se refería al cristal propiamente dicho cuando alguien lo viera más tarde o a sí mismo. Llevó consigo al reducido séquito de funcionarios, cortesanos y miembros de la familia que había conseguido mantener en la satrapía... sólo aquellos que estaban tan en deuda con él que su silencio estaba garantizado. El numrek a quien colocó a su espalda le infundía tanto temor como el que él simulaba. Por lo que él podía decir, pocos de sus compañeros estaban tan serenos como para sospechar que el gobernador había intervenido en la desgracia que les había caído encima. De hecho, mientras recorría la Garganta Gradthica, casi se sintió un fugitivo temeroso por su vida.

A causa de todo ello Rialus llegó a Aushenia con todos los aspectos de su engaño. En un consejo rápidamente reunido con el rey del lugar, Guldan, explicó que los invasores extranjeros habían salido bajo una tremenda nevada. Él había estado preocupado durante algún tiempo, dijo Rialus, a causa de unos vagos informes de movimientos hasta tan al norte como los Campos Helados. Era por eso por lo que había enviado al general Alain a estudiar el territorio e interrogar a los hermanos Mein. No había tenido noticias suyas y, por consiguiente, había temido alguna desgracia, pero el ataque propiamente dicho había sido una verdadera sorpresa.

Los numreks habían llegado como una horda impresionante, unas criaturas gigantescas bajo pieles y pellejos, armadas con picas dos veces más altas que un hombre y con espadas curvas y sobrecargadas en la punta. Muchos de ellos montaban unas bestias con cuernos, unas criaturas naturalmente acorazadas, cubiertas de peludos mantos. Atravesaron las puertas de Cathgergen antes incluso de que sonara la alarma. No se explicaron ni se anunciaron en absoluto; iniciaron simplemente la matanza, una despiadada carnicería a la que se entregaron con delirante regocijo,

lanzando rugidos mientras combatían y danzando al son de un tambor invisible.

Nada de aquella guerra se alejaba de la verdad. Los numreks —sus «invitados», los había llamado Maeander— llegaron como una famélica masa. Aunque fueran recibidos con muy poca resistencia militar, consiguieron encontrar gente a la que matar y lo hicieron con todo el regocijo que Rialus había descrito. Éste no le mencionó a Guldan por supuesto que toda la Guardia Norteña había muerto en una monstruosa trampa. Aseguró en su lugar que las tropas de la guardia sobrepasadas en número habían combatido en una desesperada retirada, abandonando una parte de la fortaleza y después otra hasta que todo el resto de la población se quedó acorralada con la espalda contra el último muro de granito del lugar. Sólo entonces, dijo Rialus, había accedido a parlamentar con cualquier perverso ser que los mandara.

—¿Tú miraste a la cara a su jefe? —preguntó Guldan. Había sido un hombre de elevada estatura en su juventud. E incluso ahora, sentado en su cámara del consejo real, algo encorvado por la rigidez de su espalda, seguía conservando un aspecto de natural nobleza. Sus rasgos eran firmes pero la voz le temblaba a causa de una cierta ansiedad—. ¿Cuál es su nombre?

—Calrach —contestó Rialus—. Jamás ha habido criaturas más extrañas. No había habido nada como ellos en el Mundo Conocido desde que los antiguos rechazaron a los dioses de Ithem...

—¿Dices que son dioses? —terció uno de los ayudantes de Guldan.

Rialus se desconcertó un momento.

—Bueno, no. Quiero decir simplemente que su aspecto es temible. De lo más alarmante.

Como casi todo lo de aquel extraño acertijo, Rialus pudo hablar un poco acerca de aquella cuestión con absoluta honradez. De pie en presencia de los numreks, le pareció estar viendo, a través del torcido cristal de una ventana y en otra era, unos seres cuya arcilla se había cocido en un horno distinto del de los hombres terrestres, destinados a habitar otro mundo en una época más antigua. Eran unos seres muy altos, por lo menos tres o cuatro cabezas más altos de lo normal, largas extremidades, anchos y planos hombros, como si llevaran una especie de yugo de cantos cuadrados bajo la piel. Tenían el cabello negro y unas pobladas cejas. Al principio Rialus pensó que llevaban la piel empolvada o pintada, de lo pálida que era. Al acercarse incómodamente a ellos, vio que era su matiz natural, un color como el de la mezcla ceremonial de leche con sangre de cabra que los vadayos bebían al empezar el año nuevo. Era una delicada membrana bajo la cual pulsaba un fino diseño de venas, todas tan claras como si las hubieran dibujado sobre papel y sostenido en alto delante de la luz de una lámpara.

Calrach, su jefe, mostraba su fuerza en las estriadas cuerdas de músculo que le sostenían el cuello. Hasta sus rasgos tenían una especial característica ardiente y

flexible. Sus ojos eran de un castaño tan intenso que casi parecía sólido negro. Sus cejas seguían unos perfiles similares a los de los hombres normales, pero sobresalían más visiblemente, encrespadas como las olas del mar que empiezan a caer. Estaban traspasadas por varios gruesos anillos de plata, un metal tan profundamente incrustado que debía de haber pinchado el hueso. A Rialus le resultó casi imposible mantener la mirada en el rostro del hombre. Pero, en cuanto sus ojos se movieron, ya no pudo resistir volverlos, temiendo cada vez que la criatura lo siguiera mirando desde detrás de la misma máscara aterradora. Era un hombre y, sin embargo, no lo era.

Rialus dijo que como traductor utilizaba a un escriba mein, una revelación acogida con murmullos y jadeos de asombro por parte de sus oyentes aushenios.

—¿Hanish Mein conoce esta raza? —preguntó Guldan.

Rialus pensaba que tenía que conocerla y después añadió:

—Calrach no ofreció ninguna disculpa. Ninguna explicación o justificación. Dijo simplemente que nos teníamos que ir. Cathgergen ya no era nuestro. A los numreks les habían prometido la ciudad. Me puso en libertad para que otros pudieran saber que el enemigo se estaba acercando y ellos se pudieran preparar mejor para oponer resistencia.

—¿Cathgergen fue ofrecido por quién? —preguntó un ayudante aushenio.

Rialus encogió sus delgados hombros hasta las orejas.

—No lo sé, pero no estábamos en condiciones de discutir. Me dijo que corriera a decirle a mi pueblo que el fin había llegado. Nos cazarían para divertirse y nos asarían con espetones.

—¡No hablarás en serio! —dijo el rey—. Rialus Neptos, ¿te has vuelto loco? Las cosas que dices son increíbles. —El monarca pareció perder el hilo de sus pensamientos, pero recuperó la voz volviendo a su pregunta de antes—. ¿Te has vuelto loco?

Al gobernador no le costaba imaginar que sí. Jamás se hubiera podido inventar semejante cosa en el transcurso normal de sus mentiras. Calrach había dicho eso justamente. Había permanecido sentado allí riéndose con sus generales, diciendo las cosas más horribles como si Rialus no hubiera estado presente, como si un traductor no hubiera estado susurrando cada palabra al oído del trémulo anciano. Tuvo que apretar las rodillas para evitar vaciar la vejiga. Recordando el momento, Rialus experimentó un arrebató de envidia de aquellos que aún no habían visto lo que él había visto.

Los aushenios tenían más que unas cuantas preguntas para él. Sabían que ellos serían el siguiente objetivo lógico y sondeaban al gobernador exiliado en busca de más detalles, de sus observaciones y suposiciones. A Rialus empezaba a gustarle el papel de asesor de confianza... Eso era lo que siempre había deseado. Pero detrás de

esta tentación de quedarse y de prestar una sincera ayuda podía ver los semblantes de Maeander y Calrach. Éstos lo ayudaron a mantenerse firme. Así pues, Rialus explicó a los aushenios que su deber le exigía viajar a Alecia. Guldan lo dejó en libertad, enviándolo con el destacado mensaje de que cualquiera que fuera el perverso propósito de esta horda, primero tendría que enfrentarse con los soldados de Aushenia. ¡Qué ideas tan sublimes!, pensó Rialus. Pero, como muchas ideas sublimes, no tenían más peso que el aire que las llevaba. Rialus no tenía la menor duda de que Aushenia caería en cuestión de dos semanas, un mes todo lo más. Esta valoración se la guardó naturalmente para él.

Rialus abandonó el reino a bordo de un bajel de la flota del monarca, contemplando el ajetreo de los preparativos militares en la orilla cada vez más lejana. Estaba satisfecho de sí mismo, una emoción que lo llenaba casi hasta reventar cuando desembarcó en la capital. Ansiaba una quinta en las colinas occidentales de Alecia desde que la viera por primera vez durante una breve visita de quince años atrás. Alecia: era para él el verdadero centro del Imperio acacio, el corazón palpitante desde el cual se irradiaba todo lo que de valor había en el mundo. Le encantaba la sola idea de aquel lugar, la riqueza que controlaba, los placeres que ofrecía, el poder que manejaba, el ilimitado laberinto de intrigas, los aparcamientos clandestinos. Apenas podía captar la densa complejidad de los cuadrantes de la ciudad. No importaba. Rialus creía desde hacía tiempo que prosperaría dentro del tenue resplandor de las murallas del centro de la ciudad calentadas por el sol, cubiertas de colgantes enredaderas y fragantes sólo de dulces perfumes.

Era una lástima por tanto que llegara a las puertas de Alecia como un traidor al pueblo al que tanto adoraba. Trató de no pensar en ello y al final consiguió clavar sus pensamientos sólo en la abundancia de bienes que tendría al alcance de la mano. Tenía, tal como previamente le había confesado a Maeander, aliados dentro de la capital que compartían su deseo de ver repartida la riqueza de la ciudad. Algunos eran miembros de la familia Neptos, pero muchos otros habían sido alimentados por sus agentes en reuniones clandestinas, personas que se reunían en pequeños grupos y apenas sabían nada de los bolsillos de otras personas a las cuales también se cuidaba. Tenía una promesa que cumplir. No se echaba para atrás ante la sangre que otros derramarían en su nombre, con tal de que finalmente recibiera una parte de las recompensas que desde hacía tanto tiempo merecía. En sus primeros días en Alecia, Rialus fue un hombre de dos caras. Su rostro público derramaba lágrimas de dolor ante la inminente guerra. En privado sus ojos contemplaban las villas que se levantaban por encima de la ciudad, en busca de un nuevo hogar apropiado. Fiel a sus creencias antiguas, parecía que la Donante recompensaría a sus dignos seguidores.





El alboroto fue como jamás se había oído en aquel congelado espacio de estéril soledad: los gruñidos de las bestias aherrojadas en los campos de labranza; la constante barrera de fuego de los gritos; el tintineo de innumerables cascabeles; el crujido de botas tras botas de marcha y el chirrido incesante de objetos de gran tamaño propulsados a través de una superficie que no podía establecer si su función era ayudar o bien resistir. Era el chirrido del metal y la madera sobre el hielo, el sonido de una flota de noventa navíos de guerra atravesando un mar helado. Los ponían en movimiento tirando de ellos cientos de peludos bueyes, guiados por un ejército de quince mil hombres que caminaban con cascabeles prendidos a sus botas. Los viejos habían advertido a Hanish de que cada hombre debería llevar una campanilla prendida a su cuerpo que les cantara por muy grande que fuera la distancia que recorrieran. Deberían anunciarse al mundo con voces que hablaran en nombre de las muchas generaciones que habían luchado para hacerlos posibles. Los tunishnevre tenían que haberlos oído y sabido en su silenciosa cámara cuánto los habían honrado sus hijos.

Mientras pasaban las leguas, Hanish sintió que los ancianos lo sostenían para que no se les escapara a pesar de que él jamás había estado más seguro de que era digno de su confianza y en cierto modo conseguiría cumplir las cosas que ellos deseaban de él. A causa de él, los rumores que se discutían en los tibios climas de Acacia eran ciertos, ciertos a una escala más allá de las más extravagantes conjeturas. Los pocos navíos que los pescadores habían visto semanas atrás eran sólo una fuerza de reconocimiento enviada para establecer la viabilidad de lo que Hanish había imaginado. Hanish había dado instrucciones al grupo en el sentido de que se dejara ver. Creía que aunque la gente hubiera oído hablar de movimientos en el Norte, jamás lo creería hasta que se enfrentará cara a cara con el futuro que él les llevaba. O sea que, ¿por qué no dejarles hacer conjeturas y preocuparse por los fantasmas en los que no podían ni creer por entero y a los que tampoco podían rechazar?

—La naturaleza siempre ha sido para los meins como el aguijón de un látigo para un buey —le gritó Haleeven al oído sobre el penetrante viento—. No cambia nada. Nos obliga a ir un poco más despacio y nos mantiene ocupados con el trabajo. Tal como debe ser.

Su tío siempre tenía sabiduría que ofrecer en los momentos adecuados y Hanish se alegró de su presencia. A pesar de que nunca lo daba a entender por fuera, a menudo era duro ser una columna de inquebrantable confianza. Este hombre de más edad, tan parecido a su padre, era una fuente viva de fuerza.

Una mañana a finales de la primera semana mientras se dirigían al sur, el tiempo se despejó tan de repente que los animales se pusieron nerviosos. Cambió el mismo sonido y la misma sensación y sustancia del mundo y dejó a los hombres escudriñando en la distancia, más de una cabeza se inclinó hacia un lado para oír mejor el extraño sonido. Toda la cáscara del cielo emitía un pálido resplandor azul. El sol a duras penas se podía ver, pero iluminaba suavemente el firmamento. Hanish se encaramó a lo alto del aparejo del navío en el que había viajado. Los nudosos cables se clavaron en las palmas de sus manos y sus pies resbalaron por los peldaños cubiertos de hielo. Él no era marinero.

¿Quién que hubiera nacido en el Mein lo era? Aun así, sintió que el júbilo lo embargaba cuando se apoyó contra el palo mayor en la cofa con el rostro arrebolado a causa de la subida mientras las ráfagas de brisa lo azotaban y se llevaban los vapores de su aliento.

Delante de él se extendía un mundo blanco muy doloroso de contemplar. Se protegió los ojos con una visera de cristal ahumado. Mirando a través de aquel crepúsculo artificial, vio por primera vez toda su aventura en movimiento. A su alrededor toda una flota surcaba un sólido mar blanco. Noventa navíos que no fluctuaban ni se balanceaban con las ondulaciones de las corrientes, que no subían ni bajaban siguiendo el oleaje. Las velas estaban firmemente acurrulladas y sus aparejos brillaban como telarañas mojadas. Los barcos se movían sobre patines de trineo de madera revestidos de hierro, tirados por largas hileras de bueyes, criaturas ocultas bajo unas capas tan gruesas que les hacían perder la forma. Aproximadamente unos cincuenta animales en filas dobles tiraban de cada navío de guerra, azotados por hombres cubiertos de pieles que sólo parecían seres humanos por su manera de moverse y por el trabajo que hacían.

Detrás de ellos el ejército caminaba a pie y sobre trineos, con los hombres vestidos con prendas de abrigo para combatir el frío, luchando por conservar la vida. No eran unas fuerzas enormes, pero eran todo lo que podían reunir. Entre ellas había más de un hombre de cabello canoso y más de unos cuantos jóvenes de suaves mejillas de trece y catorce años. Pero lucharían con orgullo y no eran más que uno de los tres puntos de su ataque. Otro ejército de cinco mil hombres avanzaba a través del paso norteño hacia los territorios lacustres de Candovia. Provocarían el daño más útil bajo las órdenes de su hermano. Después estaban los numreks que seguramente a aquellas alturas ya habrían tomado Aushenia. Y después había toda una serie de otros proyectos concebidos a lo largo de los años en Tahalian. ¡Asombroso, simplemente

asombroso que todo aquello ya se hubiera puesto en marcha!

Hanish se quedó en la cofa bien pasado el momento en que se le entumecieron el rostro y las manos, y no bajó hasta que el sol, dondequiera que hubiera permanecido escondido en el cielo, se hundió por detrás del hielo y el mundo se quedó a oscuras y regresó la tormenta, una muralla como de vidrios rotos arrojada por el enfurecido viento.

Llegaron a la avanzada de Scatevith unos cuantos días más tarde y recogieron grandes cantidades de suministros almacenados allí. Se quedaron dos días para hacer las necesarias reparaciones. Pronto siguieron hacia el sur y bordearon las montañas que rodeaban el borde de la altiplanicie del Mein. Había allí un amplio valle, una pendiente gradual hacia los bosques de Eilavan mucho más fáciles de atravesar que buena parte del Borde Methaliano. Ya estaban allí abajo, en el paisaje cubierto de nieve y punteado de achaparrados abetos con los que se hacían hogueras explosivas. A pesar de que la temperatura estaba por debajo de la congelación cada noche y durante casi todo el día, muchos soldados se quitaban los gorros de piel y se sacudían las nudosas cascadas de cabello, unas nudosas cuerdas que les llegaban hasta por debajo de los hombros. Con la bendición del caudillo, varios grupos de hombres viajaron por delante del ejército para cazar renos. El humo de la carne asada danzaba sobre el paisaje.

Hanish, con las ventanas de la nariz dilatadas para captar el aroma, recordó las viejas historias de cómo los Akaran robaron el trono por medio de tortuosas alianzas, promesas hechas e incumplidas, hechas y vueltas a incumplir, y después se dispusieron a castigar a cualquier pueblo lo bastante valiente o fuerte para enfrentarse a ellos y recitarles sus delitos. Fue entonces cuando se lanzó la maldición contra la raza llamada mein, fue entonces cuando nacieron los tunishnevre y su pueblo fue arrojado de las tierras bajas y desterrado hasta por encima del Borde Methaliano. Durante años siguieron las manadas de renos, viviendo de ellos y con ellos de una manera un poco distinta a la de los hombres de tiempos olvidados. Tardaron varias generaciones en encontrar el emplazamiento de Mein Tahalian, en reconocer los usos de los gases calientes que burbujeaban por debajo de la capa de hielo y en volver a instalarse en una vida estacionaria en la más desolada región del Mundo Conocido. Y tardaron muchas generaciones más antes de encontrar un intento de regreso al mundo más amplio, profesando alianza a todas las cosas Akaran, simulando con sus palabras que el pasado jamás había sido lo que había sido y que ellos sólo deseaban emular, apoyar y luchar al servicio de la grandeza de la hegemonía acacia.

Tal era la inmensa variedad de detalles que el aroma de la carne de reno en el aire congelado evocaba en Hanish. Dudaba que los hijos de Acacia supieran algo acerca de estas cosas. Había una cantidad tan grande de la historia del mundo que ellos voluntariamente ignoraban... Olvidaban las cosas que los avergonzaban y se

convencían de que todos los demás lo habían hecho. Y no es que Hanish les hubiera permitido actuar de ninguna otra manera. Mejor que su llegada los sacudiera hasta la médula y los dejara atontados y buscando afanosamente el significado, demasiado tarde para reconocer la verdadera forma y esencia del mundo sobre el que ejercían su dominio.

El camino resultó todavía más fácil cuando salieron a la monótona superficie sin árboles de los Sinks, un inmenso espacio de lagos y pantanos en verano, el primer receptáculo de la gran fusión que se derramaba copiosamente cada primavera desde el deshielo del Norte. Por lo menos, eso hizo que el camino fuera agradable durante un buen trecho. Ya llevaban cuatro días en aquella helada llanura cuando uno de los barcos rompió el hielo. Se hundió varios palmos, arrojando y levantando a su alrededor unas inclinadas placas y creando una grieta que se alejó serpeando por delante, medio tragándose una docena de bueyes y un hombre lo bastante afortunado como para haber estado azotando las bestias en aquel momento. El conductor fue arrancado de las heladas aguas y envuelto en pieles, y varios de los bueyes volvieron a levantarse sobre el hielo en cuanto les cortaron las ataduras, pero el hielo se volvió a formar alrededor del desventurado barco. Se quedó prendido enseguida aquella noche, se astilló y crujió por todo el casco. El daño hubiera podido ser reparable si hubieran tenido tiempo y suministros a mano, pero no tenían ninguna de las dos cosas. Hanish ordenó que el barco fuera descargado, despojado de todo lo útil y abandonado sin ceremonia.

El incidente fue un heraldo de lo que iba a ocurrir. En muchos sentidos, lo que vino después fue la parte más traicionera del viaje. Navegaron sobre el hielo indigno de confianza, sintiendo el pulso del deshielo del día y el frío de la noche y las trampas que todo ello les suponía. Hanish envió exploradores por delante del ejército con las grandes barras de hielo que utilizaban para comprobar la superficie, una cosa que se hacía tanto por medio del sonido como de la sensación y el instinto. En algunas ocasiones, caminó solo delante del ejército, avanzando a tientas y escudriñando el lejano horizonte. Nunca estuvo seguro de por qué lo hizo. Simplemente le pareció bien. Había algo consolador en la contemplación de un espacio congelado e imaginar por un instante que estaba solo allí, que aquella búsqueda empezaba y terminaba con él y con sus fuerzas y debilidades. Como es natural, nunca tardaba demasiado en oír a los exploradores golpeando el hielo con sus varas, como unos extraños pastores que soltaran latigazos al suelo por delante de sus guardianes en lugar de ir tras ellos. No estaba solo, aunque cada vez que se daba cuenta, sentía simultáneamente una decepción y una tranquilidad.

Cuando llegaron a la rotura del hielo, todo volvió a cambiar. Ocurrió más rápido de lo que Hanish esperaba. Allí delante de ellos había una negra línea de agua abierta. Ésta se convirtió en una hirviente masa azul amarronada en la que se vertía el lago

por el que habían viajado y se perdía hacia el Sur para convertirse en el río Ask. Los pedazos de hielo compacto se rompían lámina a lámina. El ejército se pasó la mañana en un frenesí de actividad, tratando de pasar del hielo a un viaje fluvial.

El primero de los barcos acababa de recibir a bordo a hombres, caballos y suministros antes de que el hielo empezara a crujir y estremecerse debajo de ellos. Los hombres que se habían pasado varios días guiando a los bueyes, soltaron los látigos y se encaramaron a los barcos. Los bueyes, desde tanto tiempo entregados a un duro esfuerzo, se congregaron ansiosos por allí sin estar seguros de lo que su repentino abandono sugería. Hasta que el primer barco se movió hacia delante con la parte posterior proyectada durante un valioso momento hacia el aire y las tablas soltando gruñidos como si el barco estuviera a punto de romperse por su punto central, los bueyes no se volvieron sacudiendo enfurecidos sus grandes cabezas provistas de cuernos y echaron a correr hacia el Norte. Nadie se lo impidió. Aquel primer barco consiguió deslizarse hacia delante y encontrar su camino hacia el agua, seguir la corriente y empezar a alejarse.

El de Hanish fue el tercer barco en descender a la pesada flotabilidad del agua. Él no pudo detenerse en aquel momento y comunicarles la noticia de todo aquello a los tunishnevres, tal como tenía intención de hacer. Unas ranuras entre las congeladas tablas del casco permitían la entrada de chorros de agua. Su capitán le aseguró a gritos que las tablas garantizaban la impermeabilidad, por lo que Hanish se quitó la preocupación de la cabeza. De todos modos, no tenía ánimos para hacer nada al respecto. El río a aquellas alturas del Norte apenas se podía manejar, lleno como estaba en aquella época del año de las cosas fundidas que se juntaban con fuerza en los Lagos Salinos. Hanish tenía previsto entrar en Acacia en primavera y parecía que había calculado debidamente las cosas. La crecida se levantó hasta los árboles de ambas orillas, bajando precipitadamente como si todas las gotas de agua se abrieran paso por delante de sus compañeras en su carrera hacia el mar. A veces se elevaban por encima y por debajo de la parte posterior de unas olas tan grandes como las de una tormenta oceánica. En otros lugares, los remolinos, las corrientes y los torbellinos hacían girar los barcos y aspiraban sus costados, empujando a los hombres hacia la espuma del agua. Lo que parecían unos puños cerrados de agua agarraban los remos y los partían en dos, rompiendo de paso más de un casco.

Más traidores, sin embargo, eran por regla general los lugares donde el río tropezaba con obstáculos que se elevaban por encima de la superficie del agua. Algunos eran normalmente islas, ahora que sólo copas de árboles se elevaban desde el fondo como dedos de gigantes que se estuvieran ahogando. Había salientes de piedra que a punto estuvieron de abrir el costado de un barco y enormes rocas sobre las cuales el agua caía formando un turbulento caos. Uno de los barcos que iban delante experimentó una de estas caídas. Se hundió entre la espuma y después se

levantó con la proa en el aire y se detuvo un momento como si estuviera a punto de dispararse hacia el cielo. Pero entonces —de una manera desagradable a pesar de los gritos de protesta de los que lo miraban— se deslizó hacia atrás. La popa del barco se quedó prendida en el torrente que caía impetuosamente detrás. Todo dio un salto mortal hacia atrás, lanzando a los hombres al aire en todos los costados y después arrojándolos a la espuma. El barco dio una voltereta de uno a otro extremo en pocos segundos y después se desvaneció. Cuando el casco del barco apareció ya no era un barco vivo. Asomó a la superficie como un casco sin vida, como el vientre de un leviatán muerto.

Se sintieron empujados hacia delante. Cabalgaban a lomos de una serpiente acuática. A Hanish le encantaba. ¡Llevaba demasiado tiempo enjaulado! Qué maravilloso estar libre, aunque la libertad condujera a la muerte. No se compadecía de los que había perdido o de aquellos cuya muerte lamentaba. Aquella serpiente simplemente se estaba cobrando un pesado tributo por el servicio que prestaba. Lo único que le importaba es que se estaba acercando a su objetivo. Lo bastante como para prepararse para intentar una cosa que previamente había experimentado sólo en la soledad de Tahalian.



Aliver empezó a soñar por las noches en batirse en duelo con enemigos sin nombre y sin rostro. A diferencia de las caprichosas imágenes del pasado, en que la esgrima era un vistoso enfrentamiento con míticos enemigos, estas visiones eran de una oscura naturaleza, cada momento rebosaba de temor. Pero siempre empezaban de una manera inofensiva: él paseando por las callejuelas de la ciudad inferior, hablando con sus compañeros a la hora del desayuno, buscando en sus aposentos un libro que le constaba haber dejado en algún sitio. Pero en determinado momento los acontecimientos siempre viraban hacia una repentina violencia. Un soldado aparecía al final de un pasadizo con la espada desenvainada, llamándolo por su nombre; la mesa del comedor se volcaba y, cuando su mole desaparecía de su vista, la escena que quedaba detrás se convertía en una escena de varios guerreros enemigos que irrumpían en la sala como mil arañas... que habían penetrado a través de las ventanas y se habían aferrado al techo con las espadas entre los dientes de unas enormes sonrisas metálicas. A menudo experimentaba la sensación de que detrás de él había una informe e hirviente malicia a la cual se tendría que enfrentar.

En aquellos sueños combatía muy bien hasta el momento en que tenía que hundir la espada en su sitio correspondiente. Entonces, al darse cuenta de que estaba a punto de herir a una criatura viva como él, el paso del tiempo aminoraba la marcha. El movimiento se hacía más lento. Sus músculos perdían la fuerza y se convertían en unas inútiles cintas de alquitrán bajo su piel. Jamás veía su hoja cortando la carne de aquellos enemigos de sus sueños. En su lugar, se despertaba jadeando, con el cuerpo tenso y tembloroso como si la pelea acabara de producirse en el mundo real. Sólo entonces el lento hedor de la realidad reptaba hasta él. No se había despertado de una pesadilla a un mundo acogedor; había abierto los ojos una vez más a una pesadilla de tiempo de vela que diariamente rechazaba sus esfuerzos por negarla.

Su padre estaba muerto. Eso significaba mil cosas para Aliver, todas ellas desconcertantes. Ni siquiera su ascenso al trono era directo. Los Akaran eran estrictamente monárquicos, pero la situación general era tan desconcertante que demoraba el acceso de Aliver al lugar que ocupaba su padre. La misma reverencia por el ritual que permitía que la gente aceptara una monarquía exigía también una rígida adherencia a la tradición. Los nuevos reyes sólo se coronaban en otoño, en la

misma época en que se dispersaban las cenizas del difunto rey. Aquel mismo día Tinhadin había ascendido por primera vez al trono y se había considerado necesario que todos los demás siguieran su venerable ejemplo. En casi todas las ocasiones de los años sucesivos había habido una pausa entre la muerte de los reyes gobernantes y la coronación del nuevo. Una espera de varios meses no carecía en absoluto de precedentes. La acción impropia hubiera sido coronar a un rey en otra fecha que no fuera la del solsticio de verano y hacerlo sin la presencia de todo un contingente de gobernadores. Las sacerdotisas de Vada consideraban aquel momento poco propicio para una coronación y se negaban a bendecir cualquier ceremonia. Y la maquinaria del gobierno no parecía interesada en imponer a un adolescente inexperto un papel de tanta importancia. Puede que algún otro príncipe se hubiera apoderado del poder en cualquier caso. Pero no Aliver. A pesar de sí mismo, éste experimentaba una especie de alivio por el hecho de que no le hubieran colocado inmediatamente en la cabeza una corona, aunque no quisiera reconocerlo. De momento, Thaddeus estaba mejor preparado para servir como voz real.

Las malas noticias se sucedían. Apenas podía certificar una tragedia cuando se producía otra. Cathgergen se había perdido por culpa de una horda bárbara, la guarnición de allí había sido destruida, el gobernador y su cortejo habían sido arrojados al frío, llevando un mensaje de inminente condena para el mundo. Nada de todo ello se podía concebir fácilmente. La caída de Cathgergen significaba la derrota de... ¿cuántos? ¿Dos mil soldados? Eso por lo menos. Y no se sabía que ninguno de ellos hubiera escapado para contar la historia o siquiera que algunos hubieran sido hechos prisioneros. ¿Y qué decir de los muchos otros que vivían en la fortaleza: artesanos, comerciantes, cortesanos y jornaleros y sus hijos, las variadas gentes que habían hecho de una aislada avanzada como Cathgergen un lugar apto para vivir? Todos ellos habían simplemente desaparecido, y Aliver aún tenía que oír a alguien que le explicara cómo había sido posible tal cosa.

Varios funcionarios clave de Alecia habían sido asesinados en sus camas. Muchos de ellos habían muerto con sus mujeres, esposos, hijos, criados y esclavos y sus cuerpos habían sido acuchillados mucho más de lo que era necesario para quitarles la vida, como si cada uno hubiera sido víctima de un asesino irracionalmente enloquecido. Dos días más tarde hubo otro ataque contra miembros de la familia real mientras éstos trataban de abandonar Manil, la rocosa ciudad de la ladera del peñasco en la cual se levantaban casi todos los lujosos palacios familiares. Katrina, la hermanastra de Leodan, junto con otras catorce personas que ostentaban el nombre Akaran por nacimiento y otros más por matrimonio, fueron sorprendidos en el muelle una clara mañana, cuando los trabajadores portuarios se les echaron encima en cuanto subieron a bordo de su barco y los hicieron picadillo con las espadas cortas que ocultaban en sus prendas de vestir.



Nadie supo cómo se pudo mantener en secreto y llevar a cabo con tan letal eficiencia una conjura tan amplia. Los susurros colectivos y los murmullos de los rumores dieron lugar a la creencia de que muchos de los asesinos en ambos ataques habían sido criados domésticos, jardineros y trabajadores contratados por la aristocracia, muchos de ellos durante varios años al servicio de sus amos sin haber dado jamás señales de traición. Otro rumor decía que se había visto una flota de navíos de guerra navegando rumbo al Sur desde el gélido Mein. Los habían visto los cazadores de pieles cerca de los helados dedos del río Ask, pero nunca se explicó cómo había sido posible que aquellas gentes desde un lugar tan remoto hubieran transmitido semejante mensaje y tampoco se había podido entender demasiado la idea que proponían. Algunos decían que Rialus Neptos —que había desaparecido después de la matanza de los funcionarios de Alecia—, había desempeñado un papel en el levantamiento. Y otros afirmaban que todo el séquito de los representantes de la Liga había zarpado sin decir una sola palabra.

Aliver deseaba desesperadamente comprender lo que estaba ocurriendo y relacionarlo de tal manera que se pudiera reducir el caos dentro de unos límites manejables, pero pensaba que los momentos de tranquilidad eran pocos e inquietantemente breves. Los días de adiestramiento marah ya habían quedado a su espalda. Sus oficiales hablaban con aquellos que apenas unos días atrás habían sido estudiantes como si, de repente, hubieran adquirido otra estatura a sus ojos. Al parecer, todos habían sido promocionados de golpe. Hablaban de los juicios a los que ahora se enfrentaban con una honradez que Aliver no esperaba y no recibía con agrado. Los hombres que días atrás parecían tan confiados en sus papeles ahora parecían nerviosos, vacilantes y aprensivos cuando impartían órdenes. El futuro que tenían por delante, explicaron, estaba preñado no sólo del dolor físico del adiestramiento o de la humillación de ser derrotados en los combates de exhibición sino también de la deshonra social, antaño la mayor posibilidad de un fallo personal. Se trataba de riesgos con los que todos ellos se habían enfrentado previamente. Ahora tenían que combatir estando su vida en juego. Pronto se esperaba de él que matara. La sola idea modificaba de arriba abajo todo el concepto que él tenía de su adiestramiento. ¿Había asimilado la necesidad de matar? Casi no le parecía posible. ¿Podría ser, pensó, que le fallara a su nación en la primera prueba? Jamás había temido nada tanto como aquella posibilidad.

Y lo peor era que no sabía lo que se esperaba realmente de él. Su posición entre sus iguales era más torpe que nunca. Por una parte, temía que ahora le ahorraran la responsabilidad de la batalla tal como siempre lo habían mantenido apartado de los demás durante el adiestramiento. Por otra, quedaba la verdad de que los oficiales ponían una y otra vez las Formas como ejemplos de valor en la batalla y en la mayoría de ellas había sido un personaje real el que blandía la espada o la lanza o el

hacha. ¿Se esperaba de él que calzara aquellos zapatos legendarios y los condujera a la victoria? No lo sabía y nadie, ni siquiera Thaddeus, se había adelantado para informarle.

Y faltaban sólo unos días para que los jóvenes soldados averiguaran cuáles serían sus despliegues y se dispusieran a cumplirlos. Thaddeus Clegg se reunió con los oficiales en asamblea para examinar las tropas. El lugar elegido era el estado que llevaba el nombre de la séptima esposa del rey, el Carmelia, situado en un plano saliente de tierra que se proyectaba sobre el océano como un pie medio sumergido por debajo del palacio, pero ligeramente por encima de la ciudad inferior. El Carmelia, un gran cuenco labrado en la piedra podía acoger miles de bancos para albergar a todos los espectadores. La arena era un espacio inmenso al aire libre con el suelo casi tan duro como la piedra, configurado a menudo en diseños circulares que, cuando se los miraba, hacían a menudo malas pasadas a los ojos de los espectadores.

En presencia de las severas figuras de los oficiales y del canciller, los mejores jóvenes soldados que la isla podía ofrecer entraron en el estadio, formando un perfecto batallón de infantería. Se habían movido en respuesta a las llamadas de una flauta de batalla, un extrañamente melancólico instrumento, pero que llegaba a todos sus oídos. A lo largo de la siguiente hora unos cuantos de ellos tuvieron el honor de combatir individualmente para los espectadores. Después, el grueso de los quinientos soldados participaron en una compleja escenificación de la Novena Forma, en cuyo transcurso los Haden y los Leñadores salvaron a la Novia de Tinhadin de la Traición Senivalia. Tras lo cual permanecieron de pie para escuchar a sus jefes dirigiéndoles discursos no sólo acerca de la pasada gloria sino también del conflicto con el que ahora se enfrentaban.

Más tarde el canciller les dirigió la palabra. Thaddeus se frotó la cerdosa barba de la barbilla y se pasó un rato pensando. Sin la belleza de sus ropajes y la banda sobre los hombros que constituía la representación de su cargo apenas se le hubiera reconocido de lo macilento y arrugado que tenía el rostro.

—He sabido algo este mismo día que tengo que compartir con vosotros —dijo—. Prefiero hacerlo de esta manera, aquí abajo entre vosotros, lo bastante cerca como para que nos podamos ver y tocar. —Levantó la mano en la cual Aliver sólo entonces vio un rollo de escritura. El canciller le dio la vuelta en distintos ángulos para mostrárselo a todos los soldados como si éstos pudieran leer su significado desde el lugar donde se encontraban—. Esto es una declaración de guerra de Hanish Mein, hijo de Heberen. En ella manifiesta su odio contra nosotros y se proclama el caudillo del inminente mundo. Ya no hay lugar para las conjeturas. Sabemos con quién luchamos y el porqué. Sabemos que él quiere nuestra completa destrucción. Cree que tiene el poder de triunfar y por esta causa ha lanzado sus cobardes ataques. Tal es la lucha que tenemos por delante. Tal es la vileza que puede contener un delgado

documento como éste.

Parecía que Thaddeus estuviera a punto de arrojar el rollo a la brisa. Los soldados permanecieron en silencio como los oficiales, esperando que el canciller tuviera algo más que añadir. El canciller se mantuvo en pie sin apartarse ni seguir adelante, sin que su mirada, a pesar de la gente que lo rodeaba, se posara en los ojos de nadie. Aliver se dio cuenta de que podía oír el rumor de las olas rompiendo contra el muro de contención por debajo del estadio. Contó uno y después un segundo y un tercer impacto, sorprendido de no haber escuchado antes aquel sonido, asombrado por la intimidad con la cual el mar tocaba la tierra. Lo notaba a través de sus pies. Estaba también en el aire, cada reverberación se le transmitía como si una invisible y cristalina lluvia de rocío le cayera sobre el rostro y los hombros. Había todo un mundo más allá de su presente visión y todo él amenazaba con llegar sin previo aviso en cualquier momento.

Thaddeus levantó la cabeza y pareció enfocar los rostros que lo rodeaban. Su mirada los recorrió todos, rozando de paso a Aliver.

—Mi sugerencia —dijo— es que todos aprendamos a amar el caos hoy mismo. Consideremos el tumulto como un rasgo de nuestras vidas. De la misma manera que hay un sol que recorre el cielo, de la misma manera que hay un viento que silba sobre la tierra, de la misma manera que la noche sucede al día y no puede ser de otro modo... Así todos nosotros sufriremos y tampoco podrá ser de otro modo. Abrazad hoy todo esto y estaréis mejor preparados para mañana. Hace un momento habéis demostrado la Novena Forma. Tal como todos vosotros sabéis, sólo hay diez. No hay razón, sin embargo, para que un día no haya una Undécima. Tenedlo en cuenta también mientras nos enfrentamos a la inminente lucha. —Se volvió como para retirarse, pero lo pensó mejor y dijo una última cosa—. Preparaos también para sorprenderos. El mundo es un lugar distinto del que conocéis. Es posible que creáis que no hemos conseguido prepararos para él.

Por la mañana recibirían las instrucciones finales para la guerra. Aliver se reunió con Melio y Hephron en las terrazas superiores. El príncipe los saludó a los dos con una inclinación de la cabeza, sorprendiéndose de recibir con agrado la compañía de Ephron. Había en ello algo consolador. Unos días atrás había despreciado intensamente a Hephron. Lo consideraba un enemigo. Pero nada de todo aquello se le ocurrió ahora. Hephron ya había sufrido más que él. Había perdido a dos hermanas en Manil, un primo y varios criados a los que conocía desde la infancia. Con la muerte de varios otros altos Akaran se había acercado más al trono. En el pasado, Aliver hubiera podido esperar que tal cosa alegrara a Hephron, pero semejantes consideraciones ya no tenían ningún mérito. El rostro de Hephron ya no revelaba nada excepto el agotado cansancio de sus pérdidas y la determinación de enfrentarse a cualquier cosa que tuviera que venir.

—Acabo de recibir mi asignación —dijo Hephron—. Me envían a Alecia. He pedido ser enviado para reforzar a Aushenia. Están seguros de que se enfrentarán a la horda que ha tomado Cathgergen y yo quería estar donde soy más necesario. —Vaciló un momento y dio unos pasos meditando acerca de sus pensamientos. Un grito resonó desde la terraza de abajo, pero ellos se encontraban a cierta distancia y siguieron paseando al mismo ritmo—. Pero... no carece de un cierto honor. Soy el segundo bajo el general Rewlis.

—¿Eres el segundo? —preguntó Aliver, deteniéndose en seco.

—No te sorprendas tanto.

—Yo no... no me sorprendo.

—Todo ha cambiado —dijo Hephron—. Hasta la Liga lo ha reconocido. Han reunido sus tres embarcaciones de transporte y las han hecho zarpar sin una palabra. Nosotros podemos seguir desplazando tropas, pero no con tanta facilidad como hubiéramos querido.

—¿Forman parte de eso? —preguntó Melio—. La Liga, quiero decir. ¿Tú lo sabes, Aliver?

—No con toda seguridad —dijo éste—. Aunque lo dudo. La Liga vive y respira para sacar provecho del comercio. No les importa con quién lo hagan. Son simplemente precavidos y actúan en su propio beneficio.

Hephron sonrió.

—No son los únicos.

—¿Y eso qué significa?

—No es hora de hablar de eso. Quizá más tarde.

—¿Por qué más tarde? —preguntó Aliver—. ¿Por mi causa? ¿Hay algo que no te atreves a decir delante de mí?

Hephron miró a Aliver y después apartó la mirada.

—Siempre me muerdo la lengua en tu compañía. Todo el mundo lo hace. Nadie quiere ofender al futuro rey.

—Tú pareces empeñado en intentarlo —replicó Melio.

—No hubiéramos tenido que discutir antes. Tanto presumir entre nosotros es una insensatez, pero yo sé unas cuantas cosas que el príncipe no sabe y no puedo por menos que pensar en ellas. Mi padre no quería que yo me engañara. Me dijo la verdad acerca de las cosas. Puede que eso también sea una novedad para ti, Melio. Siempre decía que nuestros crímenes un día regresarían a nosotros. Todas las cosas que están ocurriendo... si tú supieras la verdad, nada de ello te sorprendería. Por ejemplo, ¿cómo crees que conservamos nuestra riqueza? No nos enseñan nada acerca de ella. Nos hacen creer que la riqueza perdura. La adquirimos antes y es nuestra para siempre, ¿de acuerdo? Somos un pueblo excelente que se merece el dominio sobre el mundo. A todo el mundo le encanta que así sea. Es lo mejor en realidad. —Miró

sonriendo a los otros dos—. ¿A vosotros os parece bien? Pensad en ello. En cuanto reconozcáis que las sumas no se incrementan... venid a verme. Os diré todo lo que sé acerca del corazón podrido de Acacia. Entonces os preguntaréis por qué nadie nos ha atacado antes. Aliver pensó que hubiera tenido que abofetearlo. Soltarle un cachete y desafiarlo a extraer la espada. Nadie hubiera esperado una respuesta inferior a semejante condena de la nación. O quizá debería presentar un informe sobre él. Para que sus oficiales lo interrogaran. ¿Acaso no era éste su deber si Hephron se estuviera preparando para traicionarlos?

—Pido disculpas si he ofendido —dijo Hephron sin dar la menor muestra de querer disculparse—. No es contigo con quien estoy enojado. Tú en eso eres un peón tanto como yo. Pero soy yo el que tendrá que arriesgar el cuello por eso. Yo y aquí, Melio, y otros como nosotros. —Empezó a retirarse caminando unos cuantos pasos de espaldas antes de dar la vuelta—. Los hombres adultos, me dijo mi padre, tienen que tener la anchura interior para retener la complejidad dentro. Sólo los necios apoyan los absolutos. Tú no eres necio, Aliver. Eres simplemente ingenuo.

Aliver, caminando una vez más medio paso por detrás de Hephron, repitió mentalmente varias veces aquellas palabras. Sabía que hubiera tenido que estar enojado, que hubiera tenido que maldecirlo por su debilidad, ahora que los estaban amenazando. Pero, en su lugar, siguió caminando como arrastrado por la estela del otro. Comparó las palabras del joven con la críptica confesión del canciller. Todavía estaba pensando en la gravedad de las complicidades cuando llegaron a lo alto de la escalera. Hephron, que había llegado al espectáculo justo antes que él, se quedó petrificado. Durante unos segundos, de pie en lo alto de la escalera y mirando hacia abajo, la escena delante de Aliver no tuvo absolutamente ningún sentido.

La plaza de abajo, a unos cien palmos de distancia, se encontraba en un estado de absoluta confusión. La gente corría gritando en todas direcciones. La primera persona que pudo reconocer fue el general Rewlis. Pero justo en el momento en que distinguía quién era, vio que por detrás le cercenaban la pierna. Reconoció a la persona que blandía la espada y trató de llamarla por su nombre, pero no pudo. Rewlis cayó sobre una sola rodilla, con la cabeza echada hacia atrás en un grito de dolor, silenciada un momento después cuando la misma espada que le había cortado la pierna le desgarró el cuello en un golpe en diagonal dirigido justo por debajo de la oreja. Un segundo después la hoja resbaló fuera. El general se desplomó mientras una fuente de sangre le brotaba del cuello y las piernas manchaban las piedras y se agitaban con los últimos alientos de vida.

—¿Hellel? —musitó Melio.

Hephron comprendió su significado antes que Aliver.

—Miserable. Te hubiera podido matar muchas veces mientras dormías.

El carácter extraño de esta afirmación no sirvió para mejorar la comprensión de lo

que estaba ocurriendo allí abajo. ¿Hellel? Era uno del entorno de Hephron, siempre una pálida sombra a su lado, el tipo que casi le terminaba las frases que pronunciaba. Al ver que Aliver seguía mirando, Hephron hizo un gesto con el brazo que no sólo señalaba la escena sino que, además, la rechazaba.

—¡Son meins! Míralos. Hellel, allí junto a la barandilla. Y Havarán. Y Melish en los escalones. ¡Nos han traicionado! Teníamos que haberlo esperado.

Se puso en movimiento en un instante, bajando inclinado los escalones a velocidad de vértigo mientras sus pies daban brincos sobre las piedras en una caída apenas controlada. Trató de desenvainar la espada mientras se movía, pero no fue hasta que se detuvo en la terraza cuando consiguió desenvainar el acero. Se vio instantáneamente atrapado. Dos hombres se le acercaron de inmediato desde lados contrarios. Melio danzó a su espalda un segundo después, con la hoja girando a vertiginosa velocidad.

Aliver intentaría más tarde estar seguro de lo que ocurrió a continuación. Recordaría que desenvainó la espada y le rechinaron los dientes y acababa de bajar enfurecido la escalera para entrar en batalla... Eso es exactamente lo que casi estuvo a punto de hacer. Deseaba hacerlo con toda su alma. Lo hubiera hecho, sólo que, antes de que se pudiera mover, una mano le agarró el antebrazo y lo obligó a volverse.

Era Carver, el capitán marah.

—Príncipe —le dijo éste—, envaina la espada. Tienes que correr a salvarte.

Y al flanco de guerreros situados detrás dio órdenes de que varios de ellos se llevaran a Aliver de allí. Los demás se arremolinaron bajando la escalera detrás de Carver. Eso fue todo lo que ocurrió. Aliver, cuando lo apartaron de allí, jamás pudo ver cómo terminó la escaramuza. Se lo llevaron a «posición segura» mientras Melio y Hephron se convertían en guerreros.



Thaddeus Clegg entró en sus aposentos interiores, cansado de un largo día de luchas con la confusión que tenía dentro mientras actuaba delante de todo el mundo como un eficiente canciller. Su gata *Mesha* se levantó de su cómoda posición sentada en una silla, alargó una pata y después la otra, lo llamó con un monótono gorjeo. Era de una raza típica del sur de Talay, de color arena, pelo corto por todas partes menos en el vientre y bajo la barbilla. Era la mitad más grande que un gato doméstico normal y, tal como era habitual en su raza, tenía un dedo de más en cada pata, una ventaja que se complacía mucho en aprovechar cuando aplastaba los ratones sobre las baldosas del suelo. También la ayudaba a plantar cara a los monos dorados que desde hacía mucho tiempo habían decidido mantenerse apartados de ella.

Mientras Thaddeus se quitaba la capa y la dejaba en una silla, *Mesha* saltó al suelo desde la silla y cerró la distancia entre ellos con ágiles pasos. Él alargó la mano y recibió el suave impacto de la cabeza de la gata contra sus dedos. Aunque, por supuesto, jamás lo había revelado a nadie, Thaddeus depositaba buena parte de su deseo de interacción con los demás en la punta de sus dedos y reservaba su contacto más íntimo a *Mesha*. Eso era lo único que ahora quería o necesitaba como compañía. Era un hombre demasiado orgulloso o consciente de sí mismo como para distraerse con afectos por los demás y no volvería a correr el riesgo de otro amor más grande.

—*Mesha*, tú eres mi niña querida. Lo sabes, ¿verdad? Hay una locura fuera de esta habitación, pero tú no tienes nada que ver con ella. Qué suerte tienes.

Poco después, Thaddeus se sentó con *Mesha* acurrucada sobre sus rodillas. Estaba tomando un almibarado licor con sabor a melocotón, procurando crear en su interior una calma que pudiera igualar su aspecto exterior de paz. Fracásó por completo. El tumulto de una tierra golpeada una y otra vez y corriendo ahora a prepararse para la guerra hubiera sido más que suficiente para que le diera vueltas la cabeza. Se había pasado todo el día reunido en consejo con los generales, preparando el enfrentamiento con las fuerzas de Hanish Mein cerca de Alecia, el objetivo que ellos creían que éste atacaría primero. Habían revisado todos los detalles de la reunión del ejército más grande que el Mundo Conocido jamás hubiera visto desde los tiempos de Tinhadin. Una intrépida tarea realizada a toda prisa y sin un verdadero rey que controlara el carácter de la empresa. Sí, Aliver presidía todas las reuniones del

consejo, añadiendo lo que podía y manteniéndose valerosamente firme en presencia de todo lo que se les venía encima. Pero era con Thaddeus con quien hablaban realmente los generales. Y era el elemento con el cual esta parte de su vida chocaba con su propio deseo de venganza lo que verdaderamente lo desconcertaba.

No había accedido claramente a ayudar a Hanish Mein, pero, cuando había leído el simple mensaje del caudillo, una parte de sí mismo experimentó el deseo de obedecer. Puede que hubiera estado demasiado tiempo al servicio de un rey como para sentirse cómodo en su papel de amo de sí mismo. O, a lo mejor, era una señal del poder de Hanish, de su capacidad de acortar las distancias y doblegar los corazones de los demás a su propia voluntad. ¿Qué hacer con la exigencia de Hanish? Le había ordenado capturar a los hijos Akaran. Así de sencillo. Si le hiciera este favor, Thaddeus estaría vengado contra los Akaran. Si se lo hiciera, sería recompensado por ello de otras muchas maneras. Thaddeus se preguntó si podría convertirse en servidor de los Mein. ¿Qué le pagarían éstos a cambio? Un cargo de gobernador tal vez. Talay le interesaría, aquella vasta extensión de interminables leguas y más leguas de prados. Era una provincia lo suficientemente grande como para que él se perdiera en ella. Le parecía una idea atractiva.

O quizá no pensaba lo suficientemente a lo grande. Si conservara todavía la ambición que Gridulan había advertido en él años atrás, hubiera encontrado la manera de apoderarse del trono. Ejercía un control efectivo de los asuntos de la isla. Teniendo en cuenta los que ya habían muerto, con la confusión del Continente y los sangrientos enfrentamientos allí mismo en los patios de Acacia, nadie más sujetaba las riendas del poder con tanta seguridad como él. Los hijos reales confiaban en él y él tenía acceso a cada uno de ellos incluso en sus aposentos privados. Podía haber ido de uno a otro y haberlos envenenado: una taza de leche caliente ofrecida un amado día, una tarta con una alcorza especial, un unguento en su dedo pulgar que él aplicara alrededor de sus ojos como si enjugara unas lágrimas... Conocía muchos métodos para administrar veneno. Hubiera podido colocar una almohada sobre sus bocas dormidas, desangrarlos mediante una herida en el cuello, detener sus corazones con el golpe de la mano plana que había aprendido a asestar justo en el ángulo adecuado para aturdir el órgano y obligarlo a la inmovilidad. Podía acabar con ellos y pagarle de paso a Gridulan su traición.

—Qué patético es todo eso, *Mesha* —dijo, pasando la mano por el lomo de la gata. El felino lo miró de soslayo con expresión de aburrimiento—. ¡Todo lo he convertido en un desastre! Tendría que inventarme el camino más seguro y seguirlo. Nada puede impedir el siguiente cambio; lo puedo ver tan claramente como el que más. Y estos niños no son tan inocentes como parecen. ¿Acaso la cría de un chacal no se convierte en chacal? ¿No morderá algún día la mano que le da de comer? No puede ser de otro modo. Es una locura actuar como si ellos o yo pudiéramos ser



distintos de lo que somos. ¿Lo ves?, lo puedo exponer todo con claridad. Pero los quiero. Eso es lo malo.

*Mesha* acababa de empezar a moverse otra vez cuando Thaddeus se levantó y la depositó en el suelo. Estaba molesto consigo mismo por haber hablado aunque sólo fuera con un gato. Se acercó a un armario empotrado en la pared cerca de su cama. De allí sacó la pipa de vapor antaño perteneciente al rey. Qué extraño que hubiera llegado tan tarde a aquel vicio. Extraño que hubiera vivido toda una vida antes de comprender el verdadero anhelo del olvido. Sabía que a la mañana siguiente se tendría que volver a enfrentar a unas decisiones tomadas o no tomadas, pero entre entonces y ahora sólo deseaba olvidarlo todo o, por lo menos, alcanzar aquella fase en la cual nada de todo aquello tenía importancia.

Más tarde se despertó de una negra nada, una negligente existencia más profunda de lo que jamás podría ser el sueño. La fuerza que lo sacó de este lugar elegido era desalentadoramente intensa. Parecía que un puño de hierro se hubiera apoderado de una parte de su ser y lo hubiera empujado hacia la consciencia. Se volvió de espaldas pensando que semejante cambio de posición lo ayudaría a volver a dormirse, pues el día aún no había llegado a exigirle el estado de vela. Notó una presión a los pies de la cama y pensó que la culpable debía de ser *Mesha*. A veces se enroscaba a su pierna y hundía las garras en la carne de alguna presa imaginaria.

Pero entonces una voz dijo:

—Levántate y mírame.

Thaddeus empezó a llamar a gritos a los guardias, pero antes de que la fuerza de voluntad obligara a su boca a hacerlo, todo el resto de su ser obedeció la orden. Se inclinó hacia la derecha y la vista que tenía delante se elevó para acomodarse a su cambio de posición. Sólo que... sólo que su cuerpo efectivo no se movió. Su pecho, sus brazos y su cabeza no lo habían seguido. Se inclinó hacia un lado, pero en cierto modo dejó su cáscara corporal tumbada en la cama. Fue como si se hubiera deslizado fuera de su piel con un suave estirón. Sintió que sus órganos, sus músculos y los huesos abandonaban su espíritu. Su cuerpo lo dejó en libertad y allí estaba él, incorporado en posición sentada, con su parte inferior todavía contenida por las caderas, la ingle y las piernas, y la parte superior convertida en un obediente espíritu cuya atención se reclamaba.

Delante de él a los pies de su cama se distinguía el vago perfil de un hombre. Tenía aproximadamente la forma de un cuerpo, pero Thaddeus podía ver a través del hombre la habitación escasamente iluminada que había a su espalda. El ser creaba su propia iluminación. Sus ojos grises constituían unos puntos de brillo. Eran la parte más visible de él, las dos relucientes órbitas alrededor de las cuales el resto del ser se congregaba. Eran la única parte de él que parecía lo suficientemente sólida como para que se pudiera tocar y, sin embargo, la energía que las iluminaba regresó parpadeando

a su espalda en forma de olas. Se apagaba a ratos y después emergía de nuevo como si dentro de ellas se encerrara la luz del mundo interrumpida por un cielo cuajado de nubes. Perfilaban los rasgos de su rostro y conferían cierta solidez a sus hombros y brazos, aunque su cuerpo inferior se desvaneciera en la nada.

La forma volvió a hablar. Su voz parecía debilitada por la distancia, hueca como unas palabras pronunciadas a través de un tubo. A pesar de su tono sobrenatural, eran tan sinceras que golpearon a Thaddeus como una mano abierta.

—Thaddeus Clegg, grandísimo perro, tengo unas palabras para ti.

Thaddeus lo miró sorprendido. ¿Cómo era eso posible? Trató de dar a entender, con el arrugado desprecio de sus labios, su desdén por la intrusión del hombre, cualquiera que fuera la brujería con la cual se hubiera alcanzado. Fue una reacción instintiva, pero la expresión era muy dura de resistir porque el brillo de los ojos del hombre era extremadamente hipnótico. ¿Por qué no llamó a gritos a sus guardias? Sabía que sería fácil hacerlo y, sin embargo, algo se lo impidió y lo atrapó con el hechizo de aquellos ojos. Tenía que identificar primero aquel ser. Ésta era la clave, pensó. Sintió que un nombre permanecía en equilibrio en el fondo de su garganta, un nombre ya conocido por él. Sólo necesitaba que se pronunciara para ser real.

—¿Hanish? —preguntó. El otro hombre sonrió, aparentemente complacido de que lo hubieran llamado. La expresión fue suficiente para confirmar que la conjetura había dado en el blanco—. ¿Cómo es eso posible?

—A través de un viaje en sueños —dijo la forma—. Tú estás dormido y no dormido, yo estoy despierto en espíritu y muy lejos de mi cuerpo dormido. Puedo sentir su tirón incluso ahora en que intenta luchar conmigo para que regrese al interior de lo que me es familiar. A nuestros espíritus no les gusta abandonar nuestros cuerpos, Thaddeus. Es una ironía, teniendo en cuenta que desde su maldita ausencia de muerte mi pueblo sólo quiere escapar de estas cargas de la carne, pero es cierto. Estoy tan sorprendido como tú de que estemos hablando. Jamás habíamos estado lo bastante cerca antes y yo tampoco sabía que tuvieras este don. No todo el mundo lo tiene, ¿sabes? Entre mis hermanos y yo sólo hubo silencio. No es posible comprender el orden de las cosas...

Hanish se desvaneció en la oscuridad y después volvió a aparecer al cabo de un momento, brillando con más claridad.

—Me alegro de que me hayas conocido tan rápido, pero no he venido a ti para mantener una conversación intrascendente.

Algo en el tono de voz de Hanish llamó la atención de Thaddeus de tal manera que éste se concentró no sólo en sus palabras sino en cómo las decía. Era difícil leer al hombre a través de las distorsiones de la distancia, pero había un hombre en el otro extremo de aquella conversación y Thaddeus jamás había sido un lector de hombres.

—¿Están a salvo los hijos? —preguntó Hanish.

—¿Los hijos? No tienes que temer por los hijos. No constituyen una verdadera amenaza para...

—Tú no les has hecho daño, ¿verdad?

Mientras el caudillo se apagaba y después parpadeaba un instante, Thaddeus tuvo unos momentos para pensar. Mirando a Hanish a los ojos, pudo ver que el caudillo le ocultaba algo. No mentía exactamente, pero había detrás de sus palabras algo desesperadamente significativo que él no quería que Thaddeus comprendiera.

—Por supuesto que no —contestó en cuanto Hanish se volvió a iluminar para él—. Los he mantenido aquí cerca de mí, a salvo en todos los...

—Es importante que vivan, ¿comprendes? Sus vidas significan mucho para mí. He venido para decirte una vez más que, cuando tú me los entregues, serás recompensado. Hablaremos de ello en momentos más tranquilos y yo te haré justicia. Puedes creerme. Yo no soy un Akaran de lengua de plata. Yo digo la verdad. Mi pueblo siempre lo ha hecho.

Thaddeus sintió el afilado impacto de una comprensión traspasar sus pensamientos. Comprendió lo que Hanish estaba ocultando. Estaba allí, detrás de su afirmación de que su pueblo siempre había dicho la verdad. No era una jactancia. Era una declaración de orgullo nacional. Los meins siempre habían señalado que habían sido desterrados al Norte porque habían hablado con sinceridad de los delitos de los Akaran. Y, creían ellos, no sólo habían sido desterrados sino que, además, también habían sido declarados malditos. Los tunishnevre... Eso es lo que Thaddeus aún no había tomado en consideración. No era más que una leyenda para los acacios, pero tal vez era algo más que eso para los propios meins.

Previamente sólo había pensado en el antiguo odio de los meins por Acacia, en lo mucho que éstos codiciaban aquellas suaves tierras, en lo ricos que se sentirían gobernándolas y en lo satisfechos que se sentirían de ganar finalmente contra sus seculares enemigos. Pero aún no había llegado a comprender todo el alcance de los deseos de Hanish. No había comprendido hasta ahora que aquello no era sólo una guerra por cuestiones terrenales. El Mundo Conocido era el campo de batalla, pero la causa por lo que luchaba Hanish entraba en otros planos de existencia. Debía de creer que sus antepasados estaban atrapados en un interminable purgatorio. Deseaba romper la maldición que les habían arrojado durante el Justo Castigo y liberar a los tunishnevre. Esta hazaña, decía la leyenda, sólo se podría lograr de una manera. Recordándolo, Thaddeus pensó que o Hanish era un loco o el mundo era un lugar más misterioso de lo que él pensaba.

Estos pensamientos pasaron rápidamente a través del canciller y Hanish no pareció darse cuenta del cambio que se había producido en él.

—Reúnelos —dijo—. Guárdamelos. Si algo les ocurriera, haré que tu existencia se convierta en un sufrimiento interminable. Éste es un regalo que te puedo hacer. No

dudes de mi generosidad ni de mi cólera.

—No dudo de ninguna de las dos cosas —dijo Thaddeus—. Ten por seguro que yo te espero aquí con los hijos a mi lado.

La luz de los ojos de Hanish se apagó. Su forma cambió y se dispersó como el vapor agitado por una ráfaga de viento. Thaddeus se sintió regresar a su cuerpo. Se sintió regresar a su antigua cáscara, deslizarse al interior de su piel y sentirla de nuevo a su alrededor. No había decidido obedecer, se dijo. No era un criado. Era libre de actuar como quisiera...

Lo dijo una y otra vez mientras sentía el tirón del sueño terrenal instalándose en él, temiendo recordar una parte de la noche y no otra, temiendo despertar y fallar en sus acciones. Se pidió a sí mismo despertar y recordar su revelación, pues lo cambiaba todo y consistía en lo siguiente: Hanish creía que podía acabar con la maldición que pesaba sobre los tunishnevre matando a un heredero de la dinastía Akaran. Sólo unas gotas de la más pura sangre Akaran podía despertar la vida encerrada en sus malditos antepasados. Si Hanish se saliera con la suya, los hijos a los que Thaddeus tanto quería —los cuatro que había codiciado toda su vida, que había deseado que fueran suyos y sobre los cuales había derramado el afecto que hubiera dado a sus propios hijos— se colocarían en un altar sacrificial y se abrirían en canal para que sangraran hasta su lenta muerte. Si resultara que la maldición de Tinhadin era una cosa real en lugar de un mito y se pudiera invertir, veintidós generaciones de guerreros meins serían arrancadas de la muerte. Volverían a caminar por la tierra y sus justos castigos cambiarían el mundo de arriba abajo.

Esta comprensión modificó su mente por él. No podía apoderarse del poder tal como el ogro que llevaba dentro imaginaba. Tampoco podía permitir que Hanish desencadenara un nuevo infierno en la Tierra. Había, sin embargo, alguien cuyo ruego él seguiría. Ya lo hubiera tenido que hacer desde el principio. Eso lo creía con una certeza mucho más completa que cualquier otra creencia dentro de sus conflictivas y entrecruzadas lealtades. Ya había decidido enviar lejos a los hijos. Ahora pondría en práctica el plan que Leodan Akaran había soñado para sus hijos en caso de que le ocurriera alguna calamidad antes de que ellos alcanzaran la madurez. Thaddeus conocía el plan y tenía poder para ponerlo en marcha. Sólo él en todo el mundo vivo lo podía hacer. Ni siquiera los hijos lo soñaban. Tampoco se les podía decir la verdad como preparación. Aliver lo aborrecería por eso. Lo más probable es que lo temiera como el peor de los destinos posibles y lo considerara a él un traidor.

Apropiado, pensó Thaddeus. Horrible y apropiado: una verdad y una mentira.



Hanish despertó de su conversación en sueños con el canciller, dejándole a éste toda una serie de planes que revisar. Su flota navegó por el río Ask hasta que el río los escupió al Mar Interior. Aunque deseaba girar hacia Acacia, sabía que tenía que esperar para eso y hacerlo sólo a su debido tiempo. Reunió sus restantes navíos cerca de la desembocadura del río. La corriente los llevó mientras evaluaban la situación, esperaban a los rezagados y se prestaban unos a otros toda la ayuda que podían. Descubrió que su ejército no estaba en peores condiciones de las que él había imaginado... puede que estuviera incluso mejor porque sus hombres se estaban impacientando en su afán de desembarcar y empezar la carnicería. Eran un pueblo piadoso y ansiaban demostrarlo por medio de la espada.

Hanish los mantuvo a flote mientras seguía recibiendo noticias. Allí se enteró de que la primera gran batalla en la guerra entre Hanish Mein y los Akaran no afectaba ni a las tropas del Mein ni a las de Acacia. El príncipe aushenio Igguldan estaba al frente de un ejército que combatió con los numreks en Aushenguk. Guerreros, campesinos, mercaderes y sacerdotes de todos los rincones del reino se reunieron en el pedregoso campo para defender su nación. Igguldan contaba con un ejército de casi trece mil almas. El enemigo por su parte no disponía de más de seis mil.

Pero en todos los aspectos de su apariencia los numreks eran aterradores. Eran una horda que gritaba hasta enronquecer y evocaba a la humanidad, pero también de una manera grotescamente distinta, absolutamente desconcertante para los aushenios que contemplaban su avance. Sus infames monturas habían sido rasuradas de sus lanudas pieles para adaptarlas al tiempo. Trozos de piel les colgaban en algunas zonas; las cicatrices de las tijeras les dañaban la piel gris en otras áreas. Parecían criaturas enfermas y, sin embargo, a pesar de su abigarrado aspecto, avanzaban con aire altanero, tan completamente musculados que parecían brincar con la flexibilidad y la capacidad de tiro de su fuerza.

Aparte de eso, los numreks utilizaban un arma que hasta entonces no habían revelado: las catapultas. Eran unos torpes artefactos que arrojaban bolas de fuego de altura equivalente a la mitad de un hombre. Cuando los brazos se proyectaban hacia fuera las esferas se disparaban por encima del suelo, brincando en grandes arcos y provocando estrías en la tierra con cada impacto. Su fuerza era tal que abrieron

grandes brechas entre las tropas aushenias. Aplastaban a los hombres golpeados con la cabeza, despedazaban cuerpos parcialmente heridos, arrancaban cabezas...

Todo ello pilló desprevenido al joven príncipe, tal como hizo la ardiente órbita que se llevó su torso por delante, envuelto alrededor de la esfera en un violento abrazo. Con él voló el intento de resistencia de su nación, terminado en una sola tarde. Trágico para él sin duda, pero música dulce y perfectamente sincronizada para los oídos de Hanish.

La llegada de Maeander a Candovia fue análogamente eficaz. Tal como estaba previsto, Maeander se echó encima de un clan tras otro, obligándolos a una activa rebelión o bien a someterse. Llevaban años sembrando las semillas de esta invasión, enviando a agentes que descubrieran aliados entre ellos y crearan con sus murmullos un descontento compartido entre la gente. Los candovios eran también, al igual que los meins, unos fieros luchadores, irascibles y orgullosos. Eran también díscolos y fáciles de explotar. Los acacios los habían querido así, optando por favorecer primero a un clan y después a otro, fomentando la discordia entre ellos de tal manera que en sus disputas nunca concentraran su rencor en su verdadero enemigo. Maeander contaba con todas las habilidades de persuasión, marciales y de otro tipo, para aprovecharse de todo ello. Prometió a través de su mensajero llevar toda Candovia consigo por las montañas de Senival, unas fuerzas que triplicarían el número que tenían en el momento de llegar al territorio. Puede que tuvieran que recibir un castigo después de la guerra, pero de momento prefería considerarlos aliados.

Hasta Acacia implosionó desde dentro. Hanish no estaba seguro de cómo reaccionarían los soldados del Mein que servían a los acacios lejos de casa a su declaración de guerra. Abrigaba esperanzas, en efecto. ¿Acaso cada soldado del Mein no juraba en secreto responder a la llamada a la guerra de su nación cuando quiera y dondequiera que se recibiera? No obstante, temía que los años transcurridos lejos de la patria pudieran haber debilitado su determinación. Los tunishnevre amas habían dudado. Le aseguraron que su control sobre todos los soldados del Mein era tan firme como siempre. Tenían razón. Los soldados meins se rebelaron en todo el imperio en cuanto les llegó la noticia. Atacaron a los enemigos a los que minutos antes habían llamado compañeros.

En Acacia todos los treinta y tres soldados meins del regimiento y cuatro recién llegados de Alecia desenvainaron sus espadas y redujeron a la mitad a los oficiales acacios en la isla, una tarea muy fácil en los primeros segundos de sorpresa. En Aos una banda de cinco meins se pintaron la cara de rojo con sangre y sembraron su furia en el mercado semanal de la ciudad, matando a todos los que encontraban en su camino. Otros envenenaron las fuentes de agua potable en las localidades de veraneo situadas al este de Alecia. Y un solo soldado estacionado en una de las avanzadas del Continente se convirtió en asesino, matando a sus oficiales superiores y a varios

funcionarios locales en sus camas antes de ser capturado. Todos ellos se sacrificaron, pues ninguno de aquellos rebeldes deseaba ser capturado vivo. No había duda de que los tunishnevre los alentaban, exigiéndoles que redimieran a través de sus muertes la infamia de haber servido a los Akaran.

Sólo en Talay el levantamiento se aplastó antes de que empezara. Unas órdenes cautelares de Acacia llegaron a Bocoum casi al mismo tiempo que la noticia de la guerra y, de este modo, los soldados meins fueron encadenados antes incluso de haber pensado en tomar las armas. Una desgracia, pero no tuvo importancia. En conjunto, el pueblo de Hanish lo había hecho sentirse orgulloso. Si se tenían que creer los cálculos, las revueltas redujeron el ejército del imperio a casi una cuarta parte: tanto en vidas que tomaron por la espada como en simples retiradas del servicio. Los acacios tropezaron desde el principio, sin que poco tuviera que ver en ello la acción decisiva. ¡Eso fue todo lo que hizo una gran nación! Unas pocas semanas después de que la muerte de Leodan Akaran desencadenara aquella guerra, el caudillo mein no tuvo motivos para pensar que había cometido un error al empezarla. Y aún le quedaba por desatar la mayor de sus armas.

La principal contienda iba a tener lugar en los vastos campos que se extendían al este de Alecia. Los acacios reunieron lo que ellos esperaban que fuera un gran ejército. Sus medios de transporte habían quedado muy reducidos cuando la Liga Naval dejó zarpar sus barcos sin advertencia ni explicación, pero otros acudieron en ayuda del imperio con embarcaciones de pesca y pontones, barcazas y navíos de placer, esquifes y piraguas. En tierra, los mercaderes y comerciantes prestaron sus carros, caballos y mulas. Con estos medios y con el simple servicio de sus pies, los soldados convergieron en Alecia. No estuvo claro bajo qué liderazgo se congregaron todas aquellas fuerzas. Se emitieron unas grandes declaraciones en nombre del príncipe Aliver Akaran, pero el joven cachorro había sido secuestrado y llevado lejos tal como le convenía a Hanish.

—Qué amabilidad por parte de quienquiera que los instruya —dijo Haleeven—, reunir a tantos en un lugar para que los podamos liquidar a todos de golpe. Quizá, como muestra de consideración, deberíamos concederles más tiempo para reunirse.

—La cortesía lo exige —dijo Hanish.

Cuando las fuerzas meins desembarcaron a unos cuantos días de marcha del enemigo, no avanzaron de inmediato hacia él. Crearon un gran campamento. Cuando ya estuvieron todo lo preparados que podían estar, se relajaron y se divirtieron. El clima era tan templado que los hombres se despojaron de sus prendas y sintieron el toque del aire en partes de sus cuerpos donde llevaban meses sin sentirlo. Estaban espectralmente pálidos, con costras de piel muerta que rápidamente se volvió rosada bajo el calor de la primavera del Continente. Celebraron juegos de proeza física: carreras a pie y combates de lucha, prácticas de espada y lanza, concursos de arrastre

de cuerdas donde la fuerza de dos hombres ocupaba el lugar de una cuerda. Diez o a veces más hombres levantaban cada uno de los hombres elegidos y se echaban hacia atrás mientras sus piernas trataban de retirar al otro equipo antes de que se rompiera la presa. Era en muchos sentidos como uno de los festivales de pleno verano, pues el tiempo era tan suave como el que jamás hubiera existido en Tahalian. Varios hombres danzaron incluso el Maseret. Bebieron vino o cerveza y cordiales obtenidos en las cercanas aldeas. Aunque a veces se ponían borrachos perdidos, siempre se despertaban con la vista más clara y animada que la de los adictos al vapor.

Estos acontecimientos resultaron de lo más útiles para elevar la moral y, cuando marcharon contra el enemigo, los cantos los impulsaban. Hanish, montado en una cabalgadura de poderoso pecho al lado de su tío, jamás se había sentido más decisivo para las obras del mundo. A su espalda, un mar de hombres caminaba sobre la tierra mientras sus leyendas les brotaban de los labios, cada uno de ellos con el cabello rubio pajizo, la mayoría de elevada estatura y forma perfecta, envueltos en unas tensas bandas de cuero que les servían de protección. Tantos yelmos y puntas de lanza brillaban al sol, tantos ojos gris azulados... Llevaban todavía los cascabeles y las campanillas que los tunishnevre habían pedido y cuyo sonido les sonaba en sí mismo a la mejor música. Hanish apenas podía volverse a mirarlos sin sentirse abrumado por la emoción. Al contemplar por primera vez al enemigo, su alivio no fue inferior al que se esperaba.

¡Qué huestes tan impresionantes habían reunido estos acacios! Cuarenta, cincuenta mil sobre una tierra removida como una extraña y recién nacida cosecha. Más que triplicaban su número. Eran de muchos colores, hombres y mujeres, representantes de los amplios y variados súbditos de Acacia. La mirada de Hanish se elevó por encima y más allá de ellos hasta la gran muralla de piedra que se extendía de Norte a Sur desde un extremo del mundo al otro. Alecia se encontraba varias leguas más allá, pero detrás del ejército acacio se levantaba la primera barrera construida años atrás contra los enemigos como él. Poseía una irregular belleza la construcción de la muralla, levantada como si estuviera integrada por bloques de distintos tamaños y colores. O puede que fuera un tosco mosaico sin ningún orden y, sin embargo, había algo en la amplia variedad de colores y en la cualidad de la piedra, el tamaño y la forma de los bloques que atraían el ojo desde un lugar a otro.

Hanish conocía la historia de la creación de la muralla. Edifus había sido el primero en ordenar su construcción, a pesar de que la piedra adecuada era difícil de encontrar por la zona. En respuesta a ello, una nación tras otra de la miríada de pueblos súbitamente subordinados a él le enviaron emisarios que llevaban consigo piedra y albañiles para trabajarla. Se corrió la voz y muy pronto hasta las más lejanas regiones del imperio, incluso las tribus más pequeñas, enviaron un ofrecimiento de piedra y mano de obra para construir la muralla. De tal manera que la vista que tenía



ante sus ojos representaba la primera y simbólica aceptación del orden que ahora Hanish luchaba por derribar.

No hubiera podido decir en aquel momento si la muralla era más o menos impresionante de lo que él imaginaba. De repente, le pareció ambas cosas a la vez. Sabía que en algún lugar de ella había una piedra negra, un bloque gigante de basalto arrancado de la base de las montañas cerca de Scatevith. Lo sabría cuando lo viera. El nombre de Hauchmeinish estaba labrado en algún rincón del mismo. Lo investigaría y mandaría canteros para que lo cortaran. No era un ofrecimiento que los meins hubieran hecho libremente alguna vez y él estaría encantado de reclamar la piedra.

Siempre había sido costumbre que los dirigentes se reunieran antes de librar la batalla para hablar cara a cara por si sus diferencias se pudieran resolver incluso a aquella fase tan tardía. Quizá no se hubieran entendido bien. Quizás una parte tenía remordimientos o recelos recientes. Hanish no les negaría a los acacios esta ceremonia cuando ellos le exigieran parlamentar.

Haleeven lo encontró sentado en un taburete en un lugar rodeado por cuatro lienzos de muralla entre enhiestas lanzas en su nuevo campamento. Era suficiente como espacio privado para el caudillo, un recinto para la plegaria y la comunicación con los tunishnevre, aunque, en realidad, Hanish se había sentido muy lejos de sus antepasados desde que navegara rumbo al Sur río Ask abajo. Los percibía como un distante aroma de comida llevado por la brisa hasta un hombre hambriento, pero eso no era nada comparado con la poderosa inmediatez de su presencia en Tahalian. Echaba de menos su palpable certeza, sobre todo ahora que estaba tan cerca de desencadenar el infierno en la Tierra.

Su tío separó la tela con ambas manos y entró.

—¿Estás preparado?

—Lo estoy —contestó Hanish controlando la voz para que no hubiera en ella la menor incertidumbre—. Estaba escuchando simplemente este canto de pájaro. ¿Lo has oído? Canta por la mañana y después por la noche. Su llamada es... como cristal hecho añicos, Con eso quiero decir que posee la pureza, la quebradiza belleza del cristal hecho añicos, pero capturada en el canto de un pájaro y dejada libre en el aire. Jamás he oído nada igual.

—Nuestros pájaros no tienen mucho que cantar —dijo Haleeven.

Hanish iba vestido de una manera muy parecida a la que se utilizaba para el Maseret. Una thalba blanca le envolvía el torso, añadiendo rigidez a su postura. Sus trenzas se habían apartado del rostro y los hombros y estaban entretejidas con una correa de cuero. Llevaba el cuchillo —al igual que Haleeven— envainado horizontalmente al cinto. Pero ninguno de los pensamientos de ambos estaba en la hoja ni en ningún otro instrumento de guerra. Haleeven llevaba consigo el arma del día. La sujetaba entre el pulgar y los dedos, una funda de plata no más ancha que un

dedo.

—¿La abro? —preguntó Haleeven. Al no recibir una respuesta negativa, soltó el minúsculo cierre de la funda y lo abrió. La inclinó hacia su sobrino. Dentro, un pequeño trozo de tejido descansaba sobre el metal, cubriendo toda su longitud, doblado una o dos veces. Era un áspero tejido de gruesas fibras, muy parecido a la tela de la prenda de un aristócrata mein. Conservaba las huellas de un estampado, pero unos líquidos lo habían manchado, creando unos diseños propios. Hanish se pasó un buen rato estudiándolos.

—Esta cosa mató a mi abuelo —dijo Hanish.

—Pues que ahora mate a tu enemigo —contestó Haleeven.

Hanish alargó la mano, pellizcó la tela entre los dedos y se la acercó al pecho. La empujó bajo un pliegue de su thalba, en el hueco bajo el músculo de la parte lateral derecha de su pecho.

—Recuerda aplazar dos días la batalla —dijo Haleeven—. No olvides hacerlo así.

Poco después Hanish se situó delante de un semicírculo de acacios de ojos oscuros, cada uno de ellos vestido con las mejores galas de su nación, tonos anaranjados orlados con cenefas rojas, con unas corazas como de escamas de pescado plateadas. Uno de los acacios empezó la reunión de manera ceremoniosa, pidiendo la presencia de la Donante e invocando los nombres de antiguos acacios. Hanish no lo pudo aguantar.

—¿Quién de vosotros habla en nombre de los Akaran? —lo interrumpió.

—Yo —contestó un joven dando un paso al frente. Era un apuesto aristócrata con un poderoso físico y la relajada postura de un espadachín—. Hephron Anthalar.

—¿Anthalar? ¿O sea que no eres un Akaran? Pensaba que podría reunirme hoy mismo con Aliver Akaran. ¿Por qué no está aquí?

Hephron pareció incómodo con la pregunta, molesto con ella. No pudo evitar acariciar con los dedos la empuñadura de su espada.

—Tengo el honor de hablar en nombre... en nombre del rey. Le hemos asegurado que no eres digno de comparecer ante su presencia.

Hanish esperaba al mismo príncipe. Había imaginado verle con sus propios ojos y tocar al joven con sus propios dedos. Miró brevemente a Haleeven en un gesto tan de pasada que nadie hubiera comprendido que ambos se comunicaban de aquella manera. Estaba claro que el tío tenía que actuar según lo previsto. Puede que eso fuera una casualidad en cierto sentido.

Mirando de nuevo a Hephron, Hanish torció los labios en gesto burlón.

—O sea que, en lugar de tu cobarde monarca, ¿tú estás aquí para responder de los crímenes Akaran? Qué pueblo tan extraño sois, dirigido por unos hombres que ni siquiera saben dirigir.

—Yo no respondo de los crímenes Akaran. Estoy aquí para encargarme de que

vosotros seáis castigados por los vuestros. ¡No me mires sonriendo! Me encargaré de que esta sonrisa sea cosida con alambre antes de que el día de mañana termine.

Hanish se señaló la cara con los dedos, un gesto inocente que negaba que la expresión de su rostro fuera de alegría.

Otro de los acacios se presentó como Relos, el jefe militar de las fuerzas acacias, con el corto cabello salpicado de gris. Habló por un momento del poderío militar que habían reunido. Hanish era superado ampliamente en número, dijo, e incluso aquellas fuerzas no eran más que una parte del ejército que el imperio tenía a su disposición.

—¿Pues qué tenéis que ofrecer? Nos habéis conducido a este momento. ¿Libramos batalla o estáis dispuestos a ceder y a sufrir las consecuencias?

—¿Ceder? Oh, no me preocupa esta idea.

—Soy Carver, de la familia Dervan —dijo otro acacio—. Dirigí nuestro ejército contra el conflicto candovio hace unos cuantos años. Conozco la batalla y sé cómo actúan nuestras tropas cuando son sometidas a prueba. No podéis soñar con ganar contra nosotros.

Hanish se encogió de hombros.

—Yo valoro la situación de otra manera y vosotros tenéis mi declaración de guerra. Libremos batalla dentro de dos días a partir de éste.

—¿Dos días? —dijo Hephron.

Miró a Relos y a los otros generales que lo rodeaban.

Hanish volvió a encogerse de hombros.

—Sí, pensamos que os parecería bien. No deberíais oponeros puesto que vuestro número aumenta a diario. Yo en este tiempo no recibiré nuevas tropas, pero prepararé a mis hombres con la plegaria. ¿No nos lo vais a negar?

—Que así sea —dijo Hephron—. Será dentro de dos días. —Los demás acacios se volvieron para retirarse, pero Hephron seguía sin moverse. Resistió la mirada de Hanish, pero no estaba dispuesto a permitir que se fuera ni sabía muy bien qué hacer. Al final, dijo—: Leodan era un buen rey. Cometisteis un desastroso error al hacerle daño.

—¿Yo? —Hanish se acercó un poco más a Hephron—. Deja que te explique una cosa. Mi antepasado Hauchmeinisch era un hombre noble. Defendió la justicia cuando vuestro Tinhadin ansiaba con locura el poder. Hauchmeinisch habló al oído a Tinhadin, como lo hubiera podido hacer un amigo, un hermano.

Antes de que Hephron pudiera replicar al gesto, Hanish apartó la mano de su pecho y aplicó suavemente la palma sobre los huesos y los músculos del hombro del joven. Hephron retrocedió, como enroscado y preparado. Hanish hizo un gesto con los dedos, frunció los labios y transmitió en cierto modo la idea de que no era una amenaza. Aquella proximidad, dio a entender, era necesaria para que su mensaje se comprendiera.

—Hauchmeinisch le dijo a Tinhadin que había sido poseído por los demonios. Le pidió que viera que había matado a sus hermanos y había librado al mundo de la magia y los había vendido a todos como esclavos. Pero vuestro rey no aceptó nada de todo esto. Se volvió contra Hauchmeinisch y le arrancó la cabeza de los hombros. Maldijo a su pueblo (mi pueblo) y nos empujó hacia la altiplanicie, donde hemos vivido desde entonces. Lo que te estoy diciendo es la verdad. Hauchmeinisch tenía razón. El vuestro es un mal imperio que durante todos estos años ha prosperado gracias al sufrimiento de masas de personas. Vengo para acabar con vuestro reino. Y, puedes creerme, muchos me alabarán por ello. ¿No puedes comprender que todas estas cosas son verdad?

Los músculos y los tendones del cuello de Hephron sobresalían como si todo su cuerpo estuviera sometido a una gran tensión.

—No, yo no sé que son verdad.

Hanish estuvo un momento sin moverse. Estudió al joven con sus melancólicos ojos grises, con la tristeza de alguien que reconoce que la única manera de enfrentarse con la tragedia es el humor.

—Respeto tu enfado. Créeme que sí. Pronto nos enfrentaremos el uno al otro, pero trataré de recordarte tal como te veo ahora.

Apartó la mano de las paletillas de Hephron y se la pasó en una rápida caricia por la mandíbula. Hephron apartó la barbilla, pero no sin que antes los dedos de Hanish le rozaran las comisuras de los labios y él contemplara el esmalte de sus dientes.

Hephron estuvo a punto de desenvainar la espada, pero Hanish ya le había vuelto la espalda.

—¡Yo mismo te mataré! —gritó Hephron—. Búscame en la batalla. ¡Si eres hombre!

«Pobre niño —pensó Hanish mientras se retiraba—. No tiene ni idea de la fuerza de un contacto, ni idea de dónde se ha metido».

Al amanecer de dos mañanas más tarde, Hanish se puso al frente de la punta de lanza de sus tropas. Se movían por un territorio cubierto de bruma. El pálido y azulado vapor se desvaneció rápidamente en cuanto el ojo del sol asomó por encima del horizonte e iluminó el escenario de la inminente matanza. No había ningún ejército alineado para enfrentarse a ellos, tal como Hanish sabía que no lo habría. En su lugar, avanzaron sin oposición por los campos y los surcos de tierra removidos, por unos cuadrados geométricos que tendrían que ser el campo de batalla. Atravesaron todo aquello y siguieron adelante sin detenerse hasta llegar al borde del campamento acacio. Nadie les salió al encuentro, no hubo filas de soldados ni relucientes armaduras, nada del gran ejército que todos habían contemplado dos días atrás.

En su lugar, el campamento ardía con los rescoldos de una gran desolación. Las

hogueras de la comida de la víspera ya se habían apagado y de ellas se escapaban unos finos zarcillos de humo. Los cuervos, siempre atraídos por el hedor y los desperdicios de tantas personas juntas, se habían posado en gran número en el suelo y sobre las techumbres de las tiendas y otros varios objetos. Más arriba, los buitres sobrevolaban en círculo el lugar, pacientes, lentos y confiados. Todo ofrecía un aspecto sombrío, pero eran las formas humanas las que definían el horror de la escena.

Alrededor de las hogueras y en los pasillos entre las tiendas y en todos los espacios abiertos, los cuerpos se retorcían sobre la tierra. Muchos cuerpos. Soldados, auxiliares del campamento... cualquier persona y toda la miríada de personas que constituían lo que era el ejército acacio. Rodaban por el suelo. Permanecían tumbados en serpeante intimidad con la tierra o levantaban los ojos al cielo, boquiabiertos, con los rostros brillando de sudor y torcidos de angustia, casi todos ellos cubiertos de unas ronchas color carmesí del tamaño y la forma de unos sapos. Hanish se detuvo para examinarlo todo. La quietud sobre el campamento era espectral, pero no era silencio. El aire estaba lleno de sonidos. Lo que ocurría era que tan insólita y sosegada cacofonía resultaba difícil de comprender. Los acacios jadeaban y resollaban. Gemían y lloriqueaban y aspiraban el aire con boquiabiertos óvalos de hambre. Eran víctimas de un profundo sufrimiento que los rodeaba por todas partes. Muy pocos de ellos podían ver más allá de su desdicha para considerar la cercanía del enemigo. Buena parte de ellos no respondió a ella. Hanish comprendía bien su tormento y en aquel momento le hubiera sido difícil decir si se alegraba o se avergonzaba de habérselo causado.

Las tropas del Mein ya no se podían contener. Pasaban por delante de Hanish con las espadas desenvainadas y agitando los brazos que blandían las lanzas. El grueso de los acacios permanecía tumbado como miles de peces arrojados a la tierra e impotentes. Todo eso era demasiado para que lo pudieran resistir. Los soldados meins se movían entre ellos clavándoles las lanzas o echándoles las cabezas hacia atrás para poder cortarles la garganta. Algunos se divertían persiguiendo a los acacios que todavía se encontraban de pie, pero eran pocos. El propio Hanish no derramó sangre. Se paseó simplemente entre la carnicería. Contempló la sed de sangre de sus hombres con sus fríos ojos grises. Expresó su voluntad de encontrar a un acacio determinado que no quería que mataran antes de haber hablado con él. Al final, un soldado le facilitó la información que buscaba. Hanish lo encontró dentro de una compleja tienda acacia de gran tamaño.

Hephron se encontraba a no más de unos pocos pies de su catre. Ni siquiera estaba totalmente vestido. Permanecía tumbado con sus grandes ojos sin parpadear y una humedad que había dejado una miríada de senderos sobre sus mejillas. Su frente estaba cubierta de sudor que formaba unos charcos de tal manera que las moscas que

se posaban en él lo hacían con mucho cuidado.

—Oh, Hephron... quisiera sinceramente recordarte tal como eras, no como eres ahora. Tampoco tu cólera. Me inclino ante estas dos cosas y te honro. Por eso te quiero explicar lo que ha ocurrido. No entiendes nada de todo eso, ¿verdad? — Hanish se arrodilló a su lado. Agitó las manos para dispersar los insectos—. ¿Conoces la historia de Elenet y su primer intento de crear con la lengua de la Donante? Cuando la Donante vino por él y lo encontró en el huerto, Elenet estaba inclinado sobre su contrahecha creación. No se hablaba de muerte antes de que Elenet se convirtiera en Portavoz. Pero él temía que, si una vez no había existido, pudiera volver a no existir. Por eso trató de armarse contra la cólera de la Donante. Pero en su intento de convertirse en inmortal, provocó las enfermedades que quitan la vida. Aquel día creó la enfermedad y nosotros lo hemos pagado desde entonces. Tú lo estás pagando ahora. Verás, éste fue el problema de los humanos que hablaban la lengua de la Donante. No eran dioses y jamás lo podrían ser. No tenían la capacidad completa de formar cuidadosamente las palabras. Las corrupciones de sus bocas y corazones y su equivocado intento siempre torció la magia hacia algo inmundo. Es eso lo que arde ahora dentro de ti.

Hephron pareció fijarse en él justo en aquel momento. Sus pupilas estaban dilatadas hasta casi el tamaño de sus iris, pero algo en su frenética intensidad mostraba que estaba tratando de concentrarse en Hanish. Ahora su sudor se había teñido de rojo. Hanish encontró un lienzo en una jofaina al lado de la cama y limpió con él la frente de Hephron. Casi inmediatamente la mancha rosada volvió a filtrarse a través de las arrugas de su piel.

—Hace unos años, antes de que yo naciera, pero cuando vivía mi madre, mi pueblo estableció contacto por primera vez con los numreks y a través de ellos con los lothan aklun. Aquellos pioneros sufrieron todos esta enfermedad. El primer grupo que regresó de más allá de los Campos Helados infectó a casi todos los tahalios. Toda la fortaleza fue atormentada tal como tú lo estás siendo ahora. Miles murieron. Pero los que vivieron, supimos que jamás volvieron a contraer la enfermedad. Tampoco nos quedamos en un estado contagioso mucho después de habernos curado. Al principio, mantuvimos la enfermedad en secreto por vergüenza; sólo después, gracias al ingenio de mi padre, comprendimos que era un arma también. Tu pueblo jamás lo supo. Nunca llevamos debidamente la cuenta del número, de todos modos. Después de la fiebre, nos alegramos de ella. Supimos que era posible dar un sabor de la enfermedad pinchándola con una aguja, sólo lo justo para que una persona, una vez pinchada, no sucumbiera a toda su furia. Más tarde descubrimos que el espíritu de la enfermedad puede seguir viviendo mucho después de haber pasado la fiebre. El contacto que te he transmitido, joven Hephron, procede directamente de una muestra de una prenda que llevaba mi abuelo al morir.

Hanish deslizó una mano en el tejido de su thalba tal como había hecho antes de tocar a Hephron dos días atrás, pero esta vez sacó el cuadrado de tejido sujeto entre sus dedos.

—Ésta es la cosa que hoy te ha derrotado. Lleva el contagio atrapado en cierto modo en ella. Imposible de creer, ¿verdad? Yo tampoco lo creería si no hubiera descubierto su verdad a través del sufrimiento. Al final, tú no me has matado, Hephron Anthalar. Esta posibilidad no estuvo nunca a tu alcance. Soy yo quien te ha matado a ti con sólo un contacto. Muchas personas con el tiempo se recuperan de eso, pero no sin varios días de sufrimiento como el que tú sientes ahora, y después con un período de debilidad. O sea que lo que va a ocurrir es lo siguiente: esta fiebre recorrerá tu pueblo como una ola. Y detrás de la ola, vendremos nosotros a recoger la cosecha. Da gracias de que haya terminado tu papel en todo esto. El idilio de los Akaran ha terminado; cuando muera, nacerá una nueva era. Mejor para ti que no vivas para verlo. Dudo mucho que te gustara la forma de las cosas que han de venir.

Cuando Hanish salió de la tienda un momento después, sostenía la espada desenvainada en una mano. Estaba manchada con el diseño jaspeado de la sangre. A su alrededor, su ejército seguía con la carnicería. Levantó los ojos hacia la muralla de Alecia. Tendría que encontrar la piedra de Scatevith antes de avanzar más allá de la muralla. Deseaba con toda su alma tocar la piedra con su piel para que ésta le murmurara que todo era tal como tenía que ser. Todo era justo y adecuado. Había empezado antes que él y terminaría después. Él era simplemente el instrumento de un proyecto más grande.



La embarcación elegida fue una de las barcas de pesca de mayor tamaño, con dos velas cuadradas y una triangular, que bailaba delante de la proa igual que una cometa, ocultando y revelando la insignia de su dueño. Cualquiera que la mirase desde la costa la reconocería: llevaba más de treinta años surcando las aguas de Acacia. El número de tripulantes que se esforzaban en cubierta era algo más numeroso de lo habitual, pero tampoco era extraño que se requiriera el servicio de aprendices para manejar los aparejos en los últimos meses del invierno, antes de que el bonito regresase de los bancos de Talay, seguidos por embarcaciones cuya tripulación había sido reclutada en primavera. La línea de flotación estaba muy por encima del nivel del agua, ya que las bodegas iban vacías. Sin embargo, no era el caso de esta embarcación.

Los hombres que se veía en cubierta y que tenían todo el aspecto de pescadores eran en realidad guardias marah. Sus bodegas no iban llenas del pez de cola amarilla por cuya captura las barcas se hacen a la mar en invierno. En su lugar, iban los cuatro chicos Akaran. Al comenzar el viaje se habían ocultado en la parte más oscura y, sobre todo, maloliente del barco, lo que los obligaba a respirar con la boca abierta. Los cuatro mostraban la misma cara de preocupación, como si compartieran una herencia genética que sólo ahora emergía. Mena necesitaba hablar, compartir sus sentimientos, decir algo capaz de romper la tensión.

Sin embargo, se contenía, sencillamente porque no se le ocurría nada razonable que decir.

Una vez fuera del abrigo de la curva que trazaba el puerto septentrional, la embarcación puso proa al viento abriéndose paso sobre la superficie congelada del agua, entre los gritos de las aves marinas, que, voraces, reclamaban comida. Cuando se hallaron a suficiente distancia de la isla como para que no pudiesen ser vistos, el capitán dijo a los Akaran que subieran a cubierta. Mena observó a los guardias con precaución, desde la popa, mientras disfrutaba del aire salobre. Se preguntó cuántos de los hombres y las pocas mujeres que veía tendrían las manos manchadas de sangre. Algunos de ellos sin duda habían intervenido en la lucha contra los soldados meinish. Los rebeldes habían sido derrotados en apenas una hora; los pocos supervivientes fueron perseguidos por las calles y asesinados. Aliver desapareció



misteriosamente en medio del combate. Él nunca hablaba de ello, pero Mena sabía que el tema lo avergonzaba. No era el único insulto a su orgullo.

Se volvió y contempló la estela que dejaba la embarcación. No sabía qué pensar de lo ocurrido ese día. Thaddeus les había explicado que abandonaban la isla temporalmente, durante una semana o así, un mes como máximo. Hasta que la rebelión fuera aplastada y los culpables de matar a su padre castigados, hasta que se acabara con los confabuladores. Navegarían hasta el extremo norte de Kidnaban y allí pasarían una temporada, tranquilamente. Thaddeus prometió que regresarían a Acacia lo antes posible. Por algún motivo, sin embargo, Mena no le creyó. Tras sus palabras, coherentes y razonadas, ocultaba algo, estaba segura, pero no podía imaginar el qué.

Aliver no pareció dudar de la sinceridad del hombre, pero se rebeló contra el plan con una furia de la que Mena no lo habría creído capaz. Advirtió a gritos sobre la inminente batalla y su deber de encabezar el ejército. ¡Para algo era el rey! ¡La responsabilidad era suya, aun cuando muriese en el intento! Thaddeus tuvo que echar mano de todas sus dotes de persuasión sólo para que Aliver bajara el tono de voz. Invocó sus prerrogativas como canciller y la responsabilidad que suponía el cargo que ostentaba. Castigó a Aliver, con el argumento de que las órdenes procedían directamente de Leodan, y añadió que atenerse a ellas constituía un honor para ambos. El caso, no obstante, es que no fue la persuasión sino la fuerza lo que consiguió disuadir al príncipe, que fue escoltado, junto con los otros chicos, por los guardias marah, quienes dejaron claro que obedecían las órdenes del rey tal como se las transmitía el canciller. Fue así como Aliver se vio obligado a aceptar su momentáneo exilio, aun cuando lo consideraba insultante.

Más tarde aquel primer día en el mar apareció ante sus ojos el Cabo Fallon. Era una costa de farallones a punto de desmoronarse, por encima de la cual se extendía un paisaje de suaves ondulaciones cubiertas de hierba y salpicadas aquí y allá con los colores de las flores silvestres invernales. Dariel permanecía sentado al lado de Mena cerca de la popa del barco. Ambos compartían una bandeja de sardinas picantes sobre unas galletas. Dariel las picaba más que las comía, tratando con la punta de un cuchillo de separar las delicadas espinas de la carne y recogéndolas en un montón que a veces recogía con la hoja y arrojaba por la borda. Algo en todo aquello llenó a su hermana de amor por el muchacho. La sensación intensificó en ella el poder de la nostalgia de algo ya perdido, como si no estuviera sentada a su lado en aquel momento, siendo todavía su hermana en todo, como él era su hermano en todo. Se preguntó por qué lo miraba con una emoción que sugería que ya nada era así.

Aliver se acercó despacio a ellos, llevando bien a la vista la antigua espada de Edifus, la *Confianza del Rey*. Le estaba demasiado grande, un extraño apéndice más incómodo que útil. Estaba haciendo todo lo posible para sacudirse de encima su enfurruñada cólera y recuperar la apariencia de control. Mena hubiera querido

abrazarlo por ello, pero sabía que a él no le habría gustado que lo hiciera.

—Nos estamos acercando a las minas —dijo, señalándolas con un movimiento de la cabeza—. Trabajan en ellas unos criminales como castigo. Hay una todavía más grande en Kidnaban y una cadena de ellas en Senival.

Mena estiró el cuello para mirar por encima de la barandilla. Mientras rodeaban un promontorio, el sol inclinado dejó el paisaje en suficientes sombras y puntos de luz como para que ella tardara un momento en configurar la escena. Las grandes sombras de la tierra eran en realidad toda una serie de enormes pozos. Estaban abiertos al cielo, pero ella no podía adivinar su profundidad, pues sólo podía ver la muralla más lejana que estaba entrecruzada por cortes y líneas. Unos faros brillaban allá arriba, unas hogueras encajonadas en cristal que fracturaba y amplificaba la luz, enviando unos brillantes fragmentos al cielo. Por el aspecto que ofrecían, el trabajo no terminaría al morir el día. Se preguntó cómo era posible que hubiera tantos criminales, tantas personas insensatas capaces de robar o perjudicar a otras. Quizá cuando ella fuera mayor podría hacer algo al respecto. Viajaría en nombre de su padre y exigiría que aprovecharan mejor las oportunidades y no perdieran la prolongada paz de que disfrutaban en acciones mezquinas e insignificantes.

Pasaron la noche al amparo de Kidnaban y el Continente. A la tarde siguiente el navío se acercó al puerto de Crall, en la costa norte de Kidnaban. Por la noche, en la modesta comodidad del recinto del presidente en la colina que miraba a la ciudad de abajo, se reunieron con Crenshal Vadal. No era un hombre muy digno de ver. Por debajo del labio inferior, su rostro terminaba bruscamente. Se deslizaba hacia atrás sobre el cuello en una neta línea diagonal. Hablaba con rígida formalidad, pero al mismo tiempo parecía desear encontrarse en otro lugar completamente distinto, como si todo su cuerpo quisiera retroceder y perderse a la vuelta de una esquina. Mena observó que transcurrían unos cuantos minutos antes de que el hombre expresara sus condolencias por el destino de Leodan, y ella sospechó que uno de sus ayudantes le había recordado que lo hiciera con un gesto de su rostro.

Durante la cena, Crenshal les facilitó más detalles acerca de su destino. Simplemente tendrían que permanecer encerrados en una parte del recinto del presidente. Eso era todo. Estaban allí para esperar. No recibirían visitas porque nadie tendría que saber dónde estaban. Thaddeus les enviaría regularmente mensajes sobre cualquier cambio o evolución que se pudiera producir. No enviarían ni recibirían cualquier otra noticia. Tampoco sería prudente que visitaran la ciudad inferior. Sería una existencia sencilla, lejos de la antigua opulencia de Acacia. Lo único que Crenshal podía ofrecer eran las estancias llenas de corrientes de aire de un edificio destinado al personal de la gestión y administración de las minas, comida sencilla y el placer de su compañía. Esto último lo dijo en broma, pero con un vigor tan incompleto que resultó insípido.

Aliver añadió que deseaba ser mantenido al día de todos los acontecimientos. Hablaba en tono altanero, como si lo hiciera desde una posición de autoridad distinta de la de sus hermanos. Mena miró a su alrededor, preguntándose si los demás se habían dado cuenta de la mal disimulada incertidumbre de Aliver. Éste temía que lo estuvieran echando fuera de los acontecimientos y excluyendo de la toma de decisiones. Se encontraba en un limbo: más que el príncipe que había sido hasta unas pocas semanas atrás pero ciertamente no el rey que esperaba ser. A los ojos de Mena, aún tenía que llegar a un acuerdo con su situación.

Suavizó el tono de su voz al preguntar:

—¿Tenéis caballos que nos podáis prestar? Tendríamos que salir y explorar la isla. Nos sentará bien a todos un poco de aire fresco en los pulmones.

Dariel estaba a punto de apoyar con entusiasmo su sugerencia cuando intervino el presidente:

—Me temo que no podréis hacer un recorrido por la isla. Es... bueno, es vuestra seguridad lo que más importa, príncipe. Los placeres como la equitación se tendrán que olvidar de momento. Seguramente el canciller ya os habrá explicado todo eso.

—¿Y qué me dices de las minas? —preguntó Aliver—. Me gustaría inspeccionarlas. No necesitamos dar un espectáculo ni...

—¿Inspeccionarlas? —Parecía que Crenshal jamás hubiera oído aquella palabra—. Pero... joven príncipe, eso también es imposible. Las minas rebosan de degenerados. Y de todos modos no tienen nada de interés para vos. Encontraremos diversiones para vos dentro del recinto. Vosotros los jóvenes no os aburriréis. Os lo prometo.

Sin embargo, en el transcurso de los pocos días siguientes, todo ello resultó absolutamente falso. Apenas vieron al presidente. Éste cenaba con ellos todas las noches, pero por lo demás permanecía ausente todo el día y dejaba a los chicos con muy pocas ocasiones de distraerse. Los funcionarios y administradores del recinto habían sido colocados en otra residencia, dejando los sencillos corredores y las habitaciones ocupados por los ecos. Mena jamás había visto ni a uno solo de aquellos fantasmas, aunque en su habitación habían quedado los reveladores signos de que alguien había abandonado precipitadamente el lugar; un frasco medio vacío de perfumado aceite junto a una jofaina, un solo calcetín debajo de su cama, una uña de dedo de un pie en el suelo al lado del tocador.

Los juegos de tablero los ayudaron a pasar las primeras tardes. Los libros de la colección del antiguo presidente —Crenshal no sentía el menor interés por la literatura— les ofrecieron un poco de diversión al tercer día en que Dariel convenció a Aliver de que leyera en voz alta al grupo una colección de poemas épicos. El chico estaba entusiasmado, pero Mena no podía evitar pensar en su padre. Corinn puede que experimentara algo similar. Se levantó bruscamente y se retiró sin dar ninguna

explicación. Corinn apenas había hablado desde que abandonaran Acacia. Cuando lo hizo, habló en tono plano y prosaico, como si no viera nada insólito en sus circunstancias.

Lo más cerca que estuvieron de mantener una conversación significativa ocurrió la tercera tarde. Corinn entró en la sala común en la que pasaban buena parte del día y miró a su alrededor con ojos de pesados párpados. Mena se sorprendió cuando Corinn se acercó a ella, se dejó caer a su lado en el sofá y exhaló un suspiro de aburrimiento.

—¿Habéis oído? Uno de los soldados ha dicho que dos hombres habían sido sorprendidos cuando intentaban abandonar la aldea. Dijo que iban «bien pertrechados» y los demás se rieron y dijeron que les había estado bien merecido. ¿Qué creéis que eso significa?

—Estoy segura de que significa que los castigaron —dijo Mena.

—¡Pues claro que significa eso! —replicó Corinn en tono cortante—. Siempre dices lo más obvio. Castigados, ¿cómo? Eso es lo que yo preguntaba.

—Yo no digo lo más obvio —dijo Mena, temiendo que aquella inesperada interacción estuviera a punto de agriarse.

Si alguien decía lo más obvio era la propia Corinn.

Corinn emitió un sordo ruido gutural, una especie de quejumbrosa protesta.

—Todo es tan extraño aquí, Mena. Nada es lo que tendría que ser. No puedo soportar la manera que tiene la gente de mirar. Parecen... parecen tontos, como si tuvieran el cerebro de animales y no de personas. Quiero ir a casa. Aborrezco este limbo. Tengo mucho que hacer. Cosas importantes.

—¿Como qué? —preguntó Mena, procurando modular la voz de una manera que no resultara ofensiva.

En cierto modo lo consiguió. Corinn la miró de soslayo.

—No lo entenderías.

Al cuarto día, cuando un criado del presidente les llevó unos dados para jugar a unos ratones que corrían, Mena fingió sinceramente divertirse dentro de las desnudas paredes del edificio. Contaba los días justo con la misma precisión que Aliver, ambos esperando las siguientes noticias de Thaddeus, esperando que éste los llamara a casa. Pero cuando llegó el primer escueto y críptico mensaje del canciller, no se produjo en su vida ningún cambio. La situación era todavía inestable, escribía. Tenían que quedarse donde estaban. Les prometía alertarlos de cualquier cambio, pero no les facilitaba ninguna indicación de lo que había ocurrido desde que ellos se fueron. Ni una sola noticia de la guerra. Ninguna indicación acerca de si la situación era mejor o peor que antes.

Mena observó una tarde una oscura capa en el cielo y temió que su presagio hubiera llegado en cierto modo al mundo en forma física. Había sombras en el aire, formaciones de nubes que se desbordaban y fluían por encima de unas bajas

corrientes de aire. Contemplándolas a través de la ventanita de su habitación, se dio cuenta de que siempre habían estado allí. Simplemente no se había parado a estudiarlas antes. El cielo no estaba encapotado tal como había pensado antes. Más allá de la evasiva oscuridad se extendía una pantalla de color azul pálido, clara hasta el cielo. Qué extraño, pensó. En aquella primera mirada no pudo evitar apartar los ojos, aquellas formas del cielo se parecían demasiado a heraldos del mal, demasiado a remolinos y corrientes que podían convertirse en algo más siniestro si ella las mirara demasiado.

Al despertar a la mañana siguiente, se acercó a la ventana antes de hacer cualquier otra cosa. Los oscuros vapores seguían allí, claros y evidentes ahora que ella había aprendido a verlos. Incluso se volvieron más pesados hacia el anochecer. Cuanto más miraba, más era consciente de la presencia de las nubes de una miríada de maneras distintas a su alrededor. Casi siempre se desplazaban con las corrientes que ella no podía percibir, pero en los momentos de quietud unas partículas de ellas caían a su alrededor y se posaban en espacios planos y se acumulaban en los ásperos perfiles de las paredes. Era una forma de polvo, tan liviano que se movía propulsado por soplos de aire. Sintió en sus mejillas y sus párpados el contacto de unos minúsculos cristales que se congregaban en su frente. Los saboreó en sus pulmones, una arenilla que inhalaba con cada acto respiratorio. Estaba en todas partes. Se sorprendió de que hubiera tardado tanto en darse cuenta.

Mena le preguntó a la sirvienta que le cambiaba la ropa de la cama si ella lo había observado. La chica no pareció alegrarse en absoluto de que le hablaran. Casi retrocedió para abandonar la estancia.

—Princesa, lo que estáis viendo es el polvo que se levanta de las minas. Viene del trabajo, eso es todo.

Mena preguntó si las minas estaban cerca y la joven asintió con la cabeza. Justo más allá de las montañas por encima del recinto, explicó. Pues entonces, ¿dónde estaban los trabajadores?, preguntó Mena. ¿Por qué no había visto ninguna señal de que existieran las minas?

—Habéis visto una señal. La leéis en el aire. Pero para vos hace falta que sea algo más real que eso. ¿Los trabajadores? No lo sé, señora. A lo mejor, no hay trabajadores. No soy yo quien tiene que decirlo.

La joven aprovechó la pausa mientras Mena lo pensaba para retirarse sigilosamente de la estancia. Un comportamiento molesto. Un criado no se tenía que retirar cuando participaba en una conversación. Por otra parte, la audacia de la mujer al retirarse puede que fuera lo que inspiró las propias acciones de Mena unas cuantas horas después.

Abandonó el recinto mucho después del anochecer, protegida por una capa que había encontrado en su armario. Evitó al guardia apostado delante de su puerta,

saliendo por la ventana, saltando al patio de abajo y después abriendo la verja de la libertad. No llevaba consigo ninguna luz, pero la luna brillaba en lo alto del cielo y, aunque estaba nerviosa y alerta a cualquier sonido, no tuvo apenas dificultades en seguir los caminos tan blancos como los huesos que se alejaban del recinto.

Tuvo que pasar junto a otro guardia un poco más camino arriba. Intuyó los detalles de su cuerpo, la posición de su cabeza y la probable dirección de su mirada. Se aspiraba incluso un olor a moho en la ráfaga de aire que soplabla hacia ella... el olor del guardia. Siguió caminando, se agachó entre las hierbas, sintiendo con las manos y los pies, y encontró un pliegue en el paisaje que la llevó más allá del soldado.

Oía constantemente sonidos que le aceleraban los latidos del corazón: el crujido de su capa; la manera en que la presión de su propio peso provocaba que los granos de arena se desplazaran y contestaran; la explosión de sonido cuando un roedor, sobresaltado por su cercanía, huyó. En ningún momento dejó de esperar que el hombre le diera el alto. Había oído decir anteriormente que era difícil viajar en silencio de noche y que los guardias marah estaban adiestrados para percibir cualquier irregularidad en los sonidos nocturnos. Ahora se preguntó quién lo había dicho. Pues, a pesar de su rápida respiración, a pesar de la violencia que el más mínimo de los sonidos ejercía en sus oídos, a pesar de que las pantorrillas le dolían a causa del esfuerzo de la extraña postura agachada de su paso, en realidad, su fuga no le resultaba tan difícil. Siguió avanzando y muy pronto se encontró más allá de él, subiendo hacia el camino principal. Sus pies, sus manos, sus dedos y sus músculos parecían saber qué hacer por su propia cuenta. Estaba medio a punto de sentarse en el suelo para meditarlo, pero aún tenía que alcanzar el objetivo que se había propuesto.

Una serie de escaleras se alejaban del recinto. Éste se había construido hundido en la ladera de la montaña de tal manera que ella podría seguir adelante sin temor a que la vieran. La escalera terminaba al llegar a un camino de piedra. Lo cruzó y subió por un terraplén del otro lado, agarrándose a puñados de alta hierba.

En realidad, la subida sólo duró unos minutos, pero, aun así, fue un alivio sentir que el ángulo de la cuesta se suavizaba y ver que no había nada por encima de ella. Se irguió en toda su estatura para ver el paisaje de más allá. Sabía lo que se suponía que había allí, justo lo que había inspirado su curiosidad, la razón —si es que había alguna— de aquel viaje nocturno. Y, sin embargo, no estaba preparada para lo que vio.

Lejos estaba la silenciosa noche al otro lado del cerro a su espalda. La luna no se veía por ninguna parte y tampoco el claro cielo bajo el cual ella había viajado hasta entonces. En su lugar, la tierra parecía contenida bajo una fluida y ondulante corriente cargada de polvo, un hirviente movimiento semejante a una nube. Por debajo de él se abría un pozo de gran tamaño, enorme y provisto de muchas bocas. Ocupaba toda la

vista que tenía delante, un cráter de excavada desolación, distinto de cualquier cosa que hubiera visto o imaginado antes, lleno de un pulsante, cacofónico y enfurecido clamor.

Estaba contemplando el borde norte de las minas de Kidnaban. Su contemplación le causó el mismo tipo de horror cuya existencia había olvidado, el mismo temor que había sentido cuando una estúpida criada le había contado la historia de una demoníaca raza de personas que vivían en el interior de una humeante montaña y alimentaban los fuegos que había dentro con niños malos arrancados de sus camas. Como en su imaginación, cientos de hogueras distintas iluminaban el lugar. Planchas de curvado cristal colocadas alrededor de unas calderas de ardiente aceite arrojaban rayos hacia el cielo. A la luz de éstos pudo distinguir la confusión de las líneas entrecruzadas en diagonal que ella había visto en el Cabo Fallon. Pero ahora estaba mucho más cerca. Las líneas se movieron cuando ella miró, desconcertada por una forma de movimiento apenas perceptible. Pensó que debía de ser un efecto de la luz. Tardó un momento en comprender que era algo más que eso.

Las líneas eran escaleras y repisas, anchos caminos para maquinaria, rampas y sistemas de escaleras de mano de varios pisos de altura. Los objetos que se movían no eran engaños de la luz. Eran personas. Cientos de ellas. Tan pequeñas que no se podían percibir como individuos sino que adquirirían forma sólo por su movimiento colectivo, tal como una hilera de hormigas parece desde lejos un solo ser. Puede que hubiera varios centenares. Miles era más probable. Decenas de miles. Y hasta eso puede que sólo fuera una pequeña parte del número. No tenía ni idea de lo grandes que eran las minas, cuánta parte de ellas estaba oculta a la vista.

Se acercó un poco más al borde y después se colocó boca abajo para contemplar todo aquello. Cuando estiró el cuello para mirar por encima del borde, se quedó helada al ver que justo debajo de ella, a unos veinte o treinta palmos, discurría una avenida abierta en la piedra. Estaba llena de obreros. Transportaban objetos a su espalda, sacos sobre los hombros, su piel y las prendas que vestían eran del mismo color negro grisáceo que la mina, iluminado por la rojiza luz y perfilado por la sombra.

Hacia el sur se levantaba una torre y más allá de la misma, otra. Se elevaba gruesa y achaparrada, cubierta por un tejado que parecía una seta, adornada con la insignia dorada de la estirpe Akaran. Era el símbolo de su familia, el árbol de Akaran, la silueta de una acacia contra el repentino resplandor amarillo del sol. Era su símbolo. Era una forma que ella había garabateado miles de veces sobre la superficie de mesas y en servilletas.

Por debajo del tejado había unos balcones ocupados por personas que se movían. Mirando hacia el sur a lo largo del borde de la mina vio otra atalaya, y más allá, alrededor del borde del pozo, muchas otras atalayas. Las figuras eran centinelas,

guardias. Muchas de ellas eran arqueros. Podía distinguir su manera de estar allí tranquilamente con sus arcos cerca de su presa, cada uno de ellos con una flecha preparada para ser arrojada. No hubiera tenido que ser una sorpresa. A los criminales había que vigilarlos. Pero eran tantos... Se veían muchas atalayas en la distancia, las más lejanas eran unas simples formas bulbosas en el horizonte. Los diminutos obreros que había debajo de ellas no tenían ninguna posibilidad de escapar, ninguna alternativa más que la de doblar el espino a lo que prometía ser un esfuerzo interminable.

Sus ojos, tras haber perdido la voluntad de contemplar aquel inmenso escenario, se desplazaron por su cuenta y se posaron por las líneas de móviles formas que había justo debajo de ella. Su contemplación producía una sensación inquietante. Parecían agotadas. Caminaban con las cabezas agachadas. Ninguna hablaba con otra. Ninguna levantaba los ojos al cielo. Cuanto más ella miraba, tanto más creía poder ver los rasgos individuales y los atributos, las formas de los rostros y la disposición de las clavículas muy poco cubiertas de carne. Debido a aquella creciente intimidad, se dio cuenta de que lo más angustiante de todo no era su tambaleo ni su abatido aspecto ni su reducido tamaño comparado con el proyecto que los unía. Había otra razón por la cual la fila parecía tan irregular a sus ojos. Había niños entre los obreros. Cada tercera o cuarta persona que veía era un niño no mayor que ella, alguno no más alto que Dariel. Aquello era demasiado para soportar.

Otra vez bajo el fresco aire nocturno, Mena bajó unos cuantos pasos hacia el recinto. Se tumbó de espaldas. No podía regresar al recinto con alguna señal de lo que había visto escrita en su rostro. No tenía que haberlo visto. Ninguno de ellos tenía que haberlo visto. Estaba claro que el mundo no era lo que a ella la habían inducido a creer. Pensó en su padre en sus momentos más melancólicos. ¿Era ése el motivo? Aquello era una mina acacia. Era una mina de su padre. Pertenece a su familia. Aquella gente, aquellos niños... trabajaban para ella. Eran unos seres que arrancaban a sus niños de la cama y los enviaban como combustible de las hogueras del mundo. Trabajaban en su nombre. Se preguntó si aquella errante niñera de años atrás lo sabía. ¿Era por eso por lo que se sentía con derecho a asustarla, a burlarse de ella y a corromper sus sueños?

Regresó al recinto justo a tiempo. Acababa de entrar en su habitación y se había quitado la capa cuando una brusca llamada a su puerta rompió el silencio previo al amanecer. Los iban a trasladar, dijo una voz que ella no reconoció, hablando a través de la puerta. Era muy urgente que la trasladaran.

—Princesa, vuestra seguridad depende de ello.

¿Por qué no reconoció la voz? No era ninguno de los marah que los habían escoltado, ni un criado ni nadie a quien ella recordara del entorno de Crenshal. Y, si embargo, estaba completamente segura de que hablaba con sinceridad. Su seguridad



dependía de ello. Recogió su capa y miró a su alrededor, preguntándose si tenía que tomar alguna disposición para que le llevaran sus cosas. Pensó que se lo preguntaría a quienquiera que la hubiera llamado, pero cuando abrió la puerta se sintió extrañamente preparada para cruzarla tal como estaba, todavía arrebolada después de haber estado fuera, con la capa colgada del brazo, preparada. Simplemente preparada.

No sabía que cruzando aquella puerta dejaba una parte de su vida a su espalda para siempre. No sabía que en los años venideros no volvería a posar los ojos en sus hermanos, su hermana o cualquier otra persona que hubiera conocido hasta entonces. No hubiera podido imaginar que cruzar aquel umbral era equivalente a entrar en la oscuridad, desaparecer del mapa, salir de su piel, lejos de su hogar, su país y su nombre, y entrar en otra vida completamente distinta.

### **Fin del libro primero**



# **LIBRO SEGUNDO**

## **EXILIOS**



Pocas personas que lo hubieran conocido en la flor de la edad habrían reconocido al hombre que subía por el camino de tierra desde la aldea de montaña de Pelos. Caminaba llevando consigo el aroma de las cabras, un intenso olor de sudor de caballo adherido a su ropa, con mugre de pollo incrustada bajo las uñas, y plumas mezcladas con su mata de cabello y su barba. El aliento le apestaba a vino. Cuidaba de los animales de la taberna de la ciudad. Era un trabajo de mendigo o de niño, un trabajo con el que se podía tropezar y que podía atender, haciendo pausas para tragar de una bota de vino que cada día ofrecía confusos sabores de clarete. Poco había en su aspecto que traicionara al hombre que antaño fuera. Ni siquiera utilizaba su nombre. En determinado momento de cada día lo musitaba en voz alta. Necesitaba oírlo flotar en el aire como un débil acto de desafío, pero eso no era para que lo oyeran otros oídos humanos.

Aquel anochecer se detuvo en un afloramiento rocoso justo fuera del camino. Aquí y allá retazos de vapor se deslizaban a través de los valles como fantasmagóricos proyectiles sobre un húmedo suelo de bosque. Un amarillo punto de luz se movía por la lejana ladera de una colina. Debía de haber sido un comerciante con su lámpara encendida a modo de protección contra los espíritus. Aquella gente de la montaña era supersticiosa, temía la noche y las criaturas que patrullaban por ella. El hombre no sentía tales temores. Una parte de él deseaba la muerte bajo las garras de un planeta ficticio o ser llevado en cautiverio por un demonio del bosque. Cualquiera de ambas cosas era un destino, pensó, más trascendente que su existencia diaria. Ya no vivía en absoluto en sus horas conscientes. Si una fuerza brutal de la naturaleza lo olfateara y le arrancara la cabeza de los hombros de un mordisco, sólo lamentaría la pérdida de su vida de sueños.

Estaba a punto de dar media vuelta y subir por el camino hacia la choza que le servía de hogar, llamado por la sorda sensación de hambre que últimamente lo definía. Antes de irse murmuró:

—Leeka Alain. Soy Leeka Alain. No estoy muerto. No me han matado.

Leeka Alain, antes un general de la más rebelde provincia de Acacia. Ahora ya llevaba varios años sin el menor propósito. Todos sus esfuerzos en el helado Norte, su única supervivencia de aquella primera emboscada numrek, su penosa experiencia

con la fiebre y aquel solitario viaje que emprendió en busca de las huestes enemigas: todas aquellas cosas ya habían quedado a su espalda. Se habían reducido a nada. La idea de que, a lo mejor, tendría una crucial tarea que cumplir había sido equivocada. Se había apartado tropezando del Borde Methaliano nueve años atrás a lomos de aquella lanuda montura con cuernos, creyéndose portador de una noticia apocalíptica.

Encontró una tierra ya en guerra, ya sufriendo toda una variedad de ataques; su rey muerto, Aushenia aplastada por los numreks, los candovios provocados a la rebelión por Maeander y el poder militar de Acacia desgarrado por una enfermedad que la convertía en blanco fácil para la matanza. En muchos sentidos Hanish se aseguraba la victoria en los Campos Alecios. Leeka no estaba allí aquel día, pero llegó poco después para ver una alfombra de cadáveres putrefactos, salpicados de moscas, buitres y toda suerte de animales carroñeros.

A las semanas siguientes, los Campos vieron una progresiva carnicería que desbordó el campo de batalla y se extendió a todos los senderos y patios, templos y monumentos del país. Parecía que la furia del Mein no acabaría hasta que todos los acacios cayeran sobre ellos con su acero. Otras naciones, temiendo semejante destino, se aliaron cada vez más fielmente con el Mein: los clanes de Candovia jamás habían estado más unidos; Senival opuso una galante y breve lucha antes de posar sus hachas; y el archipiélago de Vumu pidió la paz antes incluso de que cualquier golpe se abatiera sobre ellos. En Aushenia apenas quedó resistencia. Que un imperio que se había mantenido tanto tiempo unido cayera tan rápidamente desconcertó a Leeka. Fue como si todos los años de resistencia no significaran nada. Todas las alabanzas y los homenajes derramados sobre Acacia se desvanecieron en un instante, sustituidos por el fuego de una animosidad largo tiempo conservada.

Sólo Talay, con sus amplios recursos, resistió contra el Mein incluso después de que el Continente y Acacia fueran aplastados. No estuvo claro si lo hicieron por la causa de Acacia o porque deseaban forjar su propia independencia. Hubieran podido dejar Acacia —tal como había hecho todo el mundo—, optando por luchar en su propio beneficio. Leeka no lo había pedido y no se había preocupado. Estaban combatiendo contra Hanish Mein y la horda numrek. Eso era lo que importaba. Él había corrido a reunirse con ellos. Había disfrutado de la oportunidad de luchar contra los numreks.

Muchos dedujeron que los numreks no podrían combatir más allá de las regiones norteñas. Ni siquiera parecían apropiados para el suave clima de Acacia. Pero, al llegar al soleado Talay, se despojaron de sus pieles y sus capas y emergieron como unas criaturas grotescamente blancas. Eran más temibles por la longitud de sus extremidades y las estrías de sus músculos y el oculto tamaño de sus manos y sus pies. Expuesta desde el primer día al sol concentrado, la piel se les ampolló y peló como carne sobre las brasas. Durante las primeras batallas parecía que hubieran

caminado a través de las llamas. Trozos de piel se les desprendían. Mechones de cabello se les caían del cráneo.

Seguro, pensó Leeka, que no podrían andar por allí tan colorados y rebosantes de vida. Pero lo hicieron. Luchaban como locos. De pie entre la carnicería, su aspecto era peor que el de los cadáveres que los rodeaban, pero jamás cayeron como no fuera a causa de las más graves heridas. En cuestión de unas semanas empezaron a recuperarse.

Su piel adquirió tonalidades más oscuras y se volvió más tensa sobre los músculos. Esta vez se les volvió a pelar, no con tanta fuerza, pero con la siguiente curación maduraron todavía más. No tardaron en caminar con orgullo sobre la tierra, desnudos exceptuando una falda que hombres y mujeres vestían por igual. Para desánimo de los talayos, los numreks jamás habían parecido más sanos y fuertes que en su cobriza desnudez. Al llegar el solsticio de verano, danzaron un homenaje a la longitud del día y a la fuerza del sol. Una nueva conjetura se extendió. Los numreks no eran las criaturas del Norte que todo el mundo creía. Debían de haber sido en otros tiempos una raza tropical. A lo mejor, habían sido empujados al exilio en el norte y sólo ahora regresaban a su clima preferido. Ante su ataque, Talay se rindió pieza tribal a pieza.

La gente decía que Hanish Mein buscaba la absoluta destrucción de cualquier señal de todo lo de Acacia. Decían que, a pesar de lo que eran los tunishnevre, Hanish destruiría cualquier señal de la raza que habían conquistado. Pero, en cuanto se estableció la paz, Hanish se dispuso a asegurar el imperio de una manera tan razonable como sorprendente. No dañó la arquitectura acacia. Conservó todo el esplendor de Alecia, Mail y Aos. No tocó ni una piedra ni una estatua de Acacia excepto las de Tinhadin, que derribó y convirtió en añicos. Mandó cortar y arrancar la piedra negra de Scatevith de la muralla exterior de Acacia y trasladarla al palacio de Acacia, y la colocó como un monumento en el lugar donde antes habían estado los monumentos en homenaje a Edifus y Tinhadin. Pero sobre todo llenó todos los lugares acacios con su propia gente, añadiendo sus reliquias a las que ya estaban allí. Colocó todas las cosas meins encima de las acacias y pareció acoger de buen grado los aspectos del derrotado manto del imperio. En lugar de dismantelar el sistema de gobierno y el comercio acacio, se apoderó de ellos y los adaptó a sus propios objetivos.

Nada de todo eso enfrió el ardor del odio de Leeka, pero al final éste ya no pudo luchar más. Todos sus aliados habían muerto, depuesto las armas o habían huido a esconderse. Su enemigo dejó la conquista a cambio de tareas de reconstrucción, atrincherarse y administrar sus nuevas riquezas. Si Leeka hubiera sabido con toda seguridad lo que sería de su vida, se habría inclinado sobre su espada y se habría sacado las entrañas. Pero no lo sabía. Un día se deslizaba hacia el siguiente con todas

sus pequeñas importancias, acrecentadas día a día.

Recorrió el imperio. Perdió o abandonó los arreos de sus caballerías, cambió su túnica por comida, la daga por vino, perdió el yelmo por una noche de vapor, su aspecto era el de cualquier otro veterano de guerra. Iba desgredado, extraviado, tal vez con la mente vacía por dentro, evidentemente inofensivo para los militares meins que ahora controlaban como policías buena parte del Mundo Conocido. Siempre había sido un hombre aficionado al vino. Después de la guerra, ya no disfrutaba de la bebida —en su embriaguez no había ningún regocijo como el que antes había disfrutado—, pero bebía alcohol como si fuera agua para beber. Hubiera podido tener una muerte de borracho y conformarse. Lo salvó la introducción de una nueva adicción.

El vapor abundaba más en todo el Imperio mein que durante todo el reinado Akaran. Estaba por todas partes, constante como el pan o el agua, más barato que el vino candovio. Una noche, cuando no tenía nada que hacer inhaló una pipa. ¡Qué revelaciones! Con el vapor dentro, comprendió que se había equivocado. No era un fracaso. La guerra no había terminado. No, en realidad él no era un solitario apóstol del maldito castigo. Había matado antes a numreks y lo volvería a hacer. Se tumbó y vio las imágenes allí arriba delante de él, arrojadas a la pantalla del cielo nocturno. Caminaba por Aushenia con una espada en cada mano. La tierra no había visto a nadie como él desde hacía siglos. En determinado momento la visión ya no fue tal como él imaginaba. Él vivía dentro de ella. Sintió tierra bajo sus pies y el aire que penetraba en sus pulmones. Recorrió mil leguas y luchó hasta que la cara se le quedó colorada y chorreando sangre de los numreks, con sus puños tan adheridos a sus espadas que el acero era una extensión de su ser. ¡Cuánto daño causó! Qué santa matanza de castigo desató.

La primera mañana se despertó con unos sueños tan angustiosos que se encontró con un cuerpo debilitado que no era el de un héroe. Hubiera podido despreciar la droga y maldecirla, sólo que no pudo evitar el lento latido del vapor que quedó después, con la prometida posibilidad que encerraba su visión. El vapor era muy real. Era íntimo en todos sus detalles, más vivo que la vida. No, era táctil y real como la vida que él llevaba ahora.

Había prohibiciones acerca del uso de la droga durante el día, las horas de trabajo. El hecho de que un soldado del Mein lo encontrara a uno envuelto en la bruma del vapor lo podía encerrar y privar de la sustancia... que era el castigo que todos los devotos temían. Mucho antes Leeka se había comprometido a este acuerdo... Trabajaría de día borracho entre los animales para ganarse las pocas monedas que necesitaba para soñar de noche con el vapor. En eso se convirtió como uno de los muchos millones de individuos del Mundo Conocido. Nunca se dio cuenta de que le estaba ocurriendo, nunca puso en tela de juicio esta faceta de la vida. Jamás pudo

decir en qué momento se rindió a ello por completo. El vapor exige una plena devoción; Leeka, que ya no creía en ningún dios, aprendió a adorar en un nuevo altar.

Era en eso en lo que estaba pensando mientras se acercaba a la oscura choza en la que pasaba las noches. A veces un poco más temprano se había sacado del bolsillo un paquete de hilos y había salido a pasear, acariciando las fibras con los dedos. Una vez dentro, sólo habría tardado unos minutos en prepararlo, después inhalaría, inhalaría e inhalaría...

Leeka se detuvo en seco y se quedó inmóvil. Intuyó algo, otra cosa que respiraba muy cerca, pero escondida. Pensó en los depredadores de la montaña nocturna y pensó que si esa cosa fuera uno de ellos, probablemente él ya estaría muerto.

—Perdóname —dijo una voz—. No quería sorprenderte. —Una figura encapuchada se apartó de las sombras junto a la cabaña y salió a la luz de la luna, con los brazos levantados en gesto de inocencia—. De hecho, tú me has sorprendido a mí acercándote con tanto sigilo.

El tono del hombre era amable, pero a Leeka no le gustaba hablar con gente encapuchada, sobre todo si emergían de las sombras de su choza de noche y le cerraban el paso. Trató de comunicarlo con toda la intensidad de su mirada.

—¿Eres Leeka Alain? —preguntó el encapuchado.

La pregunta pilló a Leeka desprevenido. Su primer pensamiento fue que el hombre debía de haber oído hablar de él en el afloramiento, pero eso no era posible de ninguna manera. Se volvió a guardar las fibras de vapor en el bolsillo.

—¿Eres Leeka Alain, el que mandaba el ejército de Leodan en el Mein? ¿Leeka Alain al que algunos llamaban el Jinete de la Bestia?

El acacio del hombre era fluido y estaba hablado como lo hubiera hecho un nativo de la isla. Leeka llevaba mucho tiempo sin oír hablar aquella lengua tan perfectamente. ¿Quién podía hacer aquella pregunta en semejante lengua? Probablemente sólo un hombre que deseara oírle confirmar su identidad antes de matarlo.

—¿Eres tú el que afirma haber sido el primero en matar a un numrek?

—No —contestó Leeka, hablando el dialecto de montaña de aquella zona—. Yo no soy ese hombre.

La figura encapuchada no se movió. Era una estatua que casi se mezclaba con los rasgos de la noche. Por un momento, Leeka se preguntó si estaría alucinando. A lo mejor, la estatua siempre había estado allí, pero él se había olvidado de ella. O, a lo mejor, no era ninguna estatua en absoluto, sino sólo una mala jugada que le estaba haciendo su mente hambrienta de vapor con la luz.

El extraño volvió a hablar, todavía en acacio.

—Esta noticia me duele. Necesitaba los servicios de Leeka Alain. Es cierto que tú no te pareces mucho a él. A lo mejor, estoy equivocado. Siento haberte molestado.

Déjame ofrecerte algo para compensarte mi error. Toma...

La mano se levantó y de ella surgió el parpadeo y el brinco del avance de una moneda arrojada, fulgurante cada vez que su cara captaba la luz de la luna. Los ojos de Leeka no pudieron evitar seguirla. Un truco de ladrón y él cayó en él. Debido a ello no pudo decir después que había visto realmente el movimiento del hombre. Pero sintió el impacto de algo que subía lanzado hacia su abdomen con fuerza suficiente para haberlo traspasado. Una sensación como de un alfilerazo en su cuello liberó un destello de dolor que lo chamuscó como un fuego a través de un arbusto seco. Se encendió pero enseguida se apagó. Mientras la pieza avanzaba, él conservó su consciencia.

Abrió los ojos sabiendo que el tiempo había pasado y su situación en el mundo había cambiado. Recordó la figura en las sombras, su voz, la moneda arrojada al aire, el impacto que la levantó hasta él. Permaneció tumbado un momento con todo eso en la mente, observando cómo sus ojos adquirían claridad y se concentraban en la vigas, toscamente labradas de un techo de madera. Estaban iluminadas por el trémulo resplandor del fuego de la chimenea. Conocía bien el techo, todas sus irregularidades, el nudo que desfiguraba una viga, el encaje de las antiguas telarañas que colgaban de otra. Estaba tumbado en su catre, en su choza, mirando al techo. Qué extraño era todo...

La forma de un hombre se inclinó sobre él.

—Me has mentado, Leeka Alain. No pretendo que tú me sorprendas. No es un momento fácil para hablar directamente con desconocidos, pero hubiera pensado que tú serías más convincente.

El hombre acercó una vela a su rostro. Leeka la miró, totalmente confuso. Vio a un anciano con la piel tan arrugada como el tronco de un árbol, el cabello gris y la barba —a pesar de lo rala que era— entretejida en trenzas al estilo senivalio. Si su cuerpo era tan delgado como su rostro, sería un simple jirón de hombre como cualquier mendigo que pudiera pasar sin ser reconocido por la calle. ¿Cómo habría podido aquella envejecida cáscara de hombre siquiera tocarlo alguna vez? ¿Tan bajo había caído de lo que antes había sido?

El anciano pareció leer lo que estaba pensando.

—No estoy tan decrepito como parezco. Y tú tampoco. En un combate justo no tendría ninguna oportunidad contra ti. Esta cosa que ocurrió aquí... no vayamos a herir tu vanidad de soldado. —Hizo momentáneamente una pausa—. Mírame a la cara, Leeka. Dime que me reconoces. Puede que me recuerdes porque coincidimos una vez en otro momento y lugar en lo que parece otro mundo, realmente.

La comprensión de que lo reconocía la adquirió Leeka cuando las palabras brotaron de su boca:

—Tú eres el canciller... Thaddeus Clegg.



El más veterano de ellos sonrió.

—Dios mío —dijo—, aún hay esperanza para ti.



«Sí —Corinn reconoció finalmente una tarde mientras cabalgaba por el alto sendero que seguía la tortuosa cresta de la loma hacia Havens Rack—, las mujeres meins tienen potencial para la belleza». Bastaba con que uno se acostumbrara a la dura angulosidad de sus rasgos. Tenían aproximadamente una estructura ósea y un temperamento similares en cierto modo a los de los hombres de su raza, pero lo que en sus hombres resultaba cincelado, áspero y apuesto, en las mujeres quedaba un poco torpe. O eso había pensado Corinn durante casi todos los años que había pasado en su compañía. Sólo últimamente se había dado cuenta de que a menudo se comparaba con ellas. No podía decir cuándo se había producido este cambio en sus sentimientos, pero las vueltas que había dado últimamente con su séquito de jóvenes acompañantes meins había influido considerablemente a empujar los sentimientos a la superficie.

Empezó como una orden. Hanish Mein, le dijo un mensajero, solicitaba que la princesa Corinn se pasara las agradables tardes con su prima Rhenna y su cortejo de jóvenes aristócratas, amigas y sirvientes. El mensajero había utilizado la palabra «solicitaba», aunque ambos sabían que «ordenaba» se hubiera ajustado más a la realidad. Y la había llamado «princesa». Todos la llamaban princesa aunque, en realidad, era una prisionera en una isla que antiguamente había pertenecido a su padre. La tenía en un permanente purgatorio precisamente el mismo hombre que había organizado el asesinato de su padre y la ruina del Imperio acacio y de la familia Akaran. Ahora paseaba por los mismos pasillos por los que había paseado toda su vida. Contemplaba las mismas vistas de la parte baja desde el palacio hasta la ciudad inferior y el mar. Muchas noches cenaba alrededor de la gran mesa de la sala central. Pero ya no pertenecía a la familia anfitriona. Otro hombre se sentaba en el lugar que había pertenecido a su padre. La invocación sobre la cena se pronunciaba en otra lengua distinta y pedía la bendición de una amenazadora fuerza colectiva de la cual no conocía nada. Su vida diaria era un equilibrio entre lo que había sido y lo que era ahora y los cantos de cada una se confundían con la presente realidad, envueltas por el recuerdo. Era su propia e incómoda circunstancia, exclusiva suya y especial para ella en comparación con todas las personas del mundo.

Esta tarde Rhenna cabalgaba una montura castaña que debía de haber elegido

para que hiciera juego con su atuendo: una chaquetilla en tonos azul pastel y canela, con una falda hendida que casi parecía un vestido cuando se levantaba, pero que se abría cuando iba montada. Era una pálida muchacha de finos huesos e imperfectas facciones que, afortunadamente para ella, se combinaban creando un efecto agradable. Llevaba el cabello largo, trenzado de una manera que Corinn tardó algún tiempo en distinguir del de los hombres.

Durante los primeros dos años de ocupación, pocas mujeres meins se habían atrevido a salir de Tahalian. Se podía decir que los hombres meins se mostraban posesivos y protectores con sus mujeres. Los meins no eran aficionados a mezclar su sangre con la de otras razas y no podían pensar en ningún pecado más grande que el de que una de sus mujeres diera a luz a un hijo mestizo. No era mucho mejor cuando las mujeres del recién conquistado imperio empezaron a tener hijos más pálidos que ellos, de ojos grises y rasgos más ásperos. Aunque fruncieron el entrecejo, semejante mestizaje resultó imposible de prevenir. Aunque dedicaran a sus mujeres toda suerte de alabanzas, los hombres meins se seguían mezclando con las mujeres extranjeras. Parecían apreciar el sabor, la sensación y la forma de los tonos y las facciones hacia los que proclamaban indiferencia. Hasta Maeander, el hermano de Hanish, se decía que había engendrado a una pequeña tribu de niños. Poco a poco un número cada vez mayor de mujeres meins viajaron al sur para cumplir los papeles de esposas y concubinas y aportar una superior normalidad doméstica a la vida tanto en palacio como entre los soldados comunes, buena parte de los cuales llevaban ahora una existencia singularmente lujosa.

Rhenna sólo llevaba unos meses en Acacia, pero parecía haberse adaptado muy bien al lugar. Uno de sus encantos era su voz, sonora, suave y más apropiada para la lengua acacia que la de la mayoría de su pueblo.

—Hanish piensa que eres guapa —dijo. Lucía un sombrero de malla de ala ancha para protegerse del sol. Miró fríamente a través del encaje—. Pero eso tú ya lo debes de saber. Comprendes a los hombres mejor que yo, ¿verdad?

—He comprendido muy poco durante mi vida hasta ahora —contestó Corinn. Tenía muy poco interés en hablar de idilios y de intrigas palaciegas. Ante todo, no estaba en su corte. Pero, además y más fríamente, semejantes ideas sólo le servían para recordarle su pérdida. Pese a lo cual, se oyó preguntar a sí misma—: ¿Por qué dice que Hanish me encuentra guapa?

—Es evidente, princesa —dijo Rhenna—. Cuando estás en alguna habitación, él no puede quitarte los ojos de encima. En el baile de verano, apenas prestó atención a ninguna pareja más que a ti.

Otra joven, una amiga de la infancia de Rhenna, se mostró de acuerdo. Se volvió en su silla de montar hacia las cuatro mujeres que las seguían y recogió en ellas ecos de la misma opinión.

Corinn se negaba a aceptarlo.

—¡Como si yo hubiera impresionado a alguien aquella noche! Tropezando por ahí como lo hice... Él tuvo que andarse con cuidado, de lo contrario, yo le hubiera hecho los pies picadillo. Vuestros bailes no tienen ningún sentido para mí.

Rhenna lo pensó un momento, balanceándose con el fácil movimiento del paso de su caballo y después dijo:

—Tropiezas con mucha más gracia que la mayoría.

Corinn intentó varias veces rechazar las alabanzas de Rhenna, pero la joven siempre encontraba la manera de rehusar sus protestas y sus brillantes frases. Al final, Corinn se calló, derrotada en su afán de devaluarse a sí misma. Y, además, ¿qué significaría toda aquella admiración hacia ella? La habían admirado en los años anteriores a la guerra hombres y mujeres mucho más refinados que aquellas muchachas. Conocía su situación mucho mejor que ellas y nunca estaba enteramente segura de si eran conscientes de la falsedad que teñía todo lo que ocurría entre ellas. Sabía que ella era un trofeo exhibido para el placer de los meins y para la edificación de los súbditos del nuevo rey. «Aquí —decía su presencia—, hay una prueba incontrovertible de que el imperio que precedió a los meins ha sido derrotado. Observad cómo se sienta a nuestra mesa esta Akaran. Sus modales, su belleza, su refinamiento. Observad y recordad qué poderosos eran los Akaran y cómo han sido ahora azotados, domesticados y domados por completo». Esto era lo que había reforzado diariamente la presencia de Corinn. ¡Qué pena tan grande! Su vida sufría muy pocas penalidades físicas, ningún esfuerzo, todos los lujos y casi todos los privilegios que ella había conocido. Y, sin embargo, se sentía constantemente por encima de los demás, tan poseída y dominada... Incluso por estas jóvenes que tanto afirmaban adorarla.

Ya estaban lo bastante cerca del Refugio de Piedra para que el hedor de los excrementos del pájaro de aquel lugar pasara por su lado en una ráfaga de brisa. Una de las jóvenes lo comentó, acercándose la mano a la nariz y preguntando si no tenían que acercarse más. Corinn siguió cabalgando con los labios apretados, consciente de que se tomaba a mal cualquier desaire a la isla de su padre, incluso los dirigidos contra los hábitos de las aves marinas. No tenía que fingir adoración por el paisaje que la rodeaba. La isla estaba en el esplendor de sus colores estivales. La hierba que cubría las colinas se había tostado hasta adquirir un ardiente amarillo metálico. Lo único que faltaba eran las verdes copas de las acacias. Todas habían sido cortadas durante el primer año de la victoria de Hanish: un acto de simbólico desprecio y otra cosa que Corinn jamás le perdonaría.

Muy pronto estallarían los incendios de la temporada seca, lanzando al aire nubes de humo negro y atrayendo a aves carroñeras que rebuscarían entre las huellas carbonizadas de las laderas cual si fueran heridas. Corinn se lo comentó a sus

acompañantes, señalando que pronto tendrían que elegir cuidadosamente los días en que salieran. La gente había sido atrapada antes por el rápido avance de los incendios y había sido incinerada allí mismo donde estaba. Las jóvenes la escucharon en silencio, impresionadas ante la idea de un incendio que ardiera espontáneamente. Debía de ser una idea infernal para personas acostumbradas a inviernos y veranos de nueve meses de duración —tal como había dicho Igguldan—, jamás libres de la posibilidad de una súbita tormenta de nieve. A Corinn le gustó que temieran espacios de la isla que ella conocía de toda la vida, aunque también experimentó la punzada del recuerdo que tan a menudo acompañaba a aquellos pensamientos. Igguldan. No podía soportar pensar en él. Qué tortura haberse acercado tanto a un gran amor sólo para que después se lo arrebataran las malvadas acciones de unos locos.

Se levantó el viento cuando ya se acercaban a los peñascos de Havens Rock. Cuando llegaron al borde, Rhenna y sus paisanas ya se sujetaban las alas de sus sombreros para evitar que se les escaparan volando. Corinn, que no necesitaba protección porque la piel se le había calentado y bronceado bajo la caricia del sol en lugar de ampollarse y ponerse colorada, permanecía sentada sin sombrero y tan serena como siempre. Sin embargo, su diversión en aquellos momentos fue muy breve.

Una de las chicas dijo:

—Mirad, Larken ya ha vuelto de Talay. Allí está su barco.

Corinn sólo tardó un momento en distinguir el barco. Tenía una vela mayor carmesí, adornada con un zapapico de mango corto. Era la señal de Larken que Hanish le había otorgado en recompensa por sus servicios durante la guerra. El espectáculo de aquella vela roja acercándose a través de un mar de reluciente y luminoso color jacinto la llenó de un inmediato rencor.

Larken. El hecho de pensar en él siempre le hacía recordar la época de antes de su cautiverio. Era él quien había llamado a su puerta nueve años atrás en Kidnaban. Había permanecido de pie en su presencia, alto y bello con sus ropajes marah. Había hablado muy en serio, con una calma en su interior que transmitía una fuerza que ella llevaba mucho tiempo sin ver. Había llegado de parte de Thaddeus Clegg, dijo. La iba a conducir a la seguridad, sólo a ella. Otros guardias se encargarían de sus hermanos puesto que se tenían que ir a destinos separados. No era prudente que todos estuvieran juntos en un solo lugar. Thaddeus y su padre habían tomado disposiciones para ellos. Sacó unos documentos con todos los sellos y las formas correspondientes, sancionadas con un sello que ella sabía que era el anillo de Thaddeus.

—Ven —dijo Larken—. Puedes creer en mí. Sólo vivo para protegerte.

Debió de creer en él con toda su alma. ¿Cómo, se preguntó ahora, hubiera accedido a ir con él sin hablar primero con sus hermanos? Lo había intentado, pero él había sido tan convincente y había hablado tan en serio... Los agentes de Hanish

Mein se estaban acercando a ellos, dijo. Traidores los había ahora por todo el imperio. Incluso su anfitrión, el de las minas, Crenshal, ya no era digno de confianza y por eso tenían que huir. La rapidez lo era todo. Sus hermanos y su hermana ya habían embarcado en sus viajes. Si ahora ella se fuera con él, podía tener la confianza de que pronto volvería a verlos. Era la única manera.

Larken se mostraba cortés y deferente y también eficiente, decisivo y enérgico a la vez. Sabía todo lo que tenía que hacer y conseguía hacerlo todo con delicadeza. Ella tenía simplemente que seguir sus instrucciones. Mientras lo hacía, Corinn vio el mundo deslizarse a su alrededor. Salieron del edificio y bajaron a la ciudad obrera de Crall, atravesando las calles y los pasadizos que conducían a los muelles y subieron a una chalupa que Larken lanzó al viento con una sola mano y con la habilidad de un marinero de toda la vida. Cuando el sol ya estaba en lo alto del cielo, rodearon un cabo y perdieron de vista Crall. Mencionó por su nombre cada señal importante de Kidnaban y explicó justo lo que le interesaba cuando se alejaron de la isla y apuntaron hacia el Cabo Fallon. Cuando se acercaron lentamente a la tranquila ciudad dormida de Danos a última hora de aquella noche, ella ya había entregado su agotada persona enteramente a sus manos.

Larken había explicado que tendrían que reunirse con un magistrado en un predeterminado tiempo y lugar. Era el único que sabía cómo lo tenían que seguir a partir de aquel punto y podían confiar por completo en él. El hombre estaba exactamente donde Larken había dicho que estaría. Saludó a Corinn tan efusivamente que hasta la puso en apuros, cosa que nunca le había ocurrido antes.

—Aquí estamos a salvo —dijo el magistrado mientras caminaban—. Este encuentro se ha mantenido totalmente en secreto. Nadie más que yo leyó las órdenes del canciller. Los preparativos de cada fase de vuestra salvaguardia se han hecho por separado para que nadie más que yo comprenda plenamente la situación. Eso es todo lo que Thaddeus ordenó, y yo lo he seguido al pie de la letra. Confíad en mí, princesa Corinn, lo peor ya lo habéis dejado a vuestra espalda.

—¿Nadie conoce nuestra llegada? —había preguntado Larken—. ¿Estáis seguro de eso?

El hombre contestó que estaba seguro. Lo juraría por su vida y por la de sus hijos. Tenía todos los documentos que ambos necesitarían para seguir adelante, con instrucciones escritas acerca de con quién establecer contacto y qué palabras secretas invocar para ganarse su confianza. Estaban destinados, tanto si lo creyera como si no, a Candovia. Allí había personas leales a los Akaran que la acogerían en un refugio tan perfecto que Hanish Mein jamás la encontraría, aunque la buscara cien años.

Todo ello pareció satisfacer a Larken. Éste no dijo nada más, y se pasaron un rato caminando. El magistrado charlaba por los codos, quejándose de la situación del imperio, lamentando la muerte de Leodan y facilitando detalles fragmentarios de lo

que ella tendría que esperar en los días siguientes, promesas de que pronto todo se arreglaría. Corinn medio esperaba que se callara y medio recibía con agrado que fuera tan parlanchín, pues deseaba poder aferrarse a él y mantenerse firme hasta que el orden del mundo se volviera a estabilizar. Jamás en su vida había experimentado una mayor necesidad de aferrarse a otras personas. Ya se sentía resbalando del cuidado de Larken al del magistrado.

Eso fue en parte la causa de que lo que ocurrió a continuación sorprendiera tan por completo a Corinn. Durante algún tiempo, las acciones que sus ojos presenciaron no dejaban sentir un efecto significativo en su conciencia. Mientras doblaban una esquina y entraban en un breve espacio protegido de la luz de la luna, Larken murmuró algo. El magistrado se volvió hacia él como si reaccionara a una advertencia. Por eso estaba mirando con sus claros ojos a Larken cuando éste se le acercó. El hombre permaneció clavado en el lugar que los separaba y su cuerpo pareció colgar del puño de Larken. Larken echó el brazo hacia atrás y después dejó el otro colgando. Su figura, recortada en silueta contra el patio iluminado por la luz de la luna, traicionó el arma: una pequeña hacha que Larken llevaba remetida en la cintura. Corinn la había visto antes y no había vuelto a pensar en ella.

Larken la tomó por el codo.

—No hagáis ningún ruido. No os mataré, pero, si gritáis, os haré callar de una manera que os hará mucho daño. —La acompañó hasta unos cuantos peldaños, hasta el borde de las sombras. Su rostro estaba cerca del suyo, su cálido aliento le rozaba la piel—. Eso se tenía que hacer, princesa. No me eches la culpa a mí ni a él. Todos somos actores de un drama más grande que nosotros. Venid, nuestro viaje aún no está completo.

—¿Qué... estás haciendo? —Corinn emitió un jadeo al sentir la presión de su puño en su muñeca—. ¿Adónde me llevas?

Por primera vez Larken no atendió a sus preguntas. Ninguna respuesta amable. Ninguna explicación exhaustiva, pero eficiente. Simplemente tiró de ella. A un escondrijo, sí, pero no al escondrijo que su padre había planeado para ella. Resultó que Larken no era un leal a marah ni tampoco directamente un traidor. Simplemente mantenía a Corinn cautiva en la celda de un anciano monje y esperaba venderla a cualquier poder que saliera victorioso de la guerra. Se encontraba tierra adentro de Danos, ya dentro de las onduladas colinas a lo largo de una parte de la orilla del río tan empinada y cubierta de rocas que pocos seres humanos encontraban motivos para atreverse a ir allí. Pasaban los días en largos silencios rotos ocasionalmente por la conversación. Corinn se aborrecía a sí misma por aceptarlo. Él la alimentaba y la cuidaba. Cada pocos días él la ataba y regresaba a Danos para recibir noticias. De esta manera, Corinn se enteraba del progreso de la guerra por medio de sus informes. Aparte de todo eso, Larken tenía muchas otras cosas que contarle, cosas increíbles

que ella no creía en aquel momento, pero que ahora no se podían negar.

Salió de la celda convertida en una persona distinta de la que era al entrar. Se había despojado de todos los vestigios de inocencia, de todas las sugerencias de que alguna vez pudiera encontrar consuelo en las ingenuas y esperanzadas creencias. Jamás permitiría que la volvieran a pillar desprevenida. Jamás volvería a confiar. Jamás volvería a amar. Jamás volvería a poner su confianza en otros seres humanos. Aprendería todo lo que pudiera acerca de la forma y la sustancia del mundo y encontraría la manera de sobrevivir en él.

Seis semanas después de haberla secuestrado, Larken presentó a Corinn a Hanish Mein. Al hacerlo así, Larken se compró un lugar de privilegio en el nuevo imperio del caudillo. Por su parte, Corinn encontró confianza en el extraño purgatorio en el que ahora vivía, nueve años después.

No habló en absoluto cuando el grupo de mujeres regresó a caballo a palacio. Llegaron a una de las puertas de atrás. Los guardias rubios las llamaron en broma, simulando que ellas tenían que facilitar un código verbal para poder entrar. Corinn no tenía paciencia para el juego. Tampoco se alegró de encontrar a un mensajero esperándola cuando se abrió la puerta. Hanish Mein quería verla aquella tarde, a una hora determinada. Ella soltó un gruñido por dentro y estuvo a punto de contestar que estaba indispuesta y no podía verle. Pero sintió los ojos de las demás mujeres, admirándola, dominadas por la envidia y, al mismo tiempo, la curiosidad. Sin saber cómo deseaba reaccionar, aceptó el mensaje sin comentarios, aparentemente desconcertada por él.

Mientras permanecía de pie en la sala que precedía a sus aposentos —precisamente los que habían pertenecido a su padre—, descubrió que le costaba un esfuerzo evitar el arrebol de su rostro, los lentos latidos de su corazón y la pétrea expresión de su semblante. Hanish ejercía en ella un efecto al que ella trataba de resistir. Recordó, tal como siempre intentaba hacer antes de hablar con él, la manera en que él se había burlado de ella en su primer encuentro. Ella había invocado el nombre del príncipe Igguldan, prometiendo que éste no consentiría su encarcelamiento. Hanish había entreabierto los labios y se había reído diciendo:

—¿Igguldan? ¿El cachorro aushenio? ¿Es en él en quien piensas ahora? Muy bien, comprendo que era un muchacho apuesto, un poeta, me dicen. A lo mejor, pensarías otra cosa de él si supieras que condujo su ejército a la mayor derrota de su nación. Es cierto. Todos murieron... Francamente horrible, la verdad. Su nombre, querida princesa, sólo será recordado con ignominia. Pero, si te consuela, puedes recordarle como gustes. Vosotros los acacios sois muy buenos en eso.

Corinn jamás había odiado a nadie más que a Hanish en aquel momento. Le había parecido el colmo de la insensible arrogancia, cruel, repulsiva e irremediable. Le irritaba sobremanera haber tenido que hacer un esfuerzo tan grande por recordar este



detalle de él. Demasiado a menudo, lo sabía, le dirigía miradas con una emoción muy distinta de la que ella quería.

—¿Corinn? —la llamó la voz de Hanish—. Princesa, te oigo respirar desde allí abajo. Ven y hablemos un momento. He sabido una cosa que te puede interesar.

¡Otra molestia! La verdad es que Hanish parecía tener unos sentidos naturalmente bien afinados. Cruzó el umbral y lo encontró reclinado hacia atrás en el escritorio de su padre, con un fajo de papeles en una mano. Tiró de una de sus trenzas, la que ella sabía que indicaba el número de hombres que había matado en la danza del Maseret a la que tan aficionados eran los meins. Levantó los ojos a ella sonriendo y ella lo aborreció por la manera en que el movimiento hizo resplandecer la belleza de sus ojos. ¡Qué ojos tenía! Atraían infaliblemente por su mirada. Parecía que estuvieran iluminados por dentro, que él estuviera iluminado por dentro, que su rostro fuera una linterna en forma humana y que sus ojos fueran los orificios de salida del gris resplandor que llevaba dentro. Había paz en ellos. La afectaban como si contemplara el agua turquesa de una de las playas de blanca arena cerca de Aos. Algunas cosas están hechas justo para ser contempladas. Los ojos de Hanish Mein —todo su rostro, en realidad— eran una de ellas. Corinn tenía que hacer un considerable esfuerzo para transformar las facciones de su rostro en la apropiada máscara de frío desprecio que siempre exhibía en su presencia.

—El sol te sienta muy bien, Corinn —dijo Hanish. Hablaba acacio, tal como casi siempre hacía con ella. Una tez tan uniforme, tan adecuada para los brillantes días de verano que hay aquí abajo. Por cierto, me complace que hayas salido a cabalgar con mi prima y su círculo de amistades.

—No es un servicio que preste de buen grado —dijo Corinn—. Fue, tú lo recordarás, una orden que tú mismo me diste.

Hanish sonrió como si ella hubiera dicho alguna cosa muy agradable.

—No es tarea fácil enseñar a las mujeres meins los comportamientos de una corte imperial. Están tan poco preparadas para eso como lo estaban nuestros hombres. Pero sé que valoran tu ejemplo para aprender de él.

Corinn no tuvo nada que responder a eso. Hanish depositó los papeles, se volvió más plenamente hacia ella y dijo:

—Tengo una noticia que, a lo mejor, te interesará. Larken acaba de regresar de Talay. Trae información de tu hermano. —Esperó un momento, estudiando la reacción de Corinn—. No le hemos encontrado, todavía no, de momento. Pero no me cabe duda de que lo encontraremos. Está en algún lugar de Talay, en el interior. Larken cree que simplemente se le ha pasado por alto. Hizo una incursión en una aldea siguiendo el consejo de uno de los nativos, pero los acacios que se ocultaban allí se le escaparon por delante. Tu hermano Aliver ha demostrado ser muy escurridizo.

—¿Cómo sabes que es Aliver y no Dariel?

Hanish se encogió de hombros.

—Pensé que tú me lo podrías aclarar. ¿Es Aliver? ¿Es a Talay a dónde lo enviaron?

—¿Te sería útil saberlo?

—Sí, lo reconozco.

Corinn le miró directamente a los ojos y contestó con sinceridad.

—No tengo ni la menor idea.

Hanish ya no parecía tan contento con ella. Pareció estar a punto de levantarse del escritorio y terminar la conversación con ella, pero, en su lugar, cruzó los brazos y se puso a hablar en mein.

—¿Has cambiado mucho, verdad, en comparación con la chica que permanecía de pie delante de mí hace nueve años? ¿Recuerdas cómo te cuidamos cuando contrajiste la fiebre? La maldición numrek. Créeme, princesa, sin nuestros conocimientos de la enfermedad, tú hubieras sufrido mucho más. Quizá tus hermanos sufrieron todo el impacto de ella, pero no hubo nadie que les explicara que lo más probable era que les pasara. Ellos también habrán cambiado. Es posible que ya no los reconocieras. A lo mejor, ellos no te reconocerían a ti. A lo mejor, Corinn, tú ya eres más uno de los nuestros que uno de ellos.

Corinn abrió los ojos y los clavó en él, manifestando claramente su desprecio por semejante sugerencia.

—Princesa, ¿dónde están tus hermanos? —insistió Hanish, hablando una vez más en acacio.

—Ya me lo has preguntado antes.

—Y te lo volveré a preguntar diez veces al día durante los próximos cuarenta años, si me mantengo apartado de los tunishnevre todo este tiempo. Corinn, has vivido nueve años en mi casa, como huésped del palacio que antaño fue tuyo. ¿Te he hecho daño? ¿Te he cortado un solo cabello de la cabeza o te he obligado alguna vez a hacer algo? Pues entonces, ayúdame a encontrar a tus hermanos. Tal como ya te he dicho antes, sólo quiero que regresen al palacio de tu padre y vivan en paz. ¿Por qué prefieres que vivan en el exilio, escondidos en algún rincón de las provincias?

—Dondequiera que estén son libres —dijo Corinn—. Yo eso no lo cambiaría por nada del mundo. Y ellos tampoco.

—Estás muy segura de eso, ¿verdad? —Al ver que Corinn no contestaba, Hanish frunció el entrecejo—. Muy bien. No importa. Los encontraremos. Tengo el tiempo y el poder. Ellos tienen pocos amigos y menos recursos. Estuvimos a punto de capturar a uno de tus hermanos, estoy seguro. Eso significa que se ha dado a la fuga, que puede cometer errores, confiar en alguien en quien no debería... Créeme, Corinn, no viven la vida de lujos que tú disfrutas aquí. Siento que hayamos pasado tan poco

tiempo juntos. Han pasado años, pero tú me sigues siendo en buena parte desconocida. Me gustaría cambiarlo. No viajaré tanto como hasta ahora. Tú y yo pasaremos más tiempo juntos. Confío en que, cuando me conozcas mejor, yo te guste más. Puede que entonces podamos comprender qué tenemos que ser el uno para el otro. ¿Qué tal te suena?

—¿Me puedo retirar? —preguntó Corinn, haciendo la pregunta en tono de desafío.

—Siempre puedes ir y venir a tu gusto, Corinn. ¿Cuándo lo reconocerás?

Ella se volvió sin contestar y le dio la espalda. Sabía que los ojos de Hanish la seguirían hasta que se perdiera de vista, clavados en su figura. Esta circunstancia le dificultaba caminar con indiferencia, pero lo consiguió. Pasó de un sector de los aposentos a otro y después dobló una esquina y muy pronto Hanish quedó a su espalda. Acababa de exhalar un contenido aliento y su rostro se había empezado a relajar cuando se dio cuenta de que todavía no estaba libre de la observación.

Maeander se encontraba en el pasadizo por el que ella tendría que pasar. Acababa de entrar y le estaba diciendo algo a alguien en el vestíbulo. La vio e hizo una pausa. Larken se apartó de su espalda y dio unos pasos para entrar en la estancia antes de ver a la princesa. Adoptó una expresión instantáneamente divertida. Aunque era acacio, ahora hablaba sólo en mein. De pie al lado de Maeander, ambos eran altos y delgados, testamentos esculpidos de todos los rasgos viriles de sus respectivas razas.

Corinn siguió acercándose a ellos. Miró más allá de ellos hacia el pasillo, como si sus ojos pudieran posarse en algo de allí fuera y sentirse atraídos por ello. Pasó rozando a Larken sin incidentes. Pero, cuando llegó a Maeander, éste alargó el brazo a través de la puerta, impidiéndole el paso. Ella no lo miró a la cara sino que clavó los ojos en el suave punto de la parte interior del codo de su musculosa extremidad, cubierta de largo vello dorado. Una arteria pulsaba como un gusano, atrapada bajo la piel. Ella sabía que sus ojos estaban encima de su figura, atisbando desde debajo de la cornisa de sus cejas. Su tacto le era familiar. Le parecía que lo había sentido desde que él posara por primera vez los ojos en ella, durante cada día de los que siguieron, en sus sueños. A veces despertaba mirando bruscamente a su alrededor en la habitación, sintiendo que, hasta aquel momento de su despertar, no había estado sola. Aquel hombre, más que ningún otro, había convertido la casa de su padre en un lugar amenazador, sin apenas dirigirle unas palabras.

Como si reconociera aquel pensamiento y lo considerara, Maeander no dijo nada ahora. Se inclinó hacia ella y le acercó el dedo de su mano libre a la barbilla. Tras estudiarla unos momentos, acercó su rostro al suyo. Los ásperos pelos de su erizada barba le rozaron la mejilla. Se volvió y acercó la húmeda lengua a su sien, la lamió con el cálido plano de la misma.

Corinn echó la cabeza hacia atrás. Descargó el canto de su mano contra la

articulación de su brazo y huyó hacia el vestíbulo. Oyó preguntar a Larken:

—¿Sabe dulce o amargo? Siempre me lo he preguntado.

Ella no captó la respuesta. Más tarde no estuvo segura de si había oído las carcajadas de Maeander a su espalda, pero le pareció que sí. Le pareció que la seguían por todas partes. Hanish Mein podía decir cualquier palabra de oro que quisiera. Maeander era la verdad que se ocultaba detrás de la fachada mein. Corinn jamás se fiaría de ellos. Había dejado de confiar hacía mucho tiempo. No iba a empezar a hacerlo ahora. No tenía ni una pista acerca de adónde habían huido sus hermanos y su hermana. Estaba segura, sin embargo, de que debían de haber desembarcado en situaciones preferibles a la suya.



El bergantín estaba a punto de encallar a toda velocidad. Ya se encontraba prácticamente en el arrecife, tan cerca de él que el barco cortó en diagonal las olas mientras éstas se empezaban a curvar, balanceándose de uno a otro lado como una borracha monstruosidad. Espadín lo pudo ver todo perfectamente desde la pequeña plataforma que ejercía la función de nido de cuervo del *Ballan*. Estaba a punto de contemplar cómo el trofeo que llevaba cuatro días persiguiendo destrozaba su casco y derramaba su regalo al mar. Lo vería a vista de pájaro y se lo tendría que decir todo a Dovian cuando regresara con las manos vacías. «Haced algo —pensó—. ¡Haced algo, insensatos, maldita sea! No os he perseguido a todos hasta aquí sólo para que...»

El anciano práctico Nineas le gritó desde abajo. El veterano marinero tenía su manera de hacer oír su voz cualesquiera que fueran las circunstancias.

—¡Están virando hacia nosotros! ¡Espadín! ¿Sigues queriendo que aguante?

¡El joven capitán contestó a gritos que por supuesto tenían que aguantar! ¡Por supuesto! Su presa era un navío de la Liga, no una de sus grandes embarcaciones de mar abierto, pero aun así un barco de enorme valor. Era uno de los bergantines que utilizaban para el transporte de sus miembros de mayor antigüedad desde la costa a su base de transporte, una ciudad flotante anclada al suelo del océano a unas cien millas al noroeste de las Islas Exteriores. Normalmente, los bergantines navegaban bajo la protección de varios navíos de guerra, cada uno de ellos tripulado por soldados de las fuerzas militares privadas de la Liga, la Inspección Ishtat. Si hubiera llevado a uno de los miembros de su junta, probablemente habría transportado unas riquezas inimaginables para un corsario de Isla Marina como Espadín. Pero habría sido imposible acercarse sin una flota naval. Nadie había intentado jamás un ataque semejante. Éste, sin embargo, navegaba prácticamente vacío desde el punto de vista de los criterios de la Liga, sin ningún miembro de mayor antigüedad a bordo ni suficientes mercaderías como para merecer un despliegue del Ishtat.

Espadín lo sabía porque uno de los espías de Dovian, un llamado evasor, un maestro del disfraz que se había infiltrado entre los trabajadores del muelle de la base costera de la Liga, había jurado que aquel barco era probablemente el único vulnerable que verían en lo que quedaba de año. El mensaje había llegado la víspera de la partida del bergantín, pero Dovian confiaba en que ellos pudieran cumplir con

su obligación. Con su bendición, Espadín había zarpado a la mañana siguiente. El *Ballan* era un fino barco destinado a la velocidad, con un alto palo mayor y una ligera construcción. No era un navío de guerra según los patrones razonables. Por este motivo, probablemente el bergantín no les había prestado atención el primer día que ellos lo habían perseguido. Puede que hubieran observado el extraño dispositivo ajustado a la popa del barco, una especie de serie de planchas de reverso de hierro inclinadas sobre una reforzada bisagra de gran tamaño. En su parte superior, proyectándose hacia fuera, había un gancho de metal de aspecto traicionero de más de siete palmos de largo, puntiagudo al final y tan grueso como un brazo en toda su longitud. Parecía una pasarela que se pudiera tender sobre un desembarcadero y ajustar en su sitio en caso de que el barco se tuviera que descargar por encima de la proa, lo cual hubiera sido útil en los puertos más ajetrechos del Mar Interior. Pero la finalidad del dispositivo no era tan benigna, tal como Espadín esperaba demostrar. Era su proyecto a fin de cuentas. Su «clavo», tal como le gustaba llamarlo a él.

Siguieron al bergantín a través de los bajíos. Había otros barcos alrededor y Espadín no tenía el menor deseo de que su ataque fuera observado. Navegaba con indiferencia, deteniéndose en varios puertos como para comerciar y después aprovechaba la superior velocidad del *Ballan* para ganar tiempo. Siempre resultaba fácil distinguir el bergantín, puesto que sus costados eran de un brillante color blanco, luminoso y tan poco natural que casi nunca se podía contemplar.

Al tercer día, el bergantín se cansó. Aumentó la velocidad y desplegó las velas, pero sólo al llegar la mañana del cuarto día el *Ballan* empezó a perseguir al otro barco hasta el borde de los bajíos de uno de los pequeños atolones del extremo norte de las Islas Exteriores. El horizonte estaba desierto a su alrededor, y Espadín dio a conocer que aquél era el día. Aquel día se apoderarían de los tesoros del barco o de ningún otro. Los persiguieron con el viento a su espalda. La velocidad era suya, pero no era tarea fácil maniobrar hasta situarse en una posición adecuada para utilizar el clavo. Pero entonces el bergantín carenó apartándose del arrecife, situándose directamente en su ángulo de vela. El capitán debía de conocer el arrecife mejor de lo que Espadín imaginaba, pero no importaba. El ángulo de ataque era finalmente correcto.

A pesar de que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, no estaba en modo alguno seguro de que lo oyeran en la cubierta de abajo. Con el azote del viento y el rocío que se escapaba desde la proa, sus palabras se alejaron probablemente hacia los vapores del mar. Temiendo que el práctico optara por timidez por corregir el rumbo, Espadín asió la cuerda que bajaba desde debajo de la cofa hasta la cubierta. Llevaba los mitones que había adaptado a este propósito desde la infancia durante sus primeros años en la mar. La agarró con ambas manos entrelazando los dedos los unos sobre los otros y después saltó. Bajó con su vertiginosa velocidad habitual y, un

momento después, ya estaba de pie al lado de Nineas.

—¡Ni se te ocurra pensar en cambiar el rumbo! —rugió contra la oreja del hombre—. Mantén el rumbo hasta reunirte con ellos. —Levantó un poco más la voz y la proyectó hacia la cubierta donde se encontraban sus hombres, unos corsarios de poderosos brazos pertenecientes a distintas razas, cada uno de ellos con sus propias inclinaciones, sus propias armas libremente elegidas y sus propias quejas, sus deseos y razones para haber elegido una vida dedicada al pillaje. A pesar de su figura delgada y de estatura mediana, su apuesto rostro y los juveniles músculos propios de una apacible y cómoda juventud, Espadín no parecía un hombre capacitado para estar al mando de aquel grupo. Y, sin embargo, tampoco hubiera podido parecer más a gusto en aquel papel. Habló con irónica cordialidad.

—Todo según lo previsto, caballeros. Todo según lo previsto y nada antes de que yo grite las órdenes.

La proa del bergantín empequeñecía las frágiles líneas del *Ballan*. Señalaba el camino a través del agua como una rolliza tabernera a través de un mar borracho. Era tan blanco que no parecía estar hecho de madera en absoluto, aunque tenía que estarlo. Unos puestos revestidos de alambre asomaban a ambos lados del bergantín en dos líneas, uno en la cubierta superior y otro en la inferior. Tenían el tamaño y la forma apropiados para acoger la parte superior del cuerpo de un hombre cuando se inclinaba sobre el agua. Los arqueros se acomodaban en ellos y soltaban una inmediata andanada de flechas. Se trataba de una débil defensa teniendo en cuenta lo que era capaz de hacer un bergantín de la Liga plenamente tripulado. Hubiera tenido que haber el doble o el triple de arqueros en un barco debidamente defendido. No obstante, los proyectiles estaban untados con una pez inflamable. Algo en el mecanismo de dispararlos arrancaba una chispa que los inflamaba. Los que alcanzaban el costado o la cubierta o las velas ardían con una llama inextinguible. Todo lo que podían hacer los hombres del *Ballan* era usar palas para desprender las flechas, recogerlas junto con la pez, levantarlas en alto y arrojarlas por la borda. Aquel ataque se esperaba.

Ambos barcos siguieron adelante con su trayectoria de colisión.

Tan cerca estaban ahora que la velocidad del *Ballan* parecía obscena, temeraria. Espadín casi ordenó a gritos que se largaran las velas, pero no hubo tiempo. Una de ellas había sido alcanzada por una flecha en su parte inferior y las llamas ya habían provocado un considerable agujero en ella. En su lugar, gritó a los hombres que actuaban en la cofa:

—¡Preparados! ¡Esperad mis órdenes! —Viendo que la distancia entre ambos navíos era cada vez más corta, añadió casi como si le hubiera ocurrido después—: Hombres de la cubierta, os podría convenir agarraros a algo.

En los últimos momentos ordenó un giro para responder a la trayectoria del

bergantín y reducir el impacto. El *Ballan* se inclinó a causa del esfuerzo, pero cuando los dos navíos colisionaron, la fuerza fue superior a cualquier cosa que el joven hubiera podido imaginar. El sonido fue horrendo, lo mismo que la desgarradora presión del impacto. Los hombres cayeron hacia delante por todo el barco mientras la cubierta se inclinaba hacia un lado. Un lomo de agua se elevó y se les echó encima, llevándose a dos hombres al retirarse. Los pequeños incendios chisporrotearon, sibilaron y volvieron a cobrar vida. Espadín había conseguido dar la orden de liberar la cofa antes de carenar de espaldas por la cubierta. El poderoso brazo del dispositivo se inclinó para ponerse en movimiento muy despacio y cayó por su propio impulso. Espadín, observándolo desde donde permanecía enredado contra la barandilla, chorreando agua y jadeando, estuvo seguro de que el mecanismo se había atascado de alguna manera. Estaba cayendo demasiado despacio. Tal vez ni siquiera pudiera traspasar la madera del otro barco.

Pero el arma encontró su propio peso y velocidad. Su punta de acero atravesó la cubierta del otro barco. El diseño de su sección funcionó perfectamente, doblándose para que la punta se clavara profundamente y después se torció en el instante en que el peso de ambos barcos tiró de él. A ambos lados del impacto levantó unos quebrados rayos y abrió un agujero que succionó a varios hombres del bergantín. El gancho arrancó una fosa en la cubierta y los tablones del bergantín mientras éste seguía avanzando. Tiró del *Ballan* y, durante unos momentos, a Espadín no le pudieron salir las palabras de la boca. Eran como un pez piloto pegado de una manera inestable a una enfurecida ballena. Sintió la punta de hierro clavándose en las vigas transversales, notó que éstas se quebraban una tras otra bajo la fuerza. Varios de los arqueros estaban aplastados entre ambas embarcaciones; los otros habían desistido de su ataque y habían bajado para regresar a sus puestos. Todo muy bien, ¡sólo que el gancho no resistiría! Si eso sucedía, ellos podrían zozobrar a causa del sobresalto de haber caído en desorden en medio del tumulto de las olas y las corrientes en la estela del bergantín.

Espadín distinguió la voz de Nineas, preguntándole qué tenían que hacer. ¿Tenía órdenes? No tenía ninguna, pero por suerte aquella momentánea oscuridad pasó inadvertida. Al final, el gancho se clavó y se mantuvo firme. El *Ballan* pareció encontrar un poco de paz en su nueva posición y se estabilizó lo suficiente para que los hombres se pudieran volver a levantar. Unos cuantos rostros se volvieron hacia Espadín, que se levantó de golpe. La siguiente orden era obvia.

—¡A bordo! —gritó—. ¡A bordo, a bordo, a bordo!

Su subida trepando por los tablones era enloquecida y precaria y sólo la podían hacer porque no pensaban. Espadín, como todos los demás, se limitó a actuar. Corrió, se agarró, saltó, y lo hizo con tal rapidez que todo fue una trémula y estremecida confusión. Fue un sobresalto apoyar los pies en la cubierta del bergantín. Todo lo que



había a la vista estaba cubierto por una gruesa capa de viscosa pintura blanca al igual que los costados que revestía todos los perfiles y todos los salientes, como si todo el barco se hubiera empapado en cera y puesto a secar. Espadín y los hombres que daban tumbos a bordo a su alrededor se detuvieron en seco, desconcertados por el extraño aspecto de todo.

Pero no duró demasiado. Tenían asuntos que atender. Unos marineros se estaban acercando a ellos. Las flechas surcaban el aire a toda velocidad a su alrededor. El sonido del entrechoque de espadas ya dejaba escuchar su música en medio del estruendo. Lo más probable era que todo fuera una lucha encarnizada durante unos momentos por lo menos, pero éste era el trabajo de los corsarios.

Tres días más tarde Espadín caminaba por los muelles, pisando ruidosamente los triturados caparazones blancos de molusco del camino que conducía a la ciudad corsaria que llamaban Palishdock. Marchaba al frente de una creciente multitud de personas, el jefe de su tripulación entre ellas, pero se tragaba cada paso del camino mientras otros se les unían. Los niños armaban alboroto, hacían exclamaciones y gritaban preguntas. Incluso los perros de la ciudad no podían contener su entusiasmo. Su orgulloso hijo había regresado triunfante, ¡con un botín que los beneficiaría a todos! Espadín no se podía quitar la sonrisa del rostro. A pesar de ser un grupo de personas andrajosas y animales, se alegraba de ser el centro de su adoración, de ser importante y amado, de ver los arrebolados rostros de las jóvenes que lo admiraban. Desempeñar semejante papel le resultaba fácil en muchos sentidos, pero él no lo daba por descontado. Se esforzaba diariamente por ganarlo y por hacer que Dorian se sintiera orgulloso. De esta manera, él seguía siendo un muchacho y Dorian, una figura paterna todavía más grande que su corpulenta imagen.

Palishdock todavía no había empezado como asentamiento permanente. A pesar de que ya tenía sesenta años de antigüedad, se podía ver una pereza transitoria en la tosca construcción de las cabañas. Eran unas ligeras estructuras levantadas en las lomas y las hondonadas del arenoso paisaje, con resquicios entre las tablas y simples hojas de palma utilizadas como tejados. Las paredes no eran a menudo más que unas pantallas tendidas para proporcionar una semi-intimidad. Muchas personas cocinaban en hogueras al aire libre fuera de sus casas, dejando los desperdicios para los perros y la numerosa población de gatos. La ciudad ofrecía un aspecto descuidado, como si todo el lugar se pudiera abandonar de un momento a otro por capricho en caso de que el desorden resultara insoportable o la suerte les fuera esquiva. Como es natural, tenía un puerto maravilloso. Era un poco somero, pero de fondo blando, con una sola punta de entrada estrecha que apenas resultaba visible desde el mar debido a la rizada forma de la playa y al camuflaje de las altas dunas. De hecho, toda la ciudad era invisible. Sólo el humo los hubiera podido delatar, pero la madera dura de los arbustos que crecían por toda la isla ardía con limpieza. Muy pocos de los que navegaban por el

mar hubieran pensado que los blancos vapores que cubrían el lugar eran algo más que una curiosa manta de vapor. Era un perfecto refugio de corsarios.

Había sido el hogar de Espadín desde su fundación, un acontecimiento que él recordaba muy bien. Estaba —todavía un niño— de pie junto a la cadera de Dovian cuando el gran hombre miró sonriendo a su alrededor en el puerto, declarando que aquél era el lugar para ellos, oculto del mundo y un sitio estupendo para dedicarse al negocio de las incursiones y los acaparamientos, los secuestros y cualquier otra forma de robo que les llamara la atención. Había dicho que así podría ser y, con el muchacho a su lado, había forjado un mundo en el que vivir de acuerdo con aquellos sueños.

Dejando a la exultante multitud en el patio del palacio de Dovian, donde Nineas y los miembros más jóvenes de la tripulación podrían empezar a contar la gran historia de su captura del bergantín de la Liga, Espadín se dispuso a entrar. Llevaba consigo una sola y estrecha caja de ornamentado oro. El palacio de Dovian no era, naturalmente, un palacio propiamente dicho. Era un batiburrillo de habitaciones y pasillos sólo marginalmente mejor contruidos que las cabañas de la aldea. Aquí y allá vigas y tablones y a veces partes enteras de navíos capturados se habían utilizado en su construcción. En las paredes colgaban emblemas con placas de nombres y varios ejemplos de aparejos, recuerdos ganados a lo largo de los años. Más que nada el lugar parecía un laberinto adecuado sobre todo para que los niños jugaran al escondite, el ojo del pirata y la gallina ciega. Espadín había jugado todos aquellos juegos y muchos más por aquellos pasillos y nunca le habían gustado más que en los días en que Dovian todavía estaba de pie y caminaba muy ágil a pesar de su tamaño, tan dispuesto a correr y jugar como cualquier muchacho.

Espadín llamó con el pie al marco de la puerta de la habitación del hombre. Al oír la invitación a entrar, el oven así lo hizo. No había más luz que la que se filtraba a través de las rendijas de las paredes y el techo, pero, mientras sus ojos se adaptaban, ello le fue suficiente para ver. Dovian estaba donde había estado varios meses atrás, cuando se había puesto enfermo con un fuerte dolor en los huesos, una tos que le devastaba los pulmones y unas extremidades que estaban entumecidas y le hormigueaban. Su cama estaba adosada a la pared del fondo y su cuerpo permanecía tumbado en él, un gran montículo de humanidad recostado sobre unas almohadas de plumas casi aplastadas por su peso. Su rostro estaba envuelto en sombras, pero Espadín sabía que los ojos del hombre estaban clavados en él.

El joven capitán, de pie en la entrada de la habitación, contó los detalles de la incursión. Mencionó el nombre de los hombres que había perdido, añadiendo una palabra de alabanza para cada uno de ellos. Describió la captura del barco, los daños sufridos al *Ballan*, la actuación del gancho de la cofa. El dispositivo había funcionado muy bien, dijo, pero hubieran tenido que colocarlo en un barco distinto y utilizarlo

probablemente sólo contra navíos de inferior tonelaje. De hecho, casi había destrozado el *Ballan* en pedazos. Describió el alboroto que había tenido lugar a continuación en la blanca y reluciente cubierta del bergantín y detalló el tesoro que habían encontrado a bordo. Sus hombres lo habían despojado de todos los accesorios que habían encontrado a bordo, de todos los cubiertos de plata, los ornamentados espejos, alfombras tejidas, muebles labrados, preciosas linternas de cristal: todos los adornos normales en un barco de la Liga. Habían encontrado también una habitación de seguridad y habían obligado al capitán a abrirla. Debió de pensar que estaba vacía porque se sorprendió de encontrar una arqueta del tamaño de una caja de zapatos con monedas de la Liga, la misma arqueta que ahora Espadín sostenía en sus dos manos.

—¿A cuántos habéis matado? —preguntó la forma postrada en cama.

—A diez hombres. Dos chicos. Y... una chica. Theo le cortó el cuello antes de darse cuenta. No se lo reprocho.

—¿Y qué hicisteis con los demás?

—Atarlos y encerrarlos en el entrepuente. Tienen agua y comida suficiente para varias semanas, pero me imagino que la Liga los encontrará dentro de uno o dos días.

—Me alegro de que te hayas mostrado misericordioso. —Espadín esbozó una sonrisa.

—Tú me enseñaste a hacerlo, como también me enseñaste cómo y cuándo matar. En cualquier caso, a un corsario le gusta dejar a unos cuantos testigos vivos para que corran la voz de sus hazañas.

Dovian emitió un sonido al oírlo. Puede que fuera una risotada o quizás un acceso de tos. Hizo una seña con la pata de oso que era su mano. Espadín cruzó la habitación, apoyó una rodilla en el suelo alfombrado y contempló el ancho rostro del hombre. Dovian le devolvió la mirada, con sus macizos rasgos arrugados por el sol según la costumbre de los candovios. Llevaba varias semanas perdiendo peso, pero seguía siendo una figura formidable. Levantó una mano y la apoyó en el hombro de Espadín. Apretó el delgado músculo con presión suficiente como para causar dolor. Pero no fue una advertencia y Espadín no hizo una mueca.

—Me has hecho sentir orgulloso, muchacho —dijo Dovian—. Lo sabes, ¿verdad? No estaba seguro de que volvieras de ésta.

Espadín lo reconoció con una irónica sonrisa.

—Ha sido un poco complicado.

Dovian lo estudió, sopesando las consecuencias, quizás imaginando la insinuación que representaba.

—No es un placer para mí que tu trabajo sea tan sanguinario como el que es, pero eso no lo podemos cambiar. Nosotros no hemos hecho el mundo, ¿verdad? No le dimos la forma y la sustancia y no enfrentamos a un hombre con otro. Nada de todo eso ha sido obra nuestra, ¿verdad, chico?

El joven asintió con la cabeza.

Si eso se hizo para hacer feliz al más veterano de los dos, fue un fracaso. Ocurrió justo lo contrario. Los grandes y pesados componentes del rostro de Dovian se torcieron como por efecto de un dolor físico. Se colocó un nudillo de la otra mano en el ojo como para arrancárselo.

—Entonces creo que mi trabajo ya está hecho. Te he enseñado todo lo que he podido. Y ahora mírate: dieciocho años de edad y ya un dirigente. No me quejaré ahora que sé con toda seguridad que eres un hombre que puede prosperar en el mundo. Es lo mejor que podía hacer. Siento que no sea una vida de príncipe...

—¡Ya basta! Vamos, no me voy a quedar aquí si empiezas a lloriquear como la última vez. ¿Regreso con un bergantín de la Liga y tú vuelves a quejarte del pasado? No lo soporto. ¿Quieres que me vaya?

Dovian lo miró un buen rato.

—Por lo menos, los hombres ven la realeza que hay en ti. No, es así. Y no quiero que te vayas; ¡todavía no estás despedido! Ellos ven la realeza que hay en ti. No saben lo que están viendo, pero tú ejerces un mando sobre ellos que es digno de ver. Te siguen hasta donde jamás seguirían a otros hombres. Te puse el nombre de Espadín, para que nadie imaginara que perteneces a una estirpe real. Sólo un pecesito como un millón de otros en el mar. Pero no se puede negar, muchacho, derramas nobleza por los ojos, y por la boca cada vez que la abres.

—¿Incluso cuando maldigo?

—Incluso entonces... —El hombre pareció hundirse todavía más en sus almohadas, complacido con cualquiera que fuera la imagen que ocupara su cabeza—. Incluso entonces seguías siendo mi Dariel, el príncipe que buscaba a hombres como yo en las cuevas de la parte inferior del palacio. ¿Por qué lo hacías, chico? Un muchacho como tú levantándose y vagando de noche por la oscuridad de abajo, nunca lo comprendí.

—Ni lo intentes. De todos modos, no puedo recordar lo suficiente como para aclarártelo. —Espadín señaló la caja que había depositado al lado de la cama—. ¿Quieres ver lo que hay en esta arqueta?

—¿De veras tú no?

—No. Todo lo que recuerdo y todo lo que quiero recordar es esta vida. Esto, lo que tenemos aquí, es lo único que importa —dijo, infundiendo a sus palabras toda la certeza que pudo.

Se esforzaba tanto más en hacerlo porque no era verdad. No exactamente, por lo menos. Era más bien que no podía comprender el significado de los recuerdos anteriores a su vida con Dovian. No los podía comprender sin un mínimo de claridad. La sola idea de aquellos primitivos tiempos parecía debilitarlos. Lo atraían con una fuerza melancólica por lo demás ausente de sus días. Cuando se permitía el lujo de

pensar en tiempo atrás, cuando todavía se llamaba Dariel Akaran, era su huida de la guerra y el papel que había desempeñado Val en su salvación lo que él deseaba recordar.

Había abandonado Kidnaban al cuidado de un hombre que se llamaba a sí mismo un guardia. El soldado lo había despertado una mañana de un profundo sueño y se había marchado con el chico en brazos. Había dado explicaciones acerca de sí mismo mientras caminaba, aunque Dariel estaba amodorrado y más tarde no pudo recordar lo que el hombre le había dicho para tranquilizarlo. Habían zarpado desde Crall rumbo al Continente en sólo unas pocas horas y después se pasaron dos días caminando. Al tercero el hombre compró un caballito para que Dariel lo montara, pues el niño estaba agotado y tenía los pies cubiertos de ampollas. Lo más seguro era que se pusiera a llorar en cualquier momento y a menudo preguntaba por su hermano y sus hermanas y suplicaba regresar junto a ellos o ir a casa. El guardia no era cruel, pero se le veía incómodo con los niños y a menudo miraba al chico como si jamás hubiera visto llorar a una persona y no pudiera comprender ni loco aquella pérdida de líquido.

El hombre explicó que su padre había decidido que cuidara de él un amigo de Senival. Lo único que tenían que hacer era llegar hasta él para que terminara el suplicio del chico y todo se arreglara y se explicara. Se dirigieron al Oeste y durante varios días recorrieron un camino a través de un escabroso paisaje similar a lo que él había visto de las minas Cabo Fallon, unas laderas montañosas taladradas, paisajes enteros en los que toda la tierra a la vista había sido mutilada por la carnicería humana. Aquéllas, explicó el guardia, eran las minas de Senival. Todos los que se encontraban por los alrededores eran trabajadores cubiertos de polvo, casi todos hombres y muchachos, pero también mujeres y algunas niñas. Vestían los andrajos propios de su condición y todos parecían ocupados aunque prestaban muy poca atención a su trabajo habitual. Les oyó gritar fragmentos de alteradas noticias, rebosantes de un significado que él no podía comprender, sólo que ninguna de ellas le parecía buena.

De aquel lugar y de su importancia para el imperio de su padre Dariel no tenía la más mínima idea, sólo que su guardia, al contemplar la tierra teñida de carmesí por el sol poniente, dijo:

—Qué infierno hemos hecho aquí. Un infierno con una corona de oro que se llama... —El guardia se había detenido en seco, recordando a Dariel, y dijo que lo mejor que podían hacer era seguir adelante.

Estaban casi a punto de llegar a su destino.

Mientras bajaban por un tortuoso camino hacia la ciudad de montaña en la que Dariel tenía que ser entregado, el guardia se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

La aldea presentaba un encantador aspecto, en el centro de un llano valle rodeado de cumbres montañosas. Por unos momentos, a Dariel le pareció bonito de contemplar hasta que reparó en el silencio del lugar. Nadie se movía por las calles. No había animales ni campesinos trabajando en los campos. Ni una sola nube de humo se escapaba de las chimeneas de las casas.

—Eso no está bien —dijo el guardián. Dariel no lo pudo negar.

Lo que había ocurrido con los habitantes de la ciudad Dariel nunca lo supo. Simplemente habían desaparecido y, por mucho que lo intentara, el guardián no encontró ni rastro del hombre a quien buscaba. Se sentó en un taburete de madera, examinando el lugar, y después se sujetó la cabeza con las manos y permaneció en silencio durante lo que parecieron varias horas. Dariel se quedó de pie a su lado sujetando las riendas del caballito mientras éste pacía la dulce hierba de la montaña.

Cuando el guardia levantó los ojos, estaba lleno de decisiones.

Iría a la siguiente ciudad, dijo. Se encontraba a un día de camino hacia el Oeste; si saliera en aquel momento, podría llegar allí al amanecer y, si encontrara allí las repuestas que necesitaba, regresaría al anochecer. A lo mejor, alguien lo estaba buscando. Mejor que el guardia echara un vistazo y regresara con una mejor idea acerca de cómo seguir. Tendría que cabalgar muy rápido de todos modos, por lo que decidió dejar a Dariel en una choza un poco en las afueras de la ciudad. Dejó su mochila al chico y dijo que todo sería para bien.

El hombre se alejó al galope. Dariel oyó el sonido de los cascos del caballito durante algún tiempo y, cuando el sonido finalmente se desvaneció, se llenó de temor. Ni siquiera había protestado, no había dicho ni una sola palabra. ¿Cómo hubiera podido hacerlo cuando sabía que el hombre le estaba mintiendo?

Se pasó aquella noche en la oscuridad, temblando de miedo, tan pequeño como un ratón e igual de desesperado. Llovió sin cesar e hizo frío durante varias horas y, cuando amainó el temporal, una niebla se extendió por el valle como toda una serie de fantasmas. No encendió fuego, no se le ocurrió sacar la manta del envoltorio que el guardia le había dejado, ni siquiera reconoció el hambre de su vientre por lo que era. Cuando la triste realidad de la situación fue demasiado grande como para que él la pudiera afrontar, no se atrevió a hacer nada. Dentro imaginó que su padre volvía a vivir y se había puesto en camino para rescatarlo. Tuvo toda suerte de fantasías de famélica esperanza. Tal vez fuera una buena cosa porque, cuando llegara la salvación, no sería más previsible o probable que ninguna de sus fantasías, aunque él estaba preparado para recibirla con los brazos abiertos.

Sentado ahora en el taburete al lado del lecho de enfermo de su salvador, Espadín preguntó:

—¿Recuerdas la noche en que me encontraste?

—Como si fuera ayer, muchacho.

—Allí es donde empecé, ¿sabes? Fuiste una sombra que empujó la puerta y encontró mi escondrijo...

—¡Aquella cabaña! —Dovian lo interrumpió—. Una desgracia que pasaras aunque sólo fuera una noche allí.

—Recuerdo exactamente tus palabras —prosiguió diciendo Espadín—. Dijiste...

—¿Quién lo hubiera pensado —dijo la sombra, entrando en la cabaña detrás de una linterna amarilla que sostenía en alto—, que últimamente pudieras encontrar a un príncipe en cualquier sitio? Creo que algunos de nosotros somos afortunados.

Dariel hubiera podido recordar bien las palabras, tal como dijo, pero aquella noche tardó un momento en comprender lo que estaba ocurriendo. Había permanecido tres días escondido. Una parte de sí mismo seguía pensando que el guardia podía regresar, aunque en regiones más profundas ya había empezado a abandonar toda esperanza. Qué voz tan familiar, había pensado. ¿Pero de quién era y cómo estaba aquí? Dariel sabía que la reconocía, pero durante unos pocos y atemorizados momentos no la pudo situar dentro del contexto de aquella choza de montaña.

La sombra se acercó un poco más.

—¿Estás bien, bribón? No te asustes. Soy Val. Val que ha venido a ayudarte a salir de aquí.

«¿Val? —Dariel pensó—. Val, el de las cuevas que había bajo el palacio... el que alimentaba los hornos de la cocina... ¡Su Val!»

Se levantó, avanzó tropezando y cayó contra el pecho del hombre. En cuanto aspiró la salada y picante corpulencia de humo de carbón de su cuerpo, liberó toda una serie de reprimidos temores en grandes sollozos. Agarró la camisa de Val en sus puños y se frotó las lágrimas y los mocos de la nariz en el tejido de la prenda tal como hubiera hecho un niño enfermo hasta el extremo del delirio, víctima del frío y la fiebre.

—Vamos, no hagas eso, muchacho —dijo Val en voz baja—. No hagas eso. Ahora todo se arreglará.

Y, de conformidad con sus palabras, así fue. Por lo menos, se arreglaron en la medida de lo posible dadas las circunstancias. Resultó que Val estaba regresando a su casa de Candovia, uno de los muchos que participaban en las migraciones provocadas por la guerra. Había encontrado por casualidad al guardián de Dariel en un campamento improvisado levantado al borde del camino de los refugiados que huían. El hombre ya llevaba buena parte de una botella de vino de ciruelas y no le importó confesar a quienes lo rodeaban que había sido el guardián personal de uno de los hijos del rey. Val se había situado lo bastante cerca de él como para aspirar su enfermizo aliento dulzón. Lo sondeó hasta que confesó a quién había estado cuidando y dónde había abandonado su deber y se había convertido en un cobarde. ¡No había

podido encontrar a la persona a la que tenía que entregar al chico! Había desaparecido, probablemente estaba muerta, y el guardián ya no tenía ulteriores instrucciones que seguir. Y con las noticias que estaban llegando de todas partes — Maeander en Candovia, Hanish que había destruido el ejército en los Campos Alecios —, él ya no podía hacer nada por el chico. Ciertamente, lo había abandonado a su suerte, pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer?

Val nunca describió exactamente lo que le hizo al guardián, excepto murmurarle algo sobre la necesidad de no masticar nada más duro que queso de cabra el resto de sus días, o algo así. No tuvo sentido para el chico, pero la imagen visual que todo ello le hizo evocar mantuvo su perpleja atención durante buena parte del largo camino que Val le hizo seguir. Conocía justo el lugar que ambos necesitaban, había dicho Val, un amplio e impresionante lugar donde desaparecer. Durante buena parte del viaje el chico estuvo sentado en los hombros del candovio con una pierna a cada lado de su cuello y los dedos hundidos en su masa de rizado cabello.

Llevaban tres días bajando de las montañas y, al cuarto. Dariel pudo aspirar la sal del aire. Aquella tarde, medio dormido en los hombros del hombre, Dariel oyó decirle a Val:

—Mira, chico. Lo que hay allí no es el mar. Es un lugar en el que podría esconderse toda una raza de hombres.

Se habían detenido en un peñasco desde el que se divisaba todo un mundo al oeste. Aunque había vivido todos sus años en una isla, Dariel comprendió de una sola mirada que aquella masa de agua que tenían delante era distinta. No era el azul turquesa o el verde marino a los que estaba acostumbrado. En su lugar, el agua era de un color pizarra oscuro un poco por debajo del negro y ondulaba con una marejada que se intensificaba y transmitía su fuerza a través de una lenta mole. Cerca de la orilla, unas crestas de incontables olas se elevaban como montañas líquidas y parecían colgar estiradas un momento en el aire y después se curvaban en un espumoso caos. De vez en cuando, el chapaleo del impacto de las olas sonaba en sus oídos, siempre con extraño ritmo, de una manera que impedía equiparar la vista con el oído. Mirando desde lo alto de los hombros de su gigante, Dariel jamás había visto nada tan temible por su poder y tamaño.

—Ésta es la lengua de las Laderas Grises —dijo Val—. Es un océano ilimitado. Aquí es donde tú desaparecerás del mundo de tu padre y emergerás al mío.

Dariel no dijo nada en respuesta. Ya llevaba varias semanas presa de un vago temor, constantemente presente en el cielo. Una parte de él jamás había creído que pudiera seguir adelante sin su familia. Desaparecería sin ellos. El mundo lo tragaría. Los dedos de la Donante lo arrancarían de la tierra y lo arrojarían a la nada. Temía no tener más sustancia que una llama y apagarse con la misma facilidad. Pero allí estaba. El mundo seguía adelante como siempre y él seguía moviéndose a través de él.



Reanudó la marcha: tenía algo en su centro tan sólido y real como el resto del mundo. Podía desaparecer realmente de un mundo y emerger en otro, pensó. Desaparecer y emerger de nuevo...

Eso era exactamente lo que había hecho. Val le dio una nueva vida, le otorgo un nuevo nombre mientras tomaba uno para sí mismo. Le enseñó que las historias que había contado de haber sido un sanguinario pirata en su juventud no eran de mentirijillas tal como el muchacho había pensado. Val —Dovian, en resumen para su país natal— procedía de la larga estirpe de corsarios que había dicho. Al regresar a las Islas Exteriores, no tardó mucho en restablecerse y en prepararse para crear una flota de barcos y conseguir marineros para tripularlos. El mundo estaba maduro para el pillaje. El Mundo Conocido estaba al borde del caos, aceptando a regañadientes el nuevo gobierno de Hanish Mein. Muchos grupos competían entre sí para encontrar un lugar en la redistribución del poder que ello suponía. Val navegó acogiendo a Dariel bajo sus alas, le enseñó todo lo que sabía acerca de la navegación y los combates, la piratería, el mando de los hombres; la supervivencia a la más cruel de las existencias.

Lo que antes había ocurrido —el palacio de Acacia, su papel como príncipe, el imperio de su padre, los tres hermanos nacidos antes que él y su madre, Aleera Akaran—, bueno, ahora parecía más claro en la mente de Val que en la de Dariel. ¿Por qué tratar de aferrarse a personas a las que jamás volvería a ver? Era tan joven que los recuerdos no se le habían grabado en la cabeza con ordenada claridad. Sí había imágenes. Había momentos de emoción que parecían agarrarlo por el cuello e impedir la entrada de aire a sus pulmones. Había veces en que despertaba de los sueños temiendo que algo estuviera muy mal, pero lo fue aceptando con el paso de los años. A lo mejor, eso era precisamente lo que significaba estar vivo.

Espadín —sí, éste era su nombre ahora y no había ningún motivo para retroceder a aquel niño asustado más de lo necesario— abrió la pequeña cerradura de la arqueta y la ladeó para volcar el contenido sobre la cama de Dovian, una resbaladiza caída de monedas de oro. El hombre las miró y pasó los dedos por ellas, examinó su sensación en la palma de su mano. Murmuró que eso era justo lo que necesitaban. Eso lo garantizaría todo...

Tomó un objeto entre los dedos y lo levantó hasta una cinta de luz solar. Era oro —por lo menos de color dorado—, aunque la hechura era casi demasiado delicada y los cantos demasiado afilados para un metal tan blando. La forma era insólita. Tenía el grosor de una moneda grande ligeramente cuadrada, acanalada por un extremo, grabada con unas señales que podían ser de escritura, pero no guardaban el menor parecido con ninguna lengua que alguno de ellos hubiera visto jamás. Había un solitario orificio en su centro, ligeramente oblongo.

Espadín no lo había observado antes.

—¿Qué es?

Dovian lo pensó un buen rato, Espadín casi lo podía ver clasificando sus recuerdos, un catálogo de toda una vida de tesoros etiquetados y valorados.

—No tengo ni idea —dijo finalmente—. Pero es una cosa muy bonita. —Lo empujó contra el pecho del joven—. Toma. Póntelo aquí alrededor del cuello. Si alguna vez tienes algún problema y necesitas una rápida fortuna, lo puedes fundir y hacer monedas. Es tuyo. El resto de todo esto es más de lo que necesitamos para lo que hemos planeado. Tráeme estos mapas y échales un vistazo.

Espadín así lo hizo, desplegando las conocidas imágenes sobre el catre y sentándose en el borde de la cama. Le gustaban los momentos como aquél, en que Val parecía olvidar sus achaques y ambos se perdían en la contemplación, como un padre y un hijo, urdiendo proyectos, haciendo planes, soñando con crear un mundo de bravucones. En muchos sentidos, Espadín seguía siendo el niño Dariel de antes. No tenía ni la menor idea de lo mucho que todo eso iba a cambiar dentro de poco.



Había una especial acacia talaya que obsesionaría más tarde los sueños de Thaddeus. Se elevaba solitaria en la pradera. Era como un viejo de piel negra, inclinado hacia un lado, como aquejado de una enfermedad. Estaba precariamente delgada, con las extremidades torcidas y decrepitas y las hojas tan escasas y dispersas que Thaddeus no estuvo seguro de si todavía vivía hasta que se encontró debajo de ella. Vivía. Las acacias eran duras, crecían despacio, estaban cubiertas de espinas contra los enemigos y soportaban con estoicismo las inclemencias del tiempo. Tal vez hubiera tenido que haber algún consuelo en ello pero, en caso de que existiera, Thaddeus no lo podía encontrar. Nada en este país lo consolaba. Nunca tenía la muda grandeza de un paisaje tan concentrado sobre él como cuando él se encontraba a la escasa sombra de aquel árbol. La curva de la Tierra parecía más gradual que en otro sitio, las distancias, mayores, las formas de las colinas de allí fuera, más sólidas. La bóveda del cielo parecía más alta en Talay que en cualquier otro lugar. Se elevaba cada vez más, empujaba hacia arriba al lado de hirvientes nubes blancas, amontonadas como columnas que sostuvieran algún gigantesco templo. Dondequiera que mirara —por encima y por debajo de él, en cada punto del compás, cerca y lejos—, las criaturas entraban y salían de la vista. No podía contarlas o decir su nombre o categorizarlas todas, pero sospechaba que cada una era el intento de un espía de estudiarlo.

De las seis provincias del antiguo Imperio Akaran ninguna era más compleja ni más importante que Talay. Por su anchura, era una masa de tierra tan amplia como Candovia, Senival, el Continente y Aushenia todas juntas. Se extendía hacia el sur en los pliegues de tierra bañados por el sol, unas regiones y tan inmensas que los acacios jamás las habían cartografiado en sus veintidós generaciones de reinado. Buena parte del territorio era tan árido que no caía ni la más mínima lluvia a la tierra. Mientras que el nombre de una determinada tribu era asumido por todo el territorio, los talayos eran precisamente la nación más favorecida entre muchas otras. Algunos han señalado que Edifus era étnicamente un talayo, pero el propio Edifus jamás reivindicó semejante ascendencia.

Lo que era indiscutible es que los talayos fueron el primer pueblo del Continente en alinearse con Edifus. A cambio, éste les garantizó el dominio sobre sus vecinos y

la responsabilidad de mantenerlos bajo su vigilancia. Lo cual no era poco. La provincia era el hogar de otras treinta y cinco tribus con prácticamente el mismo número de lenguas y cuatro grupos raciales tan distintos los unos de los otros que no se podían aplicar criterios generales a las personas de la provincia en su conjunto. Era cierto que todos tenían la piel oscura, pero había en ellos una considerable variedad, por no hablar de una diversidad fisiológica mucho mayor que en ningún otro lugar del Mundo Conocido. Muchas de aquellas naciones eran lo bastante numerosas como para ser potencias militares por sí solas. Los halaly, los balbara, los bethunis: en los últimos tiempos de la era Akaran, cada una de ellas podía reunir ejércitos de diez mil hombres. Los propios talayos podían llamar a casi veinticinco mil de los suyos y, como es natural, tenían el derecho de reclutar tropas de los otros. Si se hubiera conservado su autoridad, la guerra con Hanish Mein habría seguido un curso distinto. Sin embargo, no fue así por razones arraigadas en el suelo de la antigua historia.

«El viejo rencor nunca muere —pensó Thaddeus—. Sólo espera la oportunidad».

Semejantes pensamientos se le ocurrían espontáneamente y contribuían a intensificar su inquietud. A lo mejor, se había pasado demasiados años escondido. Demasiado tiempo arrastrándose como un gusano por el sistema de cuevas de Candovia, en lugares húmedos y oscuros, con la tierra muy cerca a su alrededor, oyendo susurros como los que se producían en el vientre de un hombre grueso. Pero nunca se había sentido más incómodo que la primera vez que salió y se puso a trabajar. Había tenido la suficiente confianza en sus aptitudes mientras recogía información, mientras contrataba espías y averiguaba todo lo que éstos podían decirle. No había tenido la menor duda acerca de sí mismo cuando buscó al viejo general y le ordenó seguir un nuevo camino. ¿Por qué el temor que ahora se aferraba a él?

Quizá, trató de creer, era sólo porque se encontraba tan lejos de casa y cada día se alejaba de las latitudes en las que había pasado su vida. Estas tierras eran muy diferentes incluso del lujuriente país por el que ya había pasado en el norte de Talay.

Unas onduladas tierras de labranza se extendían hasta donde alcanzaban sus debilitados ojos, punteadas por árboles que dividían los campos, con alguna que otra aldea. Era una naturaleza cuidada, reprimida y domesticada por generaciones de esfuerzo humano. Y estaba más numerosamente habitada. El número, Thaddeus lo sabía, lo había mermado el contagio. Habían sido devastados por él y por la guerra, como había ocurrido a casi todas las provincias. Había muchos menos hombres de mediana edad, pero a las mujeres parecía que les había ido mejor. Y había muchos niños. El lugar rebosaba de ellos, cosa que debió de haber complacido a Hanish Mein. Éste había decretado por ley que todas las mujeres que pudieran tener hijos estuvieran obligadas a tenerlos. El Mundo Conocido tenía que aumentar su población. Necesitaban que su número prosperara, que nuevos seres queridos sustituyeran a los

perdidos, nuevos ciudadanos que contribuyeran a hacer girar el mundo. Thaddeus comprendía mejor que nadie por qué exactamente eso le interesaba tanto a Hanish.

El destino del antiguo canciller estaba más al sur de lo que jamás hubiera estado, muy hacia el interior de los resecos llanos y las aduladas colinas del corazón de Talay. Era una distancia de varios cientos de leguas, un camino muy largo para que un hombre de su edad lo pudiera recorrer. Sin embargo, optó por caminar. Hombres solitarios, vagabundos y enajenados mentales no constituían una rareza en el mundo. Hubiera podido vagar indefinidamente sin llamar la menor atención de los pocos soldados del Mein diseminados por allí. A lo mejor, había un intento de castigo en su marcha, aunque eso no lo definía ni siquiera a sí mismo.

Llegó cubierto de polvo a la corte de Sangae Uluvara. Oculto en las someras entrañas al pie de dos bulbosos cerros de roca volcánica, la aldea de Umae era un puñado de cincuenta y tantas cabañas; unos cuantos almacenes y pozos de depósito y una estructura central construida de madera y paja que servía de enorme dosel por encima del mercado y ofrecía sombra para resguardarse del sol y la lluvia por igual. La gente de Sangae constaba de unas doscientas almas. Puesto que pertenecían a una cultura ganadera, la población raras veces se reunía. La aldea era un remoto lugar del mundo, no figuraba indicada en muchos mapas y quizás era totalmente desconocida a los meins. De hecho, hubieran tenido que buscar muy a fondo para encontrar el lugar o descubrir una prueba del vínculo de amistad que el difunto rey Leodan había compartido mucho tiempo atrás con Sangae en su juventud. Ninguna persona viva aparte de Thaddeus conocía la importancia de aquel hombre para el legado Akaran.

Llamado desde el interior de su umbroso edificio, Sangae salió al sol, parpadeando. Miró a Thaddeus con la trémula intensidad con la que hubiera podido contemplar una aparición. Un tumulto de pensamientos pasó por sus facciones, unas emociones que parecieron retorcerse bajo su piel. Thaddeus comprendió que hasta aquel hombre de tan al sur habría oído rumores que arrojaban calumnias sobre su reputación. Sangae podía no estar seguro todavía de qué canciller tenía delante ahora: si el traidor o el salvador. Y eso sólo sería una parte del ruido que tenía dentro. Aquel hombre había sido padre adoptivo durante nueve años. No podía por menos que temer lo que la llegada de Thaddeus significaba para su hijo.

Pero cuando Sangae habló, lo hizo desde un lugar de controlada formalidad.

—Viejo amigo —dijo—, el sol te ilumina, pero el agua es dulce.

—El agua está fría, viejo amigo, y clara a la vista —contestó Thaddeus.

Fue un saludo tradicional del sur de Talay y a Sangae le gustó que el antiguo canciller contestara tan amablemente a él en talayo. Pero después pasó al acacio.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—. El suficiente como para que yo me preguntara si vendrías. El suficiente como para que yo esperara que no lo hicieras.

A Thaddeus le resultó más difícil de contestar esta afirmación que la primera. El

caudillo sostuvo con los suyos los ojos del antiguo canciller. Su nariz y sus labios, la redondeada frente y la amplitud de sus pómulos: cada uno de sus rasgos parecía más lleno de generosidad que la que hubiera podido contener un solo rostro. Sus rasgos poseían una plenitud que contrastaba con su esbelto torso, sus delgados hombros, la tensa piel de su pecho. Sus ojos no eran más blancos que los de Thaddeus ni menos surcados por venas y amarillentos y, sin embargo, destacaban en comparación con la negrura nocturna de su piel. Por un momento, Thaddeus experimentó una punzada de temor recorriéndole el cuerpo. ¿Cómo le habría ido a un muchacho real de Acacia solo entre aquella gente? No podía entender siquiera el filo de aquella idea y aferrarse a ella. Puede que hubiera sido un terrible error. La apartó del pensamiento, pues la duda no tenía lugar en la manera en que pretendía presentarse.

—En el nombre del rey, amigo —dijo—, te agradezco lo que has hecho.

—Yo no veo nada —dijo Sangae, otra frase propia de su pueblo, una negativa de haber hecho algo merecedor de agradecimiento.

—Hablas mi lengua mejor que yo la tuya.

—He tenido una que ya llevo practicando varios años. ¿Qué tal te ha ido el viaje?

Ambos se pasaron un rato hablando del tema, muy fácil, por cierto, pues no contenía nada relacionado con por qué estaba aquí. Sólo detalles. Pero semejantes bromas sólo podían durar hasta un determinado punto, y Thaddeus —a pesar de su temor de la respuesta— al final preguntó:

—¿Está bien el príncipe?

La cabeza de Sangae se agachó en algo parecido a una inclinación, aunque no era enteramente una afirmación. Le hizo señas a Thaddeus de que entrara en el edificio y se sentara delante de él en una alfombra tejida de brillantes colores. Entre ellos, una muchacha depositó una calabaza de agua. Un momento después depositó un cuenco de dátiles a su lado y, a continuación, se retiró. Las paredes estaban todas abiertas a su alrededor. Incluso dentro la gente de Umae deseaba espacio para contemplar las vistas y para que se moviera el aire. Thaddeus podía ver y oír a personas en ambas direcciones, pero había soledad en el silencioso espacio que ocupaban ambos hombres. Hacía sorprendentemente fresco, teniendo en cuenta el intenso calor de la luz directa del sol. Eso era bueno.

—Aliver caza lárax —dijo finalmente el caudillo—. Lleva dos semanas fuera. Se espera que esté de regreso cualquier día de éstos. Pero no tenemos que hablar de eso. No sería bueno que advirtiéramos a las bestias espirituales de su intento. Tú, naturalmente, eres mi huésped hasta que él regrese. —El hombre tomó un dátil entre sus dedos. Tras haberlo hecho, no pareció tener el menor interés en consumir el fruto—. Nueve años. Nueve años desde que el chico llegó aquí, tiempo suficiente para que yo empezara a creer de verdad que tú jamás vendrías y que Aliver era verdaderamente mi hijo. No tengo otro, ¿sabes?, lo cual es mi maldición.

Thaddeus consideró la posibilidad de contestar con dureza a semejante muestra de compasión de sí mismo. Mejor no haber tenido nunca un hijo que haber perdido uno debido a una traición, pensó. Pero no le apetecía para nada encauzar la conversación en aquella dirección. En su lugar, dijo:

—¿No has tenido ningún problema desde el Mein?

—Nunca —contestó Sangae—. He oído hablar de ellos, pero ellos no han oído hablar de mí, parece. —Sonrió—. O mi fama no es tan grande como la que yo he podido desear. Toma agua, por favor.

Thaddeus levantó la calabaza, la acunó entre las palmas de sus manos y bebió con ansia.

—Entonces fue bueno que lo enviáramos aquí. Hanish nunca ha dejado de perseguir a los hijos Akaran. Por lo menos uno de los hijos de Leodan ha crecido como el rey deseaba.

Sangae comentó que él no sabía nada naturalmente de los otros tres Akaran. Pero sí, la vida de Aliver había estado de acuerdo con los planes del rey. El único guardián de Aliver se lo había llevado a escondidas desde Kidnaban. Habían zarpado rumbo a Bocoum, desembarcado, y se habían reunido con todo el grupo de refugiados que huían de la guerra. Habían viajado a caballo durante algún tiempo, después en una caravana de camellos y después simplemente a pie, recorriendo las planas llanuras que los habían conducido a Umae. Su necesidad de sigilo hizo que el viaje durara varias semanas, por lo que el príncipe llegó enojado, confuso y amargado. Sangae tuvo que hacer un gran esfuerzo para convencerle de que aquel exilio no era una derrota. El conflicto aún no estaba decidido. Él era el más reciente de toda una estirpe de grandes jefes. Le recordó que la sangre de antiguos héroes corría por sus venas. Le habló de Edifus y Tinhadin, de los obstáculos que habían superado para ascender al poder. ¿Acaso las dificultades con las que se enfrentaban no parecían insuperables? Y, sin embargo, las habían superado. Y Ali haría lo mismo, le prometió Sangae, simplemente necesitaba tiempo para crecer y convertirse en el hombre que tendría que ser.

Sangae cruzó las grandes manos sobre una de sus rodillas.

—Eso es lo que yo le dije. Me entregó el fideicomiso del rey para que se lo guardara y yo lo he conservado escondido durante todos estos años. Aquí disfruta de una buena vida, vive como un talayo. Es la verdad. Y tú debes saber que ya no es un niño. De ninguna manera.

—Háblame de su vida aquí entonces.

En los nueve años de su exilio en Talay, dijo Sangae, Aliver había asumido un papel idéntico al de cualquier hijo de una noble familia de guerreros talayos. Se había adiestrado en las artes marciales de su nación, dominando el manejo de la espada y la forma de lucha que practicaban los luchadores talayos. Había moldeado su cuerpo

para hacerlo semejante al de un corredor. Debió de ser un trabajo terriblemente duro al principio. Estaba muy bien adiestrado en las Formas, pero eso le había servido de muy poco para prepararlo para el adiestramiento que recibiría en Talay. A diferencia de lo que ocurría con las Formas la guerra talaya no permitía acciones que no fueran enteramente necesarias. A partir del primer día en que empuñó una lanza talaya, le habían enseñado que era un arma destinada a matar. Le habían mostrado una miríada de maneras de poder hacerlo, cada una de ellas eficiente y rápida, sin apenas pérdida de tiempo y esfuerzo. Lo desafiaban constantemente, físicamente en las artes marciales, con la dureza de la tierra, con la lengua y la cultura, por el hecho de que no gozaba de estado legal allí como no fuera el que se pudiera ganar con sus acciones.

—¿Y él reaccionó a los desafíos? —preguntó Thaddeus.

Sangae contestó que sí. Jamás había revelado defectos en la disciplina, el deseo o el valor. Él no podía imaginar lo que pasaba por la mente del joven porque compartía muy pocas cosas de sí mismo, pero era muy serio en todos sus actos. Quizá demasiado serio. Tenía que aprender todavía a reírse como un talayo. Había recibido su primera banda tuvey —lo cual significaba que había participado en una escaramuza con una tribu vecina— con los más jóvenes de su grupo de edad. La lucía por encima del bíceps. Por eso tenía todo el derecho de cazar el lárrix —siempre que ganara— y de reclamar ser un hombre de su nación, con edad suficiente para tener propiedades, casarse y sentarse en consejo con los ancianos.

—La pertenencia es importante —dijo Sangae— y Aliver pertenece a nuestro pueblo. Nadie en esta aldea diría lo contrario. Aquí tiene compañeros, mujeres que se acuestan con él. Ya nadie se fija en su piel. Esta diferencia no es gran cosa entre la familia. Nos pertenece a nosotros.

Thaddeus oyó un doble significado en ello, un ligero tono en la voz del caudillo. «Sí —reconoció en silencio—, siempre es duro perder a un hijo, incluso uno que sea adoptado». Volvió a pensar una vez más en sus propias pérdidas y se preguntó por qué sería que las cosas que una persona había perdido —o podía perder— la definían más que las cosas que todavía poseía.

—No sé cómo te recibirá —añadió el caudillo—, pero que sepas que no ha olvidado por qué fue enviado aquí. En realidad, creo que siempre piensa sólo en lo que el futuro le tiene reservado. Eso lo enfurece y, sin embargo... así es él.

—¿Y qué me dices del contagio?

—El príncipe ardió con él, como la mayoría de mi pueblo. Pero lo superó y ahora no está peor por eso. —Sangae guardó silencio un momento. Apartó la mirada y observó cómo un pájaro cruzaba saltando a través del deslumbrante fulgor de un sendero a cierta distancia—. ¿Qué le preguntarás?

—No le preguntaré nada. Su padre sí, y Aliver es el único que tiene que responder a ello. La de este lárrix, ¿es una caza peligrosa?



Sangae se volvió a mirarle.

—Pocos hombres superan una prueba tan grande.

»Cuando caza un láríx —explicó Sangae—, uno se convierte en el “cazado” durante buena parte de la prueba. Uno enfurece primero a la bestia encontrando la madriguera que usa actualmente para descansar. El cazador ensucia la zona, pisoteando las enmarañadas hierbas con los pies y meándose encima de ellas, escupiendo o agachándose para defecar. Después espera. Casi hasta que regresa la criatura, olfatea su olor y la persigue. Ahí es donde empieza la caza.

»Porque verás, un láríx no acepta bien un insulto. En cuanto capta un olor, lo sigue hasta que mata al ofensor o cae de agotamiento. El cazador tiene que correr por delante de él, manteniendo la suficiente distancia para que la bestia no pierda el rastro. Pero no demasiado cerca. Un tobillo torcido, la elección de un mal camino o si uno sobrevalora su propio vigor... cualquiera de estas cosas significa la muerte. La única manera de matar la bestia es obligarla a correr hasta el agotamiento total y después atacarla con todo lo que te queda, confiando en que sea suficiente. Si Aliver triunfa, habrá superado un suplicio mental y físico que realmente no se puede imaginar. Habrá vivido con un demonio jadeando durante varias horas a su espalda, con la muerte a un resbalón de distancia. Éste no es un desafío que tiene que aceptar. Él lo eligió y yo he rezado desde que estuvo preparado para ello. Los hombres mueren haciendo este esfuerzo, Thaddeus. Puede que nunca tengas ocasión de arrebatármelo. Si tienes la suerte de mirarle a los ojos vivos, podrás comprender con toda seguridad que es fuerte. Fuerte como ningún Akaran ha sido desde hace muchas generaciones.

—¿Crees que está preparado para esta caza?

—Ya veremos —contestó Sangae.

La inquietud que esta respuesta le causó a Thaddeus duró los tres días que éste permaneció esperando el regreso de Aliver.

«Qué crueldad —pensó—, que el príncipe muriera ahora, poco antes de que yo le ayude a buscar su destino».

Pero no tenía que haberse preocupado. Cuando Aliver llegó, lo hizo en medio de una cacofonía de júbilo que sólo podía anunciar el triunfo. Thaddeus se encontraba en la pequeña estancia que Sangae le había ofrecido, contemplando la escena a través de una ventana que mantenía abierta con una varilla. El tumulto de los cuerpos negros era tremendo. Ocupaban las calles como un banco de peces enloquecidos de entusiasmo, todos ellos tras haberse enterado de repente del regreso del cazador y haber interrumpido cada uno cualquier actividad en la que estuviera ocupado. Su número parecía superior al de la población de la aldea. Thaddeus estuvo casi a punto de salir y reunirse con ellos, pero experimentaba la necesidad de permanecer oculto todavía y observar desde las sombras de su ventana el aire libre.

Se arremolinaban alrededor de una especie de vehículo de ruedas.

Era un carro tirado por varios hombres, algo lo bastante grande como para haber sido enganchado a uno de los bueyes de largos cuernos que los aldeanos utilizaban para cargas más grandes. Pero, en su lugar, los hombres habían agarrado con sus propias manos las lanzas principales. Thaddeus no pudo distinguir exactamente lo que transportaba hasta que el vehículo pasó por delante de su ventajosa posición. Se encontraba todavía a cierta distancia, pero lo bastante cerca como para que él retrocediera un paso. Era una bestia, una criatura muerta tan grande que, al principio, se preguntó si habría varias cosas amontonadas las unas encima de las otras. Había algo de lobo en sus largas extremidades, algo de un perro sonriente en el grosor de su cuello, algo de jabalí en su hocico, pero no era ninguna de esas criaturas. Debajo de su áspero pelaje, la bestia tenía una piel color púrpura, una superficie cubierta de reseca pústulas y cicatrices con unas manchas peladas. Era una cosa horrible, un monstruo. ¿Cómo podía Ali haber matado semejante cosa con sólo una lanza? Apenas parecía posible.

Un muchacho muy joven se encaramó al carro y tiró de las orejas de la criatura. Varios otros la agarraron del pelo de alrededor del cuello y tiraron de la cabeza hacia uno y otro lado entre los rugidos de la multitud. Otro se apoyó en su mandíbula inferior y le abrió la boca lo suficiente como para simular introducir la cabeza dentro. Pero lo pensó mejor y se apartó de un salto presa de un exagerado temor, dando lugar a un mayor regocijo.

Todo eso no fue nada comparado con la recepción que se ofreció al propio cazador. Fue muy fácil de distinguir. Avanzó entre la muchedumbre como un héroe épico, una forma más pálida de hombre que las que lo rodeaban. Se abrió paso a través de los brazos que le daban palmadas, los rostros que se acercaban al suyo, las personas que deseaban hacerle algún comentario, todos los dientes blancos que se movían cerca de él. Por un extraño instante, parecieron unas raras criaturas que empujaban hacia delante para pegarle bocados, pero Thaddeus sabía que aquello era una corrupción a sus propios ojos y no la verdadera escena que tenía delante.

A Thaddeus le sorprendió la estatura de Aliver. Era una cabeza más alta de lo que había sido en comparación con su propio padre. Bajo la constante luz del sol, su piel había madurado como el cuero untado con aceite, aunque seguía siendo pálida comparada con la de los talayos. Iba desnudo de cintura para arriba. Las estrías de sus músculos habían labrado unas hermosas líneas muy bien proporcionadas. Su ondulado cabello estaba iluminado por unos amarillos toques de luz que le conferían un color mucho más claro que el que hubiera tenido allá en Acacia. Debido a ello hubiera podido parecer fuera de lugar en una aldea del lejano sur talayo. Y, sin embargo, al mismo tiempo, jamás se había sentido más a gusto. Era un hombre bien esculpido, moreno, duro, esbelto y musculoso, fuerte en la exuberante manera de la

juventud. Llevaba aquel anillo de oro —la banda tuvey— por encima del bíceps como si formara parte de su persona y siempre la hubiera llevado allí. Se tomaba muy bien la atención que recibía, sonriendo y contestando debidamente a los comentarios, pero sin ningún aire de superioridad.

Por un momento Thaddeus se preguntó si no habría una pizca de humildad en su expresión, si de hecho no habría matado a la bestia tal como aquella gente imaginaba. Muchos aristócratas acacios asumían el mérito de las matanzas realizadas por sus criados. Contemplando la escena un poco más, llegó a la conclusión de que cualquier cosa que Aliver se guardara lo hacía por otras razones y no ya por vergüenza. Mandó decirle a Sangae que no deseaba interrumpir el regreso a casa de Aliver. Pidió que le enviaran a Aliver aquella tarde cuando cesara el tumulto.

Cuando se reunieron, nada ocurrió como Thaddeus esperaba. Meses atrás, cuando había imaginado aquel encuentro, Thaddeus había imaginado saludar a Aliver con un abrazo. Habría atraído al muchacho a sus brazos y hubiera acortado la distancia entre ambos sin ningún reproche. El vínculo sería instantáneo. Un roce bastaría y todo lo demás ocuparía su lugar. Pero, mientras Aliver recorría los últimos pasos que los separaban, Thaddeus sabía que eso había sido una fantasía.

—Hola, Aliver —dijo. Respiró al ver que todavía ejercía cierto control, aunque fuera todavía muy irregular—. Vengo a vos con una llamada a seguir vuestro destino. Y llego en el momento adecuado. Veo que hoy eres un matador de monstruos. Felicidades. Vuestro padre hubiera estado orgulloso.

Qué extraño, pensó Thaddeus, que una parte tan grande del muchacho viviera en aquellos rasgos de hombre, en el gesto de sus ojos y en el pliegue de su labio superior y toda la forma de su cabeza. Y, sin embargo, el rostro era también el de un extraño. Contemplarlo era como escuchar una nota discordante en una melodía conocida. Había perdido todos sus suaves contornos, aunque semejante efecto era más cuestión de su severo porte que de sus ásperas facciones. ¿Qué era aquel desafío que se encendía detrás de sus ojos? ¿Cólera? ¿Sorpresa o decepción? Thaddeus no pudo decirlo aunque se mantuvo firme durante la silenciosa respuesta del príncipe, tratando de leer en él.

—¿Vos mismo habéis matado esta bestia?

Cuando Aliver habló finalmente, hubo en su voz un ligero atisbo de acento talayo, una relajación de la lengua alrededor de las vocales, pero no había perdido la soltura en su idioma natal.

—He aprendido a hacer muchas cosas.

No era el saludo que Thaddeus esperaba.

—Sentaos, por favor —dijo.

Las palabras le salieron antes de haberlas pensado, pero se alegró. Seguía pareciendo tranquilo. Conservaba cierto mando. Esperó a que Aliver se sentara con

las piernas juntas y cruzadas y la espalda tan tiesa como una tabla.

Thaddeus tomó una carta de la baja mesa que tenía delante.

—Empecemos con eso, príncipe. Leedlo. Es importante que lo hagáis.

—¿Sabéis lo que dice?

Thaddeus asintió con la cabeza.

—Pero soy el único.

—No es la caligrafía de mi padre —dijo Aliver tras haber echado un breve vistazo a las palabras.

—Es mi escritura, pero son sus palabras. Leedlas.

El joven inclinó la cabeza sobre el papel. Sus ojos se deslizaron, se levantaron y volvieron a deslizarse sobre el escrito.

Thaddeus apartó la mirada.

—No está bien mirar mientras otro lee. —De todas maneras, se conocía las palabras de memoria. Conocía todas las maneras con las cuales Leodan había expresado su amor por su hijo primogénito. Procuró no pensar en ellas, permitirle a Aliver aquella intimidad. No podía, sin embargo, combatir el recuerdo de las palabras con que terminaba la carta, pues tendría que referirse a ellas cuando el príncipe lo mirara.

—Eso no puede ser en serio —dijo Aliver.

Había dejado de leer. Sus ojos estaban clavados en la página, ya no los levantaba ni se movían sobre las palabras.

—Todo es en serio. ¿De qué parte dudáis?

El joven agitó el papel simplemente para dar a entender que todo lo ponía en cuestión.

—Esta referencia a los santoth, los Dioses Parlantes... eso no puede ser en serio. Mi padre, si hubiera querido decirme eso, debía de estar muy cerca de la muerte. No pensaba con claridad. Mirad lo que dice. «Hijo —fingió hacer una impertinente cita —, ahora que ya has crecido, es hora de que salves al mundo...», y me pide que lo haga buscando a unos míticos y dementes magos.

—Los santoth pueden ser tan reales como vos y como yo.

—Aliver posó la mirada en él.

—¿De veras lo pueden ser? ¿Vos habéis visto a alguno? ¿Habéis obrado magia o los habéis visto hacer?

—Hay documentos —empezó diciendo Thaddeus y después tuvo que levantar la voz por encima de la impugnación de Aliver—. Hay documentos de los cuales vos no sabéis nada, que testifican con gran detalle la existencia de los santoth.

—¡Mitos!

Aliver escupió la palabra, convirtiéndola en una maldición.

—¡El mito vive, Aliver! Ésta es una verdad tan innegable como el sol o la luna.

¿Veis la luna en este momento? No, pero creéis que la volveréis a ver. Vuestro padre os dice que los santhoth pueden volver a caminar por el Mundo Conocido. Nos pueden ayudar a recuperar el poder como hicieron antes. Lo único que necesitan es que vos —un príncipe Akaran que será rey— anuléis su destierro. Eso es parte de por qué vos fuisteis enviado a Talay, para estar más cerca de los santoth, para que conozcáis esta tierra y adquiráis las aptitudes necesarias para buscarlos, para perseguirlos. Vuestro hermano y vuestras hermanas se dirigieron también cada uno de ellos a sus distintos lugares de destino aunque poco de eso ocurrió tal como nosotros deseábamos. Os lo contaré todo, Aliver. Sabréis todo lo que yo sé. Todo. También os daré noticias de Hanish Mein. Está planeando algo para sus antepasados, los tunishnevre. Son otra fuerza que, a lo mejor, vos podríais pensar que no son más que un mito y, sin embargo, son ellos los que dieron el poder a Hanish...

—¿Quién es este «nosotros» que habéis mencionado?

—Hay muchos que esperan vuestro regreso. Para decirlo de algún modo, todo el mundo os espera. Hay razones que sólo vos podéis...

—¿Por qué me tendría que preocupar por el mundo o creer una palabra de lo que decís? He encontrado otra vida, con personas que sólo dicen la verdad.

Thaddeus sintió que el pulso le martilleaba en el cuello. Experimentó el momentáneo impulso de darse un manotazo, pero lo controló.

—Hubo un tiempo en que me llamabais tío. Me queríais. Me lo decíais con vuestra boca de niño. Y yo os quería a mi vez. Sigo siendo aquel hombre. Y sé que os preocupa el destino del mundo. Siempre os ha preocupado. Nada podía arrebataros este sentimiento. Aliver, eso es lo que vuestro padre quería decir. Las cosas que habéis aprendido aquí... el hombre en que os habéis convertido... —El rostro de Aliver era ilegible, absolutamente ilegible, y dio lugar a que Thaddeus hiciera una pausa—. Ya veo que queréis ser un misterio para mí, pero no lo sois. —Con gran certidumbre repitió—: No lo sois.

—¿Decís que lo que hago es mi elección?

—Sí.

—Pues entonces ya me habéis dicho medias verdades —dijo Aliver—. Sabéis que no tengo otra opción. Tampoco habéis reconocido que traicionasteis a mi padre. Un hombre honrado lo hubiera hecho desde el principio. Sí, lo sé. ¿Cómo no lo hubiera podido saber? El mundo sabe de la traición de Thaddeus Clegg. El propio Hanish Mein lo declaró y yo me enteré antes de llegar aquí cuando estaba todavía en la caravana de camellos. Los hombres discutían acerca de si erais un traidor o simplemente un necio. Yo no añadí mi voz a las suyas, pero sé la verdad; sois ambas cosas. Puede que vos no acercarais la hoja a su pecho, pero... pero lo habríais podido hacer. Si hubierais sido un fiel servidor de mi padre, caeríais de rodillas y pediríais perdón.

El príncipe se levantó con un suave movimiento, elevándose mientras sus piernas se desenredaban. Había terminado. Se estaba volviendo para retirarse. Levantó un pie y se inclinó hacia atrás para dar una Zancada. Thaddeus no se había preparado para aquel momento. No lo había planeado, no había imaginado que Aliver diría lo que acababa de decir o que respondería a ello tal como estaba a punto de hacer.

Se abalanzó desde su posición sentada. Envolvió con una mano la pierna de Aliver. Su otra mano lo empujó hacia delante y, en cuestión de unos momentos tuvo las piernas del joven agarradas en un doble abrazo. Eso no era de ninguna manera lo que pretendía hacer, pero no soltó la presa. Se mantuvo firme, preparado para sentir el puño del príncipe cayendo violentamente sobre su cabeza. Sólo entonces comprendió por completo lo que había estado esperando hacer todos aquellos años, lo que más había temido y querido, lo que importaba con una urgencia más grande que el destino de las naciones. El perdón. Necesitaba ser perdonado. Para que así fuera, tendría que decir toda la verdad. Eso era lo que haría. Por una vez, confiaría en toda la verdad. Y si Aliver era el príncipe que el Mundo Conocido necesitaba, él sabría cómo hacer frente a todo.



La joven observó cómo la anguila cortaba un serpeante camino a través de la cristalina agua azulada. Permanecía tumbada boca abajo, desnuda a excepción de un lienzo envuelto cómodamente alrededor de las caderas mientras la quebradiza y seca madera del desembarcadero le rascaba el vientre, el pecho y las piernas. El sol le aporreaba la espalda con una fuerza que le provocaba hormigueo en la carne. Tenía la piel morena y pelada en algunos puntos de tanto exponerse al sol, y el ralo cabello de un rubio más claro. Ya no era una chica desde hacía varios años —de ahí el lienzo alrededor de la cintura—, pero a sus veintiún años conservaba buena parte de sus características viriles en su figura. Sus pechos estaban tan bien proporcionados que los sacerdotes tenían dificultades para apartar los ojos de ellos, pero eran pequeños y la verdad es que no constituían ninguna molestia para ella, lo cual le parecía muy bien. No parecía en modo alguno la encarnación terrenal de una diosa, pero era eso exactamente lo que era. Era la sacerdotisa de Maeben, la principal divinidad femenina del pueblo vumu, reverenciada en toda la salpicadura de islas conocidas colectivamente como el archipiélago de Vumu.

La anguila que ella estaba observando con tanta atención era todo un estudio de curvas y movimiento. Jamás se detenía, simplemente se deslizaba y se abría camino a través de las claras aguas a lo largo de una distancia ya establecida en su cabeza y después retrocedía deslizándose de la misma manera, dibujando y volviendo a dibujar una forma oblonga como si pasara. El agua tenía una profundidad superior a la cabeza de un hombre y la anguila nadaba cerca de la superficie, pero la suave y blanquecina arena del fondo del océano de más abajo era clara y se rizaba con una claridad de línea, forma y textura. La joven sacerdotisa hubiera podido contemplar indefinidamente la criatura sobre el trasfondo. Algo en ella le infundió paz, algo en ella planteó una pregunta cuya respuesta sonó como el murmullo que emitiría el camino de la anguila si fuera audible. Eso le hubiera gustado, aunque de momento había descubierto que la vida planteaba más interrogantes que respuestas ofrecía.

Se levantó y empezó a pasear por la red de desembarcaderos que abrían un caos geométrico en el suave arco de la bahía. Sabía por la posición del sol que era hora de que se preparara para aquella ceremonia vespertina. Si no regresaba pronto al templo, los sacerdotes saldrían en su busca. Por un momento, consideró la posibilidad de

permitir que lo hicieran. Se ponían nerviosos y una vez le había hecho gracia causarles inquietud. Pero eso era antes. Se sentía cada vez más incapaz de imaginar una vida en la cual ella no fuera Maeben y en la que las horas del día no estuvieran ordenadas en consecuencia.

Dejando a su espalda la orilla, tenía que cruzar el centro de la ciudad, que se llamaba Ruinat. Era poco más que una aldea de pescadores, en muchos sentidos muy parecida a cualquier otro pueblo de Vumair, la isla principal del archipiélago. Era, sin embargo, la sede del Templo de Maeben y, por consiguiente, ocupaba un lugar destacado y desproporcionado en comparación con su humilde aspecto. Galat, en la orilla oriental de la isla, servía como centro mercantil y comercial, pero el lugar no tenía nada de sagrado. Ruinat era un lugar humilde, ahora muy tranquilo, pues durante el calor del mediodía el sol asaba el mundo con una rutilante y pálida intensidad. Casi todos los aldeanos estaban en sus resguardados hogares, tumbados para soñar durante aquellas lánguidas horas.

La sacerdotisa caminaba por el centro de la calle principal con el pecho al aire y sin nada en absoluto que ocultar. Su identidad terrenal no era un secreto que se guardara de la gente corriente. Todo el mundo en la aldea la conocía. La habían visto crecer de la niña que era cuando había llegado a la isla, saliendo del mar con una espada agarrada en su puño, hablando una extraña lengua y sin conocer todavía su verdadero nombre. Se habían reído con ella a lo largo de los años, la habían enseñado a hablar vumu, la habían perseguido por las calles y le habían gastado bromas, a veces incluso lascivas. En cuanto se ponía las mejores galas de Maeben, ninguno de ellos era tan atrevido. Pero cada cosa tenía su lugar y su momento.

Para dirigirse al templo, la sacerdotisa tenía que pasar por el paseo de los dioses. Los tótems eran enormes y estaban hechos con la madera de los árboles más altos de la isla, tan altos que la parte superior de las imágenes no se veía a simple vista. Pero, de todos modos, no estaban hechas para que se vieran desde la tierra. Eran tributos a Maeben, para que se vieran desde una perspectiva divina, sobrevolando en lo alto del cielo.

Llamar a la diosa águila marina hubiera sido un craso y sacrílego error. Podía asumir la forma y tener hermanas y primas que fueran efectivamente criaturas avícolas, pero la propia Maeben las empequeñecía a todas. Sus ojos estaban en todas partes, agudos y claros, capaces de enfocar cualquiera y todas las personas y ver directamente sus centros. Se merecía —y exigía— su respeto. Y tenía el poder de recordárselo siempre que quisiera.

A lo largo de los años, la joven había aprendido que había muchos dioses en el panteón vumu. Había divinidades como Cress que controlaban el cambio de las mareas. Uluva nadaba delante de los bonitos, dirigiéndolos en su migración anual cerca de la isla. Banisha era la diosa reina de las tortugas marinas. Sólo con su



bendición sus hijas subían a las playas sureñas cada verano y enterraban sus huevos en la cálida arena. Estaba el cocodrilo Bessis que se comía la luna bocado a bocado cada noche hasta que desaparecía, ahíto de este festín sólo hasta que el fruto de la luna volvía a crecer hasta alcanzar su plenitud. Entonces Bessis se despertaba de su modorra y empezaba de nuevo su festín. Era, acabó comprendiendo, un mundo en el cual el ciclo natural de las cosas siempre estaba en entredicho, pues dependía de la buena voluntad y la salud de muchas divinidades distintas. Apenas conocía sus nombres, pero eso no importaba. Sólo dos dioses compartían la cima del panteón vumu, y sólo uno de estos dos tenía una trascendental importancia en su vida.

Maeben no era una diosa con una función en el mundo natural tal como tenían muchas otras. Desde el día de su nacimiento, despreciaba estar atada a semejante tarea. Era la diosa de la cólera, la celosa hermana del cielo que por todos se creía menospreciada: por los dioses, por los seres humanos, por las criaturas e incluso por los elementos, Maeben, la Enfurecida, se enojaba fácilmente y era feroz en sus represalias. Desencadenaba tormentas, lluvia y viento, y abría el pico para crear las chispas que eran los relámpagos. Contemplando a los seres humanos hacía tiempo que los había descubierto demasiado orgullosos, demasiado favorecidos por los otros dioses. Sólo una vez había encontrado tiempo atrás a un ser humano agradable, pero lo que se derivó de ello fue trágico.

El hombre se llamaba Vaharinda. Había nacido de padres mortales, pero por alguna razón había recibido una bendición antes de salir del vientre. En lugar de que su madre le cantara para dormirlo, él era quien le cantaba a ella para calmarla. En lugar de que ella se acariciara el vientre para consolarlo, él la acariciaba a ella desde dentro. Vaharinda tenía un comportamiento especial con las mujeres; su madre lo sabía antes incluso de que naciera. Cuando emergió al mundo, todos se sorprendieron de verlo. Era la perfección. Crecía como una hierba, pero en todo era de una hermosa y bien formada sustancia. Cuando tenía seis o siete años, las mujeres adultas se desmayaban al verlo. A los once, había conocido sexualmente a centenares de mujeres. A los quince años, mil mujeres lo llamaban esposo y afirmaban haber alumbrado a sus hijos. Era también un valiente y hábil cazador, un guerrero que ningún hombre podía mejorar. Blandía armas que otros hombres ni siquiera podían levantar. Sus enemigos conocían el temor sólo con mirarlo.

Un día Maeben vio a Vaharinda dando placer a una mujer tras otra. Vio cómo ellas jadeaban debajo de él, extasiadas de temor y felicidad. Las oyó pronunciar los nombres de otros dioses, pidiéndoles que vieran el prodigio que estaban experimentando. Todo ello despertó la curiosidad de Maeben. Cambió a la forma humana y se acercó a Vaharinda. No esperaba acostarse con él, pero en cuanto lo miró a los ojos, no lo pudo evitar. ¡Qué ejemplar! ¡Qué herramienta de placer curvándose desde entre sus piernas! ¿Por qué no encaramarse a él y comprobar por sí

misma el gozo que la carne podía traer?

Y eso fue justamente lo que hizo. Y fue bueno. Fue muy bueno. Después permaneció tumbada jadeando en la arena y sólo poco a poco se dio cuenta de que Vaharinda no se había conmovido como ella. Ya estaba conversando con otra mujer. Maeben lo llamó otra vez y le pidió que la volviera a tomar. Vaharinda no vio ninguna razón para hacerlo. Dijo que ella ya estaba bien, pero no tanto como para que él abandonara a otras mujeres. Sus ojos eran azul claro como el cielo, dijo, pero él prefería a las mujeres de ojos castaños. Su cabello era frágil y fino como las altas, altas nubes que señalan un cambio de tiempo; él prefería el denso cabello negro que podía entrelazar alrededor de sus grandes dedos. Su piel era del color de la arena casi blanca; eso era insólito, sí, pero sus gustos se inclinaban más por los matices del marrón quemado por el sol.

Al oír todo eso, Maeben se enfureció. Rugió más allá de su forma humana y se convirtió en una gran águila marina de cólera. Sus alas eran las más anchas que jamás se hubiera visto, unas garras lo suficientemente grandes como para apresar a un hombre alrededor de la cintura, cada uña como una curvada espada. Le preguntó si le gustaba más así. La gente que lo vio huyó despavorida. Sólo Vaharinda se quedó allí. Jamás había visto nada que lo asustara, y no mostraba ninguna tendencia a cambiar todavía. Tomó una de sus lanzas y trabaron un duro combate. Atravesaron con furia toda la isla y subieron a las montañas. Lucharon en las ramas de los árboles y saltaron al cielo y corrieron sobre la superficie del mar. Vaharinda luchó como ningún hombre había luchado jamás, pero al final no pudo triunfar. Era un ser humano a fin de cuentas; Maeben era divina. En último extremo, lo trituró en sus garras. Estaba posada en una rama donde la gente de Vumu la podía ver y ella se lo comió trozo a trozo hasta que no quedó nada. Después se alejó volando. Pero la historia de Vaharinda no terminó allí.

La sacerdotisa dejó a su espalda el paseo de los dioses y corrió por el sendero que serpeaba hacia el recinto del templo. En determinado momento se detuvo y se volvió a contemplar el puerto. Ahora había vida allí. Varias embarcaciones navegaban hacia los muelles transportando a peregrinos religiosos que deseaban ver a la diosa en forma terrenal. Ella los atendería en cuestión de unas horas, tal como hacía cada día.

Mientras se acercaba al templo, la joven se detuvo una vez más. Le gustaba contemplar la estatua de Vaharinda, sentada en su pedestal al lado de la entrada, un monumento a él y un recordatorio del poder definitivo de Maeben. La gente de Vumu había decidido honrar a su héroe. Había sido el más fuerte de todos ellos, el más agradable a la vista, el más valiente, el más dotado de la capacidad de complacer a las mujeres, el hombre al que otros hombres más aspiraban a emular. Habían enviado un regalo de grandes riquezas a la gente de Teh en la costa talaya y se habían llevado a casa un gran bloque de piedra de una textura sin comparación en la isla. En él

labraron una estatua de Vaharinda. En ella estaba sentado en la posición reclinada que le gustaba cuando descansaba, sus músculos esculpidos en la piedra, sus rasgos tal como eran en vida. Estaba desnudo y también —tal como había sido su situación durante buena parte de su vida— con el pene levantado y erecto, como un puño cerrado apuntando al cielo. Era una estatua maravillosa como jamás hubo otra en el mundo ni había habido desde entonces.

Teniendo aquella belleza para contemplar, la gente de Vumu muy pronto empezó a adorar a Vumu como dios. Le dirigían oraciones, le pedían favores, le regalaban flores y joyas, y le quemaban ofrendas. Las mujeres, al ver en piedra al hombre al que habían amado, montaban a horcajadas en su pene y alcanzaban placer. Acudían a él antes que a sus maridos y muchas afirmaban haber obtenido criaturas vivas del dios de piedra. Acudían a él tan a menudo y en tan gran número que las aristas y los perfiles de su miembro se gastaron y su longitud gradualmente disminuyó. Pero seguía dando placer y —a su silenciosa manera— recibía placer a cambio.

Maeben aborrecía todo eso. La enfurecía más que el desprecio de Vaharinda. Decidió humillarlos a todos de la manera que más les doliera. Primero se abatió sobre la estatua y agarró con sus garras el pene de Vaharinda y lo apresó en ellas. Se llevó la longitud del miembro al mar y lo soltó. Un tiburón observó cómo lo hacía. Pensando que había arrojado una preciada porción de comida, el tiburón se elevó desde las profundidades y se tragó el pene de un solo e impresionante bocado. Maeben se alegró. Vaharinda ya no podría complacer a las mujeres. Pero ella aún no había terminado su venganza contra los seres humanos. Se apoderó del regalo que Vaharinda había hecho a las mujeres que lo amaban. Se apoderó de sus hijos. Se abatió desde el cielo y agarró a los pequeños en sus garras y batió, batió y batió las alas y se elevó mientras los niños gritaban y se agitaban en su presa, impotentes contra su cólera.

La joven sacerdotisa, caminando ahora por delante de la estatua y entrando en el recinto del templo, no pudo evitar contemplar las dañadas partes privadas de la estatua. Una parte de sí misma no hubiera querido experimentar aquellos sentimientos, pero deseaba haber visto a Vaharinda en su gloria. Incluso soñaba con montarlo como se decía que otras mujeres lo habían hecho. Pero en sus sueños él no era sólo de piedra. Era de carne viva y los actos que ambos obraban juntos eran de tal exceso sexual que a menudo ella se despertaba aturdida de haber imaginado semejantes cosas. A fin de cuentas, era una virgen. Tenía que serlo. Vivía un constante papel en todo aquel drama. Tiempo atrás los sacerdotes habían adivinado que la única manera de tranquilizar a Maeben era elegir un símbolo viviente que pudiera representarla ante el pueblo todos los días para que jamás la olvidara. Los sacerdotes dijeron que los seres humanos tenían que recordar que vivían y prosperaban sólo gracias al generoso capricho de Maeben. Siempre tenían que mirar a

los seres queridos con una cierta tristeza. Nunca tenían que disfrutar de buena salud sin recordar que la enfermedad no está más que a un soplo de distancia. Nunca tenían que alabar el buen tiempo sin saber que siempre llegan las tormentas de finales de verano que provocan daños sin preocuparse del sufrimiento humano. Todos estos riesgos de la vida eran necesarios, decían los sacerdotes, para apaciguar a una diosa de ojos celosos que no se perdía nada de lo que ocurría en la tierra de abajo. Y la sacerdotisa, por encima de todo, jamás debía sucumbir a la lujuria que Maeben había sentido por Vaharinda.

Tal vez por estos penitentes criterios, las islas Vumu disfrutaban de una abundancia que llenaba a la gente de confianza en la verdad de sus creencias. Criaban ostras en uno de los abrigados puertos. Unos barbos tan altos como seres humanos llenaban los cenagosos ríos procedentes de las colinas de las tierras altas, nadando boca arriba a través del agua, tan visibles que los pescadores sólo tenían que permanecer de pie en sus canoas y arrojar lanzas a los montículos de agua que pasaban. Desde el mar, los bonitos llenaban sus redes a rebosar en primavera. A finales de verano los árboles de los valles gemían bajo el peso de sus frutos. Y hasta los niños de ocho o nueve años se consideraban lo suficientemente maduros como para subir a las colinas y participar en las partidas de caza. Siempre regresaban cargados con carne de mono, con ardillas arbóreas y con pájaros incapaces de volar y tan gordos que costaba mucho llevarlos bajo el brazo. En realidad, Maeben tenía muchas cosas de que estar celosa y el pueblo de Vumu, muchas cosas de que estar agradecido.

—¡Sacerdotisa! —llamó una voz desde lo alto de las gradas del templo—. A ver si te das prisa, tardas demasiado.

Era Vandí, el sacerdote encargado de preparar sus atavíos para la ceremonia. Le gustaba dárselas de severo, pero, en realidad, era muy blando con ella, como un tío que mima a una sobrina sobre la cual sabe que ejerce una autoridad limitada. Sostenía en su mano su Vestidura inferior como si ella ya estuviera a punto de ponérsela.

La joven subía los peldaños de piedra de dos en dos o de tres en tres. Estaban cortados muy poco profundos, por lo que uno se acercaba al templo con lentos, medidos y reverentes pasos. Pero eso era válido para los adoradores, no para los que eran adorados.

—Cálmate, Vandí —dijo ella—. Recuerda quién sirve aquí a quién.

Vandí, como la mayoría de vumus, era de baja estatura, con un cabello negro noche, ojos verdosos y una tensa y enfurruñada boca.

Como era un sacerdote y a menudo vivía de puertas adentro, el color de su piel no era equiparable al matiz cobrizo de los aldeanos, pero seguía siendo digno de contemplar.

—Todos servimos a la diosa —replicó.

Ella se deslizó al interior de la prenda que se le ofrecía y dejó que la empujaran hacia lo más profundo del templo. En el aislamiento y el olor a incienso que se aspiraba en sus estancias sus asistentes se dispusieron a vestirla. La envolvieron en las distintas capas de plumas de su cargo, asegurando cada una de ellas con sus rápidos dedos. Otros le pintaron el rostro y le encajaron la máscara de pico de ave sobre la boca, cuidando de que pudiera respirar. Los perfumistas los rodeaban, tomando sorbos de preciosas calabazas y exhalando el agua perfumada en un fino rocío cuya administración les había costado años dominar. Aplicaron uñas a sus dedos, las colocaron en su sitio y las ajustaron con tiras de cuero alrededor de su mano y de su muñeca. Cada mano tenía tres dedos, dos emparejados y un pulgar, que sostenían el peso de las curvadas medialunas. Eran temibles reliquias de un águila marina real, una criatura tan grande cuyo tamaño debía de acercarse en gran medida al de la diosa.

A lo largo de todo el proceso, la joven había permanecido inmóvil con los brazos levantados a ambos lados, indiferente mientras ellos trabajaban. Recordaba que su padre mucho tiempo atrás había permanecido de pie en aquella misma posición mientras lo vestían. Quizá, pensó, no se había alejado tanto de sus orígenes como creía.

Antes de convertirse en sacerdotisa, respondía al nombre de Mena. Ahora era Maeben. No tan distinta. A veces recordaba a su familia con una claridad que la sorprendía, pero casi siempre los veía como imágenes que habitaban dentro de unos marcos, como imágenes colgadas en la pared de su mente. Incluso se veía a sí misma de aquella manera: la princesa Mena, vestida con demasiada ropa, un broche que era una joya en el cuello, y alfileres reales en la cabeza. Recordaba muy bien a sus dos hermanos, pero una vez más su memoria los conservaba congelados en distintas posturas: el serio Aliver, tan preocupado por su lugar en el mundo, y el bondadoso Dariel, inocente y ansioso de complacer. A Corinn no se la podía imaginar por completo. Eso la preocupaba. Hubiera tenido que conocer a su hermana mejor que a todos, pero era ella la que más le costaba asociar con un personaje identificable. Sin embargo, nada de eso importaba. Tanto si le gustaba como si no, aquella existencia había quedado ahora a su espalda. Su vida ahora se centraba en otra cosa completamente distinta.

Una mañana de años atrás se despertó del sueño, sabiendo antes de abrir los ojos que flotaba sobre un pequeño y curvado esquife. Levantó los ojos al ilimitado cielo blanco azulado. Si levantara la cabeza, vería a su alrededor las mismas cabrillas del abierto océano que ya había contemplado durante varios días seguidos y, por primera vez, eso la llenó más de cansancio que de temor. Se incorporó. Su guardián talayo era un hombre taciturno. Evitaba de manera evidente mirarla, manteniendo los ojos oscuros apartados hacia el lejano horizonte o hacia la desplegada vela o hacia ambos

lados de la embarcación, contemplando la forma del oleaje.

No tuvo el menor impedimento en mirarlo sinceramente, estudiando su bello rostro y observando la habilidad con la cual funcionaba a pesar de que le faltaban dos dedos de la mano izquierda. La utilizaba sin dudar, pero con unos extraños movimientos de garfio que atrapaban sus ojos y no le permitían moverlos. Raras veces había ella visto en Acacia semejante deformidad corporal. Nunca entre los criados ciertamente y los dignatarios que visitaban la corte hubiera ocultado nadie semejante herida. No parecía un hombre tan gigantesco como ella había pensado al principio, pero a lo mejor estaba perdiendo la perspectiva, siendo la única figura a la vista a bordo de una pequeña embarcación y sobre el trasfondo de la inmensidad del océano. Alto o no, era un soldado. Llevaba la espada corta al cinto. La empuñadura de su larga espada era simplemente visible desde el lugar donde asomaba de un compartimiento de la cubierta. Desde su posición casi parecía que él hubiera intentado ocultarla. Por centésima vez se sintió obligada a sacudir la cabeza ante el carácter absurdo de todo aquello. Se había creído su explicación de que aquel plan era todo lo que había previsto su padre, pero eso no hacía que pareciera más sensato. Era el rostro de aquel hombre lo que ella había contemplado primero cuando había abierto la puerta de su habitación en Kidnaban. Él, en quien ella había optado por confiar cuando ambos montaron a lomos de dos caballitos y se fueron, siguiendo un camino de la costa. En los bosques él le había cortado el cabello con unas tijeras para cabra. Le dijo que se pusiera ropa de abrigo y le explicó que la historia de ambos — en caso de que la necesitaran— era que ella era un chico ligado a él por contrato para pagar una deuda familiar. Resultó que nadie preguntó por ella a pesar de todo.

Zarparon de un puerto a otro, reservando pasaje donde y cuando pudieron y no fue hasta llegar a Bocoum que el hombre optó por comprar la pequeña embarcación en que ahora navegaban. Se pasó regateando con ella casi una hora mientras ella lo observaba todo, desconcertada. Ella le preguntó varias veces por qué viajaban por aquel camino, pero él sólo la invitó a leer la carta que él le había enseñado. En ella, escrita por la mano de Thaddeus, había una explicación demasiado breve. Lo mejor para deslizarse hacia la ocultación era hacerlo sin bombo y platillos, sin despertar una indeseada atención y sin exigir ningún lujo. Nadie podría soñar que los hijos Akaran viajaran con un solo protector; de esta manera, ellos se podrían esconder a la vista de todo el mundo y seguir adelante sin que nadie les molestara. Era una exigencia que no dejaran señales que alguien pudiera más tarde reunir y cumplir. Ésta, pensaba ella, era la razón de que ya no pudieran atraer las finanzas del reino. La situación, por decir lo menos que se podía decir, estaba empezando a resultar aburrida.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Mena.

El guardián estiró el cuello para mirar a su alrededor y contempló un momento el mar que tenían a su espalda. Mena observó que lo hacía muy a menudo,

aproximadamente a cada minuto, como si fuera un impulso que cierta reservada manera de ser no pudiera reprimir.

—Estoy haciendo lo que me han mandado —dijo él.

—Ya lo sé. ¿Pero adónde te mandaron llevarme?

—Al archipiélago de Vumu. Tal como te dije ayer y anteayer, princesa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estoy haciendo lo que me han mandado.

—¿Me llevarás a casa en cambio?

Sus ojos se posaron en ella un momento, presa de una emoción que ella no pudo leer. Después él volvió a contemplar el mar.

—No puedo. Aunque quisiera... no puedo. Comprendo que tú tienes miedo, pero lo único que yo puedo hacer para ayudarte es lo que hago.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Unos cuantos días más. Depende del viento, de las corrientes. —Señaló con la mano como si desconfiara de estas cosas y ni siquiera estuviera seguro de dónde estaban.

Mena lo miró fijamente sin sentirse impresionada.

—De todos modos, yo no he dicho que tenga miedo. El que tiene miedo eres tú. ¿Por qué no haces más que mirar a tu alrededor?

Él la miró frunciendo el ceño y después miró hacia delante como si no fuera a contestarle. Pero algo en su respeto por la familia real —por mucho que los recientes acontecimientos lo hubieran afectado— se lo impidió.

—Hay un barco —dijo finalmente— a nuestra espalda. Y se está acercando.

Y así era, en efecto. Era todavía diminuto. Si ella hubiera dirigido la mirada en aquella dirección, habría pensado que eran las cabrillas sobre alguna ola. Aparecía y desaparecía de la vista como ellos subían y bajaban. Al principio, ella no creyó que los estuviera siguiendo. ¿Cómo hubiera él podido decirlo con certeza en un espacio tan grande y alborotado? Sin embargo, una hora después pensó que sí y que a lo mejor ya estaba un poco más cerca. Cada vez que emergía de un seno de las olas y atravesaba la cima de una de ellas parecía haber reducido la distancia. Mena preguntó al talayo si tenía que esperarlo. Tal vez lo habían enviado desde Acacia para buscarlos. A lo mejor, ahora podrían volver atrás. El guardián no contestó y tampoco alteró su rumbo o arrió la vela. Pero no importó demasiado. El otro barco era más rápido. Tenía líneas más largas y una ondulante vela más ancha. Impulsado por una creciente tormenta, se estaba acercando cada vez más a ellos. O, a lo mejor, arrastraba la tormenta en pos de sí. Era difícil decir cuál de ambas cosas dirigía a la otra.

Unas ráfagas de viento revolvían el agua y agitaban el barco como un juguete. Las olas se levantaban a alturas cada vez mayores. A finales de la tarde el otro barco había alcanzado su nivel y cortaba el agua a su mismo ritmo, separados ambos por

unos cien metros y después menos y después todavía menos. Un hombre solitario tripulaba el barco. Mena apenas lo había distinguido y estaba tratando de observar detalles acerca de él —todavía esperando encontrar a un mensajero de su padre— cuando el hombre se puso de pie. Tardó un momento en encontrar el equilibrio. Sostenía en la mano algo que parecía una pértiga. El guardián debió de haberlo visto también. Soltó una maldición por lo bajo. Le indicó a Mena por señas que se acercara a él, diciéndole algo que ella no comprendió. Pensó que quería que sujetara la caña del timón que él apretaba bajo la axila. O quizás el cabo que sus manos agarraban y del que tiraban. En cualquiera de los dos casos, la alarma de su voz y de sus gestos la dejó helada. Ella no hizo ninguna de las dos cosas. Subieron por el rostro de una ola y se lanzaron gritando por su lomo mientras la vela se llenaba de enfurecido aire. Mena temía que pudieran elevarse del agua y alejarse volando como una cometa no sujeta por un cordel.

Por un momento estuvieron solos en un valle. Después volvieron a ser dos. El otro barco bajó resbalando por el lomo de una ola hacia ellos mientras la proa cortaba el suave lomo del agua. El perseguidor arrojó la pértiga —ahora evidentemente una lanza— con una fuerza que estuvo a punto de arrojarlo hacia delante, fuera del barco. La lanza voló hacia delante y traspasó el centro del pecho del guardián como si no perteneciera a ninguna otra parte del mundo. Soltó el timón y agarró el asta de la lanza. No pareció querer extraerla sino querer sostener su peso. Tosió un chorro de sangre y después, extendiendo una mano hacia atrás, se lanzó sobre el borde de la regala. Se dejó caer al agua y desapareció.

El barco giró sin dirección, inclinándose de uno a otro lado. Descendió, sorbió ruidosamente el agua del mar, se enderezó de nuevo y volvió a girar muy rápido. Mena se tuvo que arrojar a la cubierta para evitar ser golpeada por el penal. La lona de la vela se agitó violentamente como un animal salvaje, pero no atrapó el aire tal como había hecho un momento atrás. Mena no tenía ni idea de qué hacer con ella. Contempló la rugiente vida de tejido, paralizada. Después sintió algo que llevaba varios días sin sentir... el impacto del barco contra algo sólido que la hizo saltar de pie.

El otro barco estaba a su lado, borda contra borda, cada una de ellas pegada a la otra como si buscaran pelea. El marinero atacante saltó desde su embarcación y aterrizó con pie firme al interior de la otra. Calibró a Mena de un solo vistazo, pero no se acercó más. Sujetaba una cuerda con la cual ató las embarcaciones, dejando suficiente flojedad entre ellas, para que pudieran flotar cada una por su cuenta. Se perdió de vista un momento y volvió a elevarse, manoseando torpemente la bandolera del guardián. ¿Qué quería? ¿Qué quería con ella? ¿Qué le haría? Mena no podía imaginarlo, pero los detalles casi no importaban. Cualquiera que fuera la respuesta, sería un horror. Al principio, ella no se dio cuenta de que sus manos habían



encontrado un arma y, sin embargo, la habían encontrado. Agarró con ambas manos la larga espada del guardián. Tiró y consiguió extraerla del lugar donde estaba guardada. Pero era demasiado pesada como para poder levantarla. Ni siquiera pudo desenvainarla, aunque la punta de la vaina trazó una mellada línea sobre las tablas. Jamás se había sentido tan impotente.

Qué extraño entonces que el hombre le volviera la espalda. Tiró un rato de la cuerda y después saltó desde la borda a su barco. Las dos embarcaciones volvieron a chocar. El hombre alargó una rápida mano y aflojó el nudo que unía ambas embarcaciones. Parecía no tener el menor interés por ella.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Mena.

El soldado se detuvo y la miró, manteniendo juntas ambas embarcaciones con una sola vuelta alrededor del listón al lado de su pie. Estaba claro que había deseado no hablar con ella, pero, una vez interrogado, no podía evitar la respuesta.

—No os deseo ningún daño, princesa —dijo, gritando para que se le oyera por encima del viento y del agua—. Lo que ha ocurrido aquí ha sido entre este hombre y yo. No tengo ninguna queja contra vos.

—¿Sabes quién soy?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Por qué has matado a este hombre? ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Él y yo hemos tenido una... una disputa. Con vos no quiero hacer nada.

Ambos se levantaron sobre una ola y todo fue el caos por un momento. Cuando volvió a ver el rostro del hombre, Mena habló:

—¿Me vas a dejar morir aquí?

El hombre meneó la cabeza.

—No moriréis. Estáis en una corriente que os arrastra hacia el Este. Atraviesa Vumu como a través de un tamiz. Aunque no levantéis ninguna vela y os limitéis a flotar, veréis tierra dentro de unos días. Volveréis a encontrar tierra. Y personas. Lo que ocurra entre vos y ellas seréis vos quien lo decida.

—No lo entiendo —dijo Mena con creciente emoción en la voz. El hombre la miró con cierta expresión burlona en los ojos.

—No sois la única con una historia. Lo que ha ocurrido aquí era mío y suyo. —Inclinó despectivamente la barbilla hacia las profundidades—. Es una antigua deuda, ahora ya saldada.

—¿Eres enemigo de mi padre?

—No.

—¡Pues entonces eres su súbdito! ¡Te ordeno que no me dejes aquí!

—Vuestro padre ha muerto y yo ya no recibo órdenes. —Arrojó las roscas de la cuerda a la embarcación de Mena—. Princesa, yo no sé lo que pretendía vuestro padre al enviaros aquí, pero el mundo ya no es como antes. Seguid vuestro camino lo

mejor que podáis; yo haré lo mismo.

Después ya no dijo nada más. Se volvió de espaldas a ella y largó la vela. Ésta soltó un crujido y la embarcación se alejó, cortando una línea diagonal hasta perderse de vista de cara a una ola que se acercaba. Mena lo vio deslizarse por el borde y desaparecer, sintiendo sus palabras como un bofetón en el rostro. Comprendió que había creído ingenuamente que las obras del mundo giraban a su alrededor y al de su familia. Jamás había reconocido que la vida de otra persona pudiera alterar la suya. Qué insensatez. ¡Eso era exactamente lo que estaba ocurriendo! ¿Acaso las acciones de Hanish Mein no habían cambiado su vida? Y su guardián y su asesino también tenían historias, también tenían vidas y destinos. Se dio cuenta de que el mundo era una danza de un millón de destinos. En esta danza ella era sólo un alma. Así era como ella recordaría el acontecimiento y el efecto que éste había ejercido en ella.

Resultó que miró al asesino cada vez que se levantaba y le vio perderse en la distancia. Al final, él se alejó de su vista. Estaba sola, nada a su alrededor excepto el tedioso cielo y las móviles montañas líquidas que en aquel momento constituían todo el mundo. Y siguió así durante otros cinco días hasta que vio por primera vez la isla que se convertiría en su hogar, su destino.

—Ya está —dijo Vandi, dando un paso atrás para contemplar a la sacerdotisa en todo el esplendor de su atuendo—, ya vuelves a ser la diosa. ¡Que sea alabada y nos encuentre humildes!

Las ayudantes que la habían vestido repitieron sus palabras con murmullos. Se apartaron reverentemente de ella. Aquel momento siempre le resultaba extraño a Mena. Aquellas jóvenes la habían transformado. Habían colocado cada parte de su atuendo sobre su cuerpo semidesnudo y, sin embargo, en cuanto terminaron su trabajo, se sintieron debilitadas por el miedo al ver lo que habían creado. Mena se puso a caminar entre ellas siguiendo a Vandi, hacia los címbalos y las campanillas que anunciaban la ceremonia. Los vumus eran un pueblo extraño, pensó. Pero aun así, a ella siempre le habían gustado y experimentaba cierto consuelo con ellos. Lo había experimentado desde la primera vez que había posado los ojos en ellos.

Su llegada a la isla había sido agitada. Fácilmente hubiera podido morir; el hecho de que viviera y la manera en que había emergido del mar se convirtió en la base de todo lo que ocurrió a continuación. Sola en la embarcación y con escasas provisiones, se pasó dos días enteros viendo acercarse la isla. Los mares estaban ahora más tranquilos, pero alrededor de la isla discurría una barrera de arrecifes construida de tal manera que el océano arrojaba por encima de ella unas olas enfurecidas. Mena pensó que quizá podría navegar sobre la espuma hasta llegar a las tranquilas aguas más allá de los rompientes de los acantilados. Pero no iba a ser tan fácil. La embarcación tropezó con un obstáculo en el fondo. Ella perdió la presa del timón y cayó hacia delante, golpeándose el hombro contra la cubierta. El dolor fue inmenso, completo,

casi suficiente para bloquear el tumulto que la rodeaba. Rodó y se quedó boca arriba, se acomodó lo mejor que pudo y levantó la vista hacia las olas que se derramaban sobre la embarcación. Sintió que el casco se detenía y rechinaba sobre el arrecife hasta que la embarcación se ladeaba y rodaba. Por un momento, se quedó suspendida en el agua hirviendo, con la boca llena de la sustancia, respirándola y atragantándose al mismo tiempo con ella. El mástil se debía de haber roto, permitiendo que la embarcación hiciera un giro. Pero no se rompió cuando se enderezó. En su lugar, giró una y otra vez, una y otra vez hasta que el mundo ya no tuvo sentido en absoluto.

Fue aspirada de la embarcación, fue lanzada a sacudidas y dio volteretas y se torció por efecto del suave músculo del agua. Su rostro se comprimió una vez contra el coral, sus brazos y piernas muchas veces. Agarró algo con la mano, un objeto que atrapó y torció y tiró de su brazo. Pensó que era una parte del brazo y que no la quería soltar. Fue una vana esperanza, pero pensó que, si se mantenía sujeta a una tabla o una pértiga o lo que fuera, podría superarlo. Cambió de idea cuando lo que ella sujetaba tiró de su brazo desde el hueco de aquel hombro.

Debió de perder el conocimiento. No estaba segura, pero en determinado momento simplemente se despertó, jadeando en medio de la calma. Aspiró desesperadamente aire, toda ella centrada en la frenética necesidad de inhalar. Sólo después de haberlo hecho durante un buen rato, se dio cuenta de que tenía arena bajo los pies. El agua a su alrededor estaba cálida y tranquila. Las olas rompían no muy lejos, pero ella ya las había dejado atrás y podía distinguir árboles individuales en la orilla. Más aún, veía el humo de una hoguera y los tejados de paja de unas cabañas y una embarcación moviéndose a lo largo de la orilla. Recordó el ardiente dolor de su hombro, pero el brazo ya volvía a estar a gusto y la sorda pulsación de la articulación apenas se notaba.

Mientras empezaba a avanzar, advirtió que su brazo izquierdo arrastraba un objeto, un torpe peso en el agua. Su mano agarraba una cuerda de cuero. De hecho, aquella cuerda estaba anudada alrededor de su muñeca, tanto que la tenía azulada e hinchada. Levantándola, sacó a la superficie la larga espada del guardián. La cuerda alrededor de su muñeca era el cabestrillo utilizado para llevarla a la espalda. Era la espada lo que agarraba, no un trozo de embarcación. Hubiera podido pasarse un buen rato sujetando la espada, pero eran las cuerdas anudadas las que aseguraban que la espada permaneciera con ella, como si la propia arma temiera las profundidades y se negara a soltarla a ella.

Por eso llegó a la isla armada con la espada de un guerrero, una niña de doce años, que se había quedado huérfana hacía muy poco tiempo, separada de todas las personas que había conocido en su vida. Lo que quedaba de su ropa lo llevaba encima en andrajos. Llevaba el cabello enredado y alborotado. Los aldeanos que se habían congregado en la playa y la vieron caminar hacia ellos jamás habían visto a nadie

igual. Era como si hubiera atravesado el océano sin una embarcación que la transportara. Cuando abrió la boca, se le escapó una lengua extranjera. Ninguno de ellos pudo comprenderla. Así nació un mito.

Cuando llegó a Ruinat, la precedía una historia superior a cualquier imaginación que sólo más tarde comprendió. Al parecer, la oportunidad del momento fue fortuita y tan insólita como para que sólo se pudiera explicar con una extraña mezcla de lógica y fe. Los aldeanos habían empezado a murmurar. ¿No dijo Vaharinda que Maeben en forma humana tenía ojos azul pálido como aquella niña? ¿No había dicho que tenía el cabello fino y frágil? ¿Y acaso su piel no era del color de la arena pálida? Muy bien, pues la niña era más ligeramente morena que eso pero en conjunto el efecto era convincente. Necesitaban a una nueva Maeben. La habían tenido durante algún tiempo, pero los sacerdotes no habían podido encontrar a una chica adecuada. Por regla general, nacía alguna entre ellos. En este caso, la diosa se entregó a ellos en una forma todavía más auténtica. Su llegada a la isla no fue perfecta en su simbología, pero algunas cosas fueron ignoradas, otras embellecidas y otros detalles inventados. Al final, aprendería a apoyar la leyenda por encima de la historia que ella sabía que era verdad. Acogió el poder que ésta le otorgaba, el derecho a la cólera, su situación de hija desgraciada de los dioses, no adecuada para los placeres que otros daban por descontados pero necesarios para la conservación de la vida. Especial.

Nueve años después, mientras salía a la plataforma levantada por encima de la multitud de adoradores, no cupo apenas la menor duda de que ella era justo lo que era. Ellos la miraron. Allí estaba, iluminada por la luz de las antorchas en su cámara cerrada. Paseaba por la plataforma en su gloria emplumada, teñida de cincuenta colores distintos, con unas enormes uñas que se curvaban desde sus dedos. Los ojos que los miraban desde detrás del gancho de su pico veían muy lejos y eran intensos. Las astas que se elevaban al aire desde la corona de su cabeza, un tocado que era un mellado caos de locura. Era una pesadilla de belleza, una amenaza que vivía allí mismo por encima de ellos, un ser en parte depredador, en parte humano y en parte divino. Sabía sin discusión que podía abatirse sobre ellos e infligirles una terrible venganza si quisiera. Tenía dentro de sí la capacidad de violencia, al lado de su corazón.

El segundo sacerdote después del jefe anunció su llegada. Despreció a los adoradores por su insignificancia. Mena levantó los brazos por encima de su cabeza en el momento indicado mientras las aletas emplumadas del tejido crujían y revoloteaban a su alrededor. Cada cabeza de abajo se inclinó hacia el suelo. Algunos cayeron de rodillas. Otros se tumbaron postrados en el suelo. Todos le suplicaban compasión. La adoraban, le decían, y lo hacían con un canto que cortaba el ritmo de los cascabeles. La amaban. La temían. El sacerdote los reprendía, los hacía picadillo, les recordaba las locuras que les pedía a ellos la humanidad y les preguntaba si

comprendían que la venganza caía del cielo con la rapidez de un grito de águila. El volumen de la música disonante se intensificó y entre las preguntas y respuestas y los gemidos y las súplicas de los postrados adoradores la cámara pulsó y tembló.

Mirando por encima de las cabezas de los sacerdotes y más allá de ellas hacia las masas de nobles, el pueblo común detrás, las mujeres y los niños a los lados —todos ellos inclinados en respetuosas reverencias, unos largos actos de devoción que ellos no podían terminar hasta que ella les hiciera señas de que podían hacerlo—, ella creyó realmente que era Maeben. Lo había sido desde el principio.

Sólo tardaría un poco de tiempo en encontrarse. Ésta era su casa ahora. Ésta era su función. Ella era Maeben, la ladrona de niños, la venganza que venía del cielo. Ella era a quien la gente revelaba sus miedos y adoraba.

Gritó que los fieles podían avanzar y contemplarla una vez más. Habló con voz clara, igual que cuando Maeben lo hizo a través de ella, silenciando los otros sonidos. Cuando desplegab las alas y saltaba gritando al aire no le cabía la menor duda de que todas las manos por debajo de ella se alargarían para atraparla. Y si alguien podía saltar desde arriba sin temor a caer, ¿no se podía decir que poseía el secreto del vuelo? Exactamente como un pájaro, exactamente como un dios.



Qué extraña es esta tierra, pensó Hanish mirando desde el balcón de su despacho hacia el trémulo resplandor del Mar Interior. Siempre le había parecido poco natural que una tierra pudiera ser tan amable con los seres vivos. Le sonaba poco saludable —era una manera de decir— que un clima pudiera ser tan saludable, tan benigno. Aquí estaba una tierra en la que las luchas que Hanish consideraba necesarias se habían eliminado o jamás habían existido. Uno podía salir fuera en cualquier época del año y encontrar buen tiempo, el peor frío o unos cuantos copos de nieve. El tiempo más frío que Acacia podía ofrecer no era nada que un hijo Mein no pudiera resistir desnudo durante toda una noche. Allá en la altiplanicie, un solo saco de provisiones olvidado en el yermo, un repentino cambio en los vientos, una clave dejada para las manadas de lobos... Había tantas fuerzas en el mundo dispuestas a causar daño que uno nunca podía estar tranquilo. Nada se podía hacer con indiferencia. Acacia era otra cosa por completo. La comodidad, el lujo... Bueno, quizás, había un peligro en tales cosas. Uno tenía que reconocer que el peligro tenía una cara suave y una cara áspera.

—Rey Hanish Mein, me sorprende que un hombre de vuestra posición permanezca de espaldas a una habitación accesible.

Hanish reconoció la voz que tenía a su espalda. Lo estaba esperando, pero habría reconocido la voz dondequiera que la hubiera oído. Era inconfundible el gimoteo nasal, la vanidosa presunción, el espacio entre ciertas palabras estaba lleno de un sonido semejante a un ronroneo. Se preparó para dejarse acobardar. Dejó que la emoción lo dominara un momento y pasara de largo para que no se le notara en el rostro. Con hombres como Sire Dagon la capacidad de ocultar los verdaderos pensamientos, manteniéndose escéptico a cualquier cosa proferida por el otro, era fundamental.

—No soy un rey —dijo Hanish, volviéndose para mirar a Sire Dagon—. Por favor, prefiero seguir siendo un caudillo. Resulta que ahora soy el principal caudillo del Mundo Conocido. En cuanto a mi seguridad, no todos los palacios son tan despiadados como los de la Liga.

—Hummm... no es eso lo que yo he oído decir —replicó el jefe de la Liga.

A pesar de su elevada estatura, su cuerpo poseía una torpe fragilidad, como si

apenas hubiera suficiente tejido muscular para sostener su estructura. Su alargada cabeza estaba encapuchada, pero la clara luz de la tarde iluminaba su rostro con insólito detalle. Sus ojos tenían el tono inyectado en sangre de un fumador habitual. Pero estaban vivos y la mente que había detrás de ellos, despejada. Hanish nunca había comprendido el uso de la droga. La habían preparado evidentemente para propósitos distintos de los de las sosegadas masas.

Los hombres de la Liga no tocaban a otros al saludar, por lo que ambos hombres simplemente se acercaron el uno al otro y se inclinaron en reverencia.

—Pero sea como fuere —añadió Sire Dagon—, me alegro de que seáis vos aquel con quien yo me reúna en lugar de cualquier otro, cualquier impostor. Se oye decir que vos podríais ser llamado algún día a interpretar esta danza vuestra. ¿Cómo la llamáis?

Hanish sabía muy bien que Sire Dagon recordaba la palabra. Los hombres de la Liga tenían memorias enciclopédicas.

—El Maseret —contestó.

—Sí, eso es. El Maseret. Perdonadme por haberos insinuado que semejante costumbre debería ser desalentada. Vuestra proeza es famosa, en efecto, pero decirle a cualquier hombre de vuestra raza que podría conseguir todo lo que vos habéis ganado es un error. ¿Por qué exhibir semejante posibilidad ante otros? Todo eso podría muy pronto inducir a necios ambiciosos a desafiaros.

«Varios ya lo han hecho», pensó Hanish. Había participado cinco veces en la danza desde su llegada a Acacia en el Sur, lo cual significaba que cinco de sus propios hombres habían muerto por la hoja de su cuchillo. Cada uno de ellos aspiraba a su poder. Cada uno esperaba ganarlo todo por medio de un solo acto de asesinato. Sabía que Sire Dagon ya lo sabía. No era necesario sacarlo a relucir.

—Me honráis con vuestra sugerencia de que a la Liga le importa con quién trata.

—Vos habéis dado a vuestro pueblo el mundo que ahora gobierna. La Liga no lo olvida, aunque algunos cercanos a vos lo hayan olvidado. Personalmente admiro vuestra concentración. Y, en efecto, Hanish, es un cumplido. A mi edad, pocas cosas me interesan. Amigo mío, hasta la adquisición de riqueza se ha convertido en algo más que una fuerza de la costumbre, más que en una ambición.

Hanish dudaba de que hasta una inminente muerte pudiera agotar la voraz ambición de un hombre de la Liga, pero no dio ninguna muestra exterior de ello. Tampoco reconoció la referencia a otros cercanos a él. ¿Era un cambio de rumbo o una advertencia? Hizo señas de que ambos se apartaran del sol.

Dentro, se sentaron el uno frente al otro en sillas de cuero de alto respaldo, con una ornamentada mesa de estilo senivalio entre ellos. Entraron varios sirvientes con bandejas de comida y bebida en equilibrio sobre sus brazos desnudos. Ambos hombres se pasaron un rato conversando. Cada uno mostraba en presencia del otro

una fachada de indiferente comodidad, como unos viejos amigos que no tuvieran otra cosa que comentar que la longitud de la creciente estación de Acacia, la inminente migración de las golondrinas y los positivos efectos del aire marino en la salud. Hanish recibió con agrado el respiro. Le permitió estudiar a Sire Dagon, sopesar no sólo lo que había dicho sino también cómo lo había dicho, buscar pensamientos traicionados por el movimiento de sus manos o el acento colocado en ciertas palabras. Sabía que el hombre de la Liga lo estaba sometiendo a él a una inspección similar.

—¿O sea, Sire Dagon, que habéis regresado recientemente del otro lado del mundo?

—Pues sí, he regresado del otro lado del mundo.

Tal como había intentado hacer en muchas ocasiones anteriores, Hanish quería poner a prueba a aquel hombre de la Liga en busca de información acerca de extranjeros como los lothan aklun. ¿Quiénes eran aquellas personas que configuraban tanta parte del destino del Mundo Conocido? Habían sido en cierto modo sus aliados en su lucha contra Leodan Akaran, pero él nunca había puesto los ojos en uno de ellos y no sabía nada de sus costumbres o historia. Jamás había oído decir el nombre de alguno de ellos. Habitaban en una cadena de islas barrera que discurrían a lo largo del Continente conocido como las Otras Islas. No deseaban interactuar con el Mundo Conocido y estaban satisfechos con la riqueza que la Cuota les proporcionaba. Que Hanish supiera, ninguno de ellos se había aventurado jamás al otro lado de las Laderas Grises; eso lo hacía la Liga.

Durante sus primeros años en el poder había exigido saber con quién trataba. Los representantes de la Liga habían prometido comunicar su «petición», pero no había habido respuesta. Hasta había acribillado a preguntas acerca de ellos a Calrach de los numreks. Su pueblo procedía de aquella parte del mundo, pero le ofrecieron muy poco que tuviera sentido. Calrach se había referido a los lothan aklun como «poco importantes». No eran más que unos comerciantes, dijo.

Nueve años en el poder y Hanish sólo conocía a los lothan aklun por su voraz apetito de niños esclavos y porque producían la droga que lo ayudaba a tranquilizar su tumultuoso imperio. Los hombres de la Liga le aseguraban que todo era como tenía que ser, y él sabía que ahora Sire Dagon no daría nuevas respuestas a ninguna de sus preguntas. Decidió no volver a plantear el tema.

—Por cierto —dijo Sire Dagon—, los lothan se alegran de que hayáis hecho progresos con los antoks. Os los presentaron en la creencia de que vos encontraríais un camino para aprovechar sus voraces apetitos. Les complace que lo hayáis hecho.

Hanish asintió con la cabeza. La verdad era que había tenido muy poco que hacer con aquellos antoks. Eran unas bestias extrañas en las que sólo había puesto los ojos una vez. Eran unas criaturas enormes, como versiones vivas de los gigantes cuyos



huesos se encuentran a menudo en el suelo. Difícilmente los podría describir. Eran una mezcla de los peores rasgos porcinos y caninos: insensibles, brutales, voraces. Al final, se le ocurrió una manera práctica de poder usarlos en la batalla, pero había dejado a Maeander la tarea de cuidar a las criaturas en un remoto recinto de Senival. Cuanto menos oyera hablar de las bestias, mejor.

Sire Dagon no se entretuvo demasiado en ellas.

—Confío en que la noticia que os traigo sea de vuestro agrado —dijo—. Los lothan aklun están deseosos de aumentar el comercio con vos. Han sido pacientes durante todos estos años, ¿sabéis? El escaso tributo que les habéis enviado hasta ahora... comprenderéis que consideran un detalle para con vos el hecho de haberlo aceptado sin queja y el de haber suministrado al imperio vapor a crédito, por así decirlo. Fue un necesario período de adaptación, que ahora ya ha terminado.

Hizo una pausa, levantó y bajó una sola ceja. Hanish le indicó con los dedos que debía seguir adelante.

—Nos hemos comprometido a entregarles todo un cargamento de esclavos de la Cuota antes del invierno. Duplicará la cantidad que los Akaran ofrecían, pero no es más de lo que vosotros acordasteis antes de la guerra. De cada provincia exigen cinco mil cuerpos, equitativamente distribuidos entre los sexos, ni más ni menos de cualquier raza. La variación de edad puede que necesite ser más grande que antes, pero no habrá problema con eso. A cambio, ellos aumentarán el vapor en un tercio. Puede que no parezca mucho, pero la droga se ha refinado. Ya no provoca tanta incapacidad como antes y causa más adicción. El cuerpo se adapta a ella de tal manera que, cuando el consumidor se ve privado, experimenta una significativa angustia —alucinaciones, fiebre, dolor—. La mayoría hace cualquier cosa con tal de asegurarse el suministro. Todo está detallado en los documentos que acompañan la revisión del tratado. Y eso, Hanish Mein, es todo lo que hay. Os alegrará saber que no exigen nada más que eso de vos.

Hanish apartó la mirada, pensando que no exigían nada más que el mundo. Muy generosos. Su mirada se posó en un mono dorado que se había instalado en la barandilla del balcón y cuyo pelaje amarillo anaranjado ardía bajo el sol. A Hanish no le gustaban aquellas criaturas. Jamás le habían gustado. Eran ruidosos y perspicaces, como si todo el palacio fuera suyo en realidad y él fuera sólo un intruso. A principios de su estancia en Acacia había introducido otra variedad de primate, un resistente animal de largo pelo blanco como la nieve y rostro de color azul brillante. Pero habían resultado ser muy indisciplinados. Y beligerantes. Perseguían a los dorados y dejaban ensangrentados cadáveres medio devorados, diseminados por el suelo. Parecían complacerse en arrojar extremidades cortadas contra grupos de mujeres. Al final, Hanish ordenó que los sacrificaran; pero los dorados se ganaron el favor de las aristócratas. Y se quedaron.

—Traigo conmigo un tratado revisado —dijo Sire Dagon—. Vos y vuestra gente podéis examinarlo a vuestro gusto. Y eso será todo en general. Sólo hay un nuevo aspecto del tratado que deberéis considerar. —El hombre de la Liga pareció acordarse de repente de la comida y se inclinó hacia delante para estudiar las bandejas. Dejó en suspenso hasta la última afirmación, pero Hanish esperó—. En cuanto a nuestra comisión por negociarlo, la Liga pide... bueno, no pedimos ningún cambio en nuestro porcentaje, ninguna prima monetaria... nada de eso. Simplemente nos gustaría quitaros una carga de los hombros y ponerla en su lugar sobre los nuestros.

Hanish se tocó la cicatriz de la nariz, un gesto de pasada en el que no se entretuvo.

En tono irónico dijo:

—Casi no puedo reprimir mi curiosidad.

—Nos gustaría quitaros de las manos las Islas Exteriores. Nos gustaría poseerlas directamente.

—Estas islas rebosan de piratas.

Sire Dagon esbozó una sonrisa.

—Ya lo hemos considerado. No son un problema. Hemos examinado todos los aspectos de cómo funcionan y confiamos en poder pacificarlos.

—No son del tipo que acepta cualquier clase de pasividad.

—Han sido un problema para vos, ¿verdad? —preguntó Sire Dagon—. Tantos problemas os habéis echado sobre los hombros. A lo mejor, no pensabais que la paz sería un desafío tan grande como la guerra. Es una lección que sólo se aprende por medio del ensayo. Y la prueba. Por eso la Liga opta siempre por la paz, aunque nuestros amigos opten por hacerse la guerra los unos a los otros.

Hanish no podía discutir que había cierta sabiduría en semejante planteamiento. ¿Quién hubiera pensado que ganar batallas militares pudiera ser fácil en comparación con la gestión del imperio? Surgían una crisis y otra y otra. Parte del problema lo creaba él. La fiebre más virulenta que él hubiera imaginado, por ejemplo. No había calculado plenamente hasta dónde llegaría, por ejemplo, y con cuánta rapidez rebasaría sus objetivos militares. Simplemente mataba a demasiados, dejando un debilitado fragmento de la antigua población para que se reconstruyera después de la guerra.

Además, los numreks habían sobrevivido a su utilidad y a su bienvenida. No habían regresado al otro lado de los Campos Helados tal como habían prometido hacer al principio pese a que Hanish les había pagado generosamente sus servicios. En el tumulto que hubo detrás de la guerra, mientras la fiebre seguía arreciando en el sur, se atrincheraron en Aushenia, declarando toda la región como suya propia, tomando ciudades y aldeas y los estados reales y esclavizando a los seres humanos lo suficientemente desgraciados como para ser capturados. Peor todavía, empezaron a

fundar colonias a lo largo del borde occidental de la costa talaya. ¡Unas criaturas del congelado Norte nada menos! Cuando resultó que lo que más les gustaba era asarse bajo el ardiente sol y nadar en las claras aguas.

Hubo otros problemas en cuyo origen él no tuvo nada que ver. A la gente — quizás a causa de la manera en que la guerra desbarató el tráfico por agua— se le ocurrió toda clase de ideas. Se volvieron revoltosos, conspiradores hasta la rebelión, y llevaron a cabo actos de sabotaje, como cuando prendieron fuego a los almacenes de trigo del Continente, reduciendo los suministros a la mitad, con la consiguiente carestía. Difundieron historias de santas profecías, dijeron que Hanish y su epidemia eran los heraldos que anunciaban el regreso de la Donante. Empezaron a manifestar su aprecio por los mártires, los recalcitrantes bastardos para quienes la tortura y la muerte no eran sino una bendición. Talay nunca estuvo completamente pacificada; las Islas Exteriores estaban infestadas de piratas y sus tropas, llenas de asesinos que simulaban ser leales súbditos.

Las revueltas en las minas fueron aún más decepcionantes. Justo cuando Hanish se disponía a activar el comercio mundial, a los mineros se les metió en la cabeza la idea de tomar el control de sus propias vidas. Se negaron a trabajar. Algunos llegaron a reclamar que merecían una participación en los beneficios. Un ampuloso profeta de lengua de plata llamado Barack *el Menor* causó infinidad de problemas, vaticinando incluso el retorno de Aliver Akaran. ¡Qué fastidio! Sus esfuerzos no significaron más que penalidades para todos los implicados. Para poner fin a la huelga hubo que recurrir a un asedio que Hanish difícilmente podía permitirse. Muchos murieron, lo que representó una gran pérdida de material humano. Y todo para nada.

Los numreks, la Liga y los lothan aklun: ¿cómo había llegado a estar tan lamentablemente endeudado con todos ellos? En el helado Cathgergen, tan lejos del poder y del privilegio, cada una de esas asociaciones había tenido su lógica. ¿Por qué no comprar un ejército y pagarlo con los tesoros de las tierras que conquistaría? ¿Por qué no prometer grandes sumas a mercaderes que ayudarían a enriquecerlo? ¿Qué mejor socio que los suministradores de un mercado hambriento que nunca había contemplado o con el que nunca había tratado directamente? Ninguna suma había parecido demasiado grande si el pagarla lo ayudaba a alcanzar sus objetivos. Ahora ya no sentía lo mismo, en ningún aspecto.

Una de las cosas que más lo preocupaban era que sólo había conseguido hacerse con uno de los cuatro jóvenes Akaran. Corinn no había sufrido ningún daño y vivía cómodamente en Acacia. Aún no sabía nada del destino que la esperaba. Su presencia debería haber sido un consuelo para Hanish, una cosa menos de la que preocuparse. Pero en lugar de eso, lo atravesaba con una especie de tormento. ¿Qué haría con ella? ¿Qué quería hacer con ella?

Sire Dagon apretó los dientes contra una ciruela. Rompió la piel, hizo una pausa,

y disfrutó del líquido. No engulló el fruto. Aparentemente, todo lo que quería era sentir el jugo en sus labios.

—En cualquier caso, esos bergantes, con todas sus incursiones costa arriba y costa abajo... no hay necesidad de que sigáis perdiendo el tiempo con ellos. Nosotros mismos hemos experimentado ciertos contratiempos a causa de ellos, pero aún hemos de resolver el problema. Ahora así lo haremos, y para el verano que viene habrán caído en nuestras manos. El Ishtar prevalecerá en lo que a vos se os ha hecho tan cuesta arriba; estamos seguros de ello. Cuando hayamos terminado, tomaremos posesión de las islas con la máxima discreción posible; entonces podréis enorgulleceros de haber asegurado la línea costera contra los bergantes.

—¿Por qué queréis tanto esas islas? —preguntó Hanish.

Sire Dagon lo contempló en silencio por un instante. Luego se pasó la punta del dedo por la comisura de los labios para limpiarse el jugo del fruto.

—Antes de que os lo cuente, recordad que la Cuota doblada os hará más rico de lo que nunca llegó a serlo Acacia...

—¿Cómo pueden querer más? —lo interrumpió Hanish, sin poder evitar que la incredulidad hiciera acto de presencia en su voz—. ¿Para qué quieren todos esos esclavos? Difícilmente podrían pedir más si se los comieran para cenar.

Sire Dagon frunció el ceño y giró la cabeza hacia el lado, indicando que tanto la pregunta como la inferencia eran de muy mal gusto.

—Uno no necesita preguntar tales cosas. Harán lo que sea que hacen con ellos, y limitémonos a alegrarnos de que así sea. Recordad que una de las cláusulas originales del contrato de la Cuota estipulaba que la Liga actuaría como único intermediario entre Acacia y los lothan aklun. Como parte de eso, nunca hemos traicionado los secretos de una parte a la otra. Y tampoco lo haremos ahora. Como iba diciendo, los lothan aklun juran no modificar jamás este acuerdo, ni ahora, ni nunca. Tampoco sobrepasaremos la Cuota en las provincias. Eso es algo que ha sucedido a veces durante el último reinado, pero no volverá a suceder. Una vez que hayamos normalizado la Cuota incrementada, pacificaremos las Islas Exteriores. Limpiaremos el terreno, las haremos arables, e iniciaremos la producción.

—¿La producción de qué?

—De lo único que los lothan aklun quieren de nosotros.

La respuesta le llegó a Hanish como una silueta amorfa salida de los abismos de su imaginación.

—Criaréis esclavos allí.

Sire Dagon no mostró ninguna sorpresa, ninguna satisfacción ante la aseveración de Hanish. Se limitó a coger una uva y hablar como si tal cosa.

—No reconozco esa palabra que acabáis de utilizar. Pero si lo que queréis decir es que criaremos nuestro producto allí, estáis en lo cierto. Será un medio de producción

de lo más eficiente. Ya hemos hecho planes. La isla de Gran Gillet, en particular, será una excelente plantación.

Después de que el hombre de la Liga se hubiera ido, Hanish se apoyó en su escritorio y miró a través de las delgadas cortinas, ondulando como hacían bajo la brisa de la tarde. A veces el mundo podía estar tan tranquilo, pensó, tan absorto en sí mismo. Su hermano y su tío entraron, y Hanish tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para borrar el desasosiego de su expresión.

—Acabo de cruzarme con ese tipo tan raro cuando veníamos por el patio —dijo Haleeven—. Esas criaturas no me gustan, Hanish. Nada de nada.

Su rostro atestiguaba la turbulencia de los últimos años. La paz, parecía, había sido particularmente dura para el anciano. El clima —aunque él nunca se quejaba— no le sentaba bien. Todo en su persona indicaba que era presa de un vago malestar, sonrojado como si viniera de hacer ejercicio, confuso por algo en el aire que no podía llegar a determinar.

Maeander no tenía esos problemas. Todo él irradiaba seguridad en sí mismo, sabedor de que podía confiar en su cuerpo. Había ganado musculatura en los brazos y el pecho, y broncearse le había costado mucho menos que a la mayoría de los hombres del Mein. Que hubiera empezado a pelársele la nariz daba testimonio de su incesante pasión por el aire libre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maeander, mirando a su hermano—. No tienes buen aspecto, Hanish. Nervioso, ésa es la palabra. ¿Te sientes tan nervioso como parece?

—Necesitamos más poder —dijo Hanish.

—Lo he dicho todo el tiempo —respondió Maeander.

—Me veo tironeado y empujado por un millar de manos, cada una con un dedo en mi bolsillo y la amenaza de un cuchillo en la otra mano.

—Y que lo digas, hermano. «Necesitamos más poder», es lo que yo he dicho siempre. Tengo ese pensamiento cada mañana al despertar. Me extraigo del amasijo de cuerpos núbiles y lo primero que pienso es: «¡Poder! Necesitamos más...»

—Un poco de seriedad —le cortó Haleeven—. Hanish no bromea.

Maeander puso los ojos en blanco. Se sentó en la silla que había utilizado el hombre de la Liga y cogió una naranja. Inhaló, su nariz en contacto con la piel de la fruta.

—Necesitamos trasladar a los tunishnevre y completar la ceremonia.

—Sabes que todavía no podemos hacer eso —dijo Haleeven.

—Los antepasados están impacientes. No es algo en lo que tengamos elección, Hanish. Ellos también me hablan, y lo han dejado muy claro. Quieren ser trasladados. Quieren hacer el trayecto hasta aquí. Quieren que sus cuerpos descansen en la escena del crimen que se les infligió, y que unas cuantas gotas de sangre Akaran caigan sobre ellos. Quieren ser libres, hermano, y tú puedes ofrecerles eso que tanto anhelan.

La cámara de aquí ya casi está lista para acogerlos. No hay razón para no empezar.

—¿Qué hay de los otros tres? —preguntó Haleeven.

—Exactamente —dijo Hanish—. Los tunishnevre no pueden alzarse sin ellos. Al menos ahora se encuentran a salvo, sin que su condición experimente ningún tipo de variaciones. Este clima podría destruirlos, poniéndolos más allá de nuestro poder para liberarlos.

—Eso no es necesariamente cierto —dijo Maeander, impasible—. Uno puede ser suficiente. Sobre todo si los demás están muertos. Si Corinn es la última del linaje real, entonces su sangre es cuanto necesitan. Ella puede liberarlos. ¡Imagina, Hanish, cuán poderosos seremos! Todos esos problemas insignificantes que tanto te atormentan desaparecerán sin darte cuenta. —Levantó una mano, las puntas de los dedos tocándose hasta el momento en que la abrió de golpe, liberando lo que fuese que había permanecido contenido dentro de ella para que se perdiera en el aire, invisible, falta de importancia—. Eso es lo que los antepasados depositaron en mi interior. Pusieron esta verdad dentro de mí.

—No me dijeron nada de que sólo se necesitara a Corinn.

—Temen que puedas haberte visto comprometido de alguna manera, que este sitio te haya apartado del recto camino. Les juré que estaban equivocados. Aceptaron mi palabra. Eres su preferido, pero hay un límite al tiempo que pueden esperar. Ya pueden paladear la liberación, Hanish. No puedes pedirles paciencia cuando sienten que se les está siendo negado aquello a lo que tienen derecho. —Hablando a través de la pulpa anaranjada que tenía en la boca, añadió—: ¡Por todos los dioses, la fruta de aquí es maravillosa!

Hanish ignoró el último comentario, pero pensó por un largo instante en Maeander entrando en comunión con los tunishnevre. Ya hacía algún tiempo que sabía que su hermano lo estaba haciendo. Que alguien que no fuera el caudillo o un sumo sacerdote interactuara con ellos era un hecho sin precedentes. Hanish lo había permitido por lo mucho que le debía a Maeander. Su hermano siempre había sido un arma perfecta, un sabueso listo para morder a quienquiera contra el que se lo dirigiese. Hanish sabía que los antepasados adoraban a Maeander por esa imperiosa seguridad en sí mismo que parecía formar parte de su naturaleza. Pero que le hubieran hablado de él... Que hubieran expresado dudas acerca de su caudillo viviente era algo muy grave. Había mensaje tras mensaje que leer allí, amenaza dentro de amenaza. Y él no podía permitirse el lujo de darse por enterado hasta que lo entendiera mejor.

—Nos estamos adelantando a los acontecimientos —dijo Haleeven—. No nos has contado qué noticias te trajo ese tipo tan raro.

Así que Hanish se las contó. Él nunca les ocultaba ese tipo de cosas a aquellos dos, por mucho que se callara cuando se reunía con la Junta de Consejeros, ese nuevo

organismo formado por los hombres más destacados del Mein que residía, irónicamente, en Alecia. Hanish no podía evitar preocuparse cada vez que notaba hasta qué punto habían empezado a adquirir la manera de ser acacia. Si pudiera ver alguna otra manera de hacer las cosas la hubiese adoptado sin vacilar, pero había descubierto en un tema tras otro que las soluciones acacias eran la única respuesta razonable, alcanzable.

Una vez que él se lo hubo contado todo, Haleeven dijo:

—Me repugna que tengamos que inclinarnos ante los lothan aklun. Nunca he visto a ninguno de ellos. La Liga puede habérselos inventado, por lo que sabemos. Lo he dicho antes, pero deberíamos hacer a un lado a la Liga y tratar directamente con los aklun, si es que existen.

—Yo pienso lo mismo que tú —dijo Maeander—, pero no somos quién para discutir con los antepasados. Ellos bendijeron los acuerdos que hicimos, y son ellos los que quieren ser liberados y liberados ya. Recuerda que la voz de tu hermano habla a través de ellos, Haleeven, y la de nuestro padre, Hanish.

Hanish titubeó un instante pero eludió el pensamiento que lo preocupaba y mantuvo la compostura durante todo el proceso, lo suficiente para que Maeander no percibiera la pausa como lo que era realmente. Dijo:

—Esta noche hablaré con los antepasados. Si están de acuerdo, enviaremos un mensaje a Tahalian. Les diremos que es hora de empezar el transporte. Haleeven, tú iniciarás la operación.

—No es lo que habíamos planeado en un principio —dijo Maeander—. Vamos, Hanish, sabes que debería ir yo. Tú tienes un imperio que gobernar, y yo no soy más que una herramienta para ayudarte. ¡No puedes esperar que lleve mal una tarea tan importante! Haleeven vendrá conmigo, si eso hace que te sientas más tranquilo, pero ¿cuándo te hemos fallado?

—Nunca me habéis fallado. Ni una sola vez. Pero esto tiene que hacerse como es debido, cuidando hasta el último detalle.

Maeander fingió sentirse ofendido.

—Lo que quiero decir —prosiguió Hanish— es que debemos ocuparnos de algo más que del mero traslado de los antepasados. Tenemos que redoblar nuestros esfuerzos para encontrar a los Akaran. Si viven, debemos tenerlos. Ése es el asunto para el que te necesito, Maeander. Ahora no tienes ninguna otra misión, y debes concentrarte únicamente en dar con ellos y traerlos aquí. —Dijo eso en un tono lo más categórico posible, rehuendo conscientemente la mirada de su hermano porque no quería ver ninguna señal de rebelión en su rostro—. Debería haberte puesto a cargo de su búsqueda desde el primer momento. Por mi parte, me aseguraré de que Corinn permanezca a buen recaudo, cerca de mí y vigilada.

Rodeó su escritorio, se sacó una llave del bolsillo del pecho y se inclinó para abrir

un cajón.

—Tío, léelos —dijo, extrayendo una cartera de cuero llena de documentos y dejándola caer sobre el tablero—. Deberás asegurarte de que las cosas se hagan exactamente tal como pone en ellos. Hazlo todo tal como nos cuentan los primeros, palabra por palabra. Los tunishnevre no han sido trasladados en veinte generaciones. Si cometes aunque sólo sea un error...

Haleeven cogió la cartera y se sentó con ella. Pasó los dedos por el cuero de reno, abrió la sencilla hebilla que la cerraba y pareció quedarse inmóvil por un instante, como sobrecogido, con los agujeros de la nariz dilatándosele mientras inhalaba el olor a sequedad que exhalaban las hojas.

—No cometeré errores —dijo—. Y te lo agradezco. La altiplanicie en verano... tenía tantas ganas de volver a verla.

—La verás —dijo Hanish con una sonrisa, contento de ver tan feliz al anciano—. Quizás incluso encontrarás tiempo para una cacería. Los renos ya tienen que estar muy gordos, y llevas tanto tiempo alejado de ellos que se habrán confiado. Haz bien tu trabajo, y también serás revivido por él. —Podría haber dicho más, pero sentía los ojos de Maeander fijos en él, tirando de su persona. Se volvió y lo miró.

—No puedo discutir contigo, hermano —dijo Maeander—. Si los Akaran viven, los encontraré y te los traeré arrastrándolos del pelo. Cuando lo haga, confío en que me concederás el honor de cortarles el cuello personalmente.





El hombre que iba a acompañarlo encontró al príncipe acucillado ante su tienda en la oscuridad que precede al alba. Sin decir palabra, Aliver introdujo sus escasas provisiones en un costal de piel de cabra y se lo echó a la espalda. Luego tiró del cordón de cuero hasta que la carga quedó acomodada tal como a él le gustaba. Aparte de eso, sólo llevaba la corta camisa de lana propia de un cazador. Aquella salida iba a ser una especie de cacería, por lo que él iba vestido en consecuencia, exactamente igual a como había ido hacía unas semanas cuando salió en busca de un lárrix. Esa mañana se le ocurrió pensar que nunca se había embarcado en una tarea más peligrosa, más importante. Ahora aquello estaba casi olvidado.

—¿Listo? —preguntó Kelis. Los ángulos de sus facciones les daban una forma que Aliver llevaba mucho tiempo pensando que debía significar que enjuiciaba a cada momento todo lo que había a su alrededor, aunque últimamente ya no estaba tan seguro como antes de que el rostro de un hombre traicionase los pensamientos que se ocultaban tras él.

—Por supuesto —respondió Aliver.

Kelis asintió y se puso en movimiento. Aliver echó a andar detrás de él. Fue al mismo paso y mantuvo la misma clase de Zancada. Pasaron del caminar inicial a un trote exento de esfuerzo y luego a la ágil carrera por la que habían llegado a ser famosas aquellas gentes del Sur. Salieron del poblado, dejando atrás los montículos de sombras proyectadas por las cabañas. Subieron hasta lo alto de una inclinación del terreno que, de haber habido un poco más de luz, habría mostrado ante ellos un panorama de pastos puntuados de árboles, tostado hasta un color dorado por la estación seca. Tendrían que recorrer casi doscientos kilómetros sólo para llegar a un territorio en el que poder dar inicio a la cacería. La totalidad de aquel día, y la de otros que vendrían después, se extendía ante Aliver como una sola jornada en continuo movimiento. Pero él había sido adiestrado para tales proezas. Cada bocanada de aire que tragaba lo llenaba de una nueva fortaleza. Sentía el impacto del suelo bajo sus pies descalzos y se sabía apropiado para aquella vida, aquel lugar en el mundo.

Qué distinto había sido él cuando llegó a Talay. Su huida de Kidnaban había sido angustiada, pero al menos había conseguido llegar a su objetivo. De hecho, un

guardián lo había arrastrado todo el trayecto hasta la corte de Sangae Umae. ¿Qué había creído que le estaba sucediendo en aquel entonces? Apenas lo recordaba. Se había sentido asustado y furioso, eso sí que lo sabía. Pero lo que más recordaba eran cosas dispersas, como encontrar una serpiente color de arena en su bota la primera mañana en el poblado, cuando él aún calzaba botas. Era venenosa, se había enterado luego, mortífera. Las serpientes eran una de las razones por las que los talayos jamás llevaban ninguna clase de calzado. Aliver pensaba en eso a menudo, rumiando el hecho de que ahora él tampoco lo llevaba, no lo había llevado en años y le costaba muchísimo imaginar que algún día pudiese volver a llevarlo.

Recordaba lo difícil que había sido mantener el equilibrio encima del agujero dentro del que defecaban los habitantes del poblado. Una cosa tan sencilla, ponerse en cuclillas para ir de vientre, pero cómo odiaba él hacerlo, cómo odiaba que pareciera ser incapaz de limpiarse adecuadamente a sí mismo con hojas o piedras, como hacía la gente de allí. Recordaba haber observado a los chicos del poblado mientras jugaban a un juego al que él no podía verle ningún sentido. Se reducía a que se turnaran para ser golpeados con un palo muy recio. Los chicos se atizaban con fuerza, sus cuerpos encogiéndose bajo los golpes en lo que estaba claro era un intenso dolor. Pero reían, se burlaban alegremente los unos de los otros, e inclinaban hacia el cielo aquellos dientes tan blancos en un júbilo que parecía no tener fin.

Recordaba la amenaza que había visto en todos aquellos jóvenes, esbeltos y de cuerpos muy negros, con los que se había adiestrado. Qué débil había sido él en comparación. Siempre se quedaba sin respiración antes que ellos. Los jóvenes eran una dura masa de bordes, un amasijo de codos y rodillas que empujaban mientras luchaban, con mentones afilados como cuchillos que le hincaban en la espalda. Recordaba a las chicas del pueblo, con los ojos como platos mientras lo observaban, susurrando entre ellas, a veces prorrumpiendo en carcajadas más dolorosas para el orgullo de Aliver que nada de cuanto llegaran a infligirle los chicos. Recordaba lo difícil que era pronunciar correctamente las palabras talayas. Una y otra vez había repetido él exactamente lo que creía había dicho el otro, sólo para ser respondido por un hiriente ridículo. Había algo femenino en su manera de intentar prolongar la erre como hacían los talayos, algo de infantil en sus gestos, algo propio del tonto de pueblo en la forma en que era incapaz de dominar el ritmo de silencios que confería significados vastamente distintos a frases idénticas. Recordaba cómo había odiado la arena traída por la brisa del anochecer. Le cubría el rostro y seguía el curso de sus lágrimas, sin importar lo mucho que él se esforzara en limpiarse para eliminar todo rastro de ella.

Pero todo eso había sido hacía años. ¿Por qué pensar siquiera en ello ahora? Ahora él era un cazador, un hombre, un talayo. Corría junto a un guerrero al que adoraba igual que a un hermano. Respiraba regularmente y fluía a lo largo del

camino, kilómetro tras kilómetro, una película de sudor apareciendo sobre su piel conforme subía el sol. Ahora aquellos chicos amenazadores eran sus compañeros; ahora aquellas jóvenes de ojos enormes eran mujeres que lo miraban con favor, amantes que bailaban para él, algunas de las cuales habían aspirado a ser la primera en darle un hijo. Hablaba la lengua de aquella gente igual que un nativo. No recordaba del todo cómo se había obrado esa transformación. El hecho de que hubiera matado un lárax marcó su maduración a los ojos de su comunidad. Y a decir verdad, Aliver nunca había estado más vivo que durante esa cacería, nunca había sido más consciente de su mortalidad y su innegable anhelo de sobrevivir. Y no sólo de sobrevivir, sino de ganar la gloria. Pero incluso eso no fue más que un episodio, con muchos, muchos otros más pequeños que considerar también. ¿Quién puede explicar cómo llegó a convertirse en la persona que es ahora? Eso sucede este día o aquel otro. Es una evolución gradual que tiene lugar sin ser, en su mayor parte, anunciada por nada. Él simplemente era quien era ahora.

Salvo que eso no era enteramente cierto. Pensaba en esos primeros días debido a Thaddeus y a todas las cosas que él había traído consigo. Thaddeus, a quien quería y aborrecía en igual medida. La gente del pueblo lo llamaba el acacio. Aliver, cuando les hablaba en talayo, también empleaba ese nombre. A ninguno de ellos parecía pasársele por la cabeza que hubiera nada de extraño en eso. Tampoco a él le parecía extraño que debiera sentirse tan a gusto en compañía de —y siendo retado por— unas gentes que se le había enseñado a creer eran inferiores. Pero cada tarde que se sentaba enfrente de Thaddeus y hablaba la lengua que le pertenecía por derecho de nacimiento, Aliver sabía que él no era una de aquellas personas, no del todo, y tampoco deseaba que lo fuese. Él también era el acacio. Y además, si había que creer a Thaddeus, era un pivote sobre el cual iba a girar el destino del mundo.

Él y Kelis continuaron en movimiento durante la mayor parte del día, deteniéndose sólo para beber y comer parcamente, dejar que la comida tuviera tiempo de asentárseles en el estómago y reanudando la marcha después. Durante las horas más abrasadoras de la tarde descansaron a la sombra de una acacia, donde echaron una breve siesta, pero luego siguieron levantando polvo a lo largo del crepúsculo y durante un rato al principio de la noche. Hubo momentos en los que Aliver, sumido en un estado como de trance, olvidaba el propósito de aquel viaje y tan sólo corría, flotando sobre la fortaleza de sus piernas, consciente únicamente del movimiento y el panorama visual del mundo viviente en torno a él.

Cuando se detuvieron para acampar ya entrada la noche, sin embargo, sintió el peso de las responsabilidades que le había impuesto Thaddeus. Los dos hombres encendieron un pequeño fuego, justo lo bastante grande para recordar a las bestias que ellos eran humanos y sería mejor que los dejaran en paz. No llevaban consigo nada que pudiera servir para hacerse una cama.

Cavaron dos estrechos espacios, en la arena, uno al lado del otro con las cabezas cerca del fuego. La noche podía ser fría, pero el suelo conservaba el calor suficiente para calentarlos hasta que llegara la mañana. Comieron una pasta preparada mezclando su preciosa agua con el sedi machacado que llevaban consigo. No sabía a nada, pero nutría. Aliver empleó como utensilio una tira de tasajo y luego se la comió. Kelis encontró el tubérculo que los talayos, debido a la forma que tenía, llamaban raíz de nudillo. Lo cortó por la juntura, y ambos chuparon sus respectivas porciones sentados en el suelo; el líquido de dentro era dulce y refrescante.

—A veces siento como si todo esto fuese una locura —dijo Aliver—. No puede ser real, lo que estamos haciendo, lo que se supone que tengo que hacer. Es un cuento inventado pensando en los niños, un mito como los que me contaban cuando era pequeño.

Kelis se sacó la raíz de la boca para decir:

—Ahora es tu historia. Tú eres el mito.

—Sí, eso es lo que se me ha dicho. ¿Pensáis que estamos locos —preguntó—, nosotros los acacios? ¿Yendo en pos de magos desterrados y todo lo demás? ¿Nos encontráis graciosos?

—¿Graciosos? —Sus facciones eran difíciles de leer a la tenue luz de la hoguera, pero su voz no sugería ninguna posibilidad de humor.

—Kelis, se me ha enviado en busca de unos magos que tienen quinientos años para que los convenza de que me ayuden a recuperar el imperio que perdió mi padre. ¿Entiendes una pérdida tal? Aquí no hay nada, alrededor de nosotros, que pueda mostrarte cuánto llegó a perder mi padre. Era el monarca que se vio desposeído del mayor imperio del mundo. Y ahora habla desde la tumba para pedirme que yo lo recupere todo. ¿No es de risa?

Una cacofonía de llamadas de chacales hizo erupción en un gran semicírculo en torno a ellos. Al parecer los cánidos sí que veían el humor que había en ello, pero Kelis continuó sin dar señales de que lo percibiera. Tiró lejos su raíz de nudillo y dijo:

—Nuestros narradores cuentan historias sobre los Portavoces Divinos, también. Ellos son tan parte de nuestras leyendas como de las tuyas. Ya las has oído.

—¿Y crees, entonces?

Kelis no respondió, pero Aliver sabía lo que diría si se le insistía en que hablara. Naturalmente que creía. La verdad de los talayos vivía en las palabras habladas. Daba igual que a veces sus leyendas fueran altamente improbables o que solieran contradecirse la una a la otra. Si habían sido dichas —si les habían sido transmitidas por aquellos que los precedieron—, lo único que podía hacer un talayo era creer. No había razón para no hacerlo. Aliver había oído muchas de sus leyendas en el curso de los años.

Sabía que se suponía que los Portavoces Divinos habían ido a través de Talay y entrado en el exilio. Estaban furiosos, decía la leyenda, por su destierro. Habían ayudado a Tinhadin a adueñarse del mundo, pero de pronto él —que era el más grande entre ellos— les había vuelto la espalda y les prohibía utilizar su habla divina. Musitaron maldiciones, en voz baja para que Tinhadin no los oyera. Pero incluso aquellas maldiciones murmuradas estaban dotadas de poder. Arrancaron franjas enteras del suelo; inclinaron las losas de la corteza terrestre; prendieron fuegos con gestos de sus brazos; pusieron los ojos sobre las bestias de las llanuras, corrompiéndolas, deformándolas hasta hacer de ellas criaturas como el lárax. Habían hecho mucho daño, decían las leyendas, pero afortunadamente pasaron de largo por las regiones habitadas para entrar en los lugares verdaderamente áridos, las abrasadoras llanuras del sur. Según el mito, los santoth aún vivían allí. Nadie se había aventurado nunca a ir hasta aquellos lejanos confines para verificarlo. ¿Por qué tendrían que haberlo hecho? Sólo una persona tendría razón para ir en busca de ellos: un príncipe del linaje Akaran que fuera a rescindir su sentencia.

—¿Quieres oír la historia de otro en vez de la tuya? —preguntó Kelis—. Entonces escucha ésta. Había una vez un joven talayo cuyo padre era un hombre muy orgulloso, un guerrero. Vivía para la guerra y deseaba que su hijo hiciera lo mismo. Su hijo, no obstante, era un soñador, uno que predice cuándo llegarán las lluvias, cuándo los niños nacerán sanos, uno cuya vida del sueño es tan vívida como la de la vigilia. El chico soñaba cosas antes de que sucedieran. Hablaba con criaturas en sus sueños y a veces despertaba, recordando aún el lenguaje del animal, por unos instantes cuanto menos. El hijo anhelaba saber más sobre su don. El padre, podrías pensar, habría estado orgulloso de que su hijo hubiera sido elegido para eso. Pero no lo estaba. Cuando dormía era como si estuviese muerto para la vida; sólo despierto hallaba algún significado, sólo en la guerra eran todas las cosas claras para él.

»Prohibió a su hijo que soñara. Lo hizo con todo el desdén que podía dirigir a través de sus ojos. Lo hizo a través del ridículo, con palabras llenas de mordiente y con un gran desprecio. Se quedaba de pie al lado de su hijo mientras éste dormía. Cuando veía que los ojos del chico empezaban a moverse, señal de que había entrado en el mundo de los sueños, lo pinchaba con la contera de su lanza. Así lo despertaba al dolor, una y otra vez. El chico no tardó en tenerle miedo al sueño. A veces los sueños acudían a él de todos modos, incluso a la luz del día cuando por lo demás estaba despierto. El padre aprendió a reconocer los sueños en los ojos de su hijo, y lo abofeteaba si sospechaba que la mente del chico había empezado a vagabundear. Nada de ello detuvo al chico. Él simplemente no podía evitar ser quien era. Pero el padre encontró una manera.

Kelis hizo una pausa para escuchar un sonido próximo, el rumor de unos pies terminados en garras que cruzaban el suelo reseco. Ambos escucharon en silencio

unos instantes, hasta que el canto estridente de un grillo de espalda negra se abrió paso a través de aquellos tenues sonidos. El ruido de arañazos probablemente había sido obra de un lagarto. Nada que fuera a molestarlos.

—El padre encontró una manera... —apuntó Aliver.

Kelis continuó con su relato:

—Adoptó al hijo de un muerto, y puso al hijo de ese muerto ante su propio hijo. Lo llamó primogénito, lo que quería decir que todo lo que era propiedad del padre — su nombre, sus antepasados, sus pertenencias— iría a su hijo adoptado. Si el hijo soñador quería llevar una vida próspera, sólo podía hacer una cosa. Atrajo al interior del círculo al hijo adoptado y lo mató. Le atravesó el pecho con su lanza y vio perder la vida a su nuevo hermano. En vez de enfadarse, el padre se sintió sumamente complacido. Justo lo que él había pensado. Su auténtico primogénito llevaba dentro un guerrero, tanto si le gustaba como si no. El padre por fin tuvo lo que quería. Después de aquello su hijo realmente odió el sueño. En el sueño todavía soñaba, pero sólo siempre con lo mismo. Soñaba con aquel combate, con hundir su lanza en el blanco, con la sangre, con contemplar el rostro de un hombre mientras muere. Así fue aplastado el soñador, y sólo quedó el guerrero.

—No había oído esta historia antes —dijo Aliver.

Kelis inclinó la cabeza hacia un lado, y luego volvió a ponerla recta.

—Ninguno de nosotros elige a nuestros padres. Ni tú ni yo, ni nadie más. Pero, créeme, cuando uno nace para seguir la llamada de una vocación, ésta no debería ser rechazada. No hacer aquello para lo que has nacido es una carga muy pesada de soportar.

A la mañana siguiente Aliver tenía las piernas rígidas, pero no tardaron en relajarse cuando las puso a trabajar. El ritmo del segundo día igualó al del primero. El terreno por el que iban compartía los mismos suaves contornos de grandes valles puntuados de árboles. Pero el tercer día una manada de cuatro lárrix captó su olor y empezó a perseguirlos. Las feas bestias desgarradas chillaban en su enrevesado lenguaje y llegaron a estar lo bastante cerca para que, mirando atrás, Aliver pudiera ver sus características individuales. A una de ellas le faltaba una oreja. Otra tenía lisiada una de las patas delanteras. El líder era más grande que aquel al que había matado Aliver, y el cuarto tendía a flanquear a los demás por un lado, como si ya anticipara el momento en que podría caer sobre ellos. Si los cuatro perseguidores lograban alcanzarlos y los rodeaban, no habría esperanza de escapar con vida para los dos hombres. El odio que los lárrix sentían por los humanos iba de la mano con el poco miedo que les tenían. Como un león que caza a los cachorros de felinos inferiores, los lárrix parecían cazar a los hombres por puro desprecio.

Mientras corría ante ellas, Aliver comprendió lo diferente que era él ahora de cuando había cazado a una de aquellas bestias hacía sólo unas semanas. En aquel

entonces, había afrontado con toda la claridad del mundo la innegable verdad de que si fracasaba en cualquier acción, moriría horriblemente como consecuencia. Lo raro era que en lo más recóndito de su ser aquella sensación le era enteramente familiar. Cierta nivel de su persona había vivido con un temor semejante desde la noche en que su padre fue apuñalado en el pecho. Siempre había habido un monstruo invisible persiguiéndolo. Enfrentarse a uno real, a plena luz del día, liberó algo en el interior de Aliver. Corrió delante de la bestia y luego se encaró con ella y se acercó hasta tenerla tan próxima que pudo sentir el aliento de la criatura. Había contemplado su repugnante totalidad y... había hecho lo que se suponía que tenía que hacer. Clavó la lanza en su pecho y la mantuvo en su sitio mientras el lárax desfallecía y protestaba con las últimas fuerzas que le quedaban. Aliver no estaba seguro de cómo sucedió exactamente, pero sabía que aquella acción había alterado para mejor algo dentro de él.

Kelis apretó el paso. No se detuvieron a mediodía. En lugar de eso, siguieron corriendo a través del calor que hacía temblar el aire. Aunque los lárax tenían la capacidad de correr durante horas sin cansarse, sólo lo hacían cuando se veían realmente provocados. Aliver y Kelis perdieron de vista a la manada de lárax en cuanto una presa más fácil —jabalíes verrugosos— atrajo la atención de las bestias. Los dos hombres siguieron corriendo sin descansar apenas y no se detuvieron hasta unas horas después de que hubiera oscurecido.

El quinto día atravesaron una planicie salina y se encontraron con una migración en masa de pájaros rosa. Miles y miles de ellos marchaban a través de la planicie, una enorme bandada que rielaba bajo el resplandor del sol, cada uno de ellos grácil y de largo cuello, moviéndose sobre las negras patas que se elevaban hieráticamente a cada paso que daban. Por qué no volaban, Aliver no habría sabido decirlo. Los pájaros se limitaron a separarse para abrirles paso cuando los dos corredores pasaron entre ellos, observándolos de soslayo y sin hacer comentario alguno.

A última hora de la sexta mañana llegaron al gran río que vaciaba de agua las colinas occidentales. Era una gran hondonada poco profunda con más de un kilómetro y medio de ancho. En la estación de las lluvias creaba una formidable barrera. Incluso ahora servía como el confín meridional del Talay habitado. Ahora el río en sí mismo estaba reducido a un mero hilillo, una estrecha vena de humedad de unos cuantos pasos de ancho que apenas les llegaba a la altura de los tobillos. Los dos hombres entraron en el agua. Aliver disfrutó la sensación de las lisas piedras bajo sus pies, resbaladizas contra su piel. Si el horizonte en torno a ellos no hubiera sido una franja inacabable de áspero y pálido suelo, con muy poca vegetación y reseca por la larga presencia del sol, Aliver podría haber cerrado los ojos y dejado que las sensaciones de las piedras y el agua evocaran recuerdos de tiempos y lugares muy alejados de allí.

—Hermano —dijo Kelis—, yo no voy más lejos que esto. Aliver se volvió hacia él y lo miró mientras Kelis llenaba de agua otra calabaza seca y se la llevaba a los labios.

—¿Qué?

—Mi pueblo no se aventura al sur de este río. La Donante correrá contigo a partir de aquí. Ella es mejor compañía que yo.

Aliver se lo quedó mirando.

—Te esperaré —dijo Kelis—. Créeme, Aliver, cuando regreses a este punto yo estaré aquí para recibirte.

Aliver había quedado lo bastante asombrado por aquellas palabras para que no se le ocurriera intentar protestar. Kelis le dejó la lista con las cosas que había que hacer y las que no, recordatorios de cómo conservar el agua y dónde buscar raíces que acumulaban humedad, y qué animales podían ofrecerle un poco de sangre para beber. Aliver ya sabía todo lo que le recitó entonces, pero permaneció tan quieto como si lo escuchara por primera vez, demorándose en cada momento que retrasase un poco la despedida.

—Sangae me dio un mensaje para ti —dijo Kelis, mientras levantaba el costal de Aliver y lo ayudaba a ceñírselo sobre la espalda—. Dijo que eres un hijo para él. Y eres un hijo para Leodan Akaran. Y eres un príncipe para el mundo. Dijo que sabe que afrontarás con valentía los desafíos que te aguardan. Dijo que cuando eleves la corona de Acacia a tu cabeza espera que le permitas estar entre los primeros que se inclinen ante ti.

—Sangae no necesita inclinarse ante mí.

—Quizá tú no necesitas que él se incline ante ti. Pero él podría necesitarlo... para sí mismo. El respeto fluye en ambos sentidos y puede significar tanto para el que lo da como para el que lo recibe. Y ahora vete. Tienes mucha distancia que recorrer antes de que se ponga el sol. Deberías encontrar colinas donde cobijarte durante la noche, estribaciones rocosas. De noche los lárrix temen esos lugares.

—¿Cómo encuentro a los santoth? Nadie me lo ha contado.

Kelis sonrió.

—Nadie podría contártelo, Aliver. Nadie lo sabe.

Sus primeros días yendo solo Aliver experimentó períodos de trance aún más largos que anteriormente. Lo que lo conmovía no era tanto pensamientos relacionados con su misión o recuerdos del pasado como vislumbres de la caótica grandeza atrapada en la carne silenciosa del mundo, en el alentar del aire y las criaturas que iban por la tierra. Una vez, en un paisaje salpicado de inmensos cráteres, Aliver contempló el cielo como si estuviera contenido dentro del cuenco por el que avanzaba. Por encima de él las nubes se acumulaban, hervían. No se movían del modo en que lo hacían habitualmente las nubes. Parecían estar atrapadas en aquel



punto determinado del mundo, cambiando incesantemente pero sin escapar jamás.

Momentos como ése le parecían estar cargados de importancia. No los consideró como una señal que hubiera que leer en busca de alguna profecía. El significado estribaba simplemente en el hecho de ver, en sus momentos de observar la vida con unos ojos tan abiertos, tan capaces de apreciar. De joven él nunca había sido muy dado a estudiar, o a prestar demasiada atención a los colores cambiantes de las hojas en el Territorio Continental. En este aspecto era una persona muy distinta de la que había sido antes.

A mediados de su cuarta noche de soledad Aliver despertó, habiendo comprendido algo mientras estaba dormido que lo devolvió bruscamente a la consciencia. Cuando Kelis contó la historia del soñador que había visto negado su camino por su padre... había estado hablando de sí mismo. Kelis era el soñador al cual le había sido negado su destino. Eso quizá debería haber resultado evidente por su tono, pero Kelis nunca había revelado cosas acerca de sí mismo anteriormente. Nunca había solicitado la compasión de otra persona. Tampoco había estado haciendo tal cosa cuando contó aquella historia, Aliver lo sabía. ¿Por qué no había comprendido eso en el momento y dicho algo?

Más entrada la noche tuvo un sueño propio, y pasó la totalidad del día siguiente recordando las conversaciones que lo habían originado. Durante la semana en que se había encontrado con Thaddeus cada noche, habían hablado de algo más que los desafíos que debería afrontar Aliver. El anciano se había liberado a sí mismo de su engaño. Había explicado la historia que Hanish Mein había detallado para él acerca de cómo el abuelo de Aliver podría haber matado a la esposa y al hijo de Thaddeus. Sí, dijo, pese a la fuente que le trajo la noticia, creyó a pies juntillas que Gridulan había hecho asesinar a su familia. Debido a ello, Thaddeus había querido venganza. Había, por un breve instante, traicionado a los Akaran.

Aliver apenas había sido capaz de reaccionar, ya fuese con ira renovada o con el perdón que tan obviamente anhelaba aquel hombre. No estaba seguro de si debía odiarlo por haber conspirado con Hanish Mein o si debería pedir disculpas en nombre de su propia y traicionera familia o si debería dar las gracias a Thaddeus por ser el instrumento del rescate de Aliver y los suyos.

En el curso de aquellas conversaciones Thaddeus había revelado la compleja red de crímenes que mantenía unido al mundo. Eso, con todo lo doloroso que resultó para él, fue algo que Aliver agradeció oír por fin. Él siempre había temido lo indecible, lo inexplicable. Había oído palabras como «Cuota» y susurros sobre los lothan aklun sin conseguir relacionarlos jamás con hechos concretos. Ahora, sin embargo, oyó todo lo que Thaddeus podía contarle. Acacia era un imperio esclavista. Comerciabán con la carne y prosperaban a expensas de los trabajos forzados. Distribuían drogas para acallar a las masas. Los Akaran no eran los líderes benevolentes que siempre se le

había enseñado a creer que eran. ¿Qué, se preguntó, significaba todo aquello para él? ¿Podía estar seguro de que un nuevo reinado Akaran sería mejor que el de Hanish Mein?

Poco a poco el paisaje fue adquiriendo otro carácter. Se volvió aún más seco, y Aliver siguió adelante, serpenteando a través de una región abrupta. La hierba había palidecido hasta volverse casi plateada y contrastaba llamativamente con los montículos rocosos que puntuaban el terreno, piedra volcánica ennegrecida que se diría las heces de antiguas criaturas del mundo anterior. Aliver no estaba seguro de si esa comparación se le había ocurrido a él o si había oído contar una historia así antes. Parecía guardar algún recuerdo de eso e incluso una vaga noción de ver cómo las criaturas daban la espalda a este sitio y partían, caminando sobre sus largas piernas, por encima del horizonte en busca de una tierra mejor. Entre las rocas crecían acacias solitarias, versiones menos altas de la especie, raquílicas y terriblemente deformadas. Eran abuelos envejecidos de la raza, abandonados aquí hacía algún tiempo e inmóviles, sus brazos elevados en una súplica no respondida.

En ninguna parte entre todo esto vio rastro alguno de seres humanos. Allí no había pueblos, ningún vestigio de agricultura o herramientas desechadas. Ni siquiera había animales. Era un paisaje terriblemente solitario, un poco más cada día que pasaba. Los santoth habían sido hombres, humanos igual que Edifus, un hombre cuya sangre fluía por las venas de Aliver. Si vivían en algún lugar cercano, entonces debería haber alguna señal de su presencia. Pero no había nada.

Una mañana, cuando llevaba una semana de viaje solitario, Aliver se dio cuenta de que no sobreviviría a aquella búsqueda. Una parte de él nunca había esperado encontrar a aquellos santoth, pero no se le había ocurrido hasta que examinó sus magros suministros —una porción de grano sedi del tamaño de la palma de su mano, unos cuantos buches de agua caliente, un paquetito de hierbas secas para hacer sopa—; no tenía suficientes reservas para vivir más de otro día o dos. Llevaba tres días sin ver ningún indicio de una fuente de agua. No había habido ninguna señal de raíz nudillo o de ninguna de las otras plantas que atrapaban aunque sólo fuese sorbitos de agua. Aliver nunca había estado en un sitio más seco que aquél. Con sólo estar sentado ahí notaba cómo el aire extraía la humedad de su piel. Podía tratar de volver sobre sus pasos hasta el río limítrofe, pero ¿a cuántos días de allí se encontraba ahora? Por mucho que se esforzara no hubiese sabido decirlo con certeza, salvo para explicar que quedaba mucho más lejos de lo que él era capaz de caminar.

Se irguió sobre sus piernas doloridas y escrutó el terreno. El mundo se extendía ante él en toda su uniforme desolación, hasta el horizonte y más allá. No había nada. Nada excepto arena y roca y el cielo encima de todo ello. Aliver dio un paso. Y después otro. No intentó correr. Sólo sentía que tenía que moverse, andando despacio, a trompicones. Dejó sus suministros en el sitio donde los había puesto. No lo

ayudarían mucho tiempo, y sin ellos podría dejar atrás más deprisa aquella ordalía. Tomó nota de la posición del sol en el cielo y estimó la hora del día, y luego decidió que nada de eso importaba. Los santoth —él lo había sospechado todo el tiempo— no eran más que vapores del pasado mantenidos con vida por mentes supersticiosas. Y él no era más que un muerto que andaba. Lo sorprendente era que en realidad. En cierto modo se sentía reivindicado. Siempre había estado en lo cierto. No estaba destinado a ninguna mítica grandeza. Ahora ese manto quizá recaería sobre los hombros de Corinn o Mena o incluso Dariel, o quizás el linaje Akaran no era merecedor del poder que había ostentado en el pasado.

Todo eso le parecía perfectamente lógico, y el aceptarlo le confirió una calma que nunca había sentido antes. Pensó con cariño en sus hermanas y en su hermano. Deseó haberlos visto crecer hasta la edad adulta. Esperaba que tuvieran éxito en todo lo que intentaran. Él, Aliver, siempre había sido el eslabón más débil, por mucho que se hubiera esforzado para que no fuese así. Su padre había depositado demasiada fe en él.

Hacia el mediodía tropezó y cayó. Se incorporó hasta quedar arrodillado en el suelo, a su alrededor había una extensión de arena puntuada aquí y allá por rocas oblongas del mismo color leonado de todo lo demás, alzándose o caídas de lado, o apoyándose la una en la otra. Aliver se medio sorprendió ante las rarezas geológicas que representaban, pero tenía la garganta muy seca y eso parecía más digno de ser notado. Ya hacía tiempo que la piel había dejado de sudarle. El corazón le palpitaba ruidosamente al compás del ritmo de los latidos, y a veces el pulso le oscurecía la vista para aclarársela nuevamente después.

Se tumbó en el suelo. Nada de todo aquello sería tan terrible si ya no tuviera que sentir desde dentro de su cuerpo. Yació inmóvil durante un rato, conformándose con haber dejado de tener un propósito. Ésa fue la razón por la que a la primera señal de movimiento, de cambio, sintió que una intensa emoción fluía por todo su ser, un colorearse del mundo que experimentó como... no como miedo, como habría podido esperar. Ni como respeto o incredulidad. La emoción era más difícil de definir. Era algo así como pena. Lo que la causaba era el hecho de que de pronto las piedras despertaron por todas partes a su alrededor. Despertaron y echaron a andar lentamente hacia él.



El pabellón de caza de Calfa Ven se aferraba a un contrafuerte de granito encarado hacia el sur, contemplando desde arriba los escarpados valles de la reserva del rey. Mitad tallado en la roca y mitad encaramado a ella, el pabellón llevaba más de doscientos años siendo un retiro de placer para la nobleza acacia. El nombre significaba «nido del cóndor de la montaña» en la lengua senivalia. La reserva era una gran extensión boscosa rica en caza, protegida por una pequeña plantilla que se ocupaba del mantenimiento del pabellón y patrullaba los bosques de árboles de anchas hojas en busca de cazadores furtivos. Corinn llevaba desde la infancia sin visitarlo, pero seguía siendo un lugar que recordaba bien.

Los meins habían tardado algunos años en llegar a controlar el imperio lo bastante bien para que les fuera posible irse de vacaciones. La misma idea resultaba un tanto extraña para un pueblo que hasta hacía poco siempre había cazado en busca del sustento, pero últimamente habían empezado a tenerle un cierto apego a esa costumbre. Cuando Corinn se enteró de que Hanish había solicitado su presencia junto a él en el pabellón, no le quedó más remedio que aceptar. Aunque tampoco se habría negado en el caso de que hubiera podido hacerlo. Se aseguró de que su resentimiento fuera bien visible en su porte y su tono, pero lo cierto era que nunca se sentía más nerviosamente viva que cuando estaba en compañía de él.

Cabalgaba a cierta distancia detrás de Hanish, junto con unas cuantas nobles meinish, cuando llegaron al pabellón. Desde aquel lado era una estructura de granito gris, compuesta por grandes bloques labrados en un estilo muy simple que pretendía recordar tiempos más humildes. El contingente del personal los aguardaba en los escalones. Corinn reconoció a uno de ellos, el jefe de la servidumbre doméstica, Peter. De jovencita lo encontraba muy apuesto, y la impresionó ver lo viejo que parecía ahora. Era lo primero relacionado con el pabellón que de verdad mostraba el paso del tiempo.

Peter se mostró muy efusivo en su bienvenida. Fue hacia Hanish adoptando una postura medio encorvada, con el cuerpo temblándole como un viejo sabueso que intenta menear su cola artrítica.

—Nos sentimos inmensamente complacidos por vuestra visita, señor. Inmensamente complacidos... —Apenas dio espacio para responder a Hanish, con el

torrente de palabras que salía de sus labios testimoniando lo mucho que habían tenido que esperar para conocerlo, el cuidado con que se habían preparado para su visita, lo magnífico que encontraría el bosque, el modo en que la caza iba a superar todas sus expectativas—. La reserva está repleta de toda clase de bestias. No tendréis problema para...

El sirviente se interrumpió a mitad de la frase. Sus ojos, que habían empezado a moverse sobre los presentes, habían encontrado a Corinn. Se la quedó mirando un momento, los ojos muy abiertos, el círculo completo del iris visible dentro del blanco que los rodeaba. Bajó la cabeza y la saludó por su nombre, tartamudeando. Luego se dio la vuelta y volvió a centrar la atención en Hanish.

La expresión que Corinn vio en su rostro la puso un poco nerviosa. ¿Por qué parecía asustado? Temía a Hanish, eso era obvio, pero la rápida mirada que había lanzado a la princesa pertenecía a otra clase de alarma. Corinn no pudo dejar de pensar en su expresión, aunque la experiencia de visitarla reserva enseguida hizo que pasara a quedar en un segundo término. Era extraño escuchar a Peter mientras conducía al séquito por habitaciones que ella ya conocía. Habló de todo ello como si hubiera sido creado especialmente para el placer de Hanish, como si el recuerdo de sus anteriores habitantes fuera algo realmente lejano.

Las habitaciones interiores eran poco espaciaosas y un tanto oscuras, iluminadas por lámparas colgadas en las paredes y fuegos encendidos en las chimeneas. Algunos de los antiguos símbolos estaban a la vista: un tapiz de una cacería que corría a lo largo de la pared del comedor, un candelabro de plata en cuyo elaborado trabajo estaba tallada la historia de Elenet, los recipientes de cristal soplado repletos de especias y hierbas aromáticas. Cómo había adorado ella aquel olor. Inhalarlo amenazó con inundarla de emoción. Intentó respirar lo menos posible y reparar en las cosas que habían sido añadidas o cambiadas para complacer a los nuevos propietarios. Alfombras de piel y cobertores de mobiliario al estilo meinish; unas cuantas mesas bajas de patas muy gruesas; el blasón de los meins estampado sobre las piedras del suelo frente a la chimenea del comedor: había una gran abundancia de nuevos toques, con todo y lo superficiales que eran.

Larken, el marah acacio que la había traicionado hacía años, caminaba al lado de Hanish, engreído con su nueva posición y hablando casi tan por los codos como Peter. Con Maeander desaparecido, Larken estaba junto al caudillo en casi todos los momentos. Corinn aún lo odiaba, aunque intentaba evitar que se le notara.

Oía hablar a las otras mujeres en un continuo comentar las cosas que veían, encontrando tal o cual objeto pintoresco, a veces encantador. Rhenna no paraba de pasar los dedos por los tableros de las mesas, inspeccionándolos en busca de polvo. Lucían su nueva nobleza tan abiertamente que Corinn encontraba muy irritante esa exhibición, aunque no permitió que aquella emoción se notara tampoco. El arma

principal de que disponía contra aquellas personas era un desafío interno. El desdén se encargaba de nutrirlo, y Corinn lo atendía con el mismo mimo que un jardinero dedica a la belleza erizada de espinas de un rosal.

La característica más impresionante del pabellón era la panorámica que le proporcionaba su emplazamiento. Cada habitación que daba a la Reserva del Rey contaba con una balconada exterior desde la que se podía contemplar el magnífico dosel de árboles de anchas hojas que se perdía de vista hacia el Norte, perturbado aquí y allá por otros promontorios de granito. En algunos puntos el viento soplaba a través de las copas de los árboles, de forma muy parecida a como las brisas de una tormenta rozan el mar embravecido. La ruda belleza de todo aquello la dejó atónita. Aquella parte de la reserva no se parecía en nada a sus recuerdos de infancia. Corinn sólo recordaba el ominoso temor inspirado por el verdor de aquel sitio, las sombras bajo los árboles que parecían esconder por doquier la presencia de ogros, necrófagos del bosque y osos-lobo. Ciertamente, ella aún podía percibir la amenaza de todas aquellas cosas, pero ahora la encontraba tonificante. Le recordaba las imágenes que ella había hecho aparecer a partir de los bosques septentrionales de Igguldán.

Aquella noche cenó sentada a la mesa de Hanish en la habitación principal. En total, había alrededor de treinta comensales, con aproximadamente el mismo número de sirvientes atareados detrás de las mesas, entrando y saliendo apresuradamente del pasillo que llevaba a las cocinas. Los platos que se sirvieron abusaban un poco excesivamente de la caza para el gusto de Corinn, todos ellos venado y jabalí, pasteles de sangre e hígados engordados. Hizo poco más que removerlos con el tenedor. Una de las cosas que odiaba particularmente de tales actos era la siempre presente posibilidad de que fuera llamada a participar en la conversación en calidad de representante de las cosas acacias. Al principio había mordido el anzuelo y se había esforzado por estar a la altura, narrando prolijamente los grandes logros de su pueblo, pero eso nunca había surtido el efecto que ella pretendía. O sentía que estaba haciendo el ridículo porque su conocimiento no se correspondía con los hechos verificables con los que le respondían otros comensales, o acababa siendo dolorosamente consciente de que sólo había conseguido que el triunfo sobre su pueblo alcanzado por los meins pareciese todavía mayor. Esta noche volvió a encontrarse una y otra vez convertida en el foco de la conversación. Larken podría haber respondido mejor que ella a cualquiera de las preguntas que se le dirigieron, pero nadie parecía recordar que había sido un acacio.

—Corinn, ese mural en el pasillo, ¿qué historia cuenta?

—¿Cuál?

—El que es como... es como el mundo entero, tan enorme y detallado. Pero todo se centra en torno a una persona con aspecto de muchacho. Ya sabes a cuál me refiero.

Corinn lo sabía. Respondió que era una representación del mundo en tiempos de Elenet. Se abstuvo de dar más información por iniciativa propia, pero tras haber sido interrogada al respecto dijo que dramatizaba el instante siguiente a aquel en que la Donante decidió apartarse del mundo. Eso, dijo, era cuanto sabía acerca del mural.

—Qué sistema de creencias más extraño —dijo una mujer joven llamada Halren—. Que vuestro dios os abandonó forma parte de la esencia de vuestra fe, ¿verdad? La Donante os aborrece. Desdeña vuestra devoción, y a pesar de eso vuestro pueblo ha continuado adorándolo sin demasiado entusiasmo durante siglos. Por una parte dices, «La divinidad existe y me odia», y acto seguido te encoges de hombros y sigues adelante con tu vida, sin intentar siquiera volver a ganarte su favor. ¿Es que no veis el disparate que encierra eso?

Corinn se removió en el asiento, miró a Larken, volvió a removerse, y farfulló que no había pensado mucho en ello.

—¿Por qué preguntárselo siquiera? —dijo una de las doncellas de Rhenna—. Ella no es ninguna estudiosa... ¿lo eres, Corinn?

La princesa no estuvo segura de si aquellas palabras pretendían ser un gesto afable o si habían sido dichas como un desdén más. En cualquier caso, sintió que se le subían los colores.

—Si yo hubiera perdido el favor de los tunishnevre, haría lo que fuese con tal de recuperarlo —dijo Halren, mirando furtivamente a Hanish—. Afortunadamente, no obstante, siento que están pero que muy satisfechos conmigo. Con todos nosotros, realmente, gracias a nuestro caudillo.

Eso no ayudó en lo más mínimo a mitigar el enrojecimiento de las mejillas de Corinn. Volvió la mirada hacia Halren, hacia los destellos plateados sobre su frente y sus pálidas facciones.

—¿Habéis estado «bendecidos» por cuánto tiempo? ¿Nueve años, me parece? Eso no es más que un estornudo comparado con lo que duró el reinado Akaran. —Corinn podría haber dicho algo todavía más hiriente, algo que luego habría lamentado, si no hubiera sido porque Hanish escogió ese momento para convertirse en el centro de la atención.

—La princesa ha hecho una observación indiscutible —dijo. Luego pareció considerarlo por un momento, sus ojos grises se mostraban pensativos—. Corinn, ¿habéis oído la historia de Pequeño Kilish? Pequeño Kilish era todo un gigante, llamado así irónicamente, ¿sabes? Era granjero y se había fabricado una guadaña tan descomunal que sólo él podía blandirla. Le encantaba moverla en grandes arcos, liberando los granos del trigo por millones. Hizo una segunda guadaña y danzaba a través de los campos de trigo cortando círculos y pautas, con cada uno de sus golpes siendo tan productivo como la labor de diez hombres juntos. Llegó a ser famoso en todo el campo. Celebraba una competición contra otros para ver quién podía cortar

más trigo, pero siempre triunfaba sin lugar a dudas. Pronto nadie lo desafiaba siquiera.

Hanish hizo una pausa mientras un sirviente reemplazaba el plato del que se había servido por otro limpio. Luego prosiguió, explicando que un día llegó un desconocido, un hombrecillo de piel oscura y ojos traviosos. Era un cosechero de almas. Había construido alguna clase de máquina que ya había segado la mitad del mundo. Consistía en un gran bastidor que se extendía a través de un campo entero abarcándolo de uno a otro confín, unido a ruedas para desplazarlo. En cien puntos distintos a través del bastidor colocaba maniqués, intrincadamente articulados como auténticos seres humanos pero hechos de roble. Cada uno de ellos sujetaba una hoz. Cuando la gente vio esto, todos rieron. ¿Qué clase de inmenso juguete era aquello? ¿De qué pueden servir unas personas hechas de madera? Pero aquel cosechero de almas sabía hablar un poco la lengua del dios. Susurró hechizos que les robaron el alma a aquellos que se estaban riendo de él. Luego puso cada alma en una de las figuras de madera. Eso hizo que cobraran vida. Las figuras empezaron a agitar sus herramientas como habrían hecho las personas de verdad. El cosechero de almas le dio una palmada en la grupa a su mulo y la bestia arrastró el artefacto a lo largo del campo. Todas las personas de madera trabajaron para él, y en sólo unos instantes habían cortado más de la mitad de lo que Pequeño Kilish habría podido llegar a cortar en un día entero.

Otro sirviente intentó volver a llenar la copa del caudillo, pero Hanish lo apartó con un ademán, impacientándose, parecía, ante la continua atención de que se le hacía objeto.

—La gente estaba asombrada —dijo—. Cubrieron de elogios al desconocido. Todos estuvieron de acuerdo en que había ganado la competición y el honor recayó sobre él. Pequeño Kilish, sin embargo, odiaba la máquina, odiaba al hombre que la había construido. Todo aquel alboroto lo disgustaba profundamente. ¿Por qué la gente estaba aplaudiendo algo tan vil?

—Por un momento olvidaron sus propias almas —dijo Halren.

—¿Acaso no se daban cuenta de los zombis sin alma que había ahora entre ellos? Sin pararse a pensar en lo que iba a hacer, Pequeño Kilish hizo girar su guadaña y separó limpiamente de sus hombros la cabeza del cosechero de almas. Ésta cayó al suelo y aún siguió parloteando durante unos minutos antes de que la lengua dentro de la cosa se percatara de que todo estaba perdido. Pequeño Kilish miró en derredor, temeroso de que lo llamaran asesino y criminal y se encontrara siendo exiliado. Pero la gente no lo exilió. Se alegraron. Dijeron: «¡Que Kilish coseche nuestro trigo, porque es fuerte y no tiene necesidad de robarnos las almas!» Y así fue.

Hanish indicó con un gesto que no había más que contar. Varias voces elogiaron su relato de la historia. Halren sonreía mientras miraba a su alrededor, como si



Hanish le hubiera contado la historia particularmente a ella. Pero el caudillo mantuvo la atención centrada en Corinn.

—Hemos contado esta historia durante muchos, muchos años. Entendéis su significado, ¿verdad?

—Decís que Pequeño Kilish era un gigante de hombre, pero sospecho que al menos uno de los atributos de su cuerpo no era tan grande —dijo Corinn—. Así, seguramente, fue como se ganó su nombre. Uno no debería confiar en un hombre que lleva por nombre Pequeño. Ningún hombre quiere pensar en ninguna parte de sí mismo como pequeña. Eso lo vuelve amargado, injusto, y mezquino...

—Corinn, tienes una manera de... —comenzó a decir Rhenna.

—Pequeño Kilish —intervino Hanish, interrumpiendo a las dos mujeres— era de la raza meinish, y el cosechero de almas era acacio. Ése es el significado. Los meins podemos ser unos recién llegados al poder, princesa, pero no vendimos nuestras almas para conseguirlo. Simplemente tardamos un poco más en alcanzarlo por medios honestos de lo que hizo vuestra gente mediante la traición.

—Acabáis de inventaros la historia —dijo Corinn—. ¿Y qué significa «honesto»? ¿Sois...?

Hanish echó atrás la cabeza y rio.

—Me parece que he hecho enfadar a la princesa. Dudo que vaya a admitir que lo que la sorprende es el grado de exactitud con el que una antigua historia desvela la verdad actual de la historia de nuestros dos pueblos. Casi es como una profecía, ¿no? Mi alegría estriba en haber tomado parte en hacer que llegara a cumplirse.

Eso recibió murmullos de aprobación alrededor de la mesa, pero Corinn dijo:

—Puede que ésa sea vuestra alegría, pero es mi pena.

—No me lo creo —dijo Hanish. La miró fijamente—. Pienso que decís esas cosas por la sencilla razón de que os parece que se supone que debéis decirlas. Pero en realidad, princesa, apenas si os hemos hecho daño. Sí, cierto que está lo de vuestro padre. No os pediré que me perdonéis por ello, pero os pediré que recordéis que en los mismos breves momentos en que vos perdisteis a vuestro padre yo perdí a un hermano muy querido. Ambos fueron instrumentos de una causa o, mejor dicho, de dos causas en mutuo conflicto. Eso es muy humano, y no hay crimen alguno en ello. —Hanish se retrepó en el asiento, cogió su copa y bebió un sorbo de ella—. Aparte de eso no os hemos hecho ningún daño.

—Ningún daño... —comenzó a decir Corinn pero fue interrumpida.

—Exactamente. Nunca le tocamos ni un solo pelo a ninguno de los vuestros. Nunca. Y jamás lo haríamos, no para hacerles daño, al menos. Lo único que hemos querido siempre ha sido traerlos a casa, a ese palacio al cual pertenecen. Podrían vivir junto a nosotros, igual que hacéis vos. Miraos, Corinn. Mirad la vida que tenéis ahora. Estáis en el centro de una corte de mujeres y hombres que os adoran, pese a las

pullas que no paráis de lanzarnos. Tenéis todos los lujos de la realeza, con ninguna de sus responsabilidades. Ojalá os amoldarais un poco más a vuestra posición. Me gustaría, y lo digo sinceramente, veros... contenta.

Corinn levantó la cabeza de golpe para mirarlo a los ojos. Por un momento había sentido como si él se dispusiera a meterle la lengua en la oreja. Así era como le había llegado la última palabra salida de los labios de Hanish, como una caricia húmeda que podía extenderse a través de la mesa y tocarla ante los ojos de todos los presentes. Pero él estaba tranquilamente repantigado en su asiento, tan a gusto, la copa próxima a su nariz mientras olía el aroma del vino. Nadie excepto Maeander la había hecho sentir nunca más incómoda por ninguna razón evidente.

—Entonces morid... vos y toda vuestra gente... y devolvedme a mi familia —dijo finalmente.

Halren abrió la boca para dar inicio a una respuesta escandalizada, pero Hanish se limitó a parecer divertido.

—Mi querida y muy emotiva muchacha —dijo a Corinn—, sois realmente hermosa. ¿Verdad que sí, Larken?

—Un poco petulante —dijo el traidor—, pero no cabe duda de que le alegra la vista a cualquiera.

Corinn se levantó y salió de la habitación, sintiendo que todos y cada uno de los pares de ojos que había allí estaban fijos en ella.



Salir de la niebla no fue cosa fácil para Leeka Alain. Hubo días de visiones. Noches de sueños horripilantes. Los dolores le atravesaban el cuerpo con tal fuerza eléctrica que se quedaba rígido y tembloroso en su camastro. A veces tenía vislumbres del mundo como lo había visto durante la intensa fiebre que había hecho presa en él allá en el Mein. Pero más allá de todo eso recordaría el delirio como uno de consunción, una pesadilla durante la cual estaba siendo consumido al mismo tiempo que se consumía a sí mismo. A veces era como si el cuerpo entero se le convulsionara bajo la acometida de miles de gusanos de afiladas mandíbulas, empeñados en desgarrarlo para abrirse paso hasta la última porción de su carne. Lo peor de todo, no obstante, era que los gusanos formaban parte de él. El mismo Leeka era a la vez el devorador y el devorado. Se comía a sí mismo, y era comido.

El antiguo canciller no se separó de su lado ni un segundo durante todo aquello. Desde la primera noche cuando vino hacia él en la oscuridad, Thaddeus había estado presente allí para ayudarlo, un médico estricto, carcelero, enfermera y confidente todo a la vez. Thaddeus prácticamente lo selló dentro de su mísera cabaña en las colinas sobre aquella ciudad atrasada. Le ató las muñecas y los pies a la cama, envolvió el centro de su torso con una ancha tira de tela, y se sentó a su lado para explicarle que tenía una perentoria necesidad de los servicios de Leeka. No podía ni aunque sólo fuese empezar a discutirlo con él, sin embargo, hasta que la mente y el cuerpo de Leeka hubieran quedado libres de la adicción a la niebla. Leeka lo cubrió de improperios, confuso y asustado como estaba por la agitación que sentía crecer dentro de su cuerpo.

Cuando la vista se le hubo aclarado lo suficiente para que pudiera ver a su adiestrador bajando la mirada hacia él, dijo con la más absoluta de las certezas que se estaba muriendo. Aquello no podía ser una prueba a la que fuera posible sobrevivir.

—¿Ves esto? —preguntó Thaddeus, extendiendo los dedos para revelar un espino sujeto a la punta de su meñique—. Este alfiler ha sido mojado en un veneno tan potente que mata casi antes de que su víctima pueda sentir el pinchazo. Parecido al que utilicé contigo en su rapidez, con la única diferencia de que éste es mortífero. Lo dejaré aquí, justo a tu lado. Si es cierto que no puedes vivir sin tu niebla y tu vino, entonces utilízalo para quitarte la vida. O, si eres demasiado egoísta para eso, cae

sobre mí cuando esté dormido y márame. Despójame de las monedas que tengo guardadas en mis bolsas y huye con ellas. Deja que el destino del mundo repose en las manos de Hanish Mein. Renuncia a la grandeza. Todo eso se encuentra a tu alcance si así lo deseas. Si me matas, ni siquiera será un crimen; sería un regalo. Porque verás, el caso es que yo también tengo muchos demonios a los que hacer frente. Seríamos cobardes juntos.

Separó el arma de su dedo meñique y la puso encima del taburete en el que se había sentado. Desató los brazos y las piernas de su paciente, aflojó el fajín ceñido a través de su torso, y después se fue. Leeka estaba seguro de que Thaddeus, pese a toda su sabiduría, nunca sabría realmente lo cerca que había estado él de coger ese alfiler y clavárselo en el cuello. Tenía tantas ganas de hacerlo... Fantasó cada acción, cada movimiento de lo que supondría recoger las monedas del hombre, cada Zancada del descenso hasta el pueblo, todas las transacciones por las que se vería obligado a pasar antes de que pusiera los labios una vez más en torno a una pipa de niebla e inhalara. Ni aunque le fuera la vida en ello habría sabido decir con certeza qué fue lo que lo detuvo.

A la mañana siguiente despertó llorando. Supo sin lugar a dudas que se hallaba solo en el mundo. No culpó de ello a nadie más que a sí mismo. El destino de naciones enteras podía haber empujado y zarandeado su existencia, pero era culpa de él que nunca hubiera amado como es debido a una mujer, nunca hubiera engendrado hijos, nunca hubiera contemplado el mundo con temor y esperanza por sus nietos. Si hubiera hecho cualquiera de esas cosas podría haberle encontrado un poco más de sentido al existir. No podía entender cómo había vivido durante tantos años sin darse cuenta de que las sumas de su existencia estaban destinadas a dar siempre un cero. Quizá debería servirse de la liberación de ese alfiler envenenado después de todo... sobre sí mismo.

—Puedo ver que aún no has acabado de sentir pena por ti mismo —dijo Thaddeus, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

Leeka se dio la vuelta para verlo sentado una vez más en el mismo taburete de antes, estudiándolo, una mano extendida con un paño colgando de ella. Leeka lo cogió y se limpió la cara, consciente de que debería sentir vergüenza pero sin llegar a experimentarla del todo. Thaddeus le preguntó si estaba lo bastante hambriento para comer algo. Leeka se oyó a sí mismo decir que lo estaba.

—Bien —dijo el otro—. Ésa es la respuesta correcta. He hecho un poco de sopa. Sólo verduras y hierbas que encontré en las colinas, unas cuantas setas. Pero creo que te gustará. Compártela conmigo, y luego podremos hablar como es debido del trabajo que tengo para que lo lleves a cabo.

Después Leeka pensaría muchas veces en lo extraño que es que en un momento dado una persona pueda desear la muerte, sólo para ser distraída de regreso a la vida

por unas cuantas palabras amables, por un pañuelo, por una sencilla comida con la que llenar un estómago vacío. Esas cosas, tanto como cualquier otra, hicieron que Leeka saliera adelante. Después de aquella mañana ya nunca fue realmente tan difícil rechazar la niebla. Leeka experimentaba punzadas de su antiguo apetito, ciertamente. Las sentía cada día, casi cada hora. Tenía que decidir una y otra vez no sucumbir a él. Pero descubrió que ahora contaba con el poder de rechazar. El hecho de que Thaddeus le hubiera encargado una misión le aportó la fuerza necesaria.

Leeka salió de su mísera cabaña de las colinas con la mente repleta de instrucciones, con sus esperanzas renovadas de la más inesperada de las maneras. Llevaba al cinto una espada acacia, un regalo de despedida del canciller. En años anteriores un antiguo soldado del imperio habría llamado la atención yendo por ahí armado, pero el mundo había cambiado un tanto desde los primeros años del reinado de Hanish. La resistencia había sido vencida. Las tropas meinish esparcidas a lo largo del territorio prestaban poca atención a los individuos, reservando sus energías para la tarea de proteger la seguridad del dominio de Hanish y el comercio que lo sustentaba.

Leeka caminó, disfrutando del bombeo del aire en sus pulmones, del dolor en sus piernas. Al final de su primera semana de marcha, había reencontrado su antigua disciplina. Elegía intencionadamente rutas que ascendían e iban por los pasos más difíciles, subiendo taludes o laderas pedregosas, con cada nuevo paso adelante facilitado por la materia suelta que resbalaba bajo sus pies. Una tarde mientras descansaba en la silla entre dos picos, le dio un calambre en las piernas. Los tendones se le pusieron rígidos y tirantes, el dolor que emanaba de ellos era tan intenso que por un instante lo cubrió todo. Leeka levantó la cara hacia el cielo, llorando de alegría. Estaba recuperando su cuerpo.

Nunca olvidaría la exaltación que sintió en lo alto de un pico cerca de la cresta oeste de las montañas senivalias, alrededor de él nada excepto las nubes en lo alto y abajo miles de pináculos elevándose por doquier, cada uno afilado como un diente de lobezno, cada uno como un dedo extendido en acusación hacia los cielos. Bailó a través de la Décima Forma, la de Telamathon cuando luchaba con los Cinco Discípulos del dios Reelos. Nunca en su vida había sentido un momento más lleno de pureza que aquél. Fue un tributo coreografiado, un acto de conexión con todo lo que él había sido nunca y todo lo que esperaba poder volver a ser. Pudo haberse confundido, quizá delirado, la mente enturbiada por la altitud, en un acceso de vanagloria; no estaba seguro, pero había creído, mientras saltaba y lanzaba mandobles al aire, giraba y hacía piruetas, que por un instante todas aquellas protuberancias montañosas se detenían para observarlo.

Y entonces, demasiado pronto, salió con paso vacilante de las montañas y bajó hasta la costa de las Laderas Grises. Se adentró en el ajetreo del comercio, la actividad mercantil y la traición humana en las ciudades costeras de allí. Pocas fueron

las caras que lo miraron con bondad. Todas lo midieron para calibrar el riesgo o la oportunidad. Había, sintió Leeka, una amenaza suspendida en el aire, diferente de cuanto él había sentido durante el reinado de Leodan. Fue abordado una y otra vez por vendedores de niebla, todos los cuales le garantizaron la calidad de su producto, su pureza, su procedencia directa de la fuente original y que estaba limpio, sin que hubiera sido rebajado en modo alguno. Leeka no estaba seguro de si algo en su cara o en sus maneras hacía de él un objetivo idóneo para semejantes personas, o de si meramente tal era el discurrir del mundo en la actualidad. Unas cuantas veces cerró el puño sobre las manos de ladrones de bolsas que exploraban sus prendas. Dos veces fue abordado en bares debido a insultos que él no era consciente de haber proferido. Una vez tuvo que blandir su espada cuando fue acorralado por tres jóvenes en un callejón. Rasgó el aire con los escasos mandobles veloces que había necesitado Aliss para liquidar al Loco de Careven. Los jóvenes fueron lo bastante sensatos para retroceder, y Leeka lo agradeció.

Thaddeus le había dado el nombre de alguien a quien buscar en una determinada ciudad costera. Leeka encontró al hombre y lo convenció de que lo enviaba Thaddeus. El hombre lo confió al cuidado de otro, que le dio de comer y le contó lo que pudo, que lo ayudó a resistir el hambre de niebla y lo envió adelante con un mensaje destinado a otra persona. Así fue como llegó a entender que había una resistencia oculta activa en el mundo. El viejo canciller era parte de algo más grande que su persona. Gracias a él, ahora Leeka también lo era.

Durante todo este proceso entrevistaba a todo el que podía lo más casualmente que podía. Lo único que sabía de la persona a la que buscaba era un nombre. Lo pronunciaba en raras ocasiones. Daba distinta forma a sus preguntas dependiendo de a quién le hablara en cada momento. Pasó un mes entero y gran parte de un segundo de esta manera, sin aproximarse ni un paso más a su meta, oyendo poco que lo ayudara pero sí mucho que avivaba su deseo de seguir adelante. Con todo, cuando llegó una ocasión, en un primer momento no la reconoció por lo que era ni la acogió con alegría.

Una mujer se le aproximó en una taberna de un puerto pesquero cuyo nombre él ni siquiera había preguntado. Llevaba una bebida en una mano. Le sonrió y era joven y atractiva de una manera lo bastante vista mil veces para que él la tomara por una prostituta. Cuando le habló, sin embargo, fue sorprendentemente directa.

—¿Por qué andas preguntando por un incursor?

Leeka respondió con una de las respuestas que traía preparadas. Fue intencionadamente vago. Aludió a una propuesta de negocios, a información de buena fuente que se hallaba en su poder, a la perspectiva de que él y ese incursor podían beneficiarse mutuamente de toda una serie de maneras distintas, todas las cuales eran demasiado delicadas para ser reveladas a nadie que no fuera el mismo

joven incursor.

—Hummm —dijo ella, y asintió como si aquello la satisficiera. Tomó un sorbo de su bebida y luego, sin ningún tipo de advertencia, frunció los labios y le escupió, rociándole la cara y los ojos con un líquido abrasador. Leeka quedó cegado. Unas manos cayeron sobre él, más numerosas que únicamente las de la mujer. De pronto pareció como si cada persona presente en la taberna hubiera estado al acecho esperándolo. Leeka fue sacudido por puños y objetos romos; sus armas le fueron quitadas; su cabeza impulsada, impulsada, impulsada contra una pared hasta que perdió el conocimiento.

Cuando despertó supo que estaba en alta mar. Sintió la espuma en su cara. Tenía todo el cuerpo mojado. Empapado, de hecho. Porque quedaba sumergido, de manera intermitente, bajo la superficie del mar. Estaba, comprendió, sujeto a una tabla que había sido clavada a la proa de un navío. Sus brazos, sus piernas y su torso estaban bien atados, y había momentos en los que su cuerpo hendía el curso del navío a través de un agitado mar verdoso. Era un mascarón de proa viviente.

Y fue en calidad de tal como llegó a Palishdock, en un estado menos que deseable, con mucho menos secreto de lo que deseaba, muy poco de su estatura evidente al amplio surtido de bergantes de todas clases que se congregó para mirarlo con la boca abierta. La tripulación que lo bajó al muelle no mostró excesivo cuidado al hacerlo. Lo dejaron un buen rato tendido boca abajo sobre las vigas blanqueadas por el sol. Cuando por fin lo llevaron a la orilla se limitaron a coger la plancha a la que estaba atado y echaron a andar con ella. El suelo subía y bajaba por debajo de Leeka con cada una de las Zancadas que daban. Lo dejaron encima de la arena caliente pero sólo por un instante. Leeka sintió cómo toda la tabla era inclinada hacia arriba y apoyada en alguna clase de edificio. Así esperó, maltrecho, atado, sucio de arena.

La mujer joven a la que en un primer momento había tomado por una prostituta estaba allí, junto con la cohorte de matones que tan fácilmente lo habían golpeado y atado. Esperaron sin moverse del sitio, tan apáticos y seguros de sí mismos como cualquier indigente de las calles, hasta que otros dos salieron de una de las estructuras improvisadas del lugar: un joven y un hombretón. El joven no parecía estar muy contento. Conferenció con los que habían traído a Leeka, y luego lo estudió desde una cierta distancia, aparentemente meditando si dirigirse a él o marcharse. El hombretón se apoyaba pesadamente en un bastón. Tenía la piel pálida y su cuerpo, si bien enorme, se aflojaba en ciertas partes como un saco a medio llenar. Observó a Leeka sin decir nada, limitándose a mirarlo fijamente.

Finalmente, el joven avanzó a través de la arena. Sacó la daga de la vaina que llevaba ceñida al muslo y la sostuvo entre su persona y Leeka, en lo que no era exactamente una amenaza pero tampoco distaba demasiado de serlo.

—¿Quién eres, y por qué ibas preguntando por mí?

Sin apartar la mirada del apuesto rostro del joven, sintiendo que le faltaba el aliento ante la perspectiva de la respuesta, Leeka preguntó:

—¿Eres aquel al que llaman Espadín?

—Respondo a ese nombre. ¿Y qué?

Leeka deseó no tener los labios tan hinchados y rígidos, recubiertos por una costra de sal y sangre seca. Deseó que su ojo hinchado no le estuviera oscureciendo la mirada, y que le fuera posible un trago de agua para aflojar las palabras que se le atascaban en la garganta. Pero ninguna de esas cosas iba a cambiar, así que dijo lo que tenía planeado decir.

—Príncipe Dariel Akaran —comenzó—, me alegro inmensamente de veros...

—¿Por qué me llamas por ese nombre? —lo cortó el joven, enfurecido y lleno de confusión.

Para alivio de Leeka, otro se encargó de responder por él. El hombretón avanzó hacia ellos, impulsando su mole con paso renqueante.

—Cálmate, muchacho. Todo esto ha sido obra mía. Obra mía, sí.





Mena se agarró a los aros de metal oxidado y apretó el trasero contra la arena. Así anclada ladeó la cabeza y miró hacia arriba a través de columnas de moluscos vivos. Se sentó, como hacía a menudo, en el suelo arenoso de la ensenada, a unos diez metros de la superficie, con el aliento rígidamente apretado dentro del cuerpo. Su pelo flotaba en zarcillos sinuosos alrededor de ella. En torno a ella se alzaba un inmenso bosque de sombras, cada una de ellas una cadena suspendida desde la superficie y anclada al suelo. Las ostras colgaban a millares de los eslabones. Una vez crecidas del todo, las criaturas tenían el tamaño de la cabeza de un niño. Aunque una gran parte de dicha masa estaba compuesta de caparazón, cada una de ellas podía alimentar a tres o cuatro comensales, tras haber sido hervida a fuego lento en salsa de leche de coco y servida con fideos transparentes. Eran una exquisitez alrededor de la cual el templo controlaba un monopolio. El mercado de la exportación de ostras negras llenaba las arcas del templo cada vez que los mercaderes flotantes pasaban por el archipiélago.

Los pulmones de Mena empezaron a arder. Se le hinchaban contra el pecho. Cada músculo hasta las puntas de los dedos de sus manos y sus pies se estremecía en señal de protesta, cada parte de ella gritaba con ira. Más allá de las ostras, el brillante azul turquesa del resplandor de la superficie realzaba el peso y el tamaño de los moluscos, como si el mundo de arriba fuese un lugar bendito de luz que ella sólo podía recuperar mediante la más peligrosa de las ascensiones. Abrió las manos y flotó libre. Mientras volaba hacia arriba en dirección a la luz exhaló una estela de burbujas precediéndola. Nunca estaba segura de si era por las mismas burbujas o si de alguna manera las ostras percibían su aproximación, pero una por una las criaturas fueron cerrando sus valvas abiertas, abriendo un paso para ella hasta la superficie. Los últimos instantes eran los peores, los más frenéticos, con la totalidad de su ser gritando para salir de su piel, seguro de que había aguantado demasiado rato sin respirar.

Llegó a la superficie con la boca convertida en un óvalo abierto. El aire la envolvió, al igual que hicieron la luz y el sonido y el movimiento, al igual que hizo la vida. Mena no podía explicar su necesidad de aquella extraña prueba, pero siempre la dejaba sintiéndose segura durante un tiempo de la pureza de su alma. Eso era una

cosa que la preocupaba, especialmente en un día como éste, cuando miraría las caras de padres apenados y juraría que la muerte de un niño era una gran ayuda para todos ellos, un sacrificio necesario, y un regalo que cualquier padre desearía hacer.

Dejó la granja de ostras hacia el mediodía. Durante casi media hora fue por el laberinto de muelles y atracaderos flotantes que llenaba el creciente lunar de la no muy profunda ensenada. La porción de los muelles propiedad del templo era un dominio solitario en el que Mena pasaba horas. Pero una vez en el muelle comercial se adentró en una atareada muchedumbre de comerciantes y hombres de mar, pescadores y tejedores de redes. Discurrió entre puestos que ofrecían toda clase de alimentos: pescado y crustáceos, fruta de las plantaciones costeras y carne de la jungla procedente de las montañas del interior. Los vendedores anunciaban sus mercancías en el sonsonete lleno de cadencias propio del habla vumu. Mena fue a través de aquella parte moviéndose con un callado propósito, aceptando los saludos en voz baja que se le dirigían, las cabezas inclinadas respetuosamente, y las invocaciones dichas en forma de plegaria. Maeben sobre la tierra caminaba entre ellos. Normalmente eso alegraba a la gente, pero esta tarde había una trascendencia velada tras los ojos que la observaban.

Mientras iba por el último tramo de muelle hasta la orilla, Mena reparó en la inmovilidad de un marinero que se había detenido a mirarla. Estaba apoyado en la barandilla de una barcaza, una mano puesta en torno a una jarcia para mantener el equilibrio. Mena alzó la mirada hacia él justo lo suficiente para tomar nota de su torso sin camisa; su mandíbula angulosa pulcramente afeitada; ojos impasibles, y cabeza envuelta en tiras de tela blanca, los extremos de las cuales le colgaban hasta debajo de los hombros y se pegaban al sudor que había en su pecho. No era de Vumu, pero los marineros siempre eran una congregación políglota. En su porte no había nada de amable, así como tampoco de lascivo, pero su atento silencio puso un poco nerviosa a Mena. Aceleró el paso.

Una vez en el templo se vistió con todos los aderezos de su apariencia como Maeben: garras sujetas a los dedos; capas de túnicas de plumas; el tocado erizado hacia arriba que coronaba su impresionante, flamígera apariencia. Mientras sentía las manos que trabajaban en torno a ella esperó percibir cómo la presencia divina animaba su forma, ponía palabras en ella, se servía de su lengua para hablar con ella, y formaba en su mente la resolución de la creencia absoluta. Por el momento, sin embargo, la diosa parecía negarse a entrar en ella precisamente cuando más se la necesitaba. Maeben mantuvo su silencio, y Mena tuvo que encargarse de responder por ella como mejor pudiera.

Al principio Mena se había tenido por deficiente. El sacerdote mayor le aseguró que la diosa sólo la estaba poniendo a prueba, dura ama que era. Era una mera cuestión de tiempo, había dicho, hasta que Maeben cobrara vida realmente dentro de

ella en todos los momentos, no sólo durante el frenesí de las ceremonias. Aunque eso no había sucedido aún, Mena se había ido sintiendo cada vez más cómoda con su papel. Todos los que había en torno a ella parecían incommovibles en su creencia, y normalmente eso bastaba para alentarla. Hoy era diferente, sin embargo, y no podía evitar temer la reunión que la aguardaba.

Poco después de vestirse se acomodó en un asiento que parecía un trono en la antesala del templo. El sumo sacerdote de la orden de Maeben, Vaminee, estaba de pie junto a ella. Era de piel oscura. Su tez era tan suave como para no traicionar ningún indicio evidente de la edad que tenía, aunque Mena sabía que llevaba más de cuarenta años ocupando su cargo. Llevaba una túnica cuya fina tela caía de sus hombros en diáfanos pliegues, y permanecía tan inmóvil que hubiera podido ser una estatua. No era la primera vez que esperaban a que empezara una reunión similar. De hecho, habían compartido aquel mismo silencio tres veces durante los últimos años.

Una joven pareja entró, flanqueada por sacerdotes menores. Con la cabeza baja y las manos extendidas ante ellos con las palmas vueltas hacia arriba, se aproximaron lentamente. Mena no pudo evitar notar lo pequeños que parecían. ¿No eran más que niños ellos mismos? ¿Cómo podían haber traído al mundo —y ahora perdido— un hijo? Se arrodillaron al pie del estrado.

Sin ninguna ceremonia, Vaminee preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿De qué lugar? ¿Qué circunstancia?

El padre respondió con una voz estridente, ahogada por la emoción. Eran de tierra adentro, explicó. Vivían en un pueblecito en las montañas. Él cazaba pájaros por las plumas que se utilizaban en las ceremonias del templo; ella tejía fibras de palma para cestas y otros artículos que enviaban al mercado en Galat. Su hija, Ria, había sido una niña muy buena, de carita redonda como su madre, tímida cuando estaba con otros niños. La habían querido más que a la propia vida. Él habría dado su alma en vez de la de la niña sin un instante de vacilación. No podía entender por qué...

—Tienes otro hijo —dijo Vaminee—. Un chico que es gemelo de la niña. Da gracias por eso.

—Y tuvimos otros más —dijo el padre, preocupado porque se entendiera el sentido de sus palabras—. Nuestros hijos llegaron los tres a la vez. Perdimos a nuestro primero con la ofrenda del extranjero. Se llevaron a nuestro Tan. Entonces ¿por qué iría Maeben a castigarnos de nuevo?

«Oh —pensó Mena—, ya habían dado un niño a la Cuota. ¡Ahora han perdido a un segundo!»

Vaminee no se conmovió.

—Tres niños dentro de un solo útero es un botín demasiado rico para que pueda pasar desapercibido. Pero cuéntenos exactamente qué le sucedió a la pequeña.

La labor de responder a ese requerimiento recayó sobre la madre. Ella poco

mostraba de las emociones visibles en su esposo. Su voz era como sus ojos, inexpresiva y cansada, como si hubiera ido más allá de la pena y se hubiese encontrado en otro lugar. Estaba yendo por el borde de un risco con su hija, dijo. Ria se había quedado un poco rezagada por detrás de ella, pero conocía bien el sendero. Podía oírla cantar, repitiendo una y otra vez unos sencillos versos. En un momento dado la canción cesó. Simplemente cortada a mitad de una frase. La madre volvió la mirada hacia el sitio donde debería haber estado su hija, pero estaba vacío. Cuando alzó la mirada hacia el cielo, vio las piernas de su hija. Las vio colgando como del cielo mismo. Y entonces vio el desplegarse de las alas que se la llevaban. Y entonces las oyó batir.

Sus ojos se posaron en Mena por un breve instante, antes de inclinarse hacia el suelo enfrente de ella.

—Entonces es cuando sé que Maeбен la ha robado.

—Maeбен no roba nada —dijo Vaminee—. Aquello que toma pasa a ser suyo en cuanto lo toca.

—Yo había pensado —dijo la madre, levantando la vista que Ria era mía. Salió de...

La voz de Vaminee se elevó para cortarla.

—¡Baja los ojos! Olvidas dónde estás. Piensas que tu pena te pertenece únicamente a ti. ¡Pues te equivocas! La pena pertenece a Maeбен. Lo que sientes no es más que una porción de lo que soporta ella. Es como un solo grano de arena de todas las playas de Vumu. Maeбен se llevó a tu niña para que le hiciera compañía en Uvumal. Un día lo entenderás como un regalo... a la niña y también a ti. ¿No es así, Furiosa?

Esa pregunta era el signo que había temido Mena, la señal de que ahora tenía que entrar en el cruce de palabras. Se levantó y fue hacia ellos con los brazos extendidos a cada lado, las alas alzadas como en preparación para el vuelo. Su rostro estaba todo lo inmóvil que era capaz de mantenerlo, aunque por dentro su mente se debatía frenéticamente para encontrar las palabras adecuadas con que justificar los actos de una deidad enfurecida. Siguió sin tenerlas. Sintió la monstruosidad picuda de su máscara. Una punzada de vergüenza la desgarró por dentro.

Se detuvo ante los dos campesinos, que ya habían pegado sus frentes al suelo. Vio el tatuaje en el brazo del hombre, las vértebras que empujaban a través de la delgada piel de la espalda de la mujer. Cómo quería ella a aquella gente... ¡a todo el pueblo de Vumu! Amaba su aspecto, el olor de su piel y la forma que asumían sus bocas en la risa, la callada gracia con la que se movían. Los dos que tenía ante ella, en ese momento, representaban a todos los que vivían bajo la tiranía de la diosa a la cual encarnaba. Esperó que no levantaran la vista hacia ella. No tenían que hacerlo. Podían limitarse a seguir con la cabeza baja y escuchar mientras ella justificaba las

acciones de Maeben. Sólo tenía que decir unas cuantas frases, sólo lo suficiente para recordarles que Maeben no responde ante nadie, que aún está furiosa por el desaire de que la hizo objeto la humanidad. No había nada por lo que ella tuviera que pedir disculpas, y posteriormente aquellos dos —se le había enseñado— le agradecerían que hubiera mostrado tamaña entereza ante su pena.

Pero las palabras que se le escaparon finalmente de los labios la sorprendieron. No las pronunció en vumu. Utilizó la lengua en la que soñaba a veces, la lengua de su ya medio olvidada niñez. Dijo que lo sentía por ellos. No podía aspirar a entender su tristeza. Si pudiera deshacerlo, lo haría. Les devolvería a su niña de carita redonda. De verdad que lo haría.

—Pero no puedo —dijo—. Ahora Maeben cuida de vuestra hija. Vosotros, sin embargo, deberíais querer el doble a vuestro hijo. Habéis dado a la diosa. Ahora vuestras vidas estarán bendecidas y vuestro hijo siempre será una alegría para vosotros.

Mientras salía de la cámara más tarde, Mena se preguntó qué le habría hecho el sacerdote si entendiera la lengua en la que había hablado ella. Bastante grave era ya que le hubiera oído hablar la otra lengua. Probablemente la castigaría por ello más tarde, pero eso nunca la asustaba tanto como pensaba el sacerdote. A veces mientras él hablaba, Mena se imaginaba a sí misma dibujando la vieja espada marah con la que había llegado a la isla y cortándole la cabeza. Veía claramente cómo lo haría, llegando al extremo de imaginar lo más sangriento del acto. La sorprendía que sus pensamientos pudieran llegar a tomar un giro tan violento, pero eso quizá sólo fuese un resultado de haber vivido tanto tiempo como una representante de la ira de Maeben.

Se preguntó si su discurso le había hecho algún bien a la pareja. Para ellos sus palabras habrían sido una mera jerigonza, sin duda. Quizá no había sido más que un acto de cobardía, una confesión incompleta. ¿Por qué siempre se sentía atraída hacia aquella otra lengua cuando tenía que afrontar los momentos más difíciles?

Continuaba absorta en esos mismos pensamientos aquella noche cuando salió del edificio principal del templo y se encaminó a sus aposentos privados. Llevaba una sencilla camisola para protegerse de las brisas marinas. Sus pies descalzos iban sobre la arena apretujada, el sendero ante ella iluminado por las estrellas que lo volvían gris como el hueso, circundado a cada lado por un seto de arbustos. Se sabía el camino de memoria y nunca llevaba consigo una luz.

De pronto se quedó inmóvil a mitad de un paso, creyendo haber oído algo; un susurro, tal vez, algún sonido fuera de lugar y que ya se había desvanecido. Pero no había nada excepto el cuasi silencio, el canto de un insecto entre la espesura y el rápido correteo de un roedor alarmado por la repentina inmovilidad de Mena, un perro que ladraba en la ciudad y algunas voces provenientes del templo: eso era todo.

Cuanto más escuchaba, más dudaba que hubiera habido un sonido a tomar en cuenta. Casi se había tranquilizado a sí misma con esa idea, cuando hubo un rumor en el arbusto detrás de ella.

Mena giró en redondo para ver cómo la forma de un hombre pasaba a quedar silueteada ante sus ojos. Tenía que haber estado escondido entre los arbustos hasta después de que hubiera pasado ella. Era más alto que ningún vumu en el pueblo. Tenía que ser un isleño llegado de fuera, un marinero o un incursor, alguien que pretendía hacerle daño. ¿Por qué otra razón iba a sorprenderla en la oscuridad, sola? Mena calculó la distancia hasta el pueblo y consideró sus perspectivas de pasar corriendo a su lado y volver al recinto. Podía gritar. Si lo hacía, ¿de cuánto tiempo dispondría antes de que alguien llegara hasta ella? Apretó los puños, sintiendo la agudeza de sus uñas contra la carne, sintiendo la calma de pulso acelerado que ella entendía como ira. En ese momento se sintió más la diosa de lo que se había sentido antes, cuando había llevado sus galas.

—¿Mena? Eres tú, ¿verdad?

Ella lo entendió sin dificultad, y por un instante reparó en que su acento realmente no era propio de la isla. Pero entonces entendió algo más. El hombre no le había hablado en vumu. Había hablado... había hablado la otra lengua. Mena reconoció las palabras y supo su significado en el mismo momento en que percibía la extrañeza de oírlas pronunciadas por otra persona. La había llamado por su nombre, algo que pocos conocían en la isla. Por un instante temió haberse buscado la desgracia. Quizá la diosa la aborrecía por haber hablado en aquella lengua extranjera. Quizás aquel hombre que se había dirigido a ella en realidad era un demonio venido allí para castigarla.

—¿Qué quieres? —preguntó, hablando deliberadamente en vumu—. No tengo conmigo nada que puedas llevarte, así que déjame. Sirvo a la diosa. Su ira es devastadora.

—Eso he oído decir —murmuró él—. Pero no pareces ningún águila marina gigante que se lleva a los niños. No, desde luego que no tienes ese aspecto. —El hombre dio un paso adelante. Mena retrocedió, y él levantó la mano para tranquilizarla. Entonces hubo un ruido en el recinto. Cuando el desconocido ladeó la cabeza, la luz que cayó sobre su perfil fue lo bastante intensa para que Mena reconociera al marinero que la había mirado aquella mañana. Por alguna razón, eso la desconcertó más que la asustó—. Hablas vumu igual que una nativa, pero no lo eres, ¿verdad? Dime que no estoy equivocado. Eres Mena Akaran, del Árbol de Acacia.

Mena negó con la cabeza y dijo varias veces «Soy Maeben en la Tierra», pero no lo bastante alto para interrumpirlo.

—Tu hermano era Aliver. Tu hermana, Corinn. Dariel era el más joven. Tu padre era Leodan.

—¿Qué es lo que quieres? —le espetó ella, en absoluto una pregunta sino un súbito grito que le salió disparado del pecho, una necesidad de silenciarlo porque los nombres que estaba diciendo él y la lengua que estaba hablando con tanta calma a ella le llegaban sin que trajeran consigo calma ninguna.

—Tú me conoces, Mena. Yo era el compañero de tu hermano, de su mismo grupo de adiestramiento. Mi padre era Althenos. Llevaba los registros para tu padre en la biblioteca del palacio. Bailé contigo cuando tenías diez años. ¿Recuerdas? Te me pusiste encima del empeine y me causaste dolores sin cuento. Di que me recuerdas. Por favor, Mena.

Durante todo aquel discurso fue acercándose a ella. Aunque la luz no mejoró, la nueva proximidad hizo que sus facciones quedaran más visibles. Mena sólo podía recordar parcialmente las cosas que dijo él. Corrían y se empujaban dentro de su mente, discutiendo con la imposibilidad de que aquel hombre estuviera plantado allí diciendo cosas semejantes. Y sin embargo ella conocía su cara. Reconoció al chico que había sido antaño en sus ojos, enormes aún en su cara, tranquilizadores y con un amplio espacio entre ambos. Ahora sus labios se hallaban separados, pero la visión interna de Mena recordaba el aspecto que habían tenido cuando sonreía, la manera en que el regocijo le transformaba las facciones.

—Princesa —dijo el hombre, poniéndose de rodillas—. Había renunciado a la esperanza... Decidme quién sois y que no me he confundido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella, su voz mucho más calmada de lo que se sentía realmente. Podía ver la luz de las estrellas reflejada en los ojos de él. Entonces vio que algo cambiaba en ellos y comprendió que acababan de llenarse de lágrimas.

—Melio —dijo él.



Rialus Neptos había creído en tiempos que su gobierno de la satrapía del Mein había sido la gran maldición de su existencia. Odiaba aquel lugar helado, lleno de toscos ciudadanos del imperio que habían sido desterrados. Se enfurecía cuando pensaba en el aire desdeñoso con que lo habían tratado los Akaran, hasta el punto de que había estado dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ganarse una posición mejor en la vida. Para ello, había apelado a elementos despreciables entre sus conocidos en Alecia —miembros de la familia, criminales, oportunistas de todos los colores— para ascender y causar toda clase de confusión que coincidiera con el ataque de Hanish Mein. Había observado con alegría cómo la ciudad se hundía en el caos. Durante unos pocos días había vivido en la más absoluta de las euforias, viendo cómo el viejo orden era barrido y a la espera del nuevo reinado de Hanish Mein, seguro de que se había ganado un lugar prominente dentro de él.

Cuán profunda traición, entonces, que Hanish hubiera —en una maniobra que el nuevo gobernante tenía que haber pensado era la mayor broma jamás gastada— nombrado a Rialus enlace personal con Calrach, el cacique de la numerosa horda numrek. Rialus solía despertar gritando de una pesadilla del momento en que el caudillo le había hablado del nombramiento. Hanish había observado que Rialus era uno de los primeros acacios con los que se habían encontrado los numreks. Le aseguró que los numreks todavía hablaban calurosamente de la recepción que él les había dado en Cathgergen. Rialus había demostrado su entereza, su habilidad a la hora de tratar con la ruda raza numrek.

—Tú eres el hombre ideal para eso, Rialus Te lo has más que ganado.

Rialus había ofrecido una nerviosa refutación. ¡Él no sabía nada de los numreks! No era el hombre adecuado para las frías porciones del país en las que iban a asentarse los numreks. Preferiría con mucho un puesto más próximo al corazón de la nación, en Alecia o a lo largo de la costa cerca de Manil. ¿Quizá podría servir a Hanish como magistrado en jefe de Bocoum? Alguna posición de esa naturaleza. Pero ¿enlace con los numreks? Ni siquiera hablaba su lengua. No quería parecer desagradecido, había dicho Rialus, pero quizás Hanish podría reconsiderar su decisión. ¡Las bestias comían carne humana, después de todo! Difícilmente la clase de compañía que debería estar frecuentando un aliado tan valorado.



Después lamentó haber protestado siquiera. Maeander estaba allí para oírlo y pareció encontrar placer en sus ruegos. El nombramiento se mantuvo, y así empezó un nuevo período de miseria en la vida de Rialus.

Había una cierta satisfacción que derivar del hecho de que los numreks ignoraran olímpicamente las proclamas de Hanish. No se quedaron en el Mein, ni siquiera en Aushenia, como habían acordado que harían. En lugar de eso, se esparcieron hacia abajo en dirección al Sur. El propio Calrach instaló su corte en una villa conquistada junto a la costa talaya. Allí, al menos, Rialus encontró ese clima cálido que tanto le gustaba. Pero el sol sobre la piel resultó ser una parca recompensa a cambio de otras miserias de su existencia cotidiana.

¿Qué actividades servían para pasar el rato entre los numreks? ¿Qué clase de cultura poseían y cómo elegían disfrutar del botín deparado por el servicio que habían prestado a Hanish en la guerra? Bueno, les encantaba asarse al sol, como si por sí solo eso ya fuese una meta digna de seres razonables. En días despejados yacían desnudos sobre la arena de la orilla, moviéndose únicamente para volverse de un lado a otro, sorbiendo bebidas que les eran traídas por sirvientes acacios. Los jóvenes siempre estaban presentes entre los adultos, siendo mimados en un momento dado y abofeteados al siguiente, siempre pudiendo disfrutar de una buena perspectiva de todas y cada una de las múltiples carnicerías.

Cuando no estaban tumbados al sol, se levantaban el rato suficiente para pegarse unos a otros con enormes garrotes, con palos de madera curvados que a menudo rompían huesos, con cuchillos que ellos estimaban justo lo bastante cortos para no ser fatales. Se enorgullecían de adquirir constantemente nuevas cicatrices. Rialus cometió el error de mostrar su aprensión a las heridas, lo que sólo significó que cada día le eran presentados nuevos cortes y desgarrones, con los numreks observándole la cara y siempre divirtiéndose ante su reacción, sin importar cuán endurecida fuese la fachada que trataba de presentar él.

Cometió otro error con respecto al juego consistente en arrojar lanzas que tanto gustaba a los numreks. Dicho juego requería enviar a un esclavo corriendo hacia delante a través de una carrera de obstáculos mientras un lancero iba arrojándole toda una selección de jabalinas. En una ocasión Rialus admitió que encontraba divertido el espectáculo. A modo de respuesta, Calrach hizo que el mismo Rialus corriese la carrera. Lo arrancó de su asiento y sopesó una lanza y le sonrió.

—El truco —dijo— está en tener suerte.

Rialus nunca había corrido tan rápido en su vida. El corazón le latía tan fuerte que imaginó que otros podían verlo palpitando contra su pecho. Cada instante que estaba en la carrera, se sentía al borde de la muerte. Las lanzas resonaban justo detrás de él a cada paso del trayecto, indicando su progreso. Estaba seguro de que o moriría o pasaría el resto de su vida retorcido alrededor de la herida infectada resultado de

algún empalamiento. Ninguna de las lanzas le dio, sin embargo. Y no fue hasta que su corazón se hubo tranquilizado lo suficiente para que pudiera oír algo por encima de sus notas de bajo cuando se dio cuenta de que Calrachy sus compañeros se estaban partiendo de risa. Calrach no había estado tratando de darle. Para ellos no era más que un juego. Todo lo era, y por mucho que se esforzara Rialus no podía encontrar el valor para no ponerse en ridículo.

—¡Sí, Neptos, sí! —dijo uno de los tenientes de Calrach—. Muy divertido. ¡Tienes razón!

No mostraban la menor inclinación por las formas superiores del arte. Nada de pintura o escultura, nada de poesía o historia registrada. Carecían de lenguaje escrito. No veían que hubiera la menor necesidad de tenerlo. De hecho, su naturaleza primitiva iba más allá de cuanto hubiera observado Rialus antes. No había función corporal que les resultara embarazosa. Comían, eructaban, se tiraban pedos, defecaban, fornicaban o, incluso, recurrían tranquilamente a la autoestimulación a la vista de cualquiera, sin consideración alguna al sexo o la edad o la posición social. Rialus los divertía tanto con su continua búsqueda de algo de reclusión para ejercitar sus funciones corporales que llegó un momento en que se vio obligado a renunciar a la intimidad. Eso lo convertía en el blanco de todas las bromas, mientras que bajarse los pantalones y hacer de vientre en mitad del patio no suscitaba el menor interés. A veces Rialus se preguntaba si los numreks eran, de hecho, una raza de seres humanos. Nueve años en su puesto y aún tenía que formarse una respuesta definitiva a la pregunta.

Había aprendido su lengua, no obstante. Era la más extraña de las lenguas. Hasta las palabras más simples eran monstruosidades erizadas de tentáculos. Requerían contorsiones de la lengua e inhalaciones de aire e inflexiones guturales emitidas desde el fondo de la garganta.

La noche elegida por Calrach para conferirle su primera misión oficial empezó como cualquier otra noche. Rialus, a la humorística instancia de alguien, sin duda, fue colocado entre dos mujeres jóvenes, un par de concubinas que no estaban unidas a ningún cabecilla en particular. No parecían demasiado distintas de los machos, francamente. Se rozaban frecuentemente contra él; alargaban el brazo por encima de él para coger trozos de comida; lo pinchaban con dedos juguetones de duros nudillos.

Lo peor de aquella ubicación fue que, de hecho, aquel par de hembras excitaron a Rialus. Él lo detestaba, se sentía disgustado por ello, no lograba entenderlo; pero lo cierto fue que no tardó en notar una incómoda rigidez cerca de su ingle. Las mujeres emanaban un olor propio, una especie de aroma almibarado como el de una fruta madurada en exceso que empieza a pasarse. No era un olor agradable, pero en algún lugar incrustado dentro de Rialus fue interpretado como una invitación al exceso carnal. Soportar la presencia de aquellas dos mujeres a lo largo de la velada fue una

confusa tortura. Calrach parecía entender su desazón y disfrutar con ella. De hecho, el caudillo nunca se cansaba de observar los fallos de Rialus y hacer comentarios sobre ellos.

—Rialus, ¿todavía no te gusta nuestra comida? —preguntó—. ¿Cómo es posible? Tengo un plato para ti. Pruébalo. —Mientras un sirviente depositaba ante él un cuenco lleno del preparado, Calrach lo describió como un estofado que se hacía con los intestinos de sus rinocerontes, fermentado en la leche de las hembras de la especie, y guardado durante meses en barriles. Luego se lo rociaba generosamente con alcohol antes de servirlo.

Miró cómo Rialus se llevaba una cucharada de la sustancia a los labios. Nada impresionado, dijo:

—Puede que tu estómago sea demasiado débil para esto, como le sucede al resto de tu persona.

La hembra que tenía a la izquierda dijo:

—Sólo hay una parte de él que esté aunque sólo sea un poquitín dura.

—Hay mucho acerca de mi raza que todavía tienes que aprender —dijo Calrach—. Un año más, y tú mismo serás un numrek. Y estarás orgulloso de serlo. —Se carcajeó del absurdo que suponía aquello, y luego cambió de tema—. Rialus, dime, ¿crees que Hanish Mein nos honra? A los numreks, quiero decir. Los elegidos. ¿Nos insulta?

—No estoy seguro de lo que queréis decir —murmuró Rialus.

—¿Nos insulta?

Calrach acostumbraba hacer aquello; repetir lo último que había dicho como para demostrar que todas las posibles respuestas, significados e interpretaciones estaban contenidos en las palabras mismas, algo que Rialus podría percibir enseguida sólo con que se fijara un poquito más.

—¿Qué sabor de insulto habéis sentido? —preguntó Rialus.

Calrach se encogió de hombros, agitó una mano y se rascó la mejilla, lo bastante fuerte para desprender de ella unos cuantos trocitos de piel reseca.

—No es tanto un sabor, desde luego. Un olor, sin embargo... Hay un olor que no me gusta. Mi abuelo solía hablar de un olor así. Provenía de los lothan, antes de que se volvieran contra nosotros y nos expulsaran de su mundo. Acostumbrábamos ser su ejército personal. Lo sabes, ¿verdad? Fuimos sus aliados durante muchas generaciones, pero al final nos utilizaron vilmente. Si tengo un deseo, Rialus, es volver algún día a las Otras Tierras y llevar un nuevo olor a los lothan. Tú ya me entiendes, claro.

Rialus odiaba que dijera eso. Lo hacía tan a menudo, particularmente en ciertas ocasiones cuando Rialus no lo entendía en absoluto. Mencionarlo no serviría de nada, sin embargo. Calrach tenía una pauta orbital de discurso a la que uno tenía que

ajustarse. Volvería al tema después si era algo que le importaba realmente.

Entonces sonaron los tambores, anunciando la llegada del plato principal. La velada iba a contar con una preparación que Rialus no había probado antes, un acontecimiento que siempre lo inquietaba. Toda la mesa se levantó súbitamente ante ellos, para acto seguido ser elevada sobre sus cabezas sentadas por sirvientes apostados en cada esquina. El tablero pasó por encima de Rialus, cubriéndolo de sombra. La mujer joven que estaba sentada a su derecha lo agarró del bíceps y le ronroneó algo en la oreja, una expresión de placer anticipatorio. Para cuando la primera mesa hubo dejado atrás a Rialus, la siguiente estaba siendo bajada hacia su sitio.

Ante él había una exquisitez a la que los numreks llamaban tilvhecki. Del tamaño aproximado de un cerdo adulto, parecía un saco de piel hinchado, lo suficientemente traslúcido para revelar que contenía alguna clase de despojos llenos de gases en muchos tonos distintos. Al hablar del placer culinario que les aguardaba, Calrach explicó que el aspecto de la exquisitez no podía ser más acorde con su realidad. «Tilvhecki» era el nombre que empleaban los numreks para referirse al cordero. Durante su exilio en los Campos Helados no habían tenido consigo ovejas, y como consecuencia se habían visto privados de aquel plato durante un tiempo. Su preparación incluía todos los elementos de fermentación y putrefacción habituales en la cocina numrek. El proceso se iniciaba unas semanas antes cuando la carne y los órganos internos de un cordero joven quedaban expuestos a la intemperie durante varios días. La carne no era cocinada inmediatamente después, sino que se la ponía a marinar en jugos de sangre y especias y vino. Cuando la cosa estaba bien cubierta de gusanos se la embutía dentro del saco de piel, que luego era cosido y dejado fermentar. Finalmente era cocinado y servido en la mesa tal como lo tenían ahora ante ellos, bien caliente y echando humo.

Calrach en persona cortó el paquete para abrirlo. Con el primer contacto de la punta del cuchillo, el contenido manó en busca de libertad. El suspiro de la blanda carne moteada brotando de la ranura inició un acceso de náuseas en el estómago de Rialus. El olor, cuando le dio en la cara, trajo consigo un impacto físico comparable al de caerse de bruces dentro de una letrina. Rialus habría desparramado allí mismo sus intestinos, de no ser porque ya había perfeccionado la respiración por la boca. Dejando completamente de lado su nariz, pasó a remover el aire en torno a su lengua mediante una serie de breves aspiraciones.

Los músculos faciales de Calrach temblaron y se tensaron, poniendo al descubierto su irregular surtido de dientes. Una sonrisa, talvez.

—Dime, Neptos, ¿nos consideras viles?

Rialus, respondiendo del modo en que sabía que debía hacerlo, dijo que naturalmente que no los consideraba viles. Encantada de oírlo, una de las mujeres

vació ruidosamente un cucharón lleno de tilvhecki en una fuente para él. La otra le gritó algo al grupo. La habitación entera se volvió hacia él y esperó a que probara el plato. Rialus empezó a rogar que se le excusara de hacerlo por la razón de que ya estaba lleno. Lleno hasta las cejas, de hecho. No le cabía ni un solo bocado más. Ejecutó una rápida pantomima de expresiones físicas de todas esas cosas, pero nadie prestó la más mínima atención a sus protestas.

—¡Come! ¡Come! ¡Come de él! —gritó alguien. El cántico prendió. Tras unas cuantas repeticiones, cada boca presente en la habitación se lo gritaba. Muchos se inclinaron hacia él, su aliento azotando el rostro de Rialus como ráfagas de viento pútrido—. ¡Come! ¡Come! ¡Come de él!

Finalmente, detestándose a sí mismo tanto como a los numreks, Rialus se llevó la cuchara a la boca y vertió el grumo de carnosidad sobre su lengua. Acción que fue recibida con ruidos de risa. Rialus se quedó muy quieto en el asiento, la mandíbula tensa, el bocado un peso muerto en su boca. Otro numrek, el hermano del caudillo, apareció detrás de él. Puso dos manos enormes sobre la persona de Rialus, una a través de su coronilla, la otra en su mentón. Luego pasó a accionarle la mandíbula en un movimiento de masticación. Eso, también, fue una gracia que los comensales encontraron casi insoportable de presenciar. Cayeron de sus asientos, rodando entre los cojines como si nunca hubieran presenciado nada tan gracioso.

Después de que las cosas se hubieran calmado un poco, el caudillo se levantó para hablar unos momentos de cuestiones profesionales con el enlace. Timbró la voz de un modo que, aun manteniéndola tan ruidosa y ensordecedora como siempre, de alguna forma decía al resto de los presentes que apartaran la vista y hablaran entre ellos.

—Bien, Rialus Neptos, ahora oye el mensaje que llevarás a Hanish Mein. Y prepárate. Puede que esto no le complazca. Queremos un poco de Cuota. ¿Entiendes?

Rialus no estaba seguro de haberlo entendido. Continuaba pasándose la lengua por el paladar, intentando limpiarlo del sabor del tilvhecki.

Calrach repitió el mensaje.

—Los lothan aklun reciben Cuota; numreks deberían recibir Cuota.

Su lógica en lo concerniente al asunto probablemente no fuese más allá de eso. Rialus estuvo a punto de preguntarle por qué quería más esclavos. Ya tenían suficientes para atender todas sus necesidades. Pero temió las posibilidades de la respuesta, por lo que en lugar de eso, dijo:

—Honorable Calrach, estoy seguro de que eso no puede ser. Habéis recibido un pago más que adecuado por vuestros servicios. A Hanish no le gustará que pidáis esto.

Calrach asumió su expresión ofendida, una que se había acostumbrado a utilizar en imitación del mismo Rialus.

—Sólo pido una cosa —dijo, volviendo la mirada hacia Rialus—. Sólo una cosa.

¿Quién puede negar una cosa? —Después, bajando la vista hacia la mesa en desorden, añadió con un ligero cambio en su tono—: Al menos, es una cosa hasta que se me ocurra otra.

Esto último, aparentemente, volvía a estar abierto al público y era lo bastante humorístico para que pudiera pasar por un chiste numrek. Rialus sintió que una mano le daba en la espalda. Se quedó inmóvil, dolorido por el golpe, mientras las bestias resoplaban de diversión en torno a él. Una vez más, Rialus Neptos, blanco de los chistes de otros hombres. Esto no podía seguir. Simplemente tenía que haber alguna manera de que él pudiera mejorar su vida. Tenía que haber, tenía que haber, tenía que haber alguna manera. La encontraría o moriría intentándolo. Cómo odiaba a Hanish Mein, ingrato y pagado de sí mismo. Y Maeander... No debería pensar siquiera en Maeander. No había palabras —ni siquiera en su nueva lengua— para expresar plenamente su aborrecimiento. Se juró a sí mismo que algún día los dos hermanos lamentarían haber incitado la ira de Rialus Neptos.



Aliver observó con una especie de callada aceptación cómo la piedra se convertía en tejido vivo, como si el mero hecho de que lo estuviera viendo hiciera que cosas tan asombrosas se volvieran mundanamente posibles. No hubo terror. Ni confusión alguna. Desde un lugar que sentía alejado de su cuerpo real, Aliver vio cómo los peñascos de granito se desperezaban en formas vagamente antropomórficas. Cada uno se alzó sobre dos piernas como pilares, hizo girar extremidades desde las articulaciones del hombro, volvió hacia él una cabeza con negros ojos agujereados. Entonces se movieron con una lenta fluidez de articulaciones envaradas. Fueron hacia él como unos extraños enterradores hechos de roca y de tierra, venidos a limpiar el cadáver de Aliver, a disponer de él. Pues eso era lo que significaba aquello, ¿verdad? Él estaba muriendo en el lejano sur, resecaado por el sol, derrotado. Tan agrietado como la arena debajo de él, ahora los seres rocosos de la Tierra habían venido a reclamarlo. Aliver se preguntó por qué nadie le había explicado aquello antes. No se hacía mención alguna de ello en ninguna tradición espiritual que él hubiera oído jamás.

Las figuras de piedra viviente lo rodearon, haciendo corro a su alrededor. Deslizaron las astillas de sus miembros por debajo de él y lo levantaron en el aire. Con el peso de Aliver compartido entre varios de ellos, fueron con él suspendido sobre la tierra. Era una sensación semejante a la de flotar. La cabeza se le inclinó hacia atrás y durante un rato Aliver contempló el movimiento de un mundo vuelto del revés. Le pareció que las figuras de piedra viviente podían haber estado hablando, pero no habría podido asegurarlo con certeza. Había algo discurriendo entre ellos, pero era más como alientos exhalados que como ninguna lengua que él conociera.

No tuvo idea de durante cuánto tiempo o hasta qué distancia lo transportaron. Entendía que la Tierra giraba debajo de él. Veía discurrir el Sol en lo alto, contemplaba cómo las estrellas cobraban vida con un fogonazo y se alejaban después, pero no reflexionó sobre cosas como el paso del tiempo o el significado del movimiento. No era una experiencia que se midiera en momentos transitorios. Más bien, un instante de tiempo fluía tan delicadamente dentro del siguiente que había una curiosa constancia en todo ello. No había ningún futuro y presente y pasado. Todas esas cosas eran la misma y única cosa. Aliver olvidó quién era. No sentía cargas de la

clase que fueran. Su vida y todas las presiones con las que había vivido carecían de sustancia. Eso, más que ningún otro aspecto de su presentación a sus salvadores, lo obsesionaría después, una promesa suspendida en el lado lejano de la vida.

Cuando volvió a despertar a la verdadera consciencia fue con la ayuda de la insistencia de otro. Alguien pronunciaba su nombre, el propio y luego el del linaje de su familia. La voz le preguntó si despertaría ahora, y se explicó a sí misma. Había acudido a ellos... ¿por qué? Aliver sintió una presión sobre su esternón, una fuerza lo bastante poderosa para que una exhalación más parecida a un gemido ascendiera hacia su boca y saliera por ella. Abrió los ojos.

Encima de él había un cielo negro. Un techo negro bajo el que ondulaba un velo de nubes, circundado por el borde de un cuenco de piedra rojo pálido. Aliver quiso asimilar el mundo a su alrededor y determinar quién era él. Esto podía ser la muerte, después de todo. Se incorporó con un lento esfuerzo. Alguien estaba sentado a su lado, inmóvil y con las piernas cruzadas. Era, a primera vista, una figura de forma humana, vieja y desgastada por el paso del tiempo, tallada en piedra y quizá tan antigua que eras y eras de arena impulsada por el viento habían alisado sus facciones y abierto depresiones en los puntos más débiles, haciendo que pequeños fragmentos fueran desprendiéndose a lo largo del tiempo. Los ojos eran lisos y tenían la más leve indicación de color en torno a ellos, como si en algún momento hubieran estado brillantemente pintados y todavía perdurara un vestigio residual de aquel brillo. La estatua se hallaba lo bastante próxima para que se la pudiera tocar, y Aliver flexionó los dedos con el deseo latente de hacer tal cosa.

Los ojos de la figura parpadearon. Frunció los labios, como una carpa cuando sorbe el agua, y luego volvió a quedarse inmóvil. Aliver sintió que un pensamiento le entraba en la cabeza, y necesitó un momento para poder organizarlo en palabras, y unos cuantos momentos más para hacer de ellas frases que él pudiera entender. Sabía —sin entender el porqué— que el mensaje había venido de la piedra viviente que había ante él. Decía que la complacía que Aliver hubiera despertado. Las otras vendrían ahora, pues todas querían «saber».

Aliver abrió la boca para hablar. La figura alzó un brazo en el aire, un movimiento fulgurante que puso la palma en el aire ante ella, silenciándolo. «Espera». El significado primero, y después la palabra que significaba, cobraron forma en la mente de Aliver. «Deja que vengan los demás».

Un escalofrío corrió por el cuerpo de Aliver. Estaba viendo una escena como de otro mundo que era sencillamente incapaz de creer. La cámara de roca en la que estaba sentado se llenó gradualmente de cada vez más figuras como la que había junto a él. Eran idénticas a las que lo habían llevado hasta allí. Aliver lo sabía; y sin embargo también eran distintas. Sus movimientos no resultaban nada fáciles de captar. En tanto que seres físicos nunca parecían moverse, y sin embargo el aire



estaba lleno de movimiento, como si otros tantos fantasmas remolcaran sus cuerpos incorpóreos a través del mundo y sólo se hicieran sólidamente visibles cuando dejaban de moverse. Incluso cuando se hallaban sentados inmóviles alrededor de él, Aliver podía distinguir sus formas o sus rostros individuales sólo cuando miraba directamente a alguno de ellos. Cuando sus ojos iban hacia otra dirección, sin embargo, parecían las piedras desgastadas por los elementos que en un primer instante había creído él que eran, antiguas y con formas ovoides. Así se quedó inmóvil rodeado por fantasmagóricos seres de piedra que se movían, todos los cuales tenían cara sólo si los miraba lo bastante fijo, máscaras que traicionaban la vida sólo intermitentemente.

«Perdónanos, pero necesitamos saberlo... ¿Tienes el libro de la lengua de la Donante?»

Una vez más, esto se formó primero como un significado que él tenía que ordenar en frases para entenderlo. Provenía de un colectivo de voces, pero Aliver ya tenía una cierta idea de cómo podía extraer sentido de ellas. Empezó a responder.

—El libro de...

Pero las palabras sonaron monstruosas, como un rechinar de peñascos, como si las hubiera gritado con toda la potencia de sus pulmones. Pudo ver que las figuras en derredor suyo así lo pensaban también. Retrocedieron apartándose de él, como plantas submarinas que ondulan cuando una ola pasa sobre ellas.

La figura que había estado a su lado al principio de pronto tuvo una mano encima de su hombro. «Rey nuestro, por favor, no nos hables así. Habla con tu mente. Piensa en lo que deseas que sepamos, y luego impulsa el pensamiento en dirección a nosotros».

La porción de su mente que ocupaba el primer plano de la realidad pensó que aquello era una petición un tanto rara, pero Aliver sabía que él mismo ya había estado oyendo sus pensamientos. Ésa era la razón por la que aquel lugar se hallaba tan silencioso. Ésa era la razón por la que las palabras de los santoth parecían originarse dentro de su propia cabeza. Aliver trató de formular una respuesta, ahora temeroso de que cada pensamiento, cada traspies y confusión, iría de sí mismo a los demás. ¡Qué embrollo revelaría ser él entonces! Pero los santoth esperaban, tranquilos, sus rostros inmutables, ávidos. Parecían hallarse completamente vacíos, y estaba claro que no tenían acceso a los pensamientos de Aliver hasta que él así lo permitiera.

Finalmente, dio forma a una frase en su mente, si bien con claridad, y la proyectó hacia fuera. «¿Qué es ese libro?»

Las caras que lo miraban volvieron a balancearse, pero esta vez se mecieron hacia él. Aliver recibió una respuesta desde más de una mente. El libro, le comunicaron, era *La canción de Elenet*. Era el texto que Elenet escribió de su puño y letra, donde definía cada palabra de la lengua de la Donante.

«Por favor —dijeron ellos—, revélanoslo».

Aliver permaneció inmóvil y en silencio durante un rato después de aquello. ¿Qué estaba pasando aquí? Una parte de él quería darse de bofetadas hasta que despertara de su sueño. Otra se preguntaba si aquellos seres eran el pueblo cobarde de la otra vida y ésta era la recepción que daban a los recién llegados. Sentía como si le estuvieran pidiendo el secreto para recuperar la vida, un conocimiento que él sabía no poseía. Pero más allá de todo eso tenía otro pensamiento. Fue más allá de todo lo demás y le dio forma.

«¿Sois los santoth?»

En un único movimiento, cada cabeza alrededor de él —quizá cien o el doble de ese número creciendo con cada momento que pasaba— asintió. Los rostros de piedra se agrietaron en sonrisas.

«Ésa —dijeron a coro— es la palabra que quiere decir “nosotros”».

«Muy bien —pensó Aliver—. Ésa es la palabra que quiere decir “vosotros”. Pero, por la Donante, ¿qué os ha sucedido?»

No permitió que aquellos pensamientos escaparan de su persona, y los rostros sonrientes, rígidos mientras lo observaban, no mostraron el menor indicio de comprensión. Simplemente esperaron lo que venía a continuación. Aliver se preguntó si disponía de la energía necesaria para aquello. ¿No debería comer? ¿Beber? Pero su cuerpo no le daba ninguna molestia. Ya no estaba deshidratado o famélico, aunque no recordaba la última vez que había consumido algo. Miró en derredor y siguió adelante lo mejor que pudo. No era capaz de abarcarlo todo. Pero tenía que empezar por alguna parte.

«*La canción de Elenet*. Contadme algo más sobre ella».

Lo hicieron, con la mayor gratitud. Posteriormente Aliver no hubiese podido decir cuánto duró su intercambio con los santoth. No fue tanto una comunicación que fluía en ambos sentidos como una comunión en espiral. Las cosas de las que se enteró no las supo de ningún modo lineal. Pero una vez que las hubo juntado todas, tuvo una historia salida de la leyenda. Era una historia, habría dicho antaño, urdida a partir de las imaginaciones de mentes ociosas para entretenerse a sí mismas y olvidar los males del mundo mediante una explicación. Eso era lo que habría dicho Aliver en su juventud. Pero desde el instante en que vio andar a las piedras, su juventud quedó irrevocablemente atrás. Esto fue lo que aprendió de los santoth.

*La canción de Elenet* era la enciclopedia de la lengua de la Donante. Era el libro en el que estaba escrita la verdad proclamada del mundo entero. A pesar de sus muchos defectos y de los enormes errores que había cometido como practicante de la hechicería —ésa era la palabra más apropiada para describir la usurpación humana del lenguaje divino—, Elenet estaba ávido de conocimiento y había sido muy meticuloso en lo tocante a guardar registros de todo lo que aprendía. Como contaban

las leyendas, vivió en un tiempo en que la Donante caminaba sobre la Tierra. Elenet siguió la estela del divino personaje. Escuchó y aprendió las canciones en el lenguaje de la creación. Cada palabra que robaba de la boca de la Donante la anotaba en una escritura concebida por él. Para los pocos que podían leer el texto, éste daba todas las instrucciones necesarias para obrar magia sobre el mundo. Era un manual de la forma y las pautas de la creación; en tanto que tal, jamás había existido documento más peligroso escrito con signos sobre una página, antes o después.

Cuando Elenet abandonó este mundo para explorar otros, dejó su libro al cuidado de sus discípulos santoth. Nunca dijo adónde iba o por qué, pero se desvaneció de la Tierra, igual que había hecho la Donante antes que él. El libro fue transmitido a través de las generaciones, de un Portavoz Divino a otro. Eran, en aquellos tiempos antiguos, adiestradores del conocimiento. Reyes y princesas regían el mundo; los santoth urdían hechizos para mantener unida su sustancia, ayudando a mitigar el caos que los hombres tanto parecían anhelar. Era una responsabilidad sagrada, y durante eones practicaron el habla divina sólo para el bien del Mundo Conocido. Eso cambió, no obstante, cuando un joven santoth llamado Tinhadin llegó a ser el custodio del libro.

«Lo mantuvo apretado contra su pecho —le explicó a Aliver el santoth—, y no lo compartió con nosotros».

Tinhadin adoraba el poder del libro. Lo estudiaba exhaustivamente, excluyendo cada vez más a menudo a los demás. Llegó a ser caudillo entre los santoth y se hizo mucho más fuerte que ninguno de ellos. Al final llegó un momento en que era más poderoso que todos los otros santoth combinados. Gracias a su posesión del texto, sólo Tinhadin tenía acceso a las traducciones fidedignas, a la pronunciación exacta y el significado de cada palabra en la lengua de la Donante. Cada pequeña variación que se llegara a hacer sobre ello corrompía la magia, la debilitaba, y/o la alteraba de modos que el hablante no había pretendido.

Aun así, los otros santoth habían amado a Tinhadin como uno de los suyos. Compartía el conocimiento con ellos, pero poco a poco las palabras de la Donante fueron llegando a ellos sólo a través de Tinhadin. Cuando se dispuso a modificar la forma del mundo, los demás trabajaron a su lado. Tinhadin quería traer paz al mundo, dijo. Había demasiado caos, demasiado sufrimiento, demasiado potencial para que la humanidad causara su propia ruina y volviera a un estado semejante al de las bestias. Los otros santoth ayudaron a Tinhadin en su empeño por controlar el mundo. Pero antes de que supieran lo que estaba sucediendo, Tinhadin los había despojado. Puso una corona encima de su cabeza y se apartó de ellos.

«Pero eso no fue una alegría —dijo el santoth—. En lugar de eso, se convirtió en la mayor de las cargas».

Al igual que los hombres normales antes que él, Tinhadin temía perder el poder

que había adquirido. Y, todavía más, empezó a fatigarlo encarnar tan completamente el lenguaje de la creación. Era un hechicero con el poder de dar forma al mundo sólo abriendo la boca. Pero, explicaron los santoth, encontró que el poder era demasiado difícil de controlar. «Imagina —dijeron—, vivir una existencia donde las palabras salidas de tu boca cambiaban la misma sustancia del mundo en torno a ti».

Tinhadin llegó a ser demasiado fuerte, la magia era una parte demasiado grande del funcionamiento de su mente. A veces alteraba el mundo con sólo pensar en la lengua de la Donante. A veces la hablaba en sueños y despertaba para encontrarse con los resultados viviendo a su alrededor. Ésa fue la razón por la que se volvió contra los otros santoth. Llegó a odiar su magia. Quería vivir sin ella, pero le era imposible hacer tal cosa en un mundo donde otros hechiceros seguían obrando sus hechizos. Desterró del imperio a los santoth. No todos se fueron de buena gana. De hecho, Tinhadin libró una dura batalla con un gran número de ellos, aniquilándolos. Al resto lo empujó al exilio. Entonces obró sobre ellos su última magia, el hechizo que los mantendría vivos perpetuamente, atrapados en aquellas tierras del sur hasta que Tinhadin o un descendiente suyo decidiera invitarlos a que regresaran. Eso, naturalmente, nunca sucedió, y los santoth habían envejecido hasta ser los seres con los que ahora se comunicaba Aliver. Eran los mismos individuos a los que expulsó Tinhadin, viviendo —si se le podía llamar eso— y esperando.

Cuando el príncipe les preguntó si aún sabían magia, respondieron que sí pero que su conocimiento se había visto tan corrompido a lo largo de los años que no sabían qué pasaría si pronunciaban las palabras de la Donante. Su conocimiento se había convertido en una maldición de la que pasaban sus vidas eternas escondiéndose. Sin el verdadero conocimiento encontrado únicamente en el libro de Elenet, corrían el riesgo de abrir en el mundo un desgarrón que quizá nunca pudiera ser reparado. Habían aprendido a hablar como dioses, pero ahora temían ser sólo demonios en vez de dioses.

«Ahora que nos lo has oído contar —dijo la voz colectiva de los santoth—, dinos dónde está el libro. Sin las palabras no hacemos sino padecer. Necesitamos las palabras de la Donante, y entonces podremos volver a estar completos, y seremos buenos».

Aliver sacudió la cabeza. No quería decir lo que tenía que decir. Ya sentía una cierta paz entre los hechiceros. Había sentido su padecimiento incluso antes de que ellos lo mencionaran. Entendía que su destierro había sido una maldición terriblemente prolongada, y ya no contaba con el lujo de poner en duda aunque sólo fuese una parte de las cosas que le habían comunicado. Pero la verdad era simple.

«Lo siento —dijo—. No tengo ese libro».

Los santoth tardaron en responder a esto. «Tu padre... ¿no te habló de esto?»

«No, no lo hizo».



Corinn trataba de mantener su odio hacia Hanish Mein firmemente clavado en su frente para que todos pudieran verlo. Él era el mayor enemigo de su familia. Corinn jamás lo olvidaría, jamás perdonaría. Aborrecía a Hanish Mein. Era un villano de proporciones descomunales, un asesino a escala gigantesca, sobre el que algunas personas de naturaleza más bondadosa escribirían crónicas enteras de infamia en el futuro.

Tenía que asegurarse de recordar aquello, porque en el tranquilo entorno de Calfa Ven eran los insultos de una naturaleza personal los que la herían de una forma más intensa. Dicho sencillamente, Hanish jugaba con ella, como había hecho la primera noche en el pabellón. Había momentos en los que parecía desvivirse por complacerla y por hacerle saber que se estaba desviviendo por complacerla; en otros la trataba con una pasmosa indiferencia.

Unos días después de que hubieran dado inicio a su estancia en las montañas, él le había pedido que cabalgara a su lado la tarde siguiente. Fue una invitación transmitida con gran alharaca ante una multitud de espectadores. Al día siguiente Corinn se presentó a la hora acordada —ataviada a la perfección con un traje de montar color crema, con un sombrero de seda en la cabeza, aterida por el aire primaveral pero segura de que el color que éste confería a sus mejillas lo merecía sobradamente— sólo para descubrir que Hanish se había olvidado por completo de ella. Había salido a caballo temprano aquella mañana para una cacería que no parecía haber sido concebida pensando en ella. Incluso Rhrenna, su antigua amiga, no pudo evitar mostrar diversión ante la forma en que la había menospreciado Hanish.

¿Qué más daba, sin embargo? Los meins eran un pueblo mezquino que se complacía en humillar a una raza que generaciones enteras habían demostrado que era superior a ellos. Hanish podía tener sus pequeñas diversiones, y ella se aferraría al desdén. Desdén y condescendencia. Eso era todo lo que sentía por él. Afortunadamente, su estancia en las montañas casi había terminado. Corinn había estado contando los días, lista para volver a Acacia, donde podría interponer un poco de distancia entre su persona y aquel bárbaro que se llamaba a sí mismo gobernante del Mundo Conocido.

Extraño, pensó, que cuando un sirviente le trajo un mensaje de Hanish, hubiera

experimentado un cosquilleo en el pecho y una aceleración del pulso que —si la situación hubiera sido otra— habría interpretado como júbilo. Él deseaba su compañía aquella tarde, dijo el mensajero, para practicar la arquería. Rezaba para que ella no lo dejara solo allí. Eso sonaba como una idea estupenda, pensó Corinn. Dejarlo plantado allí, rechazado, desdeñado. Y sin embargo sabía que no funcionaría. Hanish no era fácil de insultar. Encontraría alguna manera de castigarla maliciosamente por ello durante la cena aquella noche. No ir, decidió Corinn, sería más fácil de ridiculizar que no el responder a su invitación.

Encontró a Hanish en el campo del tiro con arco. Por una vez se hallaba libre de su séquito, acompañado únicamente por un escudero, que se ocupaba de la selección de los arcos, y por un muchacho que permanecía a cierta distancia en la espesa hierba, esperando junto a los blancos para recoger las flechas.

—¡Ah, princesa! —dijo Hanish, todo sonrisas y alegría al verla—. Empezaba a preguntarme... Venid y enseñadme lo que sabéis. Éste es un deporte delicado, ¿verdad? Tengo entendido por los sirvientes de aquí que de jovencita erais toda una arquera.

—Puede que lo fuera en tiempos, pero ya no soy una arquera ni una jovencita.

Él le ofreció un arco que el escudero acababa de entregarle.

—Bueno, acertáis en por lo menos una mitad. Yo me encargaré de juzgar la otra.

Corinn cogió el arco. La sensación de la suave madera de fresno del arma era agradable en sus manos, ligera como si de alguna manera estuviese hecha de hueso de pájaro. Deslizó los dedos por la tensa cuerda. Luego dedicó unos instantes a estudiar el arco antes de que hiciera el gesto de pedir una flecha.

Cogiendo el proyectil de la mano del escudero, lo puso en el arco, dejó que descansara en él y lo levantó para tomar puntería. Sujetaba el arco sin esfuerzo alguno, los dedos puestos uno después del otro, la postura con la espalda bien recta pero relajada, tal como se la había instruido años atrás. Sabía que Hanish se había detenido a observarla. Le daba igual. Eligió un blanco triangular, uno situado a una cierta distancia de donde estaba inmóvil el muchacho. Echó atrás la mano de la cuerda hasta que le rozó la mejilla, la flecha descansaba encima de sus dedos y el astil era un recto sendero hacia el mundo. Aflojó los dedos. La flecha voló. Esfumándose, pareció. Sólo para aparecer un instante después, sobresaliendo cerca del centro del blanco que había elegido ella.

Hanish soltó una exclamación. Tocó el brazo de ella y dijo algo elogioso al escudero, quien confirmó la aseveración. Corinn llevaba tiempo sin sentir un placer tan visceral. La mortífera precisión del acto, la potencia enfilada hacia el mundo, el ruido penetrante del impacto y luego la inmovilidad, la prueba visual de su destreza incrustada en el blanco. Sus dedos se elevaron como por voluntad propia, y los chasqueó en petición de otra flecha.

La tarde pasó rápidamente. Hanish podía haber creído que era él quien hacía correr el tiempo con sus palabras y sus gestos, con preguntas y cumplidos, pero Corinn obtenía placer o decepción según dictaba el vuelo de cada flecha. El muchacho de las flechas estuvo constantemente atareado, corriendo atrás y adelante. Tenía una sonrisa torcida y uno de sus ojos flotaba en una dirección no alineada con el otro. Pero aun así seguía siendo apuesto, y parecía estar pasándolo bien. Corinn decidió que le preguntaría cómo se llamaba antes de despedirse de él.

—Hay una historia candovia que habla de un arquero —dijo Hanish. Se habían detenido por un instante mientras los blancos eran vaciados y vueltos a disponer—. He olvidado su nombre. Tenía la reputación de ser el mejor tirador de aquellas tierras, mortíferamente preciso cualesquiera que fuesen las condiciones en que disparaba. En aquellos tiempos los candovios y los senivalios estaban enfrentados por las fronteras de sus territorios. En un encuentro de las tribus organizado para dirimir la disputa, un senivalio retó al arquero a demostrar su valía. ¿Era cierto, lo provocó, que podía acertarle a una aceituna desde cincuenta pasos? Claro que sí, dijo el candovio. El senivalio lo desafió a demostrarlo, pero el arquero se negó. Dijo que ninguna aceituna lo había ofendido jamás. Dijo que estaría encantado de sacarle un ojo a un senivalio desde cien pasos, no obstante. Sólo tomaría el ojo, prometió. Si se apartaba aunque fuese ligeramente de la órbita en cuestión renunciaría de buena gana a toda pretensión de proeza. Nadie aceptó su oferta.

Dos pájaros de hermoso plumaje volaron sobre los árboles y se alejaron por el extremo del campo de tiro, pendientes únicamente uno del otro. Corinn tuvo una visión de uno de los pájaros elevado hacia el cielo, clavado a una pared acolchada mientras el otro seguía con su danza.

—¿Qué deseáis dar a entender con eso? —preguntó.

—No siempre tiene por qué haber algo que dar a entender. A veces los cuentos sólo pretenden divertir. ¿Sabéis, Corinn, que daría el dedo de mi mano derecha por veros más contenta?

—No vendo mi regocijo con semejante ligereza.

Hanish le sonrió, divertido de un modo que mostraba respeto por su constancia. Borró la expresión y cogió otra flecha.

—Maeander, de hecho, probablemente podría atravesar una aceituna desde la distancia que fuese. Mi hermano sobresale en todas las cuestiones marciales. Eso me impresiona muchísimo, y no me importa admitirlo.

Corinn dudaba que Hanish se impresionara por nadie que no fuera él mismo, pero había reparado en la ausencia de Maeander del pabellón e inquirió al respecto.

—¿Dónde está vuestro hermano? ¿Ocupado en alguna nueva matanza, quizá?

—Es gracioso que lo preguntéis, porque se da el caso de que su misión tiene que ver con vos. Maeander está buscando a vuestros hermanos. Lo sé, lo sé. Ni siquiera

admitís que aún viven. Pero si los encuentra, os los traerá. Eso, estoy seguro, se ganará algo de gratitud por vuestra parte.

Corinn no estuvo segura de cómo responder a eso. ¿Los traería ensartados en un espetón? ¿Atados y encadenados? ¿O podría ella hablarles y volver a estar con ellos? ¿Compartirían tal vez su extraño cautiverio con ella, como Hanish había prometido siempre que era su única intención? Si lo hacían, sería mucho menos parecido al cautiverio. Pero no debía ni imaginar siquiera esa posibilidad. A decir verdad, no creía que eso fuese posible. Hanish se estaba burlando de ella. Si lo creía, sólo estaría ayudándolo en otra cruel broma. Desde la enfermedad y la muerte de su madre, Corinn siempre había sabido que no podía fiarse del mundo. Las personas queridas siempre eran robadas. Los sueños siempre eran aplastados. Ésa era la vida tal como la entendía ella.

El muchacho continuaba de pie en el campo de tiro, pero el escudero estaba viniendo hacia ellos con un haz de flechas recuperadas en la mano. Corinn cambió de tema para pasar a lo que parecía una declaración que no guardaba ninguna relación, aunque era algo relacionado con el hecho de estar en Calfa Ven lo que se lo había traído a la cabeza.

—Vi a un hombre de la Liga en el palacio —dijo—. El que lleva un broche con una turquesa en forma de pez.

Hanish hizo su disparo, que no fue bueno. Bajó el arco y frunció el ceño.

—Es una marsopa. En realidad no es un pez, me dicen. En todo caso, es el signo de su Liga. Se llama Sire Dagon. Es un veterano de la Liga. Responde únicamente ante Sire Revek, el presidente.

Sire Dagon. Sí, así se llamaba. Corinn, al oírlo, recordó que lo había conocido de jovencita. Siempre lo había despreciado; su aspecto, su voz, su quejumbrosa arrogancia. Había estado presente en el pabellón cuando ella lo visitó. Ésa tenía que haber sido la razón por la que había seguido pensando en él sin que pudiera llegar a ubicarlo del todo.

—¿De qué hablasteis con él?

—Hablamos de comercio y mercaderías. Es lo único con lo que trata la Liga.

—¿Traicionaron a mi padre? ¿Os animaron a atacarnos? Decídmelo, y así la próxima vez que vea a Dagon sabré si debo escupir cuando él pase.

Hanish cogió otra flecha, tomó puntería y disparó de nuevo. Esta vez obtuvo mejor resultado, cerca del centro de uno de los blancos más alejados. El muchacho vitoreó, levantando el puño como si se tratara de un triunfo personal. Hanish hizo como que no lo veía. Respondió a Corinn con un aire desusadamente oficioso, sin ninguna sombra de flirteo en él.

—La Liga no guarda lealtad a nada o a nadie, Corinn —dijo—. No tiene otra filosofía que la que pertenece al hecho de adquirir riqueza. Ya que lo habéis



preguntado, no obstante... es cierto que la Liga tuvo algunos motivos de queja con respecto a vuestro padre durante la mayor parte de su reinado. Hace unos años contactaron con mi padre. Hicieron un pacto con nosotros. Si los meins orquestáramos una guerra por tierra contra Acacia, y una que pareciera tener probabilidades de salir victoriosa, ellos retirarían sus naves y no proporcionarían ninguna clase de apoyo marítimo a vuestro padre. Nosotros estaríamos preparados para ello; Acacia no. Como vuestra nación está basada en torno a una isla, eso era una promesa considerable. Veréis, depender de una entidad comercial para vuestra armada fue un error. Naturalmente, ahora yo no me encuentro en una posición mucho mejor, pero no tardaré en remediar esa situación.

Corinn disparó. La flecha dio en el blanco, justo contra la última que había lanzado Hanish. Dio tan cerca que melló la parte de atrás de su astil, dejando torcida una pluma. Corinn se aseguró de que no se volvía hacia él para mirarlo.

—¿Y qué les prometisteis?

—Accedí a doblar su Cuota, doblando así sus beneficios. Recientemente, he dicho que podían establecerse alrededor de las Islas Exteriores si podían librar el lugar de los piratas que lo infestan. Ésas fueron las cosas de las que hablé con Sire Dagon.

—Hummm —dijo Corinn, contemplativa de un modo que era levemente sarcástico—. Nunca se me había ocurrido pensar en ello desde esa perspectiva. Me refiero al hecho de que vos y alguien como Dagon os sentaríais a considerar, como si tal cosa, los destinos de miles de personas. Cuando orquestáis tales cosas, ¿os excita?

Hanish se inclinó ligeramente hacia delante, sin llegar a aproximarse a Corinn, pero de una forma que indicaba que su respuesta era sólo para ella.

—Mucho ¿Qué más queréis saber? ¿Queréis oírme hablar de los esclavos que vendemos a través del océano? ¿De cómo distribuimos la niebla que recibimos a cambio? ¿Del modo en que sedamos a las masas para que trabajen para nosotros sin quejarse? Os lo contaré todo, princesa, si os complace oírlo. Incluso fingiré que todo fue obra mía y que vuestro padre, nuestro querido Leodan, no era el mayor esclavista del mundo antes de que yo hubiera nacido siquiera.

Su voz había sido lánguidamente cortejadora hasta el final, cuando adquirió una súbita frialdad. Corinn la igualó.

—Ya no estoy interesada en eso. ¿Por qué no vais y matáis algo? —Entregó su arco al escudero y empezó a alejarse.

—¿Os apetece una cacería? —preguntó Hanish, agarrándola del codo—. Podemos tenerla aquí mismo. —Puso una flecha, tensó la cuerda y levantó el arco para tomar puntería. Pero no lo enfiló hacia ninguno de los blancos triangulares. El muchacho, percibiendo que el arco estaba dirigido hacia él, se removió nerviosamente. Miró a uno y otro lado como si pudiera haber un blanco razonable

cerca, algo en lo que no había reparado hasta el momento.

—¿Gritaréis para que corra o debería hacerlo yo?

—Vos no haríais eso —dijo Corinn.

—¿Por qué no? No es más que mi esclavo. Si muere, soy yo quien cargará con la pérdida.

Los músculos del antebrazo de Hanish sobresalían, temblorosos con el esfuerzo, los nudillos blancos y rígidos en torno al arco. Era un brazo tan cruel... Cruel en los mismos tendones y tejidos que lo formaban.

—No lo hagáis, Hanish —dijo Corinn, sabiendo que él lo haría. Estaba a punto de hacerlo. Era una broma, y no era una broma; era las dos cosas al mismo tiempo.

—Eso es lo que me decís, pero en realidad queréis que lo haga. Queréis verlo empalado y oírlo gritar. ¿No es así?

Corinn necesitó un instante para responder. No supo por qué dudaba. No era que estuviese considerando distintas respuestas. Sólo había una. Pero era difícil de articular.

—No —dijo finalmente—. No es así.

—¡Muchacho, levanta la mano! —gritó Hanish.

El muchacho no entendió. Hanish bajó el arco y le mostró lo que quería decir con su propia mano. El muchacho imitó la postura. Hanish le dijo que extendiera los dedos, y que luego los mantuviera separados, con espacios entre ellos.

—Bien, ahora estate muy quieto. —Levantó el arco para volver a tomar puntería.

—¡Parad! —dijo Corinn, más un susurro que el grito que ella tenía intención de que fuese.

Hanish disparó. El muchacho no se encogió, lo que fue una suerte porque la flecha pasó entre su dedo índice y su dedo medio para esconderse entre la hierba en algún lugar detrás de él. Así de fácil, estuvo hecho.

—¿Quería decir algo con eso o no? —preguntó Hanish, bajando el arco—. Decididlo vos misma. —Giró sobre el talón y se fue, dejando caer el arma al suelo después de haber dado unos cuantos pasos.

Corinn lo vio marchar. Contempló su silueta mientras entraba en el bosque de árboles de pálida corteza, las hojas encima de él aplaudiéndolo con un rielar de entusiasmo. Hanish tenía razón acerca de ella, pensó. Sintió cómo la verdad se abría paso a través de la superficie de su consciencia y la miraba a la cara. Sí, realmente había una parte de ella que había querido que él le disparara al muchacho. El por qué lo había querido, en cambio, ya no hubiese sabido decirlo. ¿Sólo para demostrar que podía hacerse? ¿Para demostrar que la bondad del muchacho no era protección contra nada? ¿Sólo para ver cómo una punta de alfiler de sufrimiento era lanzada a través del aire, siendo desplazada de una persona a otra mediante un simple aflojamiento de los dedos? ¿Para ver una prueba de la crueldad de Hanish? Quizá fuera eso. Verlo

probado con sus propios ojos. Se le hizo un nudo en el estómago cuando lo pensó, ante la sensación de aversión, entretejida como estaba con atracción. ¿Qué le estaba haciendo Hanish?

Con un esfuerzo, apartó la mirada de los árboles y la posó sobre el muchacho, que continuaba inmóvil exactamente en el mismo sitio. Había bajado la mano, pero permanecía plantado allí como si no estuviera seguro de si se le pediría algo más. Por suerte ella no le había preguntado cómo se llamaba.

De nuevo en el pabellón y absorta en sus pensamientos, se sorprendió cuando Peter, el jefe de la servidumbre, apareció a su lado en el ojo de una de las escaleras. Fue hacia ella como un atacante, surgiendo de pronto de donde debía de haber permanecido al acecho esperándola.

—Princesa —dijo—, no sois la joven que recuerdo. —Se detuvo a unos centímetros de ella. Corinn nunca había estado tan cerca de él durante la visita, y jamás a solas. Las cejas de Peter temblaban con una emoción que Corinn no pudo identificar.

Faltó poco para que gritara.

—Vuestro padre —dijo él— habría estado orgulloso de vuestro porte. Me enteré de su destino, pero no lo creí hasta que os vi llegar aquí. —Durante un segundo pareció abrumado por la miseria—. ¿Cuándo vendrá él, princesa? Compartid conmigo esa información y estaremos preparados para unirnos a él. Aquí todos son leales aún.

—¿Cuándo vendrá quién? —preguntó Corinn con brusquedad.

—¡Pues vuestro hermano, naturalmente! Todos rezamos a la Donante por el pronto regreso de Aliver y porque podamos ver cómo se venga borrando de la existencia a Hanish Mein.



Mientras su caballo subía el último par de metros de la elevación del terreno hasta lo alto del Borde Methaliano, Haleeven Mein pudo sentir de nuevo la proximidad del hogar. Una brisa lo revivió y pareció acariciar las fisuras de su rostro marcado por las señales de la viruela, como en busca de alguna señal de familiaridad. El olor del terreno era fétido y húmedo, viciado por la podredumbre fangosa del verano en el Mein inferior. Haleeven desmontó y se inclinó sobre el suelo. Cogió un puñado de turba en las manos y susurró una plegaria de agradecimiento a su sobrino. Hanish le había hecho un gran regalo permitiéndole volver a ver su hogar por primera vez en años. Y lo que era aún mejor, había vuelto allí para iniciar el transporte que llevaría a sus antepasados a ganarse finalmente la liberación que tanto se merecían. Había algunos aspectos de su misión que le inspiraban un cierto recelo, pero intentó no pensar demasiado en esas cosas. En lugar de eso, juró que cumpliría los deseos de sus antepasados.

El mundo ante él estaba húmedo de primavera. Las capas de nieve se habían derretido y aún continuaban haciéndolo bajo el tímido calor del sol inclinado en ángulo. En esta parte de la altiplanicie la tierra era un grueso amasijo de turba viva. Rezumando como una esponja empapada, resonaba bajo los pies. Haleeven, la compañía de soldados a caballo en torno a él y la larga fila de reclutas que avanzaban lentamente tras ellos tenían que mantenerse dentro de los caminos marcados, donde la tierra había sido apretujada hasta la dureza. El aire vibraba con la vida insectil recién despertada, criaturas minúsculas a las que nada parecía gustar tanto como poder pastar en el blanco de los ojos de la gente. Volaban directas hacia las bocas y subían inhalados por las fosas nasales. Y también picaban.

Haleeven miró en derredor para ver rostros manchados de sangre. Vio a varios hombres taparse las bocas con trozos de tela. Otros se daban palmadas en la carne, esparciendo su propia sangre desde las panzas reventadas de los insectos. Haleeven intentaba mantenerse impermeable a la incomodidad. Dejaba que los verdugones emergieran sin ser molestados sobre su piel al descubierto y que sus ojos transmitieran el desdén que sentía hacia quienes no tenían tanta disciplina. Ni siquiera se molestaba en volver la vista hacia los trabajadores extranjeros, miserables y desgraciados como eran. Sabía que probablemente irían cayendo en gran número

durante la marcha, presa de las fiebres de que eran portadores los insectos.

Unos pocos días de avance hacia el Norte y contempló los riscos de las Montañas Negras lacerando su camino hacia arriba desde el horizonte. Fuertes ráfagas de viento bajaban por sus laderas y abofetearon a hombre y caballo, mandando a un rápido olvido a las hordas de insectos. Un poco más adelante subieron a las ya más firmes llanuras de la altiplanicie central, un lugar de terrenos llenos de hierba parecidos a la tundra, hogar de renos y lobos, zorros y osos blancos, y de los bueyes árticos que los meins habían domesticado hacía mucho. El paisaje se hallaba mayoritariamente vacío de tales criaturas en el presente, pero Haleeven sabía que se hallaban en alguna parte, invisibles, más allá del horizonte. Si hubiera dispuesto del tiempo necesario, o si el ocio hubiera sido apropiado, habría espoleado a su montura poniéndola al galope para desaparecer en las tierras salvajes que habían dado forma a su raza.

Tahalian. Haleeven se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que, al menos en parte, ahora contemplaba su hogar fortaleza con los ojos de un forastero. El lugar parecía una criatura que llevara mucho tiempo muerta, como el cadáver de una bestia maltrecha, atrapada años antes dentro de una jaula de pinos enormes, desgarrada, ensuciada y humillada. Medio cubierta de nieve, sin un solo tallo de verdor a la vista, un cubil entre gris y marrón, excavado en desafío a una tierra que nunca había sonreído sobre él: así era Tahalian.

Haleeven entró por las puertas a una modesta, aunque agradecida, bienvenida. El primo segundo de Hanish, un hombre joven llamado Hayvar, servía como regente en la fortaleza. Era apuesto, si bien de constitución delgada, poseedor de unos ojos trémulos nada habituales para una raza que prefería una expresión de calma exterior en todas las circunstancias. Apenas había aflojado su abrazo antes de que estuviera rociando de preguntas a Haleeven. ¿Cómo estaba Hanish? ¿De verdad había preparado una cámara para los antepasados en Acacia? ¿Cómo era esa isla realmente? ¿Era el botín que aseguraban siempre los soldados al regresar? ¿Eran todas sus mujeres de piel olivácea, con rostros ovalados y grandes ojos?

Hayvar parecía estar demasiado ansioso, pensó Haleeven, por dejar su tierra natal, incluso si la razón lo valía. Pero era joven. Se había sentido privado de su legítimo lugar en el drama del mundo. ¿Acaso los soldados que habían zarpado con Hanish o marchado con Maeander no habían estado impacientes por ver la tierra debajo de la altiplanicie? Hayvar no era distinto a ellos. De no ser porque cuando empezó la guerra sólo era un muchacho, hacía años que se habría ido ya.

Haleeven respondió a sus preguntas, aunque se aseguró de revestir su voz con un tono desaprobador y de que mantenía los ojos dirigidos hacia el suelo cuando se lo obligaba a describir las bellezas que había visto en el mundo exterior. Temía poder llegar a traicionar algo —no estaba seguro del qué— si miraba al joven a los ojos en momentos semejantes.

Siguió a Hayvar a los baluartes de la fortaleza. Desde allí arriba contemplaron a la hilera de trabajadores que, con paso cansino y como a regañadientes, iban haciéndose visibles. Sintiendo el áspero grano de las vigas de pino bajo las palmas de sus manos, inhalando el aroma resinoso intercalado con podredumbre, escrutando el paisaje hecho a retazos, pastizales color cobre que emergían a través de la nieve vieja, un cielo moteado cerniéndose sobre todo ello: ¡ah, esto era el hogar!

Por unos instantes nadó en la nostalgia. ¿Cómo explicar por qué a aquel panorama no le faltaba de nada comparado con el rielar azul de las aguas alrededor de Acacia? Haleeven no amaba aquel lugar por sus suaves virtudes y placeres. Tampoco creía ya que su pueblo fuera el mejor sobre la faz de la Tierra. Había presenciado demasiada bravura en otros y visto demasiada belleza en cosas extranjeras para aferrarse a aquella limitada creencia. Él amaba el Mein simplemente porque... bueno, porque el Mein necesitaba ser amado. La idea tal vez fuera ridícula, pero era lo mejor que podía ofrecer Haleeven para explicar sus sentimientos. Incluso si tuviera las palabras para expresarse, dudaba de que el joven que había a su lado fuera a abrazarlas. Pero si hasta sus antepasados habían puesto sus miras en otro lugar...

—Hermano de Heberen —dijo una voz—, los antepasados predijeron tu venida.

Haleeven supo quién hablaba sin mirar siquiera. Tenía que haberse aproximado en sus zapatillas ribeteadas de piel. Sólo un sacerdote de los tunishnevre lo insultaría no utilizando su nombre dado, y sólo ellos afirmarían haber recibido aviso de su llegada a través de los tunishnevre, cuando todos los demás recibían sus noticias a través de los medios mucho más terrenales de los despachos y los mensajeros. Todas las placenteras ensoñaciones de Haleeven se disiparon de golpe.

—Primer sacerdote —dijo, arreglándoselas para esbozar una sonrisa—, los antepasados no sólo predijeron mi venida, la ordenaron.

El sacerdote frunció los labios, dos finas líneas que empezaban a pelarse. Su piel tenía el blanco fantasmal preferido por los hombres de su orden. Su pelo era de un rubio pajizo, arrancado intencionadamente hasta dejarlo reducido a tan poco que su cuero cabelludo brillaba a través de él. Con la cualidad hundida de sus facciones, se parecía mucho a los restos preservados de los antepasados a los cuales servía.

—Sí —dijo—, pero Hanish se ha tomado su tiempo para enviarte. Nueve años. Un retraso absurdo.

—Había tantísimas cosas que ver...

—Un retraso absurdo —volvió a decir el sacerdote, prolongando la última palabra como si estuviera cuestionando la comprensión de ella por parte de Haleeven—. No puede haber excusa para ello. Hanish sabrá de mi disgusto, créeme. —Se dio la vuelta y miró, con ojos helados, a la horda que se aproximaba—. ¿Ésos son nuestros trabajadores?

—Cincuenta mil de ellos —dijo Haleeven—, unos cientos más o unos cientos

menos.

—¿Has traído forasteros del sur? —preguntó el sacerdote, entornando los ojos.

Haleeven ya se esperaba la pregunta.

—Sí, pero únicamente para llevar equipaje y suministros. Para mantener el camino y cumplir la miríada de tareas que tenemos por delante. No se harán cargo de los antepasados o de ningún objeto sagrado. —El primer sacerdote lo sondeó con los ojos, nada impresionado por las garantías que acababa de ofrecerle Haleeven—. Vos supervisaréis personalmente todos los arreglos, espero, para asegurar que los forasteros no profanan nada ni insultan a los antepasados. Pero es apropiado, ¿no os parece?, que los acacios se rompan la espalda en beneficio de los tunishnevre.

El sacerdote no dijo exactamente qué opinaba de eso, pero tampoco planteó nuevas objeciones.

Más tarde esa noche, Haleeven, solo en un pasaje iluminado por antorchas, se aproximó al recinto subterráneo que contenía a sus antepasados. Ya se había encontrado con el resto de los sacerdotes. Había entregado regalos a los escasos nobles todavía presentes en Tahalian y visitado el Calath. Allí había presenciado una no muy lograda exhibición a cargo de un cuerpo de soldados jóvenes. La enorme cámara aún era una maravilla de la construcción en maderas nobles, pero estaba concebida para alojar muchos más cuerpos, los de hombres de cabellos largos y brazos robustos, no a niños de hombros endeblés que únicamente habían soñado con la batalla. Haleeven notó que la gente le daba la bienvenida y anhelaba dejarle bien clara su firme entereza y su fe en los antiguos usos. Algo en sus fervientes intenciones lo entristeció, al igual que lo hizo pasar cerca de salones casi vacíos, viéndose asaltado una y otra vez por recuerdos de personas muertas o ahora lejos de Tahalian. Él no acostumbraba a pensar en Hanish Mein con desaprobación. En lo referente al mantenimiento de su fortaleza natal, sin embargo, el joven caudillo tal vez se hubiera vuelto olvidadizo y proclive a la lasitud.

Cuando llegó a la puerta de la cámara, Haleeven se detuvo para calmarse. El corazón le latía con lo que parecía una frecuencia irregular. Notaba las piernas rígidas y doloridas, algo en lo que no había reparado hasta aquel momento. Se hacía viejo, y estaba cansado. Al mismo tiempo, todo su ser hormigueaba con una nerviosa energía. Había cabalgado cientos de kilómetros para llegar a este sitio. Había imaginado aquel momento innumerables veces. Se apoyó en la puerta y la sintió moverse. Entró dentro, se arrodilló en el borde de la cámara y apretó la frente contra las frías piedras del lugar. La mantuvo allí hasta que el frío contacto empezó a ser sentido como calor. Sólo entonces se irguió y dejó que su mirada fuera subiendo poco a poco.

Tenuemente iluminada por un resplandor azulado que no procedía de ninguna fuente visible, la escena que vio le puso la piel de gallina. Por encima de él se extendía un cilindro incrustado de protuberancias apiladas, hilera sobre hilera, capa

sobre capa, cada una sobresaliendo de la pared de tierra, dispuestas en uniformidad, como una enorme colmena con cientos de cámaras. El área situada directamente encima de él se elevaba en una perspectiva que iba desvaneciéndose, tal vez cien capas de alto. Pero aquélla era tan sólo una alcoba. Ante él se abría otra, y más allá de esa otra, todavía otra. Cada una de las formas envueltas en sombras era un cadáver preservado, un caparazón reseco que otrora había sido un mein, envuelto en gasa y preservado tanto por los esfuerzos de los sacerdotes como por el poder de la maldición que ataba las almas atrapadas dentro de esos cascarones a la muerte sin liberación, al plano físico pero sin el palpitar y el calor de la vida. Los antepasados no eran distintos del mismo Haleeven. Eran hombres como él. Tanto si habían vivido cincuenta como quinientos años antes, habían hablado su lengua y deambulado a través de aquella altiplanicie. Y todos habían vivido brevemente bajo la amenaza de un castigo eterno. Como vivía él.

Haleeven fue hacia delante y empezó a entonar las palabras con las que lo había enviado Hanish. Los antepasados ya sabrían por qué estaba ahí, pero pasó por la formalidad de anunciarse a sí mismo. Pidió perdón por molestarlos y testificó en cuanto a su juramento de servirlos. Les prometió que mañana se reuniría con los ingenieros, los arquitectos, los conductores. Había una empresa monumental aguardándolos. Él no perdería tiempo en iniciar la acción. Estaban a sólo un corto período de tiempo de la liberación definitiva y la venganza final.

Los tunishnevre no reconocieron su presencia abiertamente, pero hubo una ondulación en el aire que Haleeven no pudo evitar notar en su estado de consciencia amplificada. Parecieron susurrar, palabras que eran como gemidos surgidos de lo más profundo de la tierra. Haleeven sintió los sonidos, pero no habría podido decir que los oyera realmente. Cada vez que se detenía a escuchar, no había nada salvo silencio absoluto. Sólo cuando él formaba palabras suficientes para llenar su cabeza parecía como si la cámara resonara con el eco de comentarios lanzados hacia él, con todo lo indescifrables que eran. Cargados de malicia. Haleeven se sintió amenazado con la extinción, con la obliteración absoluta. Pero a pesar de todo eso no pudo localizar en toda la cámara un solo auténtico sonido, un auténtico movimiento ni aunque fuera tan insignificante como una exhalación de aliento.

Tan extraño, el poder que poseían. Haleeven no podía decir que lo entendiera del todo. Nunca había sido bendecido con ese conocimiento. Los antepasados estaban muertos. Haleeven se hallaba en una tumba colosal, hilera sobre hilera de cuerpos apilados, tan fríos y faltos de vida como la tierra en torno a ellos, incapaces de obrar cambio alguno sobre el mundo. A decir verdad, para él eran un misterio. Si la circunstancia hubiera sido otra, podría haber entrado en comunicación con los tunishnevre él mismo. En su juventud había estado a sólo un paso de distancia del caudillaje, a tan sólo una danza de ostentarlo. Pero se trataba de un paso enorme, uno



que él no podía llegar a dar. Nadie podía decir que Haleeven fuera un cobarde; sin embargo, nunca había sido capaz de comprometerse a quitarle la vida a alguien a quien quería. Debido a eso nunca intentó hacerse con el trono de su dura gente.

Mirando las sombras por encima de él, supo que los caprichos del camino que había seguido carecían de importancia. Estaba orgulloso de haber servido a su hermano, y estaba orgulloso de seguir el liderazgo de su sobrino ahora. Creía ser el confidente del joven capitán. Oficialmente ese puesto lo ocupaba Maeander, pero Haleeven percibía la fricción no reconocida entre ambos. Hanish quizá ni siquiera la reconocía. Eso parecía improbable, perspicaz como era él, pero solemos estar ciegos al estado de ánimo en aquellos que nos resultan más próximos. Lo desasosegaba que no hubiera sacado a relucir aquellas cosas con Hanish antes de partir hacia el Norte, pero habría tiempo para eso después de que regresara. Maeander no haría daño a su hermano antes de que los tunishnevre estuvieran satisfechos. Y la princesa Akaran... bueno, fuera lo que fuese lo que Hanish sentía por ella, eso no impediría que su hoja le cortara el cuello. El caudillo había pasado toda su vida tratando de complacer a los antepasados. Haleeven estaba seguro de que Hanish sabría estar a la altura llegado el momento.

Pero no debería estar pensando ninguna de esas cosas ahora, no en aquella cámara. Susurró unas breves palabras de despedida temporal. Luego se levantó del suelo, giró lentamente sobre sus talones y fue hacia el portal. Nada lo detuvo. Por supuesto que no. Poderosos como eran los antepasados, también estaban completamente impotentes sin él.



Se desnudaron. Fue un procedimiento incómodo, cada uno de ellos en equilibrio sobre una u otra pierna. La embarcación oscilaba debajo de ellos en el oleaje. Se despojaron de toda la ropa y permanecieron inmóviles un instante bajo las estrellas, mirándose uno al otro y acostumbrándose a su desnudez. Así nadarían mejor. Las gotas se escurrían de la carne más deprisa de lo que podían ser exprimidas de la ropa, y eso importaría cuando llegaran a su objetivo. Y entonces empezaron a ponerse sus armas, cantimploras, envoltorios a prueba de agua, y algunos suministros sujetos a sus torsos desnudos. Cada uno pasó algún tiempo ciñéndose bandas en torno a las muñecas y los tobillos. Ganchos de metal habían sido cosidos al cuero de tal manera que sobresaliesen hacia fuera, afilados espolones de unos cinco centímetros de largo.

—Bien —dijo Espadín, una vez que se hubo pasado el arco diagonalmente por encima del hombro, espada corta en su cadera, daga sujeta a su pantorrilla—, demos inicio a la inauguración de estas festividades. Asegúrate de que no te enganchas contigo misma o con nadie más. Y ten mucho cuidado con esa píldora, Wren. La necesitaremos para medicar al gigante.

Un corto período de tiempo después se tiró de cabeza al cálido mar de aguas agitadas. Otros diez lo siguieron: todos incursos veteranos, ocho hombres y dos mujeres acostumbrados a vérselas con la muerte. Una de las mujeres —Wren, a cuya espalda estaba sujeta la «píldora», un objeto redondo del tamaño aproximado de un huevo de avestruz— había compartido su cama desde los meses de invierno. Pero evitaría pensar en eso durante la misión. Si cualquiera de ellos moría en el curso de la misma, podrían ser llorados después. Ahora mismo, este momento y los inmediatamente siguientes eran todo lo que importaba. Espadín daba la bienvenida al peligro porque la concentración que requería no iba a permitir otro pensamiento que no fuera el presente. Casi había llegado a desear el torbellino. Los momentos de tranquilidad lo encontraban dando vueltas a todo lo que reclamaba Leeka Alain. Esa familia suya... esas responsabilidades... la llamada de un futuro que no guardaba ningún parecido con la vida en la que había crecido él... sentía con una claridad cada vez mayor que no podía rehuir aquellas cosas, pero tampoco estaba plenamente preparado para asumirlas.

En aquella época del año la corriente aún fluía desde el sur. La temperatura del

aire, sin embargo, mostraba el frío del comienzo de la primavera. Nadaron alejándose del esquife que los había transportado hasta allí. En cuestión de segundos no fue más que una sombra detrás de ellos, un retazo en la oscuridad, pronto completamente perdido de vista para los nadadores. El esquife no llevaba ninguna linterna, e iría desprovisto de luces hasta que ellos hubieran iniciado el camino de vuelta. Entonces los escasos tripulantes que habían dejado a bordo encenderían una baliza para guiarlos. El destino de los nadadores, no obstante, no podía ser más obvio para todos ellos, iluminado como estaba por hileras sobre hileras de luces resplandecientes.

Tanto de día como de noche, el buque de guerra de la Liga era un navío impresionante de ver. Conforme nadaban fue elevándose en la lejanía, tan inmóvil como una masa de tierra en su anclaje de aguas profundas. Era una auténtica monstruosidad, del doble de largo que una barcaza mercante, apilada nivel sobre nivel como los altos complejos inmobiliarios de Bocoum. A lo largo de cada una de las ringleras se alineaban centenares de cestas para los ballesteros y de aspilleras para los arqueros. La enormidad del conjunto había sido concebida para que abrumase con su mera escala marcial. Algo que conseguía sin lugar a duda.

Hasta el momento, los cuatro bajeles como aquél a los que se habían enfrentado los incursores los habían hecho pedazos. Sus proas estaban reforzadas por árboles inmensos, enfundadas en metal, grandes y lo bastante sólidas para hacer añicos navíos normales. Las cubiertas quedaban tan arriba que el abordaje era imposible. La uña de Espadín había resultado obsoleta, un mero alfiler que intenta pinchar la piel de una ballena. Aquellos buques de guerra no eran cosas que atravesar y sobre las que abalanzarse, como había sido la técnica de Espadín hasta ahora. Eran auténticas fortalezas flotantes que impartían la muerte desde detrás de un bastión inexpugnable. Eran mucho más grandes que los barcos-lobo de los incursores, y sugerían una intención agresiva que la Liga no había mostrado nunca anteriormente. Sin que hubiese ninguna advertencia, uno de ellos había atracado en los bajíos ante la costa de Palishdock y descargado un ejército entero. Los soldados enseguida se hicieron con el lugar, cobrándose una venganza instantánea que cogió por sorpresa a los incursores.

El barco de guerra estaba anclado por cuatro puntos, cuatro cables tan gruesos como pinos maduros que descendían hacia las profundidades del océano. Los incursores llegaron a uno de ellos, el que estaba cerca de la popa. Se mantuvieron inmóviles en el agua con las bocas abiertas para tragar aire, cabalgando el oleaje, escupiendo chorros de agua entre los dientes. Aunque estaba impaciente por agarrar el cable, Espadín sabía que eso necesitaba ser una acción bien cronometrada. Cada cresta de ola que pasaba los subía y los bajaba, los transportaba de un punto a otro. Espadín necesitó un tiempo para poder colocarse en posición. Fue el tercero, de hecho, en encontrar su estómago apretado contra las ásperas cuerdas en el punto álgido de una ola. Pasó el brazo alrededor de las protuberancias de la urdimbre,

aplastó los tobillos contra ella y sintió hundirse los ganchos. Extraer cada uno requirió un cierto esfuerzo, pero conforme iba llegando más arriba, una extremidad cada vez, Espadín volvía a clavarlos. Así fue alejándose poco a poco de las olas. No tardó en encontrar un ritmo y fluidez en los movimientos, pero aun así supuso un trabajo lento para él y los demás, cada integrante de su grupo era como una hormiga que se arrastra hacia un banquete puesto sobre una mesa muy arriba.

Una hora después, goteando sobre la cubierta, jadeante y fatigado, con los brazos y las piernas como de goma y la piel enrojecida, Espadín se dio la vuelta y ayudó a los demás a pasar por encima de la barandilla. Susurró recordatorios de la necesidad de silencio y sigilo. Una vez que estuvieron todos a bordo, se quitaron el anzuelo de muñeca y las bandas de tobillo y las tiraron al mar. Se pasaron las manos por distintas porciones del cuerpo para eliminar la humedad. La brisa cálida que acariciaba el barco de proa a popa ayudó a secar su piel desnuda. Los arqueros presentes entre ellos ciñeron sus arcos con cuerdas secas que habían llevado dentro de los envoltorios a prueba de agua. Eso requirió unos minutos, pero Espadín indicaba con todos sus movimientos que no debían apresurarse. Cada cosa a su tiempo, cada paso llevado a cabo dentro del compás apropiado.

No les hizo ninguna señal de cuando había llegado la hora de moverse. Se limitó a avanzar, sus pies ágiles y precavidos sobre la resbaladiza cubierta. Los demás lo siguieron. No habían llegado muy lejos antes de que tuvieran que detenerse de nuevo, apelotonados en las sombras proyectadas por un camarote. Había guardias sentados dentro de cestas en los mástiles, tres juegos de ellas con dos guardias en cada una. No podían acercarse más sin ser divisados. Espadín se volvió hacia los demás. Todos estaban muy solemnes, los ojos fijos en su rostro a la espera de instrucciones. Espadín sonrió, se encogió de hombros y consiguió indicar con los ojos que haber llegado tan lejos ya era todo un logro. Estaban en un barco de guerra de la Liga, su presencia ignorada por todos, desnudos y paseándose a su antojo en la noche. El hecho de que fuera capaz de transmitir todo aquello sin necesidad de recurrir a las palabras era uno de sus dones. Las sonrisas se propagaron rápidamente de un rostro a otro. Con ello, Espadín supo que estaban listos.

Avanzaron con sus arcos tensos y las flechas en su sitio. Uno de los guardias los vio inmediatamente, pero antes de que pudiera gritar, un triángulo de metal y un astil de madera detrás de él pasaron a través de la cuenca de su ojo y entraron en su cráneo. Su cabeza osciló hacia atrás con la fuerza del impacto, algo que Espadín recordaría después. Fue sólo el primero. En el espacio de unos segundos una salva de flechas voló desde todas partes en torno a él. Todas salvo una alcanzaron a sus blancos en el pecho o en la cabeza. Una detuvo la boca de un hombre en plena exclamación. El único proyectil que falló el blanco se perdió de vista bajo la luz de las estrellas, sin señal o sonido algunos que indicaran adónde podría haber ido a

parar.

El grupo se dividió. Unos cuantos corrieron a eliminar a los vigías delanteros y a cualquier otra presencia en cubierta. Espadín y el resto fueron alrededor de las estructuras del camarote principal e irrumpieron en el cuarto del práctico. Éste y su tripulación se hallaban inclinados en torno a una carta de navegación. En un primer momento levantaron la vista tranquilamente, como si no los sorprendiera en lo más mínimo la visión de unos intrusos desnudos que empuñaban dagas. Pero el estado de ánimo cambió rápidamente. La carnicería llevada a cabo por los incursores fue rápida y eficiente; no carecían de experiencia en eso, después de todo. Un hombre llamado Clytus agarró al práctico y lo lanzó de bruces sobre la cubierta con una fuerza que rompió dos de los dientes del hombre y los envió resbalando a través de las lisas tablas.

En cuestión de segundos todos los tripulantes estaban muertos o exhalando su último aliento. Espadín aún no había mojado su hoja, pero su objetivo no se encontraba en aquella cámara. Hacia el fondo de la habitación había una puerta cerrada, el quicio alrededor de ella adornado con un relieve dorado, el delfín emblemático de la Liga como motivo central. Espadín apuntó el talón hacia el pestillo y la abrió de una patada. Dentro encontró a la persona que buscaba.

El hombre de la Liga era alto y flaco, los brazos como los de un muerto de hambre. Acababa de levantarse de la cama y trataba de orientarse. Sus costillas, vistas por un instante antes de que se pusiera la bata, se tensaban contra una delgada membrana de carne. Espadín tampoco le puso las manos encima, pero el hombre y la mujer que pasaron junto a él como una exhalación sí que lo hicieron.

En el camarote principal, los brazos del hombre de la Liga fueron inmovilizados a cada lado, el plano de dos cuchillos contra su piel, uno a cada lado de la cabeza justo debajo de sus pequeñas orejas. El cono alargado de su cráneo, cubierto de pelo ralo, parecía ser una desnudez mucho mayor que la de los incursores. A pesar de esto, sólo mostraba desdén por la intrusión y la matanza. No había indicio alguno de miedo en sus altivas facciones. De hecho, parecía incapaz de ver la escena a su alrededor como nada más que una molestia.

Espadín se puso ante los ojos desafiantes del hombre de la Liga. Tenía que ser rápido sin parecer que se daba prisa.

—¿Cómo te llamas?

—¿No lo sabes? —preguntó el hombre—. Yo conozco tu nombre. A menos que esté equivocado, eres aquel al que llaman Espadín. Nunca me habría imaginado que tu nombre fuese tan apropiado. Tan sólo eres un pececillo. Harías mejor en ocultar a la vista de los hombres ese gusanito que tienes. Pero tú ya lo sabes, ¿verdad?

—¿Cómo te llamas? —repitió Espadín.

El hombre de la Liga frunció los labios, como si considerara la naturaleza de la

pregunta. Finalmente dijo:

—Soy Sire Pen, vicealmirante de las operaciones navales de Ishat. —Sonrió—. Soy lo que vosotros llamáis un pez gordo.

Durante aquel cruce de palabras Espadín observó con el rabillo del ojo a Clytus y Wren. Mientras él hablaba con el hombre de la Liga ellos interrogaron al práctico atado y con los dientes rotos, que había sido reservado. Clytus le pegó varias veces con el dorso de la mano, amenazándolo en susurros que pretendían no incomodar a Espadín, quien no habría podido decir si estaban haciendo progresos o no.

Uno de los guardias de fuera asomó la cabeza dentro de la habitación e indicó con un gesto que volvían a estar todos juntos pero se acababa el tiempo.

—No puedes esperar tomar esta nave —dijo Sire Fen—. En verdad, sólo te quedan unos minutos de vida, joven forajido. Es el problema con los de tu clase. No pensáis antes de saltar. —Guardó silencio por un instante, la cabeza ladeada, y luego preguntó con sincera curiosidad—: ¿Qué esperabas conseguir aquí? ¿Te has traído, qué, diez ladrones para tomar un barco de guerra?

—No estamos intentando tomar el buque —dijo Espadín, si bien ahora su atención estaba centrada sólo parcialmente en el hombre de la Liga. Señaló la puerta con un movimiento de la barbilla, instrucción suficiente para que dos de sus hombres fueran hacia ella con los arcos tensados. Ambos dejaron que las flechas asomaran fuera del portal.

—¿No? —preguntó Sire Pen—. ¿Qué tienes en mente, entonces?

Espadín miró a Clytus, quien se había detenido de una forma concebida para atraer su atención. Estaba inclinado sobre lo que parecía un baúl abierto, aunque por su mirada y la forma en que habló con sólo un asentimiento de la cabeza, Espadín supo que había encontrado lo que pensaban que encontrarían allí. Wren tiró del cordel entre sus pechos. Cogió la píldora con una mano cuando ésta le cayó de la espalda y quitó la pantalla de cristal de una lámpara de aceite con la otra.

—Hay más formas de atacar a un enemigo que las obvias —dijo Espadín.

—Oh —dijo el hombre de la Liga, asintiendo con una nueva comprensión—. Buscáis un prisionero. ¿Un rehén? Pediréis un rescate por mí. ¿Es eso? Una idea muy audaz, lo admito, pero...

—Quieres destruirnos, ¿verdad? —lo interrumpió Espadín, volviendo a poner los ojos en él.

El hombre de la Liga frunció el rostro en torno a la nariz como si oliera algo repugnante.

—A todos y cada uno de vosotros.

—¿Por qué? ¿Tan grande es la amenaza que somos para vosotros?

—No sois ninguna amenaza. Sois como ratas en una ciudad. Cagándoos por todas partes. Robando. Propagando enfermedades. Sí, la Liga planea eliminar hasta al

último de los incursores.

Espadín sacudió la cabeza, con algo parecido a la decepción presente en sus facciones.

—Ésa es la razón por la que no entenderás cuál es mi meta esta noche. Tú quieres matar a muchos. Esta noche, en cambio, a mí sólo me importa matar a uno.

El rostro del hombre de la Liga mostró perplejidad en una lenta progresión que siguió su propio curso. Primero, ante las palabras. Luego, cuando bajó la mirada, casi pareció como si enrojeciera de vergüenza. Espadín acababa de clavarle el cuchillo en el pecho, hundiéndoselo hasta la empuñadura. Lo sacó, apretó la empuñadura en su puño y le cortó el cuello a Fen mediante un tajo tan profundo que su siguiente respiración brotó del creciente lunar, burbujeante de sangre. Los dos incursores que lo sujetaban retrocedieron, y el hombre de la Liga cayó al suelo en un amasijo de miembros.

—Matad al práctico —dijo Espadín—, y salgamos de aquí.

—¡No! ¡No! —chilló el práctico—. No me matéis. —Dirigió un dedo torcido hacia el pecho de Espadín—. ¡Puedo deciros qué es lo que cuelga de vuestro cuello! ¡Por favor, señor, puedo deciros qué es!

El incursor detuvo a sus hombres con un brazo.

—¿Qué?

El hombre necesitó unos instantes para recuperar el aliento. Señaló el cordel de cuero en torno al cuello de Espadín, el objeto dorado que había cogido hacía meses del bergantín de la Liga.

—De vuestro cuello. Ese pendiente. ¿Sabéis lo que es?

Espadín no bajó la vista hacia el práctico, como éste parecía querer que hiciese.

—Habla, y deprisa.

—¿Me perdonaréis la vida?

—No, a menos que hables deprisa.

Dicho fuese en su honor, el práctico mostró una gran destreza con la lengua. Las cosas que dijo resultaron ser de lo más interesantes. Lo suficiente para que Espadín, sorprendiéndose incluso a sí mismo, ordenara hacerlo prisionero.

—Tú y yo necesitaremos hablar con más calma. —Por encima de los chillidos de protesta lanzados por el práctico en cuanto le oyó decir aquello, Espadín dijo—: Wren, enciéndela y déjala caer. —Una vez dada la orden, fue hacia la puerta. Un instante después la pílora fue aflojada y cayó a través del entramado de tuberías de que se servía el práctico para enviar mensajes a las entrañas del navío. Su corta mecha chisporroteaba mientras caía.

Ahora la cubierta no podía estar más activa. Los soldados estaban saliendo rápidamente por las diversas escotillas del navío. Se aproximaban —con casco y acorazados, detrás de los escudos— en un decidido avance. Los arqueros de los

incursores lanzaron sus últimas flechas, y después todos corrieron hacia la popa del navío. En la barandilla, Espadín se volvió hacia los demás.

—Acordaos de apretar bien fuerte los músculos del trasero, a menos que queráis que el agua os saque las entrañas por la boca. —Lo dijo como tal cosa, pero su mirada se posó en Wren—. ¿Estás segura de que puedes hacerlo?

Wren pasó a su lado y subió a la barandilla.

—Preocúpate por ti mismo —dijo. Un instante después saltó. Sus largos cabellos se elevaron en torno a ella mientras se perdía de vista; cada zarcillo se extendía hacia el cielo mientras caía. Espadín esperó con todas sus fuerzas que sobreviviera, porque algo en aquella última imagen suya lo llenó de deseo carnal.

Se aseguró de que el piloto era empujado al agua, y luego pasó la pierna por encima de la barandilla. Mientras caía, atravesando una capa de aire tras otra, sintió las ondas expansivas dentro del navío junto a él y supo que su píldora acababa de hacer erupción en el interior del casco. Contenía un preparado por el que habían pagado una buena cantidad de dinero, un explosivo en forma líquida. La explosión que estaba teniendo lugar dentro de las entrañas del barco de guerra no lo destruiría. Espadín ya lo sabía. Incluso si inflamaba alguna parte de la brea de la que tan salvajemente se servía la Liga, había pocas esperanzas de hundir aquella cosa. Pero los dejaría con un buen dolor de tripa. Espadín sonrió pensando en ello. Luego tensó los músculos en preparación para el impacto.





Aquella primera noche Mena sólo escuchó. Dejó entrar al hombre que decía llamarse Melio, y que aseguraba conocerla a ella y a su familia, en el patio interior de su complejo de habitaciones. Antes nunca había hecho tal cosa con ningún hombre. Era un acto prohibido a las sacerdotisas de Maeben, uno que el día anterior hubiese parecido imposible. Pero en compañía de aquel hombre sucedían cosas impensables. Se sentaron en el duro suelo de tierra apisonada. Inquietas por una presencia masculina, las sirvientas de Mena se mantuvieron entre las sombras, listas para acometer en cualquier momento. Mena se limitó a mirar al hombre que, aparentemente alentado por el silencio de ella, dio inicio a un largo discurso.

Hablaba acacio, por lo que Mena sabía que sus sirvientas no entenderían una sola palabra de todo lo que dijera. Lo que la asombró fue que ella sí lo entendía. Sentada en el suelo, fue redescubriendo la plenitud de su primera lengua en una larga inmersión. Centraba su atención una y otra vez en una palabra que había dicho Melio. La hacía rodar dentro de su mente, percibiendo sus contornos. A veces la boca se le abría de golpe, los labios moviéndose como si en lugar de respirar estuviera bebiendo las palabras de Melio.

Había sido un soldado de Acacia, un joven marah que tuvo que hacer frente al primer ataque en masa padecido por el imperio en muchas, muchas generaciones. Las cosas que presenció en aquella guerra eran demasiado horribles para que se pudiera hablar de ellas en nada que no fueran los términos más generales. Melio había perdido todo lo que un hombre puede perder excepto su vida. Había visto a la mayoría de las personas que le importaban muertas o esclavizadas, o las había visto traicionar a su nación por un nuevo señor. La superioridad acacia había sido algo que siempre dio por hecho, y el que Hanish Mein hubiera desmantelado tan completamente el poderío militar de su nación todavía lo llenaba de asombro.

Había sido herido en una de las pequeñas escaramuzas después de los Campos Alecios. En el curso de una patética retirada, la fiebre hizo presa en él. Cuando despertó de ella, el mundo había cambiado por completo a su alrededor. Se sintió tan derrotado, dijo, que si la voluntad de morir bastara para causar la muerte, no estaría ante ella ahora. Incluso se habría quitado la vida, de no ser porque semejante acción era imposible para un soldado adiestrado como era él. Durante un tiempo se unió a la

resistencia en Aushenia, sirviéndose de aquella tarea para ganarse una muerte honorable. Cosa en la que también fracasó.

Finalmente fue salvado de orquestar su propia muerte por el poder del rumor. Una noche de borrachera, un mercenario teh lo informó de que los pequeños Akaran habían sido llevados a un lugar seguro. El portador de esa noticia no podía nombrar ninguna fuente creíble mediante la que verificar su afirmación, pero expuso una simple lógica. Sólo habían capturado a Corinn, ¿sí? El hecho de que Hanish la exhibiera constantemente no hacía sino subrayar la ausencia del resto de sus hermanos. Habría hecho lo mismo con los demás si los hubiera capturado, ¿no? Por otra parte, ¿alguien podía probar que les habían dado muerte? ¿Se habían exhibido cabezas o cuerpos? ¿Se le había mostrado al público algo que confirmara, de una manera o de otra, el destino padecido por los Akaran? Las respuestas eran obvias, y con ellas surgían nuevas posibilidades. La más simple de ellas —y también aquella a la que se había aferrado Melio— era que si el linaje Akaran no estaba extinguido, podía ser devuelto al poder.

Decidió seguir vivo como pudiera buenamente, esperar a que pasara el tiempo con la esperanza de que hubiese algo de verdad en las historias. Durante los tres últimos años había trabajado para los mercaderes flotantes. Su ruta seguía las corrientes estacionales que circulaban por el Mar Interior. Por tres veces se había aventurado hasta tan lejos como el archipiélago de Vumu, con el que comerciaban los mercaderes. Nunca se había quedado mucho tiempo y nunca había visto a las sacerdotisas de Maeben antes. Cuán afortunado había sido que la hubiese encontrado. ¡Estaba viva! Así que había razón para creer que Dariel lo estaba también. Y seguramente Aliver vivía y en este preciso instante estaba haciendo planes para recuperar el trono. Los rumores eran ciertos, y Melio daba gracias a la Donante de que no hubiera muerto antes de descubrir aquello por sí mismo.

Mena le dijo que se fuera cuando se aproximaba el alba, sin prometer nada, sin admitir nada, sin mostrar ninguna señal del efecto que su presencia había tenido sobre ella. Se acostó en su camastro cuando llegaba el día, cálido y despejado como siempre. Tenía la mente sorprendentemente vacía. Sabía que hubiese debido estar hirviendo de temores y dudas, recuerdos removidos, preguntas suscitadas. Pero simplemente no podía centrarse el tiempo suficiente en nada como para afrontar su importancia. Siguió tendida en el camastro hasta que se durmió. Despertó cuando su sirvienta la avisó de que ya era bien entrada la tarde, se levantó, y cumplió con sus obligaciones como sacerdotisa.

Volvió al anochecer para encontrarse con que el acacio la esperaba de nuevo en el sendero. Una vez más lo dejó entrar en el complejo y se sentó a oírlo hablar. Cuando lo despidió horas después, Mena continuaba sin haber prometido nada. No admitió nada, no mostró señal alguna de que pensara nada de las historias que había contado

él. Durmió durante toda la mañana, despertó al calor del mediodía, y miró el techo encima de ella, escuchando el rumor de los lagartos que cazaban insectos en la techumbre de paja. Melio tenía una cara sin nada de particular, decidió. Sin nada de particular y sin embargo, por alguna razón, ella tenía muchas ganas de volver a verla.

La noche siguiente él la esperaba en la puerta de su complejo. Se levantó de su postura acuclillada al aproximarse ella, la llamó «princesa», y entró en el recinto cuando Mena le indicó con un gesto de la cabeza que podía hacerlo. En cuanto estuvieron sentados uno frente a otro, Melio reanudó su discurso. Asombroso, realmente, que después de dos noches de hablar aún encontrara cosas que decir. Había oído contar que los agentes del príncipe estaban dispersos por todo el país, dijo, trabajando en secreto para unir a los sectores divergentes de la resistencia. Incluso había habido una revuelta en las minas de Kidnaban, acaudillada por un profeta que juraba haber soñado con el regreso de Aliver. Aliver no tardaría en llamar a los suyos para unir sus ejércitos, decía. Muchos ardían en deseos de creerlo.

Mena oía y archivaba todas las cosas que le contaba él. También pasó algún tiempo confirmando que la cara de Melio no tenía, de hecho, nada de excepcional, estudiándola rasgo por rasgo para estar segura. El pelo largo y descuidado, a menudo cayéndole sobre los ojos, de modo que tenía que apartárselo, ojos castaños sin nada de particular, dientes demasiado prominentes cuando sonreía, mejillas que parecían pertenecer a un querubín, pero sólo vistas desde determinados ángulos: corriente en todos los aspectos. No desprovisto de atractivo pero no particularmente noble o fuerte o sugeridor de una gran sabiduría. Así que ahí estaba, confirmado. Parecía extraño que ella hubiera llegado aunque sólo fuese a pensar en su apariencia.

Y con esta pregunta a espaldas suyas, Mena lo interrumpió.

—¿Dices que un profeta de las minas soñó con Aliver? Dime, ¿ese profeta describió sus rasgos? ¿Sabía qué aspecto tenía mi hermano, cómo hablaba? ¿Sabía de su carácter? Mi hermano nunca vio las minas de cerca; ¿cómo es que alguien en las minas sabe tanto acerca de él?

Costaba decidir si la expresión atónita de Melio era una reacción a lo que había dicho ella o meramente al hecho de que hubiera desgranado tantas frases seguidas. La miró con más fijeza de lo que hacía mientras hablaba, cuando sus ojos tendían a saltar rápidamente de un objeto a otro.

—No soy capaz de decir de dónde le viene el don a un profeta —respondió finalmente—, pero creo que ahí hay algo a tomar en cuenta. Y creo que vuestro hermano posee recursos que todavía tiene que descubrir. Eso siempre lo pensé acerca de él, incluso cuando éramos niños. Para la gente en general es un símbolo. Pocas personas en el Mundo Conocido llegan a posar la vista en vuestro hermano, pero todos conocen su nombre. Todos lo imaginan tal como desean que sea. Aliver es esperanza en una época en que la gente la necesita desesperadamente. Puede que en

el fondo la resistencia vaya de eso tanto como de cualquier otra cosa. Nos reunimos secretamente, difundimos nuestros mensajes de palabra, nos buscamos los unos a los otros a través de referencias personales. Una vez me reuní con un grupo en una casa cerca de Aos. Había tal vez quince de nosotros, pero tan pronto como las puertas estuvieron cerradas y nos sentimos seguros uno en compañía del otro, nos abrimos y hablamos como viejos amigos. Hablamos de las penalidades que habíamos presenciado y de los seres queridos a los que habíamos perdido y de los sueños que abrigamos para el futuro. Fue una velada maravillosa, y en su centro estaba la esperanza encarnada por los jóvenes Akaran. No me sorprende que no sepáis nada de esto aquí.

Hay pocos en la resistencia que vivan tan lejos como Vumu. Aunque, afortunadamente, yo estoy aquí, y vos también.

Sin atraer la atención hacia el acto, Mena se pasó los dedos por el pelo, separándolo atrás y llevando unas cuantas hebras sobre sus hombros. Ir medio desnuda nunca le había causado embarazo alguno anteriormente. Con Melio, sin embargo, era cada vez más consciente de su cuerpo. Dijo:

—Afirmas que nosotros, los hijos de Leodan Akaran, estamos a punto de reaparecer, al frente de un ejército que acabará con el imperio de Hanish Mein. ¿De qué estás hablando? Mírame. Soy una Akaran. Eso ambos lo sabemos. Bueno, ¿dónde está mi ejército? Mira a tu alrededor. ¿Acaso tengo aspecto de disponerme a iniciar una guerra?

—He pensado en eso —dijo Melio, asegurándose de que sus ojos permanecieran puestos en los de ella—. No puedo explicarlo. Quizás en vuestro caso algo no salió bien.

Su guardián muerto podía ser considerado como algo que no había salido bien, ciertamente. Pero Mena no admitió nada. En lugar de eso, le dijo que tenía que irse. Podía, sin embargo, volver por la mañana. Por una vez, bien podían hablar a la luz del día. Lo cierto era que no había planeado decir aquello. Las palabras se le escaparon de los labios como si tuvieran voluntad propia. Después, se preguntó por qué. Y entonces se dio cuenta, y le pareció extraño que pudiera actuar de cierta manera y no saber qué la había impulsado hasta después de que hubiera actuado.

La mañana siguiente Melio esperaba ante su puerta. Mena hizo una señal para que se le dejara entrar. Mientras él iba hacia ella, con los ojos entornados ante el sol hasta llegar a la sombra, dijo:

—Nunca contraí la fiebre.

—Todos la contrajeron —dijo Melio—. La fiebre se extendió por el mundo.

—Sí, vino a través del archipiélago. Pero no llegó a extenderse hasta mí. —Lo dijo como si tal cosa, en un tono cortante que vetaba cualquier discrepancia. Cambió de tema con sus siguientes palabras—: En la cultura vumu las mujeres no tienen

permitido empuñar las armas. Pero en Acacia no es así, ¿verdad?

Melio, remiso a olvidarse de su afirmación anterior, tardó unos instantes en decidirse a responderle.

—En nuestro país cualquier muchacha que se sintiera inclinada a ello podía recibir el adiestramiento. No se las consideraba excluidas del servicio, y bastaba con que supieran estar a la altura de lo que se les exigía a los hombres.

—¿Hubo muchas que supieran estarlo?

—La mayoría de las que lo intentaron, creo. La Séptima Forma es la de Gerta. Luchó con los hermanos gemelos Talack y Tullus y sus tres perros lobos. Necesitó doscientos dieciséis movimientos para derrotarlos, pero lo hizo. Ambos hermanos perdieron la cabeza, y los perros uno o dos miembros cada uno. Así que a veces las mujeres no sólo estaban a la altura, sino que fijaban el nivel de lo que se exigía.

Mena miró en la media distancia, absorta en sus pensamientos por un instante. Sabía por qué había dispuesto que Melio estuviera ahí y lo que le iba a pedir. Volvía a ser lo bastante dueña de sí misma como para controlar el momento. Aun así, sus deseos la sorprendían y la llenaban de confusión. No tenían nada en común con el papel al que tan acostumbrada había llegado a estar. Ella era una sacerdotisa de Maeben. Lo había sido durante años, y hasta ahora se había conformado con serlo. Pero aun así abrió la boca y se acercó un poco más a lo que quería preguntar.

—¿Y tú conoces todas las Formas?

—Sólo aprendí apropiadamente las cinco primeras.

—¿Y el resto?

—Las conozco —dijo Melio—. Aprendí las últimas Formas deprisa y corriendo, más por textos que por el verdadero adiestramiento. Entonces el mundo ya se estaba desmoronando...

—Melio, quiero que me enseñes a manejar una espada. —Ya estaba. Lo había dicho. Sabía que era una traición y un alejarse de todo aquello en lo que se había convertido, pero debía admitir que en el fondo se sentía más tranquila de lo que hubiese imaginado. Porque el caso era que quería aprender a servirse de la espada. Lo había querido durante mucho tiempo. Solía abrigar pensamientos violentos mientras Vaminee la sermoneaba, o si no, de noche, tenía sueños en los que bailaba por el mundo con su espada marah, despertando de pronto para preguntarse si no habría algo que fuera mal en ella.

—¿Habláis en serio?

La pregunta fortaleció aún más su certeza.

—Pues claro que hablo en serio.

—Princesa, no soy ningún instructor. Y ya no tengo armas. No puedo enseñar sin...

Mena lo interrumpió levantándose del suelo.

—La diosa proporcionará todo aquello de lo que careces. Ven conmigo.

Al cabo de un rato, en un almacén en la parte de atrás del complejo, con la luz filtrándose a través del encañizado de las paredes y el techo, polvo flotando en el aire entre los dos, Mena estaba de pie con los brazos extendidos ante ella. Las palmas de sus manos sostenían la espada envainada que traía consigo cuando llegó a nado hasta la costa de Vumu, nueve años antes. El rojo de la oxidación manchaba algunas de las tallas que adornaban el metal.

Ya no brillaba como hubiese debido, pero seguía habiendo mucha belleza soterrada en el arte con que la hicieron.

—Esto fue lo único que me llevé conmigo de Acacia —dijo—. Era como si se negara a separarse de mí. Los sacerdotes nunca se atrevieron a quitármela. Tiene que haberles parecido una especie de encantamiento. Con tal de que yo accediera a ocultarla, permitieron que la tuviera conmigo y desde entonces no han hablado de ella. ¿Conoces esta arma? Las espadas que son como ella, quiero decir.

—Es una espada marah. Muy parecida a la que yo mismo tuve en tiempos.

Mena aferró la empuñadura y sacó la hoja de la vaina. El sonido que hizo al deslizarse pareció absurdamente ruidoso en aquel espacio lleno de silencio, un rechinar que subió de tono hasta convertirse en un silbido cuando la hoja desnuda hendió el aire.

Melio se apartó y dijo:

—Creía que vuestro destino era ser Maeben.

—¿Por qué te alejas de mí? Fuiste tú el que vino y me encontró, ¿recuerdas?

—Naturalmente, pero...

—Quizá no soy tal como tú esperabas que fuera, y lo que te acabo de preguntar quizá te haya sorprendido también. Pero ¿y qué? La vida ya te ha dado otras sorpresas antes.

Él no tenía ninguna refutación directa para eso.

—Los sacerdotes...

—Los sacerdotes no tienen nada que ver con ello.

La expresión llena de fruncimientos que apareció en el rostro de Melio se las ingenió para decir que los defectos contenidos en semejante afirmación no podían ser más obvios. Antes de que él intentara expresarlos en palabras, Mena continuó:

—De los sacerdotes ya me ocuparé yo. Ellos no son de tu incumbencia. ¿Tienes alguna otra excusa?

Melio parecía perplejo, incapaz de retirarse pero sin saber de qué manera proceder. Miró detrás de él en dirección a la puerta por la que habían entrado en el almacén, como si pudiera ser factible desandar lo andado y llegar al terreno más estable en el que había estado hacía sólo unos instantes. Mena, ahora impaciente, le preguntó que era la Primera Forma. Edifus en Carni, respondió él. ¿Era una forma de

manejar la espada? Sí, por supuesto, dijo él. La mayoría de las Formas lo eran.

—Muéstrame —dijo Mena, arrojándole la vaina sin avisar. Él la cogió al vuelo en un gesto lo suficientemente impecable. Un instante después Mena se colocaba en el centro de la habitación, con su espada en la mano. Apartó a patadas unas cuantas cajas para marcar un espacio despejado. Tampoco era como si nunca hubiera venido aquí antes, nunca hubiera desenvainado la espada para asestar mandobles a su alrededor. Lo había hecho tantísimas veces a lo largo de los años... Había sido poco más que una prueba de cómo iban creciendo sus fuerzas, o eso había pensado ella. Ahora, parecía, cierta parte de ella había sentido una súbita necesidad de tocar el arma, de recordarle que no la había olvidado del todo. Como la había empuñado a menudo, sabía muy bien cuál era la mejor manera de adaptarla a su mano. Optó por sostenerla torpemente, sin embargo, con un dedo curvado sobre la guarda, con la muñeca vuelta hacia un lado como si la hoja pesara demasiado para ella. La punta de ésta trazó una corta cicatriz irregular sobre el suelo de tierra.

Lo cual no era una imagen demasiado agradable para nadie que se preciara de conocer la esgrima. Melio no pudo evitar corregirle la manera en que aferraba la empuñadura, tal como ella había sabido que haría. Eso no fue más que un comienzo, naturalmente. Luego le enseñó cómo había que poner los pies, le demostró cuál era la postura apropiada. Fue nombrando las distintas partes de la espada y explicó la función que tenía cada una. En cuestión de minutos ya había perdido una buena parte de su reluctancia inicial.

Melio le explicó que Edifus había luchado personalmente con el campeón de los gaqua, una tribu que controlaba la Brecha Gradthica, la ruta a través de las montañas entre Aushenia y la altiplanicie del Mein. La historia no tenía constancia de cómo se había organizado aquel duelo, pero la batalla en sí estaba detallada hasta el más ínfimo de los movimientos. Melio nunca se los había enseñado a alguien que no tuviera ninguna familiaridad previa con ellos, pero el espacio de unas cuantas paradas e inicios bastó para que consiguiera meterse en la piel del gaquano. Sostenía la vaina igual que habría hecho con una espada, y se movía a través de la serie de ataques y paradas a un cuarto de velocidad. Mena podía ser rápida a la hora de anticipar sus movimientos, y así se lo demostró.

A pesar de sí mismo, Melio acabó dejándose absorber por el trabajo. Pareció olvidar su reluctancia y el hecho de que su pupila no fuera tan alta como él y el espacio, extraño y lleno de sombras, que ocupaban. Las palabras cobraban forma sobre sus labios y su mente parecía darles la bienvenida, canturrear con el regreso de habilidades largo tiempo descuidadas. Cada vez que hacía una pausa o parecía flaquear, Mena clavaba los ojos en él hasta que continuaba. Si se sentía incomodado por la visión del torso desnudo de ella, supo hacer un buen trabajo a la hora de ocultarlo.

Para cuando la mañana llegaba a su fin, Mena se había ejercitado a través de toda la secuencia y se sabía de memoria las primeras porciones.

Finalmente se detuvieron por mutuo, silencioso acuerdo, ambos con la piel brillándoles de sudor. Permanecieron inmóviles unos instantes, recuperando el aliento. Melio se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano, aunque las gotitas reaparecieron casi al instante.

Ahora que se habían detenido, una expresión de confusión se propagó por sus facciones. Mirando la vaina que tenía sujeta en el puño, la agitó como si no estuviera del todo seguro de cómo había llegado hasta allí.

—¿Cuánto falta para que nos llame mi hermano? —preguntó Mena.

—Pensaba que no creíais que eso fuera a suceder.

—Y no lo creo, pero ¿cuánto falta para esa llamada que tú crees que vendrá?

—Si sucede, como se me ha dicho, empezará a buscaros esta primavera. Y en el verano llamará a los ejércitos para que se reúnan. Hay muchos de nosotros que hablan de eso. Cuando llame, sabré de ello a través de gente a la que conozco entre los mercaderes viajeros.

—Bien —dijo Mena—, unos cuantos meses. No es mucho tiempo. ¿Como cuánto de buena crees que puedo llegar a ser con la espada en unos cuantos meses?

Melio no podía borrar de la cara su expresión de perplejidad. No lo intentó, y tampoco respondió a la pregunta. En lugar de ello, lo que dijo fue:

—Deberíamos ponerle un poco de aceite a esa hoja. El óxido es una atrocidad. Aunque, naturalmente, deberíamos hacer un par de espadas de adiestramiento. En las colinas probablemente hay buena madera...





Maeander había sabido desde la infancia que sus dones no podían ser más distintos de los de su hermano. Hanish poseía una mente despierta, una memoria enciclopédica, una capacidad para llevar adelante al mismo tiempo tanto grandes planes como detalles minúsculos, una habilidad para inspirar adoración por parte de las masas y una aguda comprensión de cómo manipular el mito en favor suyo; todo lo cual estaba muy bien, pero Maeander era el que andaba con la ira tangible, marcial de su pueblo palpitando a través de él. Su fría impassibilidad, su sonrisa, sus lentos ojos disfrazaban el agitado núcleo de violencia que siempre estaba presente en su interior.

Él nunca se ponía ante ningún hombre sin ponderar cómo podía darle muerte en cuestión de segundos, con un arma o sin ella. Mientras otros sonreían y charlaban y hacían comentarios sobre su apariencia o sobre el tiempo, Maeander imaginaba qué cantidad de fuerza se necesitaría para hundir la cuña de sus dedos tensados a través del cuello de una persona, de manera que pudieran agarrar la arteria que bombeaba la sangre a su cabeza y arrancarla del sitio. Él siempre había imaginado esas cosas, y aún tenía que hartarse de la inquietud que su mirada infundía en los demás.

Maeander sabía que él, no su hermano, encarnaba más plenamente la ira de los tunishnevre. Los mismos antepasados así se lo decían. Y le aconsejaban sobre cuál era el favor que estaba virando hacia él; sólo tenía que esperar a que llegara, seguir siendo fiel a sí mismo, y estar preparado. Ésa era también la razón por la que había preparado a Larken durante todos aquellos años. El acacio era tan buen asesino como cualquier mein, y sería un aliado perfecto cuando llegara el momento.

Enviando a Maeander en busca de los Akaran, Hanish le había asignado una misión secundaria con respecto a la encomendada a Haleeven. Pero al final, creía Maeander, sería la de mayor importancia. Los tunishnevre necesitaban sangre akarana. Nada convenía más a sus necesidades que el líquido vertido por las venas de los hijos de Leodan Akaran, descendientes directos del propio Tinhadin. Corinn podía bastar como un último recurso, pero si los otros vivían aún, los tunishnevre querrían y necesitarían su sangre también. ¡Pensar en cómo sería recompensada la mano que entregara semejante ambrosía! Los antepasados, cuando hubieran sido liberados de la maldición, cubrirían de favores a quienes habían hecho posible tal cosa. ¿Por qué él no debería ser el primero entre los así recompensados? ¿Por qué la ira de los

tunishnevre no debería vivir en él, en una presencia física y tangible que podría remodelar el mundo mucho más completamente de lo que Hanish había soñado aún?

Maeander se embarcó en su cacería con el mismo vigor que había mostrado a la hora de ponerse en campaña. Reunió en torno a él toda una jauría de sus asesinos más veteranos y de mayor confianza y de los mejores de los jóvenes, los más habituados a su propia fatiga y al sufrimiento de otros. Los condujo, rabiosos y aulladores, en busca de un rastro que tenía nueve años de antigüedad. Fue río Ask arriba; desembarcó al pie de los Bajíos; y avanzó hacia el Este, serpenteando a través del bosque de árboles de anchas hojas que circundaba el Borde Methaliano. No había ninguna pista particular que lo llevara allí, pero una gran parte de la dispersa población del área seguía siendo leal al rey muerto de los Akaran. Maeander buscó entre ellos, interrogando, castigando, dejando tras de sí pueblos en llamas y jóvenes, cuya arrogancia lo había irritado particularmente, clavados al tronco de un árbol por las manos y por los pies y convertidos en un alfiletero de flechas. Unas cuantas lenguas aflojadas por el miedo balbucieron disparates, pero Maeander supo reconocer esto como lo que era en realidad y se cobró la pérdida de tiempo de maneras que nadie en los bosques olvidaría pronto.

Mientras contorneaba la barrera de montañas que separaban Aushenia de la altiplanicie del Mein, y a pesar de todos sus esfuerzos, seguía sin saber más que antes. Le había, sin embargo, cogido una cierta afición al trabajo. Desde hacía mucho tiempo, Maeander tenía la firme creencia de que el terror y el dolor que uno instilaba en una víctima eran directamente proporcionales al placer a recibir como torturador. De ser así, él había causado mucho terror y dolor. Sabía que eso no era lo que Hanish había solicitado de él, pero esta misión era suya para proseguirla del modo que creyera más adecuado.

Aushenia le ofreció una gran expansión de campos y bosques, ciudades y pueblos, en los que poner aún más a prueba aquella ecuación. Oficialmente, la provincia seguía siendo una posesión numrek, pero tantos de los forasteros habían abandonado el lugar a favor de la costa talaya que el territorio había revertido a un estado de relativa autonomía. Los numreks daban más quebraderos de cabeza que otra cosa, pensaba Maeander. No había nada más difícil de justificar que el carácter de los «amigos» de uno. Extraño también que tierras derrotadas sólo unos años antes se negaran a aceptar el nuevo orden de las cosas. La propensión a mostrarse recalcitrantes de los aushenios crecía como las malas hierbas en cada grieta y hendidura del lugar. Y, lo que era todavía más importante, siempre había habido rumores de que los bosques del norte ocultaban a bandas de exiliados acacios, gentes que se habían pasado al nomadismo, errando de un lugar a otro, negándose a reconocer la realidad. Los hombres de Maeander se adentraron en Aushenia como lobos que caen sobre innumerables ovejas, buscando signos de oro acacio entre todos

aquellos vellocinos lanudos.

No todos los aspectos de su estrategia empezaban y terminaban con la brutalidad, sin embargo. Maeander también agitaba ante la gente recompensas a ganar por la conducta apropiada, para tentarlos, para atar en nudos sus lealtades, para demostrarse a sí mismo y demostrarles a ellos que había un precio para todo. Nada podía ser comprado más barato que el honor. Dicho en pocas palabras, hacía correr la voz de que pagaría generosamente toda información útil. «La persona que me entregue a un Akaran será rica más allá de cuanto haya soñado jamás —decía— y se habrá ganado la lealtad imperecedera del Mein. Recibirá un millar de monedas de oro, una isla o una ciudad o un palacio, cien cortesanas de la clase que él quiera. Consideradlo. Medidlo y actuad sensatamente».

Dicho mensaje se difundió por todos los confines del imperio, y durante dos semanas Maeander fue en pos de las pistas más creíbles. Envío hombres como azogue vertido sobre los contornos de la tierra, escurriéndose en una miríada de direcciones, capturando a los líderes de poblaciones sospechosas, interrogando, amenazando, engatusando. Puso una trampa a lo largo del camino principal entre la Cascada de Aushenguk y el Norte porque —se le había dicho— una banda de acacios rebeldes pasaría por ella con un cargamento de armas y monedas destinadas a alimentar una insurgencia planeada. Ningún artículo o persona con dichas características fue descubierto. Tomó por asalto una aldea, prendiendo fuego a cabaña tras cabaña sobre la base del testimonio jurado de que un miembro de la realeza acacia residía allí. No se encontró a ninguno. Y, un anochecer, ordenó a sus hombres que se abrieran paso a cuchillo hasta el interior de una asfixiante morada subterránea que se le había dicho alojaba al mismísimo Aliver Akaran. Pero lo que encontraron allí dentro, en lamentable realidad, fue un cubil de libertinaje numrek, lo bastante repugnante para que después rondara incluso por los sueños de Maeander.

Al final de un mes en Aushenia se había hartado de su propia estrategia. Mantenerse abierto al testimonio de cualquier taimado campesino no era una buena táctica. Algunos de los que acudían a él traían información equivocada; algunos, espoleados por la avaricia, se lanzaban a grandes saltos de conjetura que nunca reflejaban la realidad. Muchos basaban sus declaraciones en rumores carentes de ninguna validez verificable. Algunos eran puros y simples mentirosos. En los ojos de unos cuantos creyó discernir una oculta hilaridad. Eso lo irritó más que ninguna otra cosa. ¡Aquellos trotadores de la turba pensaban poder hacerlo quedar como un imbécil!

Cuando la información de verdad encontró a Maeander, sin embargo, no se trató de la clase de pista que esperaba él. Una joven sirvienta de un antiguo guardia marah llegó jurando que su señor sabía algo de la hija desaparecida de Akaran, Mena. Maeander prometió a la joven que, si contaba alguna falsedad, le hundiría una punta

de lanza bien reluciente y todavía roja de las fraguas a través del ombligo. Se cocería de dentro para fuera. La joven, pálida y temblorosa, se mantuvo apegada a su historia.

El supuesto marah ya no era un soldado. Por la razón que fuera, había optado por llevar una pequeña granja incrustada entre dos riscos rocosos. Maeander llegó allí entre el movimiento de su banda, el repicar de cascos y el tintineo de sus armas agitadas. Encontraron al hombre en su campo, de pie junto a un caballo solitario, observándolos como podría esperar un anciano a los portadores de la muerte. Oyó en silencio la razón de su llegada, no miró a la joven ni expresó gran cosa de cualquier emoción. Se limitó a señalar su cabaña.

Una vez dentro de aquella estructura húmeda y agobiante, Maeander optó por quedarse de pie, yendo de un lado a otro, mientras el hombre se sentaba. Tenía el cuerpo de un guerrero, desde luego, si bien ahora un tanto torcido y deformado por toda la labor en la granja. Tenía manos de dedos delgados que puso encima de las rodillas, y los ojos rojos y bulbosos de un fumador de niebla. Preguntó si podía encender una pipa y Maeander asintió.

No fue ni rápido en hablar ni remiso a hacerlo. Parecía haber retenido su información el tiempo suficiente para que fuera al mismo tiempo una parte de él y algo de cuya carga no le importaba ser liberado. Respondió despacio, contestando a una pregunta y después a otra con respuestas concisas y honestas. Había estado entre los guardias que llevaron a los hijos de Leodan Akaran a Kidnaban después de que se hubiera dado muerte a su padre. No había estado particularmente próximo a la familia real. Observó desde cierta distancia cómo se iba desarrollando su historia. El verdadero centro de su atención era otro marah, un oficial al que odiaba desde hacía tiempo y del cual deseaba vengarse. Fue siguiendo a ese oficial como descubrió que los niños estaban siendo enviados a un escondite. Aquel hombre, su enemigo, se convirtió en el guardián de Mena Akaran. Él lo siguió de manera encubierta, abandonando su puesto. Lo vio hacerse a la mar desde la isla a bordo de un esquife y lo persiguió hasta un puerto costero en la costa talaya. Allí los vio subir a otra embarcación, repleta de suministros, y hacerse a la vela. La siguió. No los alcanzó hasta que habían llegado al océano profundo fuera de la protección del Mar Interior. Allí mató al hombre.

—¿Por qué mataste a ese guardián?

El hombre exhaló una nube de niebla desde el ángulo de la boca antes de responder.

—Señor, él había ridiculizado a mi padre.

—¿Había ridiculizado a tu padre?

El hombre asintió con la cabeza.

—Muy bien, ridiculizó a tu padre. ¿De qué manera? —insistió Maeander.

—Mi padre era de una aldea al pie de las montañas en el norte de Senival.

Hablaba con un acento que aquel marah, talayo de nacimiento, encontraba ridículo. Así lo dijo.

Maeander levantó las cejas, los labios fruncidos con una comicidad que no era nada propia de él.

—¿Eso fue todo? ¿Ese hombre se rio de tu padre porque hablaba con la ge dura? ¿Por eso lo mataste?

—Hizo otra cosa, también. Yo tenía una hermana...

—¡Ah! Esa hermana... por fin estamos llegando al meollo de la cuestión.

El soldado lo miró de soslayo.

—No fue lo que pensáis, señor. Sólo era una cría, mi hermana. Tenía unos cuantos kilos de más. Siempre había pesado demasiado, incluso de pequeña. Un día ella y yo íbamos por la calle, cuando yo todavía era un crío, y aquel marah llamó a mi hermana. Le dirigió ruidos obscenos y gestos salaces. Ella no necesitaba oír eso de él, ni ver aquellos gestos. No era algo que yo pudiera perdonar. Viví con ello durante años sin ponerle un dedo encima a aquel hombre. Creía que era intocable, pero poco a poco fui haciendo acopio de valor. El odio que me inspiraba hizo un guerrero de mí. Entonces la guerra que trajo vuestra gente lo cambió todo, hizo posibles nuevas cosas. Yo quería verlo muerto, así que hice que lo estuviera.

Maeander estableció contacto ocular con varios de sus hombres, yendo de cara en cara para ver que la hilaridad estaba apenas oculta debajo de sus facciones, lista para hacer erupción si él así lo permitía. Optó por no hacerlo. Intentó imaginar al hombre marchito que tenía enfrente como aquel chico, flaco de hombros y temblando con una ira que carecía de arrestos para liberar. No pudo imaginárselo del todo. Pero los demás, había descubierto antes, rara vez se comportaban de una manera que tuviera sentido para él. Ciertamente se habían iniciado guerras por afrentas menores que aquella.

—Así que tenías un motivo para matar a ese hombre. ¿Y la princesa qué?

—No le hice daño ni la ayudé.

—¿Pero la dejaste con vida?

El hombre asintió, ahora el movimiento no tan rígido como antes, sin duda suavizado por la niebla.

Maeander hizo una seña a uno de sus ayudantes para que quitara la pipa de la mano del hombre.

—¿Pretendes hacerme creer que el destino de la princesa Mena se determinó en base a un insulto lanzado por un joven a una cría gorda, recordado únicamente por ti?

—Creed lo que queráis, señor. La verdad sigue siendo la que es.

Maeander acercó un taburete al antiguo marah, sonriendo como si fuera un viejo amigo llegado para compartir unos tragos.

—Cuéntame más cosas acerca de ello, entonces —dijo—. ¿Cuándo fue la última

vez que viste a la princesa?



Cuanto más tiempo pasaba Aliver entre los santoth, más sentía que pertenecía a aquel lugar. Los santoth conservaban todas sus extrañas peculiaridades. Continuaban fluyendo como espectros, dejando estelas tras de sí. Aliver siempre se sobresaltaba cuando de pronto se movían con un súbito estallido de celeridad, tan repentino que le era imposible determinar cómo se habían desplazado de un sitio a otro. Tampoco conseguía acostumbrarse al modo en que sus expresiones faciales cambiaban en un abrir y cerrar de ojos. Pero en muchos de los aspectos más importantes, los hechiceros lo envolvieron en un cálido abrazo de bienvenida. Eran como parientes encontrados por primera vez y reconocidos a un nivel más fundamental que aquel que entendía la mente consciente de Aliver.

Sus facciones apagadas llegaron a hacérsele familiares. A veces, cuando miraba los nebulosos contornos de una de sus caras, se quedaba absorto contemplando una imagen idéntica a la suya, como si el ser que tenía delante fuera en realidad un espejo viviente, un reflejo de él mismo sólido e incorpóreo al mismo tiempo, fiel a él y sin embargo diferente de maneras que requerían estudio. Aliver no había abierto la boca para decir una palabra en voz alta desde que oyó la monstruosidad de su propia voz aquella primera vez, y tampoco se le pasaba por la cabeza siquiera escuchar a través de sus oídos. Las voces de los santoth carecían de resonancia auditoria, pero eran tanto más íntimas a causa de ello. Adquirían el compás de pensamientos enmarcados dentro de un lugar silencioso dentro de la mente de Aliver. Llegó a sentirse más cómodo en su comunicación con ellos que en ninguna de las interacciones compartidas que había conocido antes.

Sentía que, en el agitado discurso entre ellos, los santoth iban tomando pequeñas porciones de su consciencia. Buscaban pequeños fragmentos y briznas de recuerdos e información, cosas almacenadas en los rincones más recónditos de la mente de Aliver y olvidadas hacía ya mucho tiempo. Conforme iba liberando esas cosas, Aliver las revivía en cierto grado. Volvía a deambular por momentos de su infancia. Veía imágenes con las que no había soñado en años, oía historias contadas en la cadencia de la voz de su padre, escuchaba mientras su madre le cantaba para que conciliara el sueño. Volvía a sentir la paz absoluta del acunarse contra su seno, los brazos de su madre en torno a él, la suave expulsión de su aliento acariciándole la cara. También

recordaba cosas que no eran tan agradables.

Los santoth sentían una lenta, insaciable curiosidad por todo lo que había visto y experimentado Aliver, por la historia tal como la entendía Aliver y por acontecimientos de lo que para ellos era el pasado más reciente. Aliver percibía lo impresionante que fue para ellos enterarse de que Tinhadin se había permitido a sí mismo morir dentro del lapso normal de una existencia humana. Ése no era el hechicero que habían conocido ellos, no era el ambicioso que extendía los brazos con la esperanza de circundar el mundo entero. Igualmente difícil de aceptar para ellos era el hecho de que los antepasados directos del hechicero no supieran nada de la lengua de la Donante. ¿Cómo podían los descendientes de Tinhadin no saber nada de *La canción de Elenet*? ¿Cómo podía haberse escurrido de la existencia semejante conocimiento? Aliver sentía el temor que latía detrás de aquellas preguntas y podía sentir que los santoth no creían enteramente todo ello. Porque, aunque sabios y muy entrados en años, los santoth estaban atados a la vida como todas las criaturas. No sabían lo que podía reservarles su propio futuro y temían, igual que hace cualquiera cuando ha de afrontar la incertidumbre.

No obstante, los santoth ofrecían a Aliver más de lo que tomaban de él. Podían no haber sabido nada acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar en el mundo durante los últimos cientos de años, pero eran enciclopédicos en su conocimiento del tiempo distante que los había moldeado a ellos y a todo lo que sucedió antes. Nutrían a Aliver con historia y sabiduría. Le detallaron la Retribución de un modo que reescribió por completo su entendimiento de la fundación de su dinastía. Hablaban de Edifus y Tinhadin y Hauchmeinish como si se hubieran despedido de ellos el día antes. Contaban de batallas y duelos no preservados en las Formas. Lo alimentaban con una dieta compuesta enteramente de conocimiento.

Muy poco de lo que llegó a saber acerca de las acciones de la gente empezaba o terminaba con los nobles ideales o con la maldad demoníaca que le habían enseñado que subyacía detrás de todas las grandes contiendas. Había algo de reconfortante en ello. Para empezar, la naturaleza del mundo y de los crímenes cometidos por los hombres al darle forma cobró sentido para Aliver. Había una verdad, comprendió. Las cosas habían sucedido de ciertas maneras. Era posible entender los acontecimientos, si bien sólo desde una posición ajena a cualquier juicio y sólo cuando uno los miraba sin el deseo de darles forma para crear ciertos significados, para validar, para explicar. Los santoth no intentaban hacer nada de eso. Ellos simplemente le informaban, y parecían carecer de toda opinión propia sobre el catálogo de crímenes y padecimientos que le detallaban.

Lo habitual era que esa conversación tuviera lugar con una consciencia colectiva, dentro y fuera de la cual fluían a voluntad las voces individuales. De vez en cuando Aliver se encontraba sentado junto al santoth que le había hablado por primera vez.



Antes llevaba por nombre Nualo, aunque en su nueva existencia aquí no había necesidad de individualizarlo mediante él. Si un pensamiento estaba concebido para él, Nualo simplemente lo sabía; similarmente, si un pensamiento provenía de Nualo, Aliver sabía a partir de su cadencia y forma y sensación resultante de quién se había originado dicho pensamiento.

En un momento dado —Aliver no habría podido decir si durante la noche o durante el día, una semana o un año después de su llegada al lejano sur—, Nualo dijo que acababa de entender algo, un defecto en la concepción del mundo que tenía Aliver. Concernía a la historia de Bashar y Cashen.

La historia, como sabía cualquier niño acacio, era que dos hermanos de sangre real que fueron incapaces de compartir el poder igualmente se convirtieron en grandes enemigos. Combatieron en las montañas y a veces, durante grandes tormentas, su ira volvía a crecer y podías oír el rugir de su batalla en curso. Era una historia, dijo Nualo, que ocultaba una verdad que Aliver debería conocer.

«No hubo ningún Bashar —dijo—. No hubo ningún Cashen».

Hubo, sin embargo, dos pueblos: uno llamado basharu y uno llamado cularashen. En el remoto pasado había dos naciones de gentes talayas. Vivieron hace tantísimo tiempo que no hay manera de medir los años. Provenían de antepasados comunes, pero crecieron de formas separadas y se tenían a sí mismos por seres completamente distintos. A medida que ambas naciones prosperaban y aumentaban en número, aprendieron también el orgullo. Los basharus se creían favorecidos por la Donante. A eso los cularashens lo llamaban herejía; los amados de la Donante eran ellos. Ambos pueblos encontraron toda clase de pruebas para verificar su opinión: en la bendición que les otorgó la Donante, en la abundancia de sus cosechas en un año dado, en la enfermedad desencadenada sobre el otro, en el sol que favorecía las cosechas de uno, en las inundaciones que destruían las del otro. Cada año —cada mes o cada día o cada hora, de hecho— confirmaba y retaba sus aseveraciones.

Finalmente, ambas razas accedieron a elevar una petición a la Donante. A través de plegarias y sacrificios, ofrendas y ceremonias, le pidieron que diera a conocer su preferencia. Querían que eligiera entre los dos pueblos, de manera que todos vieran y entendieran a cuál de los dos favorecía más. La Donante, sin embargo, no les respondió. No, al menos, a través de un signo sobre el que ambos bandos pudieran estar de acuerdo. Así que lucharon para decidir la cuestión ellos mismos.

La suya fue la primera guerra entre las naciones de los hombres, pero en ella aprendieron todas las degradaciones que los humanos se verían en la necesidad de practicar en adelante. Los basharus acabaron imponiéndose. Los cularashens huyeron de Talay. Navegaron hasta una isla en el centro de lo que para ellos era un vasto mar. Se llevaron consigo muchas cosas, las semillas de las acacias incluidas. Las plantaron por toda la isla de manera que pudiesen sentirla como un hogar. Desde entonces

habían vivido en aquella isla.

«Ese nombre, cularashen, ha sido olvidado —dijo Nualo—. Al igual que el otro, basharu. Pero esas gentes —los cularashens vencidos— son las gentes a las que llamas acacios. Tú, príncipe, eres uno de ellos».

«¿Cómo puede ser? —preguntó Aliver—. Somos tan diferentes de las gentes de Talay. En tantos aspectos...» Quería decir en términos de características raciales, como el color de la piel, la forma y las facciones de la cara. Pero vaciló en proyectar aquel pensamiento. Algo en él lo pinchaba por dentro con unas espinas que no podían ser más incómodas.

Nualo le entendió sin dificultad. Dijo que la Donante se había enfurecido ante la insensatez de la gente. Aborrecía la guerra y la suciedad que tan visiblemente emanaba de su propia amada creación. Si los humanos creían ser tan diferentes unos de otros, entonces él haría que fueran aún más diferentes. Retorció las lenguas de las gentes y las hizo hablar distintamente, de manera que las palabras de una nación eran una jerigonza carente de significado para los oídos de otra. Asó al sol a unos y dejó que otros se marchitaran y empalidescieran en el frío. Estiró narices o las aplanó, hizo a algunas personas altas y a otras bajas, puso ojos muy dentro de las cuencas o los pellizó del extremo y los volvió rasgados, retorció el pelo en rizos o dejó que colgara laciamente. La Donante hizo todo eso como una prueba para que ellos vieran la verdad. Pero no lo hicieron. En cosa de nada, los humanos empezaron a aceptar que eran diferentes unos de otros, y entonces la discordia entre ellos se convirtió en la norma. Y esto, además de la traición de Elenet, era otra razón por la que la Donante, llena de disgusto, había vuelto la espalda al mundo. Desde entonces no había tenido nada que ver con él.

«¿Todas las razas son una?», preguntó Aliver.

«Todas las razas del Mundo Conocido son una sola raza —dijo Nualo—. Olvidarlo fue el segundo crimen cometido por los humanos. Todavía padecemos por él».

Aliver tendría que vivir con aquella nueva versión del mundo durante algún tiempo antes de que llegara a hacerse real. El viejo orgullo enraizado en su temperamento se mofaba de la idea de que los acacios no fueran más que una tribu talaya que había sido derrotada y expulsada. Aliver había vivido una vida entera con la supremacía acacia como algo que se daba por hecho. Ciertamente, se había encontrado esforzándose por superar a sus pares talayos en cualquier competición durante los últimos nueve años, pero había tomado eso como un defecto de su persona. Él no estaba a la altura de los patrones de su pueblo. Eso era lo que lo había impulsado a esforzarse todavía más, a llegar a ser apropiado, y a luchar como un guerrero y matar un lárax.

Tan seguro estaba de sus carencias que había tratado de esconderlas cada día de

su existencia. Nada de ello había hecho vacilar su convicción de que las diferencias observadas en el exterior de las personas reflejaban diferencias igualmente indiscutibles dentro de ellas. Nualo y los otros santoth le habían quitado esta convicción de debajo de los pies y lo habían dejado a la deriva en un mar de posibilidades jamás imaginadas. Por razones que Aliver no llegaba a reconocer del todo, eso lo inquietaba más que ninguna de las otras revelaciones que había recibido de los santoth.

Pareció que vivía con ellos una eternidad antes de que lo instaran a volver a su propósito. Cosa que hicieron en masa. Los santoth se congregaron alrededor de Aliver, círculo fuera de círculo, un rostro pétreo tras otro, de forma muy parecida a la audiencia celebrada con él cuando llegó allí. Sólo gradualmente fue dándose cuenta Aliver de que tenían un propósito particular. Lo habían aceptado. Habían esperado. Habían aprendido y compartido con él. Ahora querían.

«Tráenos de vuelta al mundo —dijeron, hablando en la voz singular que era todos ellos a la vez—. Libéranos».

Le aseguraron que él era el único que podía hacer tal cosa. Sólo él de toda su generación —es decir, un primogénito del linaje patriarcal de Tinhadin— podía levantar la maldición que los mantenía en un estado separado del resto del mundo. Así era como Tinhadin había urdido la magia. Era una magia muy poderosa, pero el mismo Elenet había decretado que tenía que haber una escapatoria de cada hechizo. Sabía que los hombres siempre erraban de alguna manera cuando hablaban la lengua de la Donante. El defecto podía no ser obvio inmediatamente, las ramificaciones no estar claras durante siglos, pero al final los defectos siempre acababan apareciendo. A Tinhadin no le quedó más remedio que acatar ese edicto, incluso cuando —como en aquel caso— castigaba a otros de su misma categoría.

«No existe ningún hechizo que no pueda ser deshecho —dijo el santoth—. Siempre hay una puerta trasera que nunca se cierra. Tú eres esa puerta, y sólo tienes que decir las palabras».

«¿Qué palabras?», preguntó Aliver.

Eso, sin embargo, no era una respuesta que el santoth pudiera proporcionar. Sólo el mismo Aliver podía deducirla. Ni siquiera podían enseñársela, ya que su habla divina había sido tan corrompida por el paso del tiempo que nada de cuanto articularan ellos salía como había sido su intención. Los santoth no ocultaron su decepción: «¿Por qué, entonces, nos has buscado? ¿Por qué nos sacaste del sopor?»

¿Por qué, ciertamente? Aliver casi había olvidado la sucesión de años terrenales que conducían al presente. Volver a centrar la atención en lo que había sido su propósito requirió un cierto esfuerzo. Pero en cuanto lo intentó, todo volvió a él. Había venido en busca de los santoth, lleno de importancia, con el propósito suspendido en torno a su cuello como un castigo. Había un mundo entero de personas

—a muchas de las cuales quería— enzarzado en una contienda titánica. Él había venido aquí buscando ayuda, no para hallar refugio, no para encontrar un hogar entre los desterrados, no para olvidar el mundo. Había venido para preguntar a los santoth qué podían hacer para salvar a una familia —y a un mundo— que los había expulsado de su seno.

Dejó que todo aquello fluyera de él hacia los hechiceros. Giró en el aire de la respiración entre ellos, se movió en círculos y se entretejió a través de ellos en el silencioso y fluido intercambio que tan natural parecía ahora.

«Pides de nosotros cosas que no podemos hacer —dijeron los santoth—. Podríamos ayudarte desde aquí, pero habría límites».

«Es mucho lo que podéis hacer con vuestros poderes. Estoy seguro de ello. Os... os doy permiso para dejar este lugar y regresar al mundo».

Los santoth necesitaron un tiempo para considerarlo. Aventurarse por el Norte sería bueno, admitieron finalmente. Pero a menos que fueran liberados apropiadamente de la maldición de Tinhadin, nunca podrían actuar en el mundo de la manera en que lo hacen las personas normales. Serían espectros que caminan por un mundo del cual no formaban parte enteramente. Lo que era más, no podían ayudarlo del modo en que él tenía intención de que lo hicieran.

«Deseas que hagamos la guerra».

Esta vez fue Aliver quien titubeó. Lo expresaban de una manera tan simple... Y sin embargo era cierto... o lo era en su mayor parte, al menos. Él no quería tal cosa, pero se aproximaba una batalla. Ahora que recordaba plenamente, estaba claro que toda su vida había estado dirigida hacia la guerra. Una guerra horrible. Una conflagración que o lo liberaría o lo destruiría. Pronto, tendría que volver al mundo y... «Sí, haré la guerra contra mis enemigos». Casi añadió la palabra «noble» o «justa» o «necesaria», pues tal era la clase de guerra que deseaba librar. Las rumió en su mente pero no llegó a liberarlas. Sabía lo que pensarían los santoth de semejantes nociones.

«Puedes invitarnos de regreso al mundo —dijeron los santoth—, pero seremos forma sin sustancia».

«Pero ¿y si fuerais liberados? —preguntó Aliver—. Si yo encontrara el libro de Elenet... si aprendiera cómo liberaros... ¿Entonces podríais combatir por mí?»

Habiendo hecho la pregunta, Aliver se quedó sentado consciente del latir de su corazón, observando los rostros borrosos que lo rodeaban por doquier, sintiendo la gravedad con la que consideraban su respuesta. Era la primera sensación del transcurrir del tiempo que había experimentado desde que llegó aquí.

Algo había cambiado. El mundo había empezado a reclamarlo, y parecía urgente que él tuviera la respuesta a su pregunta. «¿Combatiréis por mí?»

«Si nos liberas, combatiremos por ti —dijeron finalmente los santoth,

respondiendo con una rapidez que traicionaba emociones que hasta el momento habían tratado de controlar—. Vuelve a hacer de nosotros unos auténticos hechiceros, gran príncipe, y limpiaremos la pizarra del mundo para rehacerlo como desees».



Espadín despertó. Tenía abiertos los ojos. Estaba libre del sueño. Nada de todo aquello era real. Trató de acallar el miedo que tan salvajemente lo había expulsado del sopor, pero no era fácil. La tenue claridad de la lámpara suspendida junto a la puerta destartalada de su camarote no hacía nada para disipar la amenaza que sentía palpitar desde las paredes. Había amenaza latente en el taburete de tres patas con la chaqueta extendida encima de él, y una ominosa importancia en la botella de vino medio vacía en el estante de la pared. Desde fuera llegaba un ronco jadear de aliento oceánico. Espadín sabía que no había nada que temer en ninguno de aquellos objetos o sonidos cotidianos. En cierto modo, ni siquiera dentro del sueño había habido nada que temer. En cualquier caso, nada comparable con los peligros a los que él hacía frente continuamente en su labor cotidiana porque así lo había querido. Saberlo, sin embargo, no le sirvió de mucho durante la travesía entre los instantes que separaban el soñar del mundo consciente.

La pesadilla de la que acababa de huir era otra variación sobre las visiones que no habían dejado de cebarse en sus sueños desde que Leeka Alain llegó a las Islas Exteriores, insistiendo en llamarlo por aquel nombre medio olvidado. Cada sueño empezaba con la consciencia de lo pequeño que era él. Porque era un niño, diminuto, de piernecitas flacuchas, brazos delgados. Veía el mundo desde media altura. Se sabía un objetivo, acosado por una posibilidad sin forma ni nombre. Si esa criatura llegaba a dar con él, entonces sucedería algo terrible. No sabía en qué iba a consistir exactamente, pero no podía quedarse quieto para averiguarlo. Erraba por corredores subterráneos, un laberinto oscuro y absurdamente complejo. El mundo existía únicamente enfrente de él, y él existía únicamente moviéndose hacia delante a través del mundo. Las cosas se desvanecían tras él. Corría a través de los cruces, temiendo adónde pudieran conducir. Extrañas criaturas extendían sus garras, sus picos y sus cabezas rematadas por cuernos desde la piedra de los muros, cada una de ellas atrapada en muecas de rabia. Cuán fácil sería para cualquiera de ellas hacerlo pedazos, cuán aterrador que todas ellas mantuvieran con semejante constancia la pretensión de que no eran más que piedra.

Porque no lo eran, naturalmente. Si escuchaba con suficiente atención, oía el hálito de su respirar.

Aunque los corredores variaban y no había dos veces en que siguiera la misma ruta, siempre acababa llegando al mismo destino. Al final entraba en una habitación brillantemente iluminada. Estaba llena de gente, toda ella bulliciosa de risas y música, con un tintineo de cristales que sonaban casi igual que las gotitas de agua cuando caen de una cascada. Un centenar de rostros se volvían hacia él, todos con una sonrisa en los rasgos. Se habían reunido allí para honrarlo. Porque era su cumpleaños. ¡Eso era lo que había estado buscando durante todo el tiempo! La celebración de su décimo cumpleaños. Avanzaban hacia él, llamándolo por el mismo nombre del que se había servido Leeka. Ese nombre, en realidad, era la única palabra que decían: hablada en una miríada de timbres, enhebrada en frases, subiendo y bajando de tono como preguntas, imperiosa como acusaciones. Hablaban una lengua que estaba hecha de una sola palabra. Su nombre.

Y entre ellos había una chica, la más joven de todos, que extendía la mano hacia él, su blanca palma vuelta hacia arriba, los dedos curvados en una llamada. Verlo lo llenaba de miedo. La joven iba hacia él, susurrando y sin dejar de hacerle gestos, como si intentara explicarle que no había ninguna razón para tener miedo. Cuanto más insistía ella, más creía él que todo aquello era mentira. La joven tenía los ojos castaños, tan inmensos que parecían ser demasiado grandes para su cara. Entonces comprendía en un solo, prolongadísimo instante que la joven no era quien él había pensado, al mismo tiempo que se daba cuenta de que ni siquiera había llegado a concebir una identidad para ella. Esa paradójica comprensión era lo que lo propulsaba hacia la consciencia.

La experiencia lo dejaba muy afectado, como le sucedía en cada ocasión. ¿Quién había pensado él que era la muchacha? ¿Cuándo se había dado cuenta de quién era realmente? A veces pasaba una gran parte del día acosado por su imagen, obsesionado por sus ojos. Sabía que la identidad de la joven estaba oculta dentro de él. Era como si tuviese un dado de cien caras, con la verdad escrita en una de todas esas caras. Por muy incansablemente que llegara a lanzar el dado, nunca conseguía encontrar la respuesta.

Wren se removió en el camastro. Se dio la vuelta para ponerse de lado, apartando la cara. Él sintió como si pudiera oír el ruido que hacían sus párpados al abrirse de golpe. Sus ojos no se parecían en nada a los de la joven que veía en sus sueños. Wren pertenecía a un pueblo costero que vivía muy al norte, más allá de Candovia. La finura de su pelo plateado no tenía nada que envidiar al de una mujer del Mein, pero sus ojos eran estrechos, situados al mismo nivel que su cara en vez de encajados en ella. Le daban un aspecto un tanto adormilado, aunque eso no podía estar más en desacuerdo con la agudeza propia de una depredadora que caracterizaba a su mente. «Los sueños no tienen poder alguno más allá de su reino», le había dicho ella antes. «Eso sólo las acciones lo tienen». Entonces Espadín había estado seguro de que ella

tenía razón, pero no estuvo seguro de si debía interpretar esa aseveración como un consuelo o como un desafío.

Más tarde, cuando se reunió con el corro de incursores que estaban tomando su refrigerio matinal, fue entre ellos, sonriendo y bromeando, tomándoles el pelo con la tranquila facilidad que gastaba con sus hombres. Estaban sentados en bancos puestos alrededor de unos fogones que habían salido de las cocinas en Palishdock, unos utensilios descomunales hechos en hierro forjado. Espadín había encabezado el pequeño grupo que volvió al asentamiento para salvarlo de las cenizas y la destrucción que el buque de guerra de la Liga había infligido al lugar. Su aparición en ese momento —justo allí, en la isla meridional que había pasado a ser su tercer escondite en otros tantos meses— había sido muy buena para la moral.

Detenido en la arena ante los fogones mientras inhalaba el olor del beicon que se freía encima de ellos, inclinado hacia delante y disponiéndose a coger una tira con los dedos, Espadín no reparó en la llegada del general hasta que éste habló. Leeka se había parado a una cierta distancia, inmóvil al otro lado de los fogones. Habló lo bastante alto para que todos pudieran oír lo que decía.

—¿Por qué no les habéis contado lo de la llave? —preguntó—. ¿Por qué no les habéis contado lo que dijo el prisionero?

El apetito de Espadín, su buen humor, su transitoria sensación de equilibrio: todo eso se disipó en un instante. Había sabido que aquel momento se aproximaba, naturalmente. Habían transcurrido ocho días desde su ataque al buque de guerra. Había hecho jurar silencio a los pocos que habían oído para qué servía la llave, pero los secretos no duran mucho tiempo entre los incursores, especialmente cuando hay un práctico de la Liga mantenido prisionero entre ellos. Espadín se maldijo a sí mismo por habérselo traído consigo. Tendría que haberlo matado esa misma noche, pero no pudo evitar querer saber lo que le diría el hombre. Se había asegurado de que sólo quienes habían estado con él en la habitación del práctico le llevaban comida y agua al prisionero, y Espadín y Dovian fueron los únicos que lo interrogaron. Pero eso no había impedido que estuviera presente en la mente de todos desde su regreso.

—Aquí las decisiones las tomo yo, no tú. Cuando hago algo, es porque hay una razón para ello.

—Creía que este grupo lo dirigía Dovian —dijo Leeka—. Vos sólo sois uno de sus incursores, ¿no? Vos mismo lo dijisteis. Espadín, el incursor. Uno más entre muchos...

Volviéndose hacia él a través de las ondas de calor emanadas de los fogones, Espadín dijo:

—En cualquier caso, tú no decides por nosotros. —Hizo que su voz sonara tensa y peligrosa. No había tenido intención de responder con una ira tan obvia, pero las pasiones siempre tendían a inflamársele en cuanto aquel hombre empezaba a



pincharlo. ¡Si había mantenido en secreto la utilidad de la llave no había sido a causa de ninguna timidez, maldita fuese! Lo había hecho únicamente porque necesitaba pensar a fondo en su significado, porque debía investigar lo que podía hacer con ella ahora que la tenía en su poder. Leeka no hubiese debido llamarlo a capítulo por ello.

—Dovian está de acuerdo conmigo —dijo el soldado.

Como si le hubieran dado pie, el viejo incursor se levantó de allí donde había estado sentado en la periferia del grupo. Vino hacia ellos cojeando, su mole era como la de un oso herido. Fuera cual fuese el dolor que le causaba el movimiento, lo mantuvo bien sujeto entre los dientes. Quizás hubiera estado mejorando durante aquellas últimas semanas. Ciertamente ahora se lo veía de pie más a menudo que antes, pero Espadín no estaba seguro de cuánto de su enfermedad les estaba ocultando.

—Contabais con un arma que podría haber incapacitado a la Liga —continuó Leeka—. Tendríais que habérnosla dado a conocer, y hubiésemos debido juntarnos para planear cómo había que usarla.

Espadín volvió la mirada desde el acacio hasta el candovio, expresando su disgusto a través de los ojos. Dovian se limitó a devolvérsela, con el rostro entristecido, lleno de disculpa, y un ribete de decepción debajo de los ojos.

—Hablaemos de ello más tarde...

—No —dijo Leeka—, hablaemos de ello ahora mismo. ¿O acaso hay alguien que no quiera hablar de ello? Vuestro joven capitán lleva colgada del cuello una llave acerca de la que todos deberíais saber. Queréis oír hablar de ella, ¿verdad?

Nadie respondió. No hacía falta que lo hicieran. Su silencio tenía una cualidad que cualquiera podía leer. Por supuesto que querían saber. Y, Espadín era muy consciente de ello, merecían saber. Arrojó su comida sobre los fogones, sin apetito ya por comerla.

Esa misma tarde habían tenido la reunión abierta que tanto deseaba Leeka. Se sentaron en la arena cerca del océano, bajo las cintas de sombra proyectadas por los cocoteros con el cielo vacío de nubes encima de sus cabezas, una cúpula azul claro perturbada únicamente por el progreso de la blancura llameante del sol. Espadín no intentó dirigir la reunión. Wren y Clytus, Geena y todos los que habían tomado parte en el ataque al buque de guerra de la Liga estuvieron encantados de poder romper el silencio que se les había impuesto y cantar a coro.

—Pensemos en hace unos meses —dijo Geena—, cuando se llevaron el bergantín con el clavo de Espadín. Salimos de allí con una buena cantidad de tesoro, ¿verdad? Había una pieza, no obstante, más valiosa que el resto.

—¿Veis ese pendiente que Espadín lleva colgado al cuello? —preguntó Wren—. De eso es de lo que hablamos. Todos lo hemos visto, pero no conocíamos su valor hasta que el práctico del buque de guerra lo explicó. Es una de un puñado de llaves

que abren las plataformas del borde exterior.

—Sólo hay veinte —dijo Nineas—. Sólo veinte. Y nosotros tenemos una.

—Y nos trajimos al práctico —dijo Clytus—. Además, me juego lo que quieras a que Espadín ha estado sonsacándole toda clase de cosas, ¿verdad? Así que ahora tenéis que preguntaros si hay algo a lo que podamos aplicar tanto esta llave como nuestra nueva fuente de información.

Durante las horas siguientes los incursores consideraron entusiásticamente la cuestión. Todos propusieron esquemas e ideas, llenos de una sed de venganza y con la posibilidad de un inaudito botín. Los hombres de la Liga eran enormemente ricos, y sus gustos de lo más extravagantes. ¿Qué podían alojar aquellas plataformas? ¿Esclavos a millares? ¿Almacenes abarrotados de niebla? Quizás encontrarían concubinas de una hermosura nunca vista. Oro y plata con los cuales llenar muchas barcasas. Palacios flotantes adornados con flores y enredaderas, los suelos pavimentados en mármol. Podrían envolverse en ropas de seda y beber vino de cálices tallados en turquesas, y comer y comer y comer como nunca habían comido antes. Podrían pasar el resto de sus vidas entregados a la búsqueda del placer. Podrían ahogarse en el exceso, como suenan todos los incursores. ¡Incluso podrían hacerse con el comercio de niebla! Entonces sí que tendrían cogido por las pelotas a Hanish Mein, y su fortuna no conocería límites.

Con el consentimiento de Dovian, trajeron al prisionero. Con las manos atadas y la ropa hecha jirones, el práctico se alzó tímido y lleno de mugre en el centro de aquella vorágine; un hilillo de sangre coagulada le manchaba el labio superior. A veces necesitó ser pinchado o golpeado, amenazado o pateado, pero respondió a las preguntas que se le hicieron. Lo que dijo no hizo sino avivar aún más el entusiasmo del grupo.

Espadín los dejó hablar, asombrado ante la facilidad con que perdían de vista el mundo real. Había algunos obstáculos monumentales ante ellos, pero en su frenesí nadie mencionó ninguno. Leeka no habló mucho. Incluso Dovian parecía creer que todo aquel hacer planes servía a un propósito. No fue hasta que empezaron a hablar más despacio cuando carraspeó ruidosamente, y habló por fin.

—Es delicioso de imaginar, ¿verdad? —Se levantó de la arena y describió un lento círculo enfrente del grupo. Pese a su edad y su mala salud, aún sabía hacerse con la atención de todos los presentes, incluso cuando no hacía más que trazar un círculo en la arena con la ayuda de sus enormes pies—. Sé que es delicioso de imaginar. Y todos sabéis que tengo una historia que contar acerca de las plataformas, ¿verdad? Las vi una vez cuando era joven. Pasamos navegando junto a ellas, eso fue lo que hicimos, como si nos burláramos de la Liga. Tuvimos a una flota entera echándonos de allí y dándonos caza hasta tan lejos al Norte que vimos trozos de hielo flotando en el mar. Casi acaba con nosotros, esa pequeña travesura. Pero las vi. Las

plataformas son tal como os las imagináis, y todavía más increíbles de cuanto pueda deciros vuestra imaginación.

Se detuvo. Miró en derredor un momento, buscando sin advertirlo el bastón de paseo que había desdeñado recientemente. Dándose cuenta de lo que hacía, se irguió y miró en torno a él; sus ojos iban de una cara a otra.

—No podemos tener su tesoro, sin embargo. Ésa no es la razón por la que estamos aquí. Un ejército entero no podría poner sitio al lugar, y de todas maneras no tenemos un ejército. Y sus riquezas... A decir verdad, no las quiero. ¿Hablabais de esclavos? ¿De concubinas, quizá? Vamos, vamos... No creo que haya nada de malo en saquear un poco. Nunca me lo he pensado dos veces ala hora de coger lo que quería. Ir de incursión es un trabajo honesto, ¿no? Lo hacemos con nuestras manos, con nuestros redaños. Aquello en lo que trafica la Liga queda a un nivel de miseria completamente distinto. Vosotros no queréis eso, amigos. Podríais, no obstante, querer borrarlos de la faz de la Tierra. ¿Queréis recompensas? ¿Qué os parece el amor de todos los niños que no serán vendidos a través del océano? ¿Qué os parece la gratitud con la que os cubrirían sus padres? ¿Qué os parece el mero hecho de saber que habéis cambiado el mundo para mejor? —Dovian hizo una pausa, inspeccionando sus rostros en busca de la respuesta. Sus ojos pasaron sobre el de Espadín, pero los resultados del escrutinio al que lo sometió no se diferenciaron en nada de los que obtuvo de los demás. —Lo que estoy diciendo es que sólo hay una cosa que podamos hacer con esta llave, y es precisamente lo que deberíamos hacer con ella.

Ni uno solo de los incursores, que tan ávidos de saqueo parecían estar unos segundos antes, alzó su voz en señal de queja. Tal era la influencia que Dovian ejercía entre ellos. El planear no requirió nada de tiempo, ya que la empresa era más una de puro coraje insensato que otra cosa. La misión, como la explicó Dovian, en el fondo era de lo más simple. Sólo tenían que superar tres obstáculos: llegar a las plataformas sin ser detectados y servirse de lo que sabía el práctico para encontrar la puerta apropiada, insertar la llave y esperar que las cerraduras no hubieran sido cambiadas, y encontrar determinado almacén. Él creía que cada uno de esos retos era alcanzable.

Cuando se aproximaran, por ejemplo, lo que tendrían que evitar por encima de todo era llamar la atención. Estables e inmensas como eran las plataformas, era muy improbable que la Liga esperase ninguna clase de ataque contra ellas. Llevaban años sin tener que hacer frente a ninguna clase de oposición, y ciertamente no temerían a una sola embarcación de pequeño tamaño.

—Podrían reparar en una embarcación de esas dimensiones, cierto. Pero también podría ser que no. Una cosa hay segura, y es que no estarán alerta para verla venir. No existe ninguna armada en el mundo para amenazarlos, y ni en sueños se les ocurrirá que vayamos a intentar lo que vamos a hacer. —Aun así, naturalmente,

tendrían que ir con cuidado. Había un atolón a menos de un día de vela de las plataformas. Si se hacían a la mar desde él, escogiendo el momento correcto, con las condiciones de navegación adecuadas, podrían llegar a su objetivo a cubierto de la noche.

La pregunta de si la llave seguía siendo útil, en cambio, ya era otra cuestión.

—¿Y si han cambiado las cerraduras? —preguntaron varias voces en un rápido coro—. ¿O puesto guardias en los puntos de entrada?

Dovian no creía que unos cuantos meses fueran tiempo suficiente, incluso suponiendo que hubieran querido cambiar las cerraduras. La artesanía de la llave era tal que no podría ser reemplazada o alterada fácilmente. Además, sólo un puñado de hombres de la Liga llevaba encima una llave semejante. Juraban protegerla con su vida.

—Quienquiera al que le correspondiese proteger ésta no lo hizo —dijo Leeka—. No iba con ella, y la envió a bordo de un barco desprotegido. Fue lo bastante imbécil para dejarse la llave en ese barco, y me juego lo que queráis a que no ha comunicado su pérdida. Hacerlo significaría su muerte. Hasta los hombres de la Liga le tienen aprecio a la vida, ¿verdad? —El general dirigió aquella pregunta al prisionero.

—Por regla general sí, aunque al parecer yo soy una excepción —respondió éste, abatido.

—El hombre de la Liga espera que no sepamos lo que es esa llave —dijo Dovian—. Y no lo sabíamos, ¿verdad? Espadín la llevaba colgada del cuello como recuerdo. Igual podría haberla derretido o arrojado por encima del hombro sin pensárselo dos veces. Si fuerais el hombre de la Liga, ¿renunciaríais a vuestra vida por la vaga posibilidad de que alguien reconociera este objeto por lo que es y concibiera cómo utilizarlo?

Estaba, finalmente, la cuestión de qué hacer una vez que hubieran llegado a las plataformas. Con respecto a eso, sin embargo, Dovian parecía sentirse de lo más confiado. De los muchos cuadrantes que ocupaban las plataformas flotantes, uno en particular estaba dispuesto lejos del resto, separado por un largo muelle de pontones.

—Los almacenes de brea —dijo Dovian—. El sitio donde preparan esa cosa, y el sitio donde la almacenan. No existe sustancia más combustible en la Tierra. Todos hemos tenido ocasión de verla en acción. Se inflama al contacto de una chispa y arde como los fuegos del infierno, incluso debajo del agua. Lo único que tenemos que hacer es acercarnos a ella y prender una chispa encima. Hará que todo el lugar salte por los aires. Lanzará grandes masas de la sustancia lo bastante arriba para que una buena cantidad de ella acabe cayendo sobre las otras plataformas. Lo dejará todo perdido, creedme.

Espadín, pese a encontrarse solo en toda aquella discusión, sentía cómo el cuerpo le hormigueaba con las posibilidades. Era una idea increíble, un plan de lo más

atrevido, y aun así lo bastante sensato para que tuvieran que intentarlo. Pero tenía un defecto.

—Alguien tendrá que prender esa chispa en la plataforma cuando llegue el momento —dijo—. Empero, ese alguien no saldrá con vida de allí.

Dovian pareció disgustarse porque hubiera sacado a relucir ese detalle, pero los demás se pararon a considerarlo. Geena sugirió una mecha para retrasar la explosión. Podían disparar una flecha encendida, mediante un oven incursor enviado por delante del grupo. Otra voz propuso catapultar otra «píldora» por encima de las paredes. Pero todas esas ideas tenían suficientes defectos para que hubiera que rechazarlas. Las mechas largas no eran de fiar. Podían consumirse hasta quedar apagadas o ser descubiertas mientras chisporroteaban y crujían en su lento progreso. Si un guardia de las plataformas se encontraba con algo así, podía aplastar sus planes con la puntera de su bota, con toda la facilidad del mundo. Una flecha encendida o una píldora catapultada —incluso si daban con una disposición de las plataformas que pudiera llevar a semejante ataque— seguiría significando una explosión inmediata que podía llevarse consigo a la tripulación entera. No, para sobrevivir tenían que estar bien lejos.

Uno de ellos tenía que encender la brea desde cerca y asegurarse de que iba a estallar. De otra manera sería un plan demasiado traído por los pelos, con demasiadas probabilidades de fallar.

—Bueno, a ver qué os parece esto, entonces —dijo Dovian—. Cuando lleguemos a la plataforma, echaremos a suertes quién entra en ella. Todos los que vayamos a tripular el *Ballan* tomaremos parte en el sorteo. Quien no esté dispuesto a que le toque, entonces que no vaya. Cada uno de los que vayan a navegar tomará parte, y el que saque la paja marcada irá allí. Quizá parezca extraño dejar que el azar se encargue de decidir algo semejante, pero planearemos perder sólo a uno. Aquel al que perdamos se llevará consigo a no pocos hombres de la Liga.

Una semana después, el *Ballan* puso rumbo hacia el Norte con una tripulación reducida. Contornearon la gran isla de Thrain y enfilaron entre los promontorios volcánicos conocidos como los Miles. Esperaron dos días en una cala escondida en el extremo oeste de las islas y se hicieron a la mar ala mañana del tercer día. Los vientos no eran ideales para la travesía, pero las corrientes los favorecían. Fueron con rumbo Norte y viraron hacia el Oeste. Un enorme banco de delfines los escoltó durante la mayor parte de la mañana, extendiéndose a cada lado del barco hasta tan lejos como podía llegar la vista, cientos de cuerpos que salían disparados del agua una y otra vez, subiendo y bajando y sumergiéndose en ella. Nineas dijo que eso era un buen signo, ya que los delfines eran unos bergantes y habían notado que los incursores se disponían a hacer alguna gran travesura.

Encontrar el atolón que recordaba Dovian resultó difícil. Lo buscaron sin suerte

durante dos días enteros, y al final ya casi habían decidido seguir adelante sin él. El tercer día, sin embargo, amaneció con un diminuto ramillete de palmas en el horizonte. Pusieron rumbo hacia él y pasaron la tarde hablando de todo por última vez, de pie en los rincones con sombra de la playa, bebiendo leche de coco generosamente mezclada con azúcar, un poco de agua y un chorrito de alcohol. No mucho, ojo. Lo suficiente para mantener los ánimos, pero lo bastante escaso para que sus efectos se hubieran disipado al acabar la tarde, cuando volvieron al trabajo físico.

Arriaron todas las velas que utilizaban habitualmente y las sustituyeron por lona azul oscuro. Pintaron los flancos del *Ballan* de un color terroso, le quitaron el brillo a todo lo que reluciera, colgaron paños sobre las escasas ventanas de cristal. Izando el ancla, persiguieron al sol mientras se hundía en el mar, y luego siguieron adelante adentrándose en una noche muy negra. La voz de Dorian se elevaba desde el silencio, calmándolos. No hablaba con grandilocuencia o daba instrucciones intrincadas. Sólo se refería a cuestiones cotidianas, recordaba aventuras pasadas, comentaba ciertas particularidades que había notado en algunos miembros de la tripulación y que se sentía inclinado a compartir con ellos. Así pasaron las horas.

—¡Luces a la vista! —anunció el marinero instalado en la cofa del vigía.

Un instante después Espadín se agarraba al borde de la pequeña plataforma, habiendo escalado el palo a toda velocidad. Se apretujó contra el joven marinero.

—Si no fuera por lo que sé, diría que es una ciudad —murmuró el marinero—, una gran ciudad, como Bocoum. —Guardó silencio un instante—. No, todavía mayor. Como Alecia.

Incluso eso era quedarse corto. No era sólo el número de luces, pensó Espadín. Era la forma en que puntuaban el oscuro horizonte por lo que tenían que haber sido kilómetros. Aún era difícil ponerle una escala a aquello, pero por mucho que lo intentara, Espadín no podía quitarse de encima la impresión de que estaba contemplando la costa de una gran masa de tierra. Permaneció callado mientras Dorian ordenaba que primero una vela y luego otra fueran recogidas. Cuando llegó el momento de pedir los remos, sin embargo, bajó y habló en susurros a los hombres. Los ayudó a sacar los remos silenciosamente y los encajó en los toletes, que habían sido acolchados con dicho propósito. Se ocupó de uno durante un rato, acompasando el movimiento de sus golpes de remo al lento ritmo que marcaba Ninas, regular y fluido, como el corazón palpitante del barco, pensado más para ser sentido que oído.

Después, Espadín se quedó de pie junto a Dorian, viendo cómo la monstruosidad se deslizaba a su lado, tratando de aprehender su inmensidad, de cuantificar sus dimensiones en términos finitos. No había ningún signo evidente de que la estructura flotara sobre las olas. Parecía tan sólida como si toda ella estuviera hecha de piedra, como si sus fundamentos se prolongaran a través de las brazas y estuvieran anclados directamente en el suelo del océano. Sus muros, lisos y carentes de rasgos, se

elevaban treinta metros por encima de las olas. Allí era el único lugar donde la geometría se rompía en balcones y terrazas, torres y ventanas iluminadas. Podía alojar... ¿a cuántos?: ¿medio millón de almas?, ¿un millón? ¿o más? Te hacía sentir como si mil pares de ojos debieran estar observándote desde arriba. Remaron a lo largo de un monstruo, reducidos al silencio tanto por la cautela como por la impresión.

Miraron hacia delante mientras contorneaban el extremo sur de la plataforma. Un gran complejo rectangular se alzaba en la lejanía. Era una forma más oscura recortada contra la noche, una geometría hecha como de negra obsidiana, iluminada únicamente por tenues balizas en cada esquina. Un muelle flotante de medio kilómetro de largo la conectaba a la estructura principal. Tan ancho y de firme tan igualado como los mayores caminos del reino, ondulaba ligeramente con un movimiento que, por un instante, conjuró imágenes de leviatanes salidos de las profundidades marinas.

—Di a la tripulación que preparen el bote pequeño —dijo Dovian—. Cuando nos hayamos acercado lo suficiente, bajadlo al agua. Dales la llave a Clytus y Wren. Que ellos se encarguen de comprobar la cerradura.

—¿Clytus y Wren?

—Y seis más que remen para ellos, todos bien armados. Pueden hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? En cuanto los hayas enviado, vuelve conmigo. Te quiero aquí a mi lado para que oigas lo que tengo que decir.

—Tendremos que echarlo a suertes —dijo Espadín.

—Haz lo que he dicho. Y luego vuelve aquí conmigo.

Espadín así lo hizo. Unos instantes después estaba de vuelta, con el saco de astillas de madera marcadas apretado en el puño. Miró en dirección a los almacenes y contempló cómo la silueta del bote remaba a través de la distancia que lo separaba del muelle y desaparecía dentro de las sombras. Unos segundos después creyó ver figuras moviéndose en el muelle, pero desaparecieron en cuestión de nada. A partir de entonces, los momentos se prolongaron, inacabables y cargados de tensión.

Desde el *Ballan* sólo podían conjeturar lo que estarían haciendo Clytus y Wren basándose en lo que les había dicho el práctico. «Habrán unos cuantos guardias en la puerta —había asegurado el hombre—, pero si vais con sigilo seguro que los cogéis desprevenidos a todos». Explicó que las plataformas nunca habían sido atacadas seriamente en todos los años de su existencia. La Liga consideraba que la distancia a que se encontraban de tierra firme era protección suficiente por sí misma. A ese límite natural había que añadir la enormidad de sus muros y la reputación para la venganza de la Inspección Ishtat. Más allá de eso, estaban la peculiaridad de las llaves y el hecho de que sólo aquellos en quienes más se confiaba llegaran a obtenerlas nunca y se supusiera que la lealtad entre los sires era absoluta: todas esas cosas los hacían

confiar en que se hallaban a salvo. Los guardias eran una medida superficial, y ellos lo sabían. «Con un poco de suerte los encontraréis echando la siesta».

Espadín no había estado seguro de si debería confiar en él. Podía estar llevándolos a una trampa. Pero una vez que el práctico se hubo acostumbrado a su papel de traidor se volvió increíblemente comunicativo. Llegó a estar tan dispuesto a cooperar que Nineas masculló: «Me parece que ahora se imagina que es un incursor». De hecho, parecía anticiparse a todas las preguntas que pudieran tener y trataba de responder a ellas antes de que le fueran formuladas.

Deberían evitar la entrada principal, dijo. Se hallaba ubicada en el punto por donde el muelle se unía al almacén de la brea. En lugar de entrar por ella, deberían ir a lo largo del muro en dirección sur hasta que encontraran la entrada lateral, la que utilizaban los sires cuando estaban entrando en el almacén desde el lado del océano. Era una puerta alta, angosta, con una sola cerradura en el centro. Deberían introducir la llave completamente, como si fuera un bloque de madera geométrico parte de un juego infantil que necesitaba ser introducido en el compartimiento adecuado. La cosa se reducía a eso. No había que hacerla girar. Esa era la razón por la que la llave no se parecía mucho a una llave. Una vez que hubiera quedado alojada, la puerta se abriría deslizándose con la más leve presión ejercida contra ella. Dentro encontrarían una confusión de cosas almacenadas y objetos manufacturados y maquinaria que le era imposible detallar. Pero no hacía falta que lo hiciera. Una vez dentro, estarían viendo el mayor depósito de material explosivo en el Mundo Conocido. En lo tocante a decidir qué hacer con ese material, eso se lo dejaba a ellos.

Mientras sentía transcurrir lentamente los minutos interminables, Espadín deseó estar allí. Debería haber sido él quien corriera el riesgo. Era el que los había llevado hasta allí, tanto si le gustaba admitirlo como si no. ¿Por qué no había ido con ellos? Dovian dio las órdenes, y él las había seguido. ¿Por qué no cuestionó...?

Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, Dovian extendió el brazo, cogió de entre sus dedos la bolsa con las astillas, y la arrojó al océano.

—Voy a ir yo —dijo el incursor—. No intentes discutir conmigo. Hasta que me haya ido, estoy al mando. Yo digo que se hará así, y no hay más que hablar. Sólo quería que fueras el primero en saberlo. Se lo diremos a los otros juntos. Ven.

—¡No! —Espadín plantó la mano en el pecho de Dovian, deteniéndolo—. No, íbamos a echarlo a suertes. ¡Fue lo que acordamos! No puedes...

La mano de Dovian cubrió la del hombre más oven, caliente y áspera, sudorosa.

—No me lo pongas más difícil. Estoy enfermo. No voy a mejorar. La verdad es que me estoy muriendo. Llevo tanto tiempo acercándome a la muerte... He estado esperando para entender la mejor manera de decirle adiós al mundo. Ahora la he encontrado por fin.

—No puedes morir. —Espadín sabía que sonaba como un crío, pero no lo pudo



evitar—. No puedes dejarme...

—Ahí es donde te equivocas. Te he dado todo lo que podía llegar a darte. He vivido los mejores años de mi vida contigo, muchacho. Te he dado hasta la última brizna de sabiduría que tengo. No era gran cosa, lo sé, pero te he enseñado todo lo que un padre debería enseñar, ¿verdad? En un mundo justo, los padres vivirían para ver convertirse en hombres a sus hijos. Sólo entonces los dejarían. Eso es lo que está sucediendo aquí.

Espadín volvió a entrever un segundo movimiento en el muelle. Observó, sin respiración, hasta que vio cómo el bote emergía de las sombras para remar de vuelta hacia el *Ballan*. Quiso que se detuvieran. Necesitaba más tiempo. Se dirigió a Dovian y dijo:

—Llegamos a un acuerdo. Éste no es lugar para que tú...

El viejo suspiró.

—Algún día te sentarás en el trono de Acacia —dijo—. Lo harás, por mucho que tú aún no lo sepas. Si hubiera podido hacer las cosas a mi manera yo estaría allí a tu lado, más orgulloso que nada. Pero no puedo ayudarte con eso como me gustaría. Esto sí que lo puedo hacer, no obstante. Esto sí que lo puedo hacer. —Curvó la mano sobre el hombro del joven—. Permite que te enseñe una última cosa... cómo morir gloriosamente.

No llegaron a oír las palabras del grupo que regresaba, pero el mensaje fluyó hacia ellos sobre dedos de electricidad susurrada. ¡La llave servía! El almacén estaba abierto. Habían matado a dos guardias cerca de la puerta principal, pero no había más a la vista.

—Será una llamarada digna de verse, eso te lo prometo. Ah, Dariel, hazme caso. Es lo único que te pido, una cosita de nada... No, más que una cosa. También tengo otra. No me la negarás. Sé que no lo harás, porque te he criado lo bastante bien.

Menos de una hora después, Espadín desplegó la vela negra mientras los demás seguían manejando los remos. El viento había cambiado. Ahora soplaba con fuerza, propulsándolos por el océano a un ritmo constante. La mancha anaranjada que anunciaba la proximidad del amanecer iluminaba el horizonte en el Este. Detrás de ellos sólo había negrura, silencio. Como en su sueño, pensó Espadín. La nada detrás de él. El miedo innumerable del que tenía que huir siempre.

Pusieron una segunda hora tras ellos. Unos cuantos temores, expresados en susurros, de que hubieran cogido a Dovian. Ninguno de ellos sabía a qué se había enfrentado después de haber cruzado ese umbral abierto. Quizá la misión había fracasado. Espadín se apartó de los demás y se quedó inmóvil en la proa del barco. De todos modos, Dovian se había ido. Lo que no parecía real. No parecía posible. Espadín quiso detener el movimiento del barco sobre el mar y el transcurso del tiempo y sólo...

Esas nociones fueron finiquitadas súbitamente de la más concluyente de las maneras. Espadín supo con toda la certeza del mundo cuál era el momento en que Dovian enviaba su alma en busca de la Donante. El estallido de luz que lo anunció convirtió la noche en día e hizo del mar un espejo negro en el que ondulaban y danzaban los contornos de los cielos. Espadín no miró atrás. Temía hacerlo. Estuvo seguro, en ese instante, de que una furiosa conflagración se elevaba hacia arriba a sus espaldas, con el alma de Dovian en su ápice, para rugir dentro de los cielos. Estuvo seguro de que el infierno se propagaría y consumiría el mundo sólo con que se diera la vuelta para afrontarlo. Esos pensamientos tenían tan poca base como los de la lógica del sueño, que no es lógica en absoluto. Espadín lo sabía, pero aun así clavó los ojos en el este del horizonte y afrontó únicamente la llamarada que había allí, huyendo de la que había tras él como en una frenética carrera hacia el día que se iniciaba.



Aunque se aseguró de que nunca dejaba de lado sus deberes como Maeben, ahora una parte más grande de la atención de Mena había pasado a centrarse en sus lecciones con Melio. Cada día él iba a su encuentro en el complejo, después de que ella hubiera cumplido sus obligaciones para con la diosa. En vez de hablar como hacían en sus primeros encuentros, ahora él la instruía únicamente en el manejo de la espada. Melio aseguraba haber perdido la práctica y no haber sido nunca ningún maestro de la esgrima, pero siempre se metía en el papel como si hubiera nacido para él.

Unos días después de que Mena hubiera expresado su interés, Melio se había aventurado por las altiplanicies del interior en busca de madera apropiada para espadas con las que practicar. Aunque era distinta del fresno empleado en Acacia, encontró una madera rojiza de un grano muy sólido que iba admirablemente bien. Al final de la primera semana, los dos bailaban de uno a otro lado blandiendo espadas de adiestramiento. Eran más ligeras de lo que le hubiera gustado a Melio, pero aun así estaba complacido. Sus dedos acariciaban las suaves curvas de las hojas como si quisieran aprenderse de memoria hasta el último centímetro de ellas. Cada día volvía a las lecciones habiendo hecho pequeños refinamientos, ciertas adiciones, habiendo tallado y lijado, aceitado y afilado las armas de maneras que eran tan funcionales como estéticas.

A Mena no le costó demasiado aprender las posturas, la forma correcta de sujetar la espada, y cómo se hacía para poner los pies en el sitio debido. Cualquier error corregido por Melio pasaba a quedar desterrado para siempre. Mena nunca necesitaba que se le dijera una cosa dos veces. Al principio eso sorprendió al preceptor, pero con el paso de los días, la aptitud de su discípula empezó a parecerle cada vez más algo que simplemente debía dar por hecho. Volaron de una lección a la siguiente. Trabajando los distintos golpes, el cómo canalizar mejor hacia arriba el poder de las piernas a través de la tensión del torso de manera que fluyese en dirección a la hoja. Sus ratos de nadar en la ensenada y sus inmersiones entre las ostras la habían mantenido en forma, pero Melio la impulsó a emplear músculos no descubiertos previamente.

La Primera Forma, la de Edifus en Carni, Mena se la grabó en la memoria física a

lo largo de tres días. El combate entre Aliss y el Loco de Careven requirió la totalidad de dos días. Melio sugirió que se saltaran la Tercera Forma, aquella en la que el caballero Bethenri iba a batallar con los tridentes del diablo, pero Mena no quiso ni oír hablar de ello. Lo ayudó a modelar versiones de las armas cortas, tan parecidas a las dagas. Los dos atacaron y lanzaron tajos, se inclinaron y giraron, acometiendo y retirándose en el curso de una larga tarde. Levantaron nubes de polvo y atraieron las miradas de la servidumbre, que se mantuvo a una respetuosa distancia para observar con fascinación el espectáculo de su señora mientras ésta se desplazaba a través de los movimientos mortíferos del arte de la guerra. Mena hacía cuanto podía para pasar por los ejercicios manteniendo la tranquila fachada de la diosa. Jamás pregonaba fatiga alguna. Nunca protestaba de un reto. Se limpiaba el sudor de la cara y permanecía erguida incluso cuando los pechos le subían y le bajaban en un rápido jadeo.

En la soledad de sus cámaras cuando llegaba la noche, se hacía un ovillo sobre el costado y se apretaba las piernas contra el pecho, abrazándose y llorando ante el tormento padecido por su cuerpo. No reconocía sus propios brazos. Ahora eran más delgados en algunos puntos, más gruesos en otros, más angulosos, tallados de maneras distintas en torno al músculo. Afortunadamente, siempre podía reconocerse a sí misma en las nuevas formas. Los contornos alterados de sus antebrazos, el discurrir de las venas en el dorso de sus manos, los tendones estriados en la base del cuello: siempre eran ella misma, Mena. No era tanto que cambiase para convertirse en algo diferente como que emergía de debajo de un disfraz largamente mantenido. En la intimidad de sus habitaciones interiores se quedaba de pie, desnuda, admirando los cambios. En público, naturalmente, hacía cuanto podía por ocultarlos.

Si los sacerdotes sabían algo de su rutina cotidiana —y tenían que saberlo— jamás hablaban de ella. Mena no les daba ninguna excusa para encontrarle defectos. Se mostraba todavía más pronta que antes en el cumplimiento de sus obligaciones. Siempre llegaba puntual a las ceremonias vespertinas, a las exhibiciones especiales organizadas para los dignatarios de visita, y se la encontraba más fácilmente dentro de su complejo que antes, cuando pasaba sus momentos libres en una solitaria exploración del suelo de la ensenada. Permanecía sentada a lo largo de las reuniones luciendo los atuendos de Maeben sin que hubiera ni una sola grieta en su resolución. En el espacio de dos semanas había tenido que reunirse dos veces con padres apenados, unos cuyos hijos habían sido tomados por la diosa. Se encontró hablando a través de la diosa de formas pensadas para complacer a los sacerdotes. Ella nunca había hecho aquello antes, y no le gustaba recordar algunas de las cosas que había salmodiado ante los padres, penitentes y llorosos. «No miréis al cielo —había dicho en una ocasión— si queréis que Maeben vea vuestra reverencia».

Qué injusto, pensaba, decirle a la gente que temiera algo tan presente en todo

momento como los cielos sobre su cabeza. Ella misma solía buscar con la vista la forma del ave de presa suspendida sobre las montañas interiores. ¿Por qué había prohibido a aquellas personas que hicieran lo mismo? Sus palabras, cayó en la cuenta, fluirían de una boca a otra. Pronto el pueblo entero, y finalmente el archipiélago entero, conocería a Maeben en la nueva proclamación de la Tierra. Irían por sus vidas cotidianas con la cabeza baja. Vaminee, el primer sacerdote, tenía que haberse sentido sumamente complacido con ella, aunque, de ser así, no se dignó mostrarlo.

Melio, en cambio, no se recataba en expresar su desaprobación al servicio que ella prestaba a la diosa. Continuaban reuniéndose de noche para hablar de aquello que habían practicado durante el día y hacer planes para el futuro. Ambos eran acacios, le recordaba él. Aquellas deidades isleñas no representaban nada para ellos. Eran meros poderes insignificantes, eso aun suponiendo que fueran poderes. Adorarlas no hacía nada para sanar la brecha entre la humanidad y la Donante. Eso era lo que importaba. Eso, tal vez, podía ayudar a restaurar el orden apropiado en el mundo. Si Mena deseaba rezar, debería hacerlo en acacio y a la Donante. Aliver la llamaría cualquier día de estos, así que ella tenía que estar preparada de todas las maneras posibles.

—¿Pero en lugar de hacer eso, adoráis a un águila marina?

Mena estaba sentada frente a él en la tenue luz de un puñado de velas; el aire nocturno a su alrededor era lo bastante inmóvil para que las llamas se mantuvieran rectas.

—¿Qué hay de los niños? Vuestra Maeben roba niños y se los lleva gritando a...

—¡No! —le espetó Mena. La palabra se le escapó de los labios con toda la fuerza de una estocada. No podía oírlo hablar con tanta ligereza de los niños arrebatados—. No tengo elección. Soy Maeben. Ella fue algo que me sucedió. Yo no era nadie cuando...

—Erais una princesa de Acacia.

—... cuando llegué aquí. No sabía nada. No tenía nada. ¡No era sino una niña huérfana! No hablaba la lengua del lugar. No conocía a un alma. ¡Estaba sola! ¿Puedes entender lo que era eso?

—Así que la diosa se os llevó también. ¿Y estáis agradecida por eso? —Cuando Mena no respondió, Melio sacudió la cabeza, se dio la vuelta y miró el cielo nocturno—. No, confieso que no entiendo ni una palabra de todo lo que me contáis. Sois una mujer joven, Mena. Esa niña de la que me habláis ya no existe. No sois ninguna diosa, y lo sabéis. Los sacerdotes lo saben. Esos desgraciados que os reverencian lo saben. Es como si todos estuvierais representando un delirio compartido. ¿Maeben llevándose niños para que la sirvan en su palacio? Menudo disparate. Vuestra diosa no es más que un ave de presa. Vive en esta misma isla al norte de aquí, y no en un palacio. En lugar de adorarla, alguien debería abatirla. Yo mismo la he visto suspendida en lo alto. Si hubiera tenido un arco, os aseguro que no habría vacilado en

usarlo.

Mena guardó silencio un tiempo y luego dijo:

—Tienes razón. Ya veo que no lo entiendes.

Cualesquiera diferencias que hubieran tenido durante la velada quedaron olvidadas mientras seguían con sus sesiones marciales durante el día. Mena aprendió la Cuarta Forma —la de Gethack el Odioso— con suma facilidad. Al llegar a la Quinta, sin embargo, se encontró teniendo que esforzarse. No se trataba de que su capacidad fuese menor, sino todo lo contrario. Sus habilidades, o al menos eso sentía ella, se veían cada vez más estorbadas por la Forma. ¿Qué más daba cómo puso manos a la obra el Sacerdote de Adaval cuando se enfrentó a los veinte guardias con cabeza de lobo de la tribu rebelde de Andar? Aprender la Sexta Forma no sirvió sino para clarificar aún más las dudas de Mena. Llegó a percibir que había una diferencia entre los mandobles asestados mientras practicaba con la espada y el modo en que atacaría si su meta realmente fuese matar a la persona con la que se enfrentaba. Una vez distinguida esa diferencia, se preguntó por qué perdería uno el tiempo atacando de un modo que ya era esperado por el oponente. Sí, cierto que los movimientos a los que obligaba librar el duelo siguiendo el curso prescrito por la Forma fortalecían el cuerpo y agudizaban los reflejos, pero dicha práctica parecía carecer de sentido.

Una tarde se detuvo a mediados de la Sexta Forma, exasperada.

—Esto se parece demasiado al bailar. No me extraña que nuestro ejército sucumbiera con tanta facilidad. —Melio empezó a protestar, pero Mena le indicó con un ademán que no pretendía ofenderlo. Se secó el sudor de la frente, y pensó por un instante en cuál sería la mejor manera de expresarse a sí misma—. ¿Por qué deberíamos aprender los pasos del mito? ¿El Inicial haciendo retroceder a los dioses de Ithem? ¿Qué tiene que ver eso con nada de todo esto? No lucharemos con los dioses de Ithem. ¿Por qué pretender que vamos a hacerlo?

Melio ya tenía lista una respuesta para eso, pero Mena no se detuvo a escucharla.

—Todo eso que me estás enseñando está muy bien —dijo—, pero me parece que lo único que hace es constreñir la espada en lugar de liberarla. Me has enseñado que las Formas son el fundamento de nuestro sistema militar, ¿no?

Melio asintió.

—Bueno, pues entonces ya ves dónde radica el problema.

Melio no estaba seguro de verlo.

—Sé que lo que tengo en la mano ahora es una espada de madera —dijo ella—. Pero se supone que he de pensar en ella como una espada de verdad, una cuya hoja fue concebida, forjada, batida y afilada por una razón, ¿sí? ¿Cuál es esa razón?

La respuesta del preceptor tuvo los tonos de las máximas aprendidas de memoria.

—Es el eslabón entre el espadachín y su oponente —le dijo—. Cuando se la usa de la manera apropiada, la hoja de tu espada es una extensión del cuerpo, de la mente.

Un filo bien aguzado es la herramienta de una mente aguzada...

—No. —Mena sacudió la cabeza, impaciente—. ¡Herir! Porque ésa es la única razón que hay. ¿A qué tanto hablar de «una extensión de la mente»? Cada vez que es desenvainada, la intención de la espada debería ser herir. No hacer una parada, no bailar, no asestar un golpe que el oponente ya sabe que está a punto de llegar. Una espada es un arma. Quiero aprender a usarla como tal.

—El verdadero manejo de la espada no se parece en nada a lo que vos y yo hacemos aquí —respondió Melio—, especialmente cuando se la esgrime contra oponentes que ignoran la Forma. Pero disponer de todo un surtido de respuestas conocidas te hace más rápido cuando precisas disponer de un poco de velocidad.

Mena bajó la cabeza; dirigió los ojos hacia arriba para estudiar a Melio mientras lo oía hablar; su voz estaba impregnada por toda la autoridad de un preceptor. Clavó la mirada en el suelo y apretó los labios, como si el gesto fuera necesario para cortar el paso a unas palabras que querían escapársele.

Y al fin habló:

—Levanta tu espada. Intenta herirme... si eres capaz de hacerlo antes de que yo te hiera a ti.

—¿Una carrera para ver quién hiere antes, entonces?

—Bueno —dijo Mena—, se podría decir que sí.

Ambos adoptaron la posición de preparado. Mena asintió con la cabeza; Melio hizo lo mismo. Sólo tendría que transcurrir un instante y entonces, eso los dos lo sabían, el duelo podría comenzar. Uno de ellos estaba más preparado para librarlo que el otro. El ataque de Mena no pudo ser más simple, directo y ejecutado sin vacilación. Se agachó y asestó un mandoble contra la pierna izquierda de Melio, justo debajo de la rodilla. Melio no tuvo ocasión de detener el golpe, y cuando la pierna cedió debajo de él, se retorció con el dolor de la herida. Cayó al suelo de dura tierra apisonada. Mena se alzó sobre él, la punta de su espada presionándole suavemente el abdomen.

—Lo siento, pero esto es lo que quería decir: ¿por qué bailar a través de cincuenta movimientos cuando bastaría con uno solo?

Melio la miró con una expresión de alarma en los ojos. Ella extendió la mano y lo levantó del suelo, sonriendo como si lo que acababa de decir hubiera sido alguna clase de broma.

A partir de entonces, sus sesiones con la espada no se parecieron a nada de cuanto habían sido antes. Mena aprendió el resto de las Formas, memorizando y dominando los movimientos rápidamente. Lo hacía todo mecánicamente, como sólo por darle gusto a Melio. Centraba toda la atención en el manejo del arma, convenciendo a Melio de que atacara una y otra vez «hasta herir». Al principio, Mena siempre llevaba delantera en el marcador. Melio parecía renuente a comprometerse con las reglas declaradas, las cuales estipulaban que desde el inicio de la sesión cada uno de ellos

intentaría dar inmediatamente con el filo de su arma en la carne del otro. Dolorido de tanto recibir un golpe tras otro, no tardó en apresurarse a igualar a Mena. Las rápidas tandas de tres o cuatro movimientos que practicaban al principio no tardaron en prolongarse gradualmente hasta alcanzar los siete u ocho. Poco después, las tandas se adentraron en las dos cifras.

De noche Mena se retorció, incapaz de conciliar el sueño, su cuerpo era como una mala hierba que se contorsiona en un rápido crecimiento. Estaba llena de morados y abrasiones, los huesos y los músculos sometidos a tensión disgregándose y volviendo a unirse cada día. Pero sabía que estaba mejorando. Empezó a pensar en técnicas que Melio no le había enseñado jamás, como cuando apretaba el cuerpo contra el suyo y se pegaba a él como si estuvieran hechos de cola, de modo que por un tiempo ninguno de los dos podía golpear efectivamente. En otra ocasión lo acometió bruscamente con el hombro, utilizándolo como si también fuera un arma y saliendo rebotada del impacto con un vigor que lo pilló por sorpresa. Aprendió cómo golpear el filo del arma de él con una colisión que por varias veces se la arrancó de la mano, y cómo entrechocar los filos de un modo que hacía que éstos se quedaran pegados en vez de rebotar. A veces reducía inesperadamente el ritmo de sus movimientos, sintiendo que el centro de su elección del momento irradiaba de su abdomen. Mediante una profunda contracción interna, cambiaba el ritmo tan completamente que Melio se las veía y se las deseaba para adaptarse.

No podía saber con certeza cuán hábil era realmente su preceptor, pero una mañana a finales del último mes de primavera practicaron hasta llegar a un punto muerto. Mena lo aturdió golpeando varios puntos distintos de su cuerpo en el curso de un solo mandoble. Aunque Melio paró la cometida, la conmoción apareció claramente en su rostro. Fue tan consciente como ella de que mediante un solo mandoble hacia abajo había faltado muy poco para que lo hiriese en el cuello, en el costado y en la parte de atrás de la rodilla, sin que eso la obligara a perder ni una sola fracción del ímpetu inicial.

Después de aquello, Melio permaneció inmóvil unos instantes, jadeando mientras la observaba desde detrás de los oscuros mechones de pelo que se le habían pegado al sudor de la frente.

—¿Quién habría pensado que la princesa Mena Akaran sería la primera en retarme con el verdadero uso de la espada?

—No te sorprendas tanto por ello —dijo Mena—. Lo único que he demostrado es que estamos a la par.

—Eso se dice enseguida, pero quizá no sabéis lo que significa.

—Claro que lo sé. Significa que tendré que encontrar a algún otro más con quien combatir. ¿Conoces a los luchadores de palos?

Melio expresó repetidamente su rotunda oposición a la idea. Explicó cosas que



Mena ya sabía pero que él no podía evitar proclamar en voz alta, ya que le parecían demasiado importantes para que ella las ignorara. No se la había adiestrado en la pelea con palos. El arte y la técnica de esa forma de lucha se diferenciaban enormemente del combate con espadas que habían estado practicando hasta entonces. Los palos no cortaban, cierto, pero eso no quería decir que no fueran peligrosos, incluso letales. Los que luchaban con palos provenían de las aldeas que había en las montañas de las islas. Eran los más pobres de entre los pobres. Aseguraban tener sangre de guerreros, pero lo único que podían hacer con ella era ponerse a prueba a sí mismos el uno contra el otro, intentando ganar un rápido botín mediante el apostar. Bailaban como si fuesen artistas del espectáculo, pavoneándose y exhibiéndose, y divirtiendo a la multitud que cruzaba sus apuestas, pero cuando atacaban lo hacían con toda la fuerza de que eran capaces. Dislocaban hombros con golpes lanzados hacia abajo, rompían antebrazos con molinetes, hundían el palo en los abdomenes con una fuerza tal que los cuerpos sangraban por dentro. Él había visto romper el cráneo de un hombre, cómo otro perdía la visión de un ojo, a otro con la clavícula hecha añicos de un modo que nunca llegaría a curarse apropiadamente. Y otro de los luchadores, todo un maestro de la técnica, había conseguido imprimir tal fuerza al molinete dirigido contra la espalda de un oponente que la víctima quedó incapaz de andar. Cayó al suelo, devastada por lo que le acababa de suceder y nunca volvió a levantarse para sostenerse sobre sus piernas.

—¿Ésos son los hombres contra los que queréis ponerlos a prueba?

Si Mena entraba en el círculo con uno de ellos, se arriesgaba a sufrir cien heridas distintas y no sacaría nada a cambio. ¿Por qué hacerlo? Simplemente no tenía sentido. Era vanidosa más allá de todo lo razonable si creía que un mes de práctica con la espada la había preparado para semejante prueba. Y, de todos modos, si se la descubría, la ira de los sacerdotes caería sobre ella, poniéndolo todo en peligro.

Así despotricó Melio. No sirvió de nada. Mena eligió el día en que fue al temible círculo de los luchadores con palos. Se tiñó la piel con zumo de moras, dejándole un tinte extraño pero no del todo antinatural. Se envolvió el torso en una tela bien ceñida que aplanaba todavía más sus ya pequeños senos, vestida como un trabajador del campo, y se ató el pelo del modo en que lo hacían los hombres de Vumu. Mantuvo los ojos abiertos encima de un fuego humeante durante el tiempo suficiente para enrojecérselos, como los de un fumador de niebla. Sin duda tenía un aspecto insólito, pero nadie que la viera imaginaria que se hallaba ante la sacerdotisa de Maeben.

Con Melio como guía, encontró a la congregación de luchadores con palos en el otro extremo de Ruinat. Descubrirla fue la parte fácil. Entrar en el círculo, pensaba ella, tal vez fuera más difícil. Se abrió paso a codazos entre el gentío masculino. Había jóvenes y viejos, relojeros y trabajadores del campo, granjeros de las colinas y rapazuelos de la ciudad: su olor corporal era acre e intenso, y el aire estaba cargado

por una nube de sudor y humo de niebla. Ella conocía a aquellas personas. Reconoció caras vistas en las ceremonias. Pero ahora no era Maeben. Ahora no había ninguna distancia que la separase de ellas. No iba ataviada con la apariencia de una diosa.

El hombre que llevaba el círculo fue hacia ella, midiéndola de pies a cabeza con una sonrisa en los labios. Mena pensó que quizá le pediría que se explicara, que justificara el hecho de estar ahí. Pero no tenía ningún interés en sus credenciales. El hombre fue directo al grano. Informó a Mena de que todos los luchadores nuevos tenían que ganarse el derecho a competir. Su primer combate siempre era con el que ostentaba el título del círculo. El nuevo tenía que correr con la tarifa de entrada. La suma, naturalmente, en esencia era confiscada. Mena perdería el combate, pero después podría competir con luchadores de inferior categoría.

—Si gano —dijo Mena, manteniendo la voz baja y cortante—, ¿entonces paso a poseer el título?

El hombre rió.

—Si ganas, te has ganado un sitio en el último peldaño de la escalera, nada más. ¿Aún quieres luchar?

—Naturalmente.

—Entonces lucha con Teto —dijo el hombre del círculo.

Teto, el así llamado campeón del círculo, accedió sin hacerse de rogar. Se abrió paso a través de los cuerpos sudorosos y entró en el círculo de arena despejada, donde lo aguardaba Mena. Su palo, que sostenía con la punta hacia arriba y apretado contra la parte de atrás del brazo, se deslizó a través de sus dedos aflojados hasta que su puño se tensó en torno a la empuñadura envuelta en cuero. Se movía con un porte completamente distinto del de Melio. Sus pies descalzos eran cuidadosos a la hora de posarse en el suelo, pero alegres al mismo tiempo. Ágil y flexible sobre los dedos de los pies, sus piernas eran sendas bandas de músculos que sostenían un cuerpo suspendido, tranquilo. Su cabeza parecía la parte menos pesada de su cuerpo, los ojos hundidos en el cráneo fijos en ella.

Mena no dispuso de tiempo para pensar demasiado. Teto abrió el duelo; ella respondió. En cuestión de segundos ya había decidido que lo combatiría mediante la defensa que obstaculiza. No era algo que hubiera practicado antes o nombrado por anticipado. Pero desde los primeros instantes, Mena supo que la fuerza de Teto era el mayor de sus atributos y lo orgulloso que se sentía de eso probablemente fuese su mayor defecto. En vez de invertir una energía extra en el impacto propinado por sus palos, Mena dejó que su propia fuerza cediera cuando tenía que parar. Detuvo el golpe de Teto, pero sin el impacto normal al que estaba acostumbrado él. Teto volvió a golpear repetidamente con una fuerza creciente; su ira era visible en el rostro y en la rápida aceleración de sus golpes. Pero cada vez que tocaba el palo de Mena, éste cedía contra el suyo con una flaccidez que él encontraba claramente inquietante,

como si hubiera golpeado una gruesa soga que de alguna manera disipaba su fuerza.

El final de la contienda llegó tan deprisa que los espectadores se quedaron atónitos. Teto se abalanzó sobre Mena con el palo recto ante él con la intención de empalarla o aplastarla mediante el ímpetu de la acometida de su cuerpo. Mena se limitó a tocar su palo con el suyo, se escurrió hacia un lado y mantuvo en su sitio el arma de Teto con la presión de la suya deslizándose sobre ella.

Elevó el palo para salvar el obstáculo que suponía la empuñadura de Teto y lo dejó caer a través de la base de su cuello expuesto, impulsándolo con toda la fuerza que podía reunir su cuerpo. Y eso fue todo.

Teto se desplomó sobre la arena, con las manos aferrándose a la garganta mientras se retorció presa de la agonía. Sus gritos de furioso dolor eran el único sonido audible dentro del coliseo de cuerpos silenciosos. Los espectadores miraron confusamente en derredor unos instantes. Sus ojos iban de una a otra de las dos figuras que habían combatido para luego moverse de nuevo alrededor de ellos en un intento de, a partir de la escena que tenían delante, entender el vertiginoso movimiento que la había precedido. Parpadeaban como si hacerlo fuera a permitir que el mundo encajase de golpe en el orden apropiado, con el desenlace de la pelea súbitamente invertido. Mena los dejó estudiar aquello durante unos momentos, y luego giró sobre el talón en la arena y se abrió paso a través del gentío.

—¿Dónde estaba vuestro miedo? —preguntó Melio, trotando para mantenerse a su altura mientras iban por el sendero posterior que llevaba al complejo del templo.

—No lo sé —dijo Mena. Y era cierto. Allí incluso había olvidado que existiera algo como el miedo. Lo único que había sentido mientras se enfrentaba a Teto era júbilo y propósito. Ahora trotaba con una energía decididamente aturdidora—. Sólo sabía que podía vencerlo. Tenía que ir con mucho cuidado, claro. Pero no sentí ningún miedo.

—A él le habría gustado haceros daño.

—Sí, estoy segura de ello.

Siguieron en silencio durante un rato. Cuando salieron de los matorrales cerca del complejo, Melio dijo:

—¿Puedo convenceros de que no lo volváis a hacer?

Mena se detuvo y se volvió hacia él. Cuando miró sus ojos castaños y sus labios torcidos y su pelo revuelto se dio cuenta de que ahora se sentía muy distinta en presencia de Melio a cómo se había sentido la primera vez que él llegó. Estaba más a gusto dentro de sí misma, más en paz, sobre todo cuando se hallaba en su compañía. Era extraño que todas las horas de combatir pudieran aproximarlos así. Todo ese tiempo con sus cuerpos pegados uno al otro en dura competición física, empapados de sudor, cada uno intentando superar al otro, el dolor y la humillación a sólo un error de distancia. Una parte de ella quería reconocer que había algo especial en lo que

habían llegado a ser el uno para el otro. Pero no estaba segura de qué decir, o de cómo decirlo.

—Gracias por todo lo que me has enseñado —se limitó a decir.

Él se encogió de hombros.

—No estoy seguro de que os haya enseñado nada, Mena. Más bien es como si os hubiera recordado cosas que ya sabíais. Puede que hayáis nacido para empuñar una espada. No os riáis. No estoy bromeando.

Titubeó un instante. Los surcos que le crecieron en la frente sugerían que quizá tuviera algo más que decir. ¡Sí, tenía algo más que decir! La misma clase de pensamientos que estaba teniendo ella. Mena lo leyó todo en su cara en un momento. Aunque eso hizo que un escalofrío de excitación le recorriera el cuerpo, se movió antes de que él pudiera hablar. Le dio una palmadita en el brazo y se giró y corrió el último trecho hasta el complejo.

Al llegar a la puerta, encontró a Vandi esperándola. La convocatoria que traía era la que ella había llegado a temer por encima de todo. Se la necesitaba en la antesala del templo dentro de poco más de dos horas. Eso sólo podía significar que Maeben se había llevado a otro niño. Era el cuarto en menos de dos meses. Se separó de Melio sin una palabra, dejándolo fuera del complejo. Dentro, Vandi esperó a un lado mientras ella se desnudaba y entraba en su baño, donde se frotó furiosamente la piel para eliminar el tinte de bayas. Vandi la observaba con sus ojos verdosos, los labios rígidamente apretados. No ofreció comentario o pregunta alguna, aunque tenía que haber reparado en cada detalle de su disfraz. Incluso la había visto entregarle el palo a Melio.

Mena se frotó la cara hasta despellejársela sin que pudiera llegar a quitarse todo el tinte. Pero cuando no pudo aguantar más, se dio por vencida. Ella y Vandi fueron presurosamente al templo, donde él la vistió como la diosa. Las que se encargaban de aplicar el maquillaje esparcieron unguento con liberalidad. Para cuando hubieron acabado de ponerle el tocado, Mena ya tenía el aspecto que correspondía a su papel. Sólo entonces se acordó de respirar más despacio y relajar el cuerpo y eliminar mediante la fuerza del pensamiento las gotitas de sudor que amenazaban con ensuciar su fachada. Volvió a pensar en su afirmación anterior de que no le había dado ningún miedo la idea de tener que pelear con Teto. En aquel momento eso había sido cierto, estaba segura de ello. Intentó volver a invocar el valor. Mirar las caras de padres apenados, sin embargo, no era algo con lo que fuera a sentirse cómoda alguna vez.

Se acomodó en el gran asiento en la antesala del templo. Vaminee esperaba en su sitio habitual junto a ella. Se puso bien las túnicas y mostró a Mena su barbilla en perfil, nada inusual en eso. Tanin, el segundo sacerdote, se posicionó a la izquierda de Mena. Normalmente él no formaba parte de aquellas entrevistas. La observaba con una intensa consideración que le hizo sentir un hormigueo en la piel.

—Sacerdotisa, tal vez os interese saber —dijo— que una delegación de guerreros extranjeros llegó a Galat ayer.

Mena sintió la necesidad de extender la mano y apoyarse en algo para equilibrarse, pero sabía que estaba sentada, equilibrada ya. Poniendo la máxima atención en mantener la voz neutral, completamente falta de interés, preguntó:

—¿Qué quieren?

—Hemos pensado que quizá podríais tener una opinión sobre ellos —dijo Vaminee.

—¿Cómo podría yo saber nada acerca de ellos?

Ninguno de los sacerdotes respondió.

—He... he oído rumores de que la guerra podría estar aproximándose a las tierras extranjeras. Si es cierto eso, esos soldados quizá quieren nuestra ayuda.

—Eso podría ser cierto —dijo Vaminee—, y podría no serlo. Afirman estar buscando a una joven perdida y creen que podría estar viviendo en Vumu. En cualquier caso, eso no es asunto nuestro. Aún no les he dicho nada a los extranjeros. La diosa está disgustada con los isleños. Eso es lo único que debe preocuparnos ahora. Primero tenemos que apaciguar a Maeben. Luego decidiremos el curso a seguir para tratar con la delegación. Las palabras estaban pensadas para poner fin al tema, pero Mena tenía que saber al menos un poco más.

—Los extranjeros... ¿de qué nación son?

—¿Cómo queréis que lo sepa? —preguntó Vaminee.

—Son pálidos —dijo Tanin—. Tienen la piel como carne de cerdo.

Una descripción nada favorecedora, pero viniendo de Tanin era difícil saber hasta qué punto sería precisa.

—Debería reunirme con ellos —dijo Mena—. Como Maeben, quiero decir... Quizás es deseo de Maeben que Vumu desempeñe un papel en el mundo. Si los veo mientras llevo el atuendo de la diosa, a lo mejor podría entender qué desearía que hiciéramos.

—Algo que no se os ha dado muy bien últimamente. El cuarto niño arrebatado desde...

—¡Yo no tengo la culpa! Odio que la diosa se lleve niños. Haría lo que fuese para que parara.

Vaminee cerró los ojos, su cabeza estaba ligeramente ladeada y los músculos de su mandíbula rígidos de ira.

—Olvidáis por completo quién sois, muchacha. No quiero creerlo, pero se murmura que habéis estado jugando con espadas de madera. ¿Es cierto eso?

—Dentro de los muros de mi complejo soy libre de...

—Así que es cierto. —Vaminee cruzó la mirada con el otro sacerdote—. Tenéis que dejarlo ahora mismo. La gente habla, sacerdotisa. Podéis hacer lo que queráis

dentro de vuestro complejo hasta cierto punto. No podéis deshonrar a Maeben.

La cortina al fondo de la habitación se separó, indicando que los afligidos padres estaban a punto de entrar.

Vaminee reparó en ello, pero continuó.

—Dejaréis de hacerlo inmediatamente. Y vuestro amigo (sí, sé de él) se irá la semana que viene cuando embarquen los mercaderes flotantes. Si continúa aquí, sufrirá por ello. Y vos sufriréis por ello.

La procesión apareció por la entrada. Los padres, flanqueados por sacerdotes menores, avanzaron lentamente, con una reverencia impregnada de pena. Desde el momento en que vio a la pareja Mena sintió que se le aceleraba el pulso. Tardó un segundo en entender realmente por qué. Los padres iban despacio, con las caras inclinadas hacia el suelo y las manos extendidas ante ellos en un gesto implorante. Parecían tan familiares... Sus formas y sus movimientos... ¡ella los había visto antes! Sí, era la misma pareja que había visto hacía unas semanas cuando perdieron a su hijita. Si sus ojos no le estaban mintiendo... si realmente eran ellos...

—No —dijo Mena—. Ellos no... les prometí que la diosa no se llevaría a su segundo hijo.

Vaminee volvió bruscamente la cabeza hacia ella.

—¡Insensata! Esa promesa no era vuestra para que la hicierais. Mirad a la cara a esos dos y veréis los resultados de vuestro falso orgullo.



Los complejos residenciales de los acantilados de Manil eran impresionantes. Negros como el cielo nocturno, los muros de basalto se elevaban más de cincuenta metros por el aire como para alejarse de las olas marinas, siempre en la vertical más absoluta hasta llegar a sus cimas. Un gran número de residencias habían sido ubicadas en las fisuras que subían y bajaban a lo largo de la extensión de piedra. Algunas colgaban de las protuberancias, mantenidas en su sitio por complejidades de la arquitectura ante las cuales Corinn sólo podía maravillarse. Pintadas de tonos violeta y azul pálidos, se hallaban adornadas con banderolas que danzaban en las tumultuosas corrientes de aire.

Como las casas eran lugares de diversión donde los mercaderes ricos tenían ocasión de codearse con la nobleza, los Akaran nunca se habían dignado comprar una propiedad allí, pero otros entre la numerosa familia real sí que lo habían hecho. Una amiga de la infancia cuya familia tenía una casa de vacaciones en Manil había alardeado ante Corinn de que los suelos inferiores estaban hechos con gruesos paneles de cristal que proporcionaban vistas de las olas a más de cien metros por debajo de ellos. Aseguraba que podía salir de la cama y caminar a través de su habitación sin dejar de ver en ningún momento los senderos que iban trazando las gaviotas al volar por debajo de sus pies. Corinn nunca había visitado esa villa en particular. Había dudado si creer a la chica, pero el recuerdo había perdurado, lo bastante intenso para que se acordara de él en cuanto puso los ojos en Manil.

Para llegar a las propiedades desde el mar, uno atracaba dentro de la protección de un puerto clausurado, circundado por grandes bloques que habían sido bajados allí para actuar como rompeolas. Una mañana ya muy avanzada la primavera acacia, Corinn descendió de una embarcación de placer a aquel muelle de piedra, con Hanish Mein a su lado. Subieron a un carruaje descubierto e iniciaron el tortuoso ascenso por una serie de rampas. Por mucho que lo intentara, Corinn encontraba cada vez más difícil mantener su altivo distanciamiento. Hanish se mostraba constante en sus atenciones, últimamente más que nunca. En las semanas transcurridas desde Calfa Ven había solicitado su compañía en cada viaje. Y había habido varios. De un modo u otro, Hanish siempre se las había arreglado para servirle como guía a los círculos superiores de Bocoum. Mediante preguntas cuidadosamente ubicadas —durante lo

que sin duda tenían que haber sido momentos de soledad orquestada—, Hanish conseguía una y otra vez que ella abriera la boca y le respondiera educadamente. Corinn continuaba lanzándole pullas siempre que podía, pero ahora él estaba demostrando ser más consistente con su cortesía de lo que podía ser ella a la hora de rechazarlo.

La villa donde se iban a alojar era suntuosa de un modo en que sólo lo eran las residencias vacacionales, diseñadas como estaban para atestiguar la riqueza de quien las poseía, para mimar a los invitados en el curso de breves períodos de tiempo. Habría pertenecido a una familia acacia, tal vez a una conocida por Corinn. No preguntó al respecto. Esas cosas ya no la turbaban de la manera en que lo habían hecho antes. En tiempos pasados, aparentemente, todo había pertenecido a los acacios. Ahora pertenecía a los meins. Corinn sabía que hubiese debido considerarlo como una afrenta personal, pero la indignación era difícil de mantener un año tras otro. Ya hacía tiempo que hablaba con fluidez la lengua meinish. Aspectos de su cultura que antaño le habían parecido ajenos ahora se fusionaban —al menos dentro de los círculos cortesanos— tan intrincadamente con las maneras acacias que costaba saber dónde terminaban unos y empezaban los otros.

La villa había sido anclada a las llanuras encima de los acantilados. Se extendía sobre el borde superior y se prolongaba unos cuantos pisos hacia abajo. Una habitación fluía dentro de la siguiente creando una sensación casi de resbalamiento, como si las habitaciones fueran moviéndose para adaptarse al deambular de sus moradores. Uno llegaba a una habitación simplemente con iniciar un movimiento encaminado hacia ella. Corinn lo encontró un tanto desconcertante, pero de un modo placentero. Todas las paredes encaradas hacia el mar aprovechaban al máximo las vistas, con patios tan largos como el edificio o ventanales puestos lo más abajo posible en las paredes para revelar el movimiento del mar que se extendía muy lejos debajo de ellos. La pauta de mosaicos en el suelo simulaba olas del océano, espumeantes y coronadas por blancas crestas. Las marsopas saltaban entrando y saliendo de ellas. Los pescadores se agarraban a botes minúsculos, ladeados en ángulos precarios que habrían volcado a embarcaciones de verdad. Dejada a solas en su habitación, Corinn pasó una parte de la tarde arrodillada en el suelo, dedicada a estudiar los detalles mientras deslizaba los dedos a través del tumultuoso movimiento. Le encantaba el modo en que los pescadores siempre parecían hallarse al borde de la destrucción, le encantaba que sus caras sonrientes sugirieran que pensaban que todo aquello era un gran juego.

La primera noche, ella y Hanish asistieron a un banquete organizado por una familia de nuevos ricos meinish. En tiempos pasados Hanish habría entretenido a los comensales a expensas de Corinn, encontrando algo acerca de lo que pincharla. Pero el séquito habitual no había venido en este viaje. Hanish estuvo lo bastante cordial



con sus anfitriones, pero nunca llegó a relacionarse realmente con ellos, pese a sus repetidos esfuerzos por llevarlo al centro de las cosas. Simplemente no parecía tan interesado, ni en ellos ni en la música; ni en la comida y bebida que tanto abundaban alrededor de ellos; ni en los gestos con que trataban de congraciarse tanto hombres como mujeres; todos ansiosos por un igual de loar a Hanish Mein, su héroe, el único mein que había ascendido al trono de un imperio, el único que aún podría levantar la vieja maldición. Era el mayor caudillo jamás habido en la historia de su pueblo, y gentes como aquéllas nunca se cansaban de encomiarlo por ello.

En vez de hacerles ningún caso, Hanish delimitó un espacio en torno a ellos dos para que lo compartieran privadamente. Corinn ya no podía negar —al menos no a sí misma— que disfrutaba hablando mientras él escuchaba. Disfrutaba respondiendo a preguntas, le gustaba tener los ojos grises de Hanish posados en ella, le gustaba saber que el resto de la habitación los observaba desde fuera del tirón gravitatorio ejercido por él. La seguridad en sí mismo que antaño ella había pensado no era más que arrogancia ahora, de hecho, estaba dotada de una cierta atracción.

Y Hanish se relajaba en presencia de ella, incluso cuando le pasaban por la cabeza turbadoras cuestiones de estado. Le habló de la campaña en curso contra los incursores de las Islas Exteriores iniciada por la Liga. Las cosas no habían ido tan sobre ruedas como había predicho la Liga, dijo él. En absoluto. Al parecer un capitán de los bandidos se hacía llamar «Espadín»; un juego de palabras irónico, sin duda, ya que había un pececito minúsculo e intrascendente al que se conocía con ese nombre. El tal Espadín no tenía nada de intrascendente. Además de dejar fuera de combate a un buque de guerra y matar a un hombre de la Liga, había hecho estallar una parte de las plataformas de la Liga. La onda expansiva inicial hizo pedazos los almacenes y esparció en torno a ella una lluvia de brea en llamas que prendió fuego a toda la estructura. Incluso la sustancia que cayó al mar continuó ardiendo. Flotaba en la superficie, y llegó cabalgando sobre el oleaje a las otras plataformas con cada cambio en las mareas. Los incendios, dijeron las fuentes de información de Hanish, ardieron durante una semana antes de que fueran contenidos o disipados. Los incursores habían causado tantos daños que la Liga pospuso el envío primaveral de niebla. Tardarían meses de trabajo en recuperarse, atrasados en cada provincia.

—Todo por un pececito de nada —dijo Hanish, quitándole importancia al asunto con un ademán—. En fin, de todos modos sólo es un contratiempo pasajero. La Liga tiene mil armas que poner en juego. Eso es lo que están diciendo; me gustaría creerlos. Cuando ellos quedan lisiados, nosotros quedamos lisiados también.

—¿Habéis considerado deshaceros de ellos?

—¿De la Liga? —preguntó Hanish.

Corinn titubeó un momento.

—Sé que la Liga lleva siglos en activo, pero si ni siquiera pueden defenderse a sí

mismos de una banda de incursores... ¿por qué no llevar el negocio directamente?

—Imposible. No os podéis imaginar lo consolidada que está la Liga. Tienen ganchos de acero hincados en cada aspecto de los asuntos del mundo. Normalmente son eficientes en lo que hacen. Y lo que quizá sea todavía más importante: han hecho inimaginablemente ricas a muchas personas poderosas. Eso era cierto en tiempos de vuestro padre, y lo es también en los nuestros.

—Nunca pasáis por alto la ocasión de subrayar que mi pueblo dio inicio a todas las injusticias que hay en el mundo —dijo Corinn, sintiendo un chispazo de su antigua ira—. Somos los villanos que crearon la Cuota, trajeron la niebla al Mundo Conocido, buscaron esclavos para que trabajaran en las minas. Queréis que sepa que esa vileza ha estado dentro de mí todo el tiempo. Os comportáis como si hubierais recibido el mandato legítimo de poner fin a todo eso, pero ¿cómo habéis mejorado el mundo vos? Matasteis al jefe de los traficantes de esclavos, pero en lugar de liberarlos lo único que hicisteis fue ocupar su puesto...

Hanish la interrumpió, hablando en un tono displicente que ignoraba por completo la importancia del argumento al que había recurrido ella.

—¿Bailaréis conmigo?

Corinn mostró su irritación con una mirada que no podía ser más gélida.

—La música meinish no es apropiada para bailar. —Se trataba de algo más que un mero insulto, porque lo cierto era que sus melodías seguían resultándole extrañas a los oídos. Comparadas con la elegante plenitud de los conjuntos de músicos acacios, las notas arrancadas a los instrumentos meinish eran discordantes, las melodías limitadas e impredecibles. Corinn era incapaz de imaginar cómo bailar con ellas. Nadie más estaba bailando.

—¿Así que bailaríais, si dispusiéramos de la música adecuada?

Cuando ella no respondió inmediatamente, Hanish la cogió de la muñeca. Apretó sus finos huesos entre el pulgar y el índice y tiró de ella en dirección al centro de la habitación.

—En los ya muchos siglos que los músicos llevan tocando melodías meinish, estoy seguro de que alguien ha bailado a los compases de ésta. Alguien ha percibido dentro de los sonidos un ritmo apropiado al movimiento de dos cuerpos. Así es como me gusta pensar en ello. Uno tiene que encontrar ritmos que los oídos de los demás no oyen.

La mano en la muñeca de Corinn se deslizó de algún modo dentro de la presa de su palma. La otra fue por detrás de su espalda. Hanish la atrajo hacia sí. Corinn sacudió el brazo para liberarlo del suyo y retrocedió, pero en lugar de quedar libre se encontró con que Hanish iba hacia delante; el movimiento del brazo de ella pronto se convirtió en una coreografía. Su paso hacia atrás había estado tan perfectamente ajustado al movimiento de él hacia delante que casi creyó que había sido ella quien

inició la intimidad. Por mucho que lo intentara no podía romper el flujo de los movimientos de Hanish, y no tardó en dejar de intentarlo siquiera. Era asombroso, realmente, lo bien que se movía él y cuánto disfrutaba el cuerpo de ella con la pauta de giros que describían por el suelo.

—Corinn —dijo Hanish—, no puedo fingir que tengo una noble respuesta a vuestra pregunta. No he hecho que el mundo fuese mejor de lo que era. Lo sé. Pero lo he hecho mejor para mi gente. Nos lo merecemos, creedme. Ningún otro pueblo ha sufrido del modo en que lo ha hecho el mío.

—Supongo que eso también es culpa mía.

Hanish dejó pasar unos segundos después de que ella dijera eso, siguiendo los pasos del baile y con los ojos súbitamente furtivos de un modo en que Corinn nunca los había visto antes, vueltos hacia un lado.

—Vuestra no, pero de vuestra gente... sí. Fue vuestra gente la que dio a luz a los tunishnevre. Ellos los crearon. Al ganar el trono mediante toda clase de ardides (y si creéis que yo soy traicionero, deberíais conocer mejor a los de vuestra propia sangre, Corinn), Tinhadin se revolvió contra mis antepasados y los maldijo. Él era un hechicero. Le bastó con decir una cosa para hacer que sucediera.

—Los santoth, claro —dijo Corinn—. Estáis hablando de los santoth.

Hanish asintió.

—Tinhadin tenía un don que quizá vos tengáis también, sólo con que supierais cómo utilizarlo. Maldijo al linaje de Mein con un purgatorio inacabable. Desde entonces, ninguno de los hombres de mi familia ha encontrado paz en la muerte: ni uno solo en más de veinte generaciones. Nuestros cuerpos no se pudren. Nuestra carne muerta no se consume. Nuestras almas permanecen atrapadas dentro de ella. No estamos vivos, pero perduramos. Simplemente perduramos.

Varias parejas más se habían unido a ellos en el espacio abierto. Giraban en imitación del baile de Hanish con rostros ansiosos del contacto ocular que él les negaba. Corinn pensó que ahora él quizá cambiaría de tema por miedo a ser oído, pero continuó con lo que decía sin ni siquiera bajar la voz.

—No existe maldición más grande que estar atrapado para siempre entre la vida y la muerte —dijo—, sin que ni la una ni la otra te estén permitidas. ¿Podéis imaginar lo que significa ser un espíritu contenido dentro de un cadáver durante un año tras otro, sin que haya ningún fin a la vista para ello? Tarde o temprano la muerte les llega a todas las cosas. A todas las cosas, humanos y bestias, árboles y peces, y a todo le está prometida la liberación excepto a mis antepasados. Excepto a mí. Esto es lo que son los tunismevre. Ésa es la razón por la que su número crece un poco más con cada año que pasa. Ésa es la razón por la que vuestro pueblo se asegura de que sus cadáveres sean reducidos a polvo y esparcidos al viento. Vuestras costumbres recuerdan la maldición y la temen, por mucho que vos no lo hagáis. Me he

encontrado con que las cosas suelen ser así. La memoria colectiva posee una sabiduría que los individuos son incapaces de igualar. Me gustaría encontrar una forma de liberarlos para que pudieran hallar la paz y el descanso de la muerte. Quizás, en el caso de que alguna vez llegarais a encontrar eso en vuestro corazón, podríais ayudarme a hacerlo.

—¿Yo?

Hanish asintió.

—Puede que poseáis una importancia que todavía no habéis imaginado.

—¿Es cierto que habláis con ellos?

—En cierto modo, sí.

—¿Qué os cuentan?

Chocaron con una pareja que se había acercado demasiado. Hanish dejó de moverse, bajó los brazos y habló en un murmullo, de un modo que convirtió su voz en un acto de intimidad.

—Mis antepasados me cuentan muchas cosas, Corinn. Ahora mismo me están diciendo que este lugar empieza a ponerse demasiado concurrido. Sugieren que nos retiremos.

Pasaron la totalidad del día siguiente juntos. Hanish parecía no tener nada que hacer aparte de entretener a Corinn. Recorrieron a caballo el camino costero que fluía hacia el Norte contorneando la altiplanicie, el mar a un lado, el mosaico de las tierras de labranza extendiéndose hacia el Oeste. Su escolta de guardias punisaris se mantuvo un buen trecho por detrás de ellos, demasiado alejados para que pudieran oír su conversación. Así, y por primera vez, hablaron sin la posibilidad de que alguien los oyera. A pesar de ello, no emplearon la soledad para hablar de nada significativo.

En un paraje famoso, se detuvieron ante una fisura en la pared rocosa que canalizaba el poder de los rompientes en una erupción de agua espumeante. Ésta llegaba rítmicamente, como las emanaciones expulsadas por algún inmenso fuelle submarino. Y después del almuerzo cazaron perdices, que iban siendo liberadas una por una para placer suyo. Las aves alzaban el vuelo frenéticamente; el batir de sus alas era audible incluso desde lejos.

No eran blancos a los que fuera fácil acertar con un arco y una flecha. Hanish sólo hizo un contacto de refilón con una de ellas; Corinn se cobró cinco. Había algo satisfactorio en el hecho de dar en el blanco: la manera en que las alas del pájaro dejaban de moverse inmediatamente, la súbita alteración de su curso, el modo en que caía del cielo, un peso muerto que daba vueltas sobre sí mismo con el incómodo apéndice del astil de la flecha incrustado en él. Una de las flechas disparadas por Corinn pasó directamente a través de una de las aves, para luego seguir volando en la lejanía y clavarse en el suelo un buen rato después de que el ave hubiera chocado con él. Hanish aplaudió, y Corinn encontró numerosas ocasiones de buscarle las

cosquillas, lo que estaba claro que a él le encantaba.

Cuando le propuso que rehusaran la invitación a la cena de aquella noche, Corinn no puso ninguna objeción. Comieron juntos en extremos opuestos de una mesa excesivamente larga. El plato principal consistió en vieiras puestas a marinar en una salsa de chiles, complementada con hierbas aromáticas. Eran una auténtica delicia para el paladar, una combinación de sabores dulces e intensos que hizo subir la temperatura corporal de Corinn. El vino que bebieron, seco y pálido, hizo que se relamiera los labios sin darse cuenta de lo que hacía. Hanish enseguida la imitó. Entonces ella lo acusó de haber seleccionado el menú sólo para hacerla quedar como una boba. Él no lo negó.

Después, compartieron un licor dulce en la balconada principal de la villa. El mar fue oscureciéndose debajo de ellos conforme el sol se perdía de vista. La luna no tardó en aparecer y brilló tras un delicado encaje de nubes. La brisa traía consigo una sospecha de frescor, pero no de una manera incómoda. Sólo lo suficiente para erizarte un poco la piel. Corinn estaba lo bastante cerca de Hanish para que pudiera oler los aceites aromáticos con los que había sido frotada su piel. Le rozó distraídamente el hombro con el suyo. En un momento dado sintió la sacudida eléctrica de su seno al rozarle el brazo. ¿Había pretendido ella que hubiera momentos así? ¿Los había orquestado personalmente o el vino y el licor —que volvían agradablemente borrosos los contornos del mundo— la habían hecho tan torpe con el cuerpo? No estaba segura.

Extendiendo su pequeña copa para aceptar la oferta de Hanish de llenársela de nuevo, Corinn preguntó:

—¿Qué viene a continuación? ¿Me ofreceréis echarle una caladita a una pipa de niebla?

La pregunta fue hecha como un juego, pero Hanish frotó nerviosamente los nudos de la madera de la balconada, pareciendo por un instante como un niño que intenta dejar una señal meramente con la presión de sus dedos.

—Eso jamás.

—¿Me habéis traído aquí para seducirme? ¿Es de eso de lo que va todo esto?

La sangre afluyó a las mejillas de Hanish. Hasta su frente enrojció. Corinn nunca había visto semejante exhibición involuntaria de emociones en sus rasgos.

—Os he traído aquí para ofrecer os un regalo. Temo que me lo tiraréis a la cara.

—¿Os inspiro miedo, entonces?

—Me llenáis de agitación, Corinn, de un modo en que nadie lo ha hecho antes.

Ella lo miró; sus facciones no revelaban nada de lo que sentía; aguardaba en silencio. Hanish le hizo señas de que se sentara a su lado en un banco que había allí cerca, desde el que se inclinaron hacia delante y miraron por encima de la barandilla.

Estaban sentados uno al lado del otro, lo bastante próximos para que sus piernas

se tocaran en la rodilla.

—¿Y si os dijera que todo esto es vuestro? —preguntó Hanish—. Esta villa, quiero decir. No existe razón por la que no debáis tener lo mejor de cuanto hay en el mundo. Erais una princesa; seguís siendo una princesa. Me llena de confusión que no deis crédito a mi palabra en lo que a esto se refiere. Imagino un día en que vos y vuestros hermanos os reuniréis aquí y disfrutaréis...

—No necesitáis comprarme, señor. De todos modos soy vuestra esclava.

—Por favor, Corinn —dijo Hanish—. Esta casa pertenecía a una familia llamada Anthalar. Los conocisteis, ¿verdad?

Corinn asintió.

Hanish admitió que había conocido a uno de ellos. Fue durante la guerra, antes de una batalla. Había dado muerte al joven, dijo. Siempre había lamentado esa muerte. Vio en él fortaleza, orgullo. Le recordó a su hermano Trashen. Tan lleno de furia, tan decidido a hacer lo que era justo por su pueblo. Pero no podía haber sido de ninguna otra manera. Estando dónde estaba aquel día, el joven simplemente tenía que morir. Una vida vivida verdaderamente creaba pesares como ése. No había forma de evitarlo. También lamentaba las cosas hechas a Corinn.

—Sé que no podéis ser comprada —dijo—, pero si hay aunque sólo sea una pizca de bondad dentro de vos, entonces entenderéis que este regalo es uno que debo probar y entregar. Si os he mantenido enclaustrada en el palacio por demasiado tiempo, pido disculpas por ello. Solía tener miedo de permitir que os alejarais de mi vista.

—¿Por qué?

Él sacudió la cabeza, justo lo suficiente para indicarle que no iba a responder a esa pregunta ahora mismo.

—Pero no sois una esclava. Eso lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, el caso es que lo sé. —Corinn subió las rodillas, rompiendo así el contacto entre ellos. Ya no se sentía aturdida o alegre por la bebida—. Una vez vi a esclavos de verdad. Me alojaba con la familia de un noble en una aldea cerca de Bocoum. Sabía que estaba mal hacerlo, pero una noche mi amiga y yo salimos a escondidas muy tarde y nos encaramamos al tejado. A veces lo hacíamos para mirar las estrellas y contarnos historias. Pero esa noche encontramos un sitio desde el que mirar la calle de abajo y vimos un extraño... Bueno, al principio pensé que era un desfile. Pero ¿quién hace un desfile a esas horas de la noche? ¿Y en qué desfile están unidos por cadenas todos los que marchan en él? Tenían la misma edad que yo entonces. Diez años, once, justo a punto de iniciar el cambio. Estaban encadenados por el cuello, uno con otro con otro, cientos de ellos. Unos hombres los llevaban con espadas desenvainadas. No hacían ni un solo sonido por encima del rumor de sus pies y el tintineo de las cadenas... y nunca he olvidado ese silencio. Era espantosamente intenso.

—Eso me suena a un sueño —sugirió Hanish.

Corinn sacudió la cabeza.

—Ni se os ocurra ofrecermé esa escapatoria. No fue ningún sueño. Cierta parte de mí lo sabía, incluso entonces. Yo no conocía los detalles, pero sabía que no debía preguntar a ningún adulto qué había sido aquella procesión que vimos. Era la Cuota, naturalmente. La Cuota, de la cual depende todo. —Miró a Hanish por un largo instante. La pequeña cicatriz en el agujero de su nariz era más pronunciada que de costumbre, por el enrojecimiento de la piel a causa del licor, tal vez—. ¿Por qué los extranjeros están tan desesperados por tener a nuestros niños? ¿Qué es lo que hacen con ellos?

—Ciertas preguntas es mejor dejarlas sin respuesta. Pero escuchad, os habéis confesado a mí. Ahora dejad que yo haga lo mismo. Quiero que nos entendáis a mí y a mi pueblo. Padecimos tan terriblemente durante la Retribución... ¿Entendéis ese nivel de padecimiento? Veintidós generaciones, tantas en mi estirpe como en la vuestra. Pero la vuestra reinó suprema; la mía tenía que debatirse meramente para sobrevivir. Todo ese trastorno que causamos a lo largo de los años (las pequeñas disputas y los secuestros, las incursiones sobre Aushenia), nada de eso se correspondía con nuestro carácter. Eso no fue más que ruido que hacíamos con tambores y trompetas, un estrépito tras el que ocultábamos nuestros verdaderos objetivos. Queríamos que los acacios creyeran que nos conocían. Sé que nuestro éxito no os inspira ninguna alegría. Sólo intento explicarme a mí mismo. Tenéis derecho a juzgarnos, pero yo tengo derecho a querer que nos juzguéis justamente.

—Y así matasteis a mi padre —dijo Corinn. Había pretendido que su voz sonara fría, llena de ira, pero en lugar de eso oyó en ella algo lastimero, un deseo de ser reconfortada.

—No hay día en que no desee que pudiera haber habido una alternativa. No sabéis cuánto deseo que pudiera haber llegado a conoceros de alguna otra manera. Pero lo que hice contra la bestia que era el Imperio acacio no lo hice contra vos. No soy ningún monstruo. A veces deseo que el mundo me creyera tal, pero a decir verdad la única distorsión que hay en mí es que experimento la pena de todo un pueblo. Primero tengo que pensar en ellos, ¿lo entendéis? No penséis que me gusta el que ahora mismo esté enviando a miles de niños al cautiverio. Lo detesto. Pero mi pueblo ha de prevaler ante todo. Entended eso y me entenderéis.

No era que Corinn no se sintiese conmovida por lo que estaba diciendo él. No era que no lo creyese o que no la enterneciera pensar en toda la delicadeza que ocultaba el corazón de Hanish. Ella sentía todas esas cosas, pero la lengua se le había vuelto tan afilada a causa del hábito que respondió a sus palabras con un pensamiento todavía más cruel, uno concebido para defenderse a sí misma incluso ahora.

—Extraño método de seducción —dijo.

Hanish le levantó la cara hacia la suya, sus ojos súbitamente se habían humedecido. El peso de sus lágrimas cambió de lugar cuando se movió y quedó libre de ambos ojos, para que corrieran por sus mejillas. La transformación fue tan dolorosamente patética que Corinn extendió la mano hacia él. Le tocó el omoplato. Deslizó los dedos en línea con el hueso, a través de la tela de la camisa que llevaba él, y sobre la piel desnuda de su cuello. Llevaba tanto tiempo queriendo tocarlo allí... La carne de Hanish era cálida, suave como ella imaginaba que serían muy pocas otras partes de su persona. Por un instante le pareció que podía sentirle el pulso a través de la piel, pero quizá sólo fuera el palpitar de su propia sangre en las puntas de los dedos.

Cansaba tanto ser fiel a su padre, pensó, era tan agotador esperar que sus hermanos aparecieran de una vez y ejerciesen alguna clase de influencia sobre la vida que llevaba ella... Los ácidos que se veía obligada a cobijar cada día le revolvían el estómago. ¿Por qué no entregarse a Hanish? ¿Quién mejor que él? Ojalá él realmente tuviera el poder de hacerle hacer lo que le viniera en gana. Ojalá ella tuviera el temperamento adecuado para aceptar cualquiera que fuese el papel que él había modelado para ella. Hanish poseía una cierta capacidad para la crueldad. Eso permanecería, sin importar aquella exhibición de vulnerabilidad íntima. Por la mañana volvería a ser Hanish Mein, y el mundo nunca sabría de las grietas que se ocultaban bajo su fachada de control absoluto. Pero por alguna razón —y pese a todo lo que ella sabía que era cierto y justo—, quería aprender esa misma característica de él. Quería comerla trozo a trozo de la boca de Hanish, y llevarla dentro suyo y tenerla por compañera.

No se retiró cuando él la miró a la cara. Hubo, de hecho, una expresión parecida al desafío en ella.

—¿Cómo supiste que debías traerme a esta villa?

—Me tomé muy a pecho el saberlo. Dime que te complace y seré feliz.

—¿Aquí hay habitaciones con suelos de cristal? —preguntó ella, sabiendo ya la respuesta.

Hanish asintió.

—En los dormitorios de los niños. Están debajo de nosotros.

—Muéstramelos —dijo Corinn, en lo que apenas fue más que un susurro.





Aliver volvió al mundo de los vivos. Se despidió de los santoth, con toda una serie de promesas hechas por ambas partes, y se encaminó gradualmente hacia una comprensión de su cuerpo corpóreo. Al principio, sus miembros oscilaban torpemente en torno a él, pesados como si fluyeran con metal fundido. Elevar las piernas era una pesada tarea. Cada vez que bajaba un pie se sentía culpable por descargar el peso de su persona sobre la tierra. ¿Por qué nunca había reparado en eso antes? El flujo del tiempo, la progresión del sol, el brutal calor del día, y el frío cortante de la noche; tantas cosas que recordar... Parecía como si el volumen del mundo estuviera completamente desordenado. Los que deberían haber sido los más minúsculos de los sonidos —el viento removiendo los granos de arena para que rodaran por el suelo, un gruñir de truenos en la lejanía, el estampido que salía de su pecho cuando tosía— afectaban todo su ser. Una y otra vez tuvo que detenerse, sostenerse la cabeza, respirar despacio y sin tragar mucho aire. Con cada paso consideraba si volverse por donde había venido. Pero en realidad eso nunca era una opción. Era como el anhelo irresistible de volver a sentir la nube verde que acosa al fumador de niebla. Aliver no tenía ninguna intención de ceder a él. De hecho, nunca se había sentido más determinado a afrontar su destino allá en el Mundo Conocido.

Encontró a Kelis justo allí donde el hombre había prometido que estaría. Algo vinculado al hecho de estar con otra persona derrumbó las últimas barreras entre Aliver y el mundo. Oyó la voz de otro humano por primera vez en lo que parecía habían sido eras. Abrió la boca en respuesta y se sintió aliviado al descubrir que su habla ya no era el repiqueteo discordante que había sido hasta entonces. Para cuando llegaron a Umae, él y Kelis estaban corriendo de nuevo, ambos con un aspecto muy parecido al que tenían cuando se fueron de allí hacía semanas.

Umae, sin embargo, no era como había sido antes. Su tamaño se había doblado, rebosando de la suave hondonada que lo alojaba para expandirse en todas direcciones. Tiendas improvisadas se apelotonaban alrededor del pueblo principal, asentamientos satélite impregnados ya por un incipiente aspecto de permanencia. Cuando él y Kelis se aproximaron, empezaron a sonar voces anunciando su llegada. La gente colmaba los senderos entre los campos, encaramada a las acacias, sentada en cada porción de suelo que hubiera disponible. Al andar entre ellos, Aliver oyó

inflexiones que marcaban los dialectos de tribus vecinas. Vio tocados balbara hechos con plumas de avestruz y collares de conchas de la costa este y los pantalones de cuero ceñidos a la piel que llevaban los montañeses de las colinas de Teheen. Un grupo de guerreros de pómulos muy marcados los saludó con un grito coreado. Aliver no tenía ni idea de cuál podía ser el pueblo al que pertenecían. Les respondió con una nerviosa inclinación de cabeza, que —a juzgar por las sonrisas con que los guerreros respondieron a ella— bastaba admirablemente para la ocasión.

Thaddeus y Sangae los aguardaban en el centro del pueblo. Ambos lucían expresiones similares de alivio paternal, orgullo, impresionado respeto. Una vez retenido a buen recaudo dentro del recinto del jefe, Aliver hizo cuanto estaba en su mano por responder al rápido bombardeo de preguntas. Para ellos eso tuvo que ser muy insatisfactorio. Aliver se mostró vago en cada detalle, y él lo sabía. Sus frases se perdían en el silencio antes de que hubieran llegado a ser concluidas. A menudo hacía largas pausas, inseguro de cómo podía explicar las experiencias que había vivido entre los santoth. No podía hacerlo, de hecho. La mayoría de ellas habían ocurrido en un lugar sin palabras. Algo de ello —ahora que volvía a estar firmemente plantado entre el tumulto de la humanidad— parecía tan nebuloso como el mundo de los sueños.

Los dos mayores parecieron entenderlo. Los emocionaba que hubiera establecido contacto con los santoth, los deleitaba que los hechiceros hubieran reconocido a Aliver, y los colmaba de alegría que hubiera regresado sano y salvo. Explicaron que, desde el día en que se fue, el rumor de su misión había escapado del pueblo y volado a través de las llanuras. ¡Aliver Akaran estaba entre ellos! ¡El hombre que había matado a un lárrix! ¡El príncipe había ido en busca de los hechiceros desterrados! Ni Thaddeus ni Sangae habían planeado que la nueva escapara. Sucedió espontáneamente. Personas que habían mantenido en secreto la identidad de Aliver cada día durante nueve años de pronto ya no podían seguir haciéndolo. El mundo, parecía, estaba ávido de tener noticias de él. Los peregrinos empezaron a llegar en cuestión de nada.

—Los que se han congregado aquí no son más que los primeros en unirse a vos —dijo Thaddeus—. Podemos ir en dirección Norte desde aquí en cualquier momento, reuniendo a nuestro ejército conforme avanzamos. Reuniremos una hueste como el mundo no ha visto nunca, un ejército tan grande, hecho de tantas naciones, que Hanish Mein tendrá que hacernos frente. —El antiguo canciller se calló, pareciendo darse cuenta de que estaba yendo demasiado deprisa—. Príncipe, ¿os complace este plan?

—No podemos limitarnos a reunir al mayor número de personas posible —se oyó decir Aliver—. También tenemos que adiestrarlas. Sin disciplina y coordinación nuestra hueste no será más que un rebaño que sacrificar para los meins y los numreks.

Thaddeus miró a Sangae. Le envió algún mensaje con un leve movimiento de cejas, como tomando nota de un tanto anotado, y luego volvió nuevamente la mirada hacia Aliver. Se alegraba de oír que el príncipe pensaba a semejante escala y buscaba detalles dentro del plan, dijo. Explicó que él llevaba algún tiempo haciendo lo mismo. A lo largo de los años se había mantenido en contacto con varios antiguos generales acacios. Todos habían ido nutriendo el apoyo entre los grupos más íntimos. Habían jurado guardar el secreto y esperaban su llamada a las armas. Uno de ellos, Leeka Alain, antiguamente de la Guardia Norteña, había encontrado al hermano menor de Aliver.

—¿Encontró a Dariel? —interrumpió Aliver.

Thaddeus asintió.

—Recibí correspondencia a dicho efecto mientras estabais fuera. No deberían tardar en ponerse en camino hacia nosotros. Y no son los únicos. En cada rincón del imperio hay personas que siguen siendo leales a los Akaran.

¡Su hermano estaba vivo! La noticia de que uno de los suyos había sido encontrado y ganado a este esfuerzo llenó a Aliver de alivio, que fue seguido rápidamente por un fogonazo de preocupación. ¡El pequeño Dariel! ¿Cómo podría sobrevivir entre el caos inminente? Estuvo a punto de decir que Dariel debería permanecer escondido, pero se contuvo a tiempo. Se estaba imaginando al pequeño que había sido su hermano. Aquel niño ya no existía. Los años lo habrían cambiado tanto como habían cambiado a Aliver. Todavía más, teniendo en cuenta lo joven que era él cuando empezó el exilio. Por un instante quiso agarrar al anciano canciller y hacerle una pregunta tras otra. ¿Dónde estaba su hermano? ¿Qué clase de vida había vivido? ¿En qué se había convertido?

Formularía todas esas preguntas más tarde, decidió. Antes tenía que preguntar otra cosa.

—Decís que en cada rincón del imperio hay personas que continúan siendo leales a mi familia. ¿Estáis seguro de que es así? Fue tan poco lo que hicimos por ellas...

—Porque recuerdan la nobleza de tu familia —respondió Sangae. Dijo eso solemnemente, con su mentón lleno de arrugas adelantado. Sin duda lo creía a pies juntillas, sintiendo de alguna manera que él mismo tenía su cuota de propiedad sobre aquella nobleza.

—Creen en vos, Aliver —dijo Thaddeus—, igual que querían a vuestro padre. Probablemente quieren más a vuestro padre en la muerte de lo que lo querían cuando vivía.

Ninguna de las respuestas sorprendió a Aliver, pero ninguna le pareció satisfactoria tampoco. Se volvió hacia Kelis.

—¿Cómo lo ves?

El talayo carraspeó y respondió con absoluta honestidad, como Aliver sabía que

haría.

—Porque el mundo entero padeció las consecuencias de la guerra iniciada por Hanish. Ahora la vida es peor que antes para ellos, bajo la nueva tiranía de los meins. Pero tú... eres un símbolo de un mal menor. Eres todo aquello en lo que la gente puede creer y tener esperanza. Así que sienten que es justo y bueno que hayas regresado.

—Eso no basta —dijo Aliver. La respuesta llegó sin dificultad, y al oír las palabras sintió en ellas una certeza que lo sorprendió. Ser un mal menor no era lo bastante bueno. Si iba a hacer aquello, tenía que apuntar más alto—. No quiero que luchen sólo para volver a la vieja posición de cautiverio. Si gano esta guerra, Thaddeus, tiene que ser con la promesa de hacer que todo cambie para mejor. Decid a la gente que si combaten a mi lado, combatirán por ellos mismos para que ellos y sus hijos siempre sean libres. Esto es una promesa que les hago.

Thaddeus lo miró por un largo instante con un rostro indescifrable. Tan indescifrable, de hecho, que tuvo que haberse esforzado muchísimo para volverlo así. Finalmente preguntó:

—¿Estáis seguro?

—Sí —dijo Aliver.

—Hablais de un ideal que puede resultar muy difícil de llevar a la práctica. El mundo se encuentra corrompido de arriba abajo. Tal vez más de lo que vos sabéis.

El príncipe lo miró sin inmutarse.

—Estoy más seguro de esto que de ninguna otra cosa. Esta guerra tiene que ser una lid por un mundo mejor. Todo lo que esté por debajo de eso es un fracaso.

—Comprendo —dijo Thaddeus—. Me aseguraré de que ese mensaje sea conocido. Vuestro padre estaría orgulloso de oíros hablar así.

Aliver se levantó y fue a una de las ventanas. Levantó el postigo y, entornando los ojos contra la astilla de intensa luz que le dio en la cara, estudió la escena de fuera.

—¿Todas esas personas —preguntó— han venido aquí por voluntad propia? ¿Se les ha dicho la verdad? ¿Nada más que la verdad?

—Sí —respondió Sangae—. Hemos sabido de todas las tribus del sur, príncipe. Conocen la misión que te has marcado. La mayoría de ellas quieren ayudarte. Por eso han enviado emisarios aquí, para atestiguar su fe en ti. Pueden urdir sus propias historias sobre tu grandeza, sobre cómo encontraste a los santoth. Incluso puede que lleguen a transmitir historias de las proezas que llevaste a cabo en tu infancia. La clase de proezas prodigiosas, Aliver, de las que quizá te sorprenda oír hablar. Pero Thaddeus y yo, todo lo que hicimos fue admitir que vivías y estabas listo para retomar el trono de Acacia. Eso fue cuanto necesitaron oír para acudir en tropel.

—Dices que la mayoría de ellos quieren ayudarme. ¿No todos?

Sangae sacudió la cabeza con expresión apenada. Los halaly, explicó, eran la

única tribu poderosa que había dejado de responder entusiásticamente. No habían enviado un solo soldado o peregrino o representante portador de regalos y palabras de encomio. Enviaron un mensajero diciendo estar enterados de las proclamas que se estaban haciendo en nombre de los Akaran. Celebrarían, dijeron, un consejo sobre ellas. Teniendo en cuenta lo altivos que eran los halaly, parecía improbable que se movieran a menos que se los instara de alguna manera. No eran sino una tribu de muchas, pero después de los talayos eran la segunda en número.

—Haríamos bien en atraerlos a nuestro bando —dijo Kelis—. Son buenos combatientes. No tan buenos como ellos se piensan que son, pero aun así...

—En ese caso, perfecto —dijo Aliver, sorprendido de nuevo ante la rapidez con que le llegaba la decisión—. Iré a solicitar su ayuda.

El reino de Halaly estaba circundado en tres de los lados por colinas. Se centraba en torno a una gran cuenca de la cual fluía un río. El lago de aguas poco profundas que había allí era tal hervidero de peces y aves que los halaly nunca pasaban hambre, ni siquiera durante los períodos de sequía prolongada. Dependían de los diminutos peces plateados que proliferaban en el lago; una fuente de proteínas que era freída o introducida en sopas, puesta a secar o escabechada o machacada hasta reducirla a una pasta que luego era fermentada dentro de vasijas de barro enterradas en el suelo. Como tótem, no obstante, habían elegido un animal más acorde con lo que ellos creían era su naturaleza en tanto que pueblo. La elección no tuvo nada de original.

—¿Es que cada hombre en esta tierra cree que fue engendrado por un león? —preguntó Aliver, mientras él y Kelis iban hacia los muros de barro de Halaly. La fortaleza alcanzaba tres veces la altura de un hombre, recubierta en el extremo superior con amasijos de hierro afilado. Formidable en apariencia, en realidad servía básicamente para impresionar a los visitantes y para mantener encerrados a buen recaudo a sus moradores lejos de las criaturas que cazaban en la noche, y se alzaba como un telón de fondo sobre el que había clavadas pieles de león.

—En absoluto —dijo Kelis mientras estudiaba las pieles—. A veces fue un leopardo el que hizo tal cosa.

Habían partido de Umae en secreto, sólo ellos dos. Aliver quería coger por sorpresa a Oubadal, honrarlo con una visita y escuchar en privado lo que fuera que éste tuviese que decirle. Se le había advertido de que el caudillo halaly esperaba alguna clase de recompensa a cambio de su apoyo. En cuanto a lo que podía querer, Aliver no estaba seguro.

Como había pocas cosas que cogieran por sorpresa al caudillo de los halaly, estaba esperando a Aliver bajo un gran cobijo, una estructura en forma de cono sostenida por un amasijo hecho con los troncos nudosos de arbustos enanos, abierta a los lados y cubierta por una techumbre. Sentado en el centro, Oubadal se hallaba flanqueado por unos cuantos ayudantes. Un grupo de hombres de edad estaba sentado

en el límite del cobijo, justo dentro de la línea proyectada por la sombra. Siguieron la aproximación de Aliver con ojos amarillos y una beligerancia muy poco acorde con sus cuerpos envejecidos y retorcidos por la edad, como si cada uno de ellos fuera capaz de levantarse de un salto y estrangular a los recién llegados en caso de que plantearan alguna clase de amenaza o lanzaran cualquier insulto a su monarca.

Oubadal lucía su condición real con una compostura modelada sobre su tótem, con la gran curva de un pecho desnudo y un robusto cuello. Sus gestos eran lentos, los ojos lánguidos y pesados en sus movimientos, sus facciones redondeadas y prominentes. Lucía un anillo de oro en uno de los agujeros de la nariz, intensamente brillante contra la negrura como calcinada de su piel. Estudió con un nada disimulado interés los rasgos de Aliver, intrigado sin duda por la fina nariz aguileña y los delgados labios y el color diluido de su piel de acacio.

—Me preguntaba cuándo vendrías a mí —dijo—. Supe de tu triunfo sobre el lárax. Felicidades. Deberías estar orgulloso; yo lo estuve en mi época. Ahora soy demasiado rico para ir detrás de los animales queriendo cazarlos. Otros se encargan de hacerlo por mí. Tampoco he hablado nunca con los legendarios santoth. Eres un prodigio, príncipe Aliver. —Mostró un impresionante juego de dientes, no era una sonrisa exactamente pero contenía una cierta medida de jovialidad.

—Veo que no hay mucho que Oubadal no sepa —dijo Aliver—. Teniendo en cuenta eso, también sabrás por qué he venido a hablar contigo.

El caudillo tamborileó unas cuantas veces sobre los muslos con sus gruesos dedos, una señal de que Aliver estaba yendo demasiado deprisa. Encauzó nuevamente la conversación hacia las amenidades sociales, interesándose por la salud de los talayos y poniendo a prueba los conocimientos de su visitante sobre las familias aristocráticas de aquella nación. Aliver respondió lo mejor que pudo, mientras se reñía silenciosamente a sí mismo por haber ido al meollo de su visita demasiado deprisa. Aunque se sentía muy cómodo en aquel país, todavía olvidaba con demasiada frecuencia las formalidades tradicionales en su premura.

Cuando Oubadal se quedó callado media hora después, los dos hombres pasaron unos instantes escuchando el zumbido de los insectos fuera y los gritos de los niños en la lejanía. Ambos sorbían un preparado de palma, frío y refrescante en aquel calor que te hacía languidecer. Aliver miró a Kelis, quien confirmó que había llegado el momento.

—Noble Oubadal —comenzó Aliver—, quizá ya sepas de qué deseo hablar contigo. El mundo no tardará en verse empujado a otra gran guerra, una contienda que reparará todo el mal que se hizo cuando Hanish Mein condujo a su pueblo y a un ejército extranjero contra Acacia. Puede parecer que los meins prevalecieron, pero lo cierto es que mi nación fue cogida por sorpresa y vencida sólo temporalmente. Mi padre ya había iniciado un plan para unir a los grandes poderes del mundo contra los

meins. Ahora comparezco ante ti para pedirte tu apoyo en esta lucha. A cambio de tu sabiduría y de los fuertes brazos de tus luchadores, Acacia te recompensará generosamente.

Oubadal sostenía en la mano izquierda un palo fetiche, un báculo con forma de cruz bañado en oro, envuelto en bandas doradas y adornado con las plumas de cierto pájaro. Antes de responder se sirvió de la punta del fetiche para rascarse el cuello.

—¿Por qué debería mi pueblo verter su sangre por ti? Eres un príncipe sin una nación, mientras que Hanish Mein tiene ambos puños firmemente cerrados en torno a una espada, y cada uno de ellos es capaz de matar.

—No carezco de ejército —dijo Aliver—. ¿No has oído hablar de cómo los soldados acuden a mí? Y esta contienda no es sólo en beneficio mío. ¿O es que Hanish Mein no extiende su brazo hasta aquí y se hace con vuestra riqueza, tomando ora esto y ora aquello según le viene en gana? Roban a los niños de vuestra tierra y los venden a algún amo desconocido que vive en el otro extremo del mundo. Eso me suena a la obra de vuestro enemigo. No los llamas amigos, ¿verdad?

—No, claro que no. —El caudillo miró en derredor como si fuera a escupir sólo de pensarlo—. Pero ¿por qué debería importarme cuál es la raza de hombres pálidos que nos roba? Esos meins no son muy distintos de los acacios que vinieron antes que ellos. ¡No pongas cara de sentirte insultado, príncipe! La verdad no puede ofender. Los meins han doblado la Cuota en esclavos, cierto, pero no preguntan de dónde los obtenemos, ¿comprendes? Eso es una diferencia que roba más a nuestros enemigos que a nosotros mismos. ¿Me entiendes?

Aliver se sintió dolido en lo más vivo por el insulto de ser clasificado como un hombre pálido, pero lo pasó por alto sin ningún comentario.

—Mi padre no tenía deseo alguno de robar a nadie, y yo tampoco lo tengo.

—Muchos se adentraron en su nombre por nuestras tierras y nos robaron. O eres un artista del engaño o ignoras cómo funciona el mundo. Vivías en un hermoso palacio, ¿no? Una isla entera a la que llamabas tuya. Caballos y joyas y magníficas viandas, sirvientes para atenderte... ¿Cómo crees que era costado todo eso? Te contaré una cosa. Acércate.

Oubadal le hizo una seña con su báculo. Aliver se inclinó hacia delante y se apoyó, un tanto torpemente, sobre las manos y las rodillas. El caudillo halaly se inclinó hacia él, oliendo a madera de sándalo con una nota acre de sudor.

—Los hombres como tú y como yo no estamos bendecidos por la Donante. Ésa es la mentira que se traga la gente. En realidad, gobernamos porque sabemos mejor que nuestro pueblo lo que la Donante nos ha dejado. No hay más mundo que el que hacemos, y el mundo sobre el que presidía tu padre era uno que hacía muy ricos a unos pocos y mantenía muy pobres a muchos.

Algunos de los ancianos sentados en la periferia murmuraron su aprobación. Uno

chasqueó la lengua elevándola hasta el paladar, con lo que produjo una especie de crujido.

—No fue sólo oro lo que tu gente tomó de nosotros, no sólo esclavos —continuó el caudillo halaly—. Tu pueblo cogió a mi hermano pequeño, a mi hermana, y a la segunda esposa de mi padre, para mantenerlos cautivos. Mi gente, ¿entiendes? De mi propia sangre. Leodan los mantuvo encerrados con una mano y apretó el corazón de mi padre en la otra, y le hizo saber que si los halaly osaban tratarlo con desdén alguna vez, los hijos de mi padre sufrirían las consecuencias. Desde entonces no los he vuelto a ver. Ni siquiera sé si están vivos. ¿Puedes devolverme a los míos? ¿Puedes prometer eso?

Aliver parpadeó antes de hablar, mantuvo los ojos cerrados por un largo instante, y luego los abrió poco a poco.

—No lo sé. Algo así pudo haber sido gestionado desde Alecia. Mi padre pudo no saber...

—¿Qué rey puede pretender ignorancia?

—Uno más sabio que aquel que asegura poseer todo el conocimiento —le espetó Aliver—. Acacia era una nación enorme. Una gran parte de su administración se hallaba en manos de los gobernadores. Si hubieras conocido a mi padre, entenderías que valoraba la familia por encima de todo lo demás. Él no habría hecho daño a los tuyos de un modo acerca del cual hubiera tenido conocimiento.

Oubadal sacudió la cabeza.

—El poder absoluto trae consigo la responsabilidad absoluta. Nuestro pueblo nos hace un gran regalo cuando nos aclama; el precio que pagamos a cambio de ello es que nuestras almas llevan las heridas de sus pecados. Si no puedes aceptar eso, no mereces la corona que buscas. Vete a gatas y sé un niño; busca la teta de tu madre.

Un gorrión se metió debajo del cobijo y revoloteó dentro de él, posándose primero en una viga y luego en otra. Aliver alzó la mirada y lo observó. Aquello no estaba yendo según había planeado él. Se sentía entre estúpido y ridículo, como ese niño al que acababa de aludir el caudillo halaly.

—Bueno, ya está bien de esto —acabó diciendo Oubadal. Alteró el timbre de su voz y bajó bruscamente de la majestuosa oratoria que había empleado hacía unos instantes—. Ningún hombre puede volver a la teta de su madre, así que sigamos con lo nuestro. Hay una manera de que consigas lo que quieras. ¿Sabes de mis enemigos, los balbara? Se han cebado en mi pueblo desde los primeros días de la Tierra. Los halaly llevan ya un tiempo siendo señores suyos, pero durante los últimos años se han envalentonado. Nos señalan con el mentón y se extienden alrededor de nuestras tierras y a veces llevan a cabo incursiones en las aldeas de los confines. Ya me he hartado de ello. Deseo aniquilarlos.

—¿Aniquilarlos?



—Sí. Mataré a todos sus guerreros, castraré a sus hijos adolescentes y venderé a sus mujeres como concubinas para que den a luz niños halaly. Si nos ayudas a borrarlos de la faz de la Tierra y reconoces a mi pueblo como igual a Talay y nos prometes el derecho a recaudar tributo en tu nombre...

—No quiero ningún tributo.

—¡Ja! Cuando tu pueblo se hallaba en el poder, Acacia bebía los tributos como un hombre sediento el vino. Todo volverá a ser como antes, estoy seguro de ello. Cuando se nos haya hecho iguales a Talay, estarás de acuerdo en que nuestras tierras deberían pasar a ser llamadas Halaly: no sólo en nuestros mapas, sino también en los tuyos. ¿Por qué debería toda la Tierra desde uno hasta otro horizonte ser llamada Talay? Y si todavía viven, devolverás a mi familia y no tomarás más cautivos de nuestro pueblo. Concédeme lo que te pido, y los halaly te ayudaremos en tu guerra. No encontrarás combatientes más fuertes que los míos. Puedo llevar diez mil guerreros a tu causa en una semana. Nunca has visto combatientes como los míos, príncipe. No sé gran cosa sobre esas gentes que luchan para los meus —los noom-reek—, pero los haremos huir ante nosotros como perros, con las colas entre las piernas. —Volvió a mostrar su sonrisa—. Puedo garantizar que los bethunis también se mantendrán leales a ti. Si quieres, podemos intercambiar una bebida de sangre para atarnos el uno al otro, de manera que el acuerdo no pueda ser roto, incluso si tú o yo perecemos.

Aliver lo miró en silencio por un largo instante. Ya no se sentía asustado por los profundos ojos y el tranquilo aire de superioridad del caudillo halaly, ni humillado por su propia ignorancia, no cuando la versión del liderazgo de aquel hombre era tan vil. Tendría que encontrar otra manera.

—No te ayudaré a aniquilar una nación entera. Si tan poderosos sois, ¿por qué no lo hacéis vosotros mismos? ¿Por qué no se lo pedís a los bethunis, si también los controláis?

—Los bethunis se encuentran atados por lealtades más antiguas —dijo Oubadal—. Tienen un vínculo de sangre con los balbara. No podemos combatir contra ellos, pero tampoco los amamos. Te seré sincero, príncipe. Sin tu ayuda, la conclusión de la guerra entre nosotros y los balbara será incierta. Lo cierto es que no carecen de bravura.

—Quizá debería estar hablando con los balbara —dijo Aliver—. He venido a hablar a la nación equivocada.

Aquella observación pareció divertir a Oubadal.

—En el caso, oh príncipe, de que fueras amigo de nuestro enemigo y vinieras contra nosotros, te encontrarías maldecido de muchas maneras distintas. ¿Quiénes serían tu ejército? ¿Los balbara y los talayos? Los combatiríamos. Y mientras lo hacíamos, los bethunis atacarían Talay. Las tribus de la costa no nos atacarían, ya que se encuentran atadas a nosotros por el vínculo de la sangre. Si los balbara no vinieran

contra nosotros sino que marcharan contigo, caeríamos sobre sus mujeres y sus niños o sus ancianos. Y porque lo saben, ellos nunca harían tal cosa. Y de esa manera no obtendrías nada, excepto la derrota de tu causa antes de que hubieras empezado siquiera.

—Cuando yo sea rey de Acacia ya no me hablarás así —dijo Aliver—. Recordarás que se me debe respeto.

—Si fueras el rey de Acacia, príncipe, me inclinaría ante ti y te chuparía el dedo gordo del pie. —Oubadal miró a sus compañeros, que prorrumpieron en carcajadas, especialmente los viejos—. Pero ahora mismo eres el rey de nada. ¿No es así?

Aliver a duras penas consiguió pasar por las cortesías formales del despedirse, tan impaciente estaba por huir a la carrera de allí, lejos del olor a madera de sándalo y la perezosa, abrasadora intensidad de los ojos de Oubadal.

Kelis lo detuvo cuando aún no se habían alejado mucho de las puertas del poblado. Lo agarró del codo y tiró de él, obligándolo a detenerse.

—Oubadal puede aportarnos diez mil combatientes. No puedes irte todavía.

—No sacrificaré a un pueblo que no es culpable de nada —dijo Aliver—. Eso no es lo que pretendía mi padre.

—Ése es el modo en que se han hecho las cosas desde el principio, por todas las razas de los hombres —dijo Kelis—. ¿Quieres alcanzar tu objetivo sí o no? Ya sé qué crees. Tus intenciones son nobles, pero los hombres nobles rara vez dan forma al mundo. Hablan de ello, en tanto que hombres como Oubadal actúan. No te vayas de aquí sin hacer tuyo este momento. Todavía no es tuyo, Aliver. Así que no te vayas.

Aliver se sentó en el reseco suelo gris y apoyó la cabeza en las manos. Thaddeus había dicho que el mundo estaba corrompido de arriba abajo, y allí estaba su primera prueba de ello. Aliver intentó calmarse y ver el bien en alguna parte de aquello, pero no había bien alguno en ello. No podía iniciar aquella guerra de una manera tan vil, no si quería mantener un cierto control sobre su humanidad. Intentó pensar otros términos, los que fueran, que el caudillo halaly pudiera aceptar, pero los entresijos de las alianzas tribales eran tan frustrantes que acabó dando una patada en el polvo. ¡Era estúpido! ¡Era mezquino! Demasiado tosco e insignificante. Aquello no era más que un pequeño ejemplo de todas las prácticas de las cuales quería librar al mundo. Pensando en eso, tuvo una idea.

—¿Y si le dijera a Oubadal que estoy solicitando su ayuda, no pidiéndola? —dijo—. ¿Y si dijera que ahora soy el príncipe Aliver Akaran, pero que en cuanto llegue el otoño seré el rey Aliver Akaran? ¿Y si le recuerdo que soy un león, y digo que no prestaré atención a las disputas de los cachorros que se pelean junto a mis pies? ¿Y si le digo que ahora los hechiceros santoth me responden y que, con la ayuda de ellos, borraré de la faz de la Tierra a todos mis enemigos? Puede unirse a mí y serme de ayuda —de acuerdo con los términos que fije yo—, o puede sufrir la ira de poderes

que es incapaz de imaginar.

—Podrías probar suerte con eso, supongo —dijo Kelis—. Tendrás que mirarlo a los ojos mientras lo dices, sin embargo, para asegurarte de que no te arranca el labio de un mordisco. Si lo llamas cachorro lo estarás insultando... a menos, naturalmente, que seas un león. La verdad no encierra insulto alguno.

Aliver se levantó y miró a los ojos a su amigo.

—Sigo sin ser capaz de decidirme, ¿verdad? Tú no crees que deba hacerlo.

—Creo que si cada vez que abras la boca hablas desde tu corazón, no puedes ir desencaminado.

Aliver se dio la vuelta y contempló la fortaleza. Desde aquella distancia, las pieles de león que había clavadas a ella parecían cositas insignificantes. Como los pellejos de unos gatos callejeros. Echó a andar. Cuando oyó los pasos de su amigo al lado de los suyos, preguntó:

—Dime una cosa, Kelis. Todas esas personas que afirman descender de leones... ¿qué prueba ofrecen?

Kelis sonrió.

—No hay ninguna prueba. Ellos simplemente lo dicen e intentan sonar convincentes.



Mena no le dijo a nadie lo que tenía intención de hacer, ni siquiera a Melio, quien sin darse cuenta la había ayudado a formar el plan. Cogió únicamente la espada marah y las pocas cosas que podía llevar dentro de un saco echado al hombro. Salió sigilosamente de su complejo de habitaciones y fue a través de las calles desiertas, agrisadas por el clarear del día. Una parte de ella tenía miedo de ser descubierta. Otra se movía con una tranquila seguridad en sí misma. Mena podía caminar sin hacer ruido cuando quería. Años antes, de jovencita, había pasado sin ser descubierta junto a los guardias marah para descubrir los horrores de las minas de Kidnaban. Si había sido capaz de hacer eso, ningún pueblerino de Ruinat o sacerdote adormilado despertarían para interrogarla ahora. Naturalmente, eran los extranjeros quienes habían motivado esto, haciéndolo apremiante. Eran meus, había dicho Melio con decepción en la voz. Tenían que hacer algo, había dicho. Así que ahora ella estaba haciendo algo. No era la cosa que había propuesto Melio, pero era algo.

Eligió un esquife de entre los que había atracados en la playa, echó dentro su saco, y empujó la embarcación dentro del agua. Una hora después viraba alrededor de la punta más lejana de Vumair y divisaba Uvumal. La isla asomaba del mar verde y quebrada, como fragmentos de un cristal roto torpemente disfrazados bajo una cubierta de vida vegetal. Quedaba a una corta distancia de navegación, pero Mena nunca había hecho el viaje antes. Nadie lo hacía nunca. La isla estaba considerada como sagrada para la diosa. Era su hogar y su santuario. Desde el surgimiento del culto a Maeben se la había dejado en su estado natural. No había sido talada o utilizada como territorio de caza, ningún terreno en las laderas había sido despejado para plantar cosechas. Hervía con toda una densidad de fieras. El sotobosque era un amasijo de vida vegetal. Aquí y allá árboles gigantescos emergían del dosel. Eran gigantes torcidos, con largos tramos de tronco que de pronto hacían erupción en nudos de ramas. Deformados por la edad y marcados por las inclemencias del tiempo, cada uno de ellos era un tótem a la más salvaje antigüedad. Tal era el destino de Mena.

La playa a la que arrastró el esquife era una sublime extensión de arena blanca como el hueso, no tocada por pies humanos. Palmeras aseguradas a la arena de más arriba se inclinaban hacia el agua. Restos naturales cubrían la playa; trozos de madera

traídos por la corriente, cocos y sus cáscaras. Los cangrejos correteaban de lado a través de las frondas caídas y... Algo atrajo la mirada de Mena, un objeto lo bastante sorprendente para que capturase su atención y necesitara un instante para poder dar crédito a lo que estaba viendo. La cabeza cuarteada, el brazo levantado y la porción superior del torso de una muñeca infantil sobresalían de la arena. Era una inquietante forma sin ojos y con un brazo paralizado en lo que parecía un frenético gesto de saludo.

Tampoco era el único objeto hecho por el hombre que había presente. Un trozo de cuerda y una boya de pescadores estaban tirados a poca distancia. Un poco más lejos, un trozo de tela envolvía una piedra como colada puesta a secar. Los ojos de Mena volaron de un lado a otro durante unos cuantos frenéticos segundos, hasta que tuvo la seguridad de que estaba sola. Las personas podían no haber viajado hasta allí, pero su basura sí que lo había hecho. Mena dio unos pasos en dirección a los artículos, nerviosa por el temor a que la diosa detectara los insultos antes de que ella pudiera recogerlos. Si los sacerdotes llegaban a saber de aquello, prohibirían la costumbre de arrojar residuos a la corriente en la punta sur de la ensenada. Mena empezó a formar las palabras con las que abordaría el tema ante Vaminee. Existen mil maneras de profanar a la diosa, empezaría. Uno tiene que recordar que algo dejado caer en un sitio no se desvanece simplemente.

Conteniéndose a tiempo, se irguió y maldijo en voz baja. Era tan fácil recaer en el papel que se le había prescrito... Ella no estaba allí como la doméstica de la diosa. No estaba allí como sus ojos y su boca. No planeaba llevar ningún mensaje a los sacerdotes.

Pasó el resto de la mañana adentrándose en el bosque. Había imaginado que el interior de la isla sería silencioso y meditabundo, un lugar por el que tendría que avanzar sigilosamente, temiendo el crujido de cada ramita bajo sus pies. En lugar de eso, el aire saturado de hojas vibraba con una cacofonía de cantos de pájaros. Las llamadas de los monos se abrían paso en oleadas a través de los árboles. Los insectos chirriaban, zumbaban y siseaban con abandono. Mena andaba sobre la mezcolanza entretejida de raíces de manglar, sus pies chapaleando a través de un espeso barro que apestaba a huevos podridos. La espada sobre su espalda se enganchaba una y otra vez. Al final llegó a estar tan enredada en la espesura que a veces simplemente dejaba de moverse y se quedaba suspendida, descansando. Y luego seguía adelante.

Comió un desayuno tardío sentada en un guijarral junto a un arroyuelo. Pensó en la muñeca de la playa. ¿A quién habría pertenecido? Había mil formas de explicar cómo podía haber sido perdida. Quizás era vieja. Podía haber sido desechada por una niña que ya no sentía nada por ella, utilizada como juguete por un perro que no había tenido el menor cuidado con ella. ¿Era un tesoro perdido barrido a la playa junto con la marea, llorado con pequeñas lágrimas? ¿Habría sido arrojada al mar por padres

afligidos? ¿O habría caído del cielo? Mena lamentó haberla dejado en la playa. Al menos tendría que haberla sacado de la arena y dejarla en el esquife, y prometerle que volvería y la llevaría lejos de allí.

A mediodía estaba subiendo, a menudo a cuatro patas, por las colinas interiores. Pese a todas las dificultades del terreno, no tardó mucho en encontrar lo que andaba buscando. Subida al tronco de un árbol caído y mirando a través de la rendija que su descenso había abierto en el dosel, Mena divisó el nido de águila. Estaba ubicado cerca de la cima de una colina a tres riscos de distancia. El árbol que lo alojaba atravesaba el dosel y se elevaba hasta una altura singular. Era como una viga gigante, maltrecha y torcida. Una gran parte de ella parecía muerta, blanca como el hueso allí donde largas franjas de corteza se habían desprendido de ella. Muchas de sus ramas estaban partidas por la mitad o habían sido arrancadas cerca del tronco. El nido se encontraba cerca de la punta. Desde lejos parecía una confusión de restos, partículas arrastradas por el mar que hubieran sido depositadas allí por un extraño acto de la naturaleza. Mena no pudo ver movimiento alguno en él.

Desde el momento en que echó a andar en dirección al nido, lo perdió de vista, tan frondosa era la vegetación. Bajando por un risco y subiendo después por un segundo risco, bajando por otro y luego arriba de nuevo, arriba y abajo. Cuando coronaba cada nueva elevación del terreno, Mena se desviaba intencionadamente hacia la derecha. En cuanto hubo llegado a lo alto de la tercera hilera de riscos torció hacia la izquierda y fue a lo largo de ella, con la esperanza de que eso la llevara a su objetivo. Necesitó dos horas, un período de tiempo durante el que no pudo ver a más de treinta metros de distancia. Temía que pudiera pasar a un tiro de piedra a cada lado de él sin reparar en su presencia.

Al final lo encontró mediante el olfato. Había un hedor. Una pestilencia a podredumbre, de cosas echadas a perder. Mena sintió un fuerte deseo de evitarla. La repelía, y ésa fue la razón por la que se volvió hacia ella. Unos minutos después se aproximaba a la base de un tronco colosal. Era más grande que cualquier otro de los árboles cercanos, lo bastante ancho en derredor para que hubieran hecho falta cuatro o cinco de las longitudes de los brazos de Mena para abarcarlo. El olor emanaba de una pútrida mezcla de excrementos de ave y carne y huesos que cubrían el suelo: cajas torácicas, fémures partidos por la mitad, trocitos de órganos resacos, un cráneo de roedor, una sandalia de cuero, el palito encogido de un antebrazo... el antebrazo y la mano de un niño.

Mena vomitó. Fue una liberación momentánea, que cesó casi de inmediato. Se limpió la boca y miró el brazo, fascinada, tan aturdida que durante no supo cuántos segundos fue incapaz de pensar. Ésta era la razón por la que había ido allí. Una parte de ella lo había sabido todo el tiempo. Se había sujetado la espada a la espalda por una razón, pero también había ido hasta allí con un tozudo nódulo de esperanza

oculto en el centro de su ser. Quizá —deseaba una parte de ella— se encontraría con que Maeben vivía en un palacio en la copa de los árboles. Quizá realmente se llevaba a los niños para que fuesen sus sirvientes. Quizá se encontraría con pruebas de todo lo que se le había dicho que creyera, todo aquello que había pasado años representando para las gentes de Vumu.

Pero fueran cuales fuesen las esperanzas que pudiera haberse hecho, aquel brazo las refutaba por completo. Había dedicado su vida a una mentira. Había comparecido ante personas inocentes para juzgarlas. Las había reprendido por... ¿qué? ¿Por querer a sus hijos con todo su corazón? ¿Por querer unas vidas en las que no hubiera límite alguno a la alegría? Y durante todo aquel tiempo su diosa no había sido sino una bestia que se alimentaba de carne humana.

Se acercó un poco más al miembro. Había algo en el modo en que los dedos — con todo lo apergaminados y oscuros como el cuero que estaban— permanecían apretados. Poniéndose en cuclillas, Mena pudo entrever un destello de metal. Extendió la mano, sujetó el objeto entre sus dedos, y lo liberó de un tirón.

Era el pendiente que representaba una anguila plateada. Ella ya había visto una forma así antes... en el agua junto al muelle, hacía unos meses. Le encantaron sus contornos en el ondular de las límpidas aguas, y ahora era igual de magnífica. Un agujero atravesaba el bulbo redondeado de la cabeza. Los restos finos como una hebra del cordel que lo había sujetado antaño se desprendieron. Mena imaginó a su propietaria llevándolo alrededor del cuello. Tal vez hubiera sido la primera cosa que buscó con la mano cuando la muerte se abatió sobre ella desde lo alto y le hincó las garras a través de la carne. Mena volvió a sentir náuseas, esta vez con el recuerdo de que ella había advertido a la gente del pueblo que no levantara la vista hacia el cielo.

Se levantó, sujetó el pendiente al cuello de su camisa y alzó la mirada hacia el árbol. La escalada no iba a ser fácil. La corteza era áspera y estaba lo bastante llena de hendiduras para que encontrara amplios asideros donde poner las manos y los pies, pero también había algunos sitios en los que se había vuelto quebradiza, podrida y agujereada por las termitas como estaba. Mena arrancó unos cuantos trozos con las manos. Era asombroso, realmente, que el árbol consiguiera seguir en pie. Encontró un asidero para la mano y una hendidura para el pie, se izó del suelo, y dio inicio a la lenta ascensión.

Una hora después emergió del dosel arbóreo, habiendo pasado a través de regiones de vida animal e insectil que nunca había concebido que pudieran existir. Parpadeó ante la súbita luminosidad del mundo y sintió la caricia del aire en movimiento sobre su piel empapada de sudor, y notó cómo se mecía el árbol. Pese a la brisa que se reforzaba por momentos, el hedor se incrementó. Las ramas pasaron a estar recubiertas por cada vez más costras de excrementos. Le ensuciaban las manos y hacían que fuera más difícil poder confiar en ellas, hasta el extremo de que ahora

Mena se veía obligada a clavar las uñas en la sustancia. Cuando llegó al tramo intacto de corteza desnuda justo debajo del nido, se puso a horcadas sobre una rama, apoyó la espalda en el tronco y se dedicó a recuperar el aliento.

Una bandada de loros amarillos sobrevoló las copas de los árboles en un rumbo que los llevaba hacia el Norte, con rápidos aleteos seguidos por largos planeos. Debajo de ella, los periquitos aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, manteniéndose lo más a cubierto posible. Nada más grande flotaba en el aire, ninguna gran ave de presa, nada de origen divino. Mena reparó en las nubes que empezaban a espesarse por el Este, una tormenta en gestación, tal vez el primero de los aguaceros del verano.

El nido encima de ella parecía hallarse vacío. Allí arriba reinaba el silencio, salvo por los rumores ocasionales del material con que había sido hecho. Mena podía subir y entrar en él, echar un vistazo, decidir qué haría a continuación. Esperaba que ese último conocimiento acudiera a su mente, porque no tenía las ideas muy claras aún.

Abriendo la solapa de su bolsa, sacó un rollo de cuerda. Había sido urdida con finas hebras de plantas, de un tacto aceitoso en los dedos. La sacudió para deshacer los nudos. Dejó que un extremo de la cuerda cayera al vacío e intentó ignorar la pavorosa altura que los anillos suspendidos en el aire pasaron a delatar por debajo de ella. El extremo que tenía en la mano lo había sujetado a un anzuelo de tres ganchos, una herramienta adaptada por la misma Mena a partir de un cebo que se empleaba para los peces de las profundidades. Lo lanzó hacia arriba por encima del nido. El anzuelo se enganchó al primer intento. Los primeros y cautelosos tirones cedieron ligeramente. Unas cuantas ramitas se partieron antes de que el anzuelo quedara firmemente asentado.

Cuando agarró la cuerda y salió de la rama, el pendiente en forma de anguila quedó libre de su pecho y luego volvió a chocar con él. Mena permaneció suspendida un instante, con todo el peso de su cuerpo confiado a la cuerda. Entonces se dio cuenta de que había empezado a invocar una plegaria a Maeben. La cortó en seco y se tragó la parte que aún no había llegado a pronunciar. En cuanto hubo dejado de oscilar en el aire, trepó, mano sobre mano. Por alguna razón pensó en Melio, quizá porque su buena forma física actual tenía mucho que ver con el adiestramiento impartido por él. Pero entonces llegó al amasijo de ramas quebradizas que era el nido, y ya no pudo pensar en nada que no fuese seguir trepando hasta pasar por encima de la curva del borde.

Estaba agarrada allí, jadeante, tratando de encontrar un emplazamiento mínimamente decente para sus manos, cuando una cabeza de ave se irguió dentro del nido. Estaba a poco más de un brazo de distancia de Mena, un rostro grotesco y ganchudo. Abrió el pico y graznó. Había algo que no estaba bien en ella, sabía Mena, pero no podía pararse a pensar en eso. Esperaba que el ave remontara el vuelo en



cualquier momento, y se movió todavía más frenéticamente por miedo a que eso pasara. Retrocedió todo lo que pudo. El nido se bamboleó con el brusco desplazamiento de su peso. Ramas y tallos se partieron. Mena tardó un tiempo absurdamente largo en poder ubicarse lo bastante bien para liberar la mano derecha y desenvainar la espada. Una vez que tuvo el arma en la mano, sin embargo, supo exactamente qué hacer. La hizo girar en el aire, utilizando toda la torpe fuerza de que fue capaz. La espada le dio al ave en el cuello, pero el ángulo de la hoja no era el adecuado y la herida que causó no fue demasiado profunda. Mena tiró de ella — todavía sorprendida de que hubiera tenido tiempo de hacer tal cosa— y golpeó de nuevo. Esta vez tanto el ángulo como la fuerza del mandoble fueron los adecuados. La cabeza de la criatura salió despedida de su cuerpo, para acabar cayendo junto a él.

En el nido, unos instantes después, mirando el cuerpo convulso de la cosa, Mena por fin entendió lo que le había parecido tan extraño acerca de ella. El ave apenas tenía plumas, era deforme y patética, de un tamaño no mayor que el de un buitre. Un águila marina que hubiera finalizado el proceso de crecimiento sería dos o tres veces más grande. No era Maeben. Apenas era más que una niña de la especie. Mena medio formó un comentario jocososobre las cosas que sólo el amor de una madre podía apreciar, pero no llegó a pronunciarlo en voz alta.

Se sentó enfrente del ave que acababa de matar, pensando en lo extraño que era todo aquello, asombrada de que realmente estuviera allí, en el nido de un águila marina muy por encima de los bosques de Uvumal, frente a un cadáver, con una espada en la mano, bamboleándose mientras el viento que soplaba sobre el viejo árbol medio resquebrajado lo hacía mecerse lentamente de un lado a otro. ¿Quién era ella? ¿Cuándo se había convertido en esta persona? Quizá todo esto fuese una locura, pensó. Era una crisis de su propia creación. Ahora podía ver claramente dos posibles senderos para su futuro: uno de ellos terminaba no más lejos que aquel nido de águila, mientras que el otro era un salto a lo desconocido tan absoluto que apenas podía creer que su mente hubiera sido capaz de llegar a concebirlo. Y sin embargo, de alguna extraña manera, cada uno de los senderos era aceptable para ella.

Cayó en la cuenta de que podía limitarse a bajar de allí. Le había arrebatado una niña a la diosa. Ya habría tiempo de ver cómo le sentaba eso a Maeben. Podía coger la cuerda y lanzarla al aire, y descender de aquellas alturas antes de que la tormenta —que ahora resultaba aún más palpable— descargara su aguacero sobre el dosel de hojas. Podía ir a casa con la sensación de que había logrado algo, un acto de retribución sellado en sangre.

Podía hacerlo, pensó, pero no, no lo haría. Aún no había acabado.

Para cuando distinguió el batir de alas del sonido del viento que iba arreciando, ya había cambiado de posición. Ahora estaba apoyada en el nido con el polluelo muerto en su regazo, sostenido contra su pecho. El cuerpo no tenía cabeza, naturalmente,

pero con una mano Mena mantenía la parte seccionada más o menos en su sitio. Así situada, vio regresar a la madre, esperando que el disfraz la ayudaría a aproximarse lo bastante para atacar.

El ave de presa apareció silueteada contra las nubes. Sus alas, descomunales, se desplegaron en toda su envergadura una fracción de segundo justo antes de que se posara, como en un gesto que pretendiera ocultar el cielo entero. El nido osciló cuando el peso del ave reposó sobre él; sus garras estrujaron las frágiles ramas con una fuerza tal que poco faltó para que las partieran. Era realmente enorme. Tenía que ser tan alta como Mena. Maeben.

No cabía duda de que ésta sí era Maeben. Su pico podía cerrarse en torno al rostro de Mena; cada una de sus garras era una daga terrible, capaz de sacarle las entrañas con un solo movimiento de desgarro. Mena no dudaba nada de todo esto; sin embargo estaba contenta, contenta de encararse finalmente con ella. Una emoción colmaba su ser, pero no era miedo. Nunca había odiado con más fuerza de lo que lo hacía en ese instante. Ser una niña arrebatada por ese monstruo... una niña, sólo una niña.

«Espera —pensó—. Espera hasta que se encuentre más cerca».

Hubo un breve silencio, y entonces el águila gritó. La llamada fue aguda, penetrante, de un modo en que no lo había sido la de su progenie. Maeben apartó al polluelo muerto, retrocedió, y luego acometió de nuevo, ahora sabiendo que algo iba mal.

Mena apartó a la niña y se abalanzó sobre la cabeza del ave. Todo podría haber terminado ahí, pero la espada se enganchó en una rama, que cambió el ángulo en que se estaba moviendo, y la hoja tan sólo rozó el pico de la criatura.

Maeben se elevó en el aire con un chillido, su rostro denotaba carnívora indignación. Volvió a chillar; fue un alarido tan terrible que los ojos de Mena se cerraron contra él. Por un segundo tuvo la sensación de que el sonido le había rasgado la piel de la cara exactamente igual que habrían hecho las garras. Pero entonces sus ojos volvieron a estar abiertos.

El águila la acometió, con las garras por delante, y todo su poder y su peso. Mena retrocedió bamboleándose. Un talón se le enganchó en las ramas y se desplomó sobre el borde del nido. En un desesperado intento de agarrarse a algo, soltó la espada. Mientras se precipitaba fuera del borde, los dedos de su mano izquierda buscaron a tientas la cuerda que se había traído consigo. Las fibras le desgarraron la palma, escurridizas y abrasivas al mismo tiempo. Mena giró en redondo y consiguió poner la otra mano encima de la cuerda. Eso la detuvo con un brusco tirón. Entonces lo que quiera que fuese que había estado sujetando el ancla del anzuelo se partió. Mena cayó a través del aire durante unos cuantos segundos frenéticos. Chocó con una rama. Ésta se rompió casi inmediatamente, pero había frenado su descenso lo suficiente para que, cayendo de nuevo, Mena mirara abajo y extendiera la mano hacia la próxima

rama inferior. Dio en ella con el pecho, se columpió alrededor y cayó, ahora horizontal, hacia la red de ramas que había justo debajo de ella. Eso la detuvo. La cuerda llovió en torno a ella. Los anzuelos cayeron justo a su lado y uno de ellos le atravesó la pierna.

Mena habría gritado, pero ahora los acontecimientos se estaban precipitando sobre ella con tal celeridad que no desperdició ni un solo momento en hacerlo. Golpeado por una furiosa ráfaga de viento y una rociada de lluvia como piedras heladas, el árbol se inclinó más de lo que lo había hecho ya. Una oleada de temblores corrió hacia abajo a través del tronco podrido. Mena lo sintió ceder y supo que se había resquebrajado en algún lugar debajo del dosel de los otros árboles. Iba a derrumbarse.

Maeben se había remontado de nuevo, batiendo el aire con sus alas mientras trataba de llegar hasta Mena sin dejar de lanzar picotazos e intentar hincarle las garras. Mena se arrancó el gancho que tenía clavado en la pierna y lo arrojó a la cara del águila. Le falló la puntería. El gancho pasó junto al ave de presa, por encima de su hombro. Por un instante quedó suspendido allí, como una línea inmóvil que había errado su blanco. La gran ave siguió batiendo las alas, concentrada en su presa y en calcular el momento del ataque, haciendo caso omiso de la importancia del lento movimiento del árbol. El instante pareció no acabar nunca.

Entonces el tirón del árbol atrapado en caída libre creció tan deprisa que rompió la pausa. Mena sintió que se alejaba del ave. Estaba descendiendo con el árbol, pero no apartó los ojos del águila. Vio tensarse la cuerda, vio cómo el extremo más alejado de ésta, que había empezado a caer al otro lado del águila, empezaba a ser arrastrado hacia abajo junto con el ave. La línea se tensó. La cuerda se abrió paso a través del ala, se arrastró sobre las plumas y el hueso hasta que los ganchos encontraron la carne del ave en la articulación del hombro. La cuerda —el extremo más alejado de la cual estaba anudado a las ramas del gigante que se desplomaba— arrastró hacia abajo a Maeben con una fuerza contra la que el ave estaba claro que no podía luchar. El pico se le abrió en una mueca de incredulidad, las alas se le aplanaron detrás del cuerpo, y los ojos, por una vez, se le llenaron de terror.

Mena había visto suficiente. Se apartó del árbol que se desplomaba, giró en el aire y, con los brazos extendidos como si ella también pudiera volar, afrontó el dosel de hojas que se precipitaba hacia ella.

## **Fin del libro segundo**



# **LIBRO TERCERO**

## **MITO VIVIENTE**



Hanish permaneció inmóvil durante un buen rato, consciente durante cada segundo de ese período de tiempo de la presencia del cuerpo apretado contra el suyo. No quería despertarla, tener que hablar y sonreír y empezar el día con todos los lugares comunes de un amante. Al menos, así fue como se lo explico a sí mismo. Mejor minimizar lo delicioso que le resultaba sentir los contornos desnudos del cuerpo de ella en los lugares donde tocaban con el suyo. Mejor no admitir por completo lo adecuado que era sentir los rizos del pelo de ella entrelazados en sus dedos.

Hanish sabía que vestigios de Corinn se aferrarían a él de muchas maneras distintas. Eso lo complacía, pero era mejor no reconocer que a cierto nivel se mantenía inmóvil para poder absorber todavía un poco más de ella en su piel. La saborearía todo el día en su lengua, en las comisuras de sus labios, como un olor emanado de su propio cuerpo que percibiría en el aire cada vez que volviera la cabeza. Le habría gustado no haber pensado en todas aquellas cosas, pero el caso era que no podía pensar en nada más.

Antes de Corinn Akaran ninguna mujer había impuesto tan profundamente su presencia dentro de cada momento consciente de la existencia de Hanish. Desde aquella noche en Calfa Ven ella nunca estaba enteramente ausente de sus pensamientos. Hanish se negaba a poner una palabra a la emoción que sentía por Corinn, pero eso no quería decir que no percibiera la palabra —vaga y sentimental como era— acechando en el aire entre ellos dos. Aquella primera noche Corinn se había mostrado tímida, insegura de sí misma, temerosa con su cuerpo y tanto más atractiva a causa de ello. Su reticencia duró poco, sin embargo. Parecía que si iba a entregarse a sí misma, quisiera hacer tal cosa completamente, con el máximo abandono. Al besarla su boca obraba impulsada por un hambre que lo dejó atónito, con sus labios, su lengua y sus dientes devorándolo todo a la vez. Era casi como si fuese ella quien lo había conquistado a él, en lugar de al contrario. Un pensamiento de lo más inquietante.

Era notable lo eufórico que lo ponía tenerla cerca. Cuando Corinn no estaba junto a él, o pensaba activamente en ella o iba de un lado a otro turbado por una vaga sensación de inquietud. Estaba descuidando a sus compañeros, y sabía que ellos se

sentían desdeñados. Habida cuenta de la fragilidad de sus egos, no debería dejar transcurrir mucho tiempo sin encontrar formas de alabarlos y reconocer su presencia, pero el mero hecho de pensar en ello se le antojaba agotador. Nadie más en el mundo parecía tan interesante como Corinn. Ninguna otra cara le hacía experimentar tal sensación de bienestar al mirarla. Nadie lo escuchaba del modo en que lo hacía ella. Con nadie más unos pasatiempos tan prosaicos como la arquería, a la cual dedicaban horas, se convertían en placeres infalibles. Corinn era mucho mejor con el arco que él. Por alguna razón ese hecho lo divertía como si fuera una broma orquestada por él mismo.

¿En qué había estado pensando cuando dio inicio a aquello? Se había dicho que mantendría a la princesa cerca de él, para vigilarla y asegurarse de que estaba allí si los tunishnevre tenían necesidad de ella. ¿Cuándo, entonces, se convirtió ese esfuerzo en aquel torbellino de emoción? Era peligroso; eso Hanish lo sabía muy bien. Sus pensamientos no estaban nítidos y centrados como habían estado siempre antes. El mismo día anterior, se había quedado atónito cuando reparó en que se le acababa de formular una pregunta que él no había oído en absoluto. Un círculo de caras lo miraba con preocupación y sorpresa en sus facciones. Hanish no era del todo él mismo, hasta el punto de que no quería y no podía desprenderse de la cosa que lo debilitaba. Debería devolverla a su lugar. Debería cortar el afecto entre ellos mediante la afilada hoja del sarcasmo público. Corinn era, después de todo, muy fácil de insultar. Tardaba poco en irritarse. Ahora unos cuantos comentarios mofándose de ella provocarían una llamarada de ira, lo cual sería mucho mejor que la situación en que había pasado a hallarse Hanish.

Pero era sencillamente incapaz de hacerlo. ¿Por qué tendría que hacerlo, después de todo? No había más que pensar en todos los logros que había alcanzado en su vida. Todo lo que había sabido ganar para su pueblo. ¡Había conquistado el Mundo Conocido! En este preciso instante los tunishnevre estaban viniendo desde el Borde Methaliano, a pocas semanas de su liberación. Eran sus éxitos los que habían hecho posible que Maeander llevara hasta Vumu su búsqueda de la otra joven Akaran. Si la encontraba, tendrían una segunda fuente de la que obtener la sangre que precisaban. Corinn no necesitaría sangrar, no necesitaría morir. Considerando todas esas cosas, ¿por qué debería negarse a sí mismo el amor?

Oh. ¡Ahí estaba esa palabra! El hecho de que hubiera formado semejante frase en su mente lo impulsó a levantarse. Se obligó a apartarse de la princesa, no queriendo despertarla ahora, no deseando tener que hablar. Tardó una infinidad en extraer el brazo, pegajoso con la humedad mezclada de sus cuerpos, de debajo de su cuello.

Vestido un rato después, la espalda bien recta en un thalba y pareciendo perfectamente a sus anchas dentro de su gélida compostura, Hanish leyó las cartas que sus secretarios le trajeron a su despacho. La primera era del registro que llevaba

Haleeven. Era meticuloso en sus entradas, detallado y riguroso y honesto. Debido a que recibía tal correspondencia por lo menos dos veces a la semana, Hanish había ido siguiendo cada paso del transporte de los tunishnevre. Ni uno solo de aquellos pasos había sido fácil. Sólo el sacarlos de donde habían estado enterrados ya había sido una prueba terrible. La cámara había sido construida para alojarlos indefinidamente. Los arquitectos originales no habían tomado en consideración la posibilidad de que los antepasados tuvieran que ser extraídos de allí algún día. Estaban apretujados unos contra otros, amontonados en alcobas que eran como las celdillas de una colmena.

Haleeven había hecho instalar toda clase de rampas y poleas, cosa que supuso un trabajo incómodo y laborioso en aquel espacio tan reducido. Obtener de los trabajadores el necesario nivel de cuidado y precisión no habría sido fácil en la mejor de las circunstancias, pero resultó especialmente complicado con todos ellos nerviosos por la presencia incorpórea que se agitaba en derredor. Una noche, casi cincuenta de los trabajadores reclutados por la fuerza huyeron de su campamento improvisado fuera de las puertas de Tahalian. Todos y cada uno de ellos tuvieron que ser perseguidos y capturados. A continuación fueron castigados de formas que actuaron como potentes factores disuasorios para cualquier otro que pudiera abrigar ideas similares a las de los fugitivos.

Mantener controlados a los trabajadores; envolver, almacenar y transportar a los antepasados; halagar a los sacerdotes; mantenerse dentro de los caminos reblandecidos por el deshielo primaveral; avanzar a través de enjambres de insectos hambrientos; llevar a cabo el empinado descenso desde el Borde hasta los bosques de Eilavan: cada tarea suministró una miríada de desafíos a las habilidades de Haleeven. Ahora, por fin, estaban haciendo camino a través de los bosques y se adentraban en las tierras de labranza que los conducirían hacia la costa. La parte más difícil había quedado atrás, aunque en su último despacho Haleeven advertía de que el progreso sería lento. Ahora se estaban moviendo por caminos pavimentados, pero no podían ir más deprisa por miedo a los efectos perturbadores que eso tendría sobre los antepasados. Su fragilidad requería que se los manejara con mucho cuidado, tanto ahora como siempre.

También había varias piezas de correspondencia más. Una provenía del encargado que cuidaba del terreno de la isla fuera del palacio y la parte inferior de la ciudad. Aseguraba que las acacias, que él había aserrado obedientemente hasta bien cerca de las raíces, estaban empezando a rebrotar. Eran unos árboles más resistentes de lo que habían pensado. En realidad nunca morían del todo, aparentemente, e iba a suponer todo un esfuerzo continuado por parte de él si quería impedir que los árboles volvieran a aparecer.

Otra misiva estaba marcada con el sello de Sire Dagon. Solicitaba una audiencia. «Pedía», era como estaba escrito, y sin embargo el hombre de la Liga nombraba el

momento más avanzado ese día con tan inapelable convicción que era más bien una exigencia. Perfecto, pensó Hanish. Ya iba siendo hora de que la Liga Naval le presentara su informe. Tanto si ésa era la intención de Sire Dagon para la reunión como si no, Hanish decidió que convertiría el asunto en el centro de ésta.

Hanish siempre se sentía sorprendido por el aspecto de los hombres de la Liga. El hecho de que fueran tan delgados y frágiles no casaba demasiado bien con su porte de calma absoluta, aquel control imposible de retar. Sire Dagon llevaba un gorro ceñido por bandas de oro. Sus flacas facciones estaban tan pálidas como de costumbre. Su cuello parecía más largo que la última vez en que se reunieron, pero Hanish supuso que los ojos le estarían gastando alguna jugarreta.

Se saludaron con una reverencia mutua, y Sire Dagon tomó asiento. Dejó caer su cuerpo en él y exhaló un suspiro lleno de fatiga. Luego metió una mano dentro de su túnica, y la sacó sosteniendo una pipa de niebla no muy larga. Parecía estar hecha de cristal azul, con una pequeña cazoleta y el zarcillo minúsculo de una boquilla. Sire Dagon subió la tapa de la cazoleta con una de sus largas uñas y comprobó el material que había apretado dentro. Éste brilló por un instante, como si estuviera encendido previamente o hubiera cobrado vida con un chispazo en cuanto se abrió la tapa.

—Os ofrecería una pipada —dijo—, pero dudo que pudierais aguantar semejante pureza.

Hanish ladeó la cabeza y luego volvió a erguirla, frunciendo los labios justo lo suficiente para transmitir el respetuoso desdén que le inspiraba la droga.

—Sé demasiado poco acerca de cómo está respondiendo la Liga al ataque sufrido por las plataformas —dijo—. Tenéis que ponerme al día.

Antes de hablar, el hombre de la Liga dejó pasar el tiempo suficiente para demostrar que hacía tal cosa porque le venía en gana, y no en obediencia a la orden de Hanish. Empezó reiterando en términos bastante vagos que las pérdidas sufridas por las plataformas eran múltiples, lo cual creaba problemas tanto ahora como para muy adelante en el futuro. Esos problemas venideros la Liga los abordaría de la manera más apropiada. Por hoy estaba la cuestión inmediata de que se habían retrasado en la entrega de un envío de Cuota a los lothan aklun. No era sólo el tiempo lo que constituía un problema, sin embargo. Las explosiones y subsiguientes incendios en las plataformas habían quemado los almacenes en los que se depositaba la Cuota antes del transporte. El área utilizada para ello era un gran complejo de edificios, una metrópolis en miniatura, realmente. Durante el caos resultante, el producto —como se refería él a los niños esclavos— se rebeló. Irrumpieron en otras secciones de la plataforma. Empezaron a esparcir los fuegos a su paso, corriendo por los senderos con antorchas untadas de brea. La Inspección Ishtat aplastó el levantamiento, pero no antes de que toda la plataforma rozara la destrucción. Al final tuvieron que cortar las amarras de la unidad almacén y arrastrarla bien lejos para que



ardiera hasta consumirse. Todo el producto fue destruido. Una remesa entera.

—Deberíais haberme contado esto antes —dijo Hanish.

Sire Dagon dio una chupada a la pipa. Exhaló una nube de humo azulado y dijo, con un aire de lo más impasible:

—No consideramos que los asuntos de la Liga sean de vuestra incumbencia.

—Todo es de mi incumbencia. ¿Cuándo no han estado alineados nuestros intereses?

El hombre de la Liga clavó en Hanish una mirada que habría podido ser iracunda, aunque costaba leer emociones en la configuración escuálida de sus rasgos.

—La Liga es una empresa comercial. Para nosotros, todo el mundo es un adversario, nuestros clientes ricos más que ningunos otros. Me sorprende que a estas alturas aún no os hayáis dado cuenta de ello.

Hacía mucho que Hanish se había dado cuenta de tales cosas. La Liga había capeado la guerra navegando sobre aguas tranquilas y emergiendo de ella por el otro extremo en mejor posición que nunca, con escasa preocupación aparente por el destino de los Akaran, con los cuales había tratado durante veintidós generaciones. Ahora su falta de lealtad lo inquietaba. Mejor no mostrarlo, sin embargo. En lugar de hacerlo, habló con voz pensativa:

—Supongo que los incursores no pretendían un desenlace semejante. La explicación que más se empeñan en difundir es que están combatiendo a la tiranía organizada. Ellos desean liberar esclavos, no incinerarlos.

—Tales son las consecuencias imprevisibles de la acción violenta enmascarada por una ideología. Los inocentes acaban teniendo que cargar con la peor parte. Siempre ha sido así y siempre será así. —Torció el gesto ante la inconveniencia de tales cosas—. No tardaremos en ocuparnos de los incursores. Ninguna fuerza es más adecuada para encargarse de eso que la Inspección Ishtat. Cuando encontremos a los incursores, los aplastaremos de una vez por todas.

Hanish indicó con un movimiento del dedo que quería hacer una pregunta.

—¿Cuándo los encontréis? Creía que teníais espías en cada una de las rocas que asoman de las Laderas Grises.

—Y los tenemos, pero desde su ataque a las plataformas, el grupo mandado por Espadín se ha esfumado.

—¿De veras?

Sire Dagon miró a Hanish, comparando el tono de la pregunta con la expresión facial de quien la había formulado. Luego puso sus delgados labios en torno a la pipa, inhaló, y mantuvo los vapores dentro de su pecho por un instante.

—Lo que la Liga necesita ahora es reponer inmediatamente aquello que hemos perdido. A tal objeto hemos concebido un plan consistente en tomar las unidades de la ciudad costera de Luana, al norte de Candovia. Recuperaremos las pérdidas en una

sola acción.

—¿Qué queréis decir exactamente?

—Quiero decir que tomaremos las unidades de Luana. Llegaremos al amparo de la noche, nos haremos con el lugar y nos iremos de allí con el producto que necesitamos.

—Con los niños que necesitáis —aclaró Hanish—. ¿De qué cifra estamos hablando?

—Dos mil —respondió Sire Dagon con voz átona. Antes de que Hanish pudiera reaccionar, continuó, explicando que allí se celebraba un festival que hacía acudir a toda la población de la región. Los niños, en particular, se congregaban en la ciudad para celebrar el regreso de la primavera. Los reclamaba desde todos los pueblos y aldeas de los alrededores. No sería una operación perfecta, naturalmente. Sería difícil encontrar niños que estuvieran a la altura de sus exigencias habituales. Quizá tendrían que aceptar a algunos que estuviesen fuera de la franja de edad óptima. Pero creían que era el remedio más aconsejable al problema.

Cuando hubo acabado de hablar, Hanish se lo quedó mirando en silencio. ¿Dos mil? Entre aquellas gentes una cifra semejante significaría prácticamente cada niño de la región. Le entraron ganas de cruzar el espacio que se interponía entre ellos y abofetear el rostro huesudo de Dagon por haber dado tal cifra. ¿Dos mil? Iba contra todo lo que garantizaba el sistema de Cuota establecida. Desenmascaraba, de un modo del que quizá no podrían recuperarse, toda la barbarie oculta en el concepto.

Guardó silencio mientras se masajeaba las sienes. Pensó en Corinn. Le hablaría de todo aquello más tarde. La miraría a la cara y escucharía la respuesta de ella, y así obtendría una cierta indicación con la cual sopesar sus propios sentimientos. Eso sería bueno, porque a él se le hacía cada vez más difícil evaluar el efecto que sus decisiones tenían sobre el mundo. Corinn lo ayudaría.

—¿Sabéis? —dijo, hablando a través de una exhalación—, algunos han argumentado que la Liga ha dejado de ser útil. Algunos dicen que tomáis demasiado y dais demasiado poco a cambio.

Sire Dagon sonrió burlescamente.

—¿Qué sabio consejero os ha murmurado eso al oído?

Hanish hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—¿Esperáis que os permita tomar a una generación entera de esas gentes? No puedo hacerlo. No lo haré. Bastante tensas andan ya las provincias. ¿Qué nación en el Mundo Conocido no verá semejante acción como una amenaza para ellas? Se indignarán. Podría ser la chispa que encienda toda clase de disturbios. No, tenéis que encontrar alguna otra manera. El mundo aún necesita ser repoblado, no cosechado.

Sire Dagon cerró su pipa y la guardó. Tras contemplar al caudillo por un instante, dijo:

—No he sido claro acerca de algo, Hanish. Las órdenes ya han sido dadas. La incursión, con toda probabilidad, tuvo lugar ayer. Estoy aquí como una cortesía, para que no necesitéis sorprenderos cuando os llegue la noticia. Enfadaos conmigo todo lo que os plazca, Hanish. Amenazadme. Llamadme de todo. Extended las manos a través del espacio entre nosotros y apretadme el cuello si queréis. Apuñaladme con la hoja que cuelga de vuestra cintura. Estoy completamente a vuestra merced. Sólo sabed que si hacéis tal cosa sois como la hormiga que muerde el dedo pequeño del pie de un hombre. Mordéis un instante, y se os aplasta al siguiente. Gobernáis el Mundo Conocido con el beneplácito de la Liga Naval. ¿Todavía no os habéis dado cuenta? Y la revuelta que teméis ya ha empezado. No hicieron falta nuestras acciones para iniciarla. Mirad las provincias, Hanish. Mirad Talay y pegad la oreja al suelo y oiréis el nombre que esas gentes están murmurando con creciente insistencia. Veréis que ya tenéis suficientes problemas que atender. Dejad que nos ocupemos de nuestros asuntos. Y sabed que cualquiera que sea la revuelta que se aproxima, no es nada comparada con el riesgo de enfurecer a las Otras Tierras.

—Así que le tenéis miedo a alguien —dijo Hanish—. Me insultáis y me ponéis en el sitio que creéis que debería ocupar, pero teméis a los lothan aklun.

Sire Dagon se había puesto de pie, listo para partir, pero algo de lo que había dicho Hanish lo ablandó. La mirada que posó en el caudillo fue casi cariñosa.

—Entendéis tan poco de cómo funciona el mundo... No es a los lothan aklun a quienes tememos. Los lothan aklun no son tan diferentes de nosotros, los de la Liga, excepto por el hecho de que su riqueza sobrepasa a la nuestra. Aquellos a los que tenemos razón para temer viven justo más allá de los lothan aklun. Es con ellos con quienes comercian los lothan, de la misma manera en que vos comerciáis con nosotros.

Los últimos instantes habían introducido demasiada información para que Hanish pudiera asimilarla de golpe. No estaba seguro de en qué debía centrar primero sus preguntas, y sintió una necesidad casi adolescente de no mostrar la sorpresa que sentía. Proyectó su voz con un tono de desinterés, como si la pregunta no fuese particularmente importante para él.

—¿Cómo se llaman esas gentes?

—Auldek —dijo Sire Dagon, tras sopesar por un momento si debería responder—. Nunca habéis puesto los ojos en uno de ellos y nunca tendréis necesidad de hacerlo. Saber demasiado acerca de ellos sólo serviría para que no pudierais pegar ojo en toda la noche. Sí, caudillo, ni siquiera vos podríais dormir. Pero creedme, Hanish, el día en que ellos decidan que vale la pena que se tomen la molestia de volver la mirada hacia nosotros... para castigarnos, para cosechar los productos por sí mismos, incluso por simple curiosidad... ese día el mundo que amáis acabará para siempre. La Liga Naval es lo único que mantiene en equilibrio al mundo.

Hanish detuvo al hombre de la Liga cuando éste se disponía a irse ya.

—No os vayáis —dijo, y se tragó el orgullo—. Yo... os agradezco que me hayáis hablado de lo de Luana. Entiendo que la Liga tiene que actuar con decisión en estos tiempos tumultuosos que vivimos. No os culparé por ello. Todo sería más fácil, sin embargo, si os quedarais conmigo un rato y me contarais algo más sobre esas cosas que desconozco. Mejor que compartáis conmigo que no el que yo trabaje contra vos. ¿No estáis de acuerdo?

Sire Dagon se lo pensó unos instantes. No dijo nada, pero volvió a acomodarse en su asiento y se palmeó el bolsillo para localizar su pipa de niebla.



Los mares bajo la costa sur de Talay eran más negros y violentos que ninguno de los que los incursores de las Islas Exteriores habían visto nunca. Allí las corrientes convergían desde dos lados opuestos del Continente, mezclándose con las aguas que se habían enfriado por estar a la sombra de la curva del mundo. Durante cinco días seguidos, olas como montañas subieron y bajaron el *Ballan*. El barco se inclinaba con cada subida, llegando a la cresta de la ola como un pájaro que se dispone a emprender el vuelo, y luego se precipitaba por el otro lado en una breve carrera hacia las profundidades. Marineros que no se habían mareado en la vida sentían que les fallaban las rodillas, se ponían amarillos, renunciaban a toda pretensión y fanfarronada. Devolvían todo aquello que habían comido. Después de eso, producían cosas que no lograban reconocer y, todavía más tarde, trataban de aflojar sus órganos internos y ofrecérselos también al mar.

Allá en el norte la costa de Talay se extendía en una desolación carente de rasgos, nada sino un lejano borrón de playa llena de dunas, sin árboles o montañas o asentamientos humanos que pudieran romper la monotonía. Con todo y lo melancólico que era aquel paisaje, Espadín anhelaba arrastrarse hasta sus costas para quedarse sentado allí, empapado y con la nariz llena de mocos, despidiendo con la mano al *Ballan* que se alejaba. Aunque no hicieran otra cosa, fantasías tan improbables ayudaban a pasar las horas.

Presenciaron cosas acerca de las que previamente sólo habían oído contar historias. Luces que ondulaban a través de los cielos por la noche, cintas multicolores que se agitaban. Espadín intentó oír el sonido de aquellas luces, seguro de que unas contorsiones de color tan masivas tenían que rasgar el aire como el trueno. Su silencio nunca parecía apropiado. Una vez una familia de ballenas ejecutó un ballet aéreo a estribor: una tras otra saltaron por el aire, inclinándose hacia un costado, y estrellándose contra el mar en un surtidor de espuma. Otra vez pasaron junto a una enorme isla de hielo flotante. El vigía que la avistó dio el grito de alarma con una voz de adolescente a punto de quebrarse. Después admitió que había temido que hubieran llegado a una tierra de fantasmas, una cosa que las gentes del Mundo Conocido no deberían ver, una intrusión por la cual serían castigados. Espadín lo había despeinado cariñosamente. Por dentro, sin embargo, el mismo pensamiento no dejaba de

hormiguearle a través de la mente. ¡En qué extraña empresa se habían embarcado! Apenas podía creer lo que estaba sucediendo, y todavía lo asombraba recordar lo poco que había costado que su tripulación accediera a hacerla posible para él.

Había sucedido sólo un par de días después del ataque a las plataformas. Cuando estaban reunidos en la cubierta del *Ballan* mientras se ponía el sol, Espadín había levantado la vista de su té y dicho:

—Tengo cosas que decir. Puede que algunas de ellas os parezcan un disparate, pero aquí van de todas maneras.

Empezó jurando que le había encantado cada minuto del tiempo pasado entre ellos. Había sido maravillosa la manera en que iban de un sitio a otro por todas las Islas Exteriores, viviendo peligrosa y libremente, sin acatar más leyes que aquellas a las cuales se adherían mutuamente. Consideraba a cada uno de ellos su hermano o hermana, tío o tía. Habían sido una nación en si mismos, ¿verdad? Habían tenido un verdadero enemigo en la Liga Naval, y los habían superado en más ocasiones de las que les habrían correspondido sólo en razón de la suerte. Estaba orgulloso de ello.

El problema era, había dicho, que él no podía seguir así siempre. Había venido del Mar Interior, del corazón de los engranajes del Mundo Conocido. Había huido de un gran caos e intentado olvidarlo. Había intentado dejarlo tras de sí y fingir que él no tenía nada que ver con eso. Casi había funcionado. Pero no del todo. Porque en realidad nunca había olvidado. No podía fingir que carecía de respuesta a su país nativo, su sangre, y su destino. Le había llegado el momento de ajustar cuentas con el destino que había estado posponiendo continuamente durante unos años. Así que eso era lo que iba a hacer ahora.

Casi disculpándose, hizo notar que con Dorian desaparecido el *Ballan* era suyo. No mandaría a nadie que no quisiera unirse a él, pero iba a llevar el barco hacia abajo alrededor de Talay, luego subiendo por la costa este, y dentro del Mar Interior. Si Leeka Alain estaba en lo cierto, se preparaba una guerra. Él tenía razones para odiar a Hanish Mein, y si estaba en su mano, iba a ayudar a poner fin a su reinado. Esperaba que por lo menos unos cuantos de los que le escuchaban vinieran con él. Pero todos tenían que decidir por sí mismos. Sería peligroso y las posibilidades de victoria eran escasas y las recompensas que se cosecharan cuando todo hubiera terminado inciertas, pero...

—Bueno, más o menos eso es todo lo que puedo decir al respecto.

Se había quedado sentado en silencio por un instante. De hecho, había más que decir. En realidad, la única parte de aquello que le resultaba realmente dura era la parte que aún quedaba por decir. Dorian lo había instigado a ello —de hecho, le hizo prometer que lo haría— y así él mismo había llegado a creérselo. Tenía que decirlo. Necesitaba reclamar su identidad.

—Antes de que os decidáis, hay algo más...

Titubeó de nuevo. Un hombre no puede convertirse de nuevo en un chico, y sin embargo lo que sentía ante aquello era precisamente eso, como entrar una vez más en la temerosa existencia de un niño, un acto de fe en un mundo que ofrecía escasas pruebas de que esa fe fuera merecida. Si decía lo que quería decir, estaría admitiendo ser el niño que había sido dejado tembloroso, asustado y solo dentro de una cabaña medio derruida en las montañas. Impotente. Abandonado. Mirando a través de las grietas para ver un mundo descomunal al que él no le importaba en lo más mínimo. ¿Y quién lo salvaría esta vez?

—Espadín, que no estamos dentro de tu cabeza, hombre —dijo Nineas, cascarrabias como de costumbre—. Sea lo que sea lo que estás pensando, escúpelo de una vez para que podamos oírlo.

—Lo que os estoy pidiendo es que dejéis de llamarme Espadín. —Bien, la primera parte ya estaba dicha. Tampoco había sido tan terrible. Las caras que lo observaban no le parecieron sorprendidas o disgustadas o desdeñosas. No vio hilaridad alguna en sus ojos—. Ése era un nombre para un chiquillo que se escondía del mundo. Le estoy muy agradecido, pero ahora ya no me escondo. Si me llamáis algo a partir de este momento, llamadme Dariel. Dariel Akaran. Ése es el que soy.

Odió el momento de silencio con el que fue recibida aquella revelación. ¿Dónde estaba su confianza en sí mismo? ¿Dónde la seguridad que sentía cuando estaba al mando de la batalla? Algo en el simple acto de pedir que se lo llamara por su verdadero nombre lo humillaba tan completamente que le entraron ganas de volver a encerrarse en sí mismo. Pero no lo lamentó. Su liderazgo de aquellos hombres y mujeres que combatían no significaba nada si no tenían muy presente quién era él. La batalla contra Hanish Mein no era suya para librarla si no la querían, y lo mínimo que podía hacer era sincerarse con ellos.

—Si eres un príncipe —dijo una voz—, entonces todos los que estamos a tu alrededor somos miembros de tu corte. ¿No es así?

—Siempre he sabido que yo tenía algo de nobleza en la sangre —trinó Geena, entornando los ojos en lo que pasaba por su expresión de alegría.

Clytus se puso de pie, sonriendo, y dio un paso hacia Dariel.

—No pongas esa cara de sorpresa, príncipe Dariel Akaran. Ninguno de nosotros te llevará la contraria. La mayoría siempre hemos sabido quién eras. Siempre lo creímos. Dovian se aseguró de ello.

La mención de Dovian —de Val, ahora que él volvía a ser Dariel— hizo que casi se echara a llorar. Lo ocultó adoptando una expresión fanfarrona. Preguntó cuál de ellos, entonces, tenía pelotas de ir a la guerra contra Hanish Mein. La voz de Wren fue la primera en responder, seguida por muchas otras.

Así fue como empezó su viaje, con fácil entusiasmo y alegre camaradería. Dariel agradecía ese recuerdo. Ni por un solo instante dio por hecha la lealtad de su

tripulación. Tampoco se mantuvo separado de ellos. Era su capitán, cierto. Eso todos lo sabían. Pero lo del «príncipe» no cambió nada entre ellos. Él no se dio aires de grandeza y ellos no ofrecieron ningún nuevo grado de reverencia. Así que las cosas eran exactamente como él deseaba que fuesen.

Contorneando la curva de Talay y finalmente yendo de nuevo hacia el Norte, el *Ballan* pasó justo al lado de un mercante de la Liga que iba hacia el Sur. El navío alineó a sus ballesteros y mostró todos los signos de que les encantaría que hubiese una escaramuza. Pero los incursos tenían el viento tras ellos, y pasaron rápidamente sin ni siquiera una inclinación de cabeza en señal de saludo. Dariel mandó izar la bandera del barco. «Que sepan quiénes somos y se pregunten qué estamos tramando», pensó.

Pasaron una semana dejando el Norte para adentrarse en mares más cálidos. Durante unos días costearon el sur de Tel, discutiendo dónde atracar. Por consejo de Leeka, Dariel no navegó alrededor del cabo. Teh estaba poblada por hordas de numreks amantes del sol. Y más allá el Mar Interior estaba demasiado repleto de barcos. Así que el *Ballan* atracó en una ciudad mercantil llamada Falik, un puerto balbara que servía como conducto desde el este de Talay hasta el interior.

Desde el momento en que pisó el muelle y empezó a negociar las tarifas de atraque, a Dariel no le cupo duda de que estaba a punto de entrar en una cultura grande, populosa y claramente distinta. Podía sentir la palpable ajenidad del lugar por todas partes en torno a él. Las culturas ajenas a su herencia acacia tampoco eran nada nuevo para Dariel. Su tripulación era un combinado de razas, con orígenes y costumbres que mantenían con una especie de orgullo de inmigrante. Pero hasta entonces básicamente siempre se había enfrentado a la diversidad a pequeña escala, entre un puñado de personas unidas por inclinaciones comunes. En Falik un muro de caras oscuras le hería la vista mirara donde mirara. Olores de comidas que le eran extrañas seguían a su nariz compitiendo entre sí para distraerlo, confundirlo. No podía estar del todo seguro de si el habla que bombardeaba sus oídos era de una sola lengua o de muchas lenguas entremezcladas. En cualquier caso, nunca había oído una confusión tan ininteligible de habla humana.

Aunque los miraba con ojos como platos, los balbara mostraron escaso interés en él. Iban a sus cosas como si Dariel no fuera más que un vapor de hombre, no mereciendo mayor atención que la requerida por su breve cruce de palabras. Él se sentía patéticamente pálido en comparación con ellos, como un vaso de té flojo a la deriva en un mar de café negro. Ni siquiera era que la población fuese enteramente balbara o incluso homogéneamente talaya. Había muchas otras razas entre el gentío. Quizá cuatro de cada diez personas mostraban de alguna manera sus distantes orígenes. Pero los balbara eran tan avasalladores en su presencia —con el sólido impacto del color de su piel y la anchura de sus rasgos y la masa muscular de sus



cuerpos— que siempre parecían más populosos de lo que habría correspondido a su verdadera cantidad.

Dariel dejó a la mayor parte de la tripulación con el *Ballan*. Acompañado por un pequeño grupo, que incluía a Leeka y Wren y Clytus, se puso en camino hacia el pueblo al que se suponía que su hermano había llamado hogar durante todos aquellos años. El primer día de su llegada a Palishdock, Leeka había nombrado el pueblo de Umae como el escondite de Aliver. Había ordenado a Leeka que le trajera a Dariel cuando el joven estuviera preparado. Ahora, parecía, Dariel estaba preparado, aunque no acababa de sentirse del todo como si lo estuviera.

Saliendo de Falik, se unieron al flujo de caravanas que iban hacia el interior, viajeros cubiertos de polvo que también hacían los kilómetros a pie, algunos tirando de camellos y caballos y mulas cargadas con toda clase de artículos. Por el bien del anonimato, era agradable moverse dentro del tráfico de gente, sólo uno más entre los muchos que pisaban la ruta de dura tierra a través de un paisaje de matorrales y acacias. Dariel esperaba que el número de viajeros fuera disminuyendo en cuanto se alejaran del puerto, cuando los individuos se volvieran hacia sus distintos destinos. Tres, cuatro días en el viaje, no hubo ninguna señal de que eso fuera a suceder. Dariel no tenía manera de juzgar cuál podría haber sido la afluencia normal de peregrinos y mercaderes en la región, pero no tardó en comprender que la migración dentro de la cual fluía él distaba mucho de la normalidad. El número de viajeros no paraba de incrementarse. Al despertar cada mañana, encontraba más tiendas que habían brotado en torno a él durante la noche. La gente, llegó a entender, hablaba de revuelta, de cambio, de guerra. Estaban poniendo rumbo hacia la misma conflagración que Dariel.

Leeka caminaba junto a él más a sus anchas que nunca antes. Ahora que se hallaban en movimiento, el hombre parecía relajarse. Su larga labor de convencer a Dariel para que se encarara con su destino había quedado atrás. Esto, parecía, tenía algo de viaje de placer. Sus adustas facciones se habían suavizado. Por primera vez Dariel se preguntó si Leeka había sido un padre. ¿Había estado casado? Ahora podía ser un abuelo, y podía, a juzgar por su aspecto, haber sido uno muy agradable.

—Pareces bastante contento de ti mismo —dijo en un momento dado.

—Lo que estoy es contento del mundo —fue la respuesta de Leeka.

Entrado ya el quinto día, Dariel le preguntó si se estaban aproximando a una gran ciudad o a un puesto de comercio. Pensaba que sólo habría pueblos durante todo el camino hasta Umae, que en sí mismo era un pueblecito. Leeka respondió que aquella ruta conectaba los puntos de pueblo a pueblo. Pero no, dijo, no había ninguna gran ciudad en el horizonte.

Dariel estudió la lejanía como si dudara de ello, como si se fijara lo suficiente fuera a ver edificios elevándose de entre las coronas de las acacias dispersas.

—Quizá deberíamos apartarnos de la ruta principal y viajar solos —dijo. No

ofreció razón alguna para ello. De hecho, no estaba seguro de que la tuviese. Se sentía razonablemente a salvo. Era sólo que en el curso de su vida como incursor, Dariel siempre había estado entre pequeños grupos de gente. Habían vivido esparcidos por las cadenas de islas. Empezaba a ponerlo un poco nervioso tener tanta humanidad alrededor, especialmente cuando se suponía que estaban recorriendo las extensiones más desérticas de las tierras de matorrales talayas.

—No podemos separarnos de ellos y aun así llegar a nuestro destino —dijo Leeka, con una chispa de humor en los ojos—. Incluso si lo hiciéramos, encontraríamos a otros andando detrás de nosotros.

Esa noche su pequeño grupo encendió una hoguera. Wren fue a comprar carne y volvió en compañía de un séquito compuesto por unos cuantos balbara adolescentes. Estaban obviamente enamorados de ella, cada uno intentando proclamar más fuerte que el otro que podía ser de alguna utilidad. Dariel no les dijo nada, pero los adolescentes enseguida se aclimataron y los demás parecieron no ver ningún inconveniente en bromear con ellos. Los chicos hablaban bastante bien el acacio, salvo cuando volvían a su lengua natal para compartir estallidos de carcajadas a expensas de los extranjeros. Un flautista no tardó en reunirse con ellos, ofreciendo música a cambio de comida. Al caer la noche acogieron una festiva reunión, en que la gente llegaba y se iba a su antojo.

Dariel se hallaba sentado en la periferia, sintiéndose extrañamente abatido. No hubiese sabido explicar por qué. Nadie más parecía sentir la misma melancolía. Clytus —a esas alturas ya un poquito bebido— dirigía a los chicos en una canción picante sobre un viejo campesino que quería de una forma nada apropiada a una de sus gallinas y se metía en toda clase de problemas a causa de ello. Leeka estaba sentado en tranquila conversación con un hombre de piel pálida como la miel cuyos orígenes Dariel no lograba ubicar del todo. Hasta Wren parecía sentirse a sus anchas entre aquellas personas, riendo con ellas. De vez en cuando levantaba la vista hacia él y sonreía a menudo, pero no se percataba de su estado de ánimo. Y eso era parte del problema de Dariel. Nadie reparaba realmente en su presencia. Nadie miraba sus facciones y leía su identidad en su frente. Él había querido permanecer anónimo hasta encontrar a su hermano, pero ahora que estaba claro que era anónimo, empezaba a dudar de toda aquella empresa. ¿Cómo podía tener un papel vital en los procesos del mundo cuando nadie sabía siquiera quién era él?

Aun así, escuchando el errático fluir de la conversación oyó unas cuantas cosas que le interesaron. Varias personas afirmaron haber salido de la niebla recientemente. No sabían cómo había sucedido. No lo habían planeado, y cada una de ellas admitió que hasta ese momento había entregado su vida al opiáceo. Habrían trabajado el día entero durante toda su existencia con tal de poder pasar las noches soñando en un trance de niebla. Pero de pronto algo había cambiado. Cada una de ellas tenía una

historia distinta que contar, pero en el fondo todas se reducían a lo mismo. La niebla, en vez de proporcionarles alegría, se había convertido en una pesadilla. En vez de abstraerse en sus fantasías más queridas, se veían arrojados a las más vívidas versiones de sus mayores temores. Eso sucedía noche tras noche, empeorando en cada ocasión. Al cabo de una semana las pesadillas eran tan terribles que todas y cada una de ellas dejó de tomar la droga y optaron por padecer la experiencia, tan próxima a la muerte, que traía consigo el síndrome de abstinencia. Fue una prueba que jamás olvidarían, pero no murieron a causa de ella. Y ahora, con la cabeza despejada y libres del ansia, habían reencontrado en el vivir unas alegrías que tenían completamente olvidadas. Era una especie de milagro, y parecía estar propagándose a través del mundo igual que una epidemia.

En algún momento un acacio entró en la conversación. Se ofreció a contar una historia del Rey de la Nieve a cambio de unas cuantas tiras de carne de cabra. Entre pausas durante las que masticaba o bebía, el hombre contó cómo el Rey de la Nieve decidió que sólo los antiguos magos desterrados podían devolver el equilibrio al mundo. Fue en su busca, yendo a través de todo Talay, enfrentándose a manadas de lárrix, pasando días enteros sin agua o comida, tambaleándose por regiones que habrían acabado con la mayoría de los hombres. Contó cómo finalmente logró dar con ellos, gigantes como rocas que eran, y cómo había utilizado las tretas y la astucia para convencerlos de que se unieran a la guerra que se aproximaba.

Dariel escuchaba en silencio, fascinado por lo que parecía una remota leyenda. Pero nunca la había oído mencionar. Que él recordara nadie había mencionado nunca a aquel Rey de la Nieve, y eso lo sorprendió. Los cuentos épicos que había aprendido en la infancia estaban más presentes en sus pensamientos que ninguna otra cosa de aquellos tiempos. Además, el título que el narrador acababa de aplicar al rey de la historia carecía de sentido. En aquel paisaje reseco y agrietado por el sol no había nada que guardara relación con la nieve. ¿Por qué iba una tierra así a producir alguien llamado por ese nombre?

Finalmente, durante un silencio, preguntó al respecto.

—¿El Rey de la Nieve? ¿A quién te refieres cuando empleas ese nombre?

El acacio miró a Dariel. Su rostro mostraba el desdén que le mereció lo que veía: la típica camisa de un bandolero del mar, holgada y abierta hasta el ombligo; el pelo, que llevaba bastante más largo de lo normal, recogido en una coleta. Pero estaba comiendo su comida y no podía ofenderlos.

El Rey de la Nieve, explicó, era Aliver Akaran, el heredero del trono de Acacia. Adoptó ese nombre la noche en que su padre fue herido de muerte por la hoja del asesino.

—Esa noche nevaba en Acacia. Nevaba, ¿entendéis? Cuando bolas blancas de hielo caen del cielo. Hacía cien años que eso no sucedía, pero los niños de la familia

real eran tan valientes que querían jugar en la nieve, lanzársela a la cara y demostrar que no le tenían miedo a nada, ¿sí? Bueno, pues Aliver, el mayor, dijo que cuando acabara esa noche, sería coronado Rey de la Nieve. Era una profecía, ¿veis? Una profecía porque su padre fue asesinado esa misma noche. Por eso lo llamamos el Rey de la Nieve. Es un nombre que él se dio a sí mismo. Me sorprende que no lo hayáis oído nunca. La mayoría de los que estamos aquí vamos de camino para unirnos al Rey de la Nieve. Aliver ha prometido que si luchamos por él, podremos hacer del mundo un lugar más justo. Yo le creo.

—Todos le creemos —dijo uno de los chicos, un sentimiento que fue coreado por algunos más.

—Dice que da igual que cada uno de nosotros seamos pequeños en comparación con el poderío del Mein. Nos recuerda que debemos pensar en las hormigas que viven en las acacias. Las hormigas abren agujeros en los espinos y viven dentro de ellos, y defienden a los árboles contra cualquiera que quiera hacerles daño. Para ellas el árbol es vida. Es su mundo. Viven la vida entera arriba entre las ramas. El Rey de la Nieve nos dice que pensemos en esas hormigas y en el poder que tienen cuando todas recuerdan su propósito y responden a la llamada. Eso es lo que estamos haciendo. Por eso estamos aquí, para defender al árbol que nos da vida a todos.

Aquella noche Dariel no pegó ojo. Pasó el día siguiente sin ser demasiado consciente de la realidad. No estaba turbado por pensamientos o recuerdos, y tampoco estaba expectante y eufórico. Simplemente sentía como si hubiera un vacío en el centro de su ser. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que aquel espacio llevaba años presente en su interior. Había ido creciendo poco a poco dentro de él mientras yacía tembloroso en la choza de la montaña, y desde entonces no había dejado de vivir con él. Sabía que se estaba aproximando al lugar y al momento en que ese vacío sería colmado de una manera o de otra. Él aceptaría lo que llegara, fuera lo que fuese. Quizá por eso dejó de imaginar, tener esperanzas o temer lo que pudiera suceder.

Leeka aseguró que ya no faltaba mucho para que llegaran a su objetivo, así que siguieron andando durante el crepúsculo y cosa de una hora después de la puesta de sol. El terreno fue adquiriendo una leve cualidad pastoral. Tenían que haber ganado un poco de altitud, porque la noche era fresca y soplaba una brisa muy agradable. Y entonces llegó el momento cuando, con Leeka a su lado, Dariel coronó una loma y contempló Umae. La visión que apareció ante ellos hizo que se detuvieran en seco. El terreno estaba lleno de puntos de luz, tantos como estrellas había en el cielo. Cientos y cientos de ellos, salpicándolo todo hasta donde alcanzaba la vista.

—No son más que fuegos, Dariel —dijo Leeka—. Lámparas y hogueras de campamento.

—¡Pero hay tantos! Es como una ciudad.

—No, os aseguro que no es ninguna ciudad. Sólo es una aldea, pero en torno a ella está el principio del ejército de vuestro hermano. Y vuestro, también.

Fueron juntos hacia el mar de luces; los puntos subían y bajaban lentamente con cada paso que daban durante el descenso. Su entrada en el campamento y su progreso dentro de la ciudad fueron un remolino de confusión que Leeka se encargó de pilotar por sí solo. Dariel no habría podido decir cuánto tardaron en llegar hasta allí, pero de pronto se encontró aproximándose a un complejo en particular. Leeka susurró que era el sitio que buscaban.

Un talayo estaba sentado sobre los talones a escasa distancia de la puerta. Lo único que se movió en él cuando Dariel echó a andar en esa dirección fueron sus ojos, que siguieron cada paso de su lento aproximarse. La expresión del hombre no cambió abiertamente, pero sí que hubo un cambio muy sutil en la cualidad de su mirada. Para cuando Dariel se detuvo ante él, estaba seguro de que ahora había algo parecido a un destello de humor tras la hermosa fachada de inmovilidad de su oscura piel. Dariel abrió la boca para hablar, pero el talayo se le adelantó.

Dijo algo en su lengua nativa. Dariel empezó a decir que no lo entendía, pero el hombre sonrió y le indicó que entrara. En un acacio con mucho acento, dijo:

—Bienvenido, príncipe. Dentro. Por favor, entrad.

La tienda se prolongaba una considerable distancia, sostenida aquí y allá por nudosas vigas de madera que sostenían la tela impulsándola hacia arriba. Iluminada por lámparas de aceite, estaba repleta de escabeles y sofás, mesas y carritos que convertían el caminar dentro de aquel espacio en una sensación parecida a la de adentrarse en un laberinto. Dariel se detuvo y miró alrededor.

Prácticamente en el mismo instante en que divisaba una forma humana inclinada sobre un pequeño escritorio, el hombre levantó la cabeza y lo vio también. Llevaba el pelo corto como un talayo, pero el marrón de su piel era un poco más claro de lo habitual, como si sólo estuviera muy bronceada por el sol. Su rostro irradiaba inteligencia y por un segundo Dariel imaginó que sería alguna clase de consejero, tal vez un estudioso versado en una especialidad particularmente útil a la hora de planificar la guerra.

Entonces el hombre se dirigió hacia él. En movimiento era fluido y fuerte, como un corredor talayo. Un guerrero después de todo, entonces. Llevaba una espada al cinto, la delicada curva de su hoja distinta a todo cuanto Dariel había visto hasta el momento en Talay. Pero no había nada de agresivo en los movimientos de aquel hombre. Andaba con el pecho al descubierto, los brazos extendidos a cada lado. Iba con las manos vacías y sus piernas empujaban tranquilamente las patas de los escabeles que llenaban de estorbos el espacio a atravesar. Casi parecía como si estuviera corriendo hacia él para abrazarlo. La posibilidad era tan improbable que Dariel no hizo sino quedarse quieto, sin dejar de mirar, mientras el rostro del hombre

iba rápidamente hacia él. Sonriente y triste al mismo tiempo, le resultaba terriblemente familiar.

Y entonces comprendió.



Corinn empezaba a creer que podía recuperar la alegría. No iba a ser fácil. Siempre habría recuerdos que pesarían sobre ella en los momentos tranquilos. El espectro de la muerte siempre acecharía en las regiones más oscuras de sus pensamientos, pero el dolor de la pérdida se iría atenuando con el paso de los años. Las viejas penas perdían intensidad, especialmente cuando quedaban a la sombra de un nuevo afecto, que tan delicioso podía llegar a ser. Era posible vivir con una cierta medida de alegría, olvidar durante cortos períodos de tiempo todo lo que no fuera la felicidad. Su padre siempre había querido que ella fuera feliz. Hubiese agradecido su contento, sin importar cuál fuera el recipiente que lo había llevado hasta ella.

El responsable de que su mente hubiera dado origen a aquellos pensamientos, naturalmente, era Hanish Mein. La sumisión de Corinn a él no era, eso en primer lugar y por encima de todo, una mera cuestión de sexo. No tenía nada que ver con el acto amoroso de aquella noche en Manil o con las intimidades físicas que habían compartido desde entonces. Se trataba de algo mucho más aterrador. Era el acto de permitirse querer que Hanish la viera, admitiendo ante él que quería que la conociera, que la entendiera, que le importara lo que fuera a ser de ella. Corinn llevaba tanto tiempo concentrada en defenderse del mundo que permitir al fin que sus barreras bajaran era el mayor acto de fe en una persona que había llevado a cabo desde la infancia. Tenía que recordarse continuamente a sí misma los muchos secretos que le había confiado Hanish. Ambos estaban dando, ambos estaban otorgando confianza. Ambos eran vulnerables. Tenía que ser así, porque bajo ninguna otra circunstancia se habría permitido ella bajar sus defensas.

Pero se alegraba de haberlo hecho. Nueve años después de las tragedias de la guerra, había encontrado un orden a la vida, una posición que tenía sentido, y un compañero con el que compartir todo eso. La relación que los unía era fresca y recién creada, y sin embargo era tan parte de ella que Corinn no podía imaginar otra manera de existir. Estaban tan juntos como lo permitían las circunstancias de las obligaciones inherentes a la condición de Hanish. Cada noche compartían la misma cama. Corinn estaba tan absolutamente hambrienta de él, tan insaciable y embarazosamente ávida de su presencia...

Una noche hizo que Hanish tuviera que esperarla en la cama. Cuando entró en la

habitación, lo hizo viniendo desde el extremo más alejado. Llevaba tan sólo una diáfana camisola, tan corta que en realidad no era más que una camisa. Mientras iba hacia él, sintiendo sus ojos fijos en ella y sabiendo que la luz de las velas realzaría los contornos de sus caderas y abdomen y pechos, no dejó de canturrear con una nerviosa excitación. Fue el más extraño de los sentimientos imaginables. Se sentía experimentada y un poco como de vuelta de todo, con los labios humedecidos con aceite y los ojos sombreados como los de una cortesana. Pero también había un hormigueo de inocencia como si volviera a ser una niña, toda ella infantil, mientras caminaba hacia el resplandor de una mirada apreciativa que, de algún modo, parecía paternal. Muy extraño, pensó, pero también decididamente de su agrado.

Continuó acompañando a Hanish en los viajes por motivos de estado, y en el espacio de sólo unas semanas se hizo indispensable en las cuestiones sociales. Estuvo a su lado cuando Hanish se encontró con los líderes de las tribus candovias en una cumbre próxima a Elos. En Alyth, dio clases de arquería al taciturno hombre de la Liga Sire Dagon. Al final del día se ganó sus cumplidos, tanto por su habilidad con el arco como por su fascinante temperamento. Hizo de anfitriona en una barcaza de placer que embarcó a su pasaje en Alecia para describir un gran círculo de regreso al puerto varias horas más tarde. Estaba perfectamente capacitada, al parecer, para servir de intermediaria entre los ricos mercaderes —muchos de los cuales eran acacios— y la aristocracia meinish que gobernaba el imperio.

Todo para gran preocupación de los ambiciosos adláteres que componían la corte del caudillo, naturalmente. La proximidad de Corinn no los había molestado cuando ella no era más que un alfiletero en el que Hanish iba clavando sus pullas, pero ahora que había sido elevada, ya era otra cuestión. Nunca oyó a ninguno de ellos decir aunque sólo fuese una palabra en su contra, pero podía imaginar sus pensamientos lo bastante bien. La detestaban. Corinn lo sabía. Podía sentirlo. A veces hasta le parecía ver manifestaciones físicas de su aborrecimiento retorciéndoseles bajo la piel. Ella era, después de todo, una vil acacia, de una raza vencida. Su belleza pertenecía a un ideal de tonos intensos que no se suponía debiera conquistar a los hombres del Mein. Para su forma de pensar, ella nunca sería nada más que una mascota que entretiene. La misma Rhrenna, que en otros tiempos había parecido la amiga más sincera que pudiese aspirar a tener allí, no le hablaba más de lo estrictamente necesario, sin ningún cariño en particular cuando lo hacía.

Su relación tampoco había dejado de tener algunos momentos más sombríos, como cuando ella y Hanish estuvieron uno al lado del otro en las plataformas de observación de las minas de Kidnaban. Miraron dentro de un cráter cuya mera escala negaba toda plausibilidad, y Hanish señaló las banderas akaranas que todavía ondeaban desde las plataformas.

—Esto fue creado por los Akaran —dijo—. ¿Cómo tu gente pudo llegar a



concebir semejantes cosas? ¿De dónde sacaron la soberbia para imaginar que podían controlar la labor de millones de personas?

Ella había percibido en aquellas preguntas justo el grado de insulto suficiente para que empezara a considerar una o dos respuestas sarcásticas, pero no dijo nada. En su lengua no habrían sido ciertas. Hanish tenía razón. La escala de la injusticia era increíble. Ahora él podía ser la fuerza impulsora que había detrás de ello, pero no había sido quien lo concibió en primer lugar. Corinn se preguntó cómo había podido vivir tantos años en el corazón de un imperio sin saber por el trabajo de quiénes había sido asegurada su prosperidad.

Allá en las minas, decidió que nunca volvería a ser tan ignorante. Era un pensamiento bastante simple, pero el mero hecho de pensarlo ya había cambiado algo. Desde ese día en adelante parecía recordar con más facilidad detalles específicos de las cosas. Sentía como si cada día aprendiera más, más de la historia y la tradición y el forcejeo político, más sobre la dispersión del poder y los hilos que zumbaban y se agitaban detrás de los procesos visibles del mundo. Incluso sentía una creciente capacidad para acceder a registros guardados en remotas porciones de su consciencia. Podía recordar cosas que no tenía ni idea que hubiera aprendido nunca. Sentía que los engranajes de su entendimiento encajaban unos en otros y cómo un cierto orden iba asentándose poco a poco en los procesos del mundo. Eso, también, le levantó el ánimo y alimentó su sensación de bienestar.

Qué mal se sintió, entonces, cuando empezó a oír notas discordantes. Fue algo pequeño, casi inconsecuente, pero realmente la disgustó muchísimo enterarse de que Hanish había recibido una propuesta de matrimonio hecha muy en serio. La mujer era una prima tercera suya, de la línea familiar que afirmaba ser dueña de las reliquias de Hauchmeinish. Lo que quiera que fuesen esas reliquias, pensó Corinn. Un saco lleno de huesos y harapos, indudablemente. Pero aquella mujer —poco más que una chiquilla, realmente— tenía el tipo de pedigrí preferido por los meins. Se decía que era el ideal de la belleza meinish, pálida y delgada, el pelo rubio como la paja y las facciones afiladas hasta terminar en puntas cristalinas. No había bajado nunca de la altiplanicie y a causa de ello no había sentido nunca el sol intenso en la piel. Corinn no vio nunca su apariencia excepto en su propiamente, donde la joven vivía, alentaba y amenazaba.

A medida que se calentaba el verano, sintió que dentro del palacio iba creciendo una tensión expresada en murmullos, como algo que estuviera siendo discutido justo fuera del alcance de sus oídos. Intentó creer que era sólo excitación ante el lento acercamiento de los tunishnevre, pero no pudo evitar preguntarse si ella no estaba de alguna manera en el centro de todo aquel hablar. ¿Y si Hanish se casaba con otra? ¿Y si todo estaba siendo urdido a espaldas suyas? ¿Y si volvía a verse relegada a su anterior papel de mascota? Eso era cuanto esperaba y por lo que rezaba la aristocracia

meinisch. Su único consuelo provenía del hecho de que había sido el mismo Hanish quien le habló de la oferta de matrimonio. Se había reído de ella. Mientras la tuviera a ella no tenía ninguna necesidad de contraer matrimonio, dijo. Él no se tomaba en serio tales propuestas, y ésta de ahora distaba mucho de ser la primera. ¿Por qué, preguntó, debería hacerlo ella entonces? Si Hanish era consciente del insulto enterrado en su declaración, no mostró el menor indicio de ello. ¿Por qué, casi preguntó Corinn, no se le había ocurrido considerarla a ella como una prometida? Pero no habría podido soportar oír la respuesta.

Una mañana se levantó tarde. Era su segundo despertar aquella mañana. Muy temprano, Hanish se había inclinado sobre ella en la luz que precede al alba y le había susurrado al oído, apartado el pelo de la cara con un suave soplido, y mordisqueado delicadamente la línea de la mandíbula. Ella había sentido la firmeza del cuerpo de Hanish. Adoraba su cuerpo, tan esbelto y flexible. Él no tuvo que esforzarse demasiado para convencerla de que hicieran el amor, aunque ella temía que el aliento no le oliera del todo bien a esas horas. Si Hanish reparó en eso, no pareció importarle.

Luego se había quedado dormida en sus brazos. Para cuando volvió a despertar, Hanish se había ido. El sol proyectaba doradas geometrías de luz a través de las ventanas. A Corinn no le gustaba levantarse tarde, odiaba que la servidumbre pudiera considerarla indolente. Habló a sus doncellas con una sequedad sugeridora de que, de algún modo, eran las responsables de su tardanza en empezar el día. No lo pudo evitar. Se sentía inquieta, como descentrada y con el estómago revuelto de un modo que le recordó una travesía por alta mar a bordo de una embarcación pequeña.

Se levantó y se vistió. Una vez completado eso, sin embargo, ya no estuvo segura de qué hacer. No tenía nada planeado. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo se encontró dando vueltas por el palacio. Había un extraño silencio en el lugar, corredores y patios desiertos, puertas a habitaciones ocupadas cerradas, mientras que las que se hallaban abiertas daban a espacios vacíos. Resultaba inquietante, tanto porque semejante calma no era habitual como porque Corinn estaba absolutamente segura de que una rápida actividad tenía lugar allí donde no podía ser vista. Parecía que estaba sucediendo algo, pero lo que quiera que fuese sucedía en lugares donde ella no estaba presente.

No hubiera sido capaz de decir si tenía intención de llegar a la sala de consejos de Hanish, pero el caso fue que de pronto la tuvo ante ella. Un sirviente acababa de entrar llevando consigo una bandeja de agua de lima. Había dejado la puerta abierta tras de sí y ahora iba volviendo a llenar los vasos que reposaban en una mesa enorme. Corinn avanzó lentamente, observando cómo Hanish hablaba al resto de los ocupantes de la sala, todos los cuales se hallaban sentados en torno a la mesa. No podía ver sus extremos ni a todos los presentes, pero reconoció por detrás y por sus perfiles a varios generales veteranos.

Un guardia estaba de pie a un lado de la puerta de la sala de consejos. Era corpulento, todo él puro meinish, envuelto en bandas de cuero descolorido, con un hacha de guerra apoyada en el suelo y las manos sobre sus hojas curvadas. Mantenía fija la mirada en un punto situado enfrente de él, pero permitió que sus ojos fueran hacia Corinn el tiempo suficiente para que expresaran su desdén. Ella no debería estar aquí, estaba indicando con eso, aunque carecía del poder necesario para formularlo en voz alta. Corinn lo ignoró.

No cruzó la puerta, sino que se quedó quieta desde donde podía ver a Hanish. No estaba segura de lo que quería, pero si conseguía atraer su mirada entonces le haría una seña con la esperanza de que él le iba a sonreír o se sonrojaría o apartaría la vista para ocultar de la habitación llena de oficiales sus recuerdos de la pasión que habían compartido hacía tan poco. Mientras lo observaba, empezó a oír lo que estaba diciendo.

—... no debería ir más lejos. Si le hacemos frente, tiene que ser lejos de aquí. — Se inclinó sobre el mapa extendido sobre la mesa y señaló un punto con el dedo—. Hemos de mantenerlo contenido dentro de Talay. Vuestros generales pueden hacerse cargo del reposicionamiento de las tropas. Haced que se ocupen de ello hasta que vuelva Maeander. Cuando lo haga, le... —Calló por un instante. Cuando levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Corinn. Rumió un pensamiento por un segundo y luego empezó a contornear la mesa en dirección a la puerta. Se movía despacio y continuó con lo que había estado diciendo—. Cuando vuelva, él se hará cargo de toda la operación. Tanto vosotros como vuestros oficiales podéis remitirle todos los despachos directamente.

—¿Os reuniréis con nosotros en algún momento? —preguntó uno de los presentes.

Hanish había llegado al final de la mesa y se apartó de ella. Varios generales volvieron la cabeza para seguirlo.

—No preveo hacer tal cosa —dijo—. Maeander puede ocuparse de todo. Yo he de volver a acomodar a los tunishnevre.

Llegó a la puerta. Cuando puso los dedos encima de la manija, Corinn dio un paso hacia el corredor. Sonrió, la cabeza inclinada hacia un lado en un gesto que pretendía ser una juguetona disculpa por haberlo interrumpido. Entonces él la miró a los ojos y, sin decir palabra, le cerró la puerta en la cara.

Corinn, paralizada por el estupor, oyó su voz al otro lado. Ya no podía distinguir sus palabras, pero él prosiguió su sonoro discurso. Hizo falta un considerable esfuerzo de voluntad por parte de ella para dar la vuelta bajo la nariz del guardia e irse de allí con dignidad.

Una hora después interceptó a Rhrenna cuando ésta cruzaba uno de los patios superiores. La mujer meinish la miró sin verla, su visión se veía estorbada por la

ancha ala de un sombrero pensado para escudarla del sol. Rhrenna siempre hacía cuanto estaba en su mano para mantener una palidez invernal. A Corinn no le parecía que le sentara demasiado bien. El rubio claro de su pelo y sus imperfectas facciones probablemente habrían sido más atrayentes si su piel tuviera algo de color, pero el ideal de hermosura meinish no era ése. Corinn había llegado a sospechar que pocos meins preferían sinceramente su propio ideal por encima de la belleza de otras razas, pero ése no era el tema por el que había estado buscando a Rhrenna para hablarlo con ella.

Al principio ésta se resistió a detenerse para charlar, pero Corinn la convenció de que se sentara en un banco cercano. Estaban al aire libre y eran claramente visibles en el caso de que alguien sintiera interés por ellas, pero también se encontraban lo bastante alejadas para que no fuera posible oírlo que decían. El banco estaba junto a una balaustrada de piedra que dominaba una caída de treinta metros hasta el siguiente nivel de terrazas. Rhrenna se sentó dando la espalda al paisaje, prefiriendo lanzar rápidas ojeadas al patio. Estaba claro que le preocupaba ser vista en compañía de la princesa.

Corinn no se anduvo con rodeos.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. Hay algo extraño en el aire. Está pasando algo. ¿Sabes de qué se trata?

Los ojos azules de Rhrenna miraron a todas partes excepto a Corinn.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé.

—¿Hanish no te lo ha contado?

—No.

Rhrenna reflexionó sobre ello por un instante. Su voz no se suavizó.

—¿Por qué debería hacerlo yo, entonces?

—Porque te lo he preguntado. —Cuando eso no obtuvo respuesta, Corinn dijo—: Hanish no me lo cuenta todo. Me oculta muchos secretos.

No le gustaba nada tener que decirlo. Ni siquiera estaba segura de que fuese cierto, pero imaginó que oírlo quizás haría que Rhrenna se mostrara más afable. Era lo que todos deseaban, ¿no? Que se les confirmara que Corinn no se había ganado realmente la confianza de su amado caudillo. Que para él sólo era un juguete, nada más. Una parte de ella quería abofetear a Rhrenna allí mismo, escupirle y declarar a voz en grito que Hanish la amaba por encima de cualquier otra cosa en el mundo, más de lo que nunca amaría a una muchachita meinish de piel blancuzca y cara caprina. Pero eso no la llevaría a ninguna parte.

—Sé lo que la corte piensa de mí —dijo con voz cargada de agravio—. Sé que todos me odiáis porque os parece que Hanish me favorece en exceso. No sabéis, sin embargo, cómo están realmente las cosas entre nosotros. Él no siente por mí lo que

vosotros creéis que siente. Por favor, Rhrenna, cuéntame lo que sabes. Hubo un tiempo en el que tú y yo éramos amigas, ¿no?

Algo cedió en Rhrenna. Sucedió en el interior y se propagó a través de sus facciones.

—Pero si Hanish no quiere que sepas...

—Rhrenna, tú sabes algo que yo no sé. Quizá todo el mundo lo sabe. Yo podría encontrar la respuesta de mil maneras distintas, pero te lo estoy preguntando a ti. Lo que quiera que me digas ahora, nadie sabrá que lo he descubierto por ti. —Luego añadió—: Estaré en deuda contigo.

Rhrenna levantó por un instante sus ojos azules, preguntando qué poder le quedaba a Corinn para saldar una deuda.

—No es cierto que puedas encontrar la respuesta de mil maneras distintas —dijo finalmente—. Lo que está sucediendo aún no es del dominio público. Pronto lo será, supongo, pero yo lo sé únicamente porque mi padre, que forma parte del consejo de Hanish, se lo contó a mi hermano. Y él nunca tiene secretos para conmigo. —Miró en derredor. Una sombra de disgusto le cruzó por la cara, si bien no estuvo del todo claro si iba dirigido a Corinn o a ella misma—. Es tu hermano.

—¿Qué?

—Tu hermano Aliver. Dicen que ha estado viviendo en Talay. Acaba de salir de su escondite y está reuniendo un ejército para atacarnos. No tiene ninguna posibilidad de llegar a salir vencedor, pero... —Rhrenna se calló, alarmada ante la expresión que vio en el rostro de Corinn— va a empezar una guerra.

Corinn, que había estado de pie durante toda la conversación, ahora se sentó. Tocó la rodilla de Rhrenna con la suya y dejó que la mujer le apretara las manos. De todas las cosas que podría haberle dicho Rhrenna, nunca habría imaginado que las noticias de su hermano fueran una posibilidad. Fue como el impacto de un golpe en el abdomen que le subió directo al corazón. Sintió el rumor torrencial de un gran peso de pensamientos, pero sabía que aún no estaba lista para enfrentarse a ellos.

Durante las horas que llevaron a la cena, en el curso de ella, y hasta el inicio del anochecer, el peso de la noticia permaneció posado encima de su coronilla como una pirámide invertida, con la punta tocándola, y toda la vastedad de la pirámide prolongándose desde allí hacia arriba. ¡Su hermano estaba vivo! Eso resonaba en los oídos. Estaba intentando iniciar otra guerra. Esa parte también era deletreada. Pero Corinn no llevó sus pensamientos al paso siguiente, hacia el formular cuál era la respuesta de ella a esa noticia. De hecho, estuvo toda la velada con la postura erecta y la lentitud de movimientos de una persona que lleva un objeto en equilibrio encima de la cabeza. Hanish, sin embargo, se comportó con normalidad, sin hablar del incidente anterior o mencionar siquiera que había tenido una reunión de consejo.

Más tarde, Corinn se preparó para pasar un rato con él en los baños privados. Los

baños de vapor nunca habían sido una costumbre acacia, pero los meins se las habían arreglado para canalizar calor de los hornos subterráneos con vistas a dicho propósito. Corinn había tardado en aprender el disfrute de recostarse durante un rato en el calor, desnuda, sudorosa y sin aliento, pero finalmente había llegado a aceptarlo como parte de su día, un tiempo pasado con Hanish de un modo en que ninguna otra mujer lo hacía.

Solos en el dormitorio de Hanish, se habían quitado la ropa y puesto sus batas antes de que Corinn preguntara:

—¿Por qué fuiste tan brusco conmigo? —No había planeado llamarlo a capítulo acerca de aquello. Simplemente le salió, quizá porque ahora tenía todo un enjambre de otras cosas que ocultarle y ésta parecía pequeña en comparación con las demás.

Hanish se encaró con ella, incrédulo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo he sido yo brusco contigo?

—Hoy, cuando me diste con la puerta en las narices. No me digas que lo has olvidado.

—Oh —dijo el caudillo, con un asentimiento de cabeza indicador de que recordaba el incidente pero, de algún modo, también transmitía el mensaje de que Corinn lo había malinterpretado. Fue hacia ella y tomó sus manos en las suyas—. Te aseguro que no pretendía insultarte. En absoluto. Debes entender, no obstante, que lo que se diga entre mis generales y yo es sólo para nuestros oídos. Lo comparto todo contigo, pero eso no significa que mis oficiales deban compartirlo también. Tienen que oírme sin que haya distracciones, y tienen que hablar sin censurarse a sí mismos. Y eso es lo que harían si tú estuvieras presente. Los hombres del Mein...

—Ni siquiera habían reparado en mi presencia.

—¿Quién puede saber lo que ve otra persona? Los hombres del Mein no hablan de asuntos serios en compañía de mujeres. Mi pueblo simplemente es así. Y también está la cuestión de quién sea la mujer en cuestión, claro. —Invitó a Corinn a sonreír. Ella no lo hizo—. Piénsalo de esta manera: me hiciste un gran favor. Estoy en deuda contigo por ello. Sabes, naturalmente, que muchos dicen que me encuentro demasiado unido a ti. Muchos desearían que no estuviéramos tan enamorados el uno del otro. Con la pequeña acción de demostrar que soy yo quien decide hasta dónde te está permitido llegar, me he asegurado la confianza de mis generales. Ahora enseguida les irán con el cuento a los demás. «Sí, puede que Hanish esté colado por la princesa», dirán, «pero sabe cómo mantenerla en su sitio». Deja que lo piensen, Corinn. Si lo hacen, tú y yo podremos disfrutar aún más de nuestra mutua compañía.

—¿De qué estabais hablando, en todo caso? Me pareció que tenía algo que ver con Maeander...

Hanish descartó el tema con un vaivén de la mano.

—Deja de preocuparte por ello. Hay cierta agitación en Talay. No es nada nuevo,

sin embargo. Rumores, quejas. De verdad, Corinn, si llega a hacerse importante te lo contaré todo al respecto. Pero, ahora... —Se acercó a ella, cambiando el timbre de su voz de un modo que sugería intimidad carnal. Le pasó un brazo por el hueco de la espalda y la atrajo hacia sí—. Vayamos a los baños, ¿de acuerdo? Nos meteremos en remojo y nos quedaremos repantigados el uno en el otro mientras los masajistas se dedican a amasarnos el cuerpo, con aceite caliente incluido. Y luego, en cuanto hayan terminado de hacer su trabajo... los mandaremos bien lejos y pensaremos qué otras cosas podemos hacer aparte de ir echando vapor.

Mientras se apartaba de ella, Corinn tuvo la incómoda sensación de que había vuelto a darle con una puerta en las narices. Hanish se detuvo en el otro extremo de la habitación. Dejó que la bata le resbalase de los hombros y cayera al suelo. Desnudo, metió las manos en la jofaina llena de aceite y agua perfumada con hierbas aromáticas que había allí, dándose masaje en los hombros y frotándose los músculos del cuello con la mezcla. La lámpara junto a él realzaba los contornos de su cuerpo. Los músculos de su espalda le recordaron a Corinn unas esbeltas alas, plegadas y escondidas debajo de su piel. Entonces Hanish la miró y dijo:

—Ven.

Fue a través del portal y se perdió de vista. Corinn —convulsa y jadeante por dentro, todavía inexpresiva por fuera— lo siguió, aflojándose el nudo que le ceñía la bata mientras avanzaba. Y así, a pesar de todas las cosas que su amante no había llegado a decir, podría haberse permitido no determinar sus lealtades basándose más en el deseo que en el vínculo de sangre. Pero no llegó a pensar en ello con tantas palabras. No dijo: «Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, escojo a Hanish. Es aquel a quien amo, necesito, quiero más que nada en el mundo. Es aquel en el que puedo creer porque está aquí a mi lado, ahora. Estoy hambrienta de él, y él me alimenta. Nada más es tan real». Pero si se hubiera visto obligada a decirlo, podría haberlo dicho. E incluso suponiendo que no se la obligara a decirlo, podría haber vivido según ese credo sin necesidad de llegar a pronunciarlo jamás en voz alta.

Habría podido hacerlo, es decir, hasta mediada aquella noche, cuando fue bruscamente arrancada de un sopor carente de sueños. Aguardó un instante en el silencio de la habitación, segura de que una voz acababa de pronunciar su nombre. Giró la cabeza lo suficiente para ver a Hanish acostado boca arriba junto a ella. Estaba despierto. Poco faltó para que levantara la cabeza y le preguntara si se sentía turbado por algo. Los ojos de Hanish estaban abiertos. Miraban fijamente el techo, pero su expresión era vaga, indefinida, las mejillas flácidas y la boca abierta. Hubiese podido estar dormido, de no ser porque sus ojos grises se hallaban abiertos y parpadeaban de cuando en cuando. Y entonces le oyó decir: «Pues claro que no lo he olvidado».

¿Le había oído decir eso? No, no había oído nada. De hecho, Hanish no había

llegado a hablar. Sus labios no se habían movido. La habitación estaba callada como una tumba y el silencio no había sido perturbado por nada más ruidoso que las respiraciones de ambos. Pero de alguna manera, él había dado forma a ese pensamiento y lo había enviado hacia fuera y ella lo había captado.

De nuevo, faltó muy poco para que se incorporase en la cama y hablara, pero entonces fue detenida por algo procedente de otra fuente. Era una fuerza que sintió en el aire y a la que localizó como un ser más allá de los pies de la cama. No se trataba de una sola persona; era un coro de entidades distintas, entrelazadas. Corinn no podía oír sus palabras. Era algo más amorfo que eso. Supo, de algún modo, que ni siquiera se hallaban presentes en la habitación. Simplemente entendió el contenido de su mensaje. Supo lo que estaban diciendo. Las entidades estaban acusando a Hanish de debilidad. Estaban poniendo a prueba su devoción, pinchándolo con repetidas acusaciones de que los estaba traicionando.

«Antepasados —respondió él—, vosotros sois lo único que me importa».

Corinn yacía sin mover un músculo, mirando los ojos abiertos de Hanish, escuchándolo todo, helada hasta la médula, respirando con cortos jadeos entrecortados. Oyó el toma y daca que tenía lugar entre ellos, el cruce de acusaciones negativas. Al principio le pareció meramente una cosa muy extraña, una curiosidad increíble. Lo que estaba sucediendo la tenía tan perpleja que tardó un poco en darse cuenta de que las voces estaban dando vueltas y más vueltas en torno a un tema determinado: ella misma. Cuando al fin lo abordaron directamente, Corinn sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Porque entonces los antepasados preguntaron a Hanish si la mataría. Si se acababa llegando a ello y era necesario hacerlo, ¿derramaría la sangre de la perra akarana?

Hanish no vaciló en responder. «Ella no significa absolutamente nada para mí», dijo. «Si la tengo cerca es sólo para asegurarme de que se encuentra aquí, disponible para vosotros».

Los antepasados no le creyeron. Volvieron a preguntar. Esta vez Hanish respondió directamente, con tal claridad que Corinn no tuvo dificultad para entenderlo. Fue lo bastante claro para que después ella oyera por siempre jamás cómo las palabras resonaban una y otra vez en su mente.

«La mataría sin sentir ninguna clase de remordimiento, antepasados —dijo Hanish—, en el preciso instante en que quisierais verla muerta».





La nota estaba junto a él encima del camastro. La esquina estaba caliente por el punto donde su antebrazo había descansado sobre ella. Para Melio era imposible creer que alguien pudiera haberla puesto allí. Él tenía el sueño muy ligero, dado a despertar con sólo el sonido de la respiración de otra persona. Como parte de su adiestramiento marah, había aprendido a ser consciente del mundo incluso cuando estaba vagando a través de los sueños. Y sin embargo allí estaba. Un cuadrado de papel que sólo podía haber sido puesto en aquel lugar por la mano sigilosa de alguien. Melio habría cogido la misiva rápidamente de no ser porque temía que su misteriosa ubicación fuera un presagio de noticias a las que no sería capaz de hacer frente. Cuando reparó en la espada marah de Mena apoyada contra la pared, se preocupó todavía más.

Se quedó apoyado en el codo durante un rato, mirando la carta, el arma, oyendo los sonidos del mundo que empezaba a despertar fuera de las ventanas abiertas y, a través de las delgadas paredes, el lento gotear causado por las fuertes lluvias de la noche. Desde que Mena había desaparecido hacía una semana, Melio no había puesto los pies fuera del complejo de la sacerdotisa. Las sirvientas, asustadizas y supersticiosas, habían aceptado su presencia. Incluso hallaban consuelo en su presencia. Habían llegado a ser más dependientes de él de lo que ninguno de ellos hubiera predicho. Llevaban tanto tiempo recibiendo órdenes de Mena que ahora no sabían cómo actuar sin alguien que las guiara. Necesitaban el foco que él les proporcionaba mientras empezaba a organizar una partida de búsqueda. Incluso tendido allí, Melio sabía que se encontraban a tan sólo una palabra de distancia. Estuvo a punto de hacerlas venir para preguntarles cómo podía haber llegado la carta hasta su lado, y así tener su compañía mientras la leía.

Al final, sin embargo, desdobló el papel y lo leyó en soledad. Una vez que hubo digerido las palabras, saltó del camastro. Corrió de edificio en edificio, de habitación en habitación, diciendo el nombre de Mena. Su voz alternaba el crecer con el ahogarse, desesperada y rígidamente controlada. Las sirvientas iban tras él. Se desplegaron hasta cubrir el último rincón del complejo de la sacerdotisa.

Unos minutos bastaron para dejar claro que Mena no se hallaba en lugar alguno del recinto. Ninguna de las sirvientas había visto u oído nada de ella, y las alteró muchísimo que Melio tuviera en su poder una evidencia física de que Mena había

estado entre ellas. Él no divulgó el contenido de la carta. Hizo una bola con ella y se sentó sobre la tierra mojada del patio. Para gran consternación de las sirvientas, lloró en sus manos apretadas. Sabía que era injusto no decirles qué provocaba aquellas lágrimas. Sabía que las sirvientas sólo podían malinterpretar su emoción de las maneras más aterradoras para ellas. Pero no lo pudo evitar.

Su arrebató no duró mucho. El hombre que hacía regularmente el primer viaje matinal a los mercados volvió inopinadamente, muy afectado por algo que había visto fuera del templo. Al mirar su cara, ahora una pálida sombra del oscuro tono rojizo natural, Melio encontró una forma de volver a actuar.

Para cuando él y las sirvientas llegaron a la entrada principal del templo de Maeben, ya se había congregado una pequeña multitud que iba creciendo con cada segundo que pasaba. Las puertas estaban cerradas, pero no era tener acceso a los terrenos sagrados lo que quería aquella gente. Todos miraban —silenciosos y con los hombros encorvados, algunos con las manos en la boca, unos cuantos de rodillas, uno con un brazo levantado en actitud de señalar, como si dudara de que los demás pudieran ver lo que veía él— el cadáver de una gran águila marina.

La cuerda atada al cuerpo había sido arrojada sobre una de las figuras esculpidas con la cabeza de Maeben. El águila muerta medio colgaba debajo de ésta, torpemente apoyada en el pilar de madera con la cabeza torcida en un ángulo que sólo se hallaba al alcance de los difuntos. Empapada por las lluvias nocturnas, estaba ensangrentada y manchada de barro. Una costra de suciedad cubría sus ojos abiertos, inmóviles, fijos. Como una depredadora viva había sido enorme, impresionante y aterradora, pero Melio sabía que no era eso lo que causaba el asombro boquiabierto de aquellas gentes.

—Mirad a vuestra diosa —susurró.

La mujer que tenía al lado se volvió. Lo había oído. Sus ojos verdes, con puntitos dorados se medio ocultaban tras una celosía de pelo negro, pero eran intensos, escrutadores. Melio no pudo evitar responder a la muda pregunta que vio en ellos.

—Eso es lo que teméis, ¿no? Que esa ave de ahí sea aquella a la que llamáis Maeben. Pues me parece que lo es. Vuestras sospechas estaban en lo cierto. —Se volvió hacia el cadáver, sintiendo cómo las piezas de la críptica misiva iban encajando entre ellas—. Vuestra Maeben está muerta, y yo sé quién la mató.

Los pueblerinos habían empezado a apartarse de él como si un animal peligroso acabara de materializarse en su seno. Sus ojos iban y venían nerviosamente entre él y el cadáver, inseguros de cuál representaba una mayor amenaza.

Melio intentó dulcificar su voz. Quería que entendieran, no que temieran. Necesitaba que confiaran en él, aunque todavía no estaba seguro del porqué.

—Mena... la sacerdotisa a la que llamáis Maeben sobre la Tierra. Esto lo ha hecho ella...

—¡Silencio! —tronó una voz. El primer sacerdote, Vaminee, acababa de llegar, envuelto en toda la parafernalia de su cargo. Los campesinos le abrieron paso, deferentes e inclinándose ante él. Tanin se detuvo justo detrás de su hombro. Melio nunca había visto a ninguno de los dos, pero los conocía sin necesidad de que se los hubieran presentado. En sus momentos de vulnerabilidad, Mena los había descrito con palabras que no podían ser más apropiadas para las figuras que ahora tenía ante él. Guardias del templo los flanqueaban. En lugar de tener hojas metálicas, sus espadas eran de madera, con los bordes afilados únicamente hasta allí donde lo permitía el material. Los guardias eran extremadamente diestros, recordó Melio, en su propio estilo de esgrima, una técnica que se parecía un poco a la lucha con palos.

—Pero es cierto —dijo entonces, obligando a su voz a que se reafirmase—. Esto es obra suya. Es un mensaje para...

—¡Tú no eres un profeta de Maeben! —replicó Tanin—. No tienes ningún derecho a hablar por la sacerdotisa. Ni por la diosa. Primer sacerdote, acuso a este hombre de estar profanando a Maeben mediante algún truco. Ha matado... a una de las guerreras de Maeben.

La expresión en el rostro de Vaminee no se alteró. Sus facciones estaban rígidas, ira atrapada en piedra.

—Encontrad a la sacerdotisa —dijo—. Traédmela. El resto de vosotros, idos de aquí ahora mismo arrastrándoos sobre las rodillas. Y rezad para que se os perdone el haber presenciado esta vileza. —Los campesinos empezaron a dejarse caer sobre el barro según las instrucciones que acababan de recibir. Vaminee se volvió y buscó con la mirada a uno de los guardias del templo.

Melio entendió lo bastante bien cuál fue el mensaje que pasó entre ellos. En cuestión de momentos sería capturado y atado, quizá golpeado o muerto ceremonialmente. Sabía que a los pueblerinos que tenía alrededor iba a parecerles el acto propio de un criminal, pero no podía dejarse capturar. Aquellos sacerdotes lo falsearían todo. Ni siquiera Mena sería capaz de detenerlos.

Justo a su izquierda había otro guardia, un hombre joven que había olvidado la hosquedad propia de su oficio al ver el ave de presa suspendida. Melio se volvió hacia él con una expresión abierta en la cara, como si se dispusiera a ofrecer una palabra de disculpa o explicación. Después lanzó el canto de su mano izquierda hacia arriba contra la nariz del guardia, con la fuerza suficiente para romperla. Su otra mano encontró la empuñadura de la espada de madera que llevaba y la blandió mientras el joven caía, aullando y esparciendo sangre a su alrededor.

—¡Matadlo! —dijo Tanin.

Sus palabras estuvieron investidas de la suficiente autoridad para que el resto de los guardias entrara en acción sin perder un segundo. Empuñaron sus armas y crearon un círculo alrededor de Melio y cerraron el perímetro rápidamente. En razón del

diseño sus armas estaban pensadas para infligir castigo y exigir obediencia, pero ellos habían sido adiestrados para usarlas también con efectos letales. Melio mantuvo un movimiento constante, girando hacia aquí y hacia allá sobre pies seguros. Intentó recordar sus lecciones de cómo hacer frente a una multiplicidad de oponentes, pero nada en su memoria abordaba el cómo salir combatiendo de un círculo de catorce adversarios.

—¡Estáis cometiendo un error! —gritó, tanto para los oídos de los guardias como para los de los sacerdotes y el gentío—. Hacedme daño y la sacerdotisa se enfurecerá con vosotros. ¿Es que no veis lo que ha sucedido aquí?

Los guardias vacilaron; sus movimientos eran ahora un poco más lentos.

—He dicho que lo matéis —repitió Tanin.

Melio apartó una mano de la empuñadura del bastón el tiempo suficiente para señalar el cuerpo del águila marina.

—Esta Maeben ya no existe. Esta Maeben nunca volverá a llevarse a vuestros niños. Y fue la sacerdotisa la que hizo eso para vosotros.

—¡Matadlo ahora mismo!

Uno de los guardias saltó hacia delante, moviéndose por detrás de un bastonazo lanzado hacia abajo. Melio giró el torso para esquivar el golpe. Movié su bastón en un golpe tan feroz como rápido, cruzándole la mejilla al hombre con el borde. La fuerza del impacto lo lanzó por el aire —la cabeza primero y el cuerpo en pos de ella—, y lo dejó tendido en el suelo.

Los otros guardias no se habían movido.

—No deseo pelear con vosotros —dijo Melio, dirigiéndose a ellos—. Ni siquiera deseo pelear con los sacerdotes. Si Maeben era una diosa, entonces la sacerdotisa es una aniquiladora de dioses. Es cierto. La misma sacerdotisa os lo dirá.

Tanin ya había tenido suficiente. Se abrió paso a empujones entre el gentío hasta el espacio dejado vacío por el guardia caído. Cogió el bastón del hombre, sosteniéndolo de un modo que revelaba que sabía cómo utilizarlo. Con él inspirándolos, el círculo formado por los guardias del templo empezó a cerrarse de nuevo.

El momento de hablar había pasado. Melio escogió un palo al azar y lo golpeó, con tanta fuerza que casi lo arrancó de la mano que lo sujetaba. Sintió que otro ataque se aproximaba desde atrás y giró en redondo para hacerle frente. Le dio a un hombre en la rodilla y luego le acertó a otro, con un golpe hacia abajo que le partió audiblemente la clavícula. Tanin pidió a gritos su muerte, una y otra vez. Melio intentó localizarlo entre el hervidero de cuerpos y armas, pero había demasiada confusión. Dejó de pensar en sus acciones. Se limitó a permitir que su cuerpo girara y saltase, esquivara y atacara y golpeará. Ahora los movimientos brotaban directamente de un raudo lugar en su mente instintiva, mucho más rápido que el lento motor de su

consciencia. Oyó el chasquido de la madera contra la madera. Sabía que era frecuente que su palo tocara carne, partiera hueso, pero los atacantes seguían viniendo y él no podía ver fin alguno a su llegada.

Aquello pudo haberse prolongado durante muchos minutos, o pudo haber durado no más de unos segundos. Melio perdió toda noción del tiempo hasta el momento en que la descarga de armas empezó a menguar. No tardó en estar girando y atacando, girando y bloqueando golpes en una danza carente de atacantes. Entonces dejó de moverse. Se quedó inmóvil, jadeante y empapado en sudor, los ojos yendo de un lado a otro mientras sostenía el bastón en una posición lista para utilizarlo. Los guardias habían retrocedido. La mayoría de ellos ya ni siquiera lo miraban. Miraban algo más allá de él. Tanin era el único que seguía con los ojos fijos en él; su rostro se veía contorsionado por la ira y la incredulidad, y su boca era un óvalo hambriento de oxígeno. Melio enseguida entendió la expresión. Los guardias del templo no lo habían tocado. Ni uno solo de ellos había logrado atravesar sus defensas y tocado carne con la madera. Había dejado hombres tendidos en el suelo por todas partes alrededor de él sin sufrir una sola herida, lo cual tenía obviamente perplejo a Tanin. Pero ésa no era la razón por la que los guardias habían cesado en el ataque.

Una vumwana se abrió paso entre el gentío; su avance fue precedido por una ola de confusión. La gente gritaba a su paso, la agarraba, le hacía preguntas. La mujer hablaba rápidamente mientras se abría camino entre ellos. Lo que fuera que dijo acrecentó el frenesí, pero ella no se detuvo hasta llegar a Vaminee.

Se arrodilló ante el sacerdote y dio inicio a un apasionado discurso. Melio tuvo que concentrarse para entender lo que decía. Había otros detrás de ella, llegando a la carrera desde la misma dirección por la que había venido la mujer, probablemente portadores de la misma noticia.

Sólo una hora antes, relató la mujer, Maeben sobre la Tierra había llegado a la casa del magistrado. Había entrado por las puertas luciendo todas sus galas. Pasó junto a los perplejos guardias y exigió ver a los extranjeros que se estaban alojando allí en calidad de invitados suyos. Éstos le habían hablado por espacio de unos minutos en su extraña lengua, y luego se habían hecho con ella. Uno de los extranjeros, el alto que tenía el pelo como trenzado con hilo de oro, llegó a poner la mano sobre su divina persona. Se fueron inmediatamente en dirección a su navío y ya se estaban alejando sobre la marea que retrocedía.

Melio oyó todo aquello en el espacio de una inhalación, y no lo entendió hasta que la mujer hubo acabado de hablar. Entonces el impacto le dio de lleno en el pecho, el primer golpe que caía sobre él aquella mañana.

—¿Tienen a la sacerdotisa? —preguntó Tanin, todavía respirando pesadamente.

—Sí —dijo un hombre, un recién llegado—. Ella intentó hablar. Yo la oí. Estaba más cerca que ésta. —Señaló a la mujer con un ademán despectivo. Luego,

acordándose de su condición, cayó de rodillas ante Vaminee—. Honorable sacerdote, la sacerdotisa volvió los ojos hacia mí y dijo, «Pueblo de Vumu...» —Se calló sin haber llegado a terminar la frase.

—¿Pueblo de Vumu? —inquirió el primer sacerdote, perdiendo al fin su calma amenazadora—. ¿Qué más dijo?

—Eso fue todo. Los extranjeros se la llevaron. No le dejaron decir nada más.

Melio no puso demasiada atención en el discurso caótico que siguió a aquellas palabras, pero enseguida supo que habían empezado a difundir una versión de los acontecimientos que pasaba por una rápida escalada. Los extranjeros se habían hecho con la sacerdotisa, la habían abducido, se la habían llevado por la fuerza a su extraña nación. Alguien inició un gemido que se propagó de persona en persona. Otro chilló que los extranjeros habían matado a Maeben. La diosa estaba muerta para ellos y la sacerdotisa era prisionera de unos malvados.

Melio sintió el amanecer de una posibilidad. Había algo en esto. Algo que él podía hacer con aquellos acontecimientos, tal vez algo que Mena había imaginado sólo a medias cuando se dispuso a actuar. Se apartó de la pena que sabía estaba suspendida en el aire justo detrás de su hombro. Ya habría tiempo para pensar en eso más tarde. Ahora —aquí mismo— tenía que aprovechar el momento antes de que se disipase para siempre.

—La diosa vive en la que lleva por nombre Mena —dijo—. ¿Me oís? ¡La diosa vive en Mena! Fue a luchar con los extranjeros y a retar al pueblo de Vumu a que se pusiera a prueba a sí mismo. —Hizo una pausa, sólo ahora entendiendo la pregunta a la que estaba llevando su oración—. Pueblo de Vumu, la sacerdotisa corre peligro. Está en manos de un enemigo. Pueblo de Vumu... ¿qué harás para salvarla?



Mena siempre sabía cuándo estaban bajando hacia ella. Oía el impacto de las duras suelas de sus botas en los estrechos peldaños de madera. Maeander siempre entraba primero, seguido por su sombra, el traidor acacio llamado Larken. Siempre se quedaban de pie al otro extremo de la habitación, meciéndose levemente con el movimiento de la embarcación mientras la miraban con perplejidad. No acababan de asimilar cómo les había caído en las manos. Le habían preguntado varias veces por qué fue a la casa del magistrado aquella mañana. Ella había respondido lo mismo cada vez. Había oído decir que la andaban buscando, decía. Esa sencilla afirmación nunca dejaba de hacer que Maeander sonriera y mirara a su amigo.

Había habido mucho más que eso, naturalmente, pero Mena no sentía necesidad de decirles nada más. Estaban devolviéndola al centro del mundo, a la misma Acacia. Justo lo que ella quería. Sin saberlo estaban haciendo lo que quería ella, en vez de lo contrario. Mejor guardar silencio al respecto, no obstante. No les dijo nada de los acontecimientos directamente anteriores a que ella apareciera en la casa del magistrado. Podrían haber averiguado mucho más acerca de ella de lo que sabían ahora si no hubiesen partido tan deprisa, pero eso también le convenía. La mujer que veían ante ellos era joven y tirando a menuda. Se sentaba recatadamente en una postura erguida, ataviada igual que un pájaro, emplumada y adornada, una sacerdotisa que había llevado una vida enclaustrada. Sin duda sabían que Mena era virgen, y extraían no poca diversión del comentarlo entre ellos.

Nunca podrían imaginar que ella había vuelto de Uvumal en plena noche. Había subido desde la costa a través de las sombras de un sendero pegado al bosque. Cojeaba sobre su maltrecha pierna derecha, tan llena de morados que la totalidad del muslo se le había puesto azul, púrpura y negro. Jadeaba a causa de una lesión infligida a su pecho. El daño podía haberse producido durante la caída a través de las copas de los árboles, con todo aquel rebotar de rama en rama que había llegado a hacer, siendo pinchada y arañada y arrojada de un lado a otro igual que una cosa muerta hasta que acabó descansando enredada en un cruce de ramas. O podía ser que hubiera contraído la enfermedad pulmonar a causa del resfriado que había pillado cuando subía lentamente a través del bosque, arrastrando tras de sí una pesada carga y luego navegando bajo la lluvia hacia Vumair. Eso nunca lo sabría.

Ruinat había estado silencioso y empapado, oprimido bajo la negra manta de una nubosa noche de lluvia. El agua se acumulaba en rodadas de carros, pisadas y toda clase de hondonadas. Mena caminaba sin tener ningún cuidado con los charcos. Simplemente los atravesaba, con el barro llegándole hasta la altura de los tobillos. Llevaba la espada sujeta a la espalda y remolcaba tras de sí un peso lo bastante grande para que le dolieran todos los músculos. Se había pasado la cuerda unas cuantas vueltas alrededor de la cintura, y luego la había atado y se la había pasado por encima del hombro. El otro extremo había sido firmemente anudado alrededor del ave de presa atada, apretándole las alas contra el cuerpo. Mena la estaba llevando a casa, una ofrenda al pueblo de Vumu, una con la que ellos mismos tendrían que decidir qué hacer.

Subir los escalones del templo requirió un considerable esfuerzo. El cadáver se enganchaba en cada esquina, y Mena tuvo que inclinarse hacia delante para ascender. En cuanto llegó al último escalón, aflojó la cuerda que ceñía su cintura y la lanzó sobre la talla de piedra de Maeben. Tiró con todo su peso, que sólo dio para arrastrar el ave hasta colocarla en una posición más o menos erguida. Allí la dejó. Después simplemente dejó caer la cuerda y dio media vuelta sin pensárselo dos veces.

Dentro de su complejo, se movió con más facilidad. Sabía dónde dormía cada una de las sirvientas y que ninguna habría alterado su rutina mientras ella se hallaba ausente. Así fue como reparó en una persona extra durmiendo en una de las habitaciones. Melio. Le bastó con oír su respiración y sentir su olor flotando en el aire adormilado para saber que era él. Eso sí que no se lo había esperado. No lo había tomado en consideración a la hora de planificar los acontecimientos de la noche. Pero sabía que tenía que comunicarse con él de alguna manera. Sería incompleto, lo sabía. Sin duda lo dejaría muy preocupado. Pero tenía que darle algo a cambio de todo lo que él había hecho por ella.

Tardó unos momentos en escribirle una nota. La mantuvo apretada contra su pecho mientras entraba en la habitación de Melio. Respiraba con breves sorbos de aire y se movía con el silencioso sigilo que le sobrevenía siempre en los momentos de necesidad. Apoyó la espada en la pared, donde él tendría que verla al despertar, y luego fue hacia su forma dormida. Sabía que no lo despertaría, así que puso el cuadrado doblado de papel cerca de su cara, a salvo dentro del cobijo descrito por su brazo desnudo. Arriesgó unos momentos extra mirándolo. Bebió ávidamente la generosidad de sus facciones dormidas y, por primera vez desde que lo conocía, no se preguntó por qué sus ojos se demoraban tan tiernamente en sus facciones. Eran perfectamente imperfectas. Nunca había visto una cara que la hiciese sentir tan bien. No, al menos, desde la última vez que había mirado la cara de su padre mientras él les relataba los mitos de los tiempos antiguos.

Aunque lo que ella sentía ahora por Melio era distinto de lo que había sentido por



su padre en aquel entonces, continuaba sabiendo que a esa emoción la gente la llamaba amor. Había sabido que era eso lo que sentía antes de entrar en la habitación. Quería tanto a Melio que si lo hubiese despertado nunca habría seguido adelante con su plan. Por eso había dejado que siguiera durmiendo y en lugar de despertarlo escribió en letras acacias, afeadas por el mucho tiempo que llevaba sin utilizarlas...

*M,*  
*Tenías razón en todo, naturalmente.*  
*He tardado en descubrirlo, pero ahora lo sé,*  
*M.*

Debajo de eso, no una ocurrencia del último instante sino un colofón que requirió unos minutos para ser redactado, escribió dos líneas más.

*Te quiero.*  
*Si el mundo lo permite alguna vez, te lo demostraré.*

Hicieron falta unas cuantas horas de callada preparación para poner en marcha su plan. Ahora sólo quedaba un último engaño necesario para abrir el camino hacia el corazón de las cosas. Mena fue sigilosamente a las cámaras que componían su tocador, se desnudó y se lavó en la jofaina de agua perfumada con pétalos de flores. Acto seguido se vistió con los ropajes de la diosa, deslizándose dentro de las prendas en el espacio cerrado de las cámaras de su tocador. Se aplicó el maquillaje guiándose por el tacto. Cuando sintió que tenía una apariencia pasable y percibió la proximidad del día, salió de su complejo y fue a la casa del magistrado, donde el grupo meinish yacía durmiendo.

Lo demás sucedió muy deprisa. Maeander sólo necesitó hacerle unas cuantas preguntas para quedar satisfecho en lo concerniente a su identidad. Media hora después Mena estaba a bordo de su navío, y a los pocos minutos éste ya había soltado amarras y se hallaba en movimiento. Mena sintió cuándo salieron de las tranquilas aguas de la ensenada y empezaron a cabalgar sobre los riscos en continuo movimiento del oleaje, que en esta época del año discurrían del Sur hacia el Norte.

Maeander pareció disfrutar del tiempo que dedicó a interrogarla, a pesar de que Mena no podía decirle nada que él no supiera ya. Lo único que sabía ella acerca de sus hermanos y su hermana era lo que Melio había sido capaz de contarle, y nada de eso era un dato particularmente concreto. De hecho, Maeander la informó de mucho más de lo que llegó a contarle ella. Fue por él como supo que Aliver estaba, de hecho,

vivo y bien en Talay. Estaba reuniendo un ejército en el centro de esa nación, avanzando gradualmente hacia el Norte a medida que iban creciendo sus efectivos.

—Cuentan que ha llegado a ser todo un orador —dijo Maeander—. Ha sido tocado por la mano de un hechicero y ahora está inflamando alas masas con su oratoria. Habla de liberar al Mundo Libre de la supresión, de los trabajos forzados, de las tasas más gravosas, incluso de la Cuota. Extraño que parezca haber olvidado quién creó el orden mundial en primer lugar.

Corría el rumor, aún no confirmado pero creíble, de que Dariel se había reunido con él. Hasta hacía poco el menor de los Akaran no había sido sino un ladrón incursor de las Laderas Grises. Y Corinn, dijo Maeander, había sido convertida a la causa meinish por los placeres que hallaba en la cama de su hermano.

—Muchos la llaman la puta del caudillo a espaldas tuyas. Yo nunca haría tal cosa, naturalmente.

—No —añadió Larken, como siguiendo una indicación—. Si tú fueras a llamarla algo, se lo llamarías a la cara.

Mientras escuchaba todas aquellas revelaciones, Mena se las arregló para controlar la emoción que sentía crecer en su interior. Ya se había ocupado de una gran parte de ello, a su manera. Mientras arrastraba el cuerpo de Maeben a través del bosque se había visto bombardeada por recuerdos de su infancia. La herían con el mismo brío que las ramas de los árboles y los amasijos de raíces nudosas y los insectos chupadores de sangre. Incluso llegó a hablarles a sus hermanos mientras caminaba, intentando explicarse a sí misma, preguntándoles en qué se habían convertido, tratando de ver si podían volver a unirse y ser los mismos de antes. Por supuesto que no, sabía ella. Nada podía ser lo mismo que antes. Nadie podía haber imaginado que ella se convertiría en lo que era ahora, y ella tampoco podía imaginar qué eran ellos ahora. Pero decidió que no había ninguna duda en su mente, que los quería sin importar lo que hubiera podido suceder. Nada de lo que dijo Maeander cambió eso en lo más mínimo.

Maeander desembarcó en Aos. Tenía un asunto que atender allí pero probablemente llegaría a Acacia al mismo tiempo que lo hicieran ellos. Mena fue dejada al cuidado de Larken. Fuera de la sombra de Maeander, el acacio era otro hombre. Se pavoneaba del mismo modo, sonreía con idéntica arrogancia, estaba pendiente de su cuerpo con la misma continua adoración de sí mismo. Pero esas cosas eran connaturales a su carácter. Lo que había cambiado era que ahora se presentaba a sí mismo como un hombre libre, no un mero parásito. Hablaba con una despreocupación que casi sugería desdén por la autoridad de Maeander, aunque Mena no acababa de estar segura del por qué se la percibía de esa manera. No era nada que él llegara a decir, únicamente algo en su actitud.

El anochecer en que zarparon de Aos, Larken entró con unos cuantos sirvientes

acacios siguiéndole los pasos. Mena había reparado en que todos los sirvientes eran acacios, mientras que la mayor parte de la tripulación estaba compuesta de talayos. Sólo el capitán, el primer oficial y los guardias punisaris eran de sangre meinish. Los sirvientes traían consigo bandejas llenas de quesos y aceitunas, pequeños peces hervidos y una garrafa de vino de limón. Se le había ocurrido que compartiría esta última comida con ella, dijo Larken. Al día siguiente llegarían a Acacia y Mena dejaría de ser suya exclusivamente.

Mena no vio razón para objetar. Tampoco se trataba de que Larken le gustase o deseara su compañía. Él sentía que ahora el destino de Mena estaba en sus manos y no tardaría en estar en manos de Hanish. Mena, por su parte, no tenía ni voz ni voto en lo tocante a la situación. Pero al dar por hecho que iba a ser así, Larken se mostró un tanto descuidado a la hora de hablar.

—¿Es cierto? —preguntó Mena—. Las cosas que dijo de mis hermanos, quiero decir.

—Oh sí —respondió Larken, pasándose los dedos por encima del pómulo, hacia abajo y por debajo de los labios, un gesto que hacía a menudo mientras hablaba. Se sentó en un taburete, lo bastante cerca de ella para que pudiera extender la mano y tocarla si se inclinaba hacia delante—. Maeander no miente nunca. Lo que dice siempre es cierto. Es cuando guarda silencio que uno debe temer que algo va mal.

Mena se llevó una copa de vino a la nariz e inhaló. El olor le resultó familiar, pero no estuvo segura del porqué; ella nunca había bebido vino anteriormente.

—Tengo muchas ganas de ver a mi hermana. Porque la veré, ¿verdad? Hanish no me mantendrá alejada de ella.

Larken consideró la pregunta, pareciendo sopesar no tanto la respuesta propiamente dicha sino en cuánta medida debería suministrarle.

—Digamos que Hanish tiene un propósito para ti y otro para tu hermana. Pero son completamente distintos, destinos separados.

Mena puso la copa sobre la mesa sin haber consumido nada de vino. Acababa de comprender la razón por la que aquel olor le había parecido tan familiar. Había estado presente a menudo en el aliento de su padre por la noche, cuando les contaba historias a ella y a Dariel. Entonces él siempre tenía una copa de vino cerca. Bebía un sorbo y hablaba, bebía un sorbo y hablaba, y cuando le daba el beso de buenas noches ella lo había sentido en el aire caliente que era exhalado desde el interior de su padre.

—¿Qué te hace pensar que mi hermano no habrá borrado del Mundo Conocido a Hanish Mein antes de que hayamos llegado a estar demasiado alejadas una de otra en esos destinos separados?

—No se tardará tanto tiempo. —Larken sonrió y bajó los ojos de un modo indicador de que se estaba callando algunas cosas—. Y aparte de eso, es una simple cuestión de logística. Odio tener que decírtelo, Mena, pero el caso es que estamos

preparados para su venida. La agradecemos, de hecho. Los meins son luchadores. No son felices cuando la paz dura demasiado. Los chicos que no eran lo bastante mayores para combatir la última vez ahora son hombres jóvenes. ¡Oh, cómo quieren demostrar de lo que son capaces! Y también están los numreks, claro. Me ha sorprendido lo bien que se adaptan a una vida de ociosidad, pero se pondrán lo bastante contentos para volver a coger sus hachas y sus lanzas. Y también tenemos otras armas. No estoy hablando de la misma clase de armas que Hanish utilizó la primera vez, porque hay ciertas cosas que sólo pueden usarse una vez. Pero tenemos otras armas, créeme. El tipo de cosas que te harán despertar gritando por la noche. Pero no son ninguna pesadilla. Créeme, Hanish está más que preparado para enfrentarse a Aliver Akaran y una horda políglota carente de adiestramiento, sin importar lo grande que sea o el grado de frenesí que llegue a insuflarles tu hermano.

Mena lo miró en silencio por un largo instante, acariciando mientras tanto el pendiente en forma de anguila que llevaba colgado del cuello.

—Larken, dime una cosa... Eres un acacio. Siempre lo serás. ¿No sientes cierto deseo de redimir tu honor? ¿Es que eso no se encuentra presente en algún lugar dentro de ti? Podrías hacerlo incluso ahora. Podrías unirme a mí y a mi hermano y ayudarnos a recuperar todas esas cosas a las que traicionaste hace tiempo. Con lo que sabes, seguro que le serías de una inmensa ayuda a mi hermano. Podrías anular tu crimen.

—Difícilmente —dijo Larken—. Te oigo, sin embargo. No sería el primero al que le sobreviene semejante cambio de ideas. Pero no es... una forma de ser que cuadre conmigo. He unido mi suerte a la de los meins, y estoy muy satisfecho. Deberías ver la villa que tengo en Manil. Dispongo de sirvientes para todo, Mena. Para todo. Vivo una vida que nunca podría haber alcanzado siendo un guardia marah. Cuando Hanish o Maeander me llaman, acudo y les sirvo, pero la mayoría de los días no me diferencio en nada del más rico de los nobles.

—¿Sólo piensas en ti mismo, entonces?

—¿Acaso hay algún otro en quién pensar? No soy más que yo mismo...

—¡Conviértete en algo mejor, entonces! Basta con que lo hagas y ya estará hecho. Eso es algo que he descubierto por mí misma.

En lugar de responder directamente, Larken le preguntó si había oído contar alguna vez la leyenda meinish del oso gigante llamado *Thallach*. El tal *Thallach* era un enorme oso del norte, dijo, contra el que los primeros hombres del Mein ponían a prueba su valor. Uno tras otro, iban a la boca de su cubil y libraban combate singular con él. Y así iban muriendo uno tras otro, un festín tan regular que *Thallach* nunca necesitaba dejar su cubil, porque su alimento iba hacia él por su propio pie. Las cosas siguieron así durante muchos años. Muchos hombres murieron. Un día, un hombre santo convenció a la gente de que probara otra manera. ¿Por qué enviar una y otra vez

a sus mejores hombres, los más fuertes y queridos, a sus muertes? ¿Por qué no hacer la paz con el oso? La gente, debilitada y temerosa, pensó que había cierta sabiduría en aquello. El hombre santo fue al cubil a la cabeza de una delegación, ofreciendo a *Thallach* una pluma de la paz, prometiéndole que a partir de ese día lo alimentarían y cuidarían de él, y lo adorarían igual que a un dios.

—¿Sabes qué le respondió *Thallach*?

Larken había acercado su taburete al banco de Mena. Dejó que la pregunta flotara en el aire por un instante, aunque por lo satisfecho de sí mismo que parecía era evidente que no pretendía que ella le respondiera.

—*Thallach* dijo... —Se inclinó hacia delante, enseñó los dientes y gruñó, un largo hálito de sonido y vibración y el calor de su aliento en el oído de Mena—. Entonces los devoró, a todos y cada uno de ellos, tal como había hecho con los demás. ¿Qué otra cosa, realmente, esperarías que dijera o hiciera un oso? *Thallach* no podía ser nada más que lo que era. Yo tampoco puedo. ¡Ni deseo serlo! Así que no intentes hacer de mí algo que no soy. Te diré una cosa que no sabes acerca de mí. Después te preguntaré si todavía piensas que puedo ser redimido.

Le explicó el papel que había desempeñado en la entrega de Corinn a Hanish. Quería que ella entendiera que no se había limitado a cambiar de bando desde el atolladero de un soldado derrotado. No se había limitado a jurar lealtad a un nuevo amo. Había vivido su vida en preparación para semejante clase de traición. Se había comportado de un modo que le granjeara el mayor grado posible de confianza dentro de la jerarquía marah. Había sido un soldado perfecto, sin una sola mácula en su historial. Había perfeccionado su dominio de la espada con un tesón que siempre era comentado por sus maestros. Había hecho frente a cualquier tipo de adiestramiento que se le impusiera sin ni tan siquiera un murmullo de protesta, y se había ofrecido voluntariamente como candidato para misiones especiales. Pero había hecho todo eso para que, si alguna vez surgía la oportunidad de algo más grande, pudiera aprovecharla.

Había visto cómo Hanish Mein irrumpía en el mundo, y enseguida supo que hacerle frente era una empresa condenada al fracaso. Se sirvió de Corinn con una inmensa alegría en el corazón. Ella había sido tan fácil de atrapar... «Puedes creer en mí. Vivo únicamente para protegerte», fue cuanto tuvo que decir. Cuando la entregó, no sintió el menor remordimiento. Hubiese hecho lo mismo con cualquiera del resto de ellos, hasta con la misma Mena, si ella hubiera tenido el infortunio de caer en sus manos.

—He tenido ese infortunio —dijo Mena, un chiste contado sin ninguna pretensión de humor.

Pasó la noche en vela examinando un pensamiento que no había considerado antes. ¿Y si Larken la hubiera capturado todos esos años antes? ¿Y si ella hubiera

crecido en el palacio del modo en que lo había hecho Corinn? ¿Sería la misma persona que era ahora? Imposible. ¿Habría sido mejor que hubiera crecido hasta ser algo distinto? Por supuesto que no. Mena era incapaz de imaginar que eso fuera cierto. No podía concebir no haber llegado a la madurez en Vumu, con la gente del pueblo a su alrededor. No podía imaginar no haber llegado a ser Maeben sobre la Tierra. Eso formaba tan parte de ella... Aunque había tenido que romper con la diosa, aunque había descubierto que era un fraude y la había precipitado a su muerte, seguía sin querer ser nadie más que quien era ahora: la Mena que había emergido de la sombra de Maeben.

El destino que su padre tenía pensado para Corinn se había visto aún más desviado y deformado de lo que lo había sido el de Mena. Larken le había robado el reto de llegar a ser ella misma en un mundo alejado de Acacia. Ése era el regalo que les había hecho su padre, pero sólo ahora —una adulta dentro de ella misma, apenas empezando a descubrir en qué se habían convertido sus hermanos en sus respectivos exilios— empezaba a entender el regalo por lo que era realmente. A causa de Larken, Corinn había visto cómo le era negado. Mena, que en el curso de sus discusiones con aquel hombre no había sentido hacia él ninguna emoción a la que pudiera poner nombre, nombró una ahora. Lo odiaba. Pasó la noche decidiendo qué iba a hacer al respecto. A la mañana siguiente cuatro guardias punisaris fueron a buscarla. Larken la esperaba cerca de la popa. Lucía la totalidad de su atuendo militar, el torso envuelto en un thalba, dos espadas de distinta longitud en su cintura, una pequeña daga envainada horizontalmente a través de su liso abdomen. Los ojos de Mena lo estudiaron con un rápido vistazo. Si él se dio cuenta, fue sólo con una cierta dosis de vanidad.

—Bien, has tenido toda la noche para pensártelo —dijo—. ¿Sigues pensando que soy redimible?

—Sí —dijo Mena, sin dejar de ir hacia él—, en cierto modo, lo eres.

—¿Qué modo es ése?

Mena avanzó con zancadas firmes, sin darse ninguna prisa. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos fijos en los de Larken bajo la intensa claridad del sol de la mañana y no darse por enterada del bombardeo de movimiento y sonido propios de un navío en plena travesía.

—Explicártelo ahora no serviría de nada —dijo—. Cuando suceda, puede que lo entiendas o puede que no. Pero la verdad es que tanto da.

—Te has vuelto resignada. Eso casi da pena, princesa. Casi da pena...

Mena llegó ante Larken. Se detuvo tan cerca de él que uno podría haber pensado que iba a besarlo. Pero en lugar de eso, lo que hizo fue extender la mano y aferrar la empuñadura de su larga espada. Los dedos de la mano con que él manejaba la espada temblaron, pero no hizo ademán de apartársela. Hasta aquello le resultaba divertido.

—Eso es un contacto muy íntimo, Mena. Deberías tener más cuidado con lo que coges.

La hoja cantó en el aire al ser desenvainada con un solo y fluido tirón.

Larken levantó los brazos en un gesto de fingida alarma.

—Impresionante, Mena. ¿Sabes que desenvainar la espada de otro hombre no es tarea fácil? Es el tipo de jugada que suele salirle mal a uno: error en el ángulo con que se tira de ella, movimiento apresurado o inseguro... ese tipo de cosas, ya sabes...

Mena dio unos cuantos pasos atrás, comprobando la sensación de la hoja, sopesándola. Sabía que los guardias circundaban la cubierta detrás de ella, pero Larken había detenido cualquier ataque con un movimiento de sus dedos. Ella había calculado que lo haría.

—¿Y ahora qué? —preguntó Larken—. ¿Qué pretendes conseguir con eso?

—Matarte.

—Me doy por ofendido, pero eso es muy improbable. Tienes agallas, Mena. Nunca se me ocurriría negarlo. Tu problema es que por mucho que lo intente, nadie llega a ser mucho mejor con la espada que yo. No creo que una chica a la que han criado para que fuese una sacerdotisa de Vumu tenga demasiadas probabilidades. Sólo estoy siendo honesto contigo. Podría haber detenido tu mano antes de que llegaras a desenvainar siquiera. Lo sabes, ¿verdad? Y como puedes ver, te encuentras rodeada por mis guardias y por la tripulación de un navío al completo.

—Ya me ocuparé de ellos después —dijo Mena.

Larken no pudo evitar sonreír.

—Me pregunto si todos tus hermanos serán tan osados como tú —murmuró. Extendiendo la mano hacia la espada compañera de la que acababa de perder, una hoja más corta que la otra, pero igual de mortífera por derecho propio, dijo—: También dispongo de otra arma.

Mena se posicionó como si fuera a iniciar la Primera Forma.

—Por eso sólo me he hecho con una.

Larken desenvainó su espada mientras Mena echaba a andar hacia él. Con la muñeca aflojada, movió la espada en un lento barrido, impulsándola de derecha a izquierda en un movimiento dirigido a contrarrestar el ataque, desusadamente bajo, con que Edifus había iniciado su acción. Era un gesto desdeñoso por parte de Larken, y fue el último movimiento sobre el que llegó a tener un control carente de esfuerzo.

El ataque de Mena no guardó ningún parecido con la Forma. Su primer movimiento se apartó de ella, consistiendo en un veloz barrido con su hoja. La punta describió un rápido círculo que ocasionó un breve titubeo en Larken. La espada de Mena hendió su muñeca en un ángulo. La hoja se deslizó fluidamente hacia arriba a lo largo de los huesos, y separó una considerable cantidad de carne y músculo como si fueran queso blando. La mano con que Larken manejaba la espada murió, dejando

caer el arma.

Pese a la conmoción y el dolor de la herida, Larken aún tuvo suficientes reflejos para extender la mano izquierda hacia la empuñadura. Se habría hecho con ella, también, si Mena no hubiera movido su espada en un rápido círculo hacia atrás para cortarle la mano con que buscaba el arma. Cuatro dedos giraron en el aire, cada uno de ellos dejando tras de sí finas volutas de sangre a su paso. Mena jamás olvidaría la expresión que apareció en el rostro de Larken entonces, ni en el momento siguiente, cuando le esculpió una sonrisa en el abdomen.

Antes de que Larken hubiera tenido tiempo de desplomarse sobre la cubierta, Mena cercenó el brazo de la espada del punisari más próximo. Un instante después acabó con otro guardia mediante un mandoble que cortó la arteria del cuello y dejó sin sangre la cabeza del punisari. Había otros dos que matar, sabía ella, pero nunca se había sentido más dueña de su destino que en aquel momento. Se apartó de los guardias restantes, saltó a la barandilla, fue a lo largo de ella andando de puntillas, y bajó al otro lado de varias cajas. El movimiento le proporcionó tiempo suficiente para dirigir unas cuantas palabras a los marineros y los sirvientes, todos los cuales la observaban con expresiones de asombro. Mena se nombró a sí misma y exigió —en el nombre de su padre y en el de la causa de ese hermano suyo que sería rey— que se levantaran en armas en ese mismo instante y tomaran el navío con ella.

Cuando un hombre de piel beige originario de Teh gritó alegremente su nombre desde la cofa dentro de la que contemplaba la escena, Mena supo que el navío sería suyo.





El secretario de Hanish volvió a los despachos del caudillo en un torbellino de movimiento, un fajo de papeles apretados contra el pecho, el sello real y barritas de cera sobresaliendo de entre los dedos de su mano. Ni siquiera se dio por enterado de que tuviera delante al hombre que había estado aguardando su regreso hasta que dicha persona carraspeó. Entonces se detuvo, dejó los papeles y suspiró, como si Rialus Neptos hubiera puesto a dura prueba su paciencia por el mero hecho de indicar su presencia mediante un sonido vocal.

—Ahora no puede verte —dijo el secretario—. Has llegado un día demasiado tarde, Neptos. Envié un mensaje, no obstante. Hoy parte hacia el Territorio Continental para atender ciertos asuntos que no pueden ser pospuestos. No tendrá inconveniente en reunirse contigo, o con Calrach, a su regreso. Dentro de una semana, quizá. Tal vez quince días. Mientras tanto cuenta con el apoyo de los numreks en el curso del inminente conflicto. Ellos son su robusto brazo derecho, su hacha de guerra, y no olvidará recompensarlos en cuanto Aliver haya sido aplastado. Calrach debería responder ante Maeander, habida cuenta de que será él quien estará a cargo de las fuerzas meinish. Cualquier otro detalle ya lo especificará a su debido tiempo. Ése es el mensaje.

El embajador sabía que en el futuro iba a lamentar todo lo que dijera en respuesta a aquello, pero no pudo contenerse.

—Pero el mismo Calrach me pidió que presentara una propuesta...

El joven mein barrió el aire con un movimiento de los dedos, como si estuviera desplegando un abanico entre su persona y el embajador.

—He dicho todo lo que Hanish me pidió que dijera. Ahora puedes irte.

«Mocosito arrogante —pensó Rialus—. ¡No me indiques que debo irme de aquí extendiendo el brazo, chiquillo! ¡No me pongas la mano encima y no te atrevas a cerrar la puerta cuando todavía no he accedido a marcharme!» No dijo nada de eso, naturalmente, y el secretario le indicó que se fuera extendiendo el brazo, le tocó el codo, y cerró firmemente la puerta detrás de él.

Un instante después, fuera ya del despacho, Rialus estaba en el pasillo en compañía de un guardia con aspecto de bruto que lo miraba desde arriba, al abrigo de una cornisa de cejas doradas. El hombre lo ponía un poco nervioso, pero Rialus no se

movió. Aparte del guardia el pasillo se hallaba desierto, nada sino unas cuantas estatuas de tamaño natural que de algún modo hacían que el espacio pareciera mucho más desolado. Rialus, no ocurriéndosele nada más que hacer, se quedó quieto en el sitio.

Bueno, pensó, aquello había sido un completo fracaso, uno que estaba seguro le traería problemas. Calrach no lo había enviado a Hanish en una mera misión de rutina o para aclarar los detalles de cómo y dónde lucharían los numreks. Había encargado al embajador que abordara el tema de los numreks recibiendo pagos de Cuota. En lo que a Rialus concernía, eso era una idea absurda. Los numreks vivían todo lo libremente que deseaban. Cazaban con regularidad a las gentes de las colinas que moraban en las Montañas Teh. Utilizaban a los campesinos capturados para los mismos propósitos que utilizarían a los esclavos de la Cuota. Así que no veía a santo de qué se les ocurría exigir todavía más de Hanish, quien ya había sido, en opinión de Rialus, extremadamente generoso con ellos.

Pero no hubo manera de razonar con Calrach. Se le había metido la idea en la cabeza, y ninguno de los sutiles intentos de Rialus por disuadirlo había funcionado. Ahora, no obstante, el alivio que hubiera podido sentir por no tener que hablar de aquello con Hanish lo llenó de temor. Iba a tener que regresar sin nada para Calrach. Se dijo que siempre le quedaba el recurso de fingir que había hablado con Hanish. El caudillo se lo estaba pensando, podía decir. Tendría una respuesta cuando volviera, algo así. Pero eso era un engaño peligroso. Nada le garantizaba que Hanish no hiciera acudir a Calrach, en lugar de ir a través de Rialus. Ya lo había hecho antes. Se reunirían y en los primeros segundos el caudillo de los numreks sabría que Rialus había mentido. Si eso llegaba a suceder, Rialus no daba mucho valor a su pellejo. ¿Por qué parecía que cada situación en su vida se hallaba ubicada en una convergencia con varios dilemas? Siempre había sido así, pensó, y quizá siempre lo sería.

Se quedó de pie allí durante unos minutos más —intentando recordar un momento en el que su destino no hubiera sido ése— antes de que se diera cuenta de que lo estaban observando. Una de las formas inmóviles del pasillo, que él había dado por sentado que era una de las estatuas de tamaño natural, no era una estatua. Se trataba de una forma femenina. Cuando se apartó de la pared y lo llamó con un ademán, Rialus supo exactamente quién era.

—¿Princesa Corinn? —preguntó, yendo hacia ella.

La princesa no respondió. Se dio la vuelta y lo precedió por el pasillo, dentro de un corredor lateral y a través de una pequeña puerta. Todo sucedió muy deprisa, y Rialus necesitó un instante para reconocer la espaciosa cámara atestada de objetos en la que acababan de entrar. Era la biblioteca, con un olor a libros viejos flotando en el ambiente, iluminada por ventanales que iban desde el suelo hasta el techo. A juzgar

por el silencio y la inmovilidad del aire, estaba vacía.

Corinn lo llevó a través de la cámara hasta uno de los ventanales. Allí se volvió hacia él.

—A esta hora del día nadie viene por aquí. Las otras puertas están cerradas, así que estamos a salvo. Si alguien empieza a entrar, lo oiremos y podremos escabullirnos. —Dijo todo eso con una fría seguridad en sí misma, pero cuando él abrió la boca para preguntarle a qué venía aquello dio un paso hacia él—. Rialus —murmuró, el cuerpo muy cerca del suyo—, ¿serás veraz conmigo?

Rialus inhaló el olor a limón de su cuerpo. No había pasado mucho tiempo en presencia de Corinn. Ni siquiera habría podido asegurar con certeza que supiera cómo se llamaba él. El hecho de que lo supiera y la perfección de sus facciones lo aturdieron. Cada forma, cada proporción y cada tono de la piel eran impecables, exactamente tal como se suponía que habían de ser. Tartamudeó que por supuesto que lo sería.

—Entonces dime —pidió ella—, ¿alguna vez miras atrás con nostalgia?

—¿Con nostalgia, princesa?

Ella lo estudió en silencio por un instante. Rialus tuvo la sensación de que lo medía con la mirada, determinando si podía o no decir lo que deseaba, y no pudo evitar desear que lo encontrara de su agrado.

—Me refiero —dijo ella— a si lamentas la caída del Imperio acacio. Te volviste contra tu propio pueblo, Rialus.

—Tenía razones para ello —dijo él, poniéndose a la defensiva—. No tenéis idea de lo que...

Corinn detuvo sus palabras con un roce de las yemas de los dedos sobre sus labios.

—No seas duro conmigo. Sé, Rialus, que te sentías menospreciado. Sé que aspirabas a cosas más grandes que vivir en el erial meinish. Creo, sin embargo, que culpaste injustamente a mi padre. ¿Sabes que él habló de ti una vez que yo recuerde? Lo hizo. Estaba triste por una de las cartas que le escribiste. Dijo que por supuesto que Rialus Neptos era un buen hombre; fue el consejo el que te exilió a Cathgergen, no mi padre. Dijo que tendría que obligar al consejo a que te relevara de tu puesto y te devolviera a una posición digna en Alecia. Y lo hubiese hecho, embajador, pero tú no le diste tiempo para ello.

Rialus no tuvo palabras, pero se las arregló para sacudir la cabeza. No entendía qué estaba tratando de hacer ella, pero lo que estaba diciendo no podía —no podía— ser cierto.

—¿No me crees? —preguntó ella—. ¿Cómo sabría yo de las cartas que le enviaste? ¿Cómo sabría que eras desgraciado en el Norte? Yo estaba muy unida a mi padre, Rialus. Lo quería muchísimo y él me quería. Solía hablarme de las cuestiones

que lo preocupaban, tú incluido. Y te diré una cosa: existe una razón para que haya recordado tu nombre. Es porque unas semanas después fuiste tildado de traidor. «No, no puede ser él», pensé yo. «No el Rialus de quien mi padre hablaba en términos tan elogiosos». Pero eras tú. Traicionaste a mi padre, y ahora estás aquí a causa de ello. Lo que quiero entender es si sientes que escogiste bien. ¿Tu vida de ahora es todo lo que soñaste que sería?

Rialus no supo cómo responder a eso. Las palabras de la princesa eran insultantes. Hubiese debido recriminárselas. Ciertamente tenía más que suficiente que decir acerca de cómo se lo había vilipendiado. Pero no había habido condena alguna en su tono o en sus gestos o en su cara, que parecía toda ella curiosidad y amplitud de miras. Rialus había esperado su rencor, pero no percibía ni una sola partícula de esa emoción emanando de ella. Lo que percibía... bueno, era algo que no había sentido por parte de otra persona en muchísimo tiempo. Ni siquiera estaba seguro de que recordase aún la palabra que lo identificaba. Al menos no hasta que Corinn se la había traído a la memoria.

—No te lo pregunto porque quiera enjuiciarte. Empatizo contigo, y te lo digo sinceramente. Yo también he traicionado a aquellos a los que quiero. Entiendo lo que supone cometer errores honestos, de esos que luego lamentas y deseas, deseas, deseas que te fuera posible enmendar de alguna manera. Pensaba que quizá fueras igual que yo, Rialus.

Empatía. Ésa era la palabra. La princesa empatizaba con él. Era algo demasiado complejo para que la mente pudiera llegar a abarcarlo, tanto la emoción en sí misma como las posibilidades que sugería. A modo de defensa, Rialus recurrió a una vieja cantinela.

—No se nos puede considerar iguales, princesa. Yo soy un embajador. Es una posición de autoridad e importancia...

Corinn indicó que ya había oído bastante.

—Perfecto. Tu vida es justo como deseabas que fuera. No me lo creo, naturalmente, pero tampoco voy a discutirlo contigo. Dime una cosa, entonces... ¿qué opinas del regreso de mi hermano?

¿Hablarle de Aliver? Rialus casi le preguntó por qué deseaba saberlo. Las razones eran obvias, aunque también contradictorias. «Es mi hermano y lo quiero», hubiese podido decir ella. Pero eso no era lo que él quería oír, y por toda una serie de razones. Aliver representaba una amenaza para Hanish, hubiese podido decir ella. Pero eso, pese a la certeza que sugería con respecto a sus lealtades actuales, tampoco llegaba a ser del todo lo que él quería oír. Así que intentó mantener su respuesta lo más neutral posible.

—Aliver continúa siendo un misterio, princesa. No puedo...

—No me mientas. No tienes necesidad de hacerlo y yo no te mentaría. Lo cierto

es, Rialus, que no tengo ni un solo amigo en este palacio. No hay ni una sola persona a la que le importe lo que vaya a ser de mí. Hanish no es mi amigo, ¿entiendes? Nunca podrá llegar a saber que hemos hablado o a enterarse aunque sólo sea de una de las palabras que nos digamos. Júrame que entiendes eso.

Él asintió con la cabeza, si bien lo hizo de una manera titubeante que pretendía indicar que no estaba dando su conformidad a la totalidad de cualquiera que fuese el engaño que podía estar proponiéndole ella.

Si Corinn reparó en la vaga advertencia que intentaba hacerle, no mostró señal alguna de ello.

—Necesito desesperadamente un amigo... un amigo poderoso. Por eso te estoy hablando ahora. ¿Quieres tú, Rialus, tener un amigo también?

Él respondió antes de que hubiera tenido tiempo de censurarse a sí mismo.

—Sí, muchísimo.

—Entonces seré tu amiga. Nos daremos cosas uno al otro, como hacen los amigos. Primero, háblame de mi hermano. Hanish intenta mantenerme sumida en la ignorancia, pero sólo es cruel. Contarme cosas que todos los demás saben ya no te perjudicará en nada. Sólo ayúdame a entender qué es lo que está sucediendo en el mundo.

Eso podía hacerlo, pensó Rialus. Corinn tenía necesidad de él. Ella misma acababa de decirlo. Y de todos modos, ¿qué mal podía haber en contarle cosas que todos los demás sabían? Rialus no estaba dispuesto a aceptar su empatía, pero lo que le pedía era algo que podía hacer.

Pasó la media hora siguiente poniéndola al corriente de todo lo que sabía. Encontró que su voz se volvía sorprendentemente ágil a medida que detallaba los movimientos de Aliver, la cuantía de sus efectivos y cómo los estaba disponiendo. Le habló de los mitos que volaban en torno a él, rumores de hechicería y demás. Poco de eso impresionaba a Hanish, no obstante. El caudillo estaba molesto por el momento que había escogido Aliver para regresar. Hubiese preferido ver a los tunishnevre más completados. Hanish había traído de las provincias a todas las tropas que podía y las había concentrado alrededor de Bocoum. Los numreks aún no se habían unido a ellas, pero ya estaban listos para ponerse en marcha y planeaban hacerlo en cuanto él regresara. La guerra, dijo, estaba a sólo unos días de iniciarse.

El modo en que Corinn reaccionó a esto lo sorprendió bastante. Una y otra vez pidió detalles, datos precisos y explicaciones. Él se los dio lo mejor que pudo. Cuando ella le preguntó qué suponía la mayor amenaza para el ejército de Aliver, Rialus respondió:

—Pues los numreks, naturalmente. Aquellos ante los que soy embajador.

—Sí, los invencibles numreks... ¿Realmente son tan temibles? Rialus pasó unos instantes cantando sus alabanzas en lo concerniente a cuestiones marciales. Era

consciente de la ironía de aquello —particularmente teniendo en cuenta lo mucho que los odiaba—, pero cuanto más solicitaba Corinn de él, más se sentía obligado a ofrecer.

—Si el mundo entero se volviera contra ellos, naturalmente, serían derrotados —concluyó—, pero no antes de que hubieran causado muchos daños. Estoy seguro de que Hanish Mein consideró la posibilidad de actuar contra ellos. Pero eso fue antes.

Ahora está encantado de volver a llamarlos aliados.

—¿Así que los necesita?

—Muchísimo. Hanish puede tener algunas cartas escondidas en la manga, pero mis pupilos son lo que más necesita y aquello en lo que confía por encima de todo.

El rostro de Corinn se oscureció, entre preocupado e indeciso a la vez. Por un instante pareció olvidar a Rialus. Puso una mano sobre el alféizar de un modo que subrayaba la curva de su pecho. Extender la mano casi pareció una medida para impedir que sufriera un desmayo. Sus ojos miraban a través de la ventana de un modo sugeridor de que se hallaba lo bastante concentrada en sus pensamientos como para que no viera realmente. Se mordió la comisura del labio inferior.

—Rialus, ¿qué es lo que quieres más que ninguna otra cosa en el mundo? —Se volvió hacia él. La resolución en su rostro y en su voz indicaba que había solventado lo que fuese que la había tenido tan preocupada y estaba lista para seguir adelante—. Creo que lo sé. Quieres ser respetado. Quieres ser recompensado. Quieres que Hanish reconozca que lo ayudaste a él y a Maeander a alzarse con el triunfo contra mi padre. Quieres la clase de despojos que recibieron hombres como Larken. Quieres no tener que despertar nunca sin una beldad a tu lado, una que hará exactamente lo que a ti te apetezca. Ésas son algunas de las cosas que quieres. ¿Y por qué no las ibas a querer? ¿Por qué iba ningún hombre ambicioso a no querer esas cosas? Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Rialus abrió la boca, pero Corinn no aguardó a oír su respuesta.

—Hanish nunca te dará ninguna de esas cosas. Él se ríe de ti. Piensa que eres un bobo, un cobarde, un idiota. En una ocasión dijo que si no te hubiera hecho embajador ante los numreks —un trabajo que él considera de lo más vil—, te habría hecho bufón de la corte. Ni siquiera tendrías que practicar tu rutina cómica, dijo. Bastaría con que fueras tú mismo. Eso es lo que Hanish piensa de ti.

—Yo...

—Sabes que te estoy diciendo la verdad. Siempre lo has sabido, y odias a Hanish por ello, ¿verdad?

—O...o...odio no es la palabra que yo emplearía —dijo Rialus—. Princesa, tenía la... la impresión de que vos queríais muchísimo a Hanish. De que...

Corinn echó la cabeza hacia atrás y rió. Abrió la boca hasta tales extremos que Rialus pudo verle el fondo de la garganta. Fue de lo más desconcertante.

—Eres muy gracioso —dijo en cuanto hubo recuperado el control de sí misma—. No quiero a Hanish. ¿Tú sí?

Continuó hablando sin esperar a que él respondiera a aquella pregunta, lo que fue un gran alivio para Rialus.

—Claro que no. Tú eres como yo. —Se puso el canto de la mano entre los pechos y apretó, un gesto que de algún modo era beligerante y no sensual—. Tú y yo hemos acabado con el amor. Nunca volveré a entregar este corazón a hombre alguno. Ni siquiera a ti, Rialus, con todo lo encantador que eres. Puedes concebir los pensamientos que quieras acerca de mí. No puedo sacártelos de la cabeza y me da igual lo que puedas llegar a fantasear. Pero nunca tendrás mi amor; que tampoco deseas, ¿verdad? Te gustaría disponer de la cáscara de mi persona, pero no de lo que contiene. En cualquier caso, habrá otras para ti, muchas otras. Otras más hermosas y vacuas que yo. ¿Comprendes?

Él asintió. Comprendía. La princesa no era, como ella misma acababa de señalar, la vacua beldad que él había imaginado que era. Había mucho detrás de su cara de lo que él no había sido consciente antes. Corinn era, comprendió entonces, algo que él nunca había considerado que fuese. Peligrosa. Eso era lo que era. Rialus no sabía exactamente cómo, no podía imaginar qué clase de poder blandía, y sin embargo ahora creía que no era una mujer a la que fuese prudente contrariar.

Como en respuesta a ese pensamiento, Corinn dijo:

—Hanish me traicionó de maneras que nunca podré perdonar. De maneras que nunca olvidaré. Esta vez no. Rialus, espero que seas más veraz que él. Tengo un mensaje para que se lo lleves a Calrach. Tengo una oferta que hacerle. He estado cavilando en cómo dejar la isla por mis propios medios, pero no se me ocurre ningún modo de hacerlo. Estoy prisionera aquí, Rialus. Pero con tu ayuda... Si conseguimos sacar adelante lo que tengo pensado, serás un hombre muy afortunado. Después de la guerra serás recompensado con todo aquello que pueda haberte parecido que merecías alguna vez. Yo, y mi hermano, nos aseguraremos de que lo tengas.



Thaddeus Clegg no hubiese podido estar más contento con el hombre en que se había convertido Aliver Akaran. Tal vez nadie recordaba más que el antiguo canciller lo mucho que el príncipe se parecía a su padre en las facciones y el timbre de la voz, en la intensidad e inteligencia de sus ojos castaños, y en la erguida elegancia de su torso. Era muy semejante a como había sido Leodan en su juventud. Pero Aliver había tomado todos aquellos rasgos y los había refinado hasta investirlos de una mayor agudeza.

Leodan había soñado y meditado la acción, la reforma y la justicia, pero nunca había llegado a actuar realmente. Ahora Aliver vivía y respiraba todas aquellas cosas y se esforzaba por dar forma al mundo de acuerdo con ellas. Thaddeus había estado preocupado por la reticencia inicial de Aliver a asumir completamente su responsabilidad, pero ahora eso parecía agua pasada. Desde que regresó de su búsqueda de los santoth, el príncipe no había flaqueado. Cuando se le pidió que volviera a llevar la *Confianza del Rey*, Sangae no vaciló en recuperarla para él. Con ella colgando de su costado, Aliver Akaran tenía todo el aspecto de un héroe en proceso de gestación.

La primera tarea de Aliver —la de ganar para su causa a los halaly—, no había sido fácil. Se negó a unirse a ellos en una guerra mezquina para exterminar a sus vecinos. En lugar de eso, los convenció de que dejaran atrás las contiendas provinciales. Compartían un enemigo común mucho peor que cualquier amenaza que una tribu talaya pudiese representar para otra. Contribuir a la derrota de Hanish Mein, argumentó, sería la mayor obra individual que ninguno de ellos pudiera hacer para cambiar sus fortunas. Prometió que, cuando fuese rey, recordaría cada acción que se hubiera llevado a cabo en pro de él y cada acción que se hubiera llevado a cabo en contra. Les recompensaría todas de múltiples maneras. Los halaly, había dicho, podían ser líderes entre los talayos, o por el contrario podían ser el único pueblo que se quedara sin voz en el mundo venidero. Serían objeto de mofa para generaciones futuras que mirarían atrás para cubrir de ridículo a un pueblo tan ciego a los cambios posibles, que había pasado a ser intrascendente debido a ello. Mirar a los ojos a Oubadal y decir tales cosas no podía haber sido fácil, pero Aliver supo hacerlo.

Los primeros informes de todo aquello que llegaron al canciller provenían de



otros. Cuando el príncipe volvió de Halaly e inició la marcha hacia el Norte, el anciano tuvo ocasión de verlo con sus propios ojos. Aliver estaba disponible para la cada vez más numerosa multitud que acudía a él. La gente se congregaba para oírlo cada tarde, cuando hacía largos discursos a quienquiera que le buscase. Hablaba con el fervor de un profeta y sus saltos visionarios iban haciéndose más y más grandes con cada día que pasaba. Detallaba creencias e intenciones que Thaddeus no había esperado, no había plantado en él, o imaginado él mismo. Sin embargo eran ideas de una nobleza tal que no podía hallarle el menor defecto al joven.

Cuando Aliver dijo que recompensaría a aquellos que lo ayudaran, no se refería a hacerlo al antiguo estilo, con riquezas, otorgando poder a una tribu en vez de a otra, elevando a uno sobre los hombros de otro. Quería romper esa vieja costumbre a lo largo de su retorcida columna vertebral y arrojar bien lejos todos los fragmentos. Pedía a las tribus, ya fuese en Talay o en Candovia, en Aushenia o en Senival o en cualquier otro sitio, que pensarán en las demás como miembros de familias ampliadas. No tenían que quererse ciegamente la una a la otra o estar de acuerdo en todo o dar sin la expectativa de recibir a cambio. Pero él haría que se sentaran juntas en un consejo y buscaran modos para que pudieran beneficiarse mutuamente de políticas pensadas para beneficiarlas a todas. Cada una de ellas podría encontrar la prosperidad para sí misma, y también sonreír ante los logros de las demás. ¿Por qué debería ser de ninguna otra forma?

—Edifus estaba equivocado —dijo Aliver una tarde, en palabras que resonarían una y otra vez en la mente de Thaddeus después—. Tinhadin estaba equivocado. Demasiadas de las generaciones que los sucedieron aceptaron las mismas injusticias. Mi padre, Leodan Akaran, ni siquiera él fue capaz de ver alguna manera de liberarse de la tiranía en su propia estatura dentro del mundo. Él sabía que eso estaba mal. Yo sentía que era así; lo sabía sin necesidad de saberlo; me esforzaba por no verlo porque sabía que nadie quería que lo viera. Pero entonces llegó Hanish Mein. Entonces llegó el mal mayor que ardió a través de la Tierra y la dejó calcinada y dañada de tantas maneras distintas. Aborrezco a Hanish Mein por el sufrimiento que infligió al mundo. Detesto que incluso ahora tenga que pedir a miles que den sus vidas en combatirlo. Pero hay una cosa por la que le estoy agradecido. Cuando Hanish Mein rompió la cadena del dominio akarano, preparó el escenario para un cambio en las fortunas del mundo. Hanish no es el inicio de una nueva era. Sólo es la pausa entre dos frases. Los primeros Akaran pronunciaron la primera frase y fue una decepción; yo y aquellos que vengan después de mí dirán la segunda frase, y será una de justicia.

Hanish Mein reducido a la pausa entre dos frases... Thaddeus nunca había imaginado plantear la situación tan osadamente. Y Aliver tampoco se detuvo ahí. Prometió acabar con los trabajos forzados en las minas. Cancelaría la Cuota y nunca volvería a tomar parte en el comercio de la niebla. Juró que su máxima

responsabilidad sería gobernar de un modo que beneficiara al mayor número posible. No aceptaba la creencia de que el orden natural de la humanidad consistía en que unos pocos se beneficiasen del trabajo y el sufrimiento de las masas. Quería a sus antepasados, que nadie se atreviera a decir otra cosa. Ellos se equivocaron al estructurar el mundo tal como era ahora, pero también lo habían hecho posible a él. En su nombre, y en el de sus antepasados, moldearía un futuro mejor.

Cualquier vacilación que Aliver pudiera haber tenido de joven se había disipado. Él la había quemado de su esbelto cuerpo como si fuera grasa infantil, y durante las horas diurnas se movía con un vigor que nunca desfallecía. A veces, de noche, cuando había poca gente alrededor, su cara y su cuerpo mostraban fatiga, preocupación. Pero eso, pensaba Thaddeus, era de esperar.

Para cuando llegaron a las llanuras abiertas que se extendían hasta allí donde alcanzaba la vista yendo hacia el Norte hasta llegar a Bocoum, muchos llamaban a Aliver más que meramente el Rey de la Nieve. Fue proclamado profeta de la Donante. Nadie, decía la gente, había dicho jamás tan nobles verdades a tantos oídos. La Donante obraba a través de él. Con esta guerra la Donante estaba poniendo a prueba al mundo para ver si era justo. Quizá cuando triunfaran, la Donante volvería al mundo y caminaría de nuevo entre la gente.

Aliver nunca había hecho semejantes proclamaciones, pero las ideas prendieron como las llamas cuando tocan los herbazales secos de Talay. Fluían de persona en persona, de aldea en aldea, dentro y fuera de distintas lenguas. Saltaban cordilleras y surcaban los mares. La gente estaba hambrienta de un mensaje como aquél. Lo engullían con bocas llenas de avidez y lo recibían con ojos límpidos, especialmente a medida que una persona tras otra se sacudía de encima su antigua dependencia de la niebla. A veces Thaddeus despertaba en plena noche con el temor de que los acontecimientos estuvieran yendo demasiado deprisa, pero ahora ya no había vuelta atrás.

El anciano aún aconsejaba al rey emergente, pero se encontraba cada vez más a menudo llevando a cabo los deseos de Aliver. Thaddeus se encargó de las comunicaciones con el gran mundo a través de todos los canales que podía emplear. Alertó a la resistencia callada en cada rincón del Mundo Conocido respecto a que Aliver Akaran se había anunciado a sí mismo. Ya no tenían por qué seguir callados. Imaginó las escenas que irían teniendo lugar a medida que corriera la voz. Rápidos ataques de guerrilla contra los intereses meinish. Convoyes mercantes atacados. Puestos avanzados incendiados. Mineros alzándose en rebeldía. Soldados eliminados de uno en uno o de dos en dos. Aliver quería que se les hiciera la vida difícil a los meins en todos los lugares y de todas las maneras posibles. Pero esos actos de resistencia deberían ser mantenidos pequeños, decía. Quería sembrar discordia consciente en cada lejano rincón, al mismo tiempo que reunía su ejército y se

disponía a actuar desde el corazón de Talay. Lo organizaría todo de tal modo que su fuerza fuera una ola tan colosal que a Hanish Mein no le quedara otra elección que ir a su encuentro, en lo que prometía ser una batalla tan grande como cualquiera de las que se habían librado en la Primera Guerra.

El nuevo ejército de Aliver hablaba distintas lenguas, tenía distintas costumbres, hacía la guerra de distintas maneras. Había jóvenes y viejos, hombres y mujeres, soldados experimentados y novatos recién incorporados. Había pescadores y jornaleros y trabajadores de las minas, ganaderos y granjeros, eran de todas las profesiones imaginables. Unificar grupos tan diversos en una sola fuerza combatiente planteaba un conjunto de problemas increíblemente complejo. Hanish no se opuso a su avance hacia el Norte, sino que fue reagrupando a sus guardias provinciales hacia un punto central. Recibieron informes de que estaba acumulando tropas a lo largo de la costa talaya. El momento en que las dos fuerzas se enfrentarían estaba muy próximo.

Afortunadamente, Leeka Alain estaba impaciente por volver a ostentar el mando militar. La leyenda del general que montaba un rinoceronte no había sido olvidada. Leeka era, después de todo, el primer hombre en separar una cabeza numrek del cuello que la sostenía. Había sobrevivido a un ejército entero y combatido en batalla tras batalla a lo largo de la Primera Guerra. Si bien unos años mayor, aún era un general al que otros seguirían en la contienda. Se consagró a ordenar y adiestrar el creciente ejército de Aliver.

Los disgregó en unidades pensadas para sacar provecho de sus diversos talentos. Dio instrucciones a los oficiales a sus órdenes que pensarán creativamente en cómo se podía utilizar a cada persona de manera que fortaleciese al todo. Simplificó las órdenes de batalla, seleccionando las mejores palabras de las distintas lenguas de modo que las llamadas fueran concisas y comprensibles y que cada persona oyera al menos una de sus palabras articulada en los labios de sus oficiales. Los hizo pasar por una serie de ejercicios de adiestramiento que los acostumbraron a operar como unidades. Escenificando simulacros de batallas en las que los nuevos reclutas hacían frente a una acometida de veteranos, los acostumbró a la confusa turbamulta de dos ejércitos que chocan uno con otro. Los hacía trabajar mucho, pero siempre les dejaba conservar justo la suficiente energía para que pudieran cubrir la distancia prevista para el día mientras avanzaban hacia el Norte. Los nuevos reclutas eran aceptados en el mismo instante en que se ofrecían voluntarios y se los incorporaba a la rutina sin tardanza. Cabía la posibilidad de que no pudiera llegar a tenerlos completamente preparados para hacer frente a unidades de punisaris u hordas de guerreros enviados por los numreks —¿quién podía estar realmente preparado para tales cosas?— pero los tendría tan preparados como fuera humanamente posible, aunque para ello tuviera que prescindir de una gran parte de la tradición militar acacia y repensar toda la

empresa.

Más que ninguna otra cosa, sin embargo, la llegada de Dariel había hecho muchísimo por Aliver. Lo reafirmó en su propósito como no lo había hecho ninguna otra cosa hasta entonces. La noche de la llegada de Dariel, Thaddeus había corrido a la tienda del consejo y encontrado a los dos hermanos fundidos en un estrecho abrazo. Debían de llevar un buen rato así. Sentados en taburetes con los brazos entrelazados, conversaban en susurros. Tímidamente, Thaddeus se les acercó. No estuvo seguro de qué hacer hasta que Aliver puso los ojos en él. Entonces el príncipe extendió una mano y atrajo al viejo canciller al abrazo. Dariel —su rostro, ahora el de un hombre, si bien el niño aún estaba presente en la forma de sus ojos— le dio la bienvenida con una triste sonrisa. Thaddeus se las arregló para murmurar un saludo al joven príncipe antes de que la emoción le hiciera un nudo en la garganta.

En los días que siguieron, los hermanos volvieron a conocerse entre el discurrir de los acontecimientos cotidianos. Estaban juntos a menudo durante el día, tocándose el codo, escuchando las mismas reuniones del consejo, tomando decisiones juntos, entretejiendo los años que habían pasado separados en la urdimbre de su atareada existencia diaria. Thaddeus se había preguntado si surgiría alguna fricción entre ellos. ¿Serían desconocidos el uno para el otro? ¿Se medirían mutuamente, ahora hombres y quizá competitivos, considerando la posibilidad de que uno de ellos pronto pudiera ser rey? ¿Habrían todos esos años separados dañado su relación de maneras que no serían fáciles de remediar? Pero Thaddeus no vio nada de eso. Debían ponerse al día respecto a muchas cosas, sí, pero ninguno de los hermanos parecía sentirse incómodo en compañía del otro. Quizá Leodan los había moldeado, en aquellos primeros años, para que fueran mejores hermanos que la mayoría.

Deteniéndose en la entrada a la tienda de Aliver un anochecer, Thaddeus no pudo evitar ponerse a escucharlos. No había pretendido hacer tal cosa, y ciertamente no lo animaba ninguna mala intención. Pero oír la voz de Aliver al otro lado del faldón de la tienda lo detuvo en seco. No era la misma voz con la que el príncipe hablaba habitualmente. Había en ella una abierta franqueza, una nada disimulada sinceridad. Era la voz de un hombre que le habla a su hermano, a una de las pocas personas en el mundo a las que no necesita ocultar nada.

Aliver estaba hablando de lo duro que había sido para él verse arrojado a la cultura talaya. Fue abrumador. Al principio, había odiado su pálida piel y su lacio cabello y sus delgados labios. Durante un tiempo se había afeitado la cabeza y pasado demasiadas horas al sol e, incluso, fruncido los labios para hacerlos parecer más carnosos cuando hablaba con mujeres jóvenes. Afortunadamente, ya hacía años de eso. Durante los últimos años había empezado a sentirse más a gusto dentro de su piel. Ahora sabía quién era él, sabía lo que tenía que hacer, y, por fin, podía mirar a Dariel y ver a su familia reflejada en su hermano.

Lo que era un regalo maravilloso. Hablando a través de una carcajada, dijo:

—Así que gracias por haber vivido tanto. Por favor, continúa haciéndolo.

Dariel compartió en igual abundancia con Aliver, detallando lo extrañamente solitario que se había sentido creciendo entre los incursores. Había habido personas a su alrededor en todo momento, yendo y viniendo dentro del torbellino de aventura y camaradería, y sin embargo había estado solo. Los quería a todos, dijo, especialmente a Val. Aquel gigante de hombre había sido todo lo padre que podía. Había dado su vida por Dariel, en más de una manera. Deudas así nunca podían ser saldadas. Regalos como éstos nunca podían ser ganados, dijo.

—No tengo ni la más remota idea de lo que hice para merecerlo.

—Val tenía una vida que vivir, también, ¿verdad? —preguntó Aliver—. Hacer lo que hizo quizá fue su manera de vivir con honor, su manera de encontrar algún significado. A menudo, pienso, los hombres que sacan el máximo provecho posible de sus vidas son los que más temen... no ser dignos de la fe de aquellos que los quieren. Naturalmente, eso también hace que nuestras vidas se vuelvan más difíciles. Tú y yo, por ejemplo, estamos obligados a ser mejores de lo que hubiéramos podido ser en otras circunstancias. Somos eslabones de una cadena, ¿no?

Al oír aquello, Thaddeus estuvo seguro de que hasta cierto punto el príncipe estaba hablando de él. Eso lo hizo sentir incómodo, y además sabía que por mucho que llegara a hacer por ellos nunca podría estar tan unido a aquellos niños como ellos lo estaban el uno del otro. Los quería absurdamente, con una intensidad que no había dejado de crecer en el curso de los años. Era como si hubiera tomado lo que Leodan sentía por sus niños y lo hubiera añadido a sus propios sentimientos, y luego lo hubiera mezclado todo dentro del gran vacío dejado por la muerte de su esposa y su hijo. Era padre y tío, a la vez que doliente y penitente por crímenes pasados; la combinación casi era insoportable. Un castigo apropiado, pensó.

Como el menor de los herederos Akaran necesitaba ser introducido en lo que querían llevar a cabo, saberlo todo, tomar parte en todo lo que estaba sucediendo, Thaddeus tomó el relevo de Leeka Alain y se hizo cargo de la educación del joven. Un anochecer, mientras estaban acampados a unos cincuenta kilómetros de Bocoum y la costa talaya, compartió una tienda con Dariel, Aliver y Kelis, quien ahora en muchos aspectos parecía un tercer hermano. Dariel se interesó por los numreks, unos seres en los que aún no había puesto los ojos. Preguntó si las historias que se contaban acerca de ellos eran ciertas.

—Depende de a qué historias os refiráis —dijo Thaddeus—. Algunas son decididamente ciertas. Otras decididamente no.

—¿Es cierto que fueron obligados a dejar su tierra? —preguntó Dariel—. He oído decir que ésa fue la razón por la que cruzaron los Campos Helados y se unieron a Hanish.

Thaddeus asintió con la cabeza.

—Aquellos a los que los acacios nunca pudieron derrotar en el campo de batalla vinieron a esta tierra como un pueblo vencido, huyendo de fuerzas a las que temían lo bastante para llegar a adentrarse en lo desconocido. —Dejó que el significado de lo que acababa de decir se asentara por un instante—. Este mundo es más grande de lo que sabemos, con mucho más que temer en él de lo que hemos imaginado nunca. No dejéis que esto nuble vuestros pensamientos, empero. De momento el enemigo es Hanish Mein. Si no lo derrotamos primero, nunca necesitaremos preocuparnos por lo que pueda venir después.

—Bueno —dijo Dariel—, si nunca fueron derrotados durante la Primera Guerra, ¿cómo planeamos derrotarlos ahora?

Había dirigido la pregunta a Thaddeus, pero el canciller se defirió a Aliver para la respuesta. El príncipe estaba sentado en un taburete de tres patas, las piernas separadas y el cuerpo inclinado hacia delante, un codo apoyado en una rodilla mientras se masajeara la frente con los dedos. Indicó que había oído la pregunta tan sólo cerrando la mano en un puño y apretándose el cráneo con los nudillos. Cuando lo estudió, Thaddeus se dio cuenta de que había algo que lo preocupaba más que de costumbre.

—No estoy seguro —acabó diciendo Aliver—. Odio esa respuesta, pero es la verdad. Ojalá pudiera tener encajadas en su sitio todas las piezas antes de poner en peligro más vidas...

—Pero es que no puedes —dijo Kelis, hablando acacio en beneficio de los demás—. Si esperas a tenerlo todo en su sitio, esperarás eternamente. Hay muchas cosas de las que sólo poseemos un conocimiento parcial. Algunos hablan de unas criaturas que los meins recibieron como presente de los lothan aklun. Antoks, las llaman. Pero nadie puede decirnos qué son esas criaturas. No lo podemos saber, pero tampoco podemos esperar eternamente.

Aliver dejó que la interrupción flotara en el aire por un instante, sin mostrar ni acuerdo ni discrepancia con ella.

—Están los santoth —dijo finalmente—. Ellos son la razón por la que no me he resistido a lo deprisa que están yendo las cosas. Conozco su poder. Creo que nos ayudarán. No sé cómo exactamente, pero si hay alguien que pueda derrotar a los numreks, son ellos. Si se unen a nosotros en el campo de batalla encontrarán alguna forma.

Una vez más, Dariel encontró algo que preguntar.

—Has dicho «si» unen a la batalla. ¿Es posible que no lo hagan?

—Prometieron que lo harían, pero existe una condición añadida. Les dije que les daría *La canción de Elenet*. La necesitan, dicen, para extraer las impurezas de su magia. No dejarán el Sur hasta que les diga que tengo el libro.

—Pero nos movemos un poco más hacia el Norte con cada día que pasa —dijo Dariel.

—La distancia no importa. Nunca dejo de estar en contacto con ellos. El vínculo que me une a los santoth es distendido por los kilómetros, pero no queda roto. Créeme... ellos pueden oír mis pensamientos cuando los envío, y yo puedo recibir los suyos cuando así lo desean. Si el libro me cayera en el regazo mañana, podría convocarlos inmediatamente. El problema es que el libro no me va a caer en el regazo. No tengo idea de dónde está, y nadie se ha presentado para decírmelo. He pecado de lasitud con respecto a eso. No le he hecho saber a nadie lo inequívocos que se mostraron los santoth... Solía pensar que simplemente los convocaría tanto si encontraba el libro como si no. Una vez que se hubieran unido a nosotros, no tendrían más remedio que ayudar. Después, en cuanto hayamos vencido, yo encontraría *La canción de Elenet* y se la daría. Honraría la promesa, porque lo único que habría hecho sería alterar el orden de los acontecimientos para llegar a la meta final. Pero ya no estoy seguro de eso.

—¿Qué es diferente ahora? —preguntó Thaddeus, sintiendo que aquello podía ser el núcleo de lo que lo inquietaba, deseando que él también hubiera pensado más en ello. Cuando era más joven, y su mente más aguda, no hubiese dejado nada sin explorar. Mientras aguardaba la respuesta del príncipe, supo que no había hecho eso tan completamente como habría debido.

Aliver alzó la mirada, se irguió y pareció ver la habitación como si fuera nueva para él. Se pasó las yemas de los dedos por debajo de los ojos.

—El modo en que la gente ha estado dejando la niebla... es porque los santoth los están ayudando. Les dije que no podía combatir con un ejército drogado que se aturdiría cada noche. En respuesta ellos susurraron un hechizo. Lo oí dentro de mi cabeza, y sentí cómo cada noche se deslizaba a través de la tierra dormida. Se movía como un millar de serpientes, cada una buscando a un usuario.

—Es increíble —murmuró Dariel—. He oído decir cómo se estaban liberando de la niebla quienes solían tomarla, pero...

—Sí, es increíble —dijo Aliver. Tras haber expresado su conformidad, sin embargo, se debatió brevemente consigo mismo buscando la mejor manera de expresar las otras cosas que tenía que decir. Por un instante ilustró sus pensamientos con los dedos, pero enseguida se dio por vencido y dejó reposar de nuevo las manos sobre las rodillas—. Pude percibir que había corrupción en el hechizo. Es lo que ellos me han dicho siempre. No sé cómo explicarlo. En realidad no pude entender el lenguaje. Apenas si parecía un lenguaje. Es una especie de música, como si muchas voces arrancaran melodías de millones de notas distintas. Las notas eran como palabras. Y no eran como palabras...

Miró en derredor; sus ojos iban de una cara a otra para escrutarlas con la

esperanza de que hubieran entendido mejor de lo que correspondería a su capacidad para expresarlo en palabras. Pareció decepcionado por la incompreensión que vio devolviéndole la mirada desde ellas. Thaddeus sintió que debería decir algo, pero ya había comprendido lo que quería decir Aliver. En lugar de refutarlo, se quedó muy quieto, sintiendo cómo la importancia de todo aquello se le iba haciendo cada vez más presente.

—No puedo explicarlo —continuó Aliver—, pero los santoth tenían razón, naturalmente. El hechizo estaba como deformado en los bordes. Ellos no tuvieron ninguna intención de hacer que el sueño de la niebla se convirtiera en un horror, pero eso fue lo que sucedió. Convirtieron el estado de la niebla en una pesadilla viviente que se cebaba en los peores miedos y flaquezas de las personas. Hicieron de él un tormento tal que los usuarios temían más a la droga que a la tortura de la abstinencia, más que a perder para siempre los sueños por los que siempre habían ido detrás de la niebla. ¿Me entendéis? Puede haber funcionado, pero no era la canción que querían cantar los santoth. Ellos los habrían apartado de la niebla con mucha delicadeza, mediante una cariñosa presión. En lugar de eso, para cuando el hechizo se hubo asentado, ya era algo deforme y malévol. Si eso es lo que pasa cuando se proyectan hacia nuestros aliados para ayudarlos, ¿qué será lo que podrían llegar a liberar cuando ataquen para aniquilar a nuestros enemigos, cuando la canción que pretendan cantar sea una de muerte y destrucción?

Menuda pregunta, pensó Thaddeus. Exactamente como lo habría expresado él. No disponía de respuesta para ella, y permaneció sentado en silencio con los demás.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Dariel pasado un rato, con un atisbo de humor en su voz—. Si todo esto acaba bien para nosotros, tendremos una historia de lo más asombrosa que contar. Una historia de lo más asombrosa, sí. Una que no desentona en la estantería al lado de El cuento de Bashar y Cashen, como solía decir padre. ¿Os acordáis de cómo lo decía? «El cuento más asombroso aún ha de ser escrito», decía. «Pero será escrito, y merecerá ocupar un espacio junto a Bashar y Cashen».

Aliver dijo que ahora entendía ese cuento de otra manera. Empezó a explicar lo que le habían enseñado los santoth, pero Thaddeus no pudo escucharlo. Supo, en el preciso instante en que las palabras hubieron salido de la boca de Dariel, que algo crucial acababa de ser dicho. Un escalofrío le subió por la espalda para desplegarse a través de su musculatura. Había oído a Leodan emplear esas mismas palabras, pero en otro contexto.

Entonces alguien fue hacia la puerta de la tienda. El guardia apostado en ella preguntó hoscamente qué venía a hacer allí. Una voz femenina se alzó suavemente en respuesta. Thaddeus no pudo oír las palabras que dijo, pero había un tono confiado en ellas. Thaddeus asumió que entendía la situación. Los príncipes eran hombres jóvenes, apuestos y poderosos. Ciertamente había mujeres que competían por ganarse



su atención. Lo sorprendía que ninguno de los hermanos hubiera prestado demasiada atención a...

La mujer gritó algo que Thaddeus no entendió, pero tanto Aliver como Dariel se levantaron de un salto y corrieron hacia el pliegue de la tienda. Ambos estaban fuera de ella antes de que Thaddeus pudiera entender a qué venía aquella reacción. Se inclinó hacia delante en su asiento y escuchó los sonidos llenos de excitación que resonaron acto seguido, pero no fue hasta que Dariel lo llamó que se levantó del taburete. Apartando el pliegue de la tienda para salir a la noche iluminada por las antorchas y las estrellas, vio a los dos príncipes compartiendo un abrazo de muchos miembros con una mujer joven. Estaba tan quemada por el sol como ellos, y era igual de esbelta y fuerte. En la cintura llevaba las espadas duales de los punisaris. El hecho de que fuera armada de aquella guisa acaparó hasta tal punto la atención de Thaddeus que le pasó desapercibida la cosa más importante.

—Thaddeus —dijo Aliver cuando reparó en él—, mirad, es Mena.

Por la Donante. ¿Cuándo se había vuelto él tan duro de mollera? ¿Tan lento de reflejos? ¿Cuándo habían perdido sus ojos la capacidad para ver lo que importaba? Mena. Era Mena. Se desenredó del abrazo de sus hermanos y fue hacia él. Sus zancadas eran tan resueltas y sus espadas sobresalían tan evidentemente de su costado que por un instante Thaddeus medio creyó que iba a abatirlo. Mena, que siempre había sido tan lista. Que siempre había entendido a la gente intuitivamente, incluso de niña. Mena, a la que había temido haber perdido, a la que había hablado a veces en sus sueños, que en aquellas pesadillas había nombrado los crímenes cometidos por él contándolos uno por uno en sus pequeños dedos... Por esa Mena, se quedaría quieto y aceptaría cualquier estrago que ella fuera a infligirle.

Pero si aquella mujer joven se acordaba de todas las maneras en que la había traicionado Thaddeus, no mostró señal alguna de ello. Se dirigió hacia él con los brazos abiertos. Se apretó contra su pecho, abrazándolo, la cabeza acunada debajo de su barbilla. Los ojos de Thaddeus se humedecieron inmediatamente. Equilibrar la cabeza de forma que las lágrimas no llegaran a rebasar los bordes de sus ojos requirió un gran esfuerzo por su parte. Mena podría haberle extraído el aire de los pulmones con su abrazo y él no se habría movido hasta que perdiera el conocimiento y cayera redondo al suelo.

Dando un paso atrás, Mena le subió las manos por el cuello y las juntó en torno a su cabeza. Su apretón era sorprendentemente fuerte. Le inclinó la cabeza hacia delante, vertiéndole las lágrimas sobre las mejillas.

—Estáis igual que siempre —dijo. Su voz tenía un acento extranjero, una sombra del habla gutural de Vumu que ella había transformado de alguna manera en música—. Ni una arruga más en vuestra cara. Ni un solo grano o lunar de los que no me acuerde.

Thaddeus renunció a toda pretensión de que controlaba sus emociones. Las dejó fluir, aún más completamente de lo que había hecho al reunirse con Aliver o al abrazar a Dariel. Ahora tres de los hijos de Leodan estaban juntos; todos ellos — todos ellos— ¡estaban vivos! Simplemente era demasiada alegría, demasiado alivio y demasiada pena para que pudiera mantenerlos a raya. Thaddeus les dio rienda suelta.

Lo que hizo más entrada la noche no fue la acción impetuosa que hubiera podido parecer. O eso se dijo a sí mismo. A cierto nivel, sabía desde hacía algún tiempo que había hecho cuanto estaba en su mano para ayudar a Aliver en el curso de su destino. Esa tarea estaba completada. Aliver podía o fracasar o triunfar, pero no daría la espalda a ninguno de esos dos resultados. Disponía de todo lo que necesitaba para ganar aquella guerra, excepto por una cosa. Necesitaba el libro que ayudaría a sus hechiceros a dar la victoria a su causa mediante la canción. Aunque otros habían visto cómo se les pedía que fueran en busca del libro, no había nadie con más probabilidades de llegar a encontrarlo que el mismo Aliver.

A primera hora de la mañana siguiente, antes de que hubiera salido el sol, Thaddeus Clegg partió en busca de aquel libro, encaminándose hacia el Norte por delante del ejército, en dirección a Acacia y el palacio donde esperaba que el volumen mágico siguiera escondido aún.



Hanish lo había pasado bastante mal durante su última separación de Corinn. La había mirado a la cara mientras se despedía, inseguro de cómo reaccionaría ella, listo para hacer frente a todo un despliegue de emoción nacida del enfado. Quizás incluso anhelaba semejante estallido. En lugar de eso, ella se había mostrado extrañamente reservada. No había protestado porque él fuera a marcharse para ir al encuentro de Haleeven y la caravana que transportaba a los tunishnevre. Tampoco había pedido que se le permitiera acompañarlo, algo que Hanish había previsto que iba a hacer. Aunque le deseó éxito y que todo le fuera bien durante el viaje, sus labios no habían tenido vigor alguno durante sus últimos besos. No había apretado su cuerpo contra el suyo como hacía normalmente. No le dio nada aparte de cortés indiferencia. Hanish medio se preguntó si no habría empezado a cansarse de él ya, pero era un pensamiento ridículo que enseguida hizo a un lado. Lo cierto, pensó, era simplemente que ella había aprendido a ocultar mejor sus sentimientos, más a la manera en que lo hacía una mujer meinish.

Mientras zarpaba de la isla con rumbo hacia Aos, Hanish se convenció a sí mismo de ello. Corinn había estado llena de una emoción que deseaba esconder, decidió: un temblor en los bordes de sus labios, una nueva intensidad en sus ojos, algo delatado por la mueca de irritación con que apartó el mechón de pelo que le había caído sobre la frente. Sí, estaba todo ahí. Hanish no hubiese podido precisarlo en términos exactos, pero Corinn no era tan distinta de la frágil muchachita que había experimentado la pérdida de su familia. Había sido abandonada y la sombra de ese abandono aún se cernía sobre ella. No le hacía ninguna gracia tener que despedirse de él, aunque había intentado estoicamente no mostrarlo. Irónico, pensó Hanish, considerando que era su regreso lo que ella necesitaba temer.

Sospechaba también que se había enterado de la aparición de Aliver en Talay. Quizás incluso había oído rumores de que Mena y Dariel estaban vivos también. No estaba seguro de cómo la afectaría eso. De hecho, a él mismo le costaba digerir la noticia. ¿Cómo era posible que todas las partidas de búsqueda a lo largo de los años no los hubieran encontrado? ¿Por qué no los había traicionado nadie para hacerse con las riquezas que él les habría entregado de tan buena gana? Había sido una frustración perpetua, y ahora era una molestia de lo más inoportuna. Al menos tenía a Maeander

en quien confiar. Él y su afición a las matanzas, con sus armas de guerra y aquellas criaturas retorcidas que tanto lo entusiasmaban: él se ocuparía de los Akaran.

Después de haber puesto un poco de orden en sus pensamientos, hizo cuanto estaba en su mano para poner a buen recaudo cualquier emoción que sintiera hacia Corinn. Ordenó a los punisaris que la siguieran de cerca en todo momento. Trazó unos límites muy claros más allá de los cuales no le estaba permitido ir. Los guardias debían evitar que eso resultara evidente para ella, naturalmente. Dejar que se sintiera tan libre como quisiera, pero mantenerla enjaulada en la seguridad del palacio. Eso era cuanto necesitaba hacer ella para estar en su sitio a fin de desempeñar su papel. Si ninguno de los otros Akaran podía ser aprehendido para ocupar el puesto de Corinn, entonces ella tendría que morir sobre el altar para liberar a los antepasados. Eso causaría una gran pena a Hanish, cierto, pero ya se ocuparía de ello más tarde. Era lo bastante fuerte y estaba lo bastante lleno de propósito para que pudiera hacer lo que fuese necesario, y lo haría.

Ése era el propósito de aquel viaje, después de todo. Iba a ayudar a Haleeven a llevar a los tunishnevre durante el último tramo de su viaje a Acacia, a la cámara que había hecho construir especialmente para ellos. Ahora no había responsabilidad mayor que ésa. Nunca la había habido y nunca la tendría después de que aquella tarea hubiera sido llevada a término. Ni siquiera la inminente guerra con Aliver y esas hordas suyas que no paraban de crecer podía compararsele. Maeander era más que capaz de encargarse de eso. Hanish confiaba plenamente en la destreza marcial de su hermano. Tener éxito en derrotar a Aliver era de crucial importancia, ciertamente. Por eso había dado permiso a Maeander para utilizar todos los recursos que pudiera llegar a necesitar, incluido el de desvelar a los antoks, unas criaturas que jamás habían sido utilizadas durante una batalla en el Mundo Conocido. Pero aun así, un resultado adverso en los campos de Talay no decidiría la contienda. Liberar a los tunishnevre, en cambio, sí que lo haría.

Hanish desembarcó en Atos y subió directamente desde los muelles, sin detenerse a admirar la esplendorosa grandeza del lugar. Bajo el gobierno acacio, la ciudad portuaria había sido desarrollada como un próspero asentamiento. Pero eso fue antes de la guerra. Ahora un puñado de nobles meinish y un buen número de punisaris de elite residían allí, rodeados de riqueza y belleza como jamás habían podido imaginar cuando tenían que acurrucarse contra el frío en Tahalian. Tal vez fuese el recuerdo de aquello lo que hizo que Hanish se mantuviera en movimiento sin levantar la vista. Su pueblo había llegado muy lejos, pero aún tenían que transformarse a sí mismos en una auténtica nación imperial. Todavía eran, en muchos aspectos, meros ocupantes que se pavoneaban dentro de las pieles de aquellos a los que habían conquistado, yendo adornados con sus atavíos. Hanish esperaba cambiar pronto todo eso con la ayuda de sus antepasados liberados.

Caballos frescos estaban aguardándolos a él y a su contingente de punisaris. Montaron y se alejaron al galope de la ciudad, sin prestar atención a los magistrados que esperaban para darles la bienvenida. Luego cabalgaron durante dos días a través de los retazos de tierras de labranza que proporcionaban al imperio una parte tan grande de sus recursos alimentarios. Cada noche acampaban de la manera más simple posible, sin ni siquiera erigir tiendas, ya que el tiempo era muy bueno en verano, y los cielos azules y libres de nubes. El tercer y el cuarto día atravesaron los pastizales, pasando junto a rebaños de ovejas y reses atendidos por hombres y mujeres jóvenes que miraban a los meins como si fueran lobos disfrazados.

A Hanish lo llenó de asombro —como hacía siempre, a pesar del tiempo transcurrido— atravesar el cúmulo de riquezas que controlaba ahora. Todo aquello era suyo, se recordó a sí mismo. Todo legítimamente suyo y de su pueblo. El mundo pertenecía a quienes eran lo bastante osados para tomarlo, ¿y quién había sido nunca más osado que él?

Esa noche, acampado en la linde de los bosques de Eilavan, dedicó un buen rato a reflexionar sobre aquella pregunta. Rebuscó entre las generaciones de guerreros meinish para ver si daba con alguien a quien considerara su igual. Había habido un tiempo en que todos le parecían impresionantes, pero ahora, mientras iba eliminándolos uno por uno, encontró que cada uno de ellos carecía de algo. Sólo Hauchmeinisch parecía un hombre de innegable grandeza. Entonces vivían tiempos tan tumultuosos que Hauchmeinisch nació en la guerra y vivió la totalidad de su existencia en el centro de un torbellino. Ciertamente había sido un feroz guerrero, un líder dotadísimo sobre el que recayeron grandes retos para poner a prueba su temple. ¿Quién más habría podido conducir a los meins mientras marchaban, desolados y vencidos, a un gélido exilio concebido para aniquilarlos? Hauchmeinisch se había asegurado de que perseveraran, pero al final la suya fue una historia de derrota. ¿Qué le diría Hanish cuando lo mirase a la cara? ¿Debería inclinarse ante semejante antepasado? ¿O debería doblar la rodilla ante él?

Hanish sabía que los antepasados esperarían verlo llegar con la cabeza inclinada hacia ellos, humilde, lleno de gratitud. Siempre le habían hablado en susurros que decían que sin ellos él no era nada. Simplemente el producto de sus esfuerzos, nada más que eso. Todos sus logros eran poseídos por el colectivo. Ningún hombre solo importaba comparado con la fuerza que ellos encarnaban juntos. Hanish había vivido su vida según aquel credo, y no le había fallado. Teniendo en cuenta eso, ¿por qué ahora su mente parecía rebelarse contra sus antiguas certidumbres, precisamente cuando se hallaba tan cerca de finalizar su trabajo?

Lo llenó de turbación darse cuenta de que aquellos a los que más respetaba eran héroes acacios. Edifus podía haber sido su igual. Tinhadin a buen seguro lo fue. Si hubiera guerreado con ellos, no estaba nada seguro de quién habría prevalecido.

Edifus había luchado tan tercamente, sin flaquear, debatiéndose con todos y cada uno de los que se habían alzado contra él... No había sido un hombre astuto o taimado, sino que había combatido en las primeras filas de cada batalla importante de su carrera. Tinhadin había sido de otro tipo, todo él traición y artimañas, un modelo para la duplicidad que no se detiene ante nada, un hombre dispuesto a abrazar los horrores de una visión tan amplia que pocos aparte de él la hubiesen concebido siquiera. Hanish cayó en la cuenta de que había aprendido mucho de los fundadores de Acacia. En cierto modo, los reverenciaba, incluso a pesar de que habían sido los mayores enemigos de su pueblo. Al final se quedó dormido con la mente extendida alrededor del reconfortante —y decepcionante— pensamiento de que ahora no había hombres como aquellos dos para hacerle frente.

Más tarde, abrió los ojos a la cremosa pincelada de estrellas pintadas en el cielo nocturno. Miró en derredor un instante, sus sentidos dando el grito de alerta por todo su cuerpo. Localizó a los guardias inmóviles en ocho puntos alrededor de él y a otros durmiendo en el suelo, los caballos próximos. Todo estaba tranquilo, tan apacible como cuando se había quedado dormido, el aire lleno con las llamadas de los grillos. Lo que lo había despertado no era nada que estuviera sucediendo a su alrededor. Había estado soñando con una hembra Akaran, una mujer que era exactamente igual que Corinn. Pero la mujer no era Corinn, y no había sido un encuentro amoroso. Tenía que haber sido... Mena. Mena empuñando una espada. Una diosa iracunda: así era como ella se había descrito a sí misma en el sueño. Había alzado su arma para mostrársela. La hoja estaba empapada en sangre. Goteaba de ella como si el metal fuese un manantial de líquido rojo. Fue la visión de aquella arma y las manos de la mujer sobre la empuñadura lo que lo había arrancado bruscamente del sopor. Pero ¿por qué soñar con ella? ¿No era Aliver quien encabezaba la rebelión? ¿Por qué despertar temiendo a quien, en las horas diurnas, él todavía consideraba una chiquilla?

Era poco lo que sabía de Mena aparte de que había matado a Larken con su propia espada, dado muerte a varios punisaris después y hecho que la tripulación iniciara una revuelta. La última parte probablemente fue la más fácil. Una de las infortunadas realidades de la vida imperial era que cada mein tenía que depender de una hueste de pueblos conquistados para hacer que el mundo siguiera funcionando, para tripular los navíos y preparar las comidas y hacer caminos. Aun así, eludirlos tan completamente no debería haber sido posible para la menuda Mena.

Hanish decidió que si se presentaba la oportunidad, sacrificaría a Mena durante la ceremonia. Mejor quitarla de en medio. Quizá Corinn incluso podría llegar a perdonarlo. Quizás aún podrían tener una vida juntos cuando todo aquello hubiera terminado. Hanish cerró los ojos e intentó dormir y no pensar en Corinn. No consiguió hacer ninguna de las dos cosas.

Al día siguiente, sentado en un promontorio que proporcionaba una buena vista del tortuoso sendero de la ruta a través de los bosques de Eilavan, Hanish divisó la caravana que se aproximaba. La caballería iba delante y se desplegaba a través de los bosques a lo largo de los flancos. Después venían unidades de punisaris, marchando en apretada formación, encajonadas por el estrecho sendero. Más allá de ellas se extendía una cinta serpenteante de carros, trabajadores y sacerdotes, artefactos tirados por bueyes cargados con centenares de sarcófagos. En cada uno de ellos, sabía Hanish, residía uno de sus antepasados. Oyó el chasquido de los látigos de los conductores que la brisa traía hasta él. Estaba sucediendo, pensó. Realmente iba a suceder.

Cuando se acercó al galope, a través de la caballería y los infantes y en dirección al cuerpo de la procesión, no pudo imaginar cómo se las habían ingeniado para atravesar la escabrosa, maltratada y húmeda tundra de la altiplanicie del Mein. En verano habría sido una marcha traqueteante a través de un fétido paisaje de turba esparcida en una delgada capa por encima de un subsuelo rocoso, con muchísimas ocasiones de inclinarse a cada lado y desparramar su carga, quedar atrapado en alguno de los muchos lodazales. Quizá no habrían sido capaces de llegar a hacerlo sin la ayuda de la tecnología numrek. Eran ellos quienes habían enseñado a los meins cómo hacer carros de semejante tamaño, con aquellas ruedas enormes y con una flexible armazón inferior que no se partía bajo la presión. Aun así, pensar en aquellos artefactos gigantescos avanzando laboriosamente por el empinado sendero que bajaba del Borde lo puso tan nervioso que sintió un hormigueo en la piel. Tendría que preguntarle al respecto a Haleeven más tarde, después de que le hubiera dado las gracias, felicitado. Era una proeza sobre la que haría que un poeta escribiera una balada.

El tío de Hanish sonrió con una mueca de loco cuando vio a su sobrino. Los dos hombres se saludaron uno al otro haciendo chocar sus cabezas. Frente impactó contra frente. Apretaron piel contra piel, cada uno con las manos alrededor del cráneo del otro. Era un antiguo saludo, reservado para parientes próximos y para momentos de gran emoción. Estaba pensado para hacer daño. Pero el dolor que causaba no fue nada comparado con el impacto de la apariencia de Haleeven. Hanish nunca había visto a un hombre tan desaliñado, salvo por los mendigos que recorrían los callejones de Alecia: ropas en mal estado, tachonadas de mugre, labios llenos de las costras producidas por su lengua que asomaba, asomaba, asomaba continuamente para humedecerlos. Sus ojos se escondían bajo unas cejas caídas, y la piel de su cara se aflojaba, como si el tejido mismo hubiera sido fatigado por el trabajo de la última semana. Su pelo era impresionantemente blanco. Hanish intentó recordar si ya lo había sido antes, aunque sólo fuera un poco. Creía que no. Se elevaba desde su cuero cabelludo como si cada pelo fuera un zarcillo de hilo de plata helado por una brisa

gélida.

Dando un paso atrás, Hanish dijo:

—Tienes buen aspecto.

La mentira estuvo fuera de su boca antes de que se diera cuenta. Haleeven le hizo saber lo que pensaba de ella con un fruncimiento de ceño, pero volvió a alegrarse al momento siguiente.

—No, tú sí que tienes buen aspecto. Yo... yo no me encuentro muy bien. A menuda misión me enviaste, sobrino. Menuda tarea...

—Pero la has llevado a cabo.

Haleeven lo estudió un momento en silencio, y luego dijo:

—Ven, déjame enseñártelo todo.

Con Haleeven a su lado, Hanish visitó a cada uno de los antepasados. Subió a los grandes carros para tocar los sarcófagos con las manos, susurrar sus saludos e invocar viejas plegarias de encomio. Sintió palpablemente la vida que había dentro de los recipientes. Los antepasados latían con una feroz, innegable energía. Su palpitar azotaba el mundo en un silencio apagado, como si cada uno de ellos estuviera gritando como un poseso dentro de una cámara a prueba de sonido y movimiento. Hanish reparó en la fatiga y la inquietud presentes en cada gesto de los trabajadores. Tenían los ojos desorbitados por el miedo, agotados más por el peso emocional de sus obligaciones que por el trabajo físico. Incluso los bueyes, normalmente unas criaturas tan tranquilas, estaban nerviosos y necesitaban que se los controlara estrechamente.

La descripción del viaje que le hizo Haleeven fue una larga historia de penalidades y reveses, contada a lo largo de la tarde y continuada esa noche durante la cena en el campamento. Cuando hubo acabado, los dos hombres permanecieron sentados en silencio mientras la noche se asentaba poco a poco a su alrededor. Hanish no podía ver las estrellas debido a los árboles que las ocultaban, las partes de abajo del follaje reluciendo a la luz del fuego. Haleeven encendió una pipa llena de hoja de cáñamo y fumó de ella, un hábito que Hanish no sabía que hubiera adquirido. Estuvo a punto de decir algo desdeñoso. Pero tampoco era como si Haleeven estuviera fumando niebla. Quizá se había ganado el derecho a tener un vicio. Hanish acababa de empezar a pensar nuevamente en Corinn, cuando su tío rompió el silencio.

—Están tan impacientes... —dijo.

Hanish no necesitó preguntar a quiénes se refería.

—Lo sé.

—Están furiosos.

—Lo sé. He hecho...

El tío saltó hacia delante desde su posición reclinada, alargó una mano y agarró de la muñeca al sobrino. Esperó hasta que Hanish le encontró los ojos y entonces los clavó en los suyos, mirándolo con una abrasadora intensidad.



—¡Qué vas a saber! No los has sentido como los he sentido yo durante todos estos días. Ahora están despiertos del todo. Hierven de propósito. Quieren venganza, y la quieren con un anhelo tal que tiemblan ante su proximidad. Los temo, Hanish. Los temo como nunca he temido a nada en la Tierra.

Hanish apartó la muñeca, despacio pero con una torsión que rompió la presa del hombre. Después habló con la convicción que sabía debería estar sintiendo, intentando creer en sus propias palabras.

—Su ira no está dirigida hacia ti. No tenemos nada que temer de los nuestros, tío.

—Eso es lo que ellos nos han dicho siempre —murmuró Haleeven—. ¿Qué le has dicho a la princesa?

—¿Acerca de lo que les sucederá a los tunishnevre? Le he dicho que ella podía ayudarme a liberarlos. Una gota de su sangre, dije, y su bendición eran cuanto necesitábamos para romper la maldición. No se ha ofrecido a darlas, sin embargo. Y yo no la he acuciado. La princesa piensa que puedo hacerlo sin su bendición.

—Puedes —dijo Haleeven—. ¿Y le contaste lo que significa romper la maldición? ¿O que hay dos maneras distintas de hacerlo, cada una con un desenlace muy distinto?

—Dije que liberaría a los antepasados para que pudieran escapar a la verdadera muerte y descansar por fin. Dije que ellos sólo querían paz y liberación.

—¿Eso fue todo que le dijiste?

Hanish asintió.

Haleeven estuvo callado un instante, y luego dijo:

—Así que le mentiste por omisión.

—Sí, lo hice. Ella cree que los antepasados quieren la paz, cuando de hecho lo que quieren realmente es volver a andar por la Tierra...

—Con las espadas desenvainadas...

—Cobrándose una terrible venganza.

Después de aquello permanecieron sentados en silencio durante un buen rato, sin nada más que decir ahora que habían compartido lo que ambos sabían y habían sabido todo el tiempo. Hanish extendió la mano y pidió la pipa de cáñamo con un gesto de los dedos. Haleeven le dio la vuelta y se la puso en las manos.



Maeander lo había pensado antes, pero ahora sabía que era cierto sin lugar a duda: nada le aceleraba tanto el pulso como la promesa de hacer la guerra. Conquistas carnales, juegos de proeza física, adquisición de riquezas, cacerías de presas animales y/o humanas, y escaramuzas: todo eso palidecía hasta quedar reducido a la insignificancia comparado con la promesa de la carnicería a gran escala. Se había sentido mejor con el derramamiento de sangre de la Primera Guerra, y desde entonces su vida se había reducido básicamente al aburrimiento. En varias ocasiones había intentado convencer a Hanish de que le dejara hacer la guerra a un pueblo u otro, pero su hermano siempre hacía oídos sordos tomándolo por un bromista. Ahora, por fin, tras nueve años de paz, Maeander sentía que el corazón volvía a latirle más deprisa. Aliver Akaran había vuelto, y se había traído consigo a suficientes amigos como para que la cosa fuese interesante.

Mientras desembarcaba a sus tropas en puntos ubicados a lo largo de la costa central talaya y las hacía marchar una corta distancia, Maeander pensó en el inminente conflicto como una gran diversión. No pudo localizar en parte alguna de su ser ningún zarcillo de miedo, preocupación o inquietud porque el destino pudiera tenerle reservado algún desenlace desagradable. Él no podía perder. Eso lo sabía muy bien. Nunca había conocido a otro hombre con una mente tan apropiada para la matanza como la suya. El legendario Tinhadin quizá podría haber rivalizado con él, pero pocos más podrían hacerlo. Sus tropas estaban entrenadas y a punto. Hanish se había asegurado de que no pudieran regodearse demasiado en su victoria militar y se ablandaran, como habían hecho los acacios. Conseguirlo no había sido fácil, ya que la mayoría de ellos se habían hecho ricos de la noche a la mañana. Pero Hanish les había hecho jurar que acatarían un estricto nivel de disciplina. Con unas pocas excepciones, todos habían sabido estar a la altura de su juramento.

Eran una fuerza más formidable de lo que habían sido en la Primera Guerra: más capaz, mejor aprovisionada, con mayor amplitud de miras y mayor adiestramiento, e igual de orgullosa. Ahora no había en ellos la avidez que estuvo presente en aquel conflicto anterior, sino que estaban determinados a preservar lo que habían ganado. Los más jóvenes anhelaban una gloria similar a la de su padre, su tío y su hermano mayor. Habían obtenido armas para las que Aliver no estaría preparado, sorpresas que

podían resultar aún más espectaculares de lo que lo habían sido incluso los numreks.

Además de la fe que Maeander tenía en sí mismo y sus tropas, los tunishnevre le habían prometido que triunfaría sobre el príncipe Akaran. La sangre de Aliver sería derramada por su mano; los antepasados así se lo habían asegurado. Le habían dado permiso para matar al joven personalmente, si era necesario. Corinn bastaría para liberarlos de su maldición en la ceremonia, pero no se podía permitir que Aliver continuara viviendo como un peligro para ellos.

Mientras contemplaba el gran ejército del príncipe advenedizo desde lo alto de unos riscos que daban a lo que iba a ser el campo de batalla, Maeander estaba tan excitado como un muchacho que imagina tales escenas dentro de su cabeza. Dedicó unos días a disponer sus tropas en campamentos desde los que podrían ser desplegadas. Si Aliver creía que las revueltas surgidas por todo el imperio dejarían a los meins escasos de aliados, se llevaría una decepción. Hanish había apelado al liderazgo asentado en cada provincia, a aquellos que se habían enriquecido apoyando causas meinish, a aquellos a los que les gustaba tanto verse elevados por encima de sus iguales que lucharían para preservar su condición. Esos grupos habían actuado para sofocar las rebeliones en casa y respondido a la petición de tropas hecha por Maeander. Los numreks aún tenían que llegar. Se decía que estaban a tan sólo dos días de distancia. Únicamente se perderían un poco de la acción, y de cualquier manera Maeander no estaba seguro de que fuera a necesitarlos.

Talay estaba mayormente fuera de sus manos, pero controlaba Bocoum y la mayor parte de la costa con recursos infinitos para el abastecimiento por vía marítima. Navíos de la Liga punteaban el mar a millares, a la espera de satisfacer cualquier necesidad que pudiera surgir. Sus fuerzas ascendían a treinta mil hombres. Cada uno de ellos era un combatiente, adiestrado y seleccionado para aquella batalla. Su ejército, creía Maeander, era una hoja de acero que se abriría paso a través de las abultadas fuerzas de Aliver. Habría sido estupendo tener aún a Larken como su mano derecha, pero eso no era posible gracias a Mena, una extraña, engañosa criatura.

Por eso, esperaba que Aliver aceptara su invitación a parlamentar. Le gustaría ver de nuevo a Mena y buscar en ella signos de sus habilidades marciales que se le hubieran pasado por alto durante su primer encuentro. Se preguntaba qué aspecto tendría Aliver en persona. Lo preocupaba un poco que su apariencia pudiera ser decepcionante —siempre era mejor imaginar un enemigo hábil y gallardo—, pero aun así tenía curiosidad y sabía que Aliver probablemente estaría difunto antes de que se presentara otra oportunidad.

Los Akaran, no obstante, declinaron la oferta. Enviaron un mensaje para recordarle que durante la última guerra los meins habían utilizado la honrosa tradición de parlamentar sólo para desencadenar un arma vil. No se permitiría que eso volviera a suceder, decía Aliver. Si Maeander deseaba presentar su rendición, la de su

hermano y la de cada mein que hubiera combatido al Imperio Akaran o se hubiera beneficiado de la caída de éste, entonces podía ser que tuvieran algo de qué hablar. De lo contrario, deberían dirimir la cuestión en el campo de batalla.

Maeander respondió que le parecía muy bien. Él tampoco tenía gran cosa que decir al príncipe. Eso no era del todo cierto, como quedó claro por el siguiente mensaje que envió. Llegados a ese punto, decía, ni siquiera habría aceptado la rendición incondicional de Aliver. Maeander creía que el príncipe había decidido su destino el día en que optó por salir de su escondite. A partir de ese instante, su vida había iniciado la cuenta atrás hacia su conclusión. A tenor de esta consideración, no había ninguna posibilidad de que el hecho de hablar fuera a servirles de algo a ninguno de los dos, y aquel simple intercambio de mensajes servía razonablemente bien a los propósitos del parlamentar. Antes de la Primera Guerra nunca habría enviado un mensaje tan prolijo, pero ahora parecía bastante natural que lo hiciese. La vida cultivada disponible en Acacia quizás estuviera teniendo un cierto efecto sobre él, haciéndolo más dado a la verborrea.

Antes del alba de la mañana siguiente, envió a las llanuras a un contingente de trabajadores reclutados por la fuerza para que despejaran de escombros el campo de batalla. El sol se alzó sobre las tropas reunidas. Entre los dos ejércitos había una gran extensión de terreno vacío, punteado aquí y allá por matorrales y unas cuantas acacias. Las tropas de Aliver eran casi el doble de las de Maeander. Formaban en filas ordenadas, divididas en unidades que tenían que contar con líderes autónomos, pero eso no ocultaba la diversidad políglota de sus integrantes. Maeander los llamaba acacios, pero en realidad predominaban los talayos, con toda clase de otros pueblos mezclados entre sus efectivos. Una gran cantidad de ellos lucía el naranja de los Akaran. Algunos llevaban camisetas o pantalones de ese color; otros se habían atado tiras de tela alrededor de la frente o de los brazos o hecho cinturones con material de dicho color. Las tropas de los balbara —que iban casi desnudas— se habían marcado el pecho con pintura ocre. Entre unos y otros, presentaban una imagen de lo más abigarrada. Maeander tenía una razón particular para sentirse complacido por ello. Se verían estorbados, creía él, por barreras lingüísticas, por la disparidad de costumbres existentes entre ellos, por un abanico tan grande de destreza y bravura y preparación para el combate que a él le bastaría con sembrar el caos en su seno y liquidarlos mientras hacían implosión.

Empezó con dos maniobras simultáneas pensadas para negar a Aliver toda oportunidad de hacerse con la iniciativa. Maeander puso en marcha a sus tropas e hizo que las catapultas empezaran a lanzar peñascos de brea en llamas sobre cada ala de las fuerzas de Aliver. El ejército de Maeander estaba rígidamente formado, disciplinado. Progresaron hacia delante con un paso firme y seguro que no podía ser ignorado. Las primeras líneas de los acacios habrían oído sus cantos y el rítmico batir

de sus pies y las ráfagas de aullidos gritadas por los distintos clanes en respuesta a los estímulos de sus nombres de familia. Todo suficientemente aterrador.

A lo cual había que añadir los tremendos movimientos de fractura de las catapultas mientras trazaban rutas llameantes en el cielo, arqueándose, arqueándose, cayendo por delante de una estela de humo negro. Habían modificado las armas a partir de las que los numreks habían traído por primera vez al Mundo Conocido. Éstas eran más grandes, versiones mejoradas de las originales, con enormes engranajes y la capacidad de lanzar los proyectiles dos veces más lejos que antes. Con ayuda de ingenieros de la Liga, se las habían ingeniado para convertir la brea en esferas estables que podían hacer rodar sobre el brazo de la catapulta, previamente tensado, antes de prenderles fuego. Una vez en el aire, las esferas mantenían su forma y ardían sin que disminuyera la llama hasta que se estrellaban contra el terreno. Incrustados en ellas había pequeños trípodes de hierro. Al impactar se dispersaban a través del suelo, y los ganchos de sus afiladas puntas casi siempre acababan apuntando hacia arriba. Eran unas armas pequeñas, pero Maeander estaba seguro de que dejarían lisiados a centenares de hombres y caballos. Aliver no contaba con ningún arma semejante, y tampoco estaría preparado para su devastador poder. En respuesta, sus tropas ofrecieron cortinas de flechas lanzadas al unísono que —si bien infligieron algún daño— parecían tener tan poca trascendencia como un enjambre de mosquitos.

Los primeros orbes hicieron explosión antes de que los ejércitos hubieran llegado a encontrarse. Las deflagraciones se esparcieron en todas direcciones, incinerándolo todo dentro de un radio de cincuenta metros y proyectando glóbulos de materia fundida aún más lejos. Los soldados huyeron de los impactos en una frenética carrera, trepando unos sobre otros, impulsando cuerpos hacia el centro. La confusión ya había sido sembrada. Maeander hizo reposicionar y recalibrar algunas de las catapultas. En cuestión de minutos, la primera de ellas dejó caer un orbe sobre la retaguardia de la fuerzas de Aliver. Borró de la faz de la Tierra a una unidad que quizás esperase no presenciar ninguna clase de acción en todo el día.

Que se sientan rodeados, pensó Maeander, atrapados por el fuego y la destrucción en tres lados y haciendo frente a sus verdugos en el otro. Viendo el humo que se elevaba hacia el cielo y los confusos movimientos que tenían lugar en las filas enemigas, se volvió para ofrecer una sonrisa de sarcasmo al hombre que tenía a su lado. Ese hombre no era Larken, sin embargo. Pensar en ello le agrió el humor. Sólo por un instante, no obstante.

Los dos ejércitos se encontraron mientras la lluvia de fuego caído del cielo continuaba. Viendo lo que sucedió después, Maeander no habría podido sentirse más satisfecho de cómo había planeado aquella acción. Había ubicado una cuña de caballería en el centro de su línea. Aliver no podía oponerles un rival a su altura ni

aunque quisiera; no contaba con ninguna unidad de caballería, meramente una dispersión de hombres montados aquí y allá. Los jinetes de Hanish iban sólidamente acorazados, portadores de lanzas con las que atravesaban a los infantes, perforando pechos, cuellos y caras antes de arrancar las armas para clavarlas de nuevo. Eran hombres imponentes y musculosos que se habían adiestrado y adiestrado y adiestrado para un momento semejante. Podían repetir sus movimientos de alancear centenares de veces sin fatiga alguna. Sus caballos eran los más grandes que había en el imperio, monturas incommovibles y beligerantes adiestradas para aplastar hombres bajo sus cascos.

En cosa de media hora habían abierto un surco en dirección al centro de las tropas acacias. Eso podría haber parecido una maniobra arriesgada, ya que no tardaron en adentrarse en las filas del enemigo y quedar rodeados por tres de los lados. Pero detrás de los jinetes fluyó un río de infantes, balanceando espadas y hachas. Las armas eran de una calidad tal y habían sido afiladas hasta tal punto que se abrían paso a través de carne, músculo y hueso, cuero y cota de malla. Las tropas parcamente acorazadas de Aliver cayeron ante ellos en sanguinolentos pedazos. La infantería de Maeander se adentró por el centro, dejando al grueso del ejército enemigo como básicamente blancos inmóviles para las catapultas.

En muchos aspectos, Maeander sintió como si controlara con sus propias manos la carnicería subsiguiente. Ésta se prolongó durante horas, a lo largo de la mañana y hasta bien entrada la tarde. Sólo ver aquella sangrienta labor resultaba agotador. Cuando indicó a sus tropas que retrocedieran, Maeander estaba empapado en sudor y con los músculos doloridos como si hubiera pasado todo el día en lo peor de la refriega. En todo ese período de tiempo no había sucedido nada que él no hubiera planeado y de cuyos hilos no hubiera tirado. Había perdido pocos hombres y dado muerte a muchos enemigos, parecía. Era sólo debido a la pura abundancia de las tropas de Aliver por lo que algunos de ellos aún estaban con vida.

Sus generales, cuando dieron sus partes más tarde aquella noche, no estaban tan entusiasmados. Habían matado a muchos, sí, pero no a tantos como parecía pensar Maeander. La batalla que describieron guardaba mucha semejanza con lo que éste había presenciado, pero también difería en algunos detalles. Las cifras, para empezar. Los acacios habían sido pisoteados, degollados, apaleados. Algunos de ellos habían caído víctimas de graves heridas. Muchos, sin embargo, consiguieron retirarse pese a heridas que deberían haberlos dejado lisiados. Otros, a los que los infantes creían haber liquidado y pisoteado en su avance, se levantaron un rato después y los atacaron desde atrás. A ojos de sus generales, las catapultas no habían resultado tan destructivas como pensaba Maeander. Habían dado en el blanco, sí, pero sólo murieron los que resultaron directamente abrasados. Los demás salieron despedidos, volando por los aires. Estaban en llamas que se apagaron al poco, y salieron

básicamente ilesos un instante después.

—Son difíciles de matar —dijo un oficial—. Eso es lo desconcertante. Simplemente son difíciles de matar.

Todos los generales que habían presenciado aquello desde cerca se mostraron de acuerdo con el oficial. Ninguno de ellos podía encontrarle sentido. Una vez más, Maeander deseó tener allí a Larken para consultarle, o a su hermano, o a su tío... pero dudaba que ninguno de ellos le hubiera aconsejado de ninguna manera que él no pudiese idear por sí solo. Detalles aparte, el día había sido suyo. Si los acacios venían a su encuentro por la mañana, sería su fin. Eso al menos sus generales no se lo discutieron demasiado.

A la mañana siguiente Maeander se unió a las primeras filas de sus soldados. Quería ver al enemigo lo más de cerca posible, desempeñar su sangriento papel en la victoria que anticipaba. Pero desde el momento en que los dos ejércitos se encontraron, nada discurrió con la inevitabilidad que él había imaginado. El enemigo resultó ser difícil de matar. Una vez heridos, sólo retrocedían cuando en buena ley deberían haber caído muertos. Aquellos a los que Maeander pensaba que se había dado muerte, a menudo se apartaban arrastrándose o volvían a ponerse en pie, no tan gravemente heridos como se había imaginado él. Casi parecía como si tuviera que separar una cabeza de su cuerpo para estar seguro de haberse cobrado una víctima.

Y además luchaban improbablemente bien, pese a la inferioridad de sus armas y de su adiestramiento, a pesar de su delgada o parcial o inexistente armadura. En un caso, durante un combate mano a mano con un chico que aún no había cumplido los veinte, Maeander se encontró con que le costaba horrores matarlo. Debería haber sido fácil. El chico era un bethuni de hombros delgados, que luchaba con sólo una lanza; sus brazos, piernas y pecho completamente desnudos eran blancos fáciles. Estaba aterrado, eso Maeander podía verlo. Temblaba, con los ojos frenéticos y desorbitados. Se las arreglaba para moverse justo lo bastante rápido, bloqueando, defendiendo, ocasionalmente atacando. Maeander no pudo evitar reírse de él ante la extraña combinación del miedo del chico unido a su propia incapacidad para acertarle. Resultaba cómico, hasta que el chico le hizo un corte en el hombro. Enfurecido, Maeander se abalanzó sobre él para atacar con más fuerza. Pero entonces, empujado por un repentino estallido de movimiento procedente de uno de los lados, perdió de vista al chico. Tuvo que quedarse en el sitio, echando chispas mientras lo veía escabullirse con algo parecido a la diversión en sus ojos castaños. Ese incidente no fue más que una entre muchas de las frustraciones de aquella mañana.

Más tarde, de nuevo en el risco que servía como centro de mando ese atardecer, Maeander concluyó que las unidades separadas de Aliver estaban operando con una rapidez de la que no se había percatado al principio. Las comunicaciones fluían rápidamente de una parte de la masa de tropas a la siguiente. Con una rapidez

excesiva, de hecho, para que pudiera ser explicada. Maeander hizo que las catapultas se centraran en destruir el puñado de torres de vigía móviles esparcidas a través del ejército acacio. No podía saberlo con certeza, pero presumiblemente esas torres cobijaban a generales, tácticos, tal vez incluso a los mismos Akaran. Le parecía ridículo atraer la atención hacia uno mismo de esa manera, pero las torres estaban ahí. Estaban siendo utilizadas para algo. Dos veces vio proyectiles haciendo explosión directamente encima de las torres móviles. Eso fue satisfactorio. Tanto si un Akaran se hallaba en alguna de ellas como sino, cada explosión ciertamente se había llevado consigo a unos cuantos oficiales.

Al final del día volvía a sentirse mejor. Daría inicio al día siguiente destruyendo el resto de las torres. Cambiaría de táctica, enviando a la caballería para que flanqueara a los acacios mientras él concentraba las catapultas sobre el centro. Los orbes de brea se estaban acabando, pero los usaría de todos modos. Estaban allí para eso. Acabaría con las tropas y con Aliver mediante una inmensa granizada de fuego. Dos días de matanza y heridas los habrían dejado lisiados, prácticamente carentes de recursos. Los hombres de Maeander aún estaban fuertes, aún eran numerosos. El tercer día pondría fin a todo aquello.

Pero pareció como si el ejército de Aliver hubiera repuesto sus efectivos en el curso de la noche. Nuevos reclutas tenían que haber afluido para reemplazar a los caídos. El ejército que los acacios pusieron en el campo de batalla al tercer día no parecía haberse empequeñecido excesivamente con relación a lo que había sido durante el primero. Que ellos pudieran incorporar tan deprisa a las nuevas adiciones no tenía ningún sentido, pero aun así las pusieron en el campo de batalla el mismo día de su llegada. De algún modo, lucharon con la disciplina y la gracia de unos veteranos.

¿Y el chaparrón de fuego desencadenado por Maeander? Cayó, desde luego, pero causó todavía menos impacto que en los días anteriores. Una torre, alcanzada directamente, se dobló bajo la sacudida, quedó envuelta en llamas y entonces... bueno, entonces el incendio se apagó, como si un hálito de viento lo hubiera extinguido. Maeander vio cómo la estructura parecía recobrar el equilibrio, para volver a alzarse en su forma anterior. La torre humeó y se ennegreció, pero sobrevivió. Para cuando decidió dar por finalizado el día, Maeander sentía como si estuviera en punto muerto. Lejos de regocijarse con la victoria, ahora se encontraba con que no sabía qué hacer. No estaba ganando. Y si las cosas seguían así, el día siguiente vería cómo sus tropas eran obligadas a retroceder.

El primer día lo había dejado un poco desorientado. El segundo lo llenó de confusión. El tercero lo preocupó. Por primera vez, Maeander se permitió abrigar el pensamiento de que Aliver quizás había sido bendecido por alguna forma de hechicería. Hasta entonces había creído que todas esas cosas llevaban mucho tiempo



muertas, pero ¿qué otra explicación podía haber? Era lo único que tenía algo de sentido. Con esa comprensión llegó el primer atisbo de duda. Apareció como un cosquilleo en su codo, una sensación muy molesta de la que no conseguía librarse. Si se rascaba con tesón, el cosquilleo se esfumaba, pero sólo hasta que él apartaba las uñas. Entonces volvía a propagarse a través de su piel. Cosa que no le gustó nada.

Los numreks no habían llegado. ¿Dónde estaban? ¿A qué clase de juego estaban jugando? La Liga seguía estando disponible, pero pasarían cuatro días antes de que pudieran reabastecerlo de orbes de brea. Sus hombres estaban empezando a mostrar sombras de preocupación en torno a los ojos. Entonces llegó un mensajero de Hanish, solicitando noticias. Maeander lo mantuvo secuestrado en una tienda, bajo custodia.

Esa noche tomó una decisión. Iba a probar con algo que Hanish le había advertido que sólo debería ser utilizado como último recurso. Tenían un arma que aún no habían revelado a nadie. Había sido un regalo de sus aliados más allá de las Laderas Grises. Esta vez no se trataba de una enfermedad sino de algo inaudito en el Mundo Conocido. A Maeander no le gustaba revelar sus secretos si era posible no hacerlo. Pero la situación a la que se enfrentaban, le decían todos sus instintos, era precisamente esa clase de fea circunstancia.

Envió un mensajero a Aliver, proponiendo una pausa de dos días en el combate. Que mañana fuera un día dedicado a despejar el campo de batalla, atender a los heridos, y que a ése siguiera otro día para honrar a los muertos. Aliver se mostró de acuerdo. Con el retraso en su sitio, Maeander contactó con los navíos que transportaban la carga secreta, atracados, como estaban, en la ensenada de Bocoum. Necesitaba a los antoks, dijo. Que los trajeran a la costa y los prepararan.



Corinn sabía que sólo tenía una posibilidad de hablar con el hombre de la Liga. Éste había llegado a Acacia en secreto la noche anterior. Ella se enteró de eso porque había compelido a varias de sus sirvientas —ninguna de las cuales era meinish, naturalmente— a que le contaran cuanto pudiesen llegar a saber. Antes de su devastador descubrimiento de que Hanish iba a ofrecerla como un sacrificio de sangre a sus antepasados, Corinn nunca hubiese recurrido a las sirvientas para hacerse con semejante información. Habría parecido inapropiado, como rebajarse mostrando debilidad. Pero había decidido que no podía haber desenlace más humillante que acabar muerta encima de algún altar, nada más patético que ser llevada a su propia muerte como una cierva engañada por el amor. No tenía intención de decir adiós a la vida discretamente. De hecho, no tenía intención de decir adiós a la vida.

Tras enterarse de lo que supo aquella noche tan extraña, todo lo que había estado dando por hecho hasta entonces tenía que ser revisado. Sus sirvientas habían vuelto a ser seres sin nombre y sin rostro en la periferia de su visión. Pero desde esa primera mañana las veía de otro modo. No podía evitar estudiar sus caras, preguntándose qué sabrían que ella ignoraba. ¿Qué pensarían de ella? ¿A quién debían lealtad? Intentó determinar cuál de ellas se hallaba mejor dispuesta hacia su persona que las demás, cuál guardaba un resentimiento apenas disfrazado, y cuál parecía más susceptible de poder ser manipulada. Y luego había empezado a cultivarlas en consecuencia.

Valió la pena. Las sirvientas no eran tan leales como ella había dado por sentado hasta entonces. Casi parecía como si hubieran estado esperando a que su señora abriera los ojos de una vez y conspirase con ellas. Se enteró de que una gran parte de la servidumbre creía que el regreso de Aliver era cosa del destino. Un sirviente le contó que Rialus Neptos se hallaba en el palacio. Cuando una joven llamada Gillian le comunicó que Sire Dagon había llegado a la isla, Corinn se lo agradeció con un abrazo y un besito en la mejilla. Aparentemente el hombre de la Liga estaba allí porque se le había pedido que preparara un pájaro mensajero con vistas a ser enviado lo más pronto posible. Tenía programado partir a primera hora de la mañana, así que Corinn no perdió el tiempo.

Salió de sus aposentos bajo la luz grisácea que precedía al amanecer y fue a través del palacio sigilosamente, de memoria, sin llevar consigo vela o antorcha alguna. Se

había puesto un vestido azul claro hecho en una tela suave como la seda, de un corte que le enmarcaba las clavículas y el cuello de manera extremadamente favorecedora. Después de todo, los hombres de la Liga eran hombres.

Había llegado a comprender que ahora el palacio era una especie de prisión para ella. Ni Hanish ni nadie había dicho nunca tal cosa, pero llevaba varias semanas sin salir de la isla. Las pocas veces que ella había mencionado posibles viajes, Hanish no le había hecho el menor caso. Últimamente, los ojos de los guardias meinish la seguían con un tipo de atención distinto al de antes. Corinn había observado sus reacciones cuando se aproximaba a los límites de los recintos reales o se aventuraba cerca de las cámaras del consejo. Nunca había ido lo bastante lejos para que ningún guardia le diera el alto, pero había llegado a estar completamente segura de que Hanish la había puesto bajo vigilancia. Había un confín invisible extendido en torno a ella. La piel le hormigueaba con la percepción de su presencia.

El área del palacio inferior reservada para la Liga, sin embargo, era básicamente un complejo gestionado de manera privada. Corinn entró en ella sin atraer la atención hacia su persona. Presumiblemente, Hanish nunca había considerado que ella fuera a sentir ningún deseo de comunicarse con la Liga. Una vez cruzadas sus puertas, ya no tuvo que vérselas con ningún guardia meinish. No obstante, encontró ciertas dificultades para convencer a los burócratas de la Inspección Ishtat de que enviaran una petición de audiencia a Sire Dagon. Al final lo consiguió sólo amenazándolos con la ira de Hanish, sugiriendo significativamente que era el mismo caudillo quien la había enviado a ver al hombre de la Liga. Eso le proporcionó una reunión, aunque sólo le fueron prometidos unos minutos.

Al entrar en el despacho de Sire Dagon lo encontró hojeando ya papeles con sus largos dedos. El hombre de la Liga la miró con un aire distraído, todavía no dedicándole más que la mitad de su atención.

—Mi querida princesa —dijo—, ¿qué puedo hacer por vos? Os ruego que seáis breve conmigo, ya que ando lamentablemente escaso de tiempo. ¿Tenéis alguna... comunicación de Hanish?

La princesa no estaba tan nerviosa como había imaginado que estaría en ese momento. Sabía que la naturaleza de su dilema hubiese debido bastar para paralizarla de miedo. A veces se encontraba con que se había parado en seco, los ojos fijos en la nada. Solía pensar en el pasado, en su padre, en su madre, en su corto exilio en Kidnaban. Pero ahora no era la misma persona que había sido de niña. Se sentía cada vez más desconectada de su antigua forma de ser. Ella podía afectar al mundo, creía. Podía tener algo que decir en lo tocante a su destino. Quizás el pensamiento de que Aliver aún vivía le había dado fuerzas. De ser así, pensó, era una ironía. El objetivo que quería alcanzar estaba alineado sólo en parte con lo que ella imaginaba que era el de Aliver.

—Podéis decirme por qué habéis vuelto —dijo Corinn—. ¿Qué noticias tenéis?

Los ojos del hombre de la Liga giraron hacia arriba y se clavaron en ella.

—¿He de creer que es Hanish quien solicita esta información?

—Creedlo, si así lo deseáis. Pero vos no sois el peón de Hanish. Eso lo sé, incluso si él no. A ser posible, que esto quede entre nosotros dos. No habríais hecho un alto aquí y solicitado un pájaro mensajero sin contar con noticias de cierta importancia. Tengo razones para sentir curiosidad al respecto.

—Eso sí puedo creerlo. Lo que tengo que contar tal vez no sea de vuestro agrado, no obstante. ¿Por qué preguntar acerca de cosas que no podéis cambiar?

Corinn se encogió de hombros. Quería saberlo, dijo, sólo por poseer ese conocimiento.

Sire Dagon imitó su encogimiento de hombros. Apretó burlonamente sus delgados labios, pero los relajó al momento siguiente.

—Si tenéis que saberlo... He vuelto para enviar un mensaje a la Inspección. Parece que una de nuestras patrullas divisó una... bueno, una flota, supongo que se podría decir, de navíos pesqueros y mercantes adentrándose en el Mar Interior. Eran vumus. Por una serie de razones, hemos llegado a la conclusión de que están en una misión destinada a rescatar a vuestra hermana.

—¿Mi hermana?

—Han venido a tomar parte en la batalla, lo cual significa invariablemente que no están del lado de los meinish. Tengo intención de enviar un pájaro mensajero a la Inspección, quien entonces aplastará la flota antes de que las embarcaciones hayan llegado a Talay. Comparados con nuestros navíos de guerra, serán como los barquitos de juguete de un niño meciéndose en un estanque.

Corinn lo oyó, pero aún no había digerido del todo la mención de...

—¿Habéis dicho que Mena está viva?

Sire Dagon rio suavemente.

—Ya me parecía que eso os interesaría. Vuestra hermana es una diosa. —Pronunció la última palabra con fingida reverencia—. Una diosa... Los pueblos tribales nunca dejarán de asombrarme. Puede que no sea una diosa en absoluto, pero de hecho es la matadora de una diosa. No estoy seguro de cuál, realmente. La información de que dispongo al respecto es vaga en cuanto a los detalles. Puedo deciros, no obstante, que fue capturada por Maeander y Larken. No permaneció capturada por mucho tiempo, sin embargo. Le atravesó el corazón a Larken con su propia espada. Mató a dos punisaris e hirió a varios más, y luego se hizo con el navío y convenció a la tripulación de que la llevaran a Talay. Hacia el final del viaje, parece ser, había convencido a la mayoría de los marineros de que se unieran ala causa de vuestro hermano. Cuesta de imaginar, ¿verdad? La pequeña Mena, una matadora de diosas que empuña una espada, capaz de medirse en duelo con uno de los marah más

hábiles que he visto jamás.

El hombre de la Liga no había dejado de repasar sus papeles mientras comunicaba el grueso de aquellas noticias. Entonces hizo una pausa, levantó la vista y estudió a Corinn un instante.

—Querida mía, esto somete vuestra lealtad a una dura prueba, ¿no? Quizá no debería habérselo contado. Siempre he oído decir que erais de temperamento frágil. Ser la princesa Corinn Akaran ha de ser muy extraño. Puede que os sorprenda, pero encuentro de lo más interesantes todas estas nuevas revelaciones sobre vuestros hermanos. Considerad en qué se han convertido: uno de ellos manda un ejército que le es ciegamente leal; una es llamada deidad por gentes que le son fanáticamente devotas; otro es un incursor, un capitán de mar que también tiene seguidores que morirían por él, o al menos con él. No lo que habría planeado vuestro padre, estoy seguro, pero al menos ellos han sabido hacer algo interesante de sus vidas. Lástima que a vos no se os permitiera llegar a ser nada más que la amante de vuestro conquistador.

Corinn había estado disponiéndose a expresar confusión y desasosiego ante las extrañas noticias sobre su hermana. Había fruncido los labios, a punto de pedir una silla en la que sentarse. Incluso habría podido ser que recurriera a Sire Dagon en busca de guía, de auxilio. Pero todas esas posibilidades se desvanecieron de golpe en cuanto el hombre de la Liga expresó compasión por ella. Corinn no quería compasión. Y tampoco estaba dispuesta a permitir la menor sugerencia de que su vida no contenía nada de interés o digno de ser defendido.

—Estáis equivocado —dijo. Caminó alrededor del escritorio del hombre de la Liga y se le acercó. Sintió la barrera invisible entre ellos, el punto que marcaba el perímetro de lo que Sire Dagon consideraba su dominio privado. Se apretó contra él y lo sintió resistir, sintió cómo se curvaba hacia atrás contra ella. El rostro del hombre de la Liga no mostraba ningún signo exterior de consternación, y sin embargo Corinn supo que estaba librando un duro combate con el deseo de retroceder. Algo en eso la complació, le dio confianza—. Vos, en tanto que miembro de la Liga, sabéis que las apariencias son una cosa. Pero la sustancia que hay debajo es otra. ¿No es así?

—Ya habéis respondido a vuestra propia pregunta.

—Así que puede ser que aún no sepáis lo que se oculta bajo esta fachada. Vos pensáis que no oculta nada, pero deberíais saber que no es así. La Liga, después de todo, asegura carecer de intereses ocultos. Pero eso es absurdo. No es sólo riqueza lo que queréis, ¿verdad?

—Sólo queremos continuar como hasta ahora —dijo Sire Dagon—. Servimos a los poderes del mundo. Acercamos a las naciones para nutrir el comercio y la prosperidad mutua...

—Por favor, Dagon —dijo Corinn—. No me insultéis. Tenéis un objetivo

diferente. Puedo sentirlo detrás de vuestra máscara.

—No llevo ninguna máscara, señora.

—Por supuesto que la lleváis. —Dio medio paso hacia él, y ladeó la cabeza como si estuviera observando algo minúsculo a lo largo de la línea del nacimiento de su pelo—. De niño os la cosieron en la cara utilizando un hilo tan fino como un cabello. Quizás os habéis acostumbrado tanto a ella que ya ni siquiera reconozcáis vuestro propio engaño. Pero las puntadas aún son visibles, Sire Dagon. Están justo aquí... —Levantó una mano, con los dedos unidos como si se dispusiera a tirar de las puntadas en cuestión.

El hombre de la Liga se la apartó de un manotazo. Se apartó de ella en un rápido giro, rozándole la cadera con la tela del traje, tan rígida y pesada que Corinn la sintió casi como una pieza de armadura flexible.

—Vuestra arrogancia no conoce límites.

—Espero que carezca de ellos, pero aún no lo sé. El caso es que acabo de descubrir la arrogancia, y me la he tomado muy a pecho. Vosotros los de la Liga, sin embargo, medráis con ella. Queréis controlar los engranajes del mundo. Queréis saber que sois como dioses, que tiráis de los hilos que hacen bailar a las naciones. ¿No es eso lo que queréis?

—Como he dicho, sólo queremos preservar lo que ya tenemos.

—¿Y qué es lo que tenéis?

Quedándose de nuevo a una cierta distancia de ella, Sire Dagon recuperó la compostura. Sonrió. Era evidente que la pregunta lo complacía.

—Por fin preguntáis algo que sí tiene sustancia. ¿Qué tenemos ya? ¿Qué queremos preservar? Considerad esto... Si no transportamos agua a las minas de Kidnaban, los trabajadores mueren de sed. La isla apenas cuenta con agua, y no pueden salir de allí porque nosotros controlamos los mares. Así que si decimos que mueren por falta de agua, entonces mueren por falta de agua. Considerad que la Liga es la única que hace brea actualmente. Ni siquiera los numreks se molestan en producirla. ¿Por qué deberían hacerlo cuando nosotros corremos con el trabajo y se la damos? Así que nosotros, la Liga, poseemos el secreto de cómo hacer llover del cielo meteoros llameantes. Sólo nosotros hacemos negocios con los lothan aklun. Sólo nosotros sabemos hasta dónde llega el poder al que sirven. Somos los que mantienen a raya a las Otras Tierras de manera que el Mundo Conocido pueda continuarteniéndose a sí mismo por un mundo completo. ¿Entendéis lo que os estoy diciendo? Sumad todas esas cosas y añadidles unas cuantas más que no puedo siquiera empezar a detallaros, ¿y cuál es el resultado? Os lo diré. No queremos llegar a ser como dioses. Ya somos dioses. No queremos tirar de los hilos sujetos a cada alma en el Mundo Conocido. Ya tiramos de ellos. Si tuvierais la clase de ojos que se necesitan para verlo, os daríais cuenta de que de cada uno de mis dedos brota un millón de

minúsculas hebras. Ésa es la verdad. La Donante nos dejó el mundo, y desde entonces el Mundo Conocido no ha sentido la mano de más deidad que nosotros. No la de los Akaran. No la de los meins.

—¿No la de los lothan aklun?

—Ellos son otra cuestión.

—Sé que lo son —dijo Corinn, volviendo a acercársele mientras hablaba—. Ellos no son el poder que siempre habéis inducido a la gente a creer que son, ¿verdad? Hanish me contó lo que le contasteis durante esa conversación. Hacéis negocios con ellos porque obrar así es un mal menor que pasar sin el comercio que ellos os facilitan. Los lothan aklun son ricos. Más ricos que los hombres de la Liga, y codiciáis su riqueza, ¿verdad? Os referís a ellos como un gran poder a causa de sus riquezas, porque eso es todo lo que os importa. Pero odiáis tener que compartir ese comercio con ellos, como un socio que no opera en pie de igualdad. Algunas noches soñáis con tener sus palacios así como los vuestros. Eso os excita más que ninguna otra cosa en el mundo. ¿Estoy en lo cierto?

Sire Dagon retrocedió; su rostro estaba avinagrado.

—Primero os sermoneo, y luego intentáis sermonearme. No tengo tiempo para esto. Os concederé una última oportunidad para decirme qué os ha traído hasta aquí.

Corinn, sintiéndose extrañamente cómoda con que se la instara a seguir adelante y con la mentira que iba a pronunciar, dijo:

—Vengo con un mensaje de mi hermano. Quiere que dejéis de ayudar a Hanish. Si lo hacéis, él se ocupará de que os haya valido la pena.

—¿Vuestro hermano quiere que dejemos de ayudar a Hanish? —repitió él, las cejas fruncidas y despectivas—. ¿No acabo de explicaros que ni los meins ni los Akaran controlan el mundo?

—Pero tampoco los hombres de la Liga lo controláis, no solos, al menos. No sin haberos ganado antes el consentimiento de las masas. Eso es lo que puede aportaros mi hermano, de una manera aún más completa que Hanish.

—¡Vuestro hermano! Me irrita en la misma medida en que me divierte. ¿Sabéis que ha convencido de alguna manera a la gente de que deje la niebla? Es de lo más perturbador.

Corinn no había sabido que la gente estuviera dejando la niebla, pero lo encajó sin mostrar ninguna sorpresa en el rostro.

—Pues precisamente por eso deberíais desear que salga vencedor. Mi hermano los está liberando para que le ayuden a ganar esta guerra. Una vez ganada, sin embargo, la situación posterior será muy diferente. Podemos hacer que sea una que nos complazca a ambos. Aliver no es mi padre, ni yo tampoco lo soy. Decidme que en verdad no pensáis que una nueva dinastía Akaran nos beneficiaría a ambos. Pensad en todo lo que hemos logrado antes juntos. Hanish Mein no fue más que un

despertar necesario para nosotros. Pero, creedme, ahora no podemos estar más alerta.

Sire Dagon clavó sus estrechos ojos en ella y la miró con una intensidad que habría paralizado a Corinn hacía sólo unos días. Incluso ahora, no era fácil de soportar.

—Digamos que os tomo la palabra —dijo finalmente—. Todavía no he oído nada que sea merecedor de semejante cambio de política. Vuestro hermano no va a ganar esta contienda, Corinn. Creedme. Tengo acceso a información ala que vos no podéis acceder. Siendo así, ¿por qué iba a alinearme con una causa perdedora, especialmente una que ha abrazado un claro deseo de perjudicar mis intereses? Responded a esa pregunta convincentemente y seguiremos hablando. Mostraos incapaz de hacerlo y me iré, princesa.

Esforzándose por no apartar la mirada, Corinn intentó preparar la totalidad de lo que tenía que decir. Había mucho entre lo que escoger, y todo daba vueltas atropelladamente dentro de su cabeza mientras sostenía la mirada del hombre de la Liga. Una parte de ella quería dar rienda suelta a una larga letanía de confesiones, dejarlo todo expuesto ante él y ser juzgada, entendida, sentenciada. Pero no estaba ahí para eso. No le diría cómo había querido a Hanish y hasta qué punto la había colmado de miseria descubrir que toda su relación era falsa. No iba a admitir que odiaba sus propias flaquezas, que ahora comprendía que toda su vida había sido una tonta, una oveja llevada al matadero. Tampoco intentaría contarle cuánto dolor llevaba consigo dentro de ella; que aún echaba de menos la vida que hubiese podido tener con sus hermanos; que a veces pensaba en Igguldan, el príncipe que había caído de rodillas queriéndola; y aún todavía la llenaba de furia que le hubieran arrebatado a su padre y haber perdido a su madre cuando sólo era una niña. Mantuvo todas esas cosas agitándose dentro de su mente, pero fue tomando su mensaje de entre ellas.

Las palabras que diría no tardaron en ocupar los lugares correspondientes. Diría que la Liga tenía —por su propio bien— que distanciarse de Hanish. Tenían que retirar la armada que apoyaba a Maeander, hacer caso omiso de aquella flota de navíos vumus. Tenían que esperar. Eso era cuanto necesitaban hacer, por ahora. No se trataba de actuar contra Hanish, sino meramente de no actuar para él. Del mismo modo en que no habían ayudado u obstaculizado a ninguno de los bandos en la Primera Guerra. Si Hanish acababa prevaleciendo, las inacciones de la Liga no le habrían causado tanto daño. Serían reñidos pero perdonados. ¿Qué otra cosa podía hacer Hanish? Realmente, no perderían nada retirándose. Pero si la Liga continuaba ayudando a los meins y éstos perdían... entonces Aliver no tendría piedad con ellos. Aboliría por completo el comercio. Volvería la rabia del mundo directamente hacia ellos y pondría en juego todo su poder para destruirlos. Y si nada de eso lo convencía, aún tenía otra promesa que hacer, una que él dudaba que fuera a ignorar fácilmente.

Era mucho pedir, pero al décimo dilatarse de las fosas nasales del hombre de la



Liga ella abrió la boca.

—Sire Dagon, puedo decirlo en nombre de mi hermano que no siente el menor deseo de perjudicar vuestros intereses. Todo lo contrario, él, y yo, creemos que una asociación entre la Liga y los Akaran puede ser aún más provechosa de lo que jamás haya sido anteriormente.

Con esas palabras, se ganó el interés del hombre de la Liga. Sire Dagon le indicó mediante un asentimiento de cabeza que debía seguir hablando, que contaba con toda su atención, al menos por una última vez.



No hubo nada del orden familiar, natural del mundo, a lo que prestar oído en el amanecer del día. Nada de su habitual ser consciente de que las criaturas de la noche empezaban a acostarse mientras los jornaleros del día ocupaban sus lugares. Ningún canto de pájaros matutinos. Ningún gallo con la cresta orgullosamente erguida para anunciar que es propietario del mundo que se va iluminando. Ningún ladrar de perros de aldea. No oyó a ningún niño con su entusiasmo instantáneo, sus gritos y su risa. En parte alguna oyó el trinar de voces femeninas mientras se saludaban unas a otras de maneras y con palabras que eran, en sí mismas, antiguas costumbres talayas. El aire tampoco era perturbado por el sonido de la trilla, ese ritmo que con el paso de los años se había convertido en una cariñosa invitación a despertar, tan constante como la salida del sol e igual de bienvenida que ella.

La mañana en que iba a reanudarse su contienda con Maeander Mein, Aliver yacía despierto sobre el camastro de su tienda de campaña, echando de menos todas esas cosas. Ahora tales momentos parecían haber quedado tan atrás como los recuerdos de su infancia. Eran vislumbres de un mundo inocente en el que apenas podía creer ya. En aquel entonces, Aliver había pensado en sí mismo como alguien que padecía a través de un exilio, pero ahora cada día de los años que pasó en Talay le parecía idílico. Recordar que antaño había vivido como cualquier otra persona en un mundo normal le dolía físicamente, con un malestar corporal que no dejaba de acosarlo a lo largo de toda la noche, incluso durante sus cortos ratos de sueño. Todos los problemas y preocupaciones y miedos que habían parecido no importar entonces eran meras insignificancias comparados con lo que afrontaba ahora.

Se levantó y expulsó la fatiga de sus ojos mediante la presión de sus nudillos. Unos minutos después empujaba el pliegue de su tienda para salir de ella. En torno a él se extendía una muchedumbre humana que se había unido a su causa. Cientos de tiendas y cobijos, miles de hombres, mujeres y niños levantándose para otro día de la guerra de Aliver. Los guardias halaly, que seguían como una sombra cada uno de sus movimientos por iniciativa propia, lo saludaron con la cabeza. Mirara donde mirase, Aliver vio por todas partes rostros que se elevaban hacia él, sonrientes y esperanzados. Todos creían que la guerra ya se podía dar por ganada. Ahora confiaban completamente en él, sentían que era como Edifus regresado, como

Tinhadin. Aunque Aliver explicaba que no era así, ellos parecían pensar que el poder que los protegía era él, no los invisibles santoth.

Mantuvo los ojos en movimiento, temeroso de que su mirada permaneciera posada durante demasiado tiempo en cualquiera de sus fieles seguidores. No podía mostrarles ninguna incertidumbre. «Puedes sentirla», había dicho secamente Thaddeus antes de que desapareciera, «pero mostrarla, jamás». Aliver no se había dado cuenta de cuánto había llegado a depender del viejo canciller hasta que éste partió. En cierto modo sentía como si su padre hubiera hablado a través de la boca de aquel que lo había traicionado, por extraño que pudiera parecer eso. Había dicho que todas las personas eran ineptas con la vida, incluso los reyes. Pero un rey efectivo se mueve como si fuera un héroe de la Antigüedad. Tales héroes nunca dudaban de sí mismos. «No lo suficiente para que el mundo pueda verlo, al menos». Aliver extrañaba muchísimo al canciller. Thaddeus no había dicho ni una palabra de despedida, pero el príncipe sabía en busca de qué había ido. Rezó para que no tardara en hallarlo.

Encontró a Mena y Dariel conversando mientras tomaban el desayuno. Sentados uno al lado del otro, rodilla contra rodilla, sostenían sus cuencos de madera en una mano y se servían de la cuchara con la otra para llenarlos de gachas. Mena tan menuda, y sin embargo aguzada hasta una cortante fortaleza que su escasa vestimenta no intentaba ocultar, peligrosa por mucho que presentara al mundo un rostro amable y sabio, con la espada al costado allí donde su mano podía llegar prestamente hasta ella; Dariel con su sonrisa fácil y su energía, una chispa traviesa siempre próxima detrás de sus ojos, la camisa abierta hasta su liso abdomen. Inclínados el uno hacia el otro, comían mientras hablaban. Parecían... bueno, parecían dos hermanos que estaban muy a gusto el uno con el otro. Los años que pasaron separados parecían haberse desvanecido en la insignificancia.

Un acceso de emoción se enseñoreó de Aliver. Quiso saltar el espacio que se interponía entre ellos y apresarlos a ambos en un abrazo. Si lo hacía, acabaría rodando por el suelo con sus hermanos. Derramaría lágrimas sobre ellos. Balbucearía y lloraría, y no estaba seguro de que después fuera capaz de levantarse de semejante abrazo y hacer las cosas que tenía que hacer. Él, o ellos, podían morir en el curso de las próximas horas. Aliver lo sabía. Una parte de su ser quería decirles toda una cohorte de cosas a modo de preparación. Debería rasgar cualquiera que fuese la parte de él que era más frágil y compartirla con ellos, de modo que entendieran y recordaran a su hermano. Ansiaba pasar días y días con ellos, aprendiéndolo todo acerca de las vidas que habían vivido al mismo tiempo que los sondeaba para ayudarse a entender la vida que había vivido él, buscando dentro de sus recuerdos una imagen más completa de todo aquello por lo que habían pasado.

Les había abierto una parte de su visión del futuro. Cuando prevalecieran, había

dicho, él no mandaría sobre ellos. No sería un tirano que los dejara sin voz sobre cómo había que llevar el imperio. Compartirían todas las decisiones entre los cuatro. Llegarían a las decisiones mediante el consenso, el compromiso. Encontrarían dentro de largas conversaciones mantenidas entre ellos una sabiduría mucho más grande que cuanta pudieran llegar a alcanzar individualmente. Asumirían una mayor responsabilidad respecto a los mecanismos del imperio, al mismo tiempo que proporcionaban una mayor representación de sus diversas regiones. Todo el mundo tendría más que decir en el proceso de dar forma al futuro.

Lo decía muy en serio y creía en todo eso, pero quien hablaba era el príncipe, Aliver Akaran, y no el hermano. El hermano aún tenía muchas cosas que anhelaba compartir con ellos. Mientras procedía a ir hacia sus hermanos admitió ante sí mismo que en toda su vida nada se había alineado nunca con sus imaginaciones; sucediera lo que sucediese ahora, eso se mantendría como una constante. El mismo hecho del día que les aguardaba hacía que le fuera imposible lanzar ese abrazo o dejar fluir unas cuantas lágrimas. Semejante emoción era para más tarde, para momentos tranquilos en que miles de vidas no estuvieran en la balanza. Por eso, lo que hizo fue hablar irónicamente, como haría cualquier hermano mayor con los más pequeños.

—¿Cómo es que vosotros dos siempre estáis levantados antes que yo? —preguntó.

Mena se puso de pie, sonriendo, y le apretó el codo.

—La pregunta es cómo te las arreglas para dormir algo —dijo Dariel.

—Sueño ligero, hermano —dijo Aliver, recurriendo a un viejo proverbio talayo—. Tengo el sueño ligero, y mientras voy nadando por el mar de los sueños no dejo de mover las piernas para mantener la cabeza fuera de él.

Una hora después los tres estaban armados y vestidos para sus respectivos papeles. Previamente, cada uno de ellos había encabezado porciones del ejército. Mena y Dariel eran nuevos en la guerra de masas, pero eran rápidos y parecían ver con ojos que llegaban muy lejos. Mena había combatido en las primeras líneas de la batalla, asombrando a todos con su habilidad en el manejo de la espada y su capacidad para matar sin remordimiento alguno y aun así mantener un carácter humilde, humano. Y la facilidad con que Dariel sabía salir bien librado de las peores situaciones inspiraba una jovialidad casi cómica entre las tropas. Las historias que sus incursores habían urdido acerca de él hacían que las masas lo creyeran invulnerable a las heridas, intocable, bendito.

Eran símbolos alrededor de los que la gente estaba impaciente por agruparse. Las instrucciones dadas por Aliver —transmitidas a través de ellos para luego ser pregonadas a las masas— producían un efecto enaltecedor sobre la moral que ni siquiera generales tan veteranos como Leeka Alain podían duplicar.

Eso formaba parte del propósito al que habían servido las torres. Desde ellas los

tres hermanos se enviaban mensajes mediante espejos y levantando banderas de distintos colores. También permitían a Aliver comunicarse con los santoth, la elevación hacía que a su consciencia le fuera más fácil llegar hasta la de ellos. Pero después del último día de batalla, cuando Maeander había concentrado sistemáticamente sus catapultas sobre ellas, las torres tuvieron que ser abandonadas. Se habían convertido en blancos mortíferos. El segundo día Mena había escapado por casualidad de quedar atrapada en una. La habían entretenido mientras iba hacia la torre. En vez de ocupar su posición en ella, vio cómo era destruida desde justo fuera del límite del alcance explosivo de la catapulta.

El mismo Aliver había estado en la última de las que fueron alcanzadas el tercer día. Acababa de subir a lo alto de la torre para abrir su mente a los santoth y sentir cómo la conexión entre ellos se desplegaba y quedaba establecida. Un instante después, los soldados se habían tirado al suelo en torno a él. Y entonces fue como si el Sol hubiera caído sobre la Tierra. El techo se dobló y se precipitó sobre él. Las llamas brotaron de cada abertura, agitándose en torno a él como hilachas de líquido fundido. El mundo visto a través de sus ojos pasó de llama dorada a negrura calcinada y, más allá de eso, a nada. Durante unos cuantos segundos que se prolongaron extrañamente, Aliver nadó en el dolor inconcebible de su carne quemándose. Recordaba que había tenido un último pensamiento agonizante, pero al igual que con algo que ocurre en un sueño, no podía recordar sobre qué había versado. Quizá ni siquiera había completado el pensamiento antes de que el cambio tuviera lugar.

Fue rápida, la recuperación. En un momento dado se hallaba dentro del incinerador, y al siguiente las llamas se apartaban de su cuerpo y parecían evaporarse. La estructura, que había estado inclinándose hacia el suelo bajo el peso del impacto, encontró piernas. La madera se flexionó como un músculo que acaba de despertar. La torre entera gimió con el esfuerzo. Un segundo después estaba erecta. El calor se desvaneció. La carne de Aliver estaba intacta. Hombres y mujeres se levantaban del suelo en torno a él, aturdidos.

Aliver había respondido a sus preguntas silenciosas con lo que sabía que era la verdad. Pese a lo sorprendido que estaba, proyectó sus palabras con suma confianza, como si estuviera enunciando en voz alta algo que cualquier niño bien adiestrado hubiese sabido. La suya era una causa bendita, había dicho. Los santoth, si bien eran invisibles, los protegían. Ya había dado un discurso argumentando que todos formaban parte de un presente mítico. Se lo recordó y les pidió que imaginaran las canciones que generaciones futuras cantarían acerca de aquel ejército. Se habían visto atraídos desde cada confín del Mundo Conocido, y estaban protegidos por antiguos hechiceros que sólo querían volver al mundo de los vivos y enmendar antiguos errores. Era una empresa demasiado espléndida para fracasar, dijo.

No mencionó que los hechiceros probablemente lo habían protegido personalmente, salvando a otros debido a su proximidad al príncipe. Tampoco reveló que si habían logrado hacerlo de manera tan espectacular fue únicamente porque la conexión entre ellos era fresca y nueva, el momento acertadamente elegido por la suerte. Pero una verdad parcial, había aprendido, a veces llegaba más lejos que el todo de la cuestión. Sabía que el ejército entero estaría enterado de lo ocurrido dentro de unas cuantas horas a partir del acontecimiento. Urdirían otro cuento de magia y profecía en torno a él. Porque para ellos el mago era él. Todo era obra suya, creían. Aunque Aliver sabía que eso era falso, veía que les daba valor. Eso, al menos, era algo que valía la pena.

Con las torres abandonadas, los tres hermanos fueron hacia la primera línea del ejército. Las tropas aún se estaban formando, cerrando sus filas y marchando sobre la elevación del terreno para luego bajar por la larga ladera que llevaba al campo de batalla. Un mensajero enviado por Oubadal encontró a los hermanos mientras caminaban y pronunció un mensaje del que Aliver no pudo entender nada. Tenía que ver con el despliegue del enemigo, algo sobre que ellos no estaban ocupando el campo de batalla. Se hallaban lo bastante cerca de una posición estratégica para que Aliver pudiera pasar al lado del mensajero e ir hacia delante a fin de verlo por sí mismo. Lo que vio lo dejó atónito.

Ante él se extendía una fila tras otra de sus propios soldados, avanzando hacia abajo en dirección al punto de despliegue establecido. Pero más allá de ellos el campo de batalla estaba vacío. Desnudo. Una extensión de terreno pálido y reseco, punteado únicamente por las acacias y algún que otro matorral. No había ningún ejército agrupado. Aliver se sacó el catalejo del bolsillo del pecho. El campamento enemigo permanecía inmóvil en la lejanía, atestado de formas y sombras que él sabía que eran personas. Las fogatas elevaban hilos de humo aquí y allá, líneas rectas que sólo gradualmente se inclinaban hacia el Este. Estaban ahí, pero no mostraban ni la más leve señal de que tuvieran intención de combatir aquel día. ¿Había habido un malentendido?

¿Estaba la tregua concebida para durar más de dos días?

—¿Qué son esas cosas de ahí? —preguntó Mena.

En el momento en que ella planteó la pregunta, Aliver las vio. Había unos cuantos objetos en el campo de batalla, pero al principio apenas atraían la mirada. Comparados con la hueste que él había esperado ver, aquellos objetos requerían un nuevo foco, hasta tal punto eran más pequeños en escala. Al menos, así le parecieron a Aliver hasta que los estudió con más atención. Eran cuatro cajas alineadas a través de donde hubiese estado la primera línea del ejército enemigo. Estaban hechas de madera y reforzadas con un esqueleto exterior de gruesas vigas metálicas. Tan altas como dos o tres hombres, tendrían unas cien zancadas de largo.

Uno o dos instantes de estudio después, Aliver sintió que el pulso se le aceleraba hasta extremos frenéticos. Había cosas dentro de las cajas. No podía ver qué eran, pero podía sentir las. Percibía movimiento en su interior, notaba la mole de alguna forma de vida oculta apretujada dentro de las jaulas —sí, sí, eran jaulas— que la aprisionaban. Movi6 la mandíbula como si se preparara para dar una orden. Nada sali6 todavía.

—Todo un detalle por parte de Maeander esto de dejarnos regalos —dijo Dariel—. ¿Una ofrenda de paz, quizá?

Aliver no respondi6.

Media hora después estaban inm6viles ante las primeras líneas de su ej6rcito, los guerreros halaly de Oubadal eran los m6s pr6ximos a ellos. Siempre los primeros en agruparse para la batalla, raza orgullosa que eran. Detr6s de ellos, la totalidad de su fuerza esperaba preparada. Ahora todos se hallaban en posici6n, pareciendo el mismo abigarrado despliegue de distintas personas y vestimentas multicolores que habían presentado el primer día. Las cajas quedaban a s6lo cien zancadas de distancia. Desde allí Aliver pudo ver que había un puñado de hombres alrededor de cada uno de los contenedores. A juzgar por su aspecto no eran guerreros. Vestían sencillas prendas de cuero marr6n que los cubrían de pies a cabeza, unos uniformes sin nada llamativo que se confundían con el paisaje arenoso. Algunos de ellos llevaban picas con garfios en las puntas. Largas e inc6modas de manejar, no era el tipo de arma pensado para que se lo utilice sobre seres humanos. Ni uno solo de ellos parecía una persona dotada de autoridad, ni tampoco había siquiera el rastro de ning6n oficial meinish, mucho menos el propio Maeander.

—¿Tenemos un plan? —pregunt6 Dariel.

Como siempre, había una sombra de humor ir6nico en la pregunta. A Aliver le gustaba que su hermano fuera así, pero no tuvo oportunidad de responderle. El lado m6s pr6ximo de las cuatro cajas se abri6 en la esquina superior y se inclin6 hacia delante. Los adiestradores acabaron de abrirlas tirando de cuerdas sujetas a ellas. Saltaron a un lado mientras los paneles laterales caían al suelo, levantando nubes de polvo que ondularon en torno a las aberturas, ocultando lo que quiera que fuese que había dentro. Los adiestradores se dispusieron alrededor de los lados de las estructuras. Alzaron sus picas y las mantuvieron defensivamente ante ellos.

Aliver trag6 saliva, esper6. No se le ocurría otra cosa que hacer, no hasta que supiera a qu6 se enfrentaba. Las nubes se alejaron, y no hubo nada sino la oscura geometría de las aberturas cuadradas. Aliver sintió la respiraci6n contenida de todo su ej6rcito.

—Ahí —dijo Mena—, ¡la del extremo este!

Sí. Había movimiento. Al principio no fue m6s que un difuso contorno entre las sombras, pero entonces un hocico asom6 a la luz del día. Plano y con dos agujeros

flexibles, el hocico presentaba un cierto carácter porcino, incrementado por la confusión de colmillos curvados que hacían difícil determinar si pertenecían a la mandíbula superior o a la inferior. Sólo que esas partes bucales colgaban más arriba de lo que quedaba la cabeza de un hombre y eran más largas que el cuerpo entero de un jabalí. La forma avanzó despacio, al igual que estaban haciendo las otras, supo Aliver, por mucho que sus ojos permanecieran fijos en la primera.

La criatura era descomunal. La distancia que los separaba de ella no hacía nada para ocultar ese hecho. Sus ojos estaban muy juntos sobre su hocico, una mirada de cazador, visión telescópica. Sus patas delanteras eran igualmente porcinas, los hombros uniones de músculo y hueso que no se parecían a nada de cuanto Aliver hubiera visto antes. La parte superior de la espina dorsal sobresalía como para abrirse paso a través de la carne. Grandes surcos corrían a lo largo de la grupa en dirección a un trasero que quedaba mucho más abajo, con unas patas traseras cortas y robustas abultadas por protuberancias fibrosas. Eran las piernas de un corredor. Llevaba una armadura natural extendida a través de una gran parte de su torso: bultos callosos que parecían enormes verrugas a las que se hubiera frotado con arena hasta convertirlas en placas calcificadas.

Aliver sabía qué estaba viendo. La tan rumoreada bestia. El arma que unos pocos habían nombrado, pero nadie había descrito razonablemente. Una forma de vida contrahecha y antinatural, peor, con mucho, que cualquier lárax. Una criatura nacida de la más vil de las hechicerías. Aliver dio órdenes de retroceder a las tropas. Quizá no habría necesidad de plantar cara a las bestias. Estaban a centenares de pasos de distancia. Sólo con que el ejército retrocediera y subiese por la elevación del terreno, despacio, sin hacer ningún ruido...

Una de las criaturas, la primera en emerger, bramó. Las otras tres le respondieron. Después las cuatro levantaron la cabeza y olieron el aire. Centrarón sus ojos en la masa de humanidad apilada en la ladera ante ellos, hilera tras hilera. El espectáculo las excitó. Los adiestradores de piel cobriza se quedaron a un lado y detrás de ellas, con las picas listas para ser utilizadas, pero las criaturas las ignoraron.

Aliver volvió a dar la orden de retroceder. Una maniobra semejante no era fácil de llevar a cabo, al menos no con tanta gente a la cual coordinar. Apenas habían llegado a moverse un poco cuando las criaturas —los antoks— empezaron a acercárseles al trote. Verlas bastó para que el pánico se extendiera por el ejército. Soldados que habían combatido valientemente los días anteriores dieron la vuelta y echaron a correr. Algunos tiraron sus armas e intentaron trepar por encima de otros para huir de allí. Los tres Akaran gritaron pidiendo calma. Aliver invirtió la orden de retirada e intentó hacer que formaran, se dieran la vuelta y les hicieran frente a aquellas cosas con las armas preparadas. Algunos acataron su llamada, pero no todos.

Así pues, los antoks llegaron entre una gran confusión. Embistieron a la apretada



masa de humanidad y se abrieron paso a través de ella. Tenían los pies rematados en pezuñas que batían la tierra como si fuera la piel de un tambor, haciéndola vibrar con cada impacto entrecortado. Aplastaron a la gente bajo su galope, hicieron que saliera despedida hacia atrás, agitaron sus mandíbulas de lado alado. Cogían a las personas del suelo y las lanzaban, ensangrentadas y gritando, por el aire. Cada uno abrió su propio sendero de destrucción, cuatro en total. A veces se entregaban con tal frenesí a su tarea de matar que simplemente seguían a su hocico en un curso que no podía ser sino aleatorio, pareciendo, extrañamente, cachorros en su ilimitado entusiasmo. En otras ocasiones trabajaban juntos, con meditada astucia, conduciendo a su presa como peces espada que se abren paso a través de un banco de anchoas. Se movían en súbitos arranques de velocidad, que siempre excedían inmensamente cualquier capacidad de igualarla o escapar que pudieran poseer los soldados. Dejaban a su paso senderos arrasados rebosantes de los cuerpos despedazados de sus víctimas. Aquellos soldados que eran lo bastante valientes para enfrentarse a ellos con las armas desenvainadas, nada podían hacer. Tanto las flechas como las lanzas rebotaban en su blindaje. Quienes blandían la espada difícilmente podían aproximarse lo suficiente para golpear con ella sin ser pisoteados.

Uno de los antoks pasó tan cerca de Aliver que la saliva de su hocico le dio en la cara. Para cuando se hubo limpiado de los ojos el líquido manchado de sangre la criatura estaba lejos, haciendo nuevos estragos. La mirada del príncipe se posó en una mujer que permanecía inmóvil a un par de zancadas de él. Sentada en el suelo, estaba erguida en una extraña posición propia de las fracturas de espalda. Su cuerpo, aplastado a la altura de la pelvis, había sido embutido en el suelo. Tenía los ojos ribeteados de lágrimas y sus labios se movían, diciendo algo que Aliver no pudo oír. Los brazos de la mujer intentaban extraer algún sentido a partir de las cosas, la disposición del terreno y su ubicación con respecto a él. Barría el suelo con las palmas de las manos, como si alisara las arrugas de una sábana. Aliver había visto muchas heridas tras los combates del día anterior, pero la absoluta, patética fragilidad revelada por la forma aplastada de la mujer lo horrorizó.

Volvió a pasear la mirada por el campo de batalla. Dariel no era visible en parte alguna. Entrevió a Mena en la lejanía. Estaba corriendo, yendo en pos de una de las criaturas, cazándola, aunque ésta no le prestaba la menor atención, algo que era muy comprensible habiendo tantos cuerpos que despedazar. Las criaturas no mostraban ninguna fatiga. Ningún interés en detenerse sobre los muertos. Ningún deseo de alimentarse, siquiera. Ellas simplemente querían matar. Aliver vio cómo un antok aprisionaba bajo su pezuña la parte inferior del cuerpo de un soldado. Lo contempló debatirse por un instante y luego bajó la cabeza para morder. Partió al hombre por la mitad, zarandó el torso como si fuese un juguete y lo lanzó al aire. Aliver sabía que tenía que hacer algo. Todas aquellas personas se habían congregado allí en su

nombre. No podía abandonarlas a su suerte. Proyectó hacia arriba un cántico tranquilizador y trató de mantener el pensamiento firmemente centrado en su mente. Los santoth. Si conseguía llegar hasta su presencia, ellos les suministrarían protección. De esa manera él podría explicarles lo que estaba sucediendo, y ellos podrían obrar su hechicería para consumir a las bestias antes de que llegaran a moverse. Trató de contactar con ellos. Dos veces sintió cómo su llamada se desenroscaba desde su cuerpo como inmensos rollos de soga lanzados al aire, pero la conexión se rompió en ambas ocasiones. Costaba tanto concentrarse, con gritos de horror abofeteándolo en oleadas...

Acababa de dar inicio a un tercer intento cuando Kelis gritó su nombre.

—Mirad —dijo, al tiempo que señalaba con la barbilla algo en el noreste—. Vienen más.

—¿Más qué?

Siguiendo la dirección indicada por el talayo, Aliver divisó un grupo de hombres que se aproximaba rápidamente al extremo norte del campo de batalla. Lo primero que pensó fue que debía de ser el enemigo, aunque la dirección por la que venían no se correspondía con la del campamento de Maeander y tampoco eran muy numerosos. En la fracción de segundo que necesitó para llevarse el catalejo al ojo, consideró la trémula posibilidad de que los santoth estuviesen respondiendo ya a su desesperada necesidad. Escrutó a través del catalejo la temblorosa visión amplificadas del mundo, y comprendió que no se trataba de ninguna de esas dos posibilidades.

Lo que se aproximaba era un contingente de tal vez un centenar de soldados. Trotaban a través de la llanura directamente hacia la carnicería. Iban casi desnudos, la mayoría de ellos tenían la piel cobriza, y eran cortos de estatura y delgados. No llevaban estandarte alguno y no lucían colores, e iban ligeramente armados con lo que parecían espadas talladas en madera.

Uno de los antoks había divisado a los soldados que estaban llegando. Se apartó de la franja de destrucción que había abierto hasta entonces y, cambiando su rumbo, corrió hacia ellos en un arranque de alegre velocidad. Aliver intentó afirmar su catalejo. Los soldados, sintiendo venir a la bestia, se detuvieron. Hablaron entre ellos en un frenético debatir, sin que sus ojos se apartaran en ningún momento del antok mucho tiempo. Uno de ellos, más alto que los demás, atrajo la atención de Aliver. Había algo en él que le resultaba familiar, pero ahora no podía pararse a pensar en ello.

Durante la mayor parte de su carrera pareció como si el antok fuera a estrellarse contra los recién llegados. Pero entonces fue reduciendo la velocidad a medida que se aproximaba para ir cada vez más despacio, hasta que llegó un instante en que su avance quedó completamente interrumpido. Los soldados sostenían sus espadas de madera ante ellos. Todos permanecían muy quietos, sin dar ninguna señal de

flaqueza, pero con sus torsos desnudos y cobrizos estaban absolutamente indefensos. Eran absurdamente valientes, y Aliver se retorció de vergüenza ante lo que estaba a punto de sucederles.

Pero no les sucedió. El antok no atacó. Se acercó a los soldados, olisqueó el aire, ladeó la cabeza hacia aquí y hacia allá, caminó una cierta distancia a lo largo de la hilera de cuerpos inmóviles. Arañó el sueño con las pezuñas en lo que parecía una súbita confusión, los estudió desde distintos ángulos, y fue como si ninguno de ellos acabara de resultarle satisfactorio. Entonces se dio la vuelta y trotó de regreso en dirección al ejército principal.

Aliver —agradecido, asombrado, feliz— no podía apartar los ojos de aquellos recién llegados. El antok no los había tocado. ¡No le había tocado ni un solo pelo a ninguno de ellos! Había estado a escasos centímetros de sus pechos desnudos, frente a unas armas que no podrían haberle hecho ningún daño, y... y... ¿qué? Un pensamiento se agitó nerviosamente en las profundidades de su consciencia. Saber que el pensamiento estaba allí, sentir la presión de sus contornos mientras intentaba abrirse paso, algo tan sumamente importante, casi resultaba doloroso. Era algo que guardaba relación con los recién llegados... y también con los adiestradores que permanecían de pie junto a las jaulas... Fuera lo que fuese, era la razón por la que no estaban siendo atacados.

Apartó el catalejo de los recién llegados para enfilarlo nuevamente hacia su ejército, y le bastó con sentir el impacto de la imagen para entender lo que estaba viendo. Reflexionó, pero sólo por un instante. Ese fue el tiempo que necesitó para estar tan seguro de ello como si él mismo hubiera adiestrado a las bestias. Se lo susurró a Kelis, y luego levantó la voz para gritárselo a los demás.



Mena había estado persiguiendo al mismo antok por lo que ya parecían horas. Debería haber habido guardias a su lado en cada paso del camino, pero había salido disparada tan deprisa que la perdieron nada más empezar. Había corrido a través de un campo lleno de muertos, resbalando en su sangre, a veces enredándose en un amasijo de entrañas. Había saltado sobre cuerpos y atravesado como una exhalación los gritos y las súplicas de los heridos. Empapada en sudor, ardiéndole las piernas y el pecho temblándole por el esfuerzo, se negaba a detenerse. Intentaba no oír o ver nada que no fuese la criatura a la que cazaba, sabiendo que si lo hacía, el horror de todo aquello sería excesivo para ella.

Fuera cual fuese el curso que elegía, nunca conseguía aproximarse a su presa. Tampoco sabía qué haría en el caso de que lo alcanzara, excepto que llevaría aparejado canalizar su ira a través del borde acerado de su espada. La criatura no le inspiraba temor alguno. Su odio era demasiado absoluto para que pudiera sentir miedo. Maeben la fustigaba desde lo más profundo de su ser, intentando abrirse paso y despedazar a la bestia con garras enfurecidas, maldiciendo el débil cuerpo de Mena: sin alas, corto de piernas, insignificante como era. Lo que ponía aún más furiosa a la princesa.

Se detuvo sólo el tiempo suficiente para oír las instrucciones de su hermano porque una mano se cerró sobre su hombro. La presa clavó la articulación a ese punto concreto del mundo, de manera que el resto de su cuerpo no tuvo más remedio que detenerse en seco. Mena giró en redondo, lista para fustigar con su lengua a quienquiera que fuese. El rostro que encontró era una máscara tal de surcos y fatigado estoicismo —firme, marcial, suplicante e irrefutable, todo a la vez— que fue como si las palabras se le evaporasen en la boca.

—Princesa —dijo Leeka Alain—, haced el favor de dejar de correr de una vez. — Un puñado de guardias se apiñaba detrás de él, jadeantes y sudorosos. Para sorpresa de Mena, aprovecharon la pausa para empezar a desabrocharse los petos de sus armaduras, hacer caer los cascos mediante una inclinación de cabeza y cortar las bandas anaranjadas que les ceñían los bíceps. Mientras ellos hacían todo eso, el general dijo—: Decidme, ¿qué pueblo va a la guerra casi desnudo, armado con espadas de madera? ¿Un pueblo que tiene la piel cobriza y el pelo negro?

La respuesta salió de la boca de Mena antes de que a ella pudiera ocurrírsele por qué le preguntaba tal cosa.

—El mío... los vumus, quiero decir.

Leeka gruñó.

—Sí, bueno, pues el caso es que vuestro pueblo os ha seguido, princesa. Algo de lo que me alegro, además, porque le han mostrado la manera a Aliver.

—¿La manera de qué? —preguntó Mena, distraída. Sus ojos subieron y examinaron al antok, con el lomo lleno de crestas abriéndose paso a través de las masas como la aleta de un tiburón que sobresale del mar.

—La manera de calmar a esos malditos cerdos y después, quizá, darles muerte. Lo primero que tenéis que hacer es desnudarlos.

La atención de Mena volvió a centrarse de golpe en él.

—¿Qué?

—Sin dejaros nada de ropa.

—¿Hablas en serio?

El viejo soldado frunció el ceño.

—No voy a negar que a mis ojos les encantará que lo hagáis, princesa, pero la orden viene de vuestro hermano. Desnudaos y seguidme. Es una idea disparatada, pero quizá sea la única manera de sobrevivir a la jornada. No os hallaréis sola en la desnudez.

Partió al trote, arrancándose la cota de malla mientras se iba. Mena lo siguió, resguardada dentro del destacamento de soldados ocupados en desnudarse que la protegía, viendo cómo el general se pasaba la camisola por la cabeza y la arrojaba bien lejos. Se desabrochó el cinto, desenvainó la espada y dejó que la vaina cayera al suelo. Iba a preguntarle qué locura se le podía haber ocurrido cuando Leeka volvió la mirada en su dirección. Explicó lo que había sucedido durante el tiempo que ella había pasado absorta en su cacería. Mientras lo escuchaba, Mena percibió el cambio producido en la escena que la rodeaba.

Los antoks seguían causando estragos, poniendo en fuga a los soldados y lanzando cuerpos por los aires, pero todos los que no estaban haciendo frente directamente a las bestias parecían haber hallado un propósito de lo más singular. Todos se estaban despojando de la ropa. Se arrancaban las prendas, salían apresuradamente de sus pantalones y cortaban con sus dagas las bandas que les ceñían los brazos, tan atropelladamente como si les quemaran la piel. Sólo cuando todos hubieron quedado desnudos a los ojos del mundo empezó a reagruparse el ejército, pero ya no como las unidades en las que habían estado repartidos antes. En vez de recomponerlas, los soldados formaron grandes islotes de humanidad, todos inmóviles hombro con hombro.

Si Mena había entendido correctamente lo que estaba diciendo Leeka, Aliver

creía que los colores intensos atraían a las bestias. Ni los adiestradores ni los vumus habían sido atacados porque lucían un color —el marrón— que los antoks consideraban neutral. Tal vez fuera natural para ellos, estaba diciendo Leeka. Quizás habían sido domesticados por personas de piel cobriza. O quizás habían sido adiestrados de ese modo para que sus adiestradores no se encontraran con que estaban siendo atacados. Los ejércitos acacios —incluso éste, con todo lo lleno de talayos que estaba— siempre habían lucido el naranja intenso de la realeza akarana, lo cual hacía de ellos unos blancos muy fáciles que era imposible pasar por alto. Fuera cual fuese la explicación, valía la pena intentarlo. De todos modos, ni la ropa ni las corazas ofrecían ninguna clase de protección contra aquella furia, aquellas pezuñas y aquellos colmillos.

Mena, quien nunca había sentido vergüenza de su cuerpo en Vumu, quedó completamente desnuda en unos cuantos rápidos movimientos y se miró mientras volvía a ceñirse la espada. Tenía la piel visiblemente oscurecida en el pecho, los brazos y las piernas, intensamente bronceada por el sol como estaba. La parte de arriba de sus muslos y su pelvis mostraban un tono más claro.

Eso bastó para que le empezaran a entrar dudas.

—Yo estoy pensando lo mismo —dijo Leeka, estudiándola. Su pecho y su pelvis, ahora al desnudo, mostraban la palidez resultante de haber permanecido a cubierto durante mucho tiempo—. Ahora daría lo que fuese por haber nacido con una piel talaya, pero... Bien, vayamos a reunirnos con los demás. Ellos nos resguardarán.

Mena entendió lo que quería decir unos instantes después, cuando se unieron a ese cuerpo amorfo de humanidad, deslizándose dentro de él, piel contra piel en un proceso donde el sudor contribuía en calidad de lubricante. Los talayos llegados de todas las tribus formaban el muro exterior. Atraían hacia su seno a los acacios y candovios y senivalios y aushenios de piel más clara y, de hecho, a todo aquel cuya complexión no fuera oscura. A éstos se los iban pasando de mano en mano, impulsándolos hacia el centro, escudándolos. Mena tuvo que esforzarse lo suyo para mantenerse próxima a la periferia de modo que pudiera participar en lo que fuese que iba a suceder. Perdió contacto con Leeka y sus guardias. Gritó para identificarse a sí misma como la princesa Akaran que era, dio sopapos en la nuca a unos cuantos soldados, empujó y se sirvió de los codos.

No tardó en tener a su alrededor una guardia de soldados bethunis. Eso ayudó, pero durante un intervalo de tiempo frustrantemente largo no pudo ver nada más que los imponentes colosos masculinos inmóviles a su alrededor. Al final se subió a un promontorio rocoso que le proporcionó un panorama de la escena que la rodeaba. Los bethunis se apretujaron contra ella desde todos los lados para mantenerla a salvo. Mena les puso las manos encima de los hombros, dándoles las gracias con su contacto. El resto de su ser se concentró en la escena que tenía delante.

El mar de humanidad en torno a ellos había adquirido una uniformidad colectiva de coloración. Ni uno solo de los soldados llevaba ninguna de las prendas de vivos colores que los habían distinguido previamente. En lugar de lucirlas, las apretaban contra el suelo bajo sus pies. Ahora todos los antoks se hallaban contenidos dentro de aquel océano de gente. Continuaban abriéndose paso a través de las multitudes, pero no de la misma manera en que lo habían hecho antes. Se movían a trompicones y como en breves arrancadas, titubeando, mirando en derredor a la busca de sus próximos blancos. Cada vez que divisaban una mancha de color volvían a acometer, como desesperados por identificar a alguien en tanto que dueño de aquel colorido y castigarlo en justa correspondencia. Ignoraban a personas que podrían haber aplastado mientras corrían por senderos de cuerpos que se apresuraban a apartarse ante ellos para hacerles sitio. Pasaban junto a pechos desnudos sin mostrar el menor interés por ellos. Lo que importaba era el color.

Uno de ellos empezó a recoger cuerpos del suelo y los hizo volar por los aires. Otro metió la cabeza en un montículo de ropa desechada y la hizo jirones. Giró rápidamente dentro de un torbellino multicolor de su propia creación, soltando bramidos mientras lo pisoteaba. Y entonces se detuvo de golpe. Tiras de tela flotaron a su alrededor en un lento descenso hacia el suelo, cubriéndole los flancos y la grupa, cayendo incluso sobre su cabeza y su hocico, enganchándose en sus colmillos. El antok jadeó, miró alrededor, olisqueó el aire y gruñó. Estaba, pudo ver Mena, confuso. Era el líder y les soltó un bramido a los demás. Cada uno de ellos respondió por turno, una llamada que se hacía eco de la frustración y el desasosiego del primero. No se aproximaron ni un centímetro más juntos, sin embargo. Cada uno de los antoks había quedado rodeado por muros en movimiento hechos de humanidad marrón, cuya fragilidad no parecían reconocer.

En el silencio que siguió a la llamada del líder, Mena se dio cuenta de lo silenciosa que había quedado la llanura. Miles de soldados permanecían inmóviles en torno a las criaturas, pero nadie hablaba. Nadie gritaba órdenes. Ningún cuerno hacía oír su sonido. Un tenue rumor de fondo hecho de pena flotaba en el aire, sollozos ahogados y el ocasional clamor de agonía procedente de los heridos; pero el silencio era tal que Mena podía oír la respiración y el subir y bajar de las patas de los antoks. Incluso oyó crujir las articulaciones del más cercano cuando echó a andar, ahora muy despacio, en dirección al muro de personas vueltas hacia él. Los humanos eran como niños ante la enorme bestia. Si se incorporaba sobre sus piernas, hubiese podido pasar sobre ellos y caminar con espacio de sobra debajo de su estómago.

Mientras contemplaba aquello, los ojos de Mena encontraron a Aliver por primera vez. No estaba lejos, a sólo un trecho en el muro de cuerpos vueltos hacia ella a través del espacio que habían dejado abierto para las criaturas. Permanecía inmóvil a unas Zancadas de distancia del antok de articulaciones envaradas. Era tan parecido a

los talayos en su porte y su musculatura que los ojos de Mena tenían que haber pasado por encima de él varias veces antes de percibirlo. Mantenía la línea exterior, hombro a hombro con los talayos que había a su alrededor. Su piel era un poco más clara que la de ellos, pero Mena no podía negar que él, también, estaba moreno. Y no podía fingir que no se hallaba en peligro.

La bestia estaba a sólo unas zancadas de él. Centró la mirada en un hombre y después en otro y después en otro más mientras iba a lo largo de la línea, acercándose a Aliver en busca de cualquier excusa que le permitiese matar. Sus colmillos eran como las hojas desnudas de otras tantas espadas curvas. Mena puso la mano sobre la empuñadura de su espada y sintió el palpitar de su pulso en la presa que ejercía alrededor del cuero. Vio cómo el antok iba aproximándose a su hermano. Quería soltarse y correr hacia él. Cada músculo y cada fibra de su ser anhelaban cubrir de un salto la distancia entre ellos, con su espada hendiendo el aire ante ella. Se hallaba lo bastante cerca para que, si saltaba desde los hombros del bethuni que tenía delante, acabara poniendo pie en el espacio despejado, donde desenvainaría su espada y...

Aliver la miró. Su cabeza no se movió. Su cuerpo no cambió en lo más mínimo de posición. Pero sus ojos sí que lo hicieron, para centrarse en ella. Clavó la mirada en la suya, su expresión estaba llena de trascendencia y diciéndole algo. Pero Mena no supo el qué. Sacudió la cabeza en una negativa apenas perceptible. Los ojos de Aliver giraron hacia el antok, permanecieron fijos en él por un instante y después se volvieron nuevamente hacia ella. Repitió esto tres veces. Fue todo el tiempo de que dispuso.

El antok interrumpió el contacto visual entre ellos cuando pasó por delante de Aliver. Mena subió los ojos por el grueso pelaje que cubría el flanco del animal, deslizándolos sobre las placas y la piel reseca y el trasero lleno de arrugas. Cuando la bestia hubo dejado atrás a su hermano y éste volvió a ser visible, la atención de Aliver estaba centrada únicamente en ella. Por el movimiento del cuerpo de él, Mena supo que un sonido salía de su garganta. No lo oyó, pero vio flexionarse el cuello de Aliver y que su boca se convertía en un óvalo, como en una brusca exhalación. El coloso giró su cabeza porcina, y el vendaval ocasionado por aquel movimiento hizo que los soldados del grupo más próximo tuvieran que apoyarse unos en otros para no perder el equilibrio. El antok volvió por donde había venido. Cerró el espacio entre él y aquello que estaba retando a su entendimiento, hallando un renovado interés en el príncipe. Lo estudió con un ojo bulboso y lleno de venas, tan próximo al rostro de Aliver que podría haberlo lamido. Su mirada subió y bajó por el cuerpo de Aliver.

Aliver se la devolvió con la suya, clavándola directamente en el ojo que lo observaba. Tenía que estar sintiendo el aliento de la criatura en la cara. Una lluvia de gotitas —sudor y sangre y hediondez— se esparcía sobre ella con cada exhalación. Aliver miró a Mena, con el rostro pétreo y sin que ella pudiera leer ninguna emoción



en sus facciones. No era más que su rostro con el aspecto que hubiera podido tener si lo hubieran reproducido en piedra. Sus labios se movieron de nuevo. Lo que había dicho, fuera lo que fuese, dejó su impronta en los rostros de los talayos que rodeaban a Mena. Todos, en un solo movimiento, dejaron que sus ojos girasen hacia arriba.

¿Qué estaba haciendo Aliver?, se preguntó Mena. ¿Qué quería que viera ella? Su hermano tenía que saber algo, pensó. ¿Cómo podía parecer tan tranquilo si no? Tan perfectamente dueño de sí mismo, como si la bestia ya fuera de su propiedad. Aunque lo que más quería en aquellos instantes era surcar el aire impulsada por la rabia de Maeben, sintió también una súbita tensión en el núcleo de su ser que albergaba el amor que ella profesaba a su hermano y el orgullo y la confianza que le inspiraba, una fe que en aquel momento bordeaba la adoración del héroe. Mena sabía que Aliver podía prevalecer. Podía, excepto que había algo que estaba intentando decirle que ella no entendía. Miró con más atención, en un desesperado esfuerzo por determinar de qué se trataba.

Aliver sostenía la *Confianza del Rey* en la mano derecha y su daga en la otra. Tenía que estar planeando atacar, pensó Mena. Y si estaba planeando atacar, tenía que haber encontrado alguna debilidad. Lo miró a la cara y calculó lo que estaban mirando sus ojos en el otro flanco del antok. Buscó el mismo punto en el flanco que el animal mantenía vuelto hacia ella. Y entonces lo vio.

Entre las placas que cubrían el hombro de la criatura, un área de la piel subía y bajaba rítmicamente. Palpitaba. Palpitaba. Se hinchaba regularmente de un modo que sólo podía significar la presencia de una arteria oculta bajo aquel grueso pellejo. Mena nunca habría reparado en aquel punto si el animal no hubiera estado inmóvil. Sin quitarle los ojos de encima, se inclinó hacia el bethuni más próximo y le habló al oído. El bethuni necesitó tan sólo un instante para verlo también.

—Di a los demás que miren y hagan lo mismo que mi hermano —susurró Mena.

Un instante después vio cómo la cabeza de Leeka Alain asomaba sobre el gentío. El general estudió al antok por un largo instante y después miró a Mena, asintió y su cabeza volvió a desaparecer entre el gentío. Los susurros fueron propalándose de una boca que murmuraba a otra.

Mena no estuvo segura de cuánto tiempo transcurrió entre eso y lo que sucedió a continuación. Parecieron no ser más que unos pocos segundos. El animal, perdiendo interés en el príncipe, empezó a darse la vuelta. Mena vio cómo Aliver se abalanzaba sobre el antok. Primero corrió dos zancadas y luego saltó. Clavó la daga hasta la empuñadura en el tejido de la pata y la utilizó como un ancla a partir de la cual izarse hacia arriba. El movimiento fue casi delicado, representado en un movimiento más lento de lo normal. Aliver, con el brazo erguido sobre la daga clavada, tocó la arteria con la *Confianza del Rey* y la hundió hasta la mitad. Soltó la daga, aferró la hoja de la espada y tiró de ella hacia arriba. Después dejó que todo el peso de su cuerpo cayera

sobre la hoja, impulsándola a través de la carne en un desgarrar descendente que seccionó la arteria.

El antok se volvió bruscamente en dirección a la herida, pero Aliver se apartó de él con una patada, liberando la espada mientras lo hacía. Cayó de pie a una cierta distancia del antok, fuera de la lluvia de sangre. El manantial palpitante esparció su caudal sobre los soldados más próximos mientras éstos se apresuraban a taparse los ojos para protegerlos de aquella sustancia negra, que parecía ser tan espesa como el aceite. Era un géiser dentro del que la bestia giró y giró, empapándose durante el proceso en lo que parecía una búsqueda de su origen.

Aliver se mantuvo apartado de los demás, en solitario y más próximo al monstruo, la espada enarbolada y describiendo círculos en el aire. En sus manos la *Confianza del Rey* parecía tan ligera, tan delgada que había momentos en que la hoja prácticamente desaparecía. Aliver hablaba suavemente con palabras que Mena no pudo distinguir, esperando pacientemente a que la criatura recordara su presencia. Finalmente el antok cesó en su danza circular y lo localizó. Se quedó rígida, mirándolo con fijeza, ebria y bamboleante. Parpadeó rápidamente, como si intentara despejarse la cabeza. Era ahí donde estaba herida, en la disminución del caudal de sangre al cerebro. Parpadeó y parpadeó; parecía tener dificultades para enfocar la mirada. Sacudió la cabeza y resopló.

Aliver se agachó y desprendió un trozo de tela del suelo. Sujetándolo con una mano, lo sacudió hasta dejarlo suelto ondeando en el aire, y entonces lo agitó de modo que el naranja no ensuciado capturase el sol. Le dijo algo más al antok. Dejó que la tela se extendiera sobre su pecho.

Eso era una invitación que la vil criatura entendió. Rugió y echó a correr, cojeando pero ahora decidida y pareciendo tan feroz como de costumbre. Aliver esperó hasta que la tuvo a sólo unas zancadas de distancia, y entonces lanzó la tela hacia arriba. El antok levantó la cabeza para seguir el movimiento con la mirada, las fauces abiertas y el cuerpo empezando a erguirse. Entonces Aliver se deslizó debajo de la criatura. Le hincó la espada en el vientre y lo abrió desde el pecho hasta el abdomen. Ya había salido de debajo de ella para cuando el antok empezó a desplomarse, desparramando las entrañas en un torrente de vísceras a su alrededor.



Entrar en el palacio no había resultado particularmente difícil, si bien —al igual que con la clave referente a *La canción de Elenet* que lo había conducido hasta allí— Thaddeus había aprendido cómo hacerlo únicamente debido a algo que Dariel había dicho sin darle mayor importancia. Un anochecer, poco después de que se hubiera reunido con Aliver en Talay, el joven príncipe había hablado de cómo conoció a Val de los Verspines, el incursor que se había convertido en su padre putativo. Había explicado detalladamente cuanto podía recordar de las regiones subterráneas del palacio. La mayor parte de lo que describió fue expresado en términos bastante vagos. Allí donde sí disponía de detalles, éstos sonaban como alterados por florituras imaginativas propias de la infancia, repletos como estaban de excéntricos personajes que habitaban túneles laberínticos; a juzgar por cómo sonaba en el relato, esos túneles discurrían a lo largo de un sinfín de kilómetros jamás imaginados por los moradores del palacio en la superficie.

Pero Dariel fue a la vez específico y creíble cuando habló del momento en que casi se vio arrastrado al mar. Era un recuerdo no oscurecido por el transcurso del tiempo. Había una plataforma justo encima del nivel del agua, dijo, en el extremo norte de la isla cerca del Templo de Vada. Consistía en una pequeña área plana, tallada en la roca para algún propósito hacía ya mucho. Justo encima de ella, ubicado en un ángulo con respecto a la piedra que probablemente dificultaba verlo desde el agua, había un punto de acceso. El pasaje al que daba iba ascendiendo a través de regiones escondidas que discurrían tortuosamente por toda aquella distancia hasta acabar desembocando en el interior del palacio, tan lejos como las cámaras destinadas a los niños.

Thaddeus se grabó en la memoria la descripción del punto de acceso. Tras partir sin ninguna ceremonia del campamento de Aliver, hizo marchar su cuerpo de anciano en dirección al Norte durante unos cuantos días. Luego se desvió hacia el Oeste para evitar al ejército de Maeander, que ya había empezado a agruparse. En cuanto llegó a una ciudad portuaria en la costa, compró el esquife más pequeño en el que fue capaz de imaginarse desafiando a las aguas. Se hizo a la mar el crepúsculo de ese mismo día. El viento estuvo con él durante la mayor parte de la travesía nocturna, y la luz grisácea que precede al amanecer lo encontró meciéndose sobre las olas cerca del

templo, justo enfrente de las rocas que contorneaban la costa norte de Acacia.

Estuvo buscando durante todo el tiempo que se atrevió bajo la creciente claridad del día. Finalmente, se decidió a desembarcar. Sabiendo que no podía dejar allí el esquife para que fuera descubierto, dispuso su vela en ángulo con relación al mar, saltó por la borda y lo vio alejarse impulsado por la brisa. Nadó hacia las rocas y se abrió paso a fuerza de manos, por primera vez en muchos años, a la isla de Acacia.

Localizar el punto de acceso le exigió más tiempo de lo que le habría gustado. Para cuando consiguió dar con él estaba bañado en sudor, respiraba pesadamente, y empezaba a temer haberse embarcado en otro gran disparate. Cuando encontró la rendija en la roca dio gracias profusamente a la Donante. Salió de la luz para adentrarse por entornos que eran, de hecho, tan extraños y solitarios como los había descrito Dariel.

Pese a toda la arriesgada fe que había puesto en aquel viaje, Thaddeus se asombró de la facilidad con que subió al interior del palacio. De pronto se encontró yendo por los pasillos con una falta de transición para la cual no estaba preparado. Costaba no ir directamente al centro de aquellos corredores tan familiares y deambular por ellos como si aún tuviera todo el derecho del mundo a hallarse presente allí. Thaddeus se detuvo. Tenía que ir con cuidado, ahora más que nunca. Se retiró y permaneció entre las sombras durante las horas diurnas. No siempre podía distinguir los corredores abandonados de los pasajes que aún eran utilizados por la servidumbre, pero se apostó en grietas de las paredes a través de las cuales podía ver y oír las idas y venidas que tenían lugar dentro del palacio. Lo asombraba pensar que alguien pudiera desplazarse sin ser visto de aquella manera, y se preguntó si alguien habría hecho tal cosa durante el tiempo que él ostentó allí el cargo de canciller.

Supo la respuesta tan pronto como formuló la pregunta. Un hormiguelo le corrió por la piel con la certeza de que así había sido; por supuesto que había sido espiado antes. Los hombres de la Liga: si alguien se había servido de aquellos corredores habrían sido ellos. ¿Acaso no se los conocía por su casi clarividente anticipación en todos los acontecimientos, decretos y opiniones que estaban al caer? Quizás aún se servían de aquellas regiones para observar también a Hanish. Thaddeus redobló sus esfuerzos por pasar lo más desapercibido posible, moviéndose únicamente lo imprescindible para situarse allí donde podría observar las pautas de la vida palaciega meinish.

Lo que lo dejó atónito fue que no había ninguna pauta. El lugar entero vibraba con un aura de desorden. Thaddeus percibió que había algo así como una ajetreada energía en la servidumbre y los administradores, una corriente subyacente de nerviosa confusión dotada de una calidad muy singular, como si indicara la proximidad de un acontecimiento sin precedentes. Su dominio de la lengua meinish era pasable. Por los retazos de conversación que oyó, pudo deducir que Hanish había

estado ausente de la isla pero no tardaría en regresar. Mientras la noche iba cayendo sobre el palacio, Thaddeus decidió que eso explicaba el nivel de excitación. Sentía como si hubiera algo más que eso, pero no estaba allí en calidad de espía.

Su misión era de lo más singular. Si lo que había acabado deduciendo a partir de pistas que habían vivido dentro de él durante nueve años era correcto, *La canción de Elenet* había residido todo aquel tiempo en la biblioteca de Leodan. En cierto modo, nunca había estado perdida. Y si la habitación no había sido alterada, entonces el volumen seguiría ocupando el mismo lugar que probablemente había ocupado durante décadas. Ahora lo único que tenía que hacer él era llegar a la biblioteca sin ser visto, encontrar el libro, y luego salir del palacio y de la isla, todavía sin ser visto.

En el silencio de la noche, Thaddeus se encaminó sigilosamente hacia la biblioteca, con una mitad de su mente concentrada en la cautela y la otra mitad ocupada en revivir aquellos momentos lejanos que plantaron las pistas que lo habían conducido hasta allí. Recordar ahora aquella última conversación con Leodan lo llenó de pena. Recordarla había llenado de pena sus días y sus noches desde entonces, pero ahora la entendía de un modo distinto a como lo había hecho antes. Porque cuando recordaba la cara que había puesto Leodan al mirarlo, ya no estaba seguro de que el agonizante estuviese rememorando la vida que habían compartido juntos. Ni siquiera estaba seguro de si Leodan lo había estado mirando con amor, con recelo o con odio. No estaba seguro de nada de aquello porque Leodan le había hablado en código. Lo que sí tenía muy claro era que Leodan no le había dicho dónde estaba el libro. No se lo habían confiado enteramente a él o a los niños, quienes habrían sido demasiado pequeños para saber qué hacer con él. En lugar de eso, Leodan había esparcido entre ellos las pistas precisas para dar con su ubicación. Claramente para que ellos las vieran en cuanto estuvieran listos para verlas, en cuanto realmente necesitaran verlas.

Leodan había escrito: «Diles a los niños que su historia sólo está escrita a medias. Diles que escriban el resto y lo pongan al lado de la historia más grande. Díselo. Su historia está al lado de la historia más grande jamás contada». Era tan simple como eso. Leodan le había dicho a Thaddeus que la historia de los niños debería estar al lado de «la historia más grande», y les había dicho a los niños que la historia más grande era la de los Dos Hermanos. No había más que ponerlas juntas y la respuesta era obvia. Su historia no era solamente la historia de sus vidas. Ni siquiera era solamente la historia del linaje Akaran. Era un relato más largo de insensatez humana. Era la historia de cómo los humanos habían aprendido a convertirse en dioses, a controlar el lenguaje, cómo habían hecho enfadar a lo divino, esclavizado a las criaturas de la Donante y asegurado su dominio sobre el mundo. Era la historia de la traición de Elenet.

La puerta de la biblioteca hizo demasiado ruido al abrirse. Las bisagras chirriaron debido a la falta de uso. El olor era tal como lo recordaba Thaddeus, a polvo y lugares

cerrados, con la sombra aceitosa del aroma de la madera de sándalo. La luna proyectaba su blanca claridad a través de los ventanales, algunos de los cuales estaban lo bastante abiertos para dejar entrar un hálito de aire nocturno. Thaddeus se orientó bajo la luz de la luna. Se sabía de memoria el camino a través de las altas pilas de libros, y encontró el libro exactamente dónde pensaba que estaría. La facilidad del hallazgo lo asombró. El libro *Los dos hermanos* estaba justo allí donde se suponía que debía estar, y a su lado había el lomo desprovisto de adornos de un antiguo volumen. Nada más abrirlo con un crujido, Thaddeus supo que era el libro que buscaba.

Era *La canción de Elenet*, el diccionario escrito por la mano del primer hechicero. Cuando recorrieron la cubierta, los ojos de Thaddeus no encontraron en ella nada que nombrara explícitamente a Elenet. La cubierta estaba hecha en un cuero sencillo que había sido desgastado por el paso del tiempo. Tenía un aspecto vagamente utilitario, como si contuviera el libro mayor de algún pequeño funcionario gubernamental. Al abrirlo, nada en la apariencia de la letra o en la redacción de los encabezamientos de cada epígrafe sugería la importancia del contenido. Parecía crucial que Thaddeus leyera lo suficiente para probar con certeza que no se había equivocado. Sólo lo justo para confirmar que tenía el libro adecuado. Se sentó con él en una de las repisas de los ventanales y empezó a hojearlo, sintiendo que un hálito de aire que olía a cerrado le rozaba la cara con cada hoja que volvía.

Cada página lo instaba a pasar a la siguiente, pero no debido a lo que leía. Thaddeus iba volviendo las páginas porque no podía, en ningún sentido verdadero del término, leerlas. Descubrió que su mente era incapaz de dar cabida a las palabras durante más tiempo que el segundo que tardaban sus ojos en pasar por encima de ellas. Estaba leyendo, y sin embargo no leía. Ante él había una página llena de escritura, y después otra, y otra. Simples letras y palabras, escritas en una caligrafía inocua sobre papel que mostraba su edad en lo áspero que resultaba al tacto. No era más que una página como cualquier otra, llena de palabras que Thaddeus apenas reconocía. Pero por mucho que lo intentara no podía asimilar ni una sola frase de lo que leía. No podía retener una frase, un pensamiento, aunque sólo fuese una impresión, de lo que estaba justo delante de él. Thaddeus se ensimismó en el esfuerzo, pasando una página tras otra, siempre con la vaga sensación de que estaba a punto de desentrañar su significado. Se ensimismó en el intento, sin darse cuenta de cuánto tiempo estaba transcurriendo.

Finalmente, furioso, siseó:

—¿Qué utilidad puede tener algo así?

El sonido de su voz lo sobresaltó. Paseó la mirada por la biblioteca, vio las motas de polvo que flotaban en el aire, escuchó el silencio y buscó cualquier señal de que pudiera haber sido visto u oído. La cámara seguía estando silenciosa y vacía, pero

entonces se dio cuenta de que ya no era de noche. Ni siquiera era primera hora de la mañana. La intensa claridad de un día despejado entraba a raudales por el ventanal. Las horas habían pasado sin hacerse notar mientras él permanecía sentado con la cabeza inclinada sobre el libro. Había estado tan absorto que alguien podría haberle entrado y tocado el hombro con la mano. Podía oír voces en el patio, el chasquido de unos zapatos que andaban por el pasillo, un rechinar cuando alguien metió un mueble muy pesado dentro de una habitación cercana.

Y entonces sintió el peso del libro, como si éste se apretara conscientemente contra sus muslos para retarlo en silencio a que hiciera otro intento. Thaddeus lo cerró de golpe. Él no estaba destinado a leerlo, naturalmente. No había tenido intención de intentarlo. Aquel libro sólo podía ser entendido con un minucioso estudio, y sólo debería ser examinado por alguien que consagrara toda su vida a la labor de aprenderlo, de aceptar la magnitud de cuanto entrañaba semejante conocimiento. Thaddeus no era esa persona. Se puso el volumen debajo del brazo y echó a andar en dirección a la puerta. Estaba muy cansado, aturdido por el hambre. Salir de aquel sitio con vida iba a exigir todas sus reservas de energía.

Mientras se aproximaba a la puerta, una voz entró por el ventanal abierto que había a su izquierda. Una voz de mujer, llamando a alguien. Thaddeus no oyó claramente las palabras que decía, pero algo en ellas le detuvo con la curiosidad de ver quién había hablado y a quién. Se acercó un poco más, estirando el cuello para ver. El panorama se desplegó lentamente ante él, cada porción de lo que contenía, dejándolo sin aliento con su grandeza.

Un grupo de tres mujeres estaba de pie con las espaldas vueltas hacia él. Una de ellas hizo un gesto con la mano a través del patio, dirigido a otra mujer joven. Ésta parecía haber sido detenida en su avance. Titubeó un instante, y luego se dio la vuelta y fue en dirección a las demás. Viéndola aproximarse, Thaddeus se dio cuenta de quién era. Corinn. Era Corinn. Partículas y fragmentos de Leodan y Aleera estaban allí a la vista de todos, al igual que distintos matices de parecido con Aliver, Mena y Dariel. Corinn lucía todas sus características con una gracia que iba más allá de ninguna de ellas por separado. Su postura era erguida en una manera que no podía ser más propia de la corte, su cintura esbelta, sus pechos y sus hombros cómodos dentro de un vestido azul celeste. Corinn formaba parte del esplendor de Acacia, vio Thaddeus, de un modo que él ya no imaginaba que fuese posible para el resto de sus hermanos.

Habiendo pensado eso, sin embargo, supo que sólo acertaba en parte. Corinn pertenecía a aquel lugar, pero no de aquella manera. No como una prisionera, no como una amante para Hanish Mein; no como una traición viviente, impuesta de cuanto había valorado antaño. Thaddeus pudo ver todo aquello en el rostro de ella mientras hablaba con las otras mujeres. Corinn estaba impresionante, pero eso no

ocultaba la miseria que moraba justo debajo de la superficie. Su rostro tenía un aura quebradiza, una fragilidad cristalina. Parecía como si pudiera estallar en mil pedazos en cualquier momento.

Thaddeus la observó durante todo el tiempo que ella pasó en el patio. Era la segunda vez que olvidaba su necesidad de mantener el sigilo. Contempló a Corinn y a su entorno desde varios ventanales, aprendiendo todo lo que podía de lo que observaba. No necesitó mucho tiempo para confirmar que se hallaba bajo estrecha vigilancia. La gente que espía a una persona puede ocultar bien sus acciones a esa persona, pero a menudo resulta tan obvia como el sol para otras. Los guardias la observaban disimuladamente. Los funcionarios de paso la escrutaban con miradas de soslayo. Una sirvienta apareció y desapareció varias veces, siempre cargada con una cesta que ni fue dejada en el suelo ni vio modificado su contenido. Thaddeus observó en todo aquello señales ocultas del cautiverio de Corinn. Así pues, decidió rescatarla.

Ese pensamiento ya le había pasado por la cabeza. No había dejado de darle vueltas mientras atravesaba el extremo norte de Talay. Lo había descartado, no obstante. Ahora todo dependía de que él recuperase el libro, y rescatar a la princesa superponía una capa de complejidad tras otra sobre aquella misión. Proporcionaba muchas más ocasiones de fracaso. Y él no podía fracasar. Incluso había llegado al extremo de imaginar conversaciones con Hanish en las que la aún cautiva Corinn era utilizada como moneda de cambio. Dudaba que Hanish fuera a hacerle daño. No después de haberla mantenido viva y en buena salud durante tanto tiempo, no después de acostarse noche tras noche en la misma cama que ella. La princesa estaría razonablemente a salvo, había pensado Thaddeus, hasta que el conflicto llegara a su conclusión.

Pero eso había sido antes, cuando Corinn no era más que una noción, un fantasma en el que Thaddeus pensaba cada día, pero sobre el que no había puesto los ojos en nueve años. Qué distinto se sentía ahora que la había visto. Si lograba escapar de aquella isla con La canción de Elenet al mismo tiempo que con la princesa Corinn, habría dado un paso de gigante hacia la redención de sus pecados anteriores. Todos los hijos de Leodan Akaran estarían a salvo. El futuro del mundo descansaría en sus capaces manos. El hecho de que él pudiera ser capaz de hacer que eso llegara a suceder significaba que tenía que intentarlo. Naturalmente lo intentó.





Maeander lo había presenciado todo desde una plataforma erigida junto a su tienda en el campamento meinish. Disponía de su propia ayuda para la visión, dos catalejos mantenidos juntos mediante una correa para llevar las escenas distantes al seno de una visión binocular. Había canturreado mientras los acacios marchaban ladera abajo en formación de batalla. Había sonreído ante sus titubeos cuando divisaron las jaulas de los antoks. Había imaginado las expresiones de perplejidad que habría en sus caras y reído ruidosamente en estruendosas carcajadas ocasionales que sobresaltaron a los hombres que tenía alrededor.

Con todo, la destrucción ocasionada por las bestias cuando fueron puestas en libertad lo había dejado atónito. Creía saber qué esperar. En los años transcurridos desde que la Liga había traído cachorros de antok como regalos de los lothan aklun, Maeander había supervisado personalmente el adiestramiento que se daba a las criaturas. Las había visto crecer desde el tamaño de cochinillos que mamaban. Había dado instrucciones a los adiestradores de que los prepararan para un momento como éste. Ellos les habían enseñado a odiar todos los colores, infundiéndoles el miedo a la variación visual. En el curso de largos meses de trabajo los habían obligado a igualar el naranja y el rojo, el púrpura y el verde y el azul con el dolor, con el sufrimiento, y les habían enseñado que la única manera de responder a tales cosas era a través de la furia. En su mayor parte aquello no había sido difícil. La furia se hallaba presente en la naturaleza de los antoks desde el momento en que salían, con beligerancia y mediante las patas, de los úteros de sus madres.

Pero lo que vio en el curso de aquellas primeras horas iba más allá de cuanto hubiese podido imaginar. Con una perspectiva de todo el campo de batalla a su alcance, vio cómo los cuatro monstruos trabajaban en algo parecido a la coordinación. Abrían surcos a través de densas concentraciones de tropas, pero no con el abandono gobernado por el azar que tenían que haber percibido los acacios. También iban hacia los bordes de la masa humana, cortando el paso a quienes huían y devolviéndolos al redil, controlando la totalidad del frenesí. Asombrado, Maeander se percató de que los adiestradores no habían mentido en lo tocante a su potencial; las historias sobre aquellas criaturas que contaban los lothan aklun eran ciertas. Iba, pensó Maeander, a ver cómo los antoks aniquilaban hasta al último de los acacios y

sus aliados. No se detendrían hasta que cada retazo de color en movimiento hubiera quedado aplastado o hecho jirones. Había sentido, mezclada con la euforia, el palpitar de un nuevo temor a los extranjeros de más allá de las Laderas Grises. Si regalaban libremente unas armas semejantes, ¿qué clase de poderes se reservaban para sí mismos?

Ese pensamiento fue atajado antes de que hubiera podido ir demasiado lejos. El pequeño grupo de forasteros llegó; vumus, como no tardó en descubrir Maeander. Sabía exactamente por qué los antoks no los destruyeron, pero no había anticipado que en plena confusión de la batalla los acacios serían capaces de unir las claves por sí mismos. Maeander soltó un juramento cuando los vio despojarse de sus ropas. Quería gritarles que pararan. ¡Eso no os salvará! ¡Morid con bravura, no con los traseros expuestos al mundo! Y sin embargo siguió mirando mientras ellos iban poniendo lentamente a las bestias bajo control, rodeándolas y encerrándolas con muros hechos de su propia carne. Todos y cada uno de ellos estaban desnudos y vulnerables, sus corazones expuestos. Por ningún otro medio que ése calmaron el salvajismo de los antoks. Maeander nunca habría imaginado tal cosa.

Tampoco pudo dar crédito a sus ojos mientras veía cómo Aliver encontraba una manera de matar a los antoks. Allí estaba el príncipe, desnudo como el día en que vino al mundo y tan parecido a los talayos que había a su alrededor, enarbolando tan sólo dos palmos de acero en una exhibición de coraje que habría enorgullecido al mismo Maeander. No pudo ver con precisión cada detalle, pero vio cómo Aliver saltaba sobre el flanco de la bestia. Unos instantes después la vio cargar contra Aliver, y cuando la criatura se desplomó, supo que cualquiera que fuese la herida que acababa de hacerla caer había sido fatal. Otros en el ejército de Aliver simplemente siguieron su ejemplo, con algunas variaciones. En cuestión de media hora todos los antoks yacían muertos. Talayos triunfantes treparon sobre ellos y expresaron su júbilo bailando.

Los generales que se sentaron en el consejo con él aquella noche intentaron hacer hincapié en las ganancias que habían obtenido. Los acacios no serían capaces de poner un ejército en el campo de batalla el día siguiente. Los oficiales estimaban que el enemigo había perdido más de quince mil almas ante los antoks durante el corto espacio de tiempo en que éstos habían campado a su antojo. Era una cifra fenomenal. Alrededor de un cuarto de la totalidad de sus efectivos. Asimismo, no había habido señal alguna de hechicería en el campo de batalla. Ninguna fuerza exterior los había ayudado. Quizá quien había estado obrando magia para ellos hasta entonces había perecido ante los antoks. O quizá sólo había tenido a su disposición esa limitada porción de la hechicería. Ésta podía haber sido consumida, de la misma manera en que puede serlo cualquier otra cosa.

—Aliver ha retrasado su derrota —dijo uno de los generales—, pero ahora

estaremos preparados para poner fin a esto. Mañana deberíamos marchar sobre ellos con todas nuestras fuerzas. Aplastarlos. Incluso si no comparecen en el campo de batalla. Matémoslos en sus campamentos y que yazcan junto a sus muertos por enterrar.

Algunos murmuraron su asentimiento. Otro, llenando el silencio en el que debería haber estado la respuesta de Maeander, dijo:

—Recordad, hoy no hemos perdido un solo soldado. Ni uno solo. Ni siquiera Hanish hubiese podido haberlo hecho mejor.

Pero todas esas cosas no supusieron sino un magro consuelo para Maeander. Esta vez fue él, no sus consejeros, quien vio las ganancias que había obtenido el enemigo a pesar de lo que parecía una derrota. La historia de Aliver dando muerte al primer antok con sus propias manos se propagaría de uno a otro confín con la celeridad de un contagio. Haría del príncipe una leyenda de proporciones gigantescas y causaría un frenesí todavía más grande entre los habitantes del imperio.

Esa noche supo de otras dos novedades inquietantes. Todos los navíos controlados por la Liga a lo largo de toda la costa se habían retirado. No dieron explicación alguna para ello y rehusaron todos los esfuerzos de diálogo ofrecidos por los pocos capitanes meinish que controlaban sus propias embarcaciones. Sin duda había traición en eso, pero por el momento aún no había sido explicada. Significaba, naturalmente, que Maeander no podría evacuar a sus fuerzas si se veían empujadas contra el mar. Aunque no se lo expresó en voz alta a nadie, se preguntó si aquello no sería obra de su hermano, un castigo, un reto. No tenía ningún sentido, pero eso no impidió que el pensamiento girara dentro de su cabeza como una rueda en movimiento perpetuo.

Todavía más tarde esa noche, sentado a solas en su tienda, con la mirada clavada en la llama inmóvil de la lámpara de aceite sobre su mesa, un mensajero le trajo otra remesa de correspondencia. Era un mensaje enviado por su hermano, llevado a través del mar sujeto a la pata de un pájaro mensajero. No hacía ninguna mención de la Liga, quizá porque Hanish aún no estaba al corriente de lo sucedido. En lugar de eso, su hermano escribía con entusiasmo, comunicándole que ya había zarpado del Territorio Continental. Los tunishnevre iban con él. Hasta el último de ellos. No habían sido dañados por el viaje y hervían de vida. Estaban impacientes por quedar libres. Hanish los tendría a salvo dentro de la nueva cámara en Acacia en cuestión de pocos días. Y entonces los liberaría.

«Y entonces —pensó Maeander— habrás completado la obra de tu vida. Y yo... yo no habré hecho sino ayudarte a consolidar tu fama».

Ese pensamiento lo colmó de abatimiento. Pisándole los talones le llegó un antiguo recuerdo de cuando tenía once años y Hanish acababa de cumplir los trece. Entonces su padre aún vivía, abiertamente orgulloso de ambos. En honor del

cumpleaños de Hanish, Heberen había hecho los arreglos necesarios para que danzaran un Maseret ante un grupo reverenciado de veteranos en el Calath. Iba a ser uno de los últimos duelos de Hanish como novicio, la última vez en que no se trataría de una lucha a muerte. Utilizaron cuchillos de verdad, pero llevaban chaquetas de cota de malla debajo de sus thalbas. Círculos trazados sobre sus pechos indicaban los puntos de su corazón. Ése era el blanco al que cada uno tenía que apuntar para poner fin a la lid.

Ambos eran ágiles y fuertes, sus cuerpos creciendo en estallidos exuberantes. Maeander era casi tan alto y fuerte como Hanish, y llevaba tiempo sospechando que sus habilidades en la danza sobrepasaban a las de su hermano. En aquella ocasión, ante los mayores que llenaban la sala, no le quedó más remedio que obligar a Hanish a que tuviera que emplearse al máximo. No había planeado hacerlo. Simplemente sucedió. El orgullo despertó dentro de él y condujo todas sus acciones a partir de ese momento. Se movió más deprisa de lo que nunca había hecho anteriormente, con cambios inesperados en el ritmo. Se maravilló ante la compostura que el rostro de su hermano supo mantener en todo momento; algo que resultaba todavía más impresionante e irritante porque Maeander sentía la tensión que le estaba causando. No trató de ganar el duelo. Eso habría sido un insulto demasiado declarado. Pero quería asegurarse de que los mayores lo vieran lucirse, así que le hizo sangre a Hanish. Lo cortó en el orificio nasal izquierdo mediante una maniobra de revés, alzando la mirada hacia el gentío mientras lo hacía. Unos cuantos movimientos después dejó que Hanish le tocara el punto del corazón. Maeander salió de la arena muy satisfecho de sí mismo. Un corte en la cara no era considerado importante en las reglas de la danza, y tampoco era una herida seria. Pero dejaría una cicatriz permanente. Maeander se sintió enormemente complacido de ello.

Esa noche, sin embargo, fue bruscamente arrancado de sus sueños. Despertó al miedo instantáneo. Sintió un peso vivo apretándose contra su espalda. Alguien lo agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. El borde plano de la hoja de un cuchillo le tocó la piel, puesto en el ángulo justo para que Maeander pudiera sentir el filo probándole la carne.

Y entonces la voz de Hanish habló desde muy cerca de su oído, fría y precisa. De un modo u otro, dijo, Maeander no volvería a humillarlo jamás.

—¡No intentes negar que ésa era tu intención! —continuó su hermano—. Cualquiera que tuviese un par de ojos pudo verlo. Lo sentí. Pretendías hacerme saber que eres mejor que yo. Querías que te tuviera miedo, ¿verdad? Pero no te temo. Lo que sientes ahora es mi cuchillo en tu cuello, hermano. Siempre ha estado allí y siempre estará. Podría matarte aquí mismo, ahora mismo, si quisiera.

Maeander no lo dudó. Su hermano hubiera podido hablar con la voz de la Donante, tan absoluta era su certeza. Hanish le dijo que tenía una elección que hacer.

Podía morir allí mismo —sin que hubiese ningún logro unido a su nombre— o podía acceder a ayudarlo a cambiar el mundo.

—Jura por los antepasados que nunca volverás a obrar en mi contra. Jura que siempre me obedecerás. Júraselo a los antepasados y te dejarán vivir. De lo contrario mueres aquí mismo, ahora mismo. Nadie me interpelará por ello, y tú lo sabes muy bien.

La respuesta brotó de Maeander, para eterna vergüenza suya. La razón de que hubiera honrado el juramento que prestó aquella noche quizá fuese precisamente hasta qué punto lo avergonzó. Cuando se vio cara a cara con la muerte, desfalleció. Yació allí paralizado por el miedo, horrorizado por la posibilidad de que pudiera perder la vida de gloria que tan vívidamente imaginaba. Fue, él lo sabía muy bien, un momento de imperdonable debilidad. Hanish lo había obligado a encararse con la única cosa que se le podía hacer temer a un varón meinish: la muerte antes de haber alcanzado la grandeza. Irónicamente, según el código meinish, entonces Maeander debería haberle escupido su desafío a Hanish. Debería haber aceptado el peor de los destinos con una sonriente indiferencia. Pero no lo hizo.

Eso habría sido una desgracia intolerable, de no ser por lo que Hanish hizo a continuación. Una vez que hubo oído el juramento musitado por su hermano, el peso de Hanish se aflojó súbitamente encima de él. La respiración se le volvió entrecortada. Tras unos instantes de perplejidad, Maeander cayó en la cuenta de que su hermano mayor estaba llorando, con gemidos salidos de algún lugar tan dentro de él que era como si cada sollozo fuese arrancado directamente de sus entrañas. Maeander no se movió, ni siquiera mencionó que Hanish seguía manteniendo la hoja del cuchillo sobre su garganta. Desde entonces nunca habían hablado de aquella noche, aunque Maeander la recordaba casi cada día.

Y ahora... ahora Hanish se hallaba a las puertas de su mayor triunfo. Maeander, en comparación, había fracasado. Porque, realmente, todo se reducía a eso. Había fracasado. Eso no significaba la derrota para su pueblo. Nada de cuanto pudiera hacer Aliver impediría que Hanish completara la ceremonia para liberar a los tunishnevre. Cuando los antepasados volvieran a andar sobre la Tierra, serían una fuerza invencible. Todas las tretas y estrategias y ardidés concebidos por él y su hermano se quedarían en nada comparado con la furia que desatarían ellos. Así que al mantener a raya al ejército de Aliver en el norte de Talay, había contribuido a la victoria completa de su hermano. Cosa que sin duda estaba muy bien. Pero lo importante no era eso. Lo importante era que Maeander Mein ya no tendría reservado ningún verdadero lugar de gloria en la historia. ¿Quién se acordaría de él? ¿Quién entonaría canciones que hablaran de Maeander después de que Hanish hubiera hecho lo que su pueblo llevaba anhelando desde hacía más de veintidós generaciones? Sentía como si Hanish nunca hubiera apartado el filo de la hoja de su garganta.

Con esa perspectiva ante él, Maeander decidió que sólo le quedaba un modo de redimirse honorablemente. Envió mensajeros a sus generales, informándoles de que por la mañana lanzarían el ataque pospuesto. Tenía algo en mente para iniciar el día. No viviría para verlo terminar, pero eso daba igual. Si se unía a los tunishnevre ahora sería liberado con ellos en los días venideros. Sería uno de los tunishnevre, uno de aquellos antepasados a los que su hermano estaba obligado a reverenciar. De todos modos, llevaba demasiado tiempo sin mirar a la cara al enemigo. Ni siquiera Hanish había hecho eso nunca. Y si conseguía hacer lo que esperaba, Hanish nunca sería capaz de arrebatárselo.

Nada de todo lo que pensó o planeó fue ni tan siquiera remotamente evidente en el rostro o en el porte de Maeander a la mañana siguiente. Salió del campamento a la vanguardia de su fuerza personal, un mero puñado de punisaris que avanzaban a grandes zancadas a través de los rayos inclinados del sol naciente, todos más altos de lo habitual, de rostros morenos como piedra cincelada que hacían juego con sus musculaturas y sus andares. Cada uno llevaba el pelo rubio como la paja tan largo que le caía por debajo de los hombros; unos cuantos llevaban los mechones recogidos en los nudos tradicionales para que les recordaran los años que sus antepasados pasaron vagando por los páramos durante el exilio; todos sabían cuál era la tarea hacia la que se encaminaban, y ninguno mostró la menor señal de vacilación. Maeander se había recogido cada una de las tres trenzas que, con su entrelazamiento de cintas coloreadas, informaban de a cuántos hombres había matado con su propia hoja. Un thalba gris le envolvía el torso. La única arma que había presente sobre su persona era la daga ilhach sostenida horizontalmente a través de su abdomen.

Así acompañado y armado, Maeander fue hacia el campamento acacio a través de la desolación colmada de cicatrices que era el campo de batalla del día anterior. Llevaba consigo un estandarte que indicaba el deseo de parlamentar y lucía una fachada de sonriente, compuesta humildad.



El cisne de papel esperaba justo dentro del portal. Alguien tenía que haberlo introducido por debajo de la puerta. El cómo se había logrado tal cosa no estaba del todo claro, habida cuenta del posicionamiento del objeto, el modo en que permanecía erguido a unos cuantos centímetros de la rendija bajo la puerta, un espacio no tan alto como la estilizada criatura geométrica que tenía que haber pasado por debajo de ella. Además, había una nota a su lado. Sólo una cinta de papel, tan delgada que costaba de recoger. Corinn hizo tal cosa con mucho cuidado, pellizcándola entre dos uñas. «Aceptad este regalo —leyó— por si se diera el caso de que os hiciese falta».

No estaba firmado, pero Corinn sabía quién lo había enviado. Cómo se las habían arreglado los agentes de Sire Dagon para burlar a los guardias exteriores ya era incapaz de imaginarlo, y la sensación de que quizás habían estado dentro de su habitación mientras dormía hizo que sintiera un hormigueo en la piel. Se llevó el cisne a la nariz y lo olisqueó, minuciosamente. No había ningún olor. Apretando el papel entre los dedos, pudo sentir la áspera textura de los cristales que contenía. Sabía que los granos se destilaban de las raíces de una flor silvestre mediante un proceso conocido únicamente por la Liga. A partir de ellos preparaban un veneno letal, uno que no podía ser olido o saboreado o detectado después. Pensó en volver a mirar la nota, pero ya se había desmenuzado en finas partículas. Lo único que quedaba de ella era un residuo en sus dedos y unos cuantos vestigios en el suelo. La tenue corriente de aire que se colaba por debajo de la puerta ya había empezado a dispersarlos.

Corinn estaba en su antigua habitación, donde a veces pasaba la noche cuando Hanish se hallaba lejos. Le proporcionaba una mayor intimidad, y últimamente había empezado a necesitar cada vez más la soledad mientras intentaba hacerse con el control del torbellino de pensamientos que se agitaban en su interior. Aquella mañana había despertado creyendo que los próximos días iban a cambiar por completo el curso de su vida. El mensaje en forma de cisne fortaleció aquella creencia. Era una pequeña, silenciosa y potente confirmación de que fuerzas presentes en el mundo estaban actuando al unísono con ella. Sabiendo que era mejor no tocarlo demasiado, alisó las alas del pájaro y se lo puso debajo del cinturón.

Dio media vuelta y se encaminó nuevamente hacia el área de su vestidor, donde había estado antes de que reparara en el cisne. Se sentó en el taburete frente a su

tocador, un conjunto de espejos que le devolvían variaciones de su imagen convertida en reflejos. Tenía intención de planear los acontecimientos, pero se detuvo por un instante para mirar en los espejos. Como le sucedía a menudo últimamente, se sentía inquieta. Cada una de las visiones de su cara mostraba un personaje distinto. Dependiendo de cuál fuera el ángulo, parecía desgraciada o arrebatadora, delicada o agitada o segura de sí misma o... malvada. Sí, vista de medio perfil, desde la izquierda, Corinn no pudo evitar reconocer una antes no percibida crueldad en la inclinación de sus ojos y su boca, y en el modo en que mantenía levantado el mentón, como si fuera un arma sobresaliendo en advertencia. Corinn odiaba lo que veía allí. O a veces lo hacía. Otras veces, en cambio, odiaba lo que veía desde los otros ángulos. ¿Cuál de aquellos rostros debería presentar a Hanish en su regreso?

Él tenía previsto llegar al día siguiente. Navegaría a la vanguardia de una flota de navíos que traían a sus legendarios antepasados a la isla. El día anterior le había enviado una carta, repleta de su entusiasmo, aludiendo a sus planes para ubicar lo más deprisa posible a los antepasados dentro de la cámara recién construida. Hablaba de la alegría que sintió al ver tantísimos navíos cargados con los sarcófagos. Qué espectáculo tan maravilloso, había escrito. ¡Como si Corinn fuera a sentir lo mismo que él! Hanish le recordaba cómo esperaba que ella hiciera honor a su promesa de ayudarlo a liberarlos para su eterno descanso. Una vez que hubiera hecho eso, la brecha que había marcado durante décadas al Mundo Conocido por fin quedaría cerrada. Tanto los meins como los acacios tendrían una nueva oportunidad de disipar sus viejas animosidades. La Tierra, prometía Hanish, por fin podría empezar a sanar. Esta guerra siempre había sido sobre eso. Era una larga batalla, una travesía épica, pero el fin estaba próximo. Escribía: «Tú, Corinn, me ayudarás a hacer que todo eso sea posible. Tanto mi pueblo como el tuyo te reverenciarán por ello. Y yo también te reverenciaré».

—Él desconoce lo que hay en mi interior —le dijo Corinn a la habitación que guardaba silencio a su alrededor. Había habido un tiempo en que el mero hecho de que así fuera la habría llenado de congoja. Ahora, sin embargo, todo lo que había planeado dependía de ella misma. Hanish creía poder manejarla a su antojo como si ella hubiese nacido ayer; Corinn, no obstante, estaba decidida a no permitir que eso llegara a suceder—. Él desconoce lo que hay en mi interior.

—No —dijo suavemente una voz, a modo de respuesta—, eso ningún hombre lo sabe. Ningún hombre podrá saberlo jamás.

Corinn saltó de su asiento, giró en redondo, y buscó el origen de la voz. En un primer instante no vio nada. La habitación estaba desierta, habitada únicamente por sus pertenencias familiares, resguardada bajo los murales repletos de escenas bucólicas que cubrían el techo y los tapices multicolores que embellecían las paredes. Entonces un hombre rasgó súbitamente la frontera que separaba un par de tapices y se



hizo visible. Estaba a sólo unas Zancadas de distancia. Su proximidad, la concreción de su presencia, la conmocionaron hasta tal punto que por un instante sintió que le faltaba el aliento.

—No temáis —dijo el hombre—. Por favor, princesa, no deis la voz de alerta. Estoy aquí para ayudaros. Sirvo a vuestro hermano, y os sirvo a vos.

Ella lo reconoció tras sólo unas cuantas palabras. Era Thaddeus, el canciller. El más íntimo amigo de su padre. El hombre que lo había traicionado. ¡Por la Donante, qué viejo que era! Su rostro estaba surcado por profundas arrugas, y tenía las mejillas hundidas y el cuerpo encorvado. Se lo veía tan fatigado, con bolsas bajo los ojos, inseguro sobre sus pies, oscilando ligeramente mientras cargaba con un libro que mantenía apretado contra su pecho... Sin saber muy bien cómo, Corinn logró hablar a través de su sorpresa y preguntó lo primero que le pasó por la cabeza.

—¿Cómo habéis entrado aquí?

Thaddeus preguntó si podía sentarse. Habló en voz baja, emitiendo sus palabras con una tenue falta de inflexión.

—Con mucho gusto os lo contaré todo, princesa Cor...

—¿Estáis en mi habitación? —preguntó Corinn, cada vez más incrédula a medida que la imposibilidad se adueñaba de ella—. ¿Cómo podéis estar en mi habitación?

—Por favor, ¿puedo sentarme? Si no lo hago, es muy posible que me desplome. Y... por favor, ¿podrías asegurarnos de que no nos molestarán? No puedo ser descubierto. Enseguida os explicaré por qué.

Corinn se lo quedó mirando. Sabía que tenía que pensar deprisa. Visitas como aquella tenían una importancia que no podía malinterpretar. No podía dar ningún paso en falso, porque lo que quiera que fuese que había sacado del pasado a aquel hombre y lo había traído a su habitación, simplemente no podía ser ignorado o dilapidado. Y ciertamente Thaddeus no parecía representar ninguna amenaza física para ella. Como quiera que hubiese llegado hasta allí y cualquiera que fuese el motivo que lo había traído y sin importar cómo Corinn fuera a vérselas con ello, debería escucharlo, y debería hacerlo a solas.

—Esperad aquí —susurró.

Salió al pasillo e informó a sus sirvientes de que no quería ser molestada por ninguna razón. Ordenó apostar guardias en las puertas exteriores a sus aposentos, y llevó a Thaddeus a la alcoba resguardada justo dentro del balcón. Allí le hizo tomar asiento en una silla de respaldo recto mientras ella iba y venía ante él. Entonces Thaddeus se lo contó todo. Explicó cómo había entrado en el palacio y cómo había deambulado por los pasajes secretos ocultos dentro de los muros. Tardó no sabía cuántas horas en llegar a la habitación de Corinn, pero al final encontró un túnel de techo muy bajo que desembocaba en el rincón de la pared detrás de su cama. La asombraría saber que había estado allí todo el tiempo, escondido por un simple truco

en la arquitectura. Pero no estaba empezando por el principio.

Lo había enviado Aliver, dijo, y acto seguido se embarcó en una atropellada y nerviosa descripción del hombre en que se había convertido su hermano al madurar. ¡Cómo había crecido para cumplir, para exceder, cuanto Leodan pudiera haber llegado a imaginar para él! Tenía una gran visión. Tenía un don para poner en acción a las masas. Estaba pletórico de urgencia y propósito. También habló de Mena y de Dariel, la sacerdotisa que blandía la espada y el osado incursor de los mares. Ambos estaban inmersos en una batalla que no podían perder. Aliver había inflamado a la gente con la convicción de que su destino estaba en sus manos. Él, cuando hubiera salido victorioso, no reinaría sobre ellos. Reinaría para ellos. Mediante su permiso y únicamente en interés suyo. Barrería toda la escoria que impulsaba al Mundo Conocido tal como era actualmente y encontraría nuevas formas de prosperar. Edificaría la confianza entre las naciones, ennoblecería a los oprimidos, quebraría el espinazo de la Liga, prescindiría de la Cuota, aboliría los trabajos forzados.

El anciano canciller siguió y siguió. Corinn escuchaba, dándose cuenta de que se suponía que hubiera debido sentirse llena de alivio, de alegría, de expectación. Intentó sentir todas aquellas cosas. Cuanto más hablaba él, sin embargo, más le parecía estar oyendo los delirios de un loco. Pura imaginación. La materia de la que estaban hechos los cuentos para niños. Una fantasía en la que ella no sentía que tuviera parte alguna. ¿Cómo podía creer Thaddeus que ninguna de esas cosas llegaría a hacerse realidad? Corinn ya había oído parte de esa historia antes, de labios de Rhrenna y Rialus. Había hecho acopio de otros fragmentos a través de conversaciones que había escuchado. Pero ahora que tenía sentado ante ella a aquel hombre en toda su carne envejecida, le parecía menos creíble que nunca. Thaddeus hablaba como un discípulo recién convertido, empeñado en adorar a un profeta de... ¿de qué? ¿La igualdad? ¿La liberación? Sonaba como si Aliver planeara edificar un imperio en el cielo, algún reino idílico que flotaría sobre las nubes. Algo semejante se desvanecería igual que las nubes, quería decir Corinn, barrido por la primera brisa que soplara con un poco de fuerza. Una chispa de amargura sorprendentemente intensa llameó en su interior, pero se aseguró de ocultarla.

Un mono dorado apareció en el balcón. Tenía que haber saltado desde algún lugar situado muy por encima de ellos, y pareció sobresaltarse al encontrarlos en la alcoba resguardada del sol. Chilló, con una vocecita tan aguda como el trino de un pájaro. Su pelaje brillaba intensamente contra el fondo azul del cielo. Corinn le dio la espalda.

—Hanish regresa mañana. Trae consigo a los tunishnevre. Quiere que lo ayude a celebrar la ceremonia que pondrá fin a la maldición. Dice que una vez hecho eso, gran parte de la brecha entre los meins y los acacios quedará cerrada para siempre. Pasará a ser historia, dice él. Ya no será el presente o el futuro. ¿Qué opináis de ello?

—¿Va a traerlos aquí? —preguntó Thaddeus. Luego permaneció callado unos

segundos, con la boca abierta y los ojos vidriosos—. Tendría que haberlo sabido. Pues claro que los... Ha dispuesto del tiempo necesario para preparar una cámara aquí. Envió a su hermano a combatir contra Aliver, no porque no se tomara en serio la amenaza, sino porque se reservaba un propósito más grande para sí mismo. Os ha mantenido a buen recaudo aquí durante todo este tiempo... Sí, habría tenido que preverlo. Nosotros hemos hurgado dentro de nuestros propios mitos en busca de aliados, así que no veo por qué no iba a hacerlo él.

Levantó la vista hacia Corinn, sus venosos ojos de anciano estaban fijos en su rostro.

—¿Me preguntáis qué opino de ello? Pues opino que Hanish está mintiendo. La tradición dice que hay dos maneras de poner fin a la maldición lanzada sobre los tunishnevre. Hanish podría liberarlos con la entrega de unas cuantas gotas de vuestra sangre, una ofrenda de perdón. Pero su intención es otra. Si os arrebatara la vida sin que vos quisierais entregarla voluntariamente y os sacrifica sobre el altar, entonces lo que hará será despertar a sus antepasados, no liberarlos para que puedan conocer la muerte. Los devolverá a la vida. Los tunishnevre recuperarán sus cuerpos y volverán a andar sobre la Tierra, Corinn. Serán increíblemente poderosos y vengativos de una manera que no tiene límites. Si eso sucede, habremos perdido. Ésa es la razón por la que debéis venir conmigo.

—¿Es por eso por lo que vinisteis aquí —preguntó Corinn—, para rescatarme?

—Vine por otra razón —dijo el antiguo canciller. Le habló de los santoth y la corrupción de su conocimiento y de la gran, gran necesidad de disponer de *La canción de Elenet*. Había dado con ella, explicó, porque por fin había unido las pistas que Leodan dejó para ellos. Aliver aún no sabía de su éxito. Ni siquiera sabía que él hubiera venido al palacio. Necesitaba llevarle el libro lo más deprisa posible, pero ahora era igual de importante que Corinn huyera de la isla con él. Sería arriesgado, pero si escapaban a través de la ruta por la que él había entrado en el palacio, emergerían no lejos del Templo de Vada. Él podía ir hasta el templo y, estaba seguro, una vez allí podría convencer a los sacerdotes de que le entregasen alguna embarcación de pequeño tamaño. Regresaría y la recogería a ella y entonces volarían en alas del viento. Quizás incluso podría enviar un mensaje a Aliver desde el templo, de manera que él pudiese actuar en consecuencia.

Corinn mantuvo el rostro vacío de toda expresión. No quería abordar aquella noción de huida, al menos no por el momento.

—¿Ese libro es *La canción de Elenet*? —preguntó, señalando el volumen que reposaba sobre los muslos del anciano. No parecía ser gran cosa, realmente, pero reparó en que Thaddeus nunca había apartado las manos de encima de su cubierta, como si temiese que pudiera sucederle algo incluso allí, con tan sólo ellos dos en la alcoba.

Cautelosamente, él asintió con la cabeza.

Corinn extendió las manos hacia el volumen.

—Princesa, no nos queda mucho tiempo —dijo Thaddeus—. Deduzco que Hanish va a regresar mañana. Debemos...

—Dejadme ver el libro —dijo ella, manteniendo los ojos puestos en el canciller y asegurándose de que sus palabras tenían el tono de una orden. Estaba segura de que si no hubiera estado mirándolo con tanta fijeza éste podría haberse negado, dado largas, pensado en una excusa, o cambiado de tema. Thaddeus abrió la boca para decir algo, pero Corinn le arrancó el libro de entre los dedos antes de que pudiera hablar y se apartó unos pasos.

El libro era mucho más ligero de lo que aparentaba. Se abrió con el más leve tirón de sus dedos. Nada más poner los ojos sobre su contenido, Corinn supo con una certeza absoluta que a partir de entonces nada en su vida sería lo mismo. La página estaba repleta de escritura; un sinfín de palabras que giraban, danzaban y se envolvían a sí mismas en toda una serie de complejas volutas. Parecieron moverse ante los ojos de Corinn, cambiando y creciendo mientras las miraba, convirtiéndose primero en una palabra y luego en otra, escritas en una lengua ajena y hermosa. Las palabras que leyó la afectaron como notas que resonaran en su alma. No sabía qué significaban, pero conforme sus ojos las iban tocando, las palabras remontaron el vuelo desde la página y la llenaron de canción. Le dieron la bienvenida. La elogiaron. Danzaron en el aire alrededor de ella como pájaros exóticos. Le aseguraron que habían estado esperándola. Precisamente a ella. Ahora todo iría bien. Ella, ella podía hacer que todo fuera bien. Las palabras se restregaron contra la totalidad de su ser con la vibrante y sensual intensidad de un gato doméstico que pide ser alimentado. Corinn no habría podido explicar cómo oyó, supo o entendió ninguna de aquellas sensaciones, declaraciones o promesas en ese momento. Pero los mensajes y el resplandor sublime de las voces que los pronunciaban eran innegables. Aquel libro era, sin ninguna duda, el regalo que ella llevaba toda la vida esperando recibir.

Cuando lo cerró y la habitación hubo regresado a la normalidad y pudo volver a centrar la atención en Thaddeus, Corinn ya entendía cosas que no había sido capaz de entender antes. Ya veía con claridad lo que había que hacer.

—Esto es maravilloso —dijo, porque no había otra manera de describirlo—. Decidme la verdad... ¿alguien más sabe de este libro? ¿Que lo tenéis en vuestro poder y que se encuentra aquí, conmigo?

—No, y no necesitáis preocuparos por eso. Eso sólo lo sabemos vos y yo. A juzgar por vuestra expresión... ¿Habéis... habéis visto algo en él?

Ella sonrió afectuosamente, pero no le respondió.

—Habéis hecho algo muy grande. Con razón mi padre os quería tanto.

Cualesquiera que fuesen las dudas de Thaddeus, aquella afirmación las disipó de

golpe. Sus ojos de anciano se humedecieron inmediatamente.

—Gracias —dijo—. Gracias por hablar así. ¿Podéis perdonarme, entonces? — Corinn dijo que no sabía a qué se refería. ¿Qué tenía que perdonarle? Sólo podía darle las gracias. Eso hizo que de uno de los ojos de Thaddeus cayera una lágrima, que se limpió de la mejilla. Acto seguido se embarcó en otro discurso. Un torrente de palabras fluyó de su lengua, una explicación pormenorizada de qué había hecho y por qué lo había hecho, cómo había lamentado y rezado y trabajado para que las cosas volvieran a estar como tenían que estar.

Corinn no escuchó gran cosa de lo que dijo, pero lo miró, asintiendo, con los ojos muy abiertos y más enormes que nunca. Antes de que hubiera terminado de hablar, la fatiga empezó a poder más que el anciano. Sus gestos se volvieron cada vez más torpes. Sus palabras ya no sonaban tan claras como antes. Después de parpadear, los párpados se resistían a sus esfuerzos por abrirlos de nuevo. Corinn continuó sentada ante él sólo el tiempo suficiente para decidir qué iba a hacer, y una vez decidido lo interrumpió.

—Basta, Thaddeus —dijo—. No veo mácula alguna en ti. ¿Comprendes? — Extendió el brazo y le tocó suavemente la barbilla con la mano—. Estás impoluto. No hay necesidad de que sigamos hablando de ello. Iré a buscar algo para que repongas las fuerzas. Descansa aquí. Cuando regrese, pensaremos qué hacer y cómo hacerlo.

Dándose cuenta de que él podía protestar, volvió a depositar *La canción de Elenet* contra su pecho. Eso pareció tranquilizarlo. Un instante después, tras haber salido por su puerta atrancada y enviado a una sirvienta en busca de té y algún refrigerio, Corinn se quedó sola, callada y temblorosa. El recuerdo de la canción ya se había vuelto agri dulce. Con la canción todo era posible. Ah, cómo la amaba ella. La canción había hecho que la vida pareciese algo bendito, justo y bueno. Ya estaba impaciente por regresar y volver a abrir el libro. Sabía que aprender la lengua que hablaba no sería fácil. Requeriría meses o años de concentrado estudio. El libro se lo había comunicado de alguna manera. Iba a darle muchísimo, pero sólo si ella se molestaba en crear la oportunidad de estudiarlo tranquila, quizá secretamente. ¿Por qué su padre, y todas las generaciones que lo precedieron, habían ignorado la *Canción*? Qué inmenso absurdo. Ella no cometería su mismo error.

Si iba a hacer lo que estaba empezando a creer que debía, había tantas cosas de las que ocuparse y tan poco tiempo en el que completarlas... Los retos que había aún ante ella tenían que ser asumidos únicamente mediante sus propios recursos, con la astucia que ya poseía, fundamentándose en cosas que ella ya había puesto en marcha. Tendría que pensar cada paso de lo que hiciera, enmendando anticipadamente cada posible error. Tendría que examinar desde cada ángulo posible todo lo que le había dicho Thaddeus sobre las intenciones de Aliver para que pudiera entenderlo todo y supiera cuál era la mejor manera de encararse con ello. Tendría que escribirle una

nota a Rialus y encontrar una manera de enviársela mediante un pájaro mensajero. Eso no iba a ser fácil, pero le bastaría con ingeniárselas una vez más. Necesitaría explorar aquellos pasajes en las paredes. Y primero tendría que ocuparse de Thaddeus.

Cuando la sirvienta regresó, Corinn le cogió la bandeja de las manos y dijo que seguía queriendo que no la molestaran por ninguna razón. Vio cómo la joven, acacia como ella, se iba, cerrando la puerta tras de sí. Dejó la bandeja en el suelo. Metió los dedos debajo del cinturón y sacó el pájaro de papel que había doblado. Un golpecito de su dedo bastó para que asumiera su antigua forma de cisne. Corinn apretó los extremos entre los dedos, lo inclinó y contempló cómo un polvo muy fino caía dentro del té. Esperaba que fuera tan inodoro e insípido como aseguraban los químicos de la Liga. Comprendió que en alguna porción de su mente, ella ya había planeado utilizar aquel veneno sobre Hanish. Mientras veía disolverse los minúsculos granos, se obligó a descartar esa idea. Encontraría otro modo de ocuparse de él. Qué casualidad que el paquete hubiera llegado precisamente hoy, justo antes de que el canciller emergiese de la pared. Otra señal de que todo aquello estaba destinado a ser, estaba destinado a suceder de aquella forma.

Cogió una cucharilla de plata y removió el líquido, agitándolo en lentos círculos. No sentía ira alguna hacia Hanish. La traición que tanto parecía turbarlo ni siquiera se hallaba presente en los pensamientos de Corinn. No, aquello no era una decisión emocional. Era muy simple. Thaddeus le había traído el objeto que ella había estado buscando, sin ser consciente en ningún momento de que lo hubiera estado buscando. Pero ahora ella sabía, como a través de algún recuerdo ancestral recién descubierto y devuelto a la vida, que estaba destinada a tener ese libro. Estaba destinada a tenerlo. Ésa era la razón por la que Thaddeus se lo había traído a ella en vez de llevárselo a Aliver. Él no lo sabía, pero Corinn no podía tenerlo más claro. Sólo ella —no Aliver— podría llegar a entender cómo operaba el mundo. Aliver era un soñador, ingenuo e idealista; el mundo, creía Corinn, siempre se serviría a su antojo de aquellos hombres. Ella era la única que sabía cómo había que utilizar el poder. Era la única que entendía más allá de cualquier duda que sólo podía confiar en sí misma. Y en la *Canción*, claro. El conocimiento contenido en ese libro estaba allí para ser utilizado por ella. Quizá permitiría que Aliver lo utilizara también, se dijo. Sí, lo haría. Cuando llegara el momento, en cuanto hubiera llegado a conocerlo mejor y estuviese segura de que su hermano no era ningún insensato impulsado por el fervor filosófico.

Cuando volvió a entrar en la habitación, no llevaba consigo nada aparte del tazón de té humeante. El antiguo canciller se había quedado dormido. Estaba erguido en la silla, pero la cabeza se le ladeaba en un ángulo desagradable; tenía la boca abierta y la respiración reducida a un mero ruido nasal. Corinn se lo quedó mirando un instante, asaltada por una sensación de nostalgia que nunca llegó a solidificarse del todo en un

recuerdo específico. Se dijo que lo que se disponía a hacer era bueno. Algunos morirían, algunos padecerían. Pero cuando todo aquello hubiera terminado, ella ayudaría a crear un mundo distinto de cuanto hubiese surgido antes. Lo haría porque quería a su familia, porque quería asegurarles el éxito, quería asegurar que no caerían presa de los errores fatales a los que su retórica sugería eran peligrosamente proclives. Lo que se disponía a hacer no se haría en contra de ellos, sino para ellos.

Avanzó lentamente. Se aproximó con todo el sigilo de un ángel, con el tazón de té ante ella; el calor que emanaba del líquido era como plomo fundido acunado en las palmas de sus manos.



El horror de la guerra a gran escala iba más allá de cuanto había experimentado Dariel en sus años como incursor. Afortunadamente, mantuvo en el centro de su ser un núcleo de serenidad que lo ayudó a pasar por todo aquello. Desde que se reunió con Aliver y Mena, se había convertido en una versión más joven, feliz y animada de sí mismo. Sabía que estaban comprometidos en una contienda a vida o muerte, pero no se hallaba solo en ella. Había visto cómo su hermana llevaba a la batalla a un ejército con su espada como una extensión de su mano que formara parte de ella. Había visto cómo su hermano iba, desnudo y sin vacilar, a plantarse ante una bestia de pesadilla para luego abatirla igual que un héroe legendario. Apenas podía creer que aquellos dos fueran hermanos suyos. Así que no era un huérfano, después de todo. Tenía una familia. Pronto se habrían hecho con el control y entonces todo — toda la muerte y el sufrimiento, todos los años en el exilio, toda la injusticia que envilecía el mundo— sería reparado.

Esa convicción lo ayudó a cumplir con sus funciones después de la conclusión de la batalla con los antoks. A la mañana siguiente se levantó antes de que amaneciera, tras haber dormido poco más de dos horas. Salió de la tienda todavía manchado de sangre, y con mugre debajo de las uñas, y en los surcos de su frente y su cuello. Estaba impaciente por hacer lo que pudiera por los heridos, los agonizantes y los muertos. Invirtió sólo un instante en echarse agua en la cara y quitar algo de la suciedad de sus brazos, y si se entretuvo ese tiempo fue únicamente porque Mena le ordenó hacerlo. Ella lo había examinado en busca de heridas, y luego lo había interrogado acerca de cuánto rato había descansado y si había comido o bebido. Después de todo, era su hermana mayor. Mena era una de las pocas personas en el mundo que podían exigirle que hiciera cosas semejantes, y Dariel la quería por ello. Cuando todo esto hubiera acabado se sentaría con ella en un lugar tranquilo y le explicaría todo lo que sentía por ella. Le daría sus regalos y admitiría que siempre se había acordado de lo buena que había sido con él cuando era pequeño.

Pensar en esas cosas lo ayudó a vérselas con el dolor y el sufrimiento que las bestias habían infligido a tantas personas buenas. Dariel se envolvió en esa sensación de vínculo familiar como si fuera una capa. Lo ayudó a lo largo de la mañana, mientras examinaba y vendaba heridas, pronunciaba palabras de encomio o aliento,



elevaba odres de agua hacia labios resecaos. Susurró en el oído de los que estaban a punto de morir. Les explicó lo queridos que eran y lo bien que serían recordados y honrados por las generaciones futuras.

Pasó un par de horas así atareado antes de que la noticia llegara hasta donde estaba. Al principio las palabras gritadas volaron más allá de él, veloces como una ráfaga de viento que le arrancó su capa protectora. Tardó un momento en entender lo que acababa de oír. No lo creyó del todo hasta que estuvo de pie junto a su hermano y su hermana, atónito y sin poder apartar la mirada del pequeño grupo de enemigos que había ante ellos.

No eran más que diez, altos y rubios, feroces y de largos cabellos, armados únicamente con dagas. Tranquilos y completamente a sus anchas, proyectaban seguridad en sí mismos e indiferencia a los miles de ojos llenos de odio fijos en ellos. Maeander Mein. Dariel no podía imaginar qué quería, pero nada más verlo, sintió que se le hacía un nudo en las entrañas.

Mientras uno de los oficiales meinish lo anunciaba formalmente a Aliver, Maeander miró en derredor con una sonrisa de labios muy finos en el rostro, estudiando a Aliver y a los demás como si no hubiera visto nunca un grupo tan gracioso. Todo él irradiaba un ágil poderío. Era perfectamente proporcionado, musculoso pero no demasiado fornido, el torso firme y esbelto, como si llevara la mayor parte de su fuerza en el núcleo y abajo en los muslos. Dariel imaginó que sería rápido y no encontró difícil creer en su reputación de hábil asesino. Pero lo que hizo que le ardiera la sangre fue su arrogancia.

—Príncipe Aliver Akaran —comenzó Maeander, una vez concluidas las formalidades—. ¿O preferís ser llamado el Rey de la Nieve? Debo decir que es una extraña apelación. No veo ni rastro de nieve. Si un copo cayera sobre esta tierra agrietada por el sol, chisporrotearía, y en un abrir y cerrar de ojos habría desaparecido.

—No elegimos lo que nos llaman los demás o decidimos cómo nos conocerá la historia —respondió Aliver sin perder la calma.

—Eso es muy cierto —dijo Maeander—. Podemos esforzarnos por alcanzar la grandeza, pero ¿quién puede saber lo que nos deparará el futuro? Estoy seguro de que vuestro padre jamás imaginó que uno de sus vástagos mandaría a un ejército variopinto venido de los desiertos de Talay. O que otra sería amante de su conquistador, otra el símbolo de una secta religiosa de Vumu, y el último un vulgar incursor de los mares. Por mucho que nos empeñemos en tratar de hacer que no sea así, nuestras vidas siempre son una sorpresa, ¿verdad?

Mientras hablaba su mirada se apartó de Aliver y se posó en Mena. Permaneció fija en su rostro, y luego bajó lentamente por su cuerpo como si le estuviera tomando la medida a una cortesana. Antes de que apartara la vista, no obstante, le dirigió una

inclinación de cabeza. Fue un gesto lleno de deferencia, casi respetuoso, que no parecía corresponderse en nada con el carácter que había esperado Dariel. Cuando al instante siguiente encontró la mirada de Maeander posada en él, a Dariel le entraron ganas de borrarle la sonrisita de los labios con sus puños. Pero no estaba nada seguro de que fuera a ser capaz de hacerlo en el caso de que lo intentara, tal era la peligrosa tranquilidad con que se desenvolvía Maeander.

—¿Qué quieres decirme? —le preguntó Aliver.

Maeander extendió las manos ante él como un mercader que pretende atestiguar su honestidad.

—Quiero hacerte una oferta. Una muy simple. Baila un duelo conmigo, Aliver. Sólo tú y yo, en igualdad de condiciones, a muerte. Nadie interferirá; así todos podrán ver cuál de nosotros es el más grande.

—¿Un duelo? —preguntó Aliver—. ¿Qué resolverá eso? No me estarás pidiendo que crea que tu ejército admitirá la derrota después de que hayas muerto, ¿verdad? ¿Hanish recogerá sus cosas y se irá de Acacia, de regreso a los páramos del Mein? Eso me tentaría, pero no es una posibilidad. Los dos lo sabemos.

Maeander rió. Admitió que no prometía tal cosa. Tampoco pedía a Aliver que prestara un juramento similar. Pero ¿por qué no enfrentarse el uno al otro como hombres? Había habido un tiempo en que los líderes se ponían al frente de sus ejércitos y dejaban que su propia sangre santificara la lid. Eran ellos quienes tenían más que ganar o perder; así pues, ¿por qué no arriesgar sus vidas tan libremente como ponían en peligro las vidas de otros? Era un noble ideal que tanto meins como acacios habían abrazado antaño. Había sido olvidado en el transcurso de las generaciones desde el reinado de Tinhadin, cuando la nobleza fue aplastada, vilipendiada y...

—Estás loco —lo interrumpió Dariel. No pudo contenerse. Aliver parecía estar considerando la oferta. Nada en su tono o su porte sugería el desdén que Dariel consideraba apropiado para la ocasión. Quería asegurarse de que su hermano entendiera lo que pensaba él de aquella absurda proposición—. Tenemos un ejército que combate por sus propias razones. Todos los hombres y las mujeres que hay aquí son libres. Y si están haciendo la guerra es por una libertad todavía más grande. Ningún soldado de este ejército arriesgaría la vida de Aliver antes que la suya.

Un coro de voces afirmó eso desde todas las direcciones a la vez. Aplaudieron, gritaron, maldijeron. Unos cuantos lanzaron rápidos insultos.

Maeander se dignó mirar a Dariel el tiempo suficiente para hacer una pregunta.

—Tú eres el incursor, ¿verdad? No esperaba de ti que supieras nada del honor. Sólo estoy proponiendo que Aliver haga su parte, que se enfrente a un igual y sea puesto a prueba.

Dariel escupió en el suelo. Sintió que la mano de Mena le tocaba el codo, pero lo apartó.

—¿Un igual? Tú no eres un rey. No eres Hanish. ¿Por qué iba a arriesgarse Aliver Akaran a tu traición cuando esto ni siquiera es sobre ti? Tienes que estar muy desesperado. —Volviéndose para gritar al gentío, dijo—: Ésa es la razón por la que está aquí. ¡Los meins están desesperados! Los tenemos vencidos, amigos. Todo se reduce a eso.

Con los ojos nuevamente en Aliver, Maeander habló a través del tumulto de voces que respondió a las palabras de Dariel.

—No hay nada que una tanto a un ejército como un símbolo. Si me matáis, príncipe Aliver, tenéis mi permiso para separarme la cabeza de los hombros. Id y clavadla en la punta de una pértiga y levantadla para que el mundo la vea. ¡Maeander Mein muerto! ¡Aliver Akaran triunfante! Vuestro ejército se doblaría de la noche a la mañana. Las masas oprimidas, la mayoría de las cuales ha olvidado a quién pertenecía el talón que las apretó contra el polvo antes de que lo hiciera el de mi hermano, se alzarían en una gran ola. ¡Profecías cumplidas! ¡Destino! ¡Castigo!

Aliver parecía sentirse muy a gusto con aquella discusión. No parecía sorprendido por la situación, y tampoco parecía afectarlo en lo más mínimo tener delante el rostro del hombre que había orquestado tantos días de muerte. Se inclinó hacia delante, visiblemente interesado, con una mano levantada en un gesto para acallar a las tropas.

—¿Y si perezco?

—Ah, eso es lo bueno que tiene el asunto —dijo Maeander—. Vuestra muerte daría nacimiento a un efecto bastante similar. ¡Furia! ¡Rabia! Qué gran héroe seríais, habiéndoos sacrificado por vuestra nación. A veces un mártir inspira una curiosa especie de devoción...

—Hablas bien —dijo Aliver—, pero todas esas mismas cosas podrían decirse de ti. Si triunfaras, tendrías las mismas recompensas. Así pues, ¿no deberíamos pensar que en última instancia este duelo carecerá de efecto?

—No, en absoluto. Yo soy temido, pero no querido. Soy poderoso pero no el caudillo supremo, como ha señalado muy bien vuestro hermano. No, vos ganarías más con mi muerte que yo con la vuestra.

—¿Entonces por qué ofreces este duelo?

—Porque es idiota —dijo Dariel.

Maeander prescindió de su sonrisa y la substituyó por una máscara instantánea de gravedad.

—Tiene razón. Considérame un idiota, Aliver. Pero lucha conmigo. Te reto según los Antiguos Códigos, aquellos que estaban en vigor antes de la época de Tinhadin. Como hombre de honor, no te queda otro remedio que aceptar. Tú lo sabes, por mucho que tu hermano lo ignore.

Durante el consejo privado que se celebró a continuación, Dariel intentó hacer razonar a Aliver. Reiteró su creencia de que era una locura acceder a un duelo. Era un

ardid, alguna clase de treta, una traición hija del desespero. Nada bueno podía salir de ello. Maeander debería ser repelido, capturado o muerto allí mismo. No merecía la protección que confería el parlamentar. Dariel dijo esas cosas numerosas veces de distintas maneras, con una creciente frustración porque Aliver lo escuchaba con ecuanimidad y sin embargo parecía seguir estando determinado a aceptar el reto. Desde el momento en que el pequeño grupo se reunió en su tienda estuvo claro que Aliver ya había tomado su decisión. No se sentó mientras indicaba a los demás que lo hicieran. En lugar de sentarse, se quedó de pie y se dedicó a ir de un lado a otro, desperezándose para mantener el cuerpo lo más ágil posible.

En su voz suave y mesurada, acentuada por su origen talayo, Kelis preguntó:

—¿Qué son esos Antiguos Códigos de los que habló Maeander?

Aliver explicó que eran las pautas no escritas de conducta del lejano pasado, cuando el Mundo Conocido se hallaba formado por poderes tribales que se regían a sí mismos. Cada uno tenía sus propias costumbres, aún más variadas que las que existían ahora. Pero cuando trataban fuera de un grupo tribal en particular confiaban en reglas de conducta establecidas que todos entendían. Nombró varias de las costumbres, y habría podido continuar si Leeka Alain no hubiera terminado por él.

—Es verdad que algunos de los Antiguos Códigos están mejor olvidados —dijo el general—, pero Maeander ha evocado un precedente conocido. El muy bastardo... En aquellos tiempos los reyes se encontraban ante sus ejércitos respectivos e intentaban resolver sus disputas antes que poner en peligro a sus tropas. A veces luchaban a muerte. La Primera Forma, Edifus en Carni, fue un duelo tal.

—Y Tinhadin acabó con esos códigos, ¿no?

Leeka suspiró y rumió su respuesta un momento antes de hablar.

—Para nuestra eterna vergüenza. Lo reescribió todo, sin embargo, no sólo esos códigos. Puso a la totalidad del Mundo Conocido bajo su control, y mucho de lo que había sido no pudo persistir por más tiempo.

Melio Sharratt, que había mandado la fuerza vumu el día anterior, estaba sentado junto a Mena. Era el que le había enseñado cómo usar una espada. También había ayudado a salvarla de los antoks, y debido a ello nadie puso objeciones cuando Mena lo incorporó al consejo. Aliver se acordaba muy bien de él y la noche anterior había comentado lo afortunada que era su llegada. Melio preguntó si nadie había sustituido nunca al rey y luchado en su lugar.

Aliver intervino antes de que ninguno de los presentes pudiera responder, firme pero sonriente.

—Nadie me sustituirá. No tú, Kelis: veo que lo estás pensando. Y ciertamente no tú, Melio. ¿Todavía te crees superior a mí... como hacías cuando éramos niños?

—En absoluto, mi señor —dijo Melio con la máxima deferencia—. Ya hace mucho que me sobrepasasteis.

Aliver hizo una pausa en sus ejercicios y fue mirándolos a los ojos uno por uno. Su rostro, bruñido por el sol, era esbelto y lleno de apostura. Sus ojos castaños mostraban toques de gris en ellos, salpicados de vetas plateadas como estaban. Nunca se había parecido más al ideal de un joven rey.

—Maeander tiene razón. No puedo ignorar los Antiguos Códigos. Son parte de aquello por lo que estamos luchando. Creo en la noción de la responsabilidad de líder que él ha citado. Si creo en ella, ¿qué otra elección tengo aparte de la de aceptar lo que ofrece? Si lo hiciera estaría traicionando todo lo que quiero ser. No desperté esta mañana esperando esto, pero aquí está. Es mejor darle la bienvenida que rehuirlo.

Nadie ofreció una refutación a esas palabras. Ni siquiera a Dariel se le ocurría cómo seguir argumentando.

—Si todo esto ha sido decidido —dijo, con una sombra de amargura en la voz—, ¿por qué estamos aquí hablando?

El humor elevó las comisuras de la boca de Aliver.

—Estoy aquí por el placer de tu compañía y para que esos hombres de ahí fuera sigan absortos en sus cavilaciones.

—¿Puedes prometerme que no morirás? —Dariel sabía que sonaba infantil, pero había pensado la pregunta y no pudo evitar formularla—. ¿Puedes prometer eso?

No, admitió Aliver. Por supuesto que no podía hacer semejante promesa. Se acercó a Dariel, y lo cogió con la palma de una mano a lo largo de la línea de su mandíbula. Lo llamó Hermano y le recordó que había estado junto a su padre cuando Thasren Mein le clavó una hoja envenenada en el pecho. Estaba a un brazo de distancia, dijo. Vio la hoja mientras era impulsada hacia delante. Vio la cara del asesino, y desde entonces la había visto un millón de veces. Hubiera podido esculpirla en piedra y reproducir el rostro con toda exactitud hasta el último detalle. En realidad el duelo que iban a librar no había sido ofrecido aquella mañana. Había empezado el día en que él permitió que Thasren matara a su padre.

—Combatimos por nobles ideales —dijo—, pero además la sangre es la sangre. Los padres han de ser vengados. Eso, también, es un Antiguo Código. Puede que Maeander lo haya olvidado, pero yo no.

Mientras se desceñía la *Confianza del Rey* y la dejaba sobre la mesa de campaña ante él, Aliver explicó a un mensajero que aceptaba el reto. Lucharían con dagas. Ninguna otra arma. Ninguna clase de coraza. Serían únicamente ellos dos, y pasara lo que pasara Maeander y/o sus hombres podrían salir del campamento sin ningún percance una vez terminado el duelo. Tales eran los particulares sobre los que Aliver prestó juramento.

Unos minutos después, de nuevo fuera de la tienda, el sol parecía haber blanqueado el mundo. Había demasiada claridad. Dariel entornó los ojos mientras contemplaba el espacio marcado para la lid. Sería un pequeño óvalo, circundado por

un muro de cuerpos, todos ellos desarmados, que habrían jurado no ayudar o estorbar a los dos contendientes. Se quedó mirando mientras Aliver y Maeander recorrían el espacio, llevando consigo únicamente los escasos artículos con los que combatirían. Recibieron instrucciones y acto seguido sus armas fueron examinadas, lavadas para limpiarlas de venenos, e inspeccionadas en busca de artilugios secretos.

Mena apareció detrás de Dariel, lo agarró por el hombro y susurró:

—¿Aliver no mató al antok? ¿No ha estado en íntima comunión con los santoth? Antes cazó un lárax. Quizá la hechicería ha estado presente en su vida todo el tiempo. Ten fe en él, Dariel.

Y entonces llegó el momento. Aliver se detuvo ante el otro hombre sin camisa, llevando únicamente la falda hasta las rodillas, propia de un corredor talayo, y su cuchillo como una astilla de hielo en su mano. Maeander llevaba un thalba tan fino que los contornos de su musculoso pecho y abdomen eran visibles a través de él. Su cuchillo era más corto que el de Aliver, con una ligera curva hacia la empuñadura, y de un tono oscuro en la hoja. Aliver dijo algo. Maeander pareció perplejo por un instante y entonces pareció entender y respondió.

Dariel no oyó lo que se dijeron. Fue testigo de lo que siguió a aquellas palabras desde un lugar extraño y callado, sin ser consciente de su cuerpo, no oyendo nada y distinguiendo únicamente lo que era realzado por la intensa claridad solar. Vio cómo los dos hombres describían círculos el uno en torno del otro. Cada uno midió los puntos fuertes y las flaquezas del otro mediante una serie de ataques y paradas preliminares. Vio cómo los finos labios de Maeander sonreían y bromeaban, manteniendo un flujo continuo de comentarios de los que Dariel no podía oír una sola palabra. Vio cómo Maeander se lanzaba a un ataque, tan rápido que parecía una serpiente con capucha. Aliver voló hacia arriba fuera del ataque, con un salto que lo llevó por encima de la cabeza de Maeander, asestando un tajo mientras lo hacía. Maeander, todavía como una serpiente, se inclinó hacia atrás. Se pegó al suelo, con los hombros tocando el polvo al tiempo que sus piernas lo llevaban por debajo de Aliver y lejos de él.

En cualquier otro momento esa serie de movimientos habría desconcertado a Dariel, pero ninguno de los dos contendientes se detuvo a evaluar lo que acababa de tener lugar entre ellos. Describieron más círculos, lanzaron más tajos. Sus cuchillos chocaron. Mientras se separaban, Aliver cortó la piel de uno de los nudillos de Maeander. El ritmo se incrementó. Las dos siluetas se convirtieron en manchas borrosas de movimiento que se deslizaban una en torno a la otra, atacando y retirándose, girando tan deprisa que costaba distinguir quién era quién. Alguien hizo brotar sangre del hombro del otro. Uno de ellos cayó y tuvo que alejarse a un lado yendo a cuatro patas. Dariel pensó que era Aliver, pero al momento siguiente Aliver estaba en el aire por encima de la nube de polvo, girando como un acróbata

mortífero; su hoja surcaba el vacío en la punta de la órbita que describía.

Mientras lo miraba, Dariel sintió los primeros atisbos de esperanza. Aliver estaba bendito. ¿De qué otro modo hubiera podido bailar sino por delante de cada uno de los ataques que lanzaba Maeander, más rápido que él, más perfecto en la ejecución, puro arte mortífero en movimiento, llevando a cabo sus propios ataques con unas florituras ante las que Dariel imaginaba la Forma en la que aquello se convertiría algún día? ¡Sí, eso era! Estaba presenciando la creación de una Forma... Mena tenía razón; la hechicería tenía que estar actuando ante sus ojos. Y Aliver tenía razón; saldría vencedor de aquello en nombre de su padre. Concluiría el duelo iniciado años antes.

Y entonces Dariel vio cómo sucedía. Por unos segundos su mente sólo registró los detalles físicos, la propia escena en vívidos colores, con un segundo disipándose dentro del siguiente sin que él hubiera entendido el significado de lo que acababa de presenciar. Aliver, habiéndose agachado por debajo de la acometida de la daga de Maeander, recurrió a los músculos de su pecho y su hombro para crear el arco cortante que se abriría paso a través del abdomen de Maeander, tal como había destripado al antok. Eso, al menos, era lo que hubiese debido suceder. Pero lo que sucedió fue muy distinto.

Maeander saltó, una rápida explosión de potencia que salió disparada de sus muslos fue a través de los músculos de sus pantorrillas puestas en tensión y descendió hasta los dedos de sus pies. Flotó hacia arriba en el aire. Aliver se irguió mientras su hoja pasaba suspendida a través del abdomen de Maeander, tan cerca que Dariel creyó que la punta rasgaba la tela del thalba que llevaba. Entonces Aliver se elevó tal como había hecho el otro hombre, queriendo que ese movimiento pusiera fin a la lid, queriéndolo tan desesperadamente que centró la totalidad de su ser en el acto de desgarrar la carne. Lo que olvidó fue el cuchillo todavía en la mano extendida de su oponente, detrás de su cabeza mientras el brazo de Maeander pasaba a quedar apoyado en su hombro. Aliver aún estaba completamente concentrado en su ataque cuando Maeander le hincó la punta de la hoja en la nuca.

Entonces apareció la sacudida de la comprensión, pero ya era demasiado tarde. Maeander dibujó un creciente lunar a partir de la nuca de Aliver, alrededor de ella, a través de la arteria que había allí, y todo el camino hasta debajo de su barbilla. Cogió casi delicadamente la forma giratoria de Aliver y la bajó, muy despacio, hasta depositar el fardo ensangrentado en el suelo. Un segundo después se incorporaba en un rápido giro y se alejaba, con el cuchillo de Aliver en la mano, enarbolándolo, triunfante, sin percibir el frenético tumulto que acababa de crear. Era como si Maeander lo hubiera orquestado todo.

Dariel irrumpió en el óvalo junto con el enjambre de gente que corría hacia Aliver. Tuvo que empujar y apartar del camino a otros, chillando, aunque no podía oír nada, ni tan siquiera a sí mismo. Puso los brazos debajo de su hermano, sintió el calor

del líquido que fluía de él, la horrible flaccidez de su peso. Temeroso de que fuera a causarle alguna herida más, intentó ser delicado, apaciguar, tranquilizar. Habló cerca de la sien de Aliver. Odió la manera en que su cabeza oscilaba hacia los lados. Se maldijo a sí mismo por ser tan torpe. Pensó que quizá debería bajarlo para no empeorar las cosas, pero entonces se dio cuenta de que Mena estaba enfrente de él, sosteniendo a su hermano del mismo modo en que lo hacía él, con la cara blanca como la muerte, convulsionada por la aflicción. Por la aflicción, no por el miedo. No por la preocupación o el desasosiego... sino por la aflicción.

Bajando los ojos una vez más, Dariel vio lo que había ante él.

Entendió la enormidad de lo que acababa de ocurrir. Nunca volvería a ser capaz de mirar el cuello de otro hombre sin verla herida que había matado a Aliver Akaran. Era demasiado. Demasiado. Cualquiera que fuese la emoción que había en él, rebasaba su capacidad de contenerla.

Se levantó. Sus ojos volaron en la dirección por la que había partido el grupo de Maeander. Tardó un momento, pero los divisó, una pequeña comitiva que avanzaba entre el gentío que les iba abriendo paso de mala gana. Sintió el impacto de miles de ojos. Sabía qué era lo que estaban esperando, y él quería lo mismo. Sentía la misma emoción que estaban sintiendo todos, y con las miradas fijas en él se convirtió en el centro de aquélla. Una rabia incontenible, un aborrecimiento en estado puro que brotaba de sus ojos como si una estrella estuviera haciendo explosión dentro de su cabeza. Quería cometer un crimen de honor. Sabía que con el tiempo se avergonzaría de él y que tendría que saldar cuentas, no con el propio acto sino con el hecho de saber por siempre después que Aliver no lo habría aprobado. Pero no había manera de detenerlo. Cuando abrió la boca hizo lo peor que podía hacer. Pidió un millar de cómplices. Con los ojos aún fijos en las cada vez más lejanas espaldas de los meins, renegó de las virtudes que su hermano habría exigido de él.

—Matadlo —susurró.

Cuando nadie respondió, levantó la voz y gritó la orden lo más fuerte que pudo. Esta vez, ellos —y él mismo— oyeron claramente su voz.





Hanish utilizó navíos de transporte de su propia flota personal y otros que le fueron prestados por nobles meinish deseosos de participar en el transporte de los tunishnevre a través del último tramo del viaje por mar hasta Acacia. Hicieron la travesía desde el Territorio Continental sin incidentes. Al llegar, tomaron posesión de los muelles. Llenaron el área, ocupando cada atracadero, expulsando a los pescadores y mercaderes, intimidando a la población para que buscara refugio en los barrios bajos. De todos modos habrían vaciado el lugar, pero la labor se vio facilitada por el hecho de que el puerto estuviera mucho menos activo de lo normal. Los navíos de la Liga, en particular, brillaban por su ausencia. Hanish reparó en ello y consideró hacer que se lo explicaran antes de seguir adelante, pero el área parecía ser segura. Además, sus punisaris iban armados hasta los dientes y estaban listos para repeler cualquier posible traición. Ordenó a sus capitanes que empezaran a bajar la carga.

Una hora después, hileras de sarcófagos serpenteaban a través de los muelles e iban ascendiendo en dirección al palacio por el sistema de rampas inclinadas. Antes de dejar la orilla, Hanish contempló cómo el primero de sus antepasados cruzaba por una puerta los muros del palacio. La boca llena de sombras fue engulléndolos uno tras otro, cada uno un alivio, cada uno por fin a salvo y deslizándose hacia el hogar dentro de la cámara especial construida para alojarlos. Su largo viaje había terminado por fin; con uno nuevo previsto para iniciarse pronto, al día siguiente, si era posible.

Mientras subía hacia el palacio, con Haleeven a su lado, los secretarios y ayudantes de Hanish bajaron corriendo a su encuentro. Lo bombardearon con noticias, con despachos, informes, con una legión entera de asuntos que habían estado esperando su atención. Los muelles no se hallaban repletos, explicaron, porque los navíos de la Liga que normalmente estaban estacionados allí habían partido. Algunos que tenían prevista su llegada no lo habían hecho. Sire Dagon había evacuado su recinto sin más explicación el día anterior, llevándose consigo a todo su personal. Había habido algún contratiempo con ellos, aunque nadie sabía en qué consistió exactamente. Ni siquiera estaban seguros de si la Liga seguía proporcionando apoyo naval a Maeander.

Eso lo instó a preguntar qué se sabía de Maeander y el curso de la batalla. La última carta remitida por su hermano apareció en sus manos un instante después.

También había llegado aquella mañana. Mientras Hanish empezaba a leerla, le vino a la memoria su irritación por no haber podido comunicarse con Maeander utilizando la vía del viaje en sueños. Llevaba tiempo sospechando que su hermano le cortaba el paso intencionadamente, porque no estaba dispuesto a permitirle el acceso a su consciencia que le posibilitaba semejante comunicación. Así, mientras cruzaba a largas zancadas las losas adoquinadas, fue cómo se enteró del fracaso de los antoks, a través de un mensaje que había viajado sujeto a la pata de un pájaro y tenía al menos un día de antigüedad.

Los antoks habían infligido daños, afirmaba Maeander, pero no habían zanjado la cuestión. No eran los seres invencibles que él había esperado que demostrarían ser, y Aliver parecía contar con alguna forma de hechicería que actuaba en auxilio de su bando. Pero no había que preocuparse, escribía Maeander, porque él tenía algo planeado. No decía más que eso. Hanish no sabía qué planeaba Maeander o cómo había sabido lo que fuera que pensaba hacer hasta que otro de aquellos pájaros volara a través del mar.

—Es demasiado críptico —dijo, enseñando la nota a su tío.

Haleeven la leyó sin hacer ningún comentario, con la barbilla tensada de una manera que recordó a su sobrino que debía concentrarse únicamente en los detalles del momento, las cosas pendientes, que aguardaban en palacio.

Aunque pensaba en ella constantemente, Hanish no planeaba ver a Corinn hasta la noche. No se lo había dicho, pero ella lo sabría ya. Siempre que regresaba había un millón de cosas que atender, ahora más que nunca. Pasó el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde en su despacho, ocupándose de todo lo que se había amontonado encima de su escritorio durante su ausencia. Consejeros militares le proporcionaron, acontecimiento por acontecimiento, los detalles de la guerra en Talay y del rosario de problemas que iban surgiendo por todo el imperio. Habían concentrado tal cantidad de sus fuerzas con Maeander que el control de las provincias había pasado a ser muy tenue. Demasiadas de las tropas que las mantenían sujetas eran de sangre extranjera, y sus lealtades sospechosas. Advertían que en el caso de que Maeander sufriera una auténtica derrota, Aushenia, Candovia y Senival probablemente estallarían en una rebelión declarada. Y los numreks no se habían unido a Maeander. Habían estado simplemente ausentes de los procedimientos y no habían respondido a ninguna de las órdenes que se les despacharon. Eso podía ser malo, pensó Hanish, pero no se le ocurría qué podían andar tramando los numreks y aún imaginaba que aparecerían tardíamente, una vez que hubieran aclarado una cosa u otra.

Lo que encontró más inquietante que ninguna otra cosa fue la emergencia de Aliver como un líder muy dotado y como una figura alrededor de la cual podía tejerse el mito, una que andaría con la magia. El hecho de que hubiera matado con sus

propias manos al primer antok era un serio inconveniente. En años venideros los trovadores estarían contando grandiosas historias de cómo Aliver había triunfado sobre ellos, sin importar lo que Maeander consiguiera llegar a hacer en su contra. Sería preferible, pensó Hanish, que pudieran capturar con vida a todos los hijos de Leodan Akaran. Exhibirlos por las calles de cada ciudad del imperio. Que el populacho los viera cargados de cadenas. Eso, tal vez, daría muerte a los mitos. Normalmente la verdad podía hacerlo, si uno le hacía frente honestamente.

El único consuelo que le quedaba era que no creía que estuviera en peligro todavía. Los acacios podían pensar que estaban ganando terreno, pero sus pequeñas victorias poco significaban. Después de la ceremonia nada sería capaz de hacer frente al poder meinish. Aliver podía tener alguna magra hechicería obrando en favor suyo, pero Hanish no tardaría en recurrir a la rabia acumulada de generaciones de antepasados. Ese hecho, probablemente, era la razón por la que se había retirado la Liga. Tenían razones para temer el poder que sabían que iba a ser despertado. Bien, pensó Hanish. Que tiemblen un poco. Los antepasados quizá tomarían las riendas del mundo en sus manos nuevamente animadas. Hanish deseaba que lo hicieran. Que su rabia hiciera estragos en las provincias, recuperando el control sobre ellas; que Sire Dagon se plantara ante ellos y tratase de flexionar sus músculos. Entretanto Hanish descansaría e intentaría olvidar las cosas que necesitaría olvidar.

Mientras el día empezaba a desvanecerse, sus pensamientos volvieron cada vez más a Corinn. Lo suficiente para que acabara levantándose y despidiera a sus consejeros y su personal, diciendo que continuaría con ellos por la mañana. Pidió a Haleeven que lo acompañara en la inspección del lugar ceremonial. Después de eso, sabía él, podría ir por fin a Corinn y pasar una última noche con ella.

La cámara había estado en construcción desde el final de su primer año de control de Acacia. Era un proyecto monumental, llevado a cabo de manera más o menos secreta. Básicamente se reducía a un largo y lento ejercicio de excavación. Los cavadores iban al lecho rocoso situado en la base este de la isla, justo debajo del palacio. Nunca había sido un proyecto demasiado obvio, y lo llevaba a cabo un discreto equipo de trabajadores. Toda la piedra cortada dentro salía a través de un único punto de acceso. La utilizaban para ampliar los muelles y crear una isla artificial en la que a los grandes navíos de la Liga les resultaba más fácil atracar. Había muchos usos posibles para el material obtenido y no se decía nada oficialmente del por qué estaba siendo minado.

Hanish sabía que toda la parte baja de la ciudad hervía de rumores sobre lo que se estaba construyendo en el subsuelo. Una fortaleza inexpugnable. Cámaras de tortura. Jaulas en las que criaría bestias antinaturales. Una cámara como el Calath para llevar a cabo juegos y entrenamientos militares. Por mucho que especularan nunca darían con la verdad.

Dentro de la caverna, mirando en derredor mientras los trabajadores ponían en posición los últimos sarcófagos y los sacerdotes lo supervisaban todo con sus adustas facciones vueltas aún más hoscas por la luz blanca de lámparas que quemaban aceite sin echar humo, Hanish se maravilló ante la estructura. Había sido tallada de acuerdo con las especificaciones transmitidas a él por los propios no muertos. En muchos aspectos se parecía a la cámara en Tahalian, con antepasados apilados hilera sobre hilera. Había tenido que ser construida aquí, naturalmente, en Acacia. Era aquí donde la maldición contra ellos había sido creada, y aquí era el único sitio desde el que podía ser invertida. Las rendijas que alojaban cada sarcófago habían sido esculpidas directamente en el granito, alisadas y pulidas, como una enorme colmena hecha a partir de la piedra. Cuando sus antepasados respiraran nuevamente y extendieran las manos y tocaran el mundo con sus dedos corpóreos por primera vez en años, décadas o siglos, serían capaces de acariciar la misma piedra sobre la que habían andado los primeros Akaran cuando partieron a dominar el mundo.

En el punto central de todo aquello estaba la piedra de Scatevith, un único bloque tan oscuro y denso que parecía absorber la vida en sus turbias profundidades. Era el mismo fragmento que había sido tallado del basalto en la base de las Montañas Negras, en el punto más elevado de la altiplanicie del Mein. Sus antepasados se habían visto obligados a ofrecerlo como un regalo para ayudar a los Akaran a edificar el gran muro fuera de Alecia. Hanish lo había cortado de ese muro y traído hasta aquí para que sirviera como la plataforma sobre la que moriría alguien por cuyas venas corriera sangre akarana. Todo estaba en el lugar apropiado.

Intentó recordárselo a sí mismo, decirlo como una plegaria que disiparía todo lo demás. Pero no pudo evitar imaginar a Corinn tal como estaría al día siguiente. Entraría a mediados de la ceremonia, cuando Hanish ya hubiera invocado las antiguas palabras tal como le habían sido susurradas por los antepasados. Corinn iría hacia él en toda su gracia, creyendo que iba a ofrecer unas cuantas gotas de sangre curativas. Él la miraría a la cara, tranquilizándola, acercándola cuanto le fuera posible al momento de la muerte sin que Corinn lo viera venir. En algún momento ella comprendería lo que estaba sucediendo. Él podría haberla puesto en posición sobre la piedra y alzarse sobre ella con el cuenco esperando para recoger su sangre. Podría estar sosteniendo el cuchillo en la mano, incluso podría estar preparándola para recibir el corte que le infligiría. Pero...

En algún momento ella comprendería que él no estaba allí únicamente para pedirle un poco de sangre sino, también, la vida. Probablemente lo vería en los ojos o en los gestos de él o lo oiría en el temblor de su voz en el caso de que no se controlara perfectamente a sí mismo. No iría, de eso estaba seguro, a su muerte calladamente. La imaginó luchando con él mientras la subía a la piedra por la fuerza. Corinn estaría maldiciéndolo, arañándole la cara con los dedos, debatiéndose contra él, intentando

sacarle los ojos. ¿Qué le diría mientras hacía todo eso? Se le ocurrían un millar de insultos, y todos serían ciertos.

Haleeven, inmóvil junto a él, intuyó sus pensamientos.

—Ojalá hubiera otro modo —dijo—, pero no lo hay. Las cosas han llegado a esto precisamente de esta manera. Yo, al menos, sé el empeño con que intentaste encontrar a los demás y a cuanto vas a renunciar por los tunishnevre. Es por eso por lo que fuiste elegido. Porque tienes la fuerza para hacerlo.

Hanish sintió que una presión nacía en sus entrañas y amenazaba con manar de él. Sabía que su tío estaba intentando ayudar, pero no podía escuchar cosas semejantes ahora.

—Déjame —dijo. Acto seguido levantó la voz y ordenó a los trabajadores que salieran de la cámara unos instantes. Deseaba estar solo.

Se quedó sentado hasta que desfilaron fuera, ignorando las expresiones de disgusto en las caras de los sacerdotes. Cuando el lugar se hubo sumido en el silencio, donde podía percibir tenuemente el palpar satisfecho que era el pulso de los tunishnevre, se le nublaron los ojos. Parpadeó una y otra vez, siempre muy deprisa, incomodado por el torrente de lágrimas que no podía evitar que le corrieran por las mejillas. Se las limpió con el duro canto de la mano, preocupado por si alguien —tal vez uno de los sacerdotes— asomaba la cabeza dentro de la cámara y lo veía. Pero las lágrimas venían con una fuerza propia. La emoción empezó con pensamientos de Corinn, pero no la tenían presente únicamente a ella. Su desconsuelo al saber el destino que le tenía planeado se entretejía con el pavor que le inspiraban las fuerzas que se disponía a liberar. Los tunishnevre. Un panteón lleno de despecho habitado por sus sagrados antepasados. Cómo los temía él. Cómo los aborrecía. Había vivido toda su vida inclinándose ante su animosidad, y ahora no tardaría en hallarse cara a cara con ellos, en carne y hueso, como hombres presentes ante él, animados por una versión deformada de la lengua de la Donante.

De chico su padre había llevado a menudo a Hanish a la cámara en Tahalian. Heberen le apretaba la frente contra el frío suelo y lo obligaba a permanecer postrado en aquella postura durante horas. Lo dejaba a solas, diciéndole que tenía que aprender a oír las voces de sus antepasados. Sólo si las oía sería capaz de servirlos. Y de hecho su vida se reducía a servirlos. ¡Qué asustado había estado él! Solo en la oscuridad, con gritos rabiosos de espíritus en el aire, y centenares de cadáveres rodeándolo, vivos y muertos al mismo tiempo. Apenas se había permitido respirar, tan presentes los tenía que los absorbía con cada inhalación. Los había oído, ciertamente. Cada día de su vida los había oído, de una manera o de otra.

Había querido preguntar, incluso de muchacho, por qué los antepasados ansiaban tanto volver a la vida. Si vivir no era más que un prelude para la muerte —y si los vivos no eran más que sirvientes de los difuntos—, ¿por qué los antiguos sentían

semejante anhelo por volver a andar sobre la Tierra? Había tenido la pregunta sólidamente planteada en su mente desde su octavo o noveno año. Pero nunca llegó a formularla. Temía que hacerlo supusiera revelar una mentira que avergonzaría a sus antepasados y, de alguna manera, lo pondría a él en una situación muy embarazosa que jamás podría revertir. Ahora, décadas después, ¿qué elección tenía aparte de seguir adelante con la mentira? Era aquello para lo que había trabajado durante todo ese tiempo. Si fracasaba en el despertar, fracasaba en lo que había sido su principal objetivo a lo largo de toda su vida. Así que reafirmó que no fallaría. Haleeven tenía razón. Al elegirlo, los tunishnevre habían elegido correctamente.

Para cuando dejó la cámara había secado el pozo de sus lágrimas, aunque, como descubrió, no tardaría en tener necesidad de llenarlo de nuevo. Su secretario tropezó con él en el pasillo delante de la puerta. Había tratado de alcanzarlo en una loca carrera. En cuanto se hubo recuperado le tendió un trozo de papel enroscado. Acababa de llegar de Bocoum traído por un pájaro mensajero, dijo.

—¿Es de mi hermano?

—No —dijo el hombre de ojos azules redondos y llenos de nerviosismo—. No es suyo, pero le concierne a él. Habla de dos muertes. —Extendió la mano, temblorosa, para ofrecer la nota—. Por favor, señor, querréis leerla vos mismo.

Algún tiempo después, cuando entró en sus aposentos y vio que Corinn alzaba la mirada hacia él, la vio ponerse en pie y echar a andar en su dirección, hermosa como siempre, con un vestido que realzaba sus formas y la cola deslizándose sobre las piedras con el tintineo de minúsculas campanitas que indicaban su progreso. Hanish sabía que no le faltaba nada del impostor, el cobarde, el villano que se oiría llamar por Corinn si ella lo conociera realmente. Lo sabía, pero aun así corrió hacia su abrazo. Se oyó murmurarle la noticia, y se complació en el consuelo de los momentos que estaban por llegar. Se consolarían el uno al otro, compartirían sus pérdidas. Ella no lo odiaría aún, porque sólo ellos dos en el mundo entero se repartían medidas idénticas de exactamente la misma clase de sufrimiento en aquel momento. Así que pensó en eso, e intentó olvidar que al día siguiente la mataría.



—¿Cómo puedes estar muerto? —preguntó Mena por centésima vez. Estaba sentada sobre su manta de acampada el anochecer del día siguiente al duelo de Aliver. Su tienda se alzaba fláccidamente en torno a ella, la noche era inmóvil, sin una sola brisa en el aire caliente del exterior que soplara contra ella. Cerró la mano sobre su pendiente en forma de anguila y tiró del cordón que llevaba alrededor del cuello, insegura de si debía usar el collar como un amuleto o arrancarlo y tirarlo lejos. Melio dormía un sueño inquieto a su lado. Estaba tumbado boca abajo con una mano tensa en torno al tobillo de Mena; su apretón era firme y constante, como si sus dedos, al menos, aún estuvieran despiertos.

—¿Cómo puedes estar muerto?

Habló en voz baja, no queriendo molestar a Melio. Ya habían pasado por ello suficientes veces: ella haciendo esa misma pregunta, él susurrándole respuestas, encontrando nuevas palabras de consuelo, apartándola del pozo de pena dentro del que quería precipitarse Mena. Los últimos dos días habían sido una especie de extrañío, caótico ritual de cortejo. No habían hablado de la carta que ella había escrito. ¿Cuándo hubiesen podido hacerlo? Pero se hallaba presente entre ellos, al igual que el hecho de que él la había perseguido a través del mar con un ejército que consiguió urdir a partir de la nada. Si veían alguna vez la calma de un mundo en paz, Mena no tendría que mirar más lejos de Melio para encontrar el amor; ese amor, sin embargo, flotaba al otro lado de un inmenso, impredecible «si».

El tiempo transcurrido desde la muerte de Aliver a manos de Maeander había sido la prueba más larga de la vida de Mena. Nada había sido ni siquiera ligeramente comparable con ello. No había tenido ocasión de hacerse a la idea de que su hermano había muerto. El mundo no se había detenido para otorgarle los momentos que ella necesitaba, y las cosas habían sucedido demasiado deprisa a continuación. Tal como había ordenado Dariel, todos se abalanzaron sobre Maeander y su séquito. Mena se había quedado con Aliver, sosteniéndole la cabeza, intentando pensar únicamente en él, pero había oído lo que sucedió. Los meins lucharon valientemente. Desplegaron una formación en estrella, cada uno de ellos haciendo frente al inmenso mar de acacios, talayos y aushenios, cuando representantes de cada rincón del Mundo Conocido se volvieron al unísono contra ellos. Maeander no había dejado de reír y

mofarse, llamándolos ramera y bastardos sin honor, vilipendiándolos con una destreza verbal que igualaba sus proezas marciales. Mataron a muchos antes de que todos acabaran siendo abatidos. Sus cadáveres fueron tratados ignominiosamente, apuñalados una y otra vez. Todos, parecía, querían lavar sus hojas en la sangre de Maeander, para castigarlo por lo que había hecho y para tratar de olvidar las cosas que había dicho. Mena detestó oírlo, detestó saber que Dariel había estado allí entre ellos, descargando su miseria y su confusión sobre un cadáver.

Eso no era todo lo que les tenía reservado el día, sin embargo. El fervor apenas tuvo tiempo de apagarse antes de que nuevos gritos se propagaran a través de las masas. El ejército meinish, aprovechando la oportunidad, había marchado a través del campo de batalla sin anunciar su llegada. Los meins estaban envalentonados, llevados al frenesí por la muerte de su líder. Entraron en tromba, gritando venganza. Antes de que la noticia pudiera haberles llegado, sabían del destino de Maeander y de la traición con la que se pergeñó. ¡Hacía tan sólo un instante que había sucedido! Maeander, antes de partir por la mañana, tenía que haber contado a sus generales exactamente lo que iba a suceder. Pero no lo hizo y ahora su ejército luchaba con un nivel de furia e indignación más allá de cuanto hubieran demostrado ser capaces previamente. Maeander había hecho de sí mismo un héroe instantáneo, un líder de mayor estatura de lo que era en vida. Se había convertido en un mártir. Y, tal como había dicho él, un mártir inspiraba devoción. Una curiosa especie de devoción, había dicho él. Lo curioso que tenía era que no podía ser más feroz.

Tan pronto como hubo dado órdenes de proteger el cuerpo de Aliver, Mena cogió sus armas y corrió a hacer frente al enemigo. Por mucho que lo intentasen, Mena, Dariel, Leeka y los otros generales no podían agrupar ordenadamente a sus fuerzas para afrontar el ataque. El ejército se había sumido en el dolor y la incertidumbre. Mientras trataban de responder a las órdenes parecían aturdidos y se los veía titubear, agobiados como estaban por la comprensión de que Aliver no estaría allí para conducirlos a la victoria. El Rey de la Nieve estaba muerto. No les daría ni una sola de la miríada de cosas que había prometido. No entraría en Acacia blandiendo una espada justiciera, victorioso. Y si él no haría tal cosa, ¿cómo podían hacerla ellos?

La batalla se libró encarnizadamente entre sus tiendas, sobre fuegos de cocinar, junto a letrinas y pilas de suministros y provisiones. En algún momento Mena abandonó el intento de agrupar a los demás y se concentró en sus propios deseos mortíferos. Guió mediante el ejemplo, y se convirtió en todo un acicate. Se adentró en las filas meinish, llena de un ansia de matar y una rabia que ardía y palpitaba con tal intensidad que sentía como si fuera a consumirla si dejaba de moverse aunque sólo fuera por un segundo. La espada que le había devuelto Melio giraba en torno a ella con mente propia y mortífero propósito. Mena se limitaba a seguirla, adentrándose cada vez más entre el enemigo, sabiendo que debía mantenerse alejada de los suyos.



Estaba matando con demasiada celeridad para que pudiera distinguir al amigo del enemigo.

Y aunque era la rabia lo que la impulsaba, no sentía ninguna alegría mientras llevaba a cabo aquella carnicería. Justo lo contrario. Era una batalla de pesadilla. En todo lo que había a su alrededor vislumbraba signos y visiones de Aliver. Mientras hería y desgarraba, cercenaba miembros y desprendía piel de las caras y hacía que las orejas volaran hacia arriba en rápidas espirales como si brotaran de su hoja y desparramaba vísceras sobre el suelo, veía a Aliver en todo ello. Sabía que estaba matando a un enemigo —el enemigo de Aliver—, pero él estaba presente en cada mein muerto, en la forma de los miembros y las expresiones en los ojos que se vidriaban, y en las voces que gritaban angustiadas. Era enloquecedor. Hizo de ella un torbellino de violencia, como si mediante la matanza pudiera abrirse paso a través de aquella noción de la muerte violenta de su hermano. Los cuerpos que dejó a su alrededor en montones degollados se contaban por muchas docenas. Si la hoja de su espada no hubiera sido del más fino acero, la habría embotado y torcido antes de que el día llegara a su fin. En lugar de eso, no obstante, incluso cuando empezó a caer el crepúsculo, aún tenía filo bastante para cortar a través de las coronillas y abrirse paso limpiamente a través de músculo y hueso.

Finalmente, los meins se retiraron. No habían sido derrotados, ni siquiera obligados a retroceder. Por el aspecto del campamento y las pilas de muertos acacios, los meins podían tener la seguridad de que por la mañana pondrían punto final a aquel asunto. Los halaly de Oubadal habían sido los primeros en hacer frente al ataque meinish; ahora se decía que ya no se hallaban presentes, completamente desaparecidos, muertos hasta el último. Eso era un gran golpe. Incluso las tribus que habían empezado la guerra temiéndolos o aborreciéndolos habían aprendido a respetarlos en el curso de los últimos días. Ahora ya no estaban.

Kelis, el gran amigo de Aliver, había sido rozado por una lanza a través del abdomen, una herida lo bastante grave para que tuviese que guardar cama y padeciera grandes dolores. ¿Cuántos más morirían durante la noche? ¿Cuántos más se escabullirían derrotados, huyendo a sus hogares, deseando no haber tomado parte en aquella guerra?

Mientras deambulaba entre la carnicería, los miembros temblorosos y cada centímetro de su piel cubierta de sangre seca, Mena sentía los ojos de los soldados puestos en ella. Incluso Dariel, que hacía unas horas había ordenado un asesinato sin honor, la miraba impresionado. Quizá todos estaban viendo por primera vez qué clase de monstruo era ella realmente. Mena sintió deseos de gritarles. ¿Qué estaban mirando? Pues claro que era una asesina. Ella era Maeben. Siempre sería Maeben. La rabia siempre se le daría mejor que todo lo demás. Costaba no sentir que había matado personalmente a cada uno de los cadáveres que había ante sus ojos.

Más tarde esa noche, en la tienda, con los brazos de Melio en torno a ella, sus palabras próximas en sus oídos, su cuerpo meciendo el suyo... encontró la paz suficiente para creer que no había estado matando de nuevo a Aliver una y otra vez en el campo de batalla. Recordó haber sostenido en sus manos su cuerpo que la sangre volvía resbaladizo. Había estado tan caliente..., el calor irradiando de él como de un horno. Mena había sentido el sabor del óxido en su lengua y en sus fosas nasales. Había habido un momento terrible, recordaba, cuando sus dedos —mientras trataban de encontrar la herida y medir la extensión del daño causado— resbalaron dentro de la fisura. Era el más extraño de los recuerdos, porque cada vez que le venía a la memoria, lo único que recordaba era la increíble suavidad en el calor de los tejidos de Aliver. Y sin embargo, al mismo tiempo había sentido una pavorosa repugnancia enraizada en el pensamiento de que eran sus dedos los que habían causado aquella herida, que podían cortar con tanta facilidad como la hoja de su espada.

Pero todo eso era antes. Ahora Melio yacía en su inquieto sopor, aferrándola con una mano, protegiéndola. Qué pensamiento tan extraño aquél. ¿De qué podía necesitar protegerse ella? Su cuerpo anhelaba desesperadamente dormir, pero ella no se lo permitiría. Temía que su mente inconsciente fuese a conjurar algo horrible con ese deslizarse de sus dedos.

—¿Cómo puedes estar muerto? —volvió a preguntar.

En el silencio que siguió a esas palabras su mente volvió a algo más a lo que no había dejado de dar vueltas, una conversación que había mantenido con Aliver antes del duelo. Él se la había llevado a un lado mientras salían de la tienda del consejo. Esperó a que los demás se hubieran apartado un poco y entonces clavó los ojos en los suyos.

—Si muero —dijo—, guarda la *Confianza del Rey* por un tiempo. —Cuando te parezca que está preparado, dásela a Dariel. Quiero que la tenga. Tú no la necesitas, ¿verdad, Mena? Has creado tu propia espada mítica.

Sonrió.

—Otra cosa, y esto es importante. Has de estar preparada para convocar a los santoth. —Ella había empezado a protestar, pero su hermano la hizo callar. Si él moría, explicó, todo recaería sobre ella y Dariel. Dariel tenía una gran fuerza interior, pero aún era demasiado emocional. Era el más joven y seguiría siendo demasiado emocional hasta que la vida se hubiera encargado de atemperarlo un poco. Sólo ella tendría la concentración necesaria para ver por encima del torbellino y enviar una llamada a los santoth. Mena protestó diciendo que no sabía cómo se hacía eso, pero él le dijo que aprendería cómo cuando llegara el momento.

—No planeo dejarte hoy, Mena —dijo—, pero si lo hago, y si nuestra causa parece hallarse al borde del fracaso, llama a los santoth. Habla con Nualo. Es uno de

los santoth, un hombre muy bueno, Mena.

—¿Qué hay de *La canción de Elenet*? —preguntó ella.

Aliver la había mirado con tristeza.

—No lo sé. ¿Piensas que sé cómo hacer todo esto, Mena? Pues no lo sé. Ojalá tuviéramos ese libro, pero llámalos incluso si no lo tienes. Y entonces... a ver qué pasa.

Después de que él hubiera ido a la arena de su muerte.

¿Realmente había dicho eso? «¿A ver qué pasa?» No parecía posible que retos tan colosales pudieran ser superados con vagos sentimientos esperanzados como aquél. Aliver había hablado de comunicarse con los santoth, pero nunca de un modo lo bastante claro para que Mena se hubiera imaginado intentando hacerlo ella misma. Eso requería abrir la mente. Implicaba alcanzar un estado sereno, meditativo, con la consciencia vacía de todo lo que no fueran pensamientos de aquellos con los cuales quería comunicarse. Aliver dejaba que su llamada se fuera desplegando desde su cuerpo, había dicho, y encontrara la dirección por voluntad propia. Podía tardar un buen rato, pero finalmente los oiría dentro de él, respondiendo. Entonces les hablaría directamente desde su ser. Ellos habían leído su mente hasta cierto punto, pero también podía centrarse en determinados pensamientos y transmitirlos. Requería paciencia, fe...

Sí, él había dicho eso, también. Requería fe, la misma palabra que ella había susurrado en el oído de Dariel. Pero la muerte de Aliver parecía refutar la fe en tanto que impotente. Quizá lo era, o quizá contaba únicamente cuando te enfrentabas a una adversidad tan grande que no podías apelar a otra cosa. Y ahora ella se enfrentaba precisamente a aquello. La razón le dictaba que por la mañana los meins matarían a cuantos se hubieran congregado para hacerles frente. Sabedora de ella, Mena resolvió probar la fe una vez más. Había prometido que iba a hacerlo, así que lo haría.

Miró en derredor como si pudiera encontrar algunas herramientas que la ayudaran o debiera recolocar los objetos dentro de la tienda o liberar su tobillo de la presa con que Melio se lo agarraba. Pero no había herramientas para algo semejante. Su entorno era lo que era, y ella no quería romper la conexión con Melio. Se puso lo más cómoda posible, apretó los pulgares contra la espalda del pendiente en forma de anguila, y cerró los ojos.

Intentó aquietar sus pensamientos. Pasó un rato debatiéndose con una granizada de imágenes violentas de los combates del día y de Aliver en la muerte y en el duelo unos segundos antes, cuando todo era posible aún... Distracciones como ésas parecían haberse mantenido al acecho para emboscarla. «Pasa de largo junto a ellas —pensó—. Despeja la mente. Piensa únicamente en los santoth». No podía visualizarlos porque no los había visto nunca, así que en lugar de eso intentó localizar la energía que irradiaban. Pensó en ella como un punto de luz en los cielos vacíos, y

después como un atisbo de calor en la frialdad circundante, y luego como el suave palpitante de la vida en una eternidad silenciosa: buscó todas esas cosas dentro de su mente. Sentía como si no fuese más que un mero ejercicio mental, como si todo tuviera solo lugar dentro de ella y no en el mundo exterior. Pero siguió con él.

En algún momento, comprendió, había encontrado ese punto de luz cálida, palpitante. No, realmente no lo encontró sino que lo creó. Mena se concentró en él y fue acercándolo más y más y más, hasta que pasó a ser el centro palpable de su ser. Estaba justo allí, con ella. Intentó formular un pensamiento que introducir en aquello, pero había demasiadas cosas diferentes que decir. No podía concentrarlas hasta reducirlas a una sola, así que lo que hizo fue tomar la totalidad: todos sus miedos, esperanzas y deseos, anhelos y sueños; todos los horrores de los últimos días, las escenas de derramamiento de sangre, los antoks, el duelo que Aliver había librado con Maeander; toda la muerte y todo el sufrimiento prometido para la mañana del día siguiente. Los hizo girar como una pelota ante ella y los empujó al interior de esa luz. Si los santoth iban a entender algo, bien podían esforzarse en entenderlo todo.

Cuando estuvo segura de que había hecho todo lo que estaba en su mano para enviar el mensaje, escuchó. Esperó. Examinó el silencio que hubo en respuesta. Parecía como si no fuera a acabar nunca, pero Mena esperó, porque no se le ocurría otra cosa que hacer. Simplemente esperó una respuesta.

Que no llegó.

Despertó cuando la claridad del amanecer bañaba su tienda. Sorprendida de que hubiera dormido, se incorporó de su posición desmadejada. Melio se removió junto a ella. Oyó los sonidos del campamento despertando en el exterior. Alguien entró en la tienda; tierra reseca crujía bajo sus pies. Mena se dio cuenta de que Melio ya no le sujetaba el tobillo, cosa que la llenó de tristeza.

Con eso, el día anterior afluyó a ella, un torrente de recuerdos de todo lo sucedido, incluyendo lo que ella había intentado hacer. Había intentado llamar a los santoth, tal como Aliver le había pedido que hiciera. Pero no había obtenido respuesta. Mena había escuchado tanto rato y con tanta concentración que el esfuerzo acabó haciéndole conciliar el sueño. Eso era cuanto había sucedido. Ni siquiera estaba segura de que alguna parte de todo aquel ejercicio mental hubiera llegado a escapar en algún momento de los confines de su cráneo. Aquella luz no era más que algo que ella había imaginado, que había fantaseado en el interior de su tienda, sentada junto a Melio en las primeras horas de lo que iba a ser un día terrible. Eso, pensó, era lo máximo que había sido capaz de hacer. No iba a bastar. Aliver había cometido así pues, dos errores, no sólo el de batirse en duelo con Maeander.

La realidad de lo que les ofrecía el día volvió a hacer acto de presencia. El día que acababa de empezar era completamente inevitable, presente ya sobre ella. Lo único bueno que había en ello era que al menos ahora todo aquello concluiría. Al menos

sabía cómo moriría. Maeander había sabido cómo moriría. Era de ahí de donde había provenído su calma, su seguridad en sí mismo. Maeander le había hecho un gesto con la cabeza, indicándoselo, aunque sólo ahora comprendía Mena qué era lo que había estado diciendo entonces. Había estado prediciendo su propio futuro. Ella debería haberle separado la cabeza de los hombros en ese preciso instante. No debería haber permitido que Maeander controlara el mundo del modo en que lo había hecho. Ahí era donde había cometido su primer error.

¿O no había sido ahí? Ella ya había cometido antes otros errores. Y no eran únicamente sus errores los que importaban. Había tantas, tantas cosas que deberían haber sido distintas, remontándose años atrás. No, años no: décadas y siglos. Hasta las primeras edades, hasta cuando la Donante todavía caminaba sobre la Tierra recién creada. En aquel entonces alguien debería haber abatido a Elenet antes de que robara aquello que nunca hubiese debido robar. Pero de ser así, ¿no habría que culpar a la Donante? Porque todo esto era creación suya. Era a ella a la que Mena quería ver comparecer algún día y asumir las responsabilidades. ¿Por qué había permitido que todo se echara a perder tan deprisa? El rocío de la creación apenas había tenido tiempo de secarse antes de que la Donante permitiera que sus niños la traicionasen. ¿Y por qué ahora no parecía darle igual que algunos se esforzaran para que llegara la justicia al mundo, que algunos combatieran para que pudiese haber una paz más grande después? Mena temía la pregunta. La Donante podía girarlo todo en contra de ella y atacar su pretensión de rectitud; con ella siendo la asesina que era, tan dispuesta a dejarse llevar por la cólera y tan diestra en el asesinato. Quizás Hanish no era peor que ella. Quizá no había ninguna diferencia entre el bien y el mal.

Una mano separó bruscamente el pliegue de la tienda, haciendo que un haz de luz la cegara por un instante. Y entonces oyó la voz de Leeka Alain hablando con un sobrecogimiento que no era nada propio de él.

—Princesa, venid. Deberíais ver esto. Está pasando algo.



Rialus Neptos no era sino el patético sucedáneo de un hombre. Eso nunca había sido más obvio que cuando se encontró flanqueado por unos cuantos guerreros numreks, hombres altos, de hombros anchísimos, con nudosos músculos en las articulaciones que se tensaban como granadas bajo su piel teñida de un rojo borgoña. Era una comadreja en compañía de lobos. Agachado para caber debajo del techo próximo al suelo de los pasajes ocultos del palacio, cualquiera de aquellos numreks podría haber agarrado al embajador y haberle arrancado el último suspiro con uno de sus puños de duros nudillos. Si Corinn no hubiera tenido necesidad de él para que se encargase de traducir las instrucciones que iba a dar, quizá les habría pedido que hicieran precisamente eso. Extraño, pensó, que sus destinos dependieran de tan dudosos aliados.

Rara vez había tenido ocasión de estar tan próxima a los numreks. Se había sentado cerca de ellos en unos cuantos banquetes a lo largo de los nueve años transcurridos desde la guerra, pero lo que recordaba de una manera más vívida era la imagen de ellos en su antigua palidez. Había visto por primera vez a un grupo de numreks justo después de su captura y regreso a Acacia. Sus compleciones habían sido pálidas y teñidas de azul, apenas empezando a quemarse bajo el sol. Eran como criaturas de una caverna subterránea abruptamente empujadas a la luz del día. Habían sido tan distintos de los seres de facciones oscuras y suaves que contemplaba ahora... No le habría costado mucho creer que se hallaba ante otra clase de criaturas, de no ser porque recordaba la estatura y la constitución que tenían habitualmente, sus abundantes cabelleras oscuras y sus rasgos, flacos y musculosos al mismo tiempo. Entonces los había odiado con el más puro de los despechos. Ahora no se sentía tan distinta. Pero lo que importaba no eran sus sentimientos, sino la tarea del momento.

Unas horas antes había estado tumbada en la cama al lado de Hanish, con las puntas de sus dedos tocando las de los suyos, oyéndolo dormir. Antes de eso había estado entrelazada con él entre las sábanas de la cama, sus cuerpos desnudos resbaladizos de sudor, lágrimas y pasión. Ella le había jadeado en el oído, y él había pronunciado su nombre una y otra vez. Y antes de eso se habían conformado con abrazarse, todavía bajo el impacto de haber conocido las muertes de sus respectivos hermanos. La ironía de todo aquello la dejaba sin respiración. Aliver y Maeander,

víctimas el uno del otro; Corinn y Hanish, dos amantes empeñados en fingir que su aventura no había tenido nada que ver con la contienda que se estaba librando entre ellos.

Pero eso había sido antes, cuando aún no despuntaba el día. Lo cierto era que tenía absolutamente todo que ver con ellos, y Corinn sabía que Hanish lo creía tanto como ella. Cuando se separó de él hacía unos minutos, lo besó en la boca y le deseó éxito en el inicio de la ceremonia de liberación de sus antepasados. Iba siendo hora, dijo, de empezar a curar, de frenar la locura de la guerra, de enterrar el viejo odio entre sus pueblos. Era hora de honrar a los muertos. Había prometido prepararse y reunirse con él. Pero en lugar de hacerlo, fue a su habitación, cerró la puerta tras de sí y se deslizó al interior de la entrada secreta que le había descrito Thaddeus. Encontró a Rialus y los numreks justo allí donde les había dado instrucciones de que estuvieran, dentro de los muros del palacio.

Estaban presentes. Inmóviles en su armadura, con las armas colgando de ellos y su aliento ensuciando todavía más el aire que olía a viciado. Corinn sintió un fugaz espasmo de pánico ante lo que se disponía a hacer. Lo superó pensando en la traición que Hanish le tenía planeada, recordándose su juramento de que nunca volvería a comportarse como una oveja llevada al matadero, afirmándose a sí misma que tenía que vengar a su hermano, y rememorando las hermosas promesas contenidas en la *Canción*.

En calidad de traductor, Rialus le presentó al caudillo de los numreks. Calrach la miró de arriba abajo, estudiándole las formas con evidente perplejidad. Dijo algo que enseguida suscitó el interés de quienes lo rodeaban. Hasta el mismo Rialus la miró con una renovada sorpresa en los ojos.

—Princesa —dijo—, ¿es cierto que estáis encinta? Yo no sabría decirlo, pero los numreks... tienen olfato para estas cosas.

Corinn no tenía ningún interés en iniciar la conversación de aquella manera. Tuvo que controlar el impulso de pasarse la mano por el estómago.

—Calrach —dijo—, ¿cuántos hombres tienes contigo?

Rialus respondió sin haber llegado a traducir la pregunta.

—Doscientos.

—¿Doscientos? —preguntó Corinn—. Cuando te escribí, te dije que trajeras contigo una fuerza lo bastante numerosa para tomar todo el palacio y partes de la ciudad baja. ¿Y sólo me has traído doscientos hombres?

—Princesa, son todos los que pudimos traer —dijo Rialus—. Es asombroso que no nos descubrieran. ¿Sabéis lo complicado que fue transportar de noche a esos doscientos hombres en unas cuantas pequeñas embarcaciones? Más y habríamos delatado vuestros planes. Aunque no tengo reparo en decir que este pasaje es increíble. Pensar que generaciones enteras de enemigos habrían podido introducirse

en el corazón de Acacia, sólo con que hubieran sabido de la existencia de esta ruta... —Dándose cuenta de que Corinn lo miraba con los labios fruncidos en una mueca de impaciencia, Rialus puso fin a su digresión—. De todos modos, doscientos numreks son más que suficientes para tomar el palacio desde dentro. Los numreks son difíciles de abatir.

—Hanish tiene acantonado aquí a un ejército entero. Y entre ellos hay unos cuantos punisaris, que también son difícilmente abatibles.

Calrach, disgustado al ver que se lo estaba manteniendo fuera de la conversación, asestó un codazo a Rialus. El hombrecillo le habló en la lengua numrek, fluida y siempre tan animada. Calrach pareció encontrar divertido lo que le decía. Mirando a Corinn, dio su discordante respuesta.

—Los punisaris no representan ningún problema —tradujo Rialus—. Dice que capturará el palacio para vos en cuestión de horas. La limpieza, dice, requerirá más tiempo que la acción en sí.

Corinn se quedó mirando los ojos ampliamente espaciados del numrek, su iris de color ambarino. Antes nunca había reparado en eso. Casi te invitaban a mirar dentro de ellos. Extraño estar allí, hablando en voz baja con Calrach de las cosas que estaban discutiendo. Los numreks no necesitaban sentir odio para matar. Daba igual que no tuvieran ningún profundo agravio con Hanish y su gente. Tenían algunas quejas, sí, pero no estaban realmente vinculadas a aquella contienda generacional. Corinn sabía que a los numreks les daba igual quién saliese vencedor, con tal de que les reportara algún beneficio. Algo que convenía admirablemente a sus propósitos. No había ningún tipo de ideología presente para alterar sus motivos o nublarle el entendimiento. La avaricia de los numreks iba acompañada por una sencilla honestidad, una razón muy fácil de entender para las cosas que le pedían a cambio de su ayuda. Con una gente así, Corinn siempre sabría cuál era su posición y cuál ocupaba ella.

—¿Puedes llevar a cabo este ataque? —preguntó—. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

Calrach dijo que en la guerra nada era seguro. Pero acto seguido sonrió y dijo:

—Nada excepto que la victoria será de los numreks. —Miró en derredor para hacer partícipes a los suyos, quienes empezaron a gruñir su afirmación. Hicieron falta unos momentos para que todos respondieran, porque incluso las siluetas agazapadas entre las sombras a una buena distancia pasillo abajo quisieron hacerse oír.

—Déjate de contradicciones —le espetó Corinn en cuanto volvieron a estar lo bastante callados—. Lo echaremos todo a perder si...

El numrek la interrumpió. Habló unos segundos, y luego Rialus tradujo.

—Dice que los matará a todos.

—¿Es todo lo que ha dicho?



Rialus sonrió levemente.

—La sustancia, en todo caso. También describió los métodos que emplearían para ello, pero no creo que vayan a interesarnos.

Volviéndose hacia Calrach, Corinn dijo:

—Entonces hazlo. Mátalos a todos. A todos, sin titubear. No tengas piedad con ellos, no escuches súplica alguna. Mátalos a todos excepto a Hanish. Que él quede con vida para mí.

Al oír esa última instrucción, Calrach se encogió de hombros. No tenía nada que objetar a eso, dijo. Hanish había dejado de interesarle. Antes de irse, sin embargo, pidió a Corinn que confirmara los términos del acuerdo al que habían llegado. Cuando ella así lo hizo, sonrió; con la boca entreabierta le brillaban los dientes a la luz de la antorcha.

—Los aceptaremos de buena gana. Pero ¿cómo sé que mantendréis esta promesa?

—Puedes saberlo —dijo Corinn—, porque lo que quieres es exactamente lo que yo quiero también. No lo prometo como un regalo destinado a ti. Lo hago en mutuo interés.

Tras haber oído la traducción de aquellas palabras, Calrach la estudió en silencio durante un buen rato. Su mirada era evaluadora, invasiva y, sin embargo, también indiferente. Finalmente, habló.

—Prefiero trabajar contigo a tener que hacer tratos con Hanish. Por eso, volverás a disponer de tu palacio. Y, de acuerdo con tus deseos, no le contaremos a nadie lo que nos has prometido. Será nuestro secreto, ¿sí? Entre la princesa Corinn y los numreks. Nadie más necesita saberlo... hasta el día en que se lo revelemos al mundo.

Corinn se quedó a un lado mientras la procesión de fornidos soldados desfilaba frente a ella. Eran absurdamente grandes y ruidosos. Sus pantalones de cuero crujían con cada paso que daban. Sus armas y las piezas aleatorias que componían su armadura tintineaban y rechinaban. Muchos de ellos hablaban en su lengua discordante. Tras sus pantallas de pelo lanudo, algunos sonreían mientras pasaban a su altura. Unos pocos incluso rieron de chistes a los que Corinn no fue capaz de encontrarles ninguna gracia, tan despreocupadamente como si se dirigieran a hacer un ejercicio. Doscientos había parecido una cifra pequeña cuando Rialus la pronunció, pero hacia la mitad de la línea, los soldados ya parecían innumerables.

Y de pronto se fueron. El silencio volvió a asentarse, era una presencia viviente por derecho propio que ocupaba el espacio como si se sintiera disgustada por la intrusión anterior. Rialus, que no iba a tomar parte en el enfrentamiento, se había quedado cerca, cambiando de postura a cada momento, nervioso, carraspeando a menudo como si se dispusiera a hablar. Corinn hizo como que no lo veía. Entonces le sobrevino otro ataque de duda. Se desplegó alrededor de su torso, le cortó la respiración y le revolvió las entrañas. La inverosimilitud de lo que estaba a punto de

sucedier y el hecho de que ella misma, Corinn, estuviese haciendo que fuera a suceder: casi se le escapaba al entendimiento. De pronto sintió la presencia del techo como un peso sobre su cabeza. Empezó a inspeccionarlo con los ojos, sospechando, sin poderlo evitar, que había empezado a deslizarse hacia abajo. Fue entonces cuando reparó por primera vez en las extrañas tallas que discurrían a través del espacio cercano, formas mitad humanas y mitad animales. ¿Era ése el aspecto que su pueblo había tenido antaño? ¿Eran éstos sus antepasados?

Rialus interrumpió el curso de sus pensamientos.

—¿Puedo preguntar, princesa, cómo supisteis de la existencia de estos pasajes secretos?

—Por Thaddeus Clegg —se oyó responder ella.

—¿Clegg? —preguntó Rialus con una sombra de alarma en la voz—. ¿De verdad? ¿Ese viejo traidor? ¿Está aquí, en el palacio? No hay que confiar en él, ¿sabéis? ¿Qué está...?

—Clegg está muerto, Rialus. Ya no representa ninguna amenaza para ti. —«Él ha desaparecido», pensó Corinn, «pero el regalo que me hizo aún perdura». Un día, cuando hubiera aprendido a utilizarlo, haría muchas cosas con ese regalo. Cosas buenas. Cosas benévolas. Entonces ya no necesitaría matar. No necesitaría hacer aliados de...

—Bueno, ¿puedo preguntaros cómo planeáis proceder ahora? Porque no os estáis dirigiendo hacia la misma meta que se había fijado vuestro hermano. Ahora él ya no cuenta. Siento tener que decirlo, pero Mena y Dariel siguen vivos. ¿Qué pasará cuando...?

Corinn se volvió hacia el embajador y fue hacia él, acercándosele lo suficiente para que éste se viera obligado a dar un paso atrás, inquieto ante el súbito movimiento de ella. Algo en el hecho de estar dirigiendo su agitación hacia él la ayudó a dominarse.

—No, Rialus, no puedes preguntarme nada. Cuando hablamos, es porque yo te he preguntado algo. Eso es todo lo que hay entre nosotros, ¿entiendes? Te necesito, pero no te hagas ilusiones acerca de la naturaleza de tu lealtad. Es lo mismo que con los numreks. Al igual que ellos, me serás leal por una única razón: porque sólo yo puedo darte todo lo que quieres. Los meins te arrancarían la piel a tiras. Mi hermano o mi hermana te encarcelarían como el traidor que eres. Sólo conmigo tienes alguna probabilidad de conocer la felicidad. ¿Lo dudas?

Rialus no lo dudaba.

—Bien. Me ocuparé de mis hermanos cuando tenga que hacerlo. Los quiero, naturalmente. Ellos me quieren. No te preocupes por eso.

Dejó de hablar e indicó con un gesto a Rialus que él también debería guardar silencio. Tenuemente, oyó gritos de alarma, a los que siguió el entrecuchar de armas.

Llegaron hasta ella ahogados y deformados por la distancia, casi fantasmales. Eran la clase de sonidos en los que podría no haber reparado siquiera si no hubiese estado a la escucha. Había oído suficientes historias sobre cómo luchaban los numreks para que pudiera ver con los ojos de la mente las escenas que ahora mismo se estarían propagando a través del palacio. En ese preciso instante, imaginó, los numreks estarían corriendo por los pasillos. Estarían apareciendo en el mismo corazón del palacio, sin aviso previo, causando la más absoluta confusión. Estarían yendo de habitación en habitación, balanceando aquellas hachas de guerra, cortando brazos y partiendo cráneos, clavando pechos a las paredes mediante sus lanzas, hundiendo las puntas de sus espadas en estómagos, sin tener piedad de nadie.

Se apretó el abdomen con la palma de la mano, asaltada por un rápido encadenado de las personas a las que había sentenciado a tales muertes. Hombres como Haleeven, el tío de Hanish, que había llegado a caerle simpático. Mujeres como Rhrenna, que había sido su amiga, y Halren, que se había reído de ella durante la cena de gala aquella noche en Calfa Ven. Guardias y soldados, doncellas y sirvientas, oficiales, mujeres de la nobleza y sus hijos. La rápida granizada de caras y nombres la golpeó como otros tantos puñetazos en el estómago. ¡Qué pesadilla había desatado! Corinn dio un paso atrás y extendió la mano hacia la pared en busca de apoyo. Debía recordar que eran sus enemigos. Siempre lo habían sido. Hasta el último de ellos. Si parecían amables e inofensivos, era tan sólo porque muchos hombres habían matado de manera altamente efectiva en su nombre para asegurar que así fuera.

El embajador fue hacia ella, preguntándole si se encontraba bien.

—Antes dijiste que no creías que fuera a estar interesada en todo lo que dijo Calrach —respondió ella fríamente—. En el futuro, Rialus, cuando estés traduciendo para mí, traduce con la máxima exactitud posible. Tú no eres quién para seleccionar lo que yo, o ellos, acabamos oyendo.

Rialus asintió, aceptando mansamente el reproche. Un instante después, mirándolo de soslayo, Corinn vio cómo una sonrisa de satisfacción se le extendía por las facciones. Poco faltó para que se encarara con él, decidida a preguntarle por qué estaba sonriendo. Pero entonces comprendió que si sonreía era porque ella acababa de prometerle un futuro. Ese tipo de cosas, al parecer, ahora eran prerrogativas suyas. Para otorgarlas. O para arrebatárselas.

Tardaría un poco en acostumbrarse a ello.



Cuando aquella mañana, antes del amanecer, salió de su tienda, Leeka Alain ya había decidido que ese día iba a ser el último para él. Había luchado tanto a lo largo de su existencia, en tantos terrenos distintos, desde esos áridos campos a las montañas de Senival y las ciénagas de Candovia, hasta las alturas de la tundra del Mein y a través de los bosques en Aushenia... Había librado escaramuzas con las tropas de Maeander Mein; combatido abiertamente a las de Hanish; hecho frente a tribeños de la montaña senivalia; y batallado con los numreks, una raza que había descubierto antes que ningún otro en el Mundo Conocido. Incluso había domado a uno de los rinocerontes que aquellos extranjeros usaban como monturas. Había estado gritando entre ventiscas de nieve y a través de tempestades de bolas de fuego lanzadas por catapultas. Había triunfado unas cuantas veces, pero también había sido derrotado en más de una ocasión. Incluso había caído todo lo bajo que podía llegar a caer un adicto a la niebla, que se arrastra penosamente en pos de sus sueños. Sin embargo había sido resucitado y recibido otra oportunidad.

Eso hacía de él uno de los hombres más afortunados del mundo. Gracias a la dura disciplina de Thaddeus Clegg, se le había dado una segunda oportunidad en la vida. Con ella encontró al joven príncipe, Dariel. Había tomado parte en el proceso de enseñarle su nombre y convertirlo del incursor que era antes en un hombre digno de la nobleza a la cual era heredero. Había visto a Mena, esbelta y menuda, convertirse en una artista de los oficios marciales sin parangón con nada de cuanto hubiera presenciado antes. Lo que hizo el día anterior con su espada fue increíble. No tenía sentido, viendo su rostro inteligente y esbelta figura, que pudiera ser tal tornado de furia. Y había visto cómo el hijo mayor del rey Leodan se convertía en un profeta del cambio, un hombre lleno de nobleza que hablaba de un mundo mejor y estaba dispuesto a luchar —y a morir— en la contienda por darle existencia. ¿Qué, se preguntó, podría superar jamás a ver a su príncipe en toda su gloria perfectamente formada abatiendo al antok, una bestia llegada de las cavernas del infierno? Eso permanecería como el punto álgido de su existencia, del mismo modo que la muerte de Aliver el día siguiente había sido innegablemente el peor momento que había conocido nunca. Qué caótica, cambiante marea seguían sus fortunas.

Leeka no lamentaba la vida que había llevado. Ciertamente no alteraría ningún

instante de los años que había dedicado a laborar por su rey y su patria. Era posible, no obstante, que su viaje a través de la existencia no fuera a terminar tal como lo habría escrito él. Esa verdad, decidió, la afrontaría con la mayor compostura posible. Al menos perdería con dignidad y moriría de una manera acorde con el código según el cual había vivido. Eso, creía, era a lo que se iba a reducir el último enfrentamiento con los meins en el día que acababa de empezar. Leeka entró en él con la coraza puesta, la espada al costado, el rostro todo lo venerable y surcado de arrugas que pudo como un ejemplo para quienes estaban bajo sus órdenes.

Tal, al menos, era su intención cuando apartó el pliegue del portal de su tienda y salió fuera. Pero lo que vio asomar por el horizonte en el Sur era tan extraño e inesperado que perdió la compostura inmediatamente. Se le aflojó la mandíbula. Su boca formó un óvalo de asombro. Los ojos se le convirtieron en dos monedas de cobre que se hacían más y más grandes con cada momento que pasaba.

Lo que vio fue esto: un cielo que hervía en nubes rojas y anaranjadas, se inflamaba con estelas amarillas y púrpuras, con grandes montañas de movimientos que se prolongaban en las alturas. Todo aquello era un telón de fondo contra el que se aproximaba una compañía de gigantes. Su apariencia era extraña e irreal, sus formas lo bastante incorpóreas para que en ocasiones las últimas estrellas del cielo que empezaba a clarear, vistas dentro de las brechas en el hervor de las nubes, destellaran también a través de ellas. Sus formas estaban silueteadas en negro, eran figuras inmensas de vastedad imposible prolongada cuyos cuerpos oscilaban con el vaivén de sus zancadas. Sus brazos se agitaban en el aire a cada lado como si se estuvieran moviendo a través de un terreno cambiante, buscando el equilibrio a cada momento. Sus piernas tenían que haber cubierto kilómetros enteros con cada paso. Detrás de los primeros gigantes Leeka vio las indicaciones de otros y sintió aún la presión de otros más lejanos que procedían de alrededor de la curva del mundo. Examinó sus recuerdos en busca de algo que pudiera explicar semejante espectáculo. Sólo se acordó de una cosa.

—¿Podrían ser éstos los Portavoces Divinos? —preguntó a Mena, una vez que ella hubo emergido para responder a su seca orden—. Cuando Tinhadin los exilió, ¿no fueron hacia el Sur arrasándolo todo como gigantes enfurecidos? Eso es lo que recuerdo de mis estudios infantiles. —¿Sus estudios infantiles? La mera idea sonaba lo bastante absurda para que Leeka dudara de su propia cordura. Podía estar soñando o alucinando. Mena podía mirarlo y tildarlo de loco. Preguntó, sin su dominio habitual de la voz—: ¿Tú también los ves, espero?

Mena no contestó, pero lo miró de un modo que era respuesta suficiente.

Dariel apareció un instante después, tan falto de palabras como ellos. En cuestión de minutos lo que quedaba de la totalidad del ejército se hallaba inmóvil con la mirada vuelta hacia el Sur, contemplando la escena que se estaba representando a

través de los cielos. Era difícil estimar a qué distancia se encontraban las figuras. Cada una de sus zancadas aparecía como inmensa. Sus piernas parecían extenderse como si el pie fuera a plantarse más allá de los espectadores. Pero el paso que seguía a ese movimiento era exactamente el mismo, y al cabo todo se repetía de nuevo. Y lo más extraño de todo aquello era que Leeka sabía que estaban, de hecho, aproximándose. Pero el territorio que atravesaban quedaba más allá de los límites de su entendimiento.

Leeka notó que la alarma crecía a su alrededor. Personalmente, no se le había ocurrido que aquello fuera temible. Allí estaba sucediendo algo, sí. Algo totalmente inesperado. Incluso sin saber qué era, Leeka le daba la bienvenida. Pero teniendo en cuenta las cosas que habían presenciado últimamente, era lógico que otros tuvieran miedo. No todos eran viejos como él. No todos estaban resueltos a morir como lo estaba él. Naturalmente, concluirían que lo que quiera que estuviera viniendo se dirigía contra ellos.

Alguien empezó a murmurar una plegaria en bethuni. Otro masculló la palabra que nombraba a los antepasados meinish, diciendo que venían a vengar a Maeander. Todavía otro chilló que era el propio Maeander quien volvía. Se le había dado muerte en contra de lo que dictaba el honor, y ahora todos iban a ser castigados por ello.

—¡Calma! Mantengamos la calma —dijo Leeka.

Nadie pareció oírlo. La gente empezó a retroceder, tropezando con las cosas, y con ojos dilatados por un miedo creciente.

—¡Todo el mundo quieto! —tronó Leeka—. ¡Escuchadme! Pase lo que pase, sed valientes con nosotros y dadle la bienvenida. Todavía combatimos por la princesa Mena y el príncipe Dariel. Nuestra causa es justa...

Mena le agarró el brazo.

—Sé lo que son —dijo—. Tienes razón. Son Portavoces Divinos. Yo los llamé de vuelta. —Levantó la voz, la suya más fina que la de Leeka, el timbre más alto. Recibió atención. No tenían nada que temer, chilló. Los gigantes que se aproximaban eran hechiceros santoth. Los había llamado ella. Venían a responderle y eran amigos de su hermano, amigos de todos ellos—. No hay nada que temer.

El tono con que pronunció aquella última aseveración no contenía suficiente certeza para estar a la altura de sus palabras, pero el mero hecho de oírla hablar tuvo un efecto tranquilizador sobre los soldados. En vez de huir, las tropas se apiñaron. Cerraron las filas, flanqueando a la realeza y el general. Incluso los que no se encontraban cerca de ellos y que probablemente no habían oído las palabras de Mena gravitaron hacia ella, quizá recordando sus proezas de los días anteriores y derivando algún consuelo de ellas. Juntos en una sola masa, aguardaron.

Leeka, de pie justo detrás de los Akaran, vio cómo Dariel volvía la cabeza y le oyó susurrarle al oído a su hermana:

—Espero que aciertes, Mena.

—Yo también lo espero —dijo ella, mirando el cielo una vez más—. Yo también.

Cuando cambiaron, las formas lo hicieron muy deprisa, todas ellas pasando por el proceso en el espacio de unos cuantos segundos comprimidos. En un momento dado eran las figuras imponentes que habían sido desde que Leeka puso los ojos en ellas por primera vez. Al siguiente eran más pequeñas. Y después de nuevo más pequeñas. Después más pequeñas. Todo sucedió tan deprisa que los ojos de Leeka todavía estaban fijos en el cielo cuando ya no había nada que ver ahí arriba. Las nubes que giraban se consumieron a sí mismas en una silenciosa implosión. El cielo de la mañana emergió de detrás de ella, con su pálido azul talayo de costumbre.

Leeka se preguntó si aquello sería el fin. Un espectáculo de luces en el cielo, carente de sustancia, difícil de interpretar o entender, en última instancia decepcionante. Pero eso no fue todo. Porque entonces oyó por todas partes un rumor de bocas que tragaban aire en torno a él, sintió que el brazo de Mena rozaba el suyo sin querer. Bajó la mirada.

Allí sobre la tierra, a sólo unos metros de distancia, caminaba un grupo de hombres. Eran de estatura normal, de carne y hueso; se movían con paso tranquilo, y eran alrededor de un centenar. Se bamboleaban ligeramente al andar, como habían hecho los gigantes, pero en la mayoría de los aspectos eran todo lo que aquellas formas no habían sido: pequeños, corpóreos, tangibles. Tenían las posturas encorvadas y los miembros delgados de hombres muy ancianos, con caras flacas y ávidas. No deberían haber inspirado ningún miedo. Y sin embargo Leeka no pudo evitar dar un paso atrás, apretándose contra la barricada de cuerpos que había a su espalda.

El primero de los hombres se detuvo a unas zancadas de distancia. Los demás se apelotonaron detrás de él. Leeka les miró las caras. No estaban bien. No eran caras normales. Las vio en detalle: las formas individuales de sus narices, las líneas irregulares del nacimiento de su pelo, la forma de sus ojos y la lentitud con que parpadeaban. Pero podía percibir puntadas en los bordes de sus frentes, o justo debajo de la barbilla, como si hubieran tomado las pieles de otros y las llevaran cosidas encima de las suyas. A veces, temblores ocasionales ondulaban por su carne, dejándolos distintos que antes. Cuanto más miraba, más le parecía ver en sus facciones fragmentos y trozos de familiares. Incluso se vio a sí mismo en el fruncimiento de ceño de uno, en las cejas de otro, en el contorno de la mandíbula de aquél...

«¿Quién nos ha llamado?»

La pregunta apareció en la mente de Leeka. La oyó, pese a que no había sido pronunciada. Las figuras no habían movido sus bocas, pero las palabras resonaron dentro de él con un timbre córico de voces fusionadas. Mirando en derredor, vio que

no era el único que había recibido la pregunta.

«¿Quién nos ha llamado?»

—Yo —dijo Mena. Su voz sonaba tan frágil como una ramita. Ella misma pareció pensarlo. Volvió a intentarlo. Sin abrir la boca, habló: «Yo. ¿Sois santoth? ¿Nualo? ¿Alguno de vosotros es Nualo?»

Las figuras se aproximaron. Parecieron deslizarse en dirección a Mena, como yendo sobre rodillos. Una de ellas avanzó. Se las arregló para transmitir la impresión de que era Nualo, sin afirmarlo abiertamente. Leeka simplemente lo supo, y supo que todos los que estaban cerca lo sabían también. Todos eran parte de aquello.

«¿Por qué no fue el primero en nacer quien nos llamó?», preguntó Nualo.

Mena miró a su hermano, a Leeka. Tragó saliva. «Aliver... el primero de nosotros en nacer... ha muerto...»

Sonrojada, con los labios temblándole, continuó. «Nuestro enemigo lo mató. Por eso os he llamado. Antes de morir, Aliver me dijo que sólo vosotros podíais...»

Los santoth no la dejaron acabar. Pidieron prueba de la muerte del primero en nacer. Mena les dijo que su cuerpo estaba cerca de allí. Inmediatamente, los hechiceros flotaron en esa dirección. Sabían cómo encontrar el cuerpo de Aliver sin necesidad de que se los guiara.

Incapaz de hablar, sin saber por dónde empezar, Leeka no se movió. Nadie más lo hizo tampoco, salvo para mirarse a la cara uno al otro. Finalmente fue Dariel quien rompió el silencio, diciendo, con una sombra un tanto forzada de su humor habitual:

—He preguntado esto antes, y volveré a intentarlo en esta situación... ¿Tenemos un plan?

Mena no tuvo tiempo para responder. Los santoth ya estaban de regreso, deslizándose en las mismas posiciones en que habían estado previamente. Leeka a duras penas consiguió seguir la conversación que Mena había empezado a mantener con ellos. Tan copioso fue lo que fluyó entre ambas partes, compuesto no sólo de palabras sino de otros pensamientos que no cobraron forma verbal. Si bien Leeka se perdió en él, Mena consiguió orientarse a través del aluvión de información que flotaba entre ella y los santoth. Éstos admitieron que habían sentido la muerte de Aliver cuando sucedió. Lo habían sabido en el momento en que se cortó la conexión entre ellos, aunque habían esperado que no fuera así. Habían creído a su hermano cuando prometió liberarlos. Eso sólo podía hacerlo él porque era el primero de su generación y un descendiente directo de Tinhadin. Querían saber cómo podía haberse permitido perder la vida con la promesa que les había hecho a ellos todavía por cumplir.

Mena no respondió a eso; Aliver simplemente lo había hecho. Preguntó si no podía volver a vivir, empero. ¿No podían devolverlo a la vida? Pero Nualo, ahora hablando por los demás, dijo no, no, no. Ellos no podían restaurar la vida. Elenet



nunca había aprendido cómo lograrlo. La Donante había protegido ese conocimiento por encima de todo lo demás, y se había ido sin llegar a pronunciar nunca las palabras. Podía ser que ni siquiera hubiese palabras para restaurar la vida, no a alguien muerto de verdad, sin que mediara ninguna clase de hechicería en su muerte.

«Entonces haced lo que podáis —dijo Mena—. Ayudadnos a derrotar a los meins. En este preciso instante vienen a por nosotros. Mirad, si no me creéis. Ya llegan».

Nualo y los otros se volvieron en la dirección que ella señalaba. Era cierto. El ejército meinish se aproximaba, pareciendo más numeroso que el día anterior; llegaban a paso de marcha para concluir lo que habían empezado. Mirándolos, Leeka se dio cuenta de cuán completamente derrotados estaban. Podría haber esperado que las formas gigantes en el cielo los hubieran puesto nerviosos, pero los meinish avanzaban como si nada hubiera sucedido. Leeka sintió que el corazón colectivo de sus tropas se les caía a los pies. El fin avanzaba hacia ellos. Estaba a escasos minutos de distancia.

«No podemos —dijo Nualo—. Sólo haríamos daño».

—¿Como si ellos no estuvieran planeando hacer precisamente eso? —dijo Dariel, pero no había humor en ello, especialmente teniendo en cuenta lo discordantes que sonaban las palabras habladas en compañía de los santoth.

En una cápsula de pensamiento compartida, Nualo explicó que la lengua de la Donante siempre era engañosa. Los hombres no habían sido hechos para poseerla. Nunca deberían haberla estudiado. El poder que ostentaban era una cosa peligrosa incluso en las mejores circunstancias, incluso cuando habían tenido *La canción de Elenet* para leer de ella. Daba igual cuál fuera el bien que se proponían, porque de una manera u otra siempre acababa corrompiéndose. Tinhadin no los había expulsado sin razón. Ahora ningún santoth quería tentar a los peligros de utilizar su conocimiento para la violencia. Si empezaban, no podían decir dónde acabaría la cosa.

«El príncipe sabía que no podríamos hacer nada sin antes estudiar *La canción de Elenet* —dijo Nualo—, así que...»

—¿Por qué estamos teniendo esta discusión? —lo interrumpió Dariel. Levantó la vista y escrutó el extremo norte del terreno que se extendía ante ellos, ahora repleto de meins, y que resonaba con sus cánticos y sus mofas. Volviendo nuevamente la mirada hacia los santoth, retuvo sus palabras con una boca rígidamente apretada y se comunicó con ellos del mismo modo en que lo hacía Mena. «¡Aliver está muerto! Ese ejército viene para aniquilarnos. Los veis, ¿verdad? ¡Explicadme cómo esperáis salir del destierro si morimos! No os queda ninguna esperanza, y vosotros lo sabéis».

Nualo centró toda su atención hacia el menor de los Akaran. Una arruga se formó en la frente del santoth y se deslizó hacia abajo a través de su globo ocular, y cambió la forma de su nariz y torció una de las comisuras de sus labios antes de que él se la

tragara. Leeka sabía que esa arruga era una expresión de ira, de desesperación, y una señal de lo difícil que era para aquellos desterrados habitar el mundo físico. «No sabes lo que estás pidiendo», oyó decir a Nualo. Observándolo, Leeka creyó que estaba diciendo la verdad.

Exasperado, Dariel se volvió y partió en dirección a los meins, gritando para que otros hicieran lo mismo. Recogió sus cosas cuando pasó ante su tienda. Unos pocos le respondieron, pero Mena no apartó la mirada de Nualo. «Puede que él no lo sepa —dijo—, pero tú sí que lo sabes. Te llamé y acudiste. No has venido aquí para no hacer nada, ¿verdad? Ahora haz lo que puedas. Después, cuando el mundo esté en paz, encontraremos *La canción de Elenet*. Volverás a ser capaz de hablar puro. Entonces podrás remediar cualquier mal que hayas causado».

Nualo y los demás se lo quedaron rumiando por un tiempo. Ahora sus caras cambiaban aún más deprisa; arrugándose, transformándose, llenándose de señales, pelándose y curándose después; sus rasgos eran cambiantes y faltos de permanencia. Estaban nerviosos, enfadados, hambrientos. Sí, estaban hambrientos, también. Hablaban entre ellos.

Leeka oyó el estruendo de la batalla que se iniciaba. Sintió el tirón que quería llevarlo en dirección a ella. No podía dejar que Dariel muriera sin él. Se volvió y había empezado a irse cuando oyó decir a Nualo: «Otros han cometido el error de creer que el bien viene del mal. No es así. Hoy nada será distinto».

Leeka siguió andando. Puso la mano sobre su espada y sintió los contornos de la empuñadura en los dedos. Sabía que había más emanando de los santoth, empero. Sabía cómo percibir la ira, sabía cómo impulsaba a las personas a la acción, y la sentía latir con una creciente intensidad detrás de él. Lo iban a hacer. Por muy grandes que fueran su sabiduría y su deseo de paz, en el fondo seguían siendo humanos. Se encolerizaban contra su destino. Lloraban la muerte de su salvador. Querían venganza. Y querían hacer la única cosa que les había estado negada durante generaciones. Querían abrir la boca y hablar.

«Pase lo que pase —dijo Nualo—, mantente detrás de nosotros. No nos sigas y no mires. Será mejor para ti si no lo haces».

Leeka aún estaba yendo hacia delante cuando los santoth pasaron junto a él. Uno de ellos hizo un ademán de un modo que empujó hacia atrás al viejo general, con tanta fuerza que casi lo derribó. También hicieron eso mismo a otros y a aquellos que tenían delante. Con rápidos movimientos de dedos y manos iban cogiendo a soldados que se hallaban en el centro de la refriega y los llevaban hacia atrás, apartándolos de los meins. Leeka vio a Dariel aparentemente agarrado por la cabeza e impulsado a lo largo del suelo, para acabar sentado sobre el trasero al lado de donde esperaba su hermana. Mena lo ayudó a levantarse, y luego lo hizo volverse de espaldas a la batalla. Gritó para que los demás hicieran lo mismo.

—¡Nualo ha dicho que no había que mirar! —explicó—. Haced como dijo él. Pase lo que pase, no miréis.

Leeka sólo tuvo que dedicar unos segundos a considerar lo que se disponía a hacer. No llegó a sopesar la decisión. Tampoco pretendía faltar al respeto con su acto de desobediencia. Pero aquella mañana había despertado resuelto a morir, seguro de que iba a andar bajo la luz del sol por última vez. Ahora, puesto ante lo que iba a ser algo digno de verse, no podía volverle la espalda. Que fuera la última cosa que presenciaba, si así tenía que ser. Se apartó de Mena y Dariel, y de las espaldas estremecidas de las fuerzas acacias. Siguió a los hechiceros al seno de la batalla.

Estaba entre ellos mientras se desplegaban a través del campo de batalla, lo bastante cerca para ver que operaban con los ojos cerrados. Entonces sus labios se movieron. Hablaron. No, cantaron. Llenaron el aire con una melodiosa confusión de palabras y sonidos que se enredaban entre sí, cambiando y serpenteando continuamente. Su canción tenía una densidad física. Tonos musicales pasaron junto a Leeka rozándolo con un deslizamiento que podía ser oído, con una textura como los contornos erizados de crestas de la espalda de una serpiente. De vez en cuando, uno de los hechiceros movía una mano a través del aire, en un gesto tan lento como si quisiera sentir la sustancia del éter con las puntas de sus dedos.

Los meins retrocedieron, desconcertados, inseguros de qué hacer. Algunos de sus generales intentaron restaurar el orden y seguir adelante con el ataque, pero no tuvieron oportunidad de hacerlo. Todos los santoth atacaron en el mismo momento. Avanzaron sin romper sus zancadas extrañamente compuestas, pero cubrieron la distancia en saltos y sacudidas difíciles de medir. Mientras avanzaban no dejaban de gritar sus extrañas, incomprensibles palabras. Agitaban los brazos y batían el aire con ellos como locos acosados por demonios invisibles.

Leeka corrió para seguir con ellos. Se hallaba detrás de un santoth cuando éste fue hacia un grupo de soldados de rubios cabellos. Todos estaban listos para recibirlo, con los pies separados, las espadas sujetas en su presa de dos manos, los codos doblados. Pero con un barrido de su brazo el santoth despojó de la armadura, la ropa e incluso la piel a dos soldados. Éstos dejaron caer sus espadas y se quedaron quietos sin entender nada, las estriaciones de sus músculos faciales y sus tendones y sus cartílagos expuestos al aire, sus abdómenes abiertos tan completamente que los órganos interiores se escurrieron de ellos en un amasijo. El santoth los había dejado atrás antes de que cayeran, e hizo lo mismo con otros más allá.

Otro hechicero dio un puñetazo al aire, un movimiento extraño sin ningún oponente inmediato. Un segundo después un destacamento entero de soldados se licuó a cien metros de él. Cada uno se convirtió en miles de bolas de fluido grandes como guisantes agrupadas en forma humana. Las gotas cayeron al suelo, cada una estallando con el impacto, dejando la tierra llena de charcos de lluvia teñida de rojo.

Otro hechicero sopló su furia desde el fondo de su garganta con una fuerza que deformó el aire ante él y abrió un sendero ensangrentado tan recto como el de un peñasco que rueda ladera abajo quebrando cuanto encuentra a su paso.

En el espacio de unos pocos segundos todo había cambiado. Los meins huyeron en desbandada. Muchos de ellos tiraron sus armas y se arrancaron los cascos. Arañaban a sus compañeros de combate. En su histeria, algunos pisoteaban a otros. Empujaban y daban codazos, el miedo era dueño absoluto de sus actos. Estaba claro que habían sido completamente derrotados. Lo que fuese que estuvieran viendo en las caras de los hechiceros los llenaba de terror. Y los santoth iban tras ellos, persiguiéndolos, y su furia iba creciendo mientras lo hacían. Ahora se movían más deprisa, hacían grandes gestos, rugían más poderosamente. Pateaban el suelo con los pies, haciendo que temblara y oscilase su entorno. Losas de tierra se inclinaban hacia arriba, como si la corteza terrestre estuviera hecha de tablas y un sinfín de hachas estuvieran haciéndolas pedazos desde debajo, haciendo que los soldados dieran saltos mortales en el aire.

Leeka murmuró para sí que aquello no era posible. No podía ser. Lo refutó una y otra vez. No era posible, incluso si todo ello le resultaba íntimamente familiar. Era afín a su período de fiebre, cuando había ardido con pesadillas entre aquel montón de cadáveres en la cima de la altiplanicie del Mein. Las imágenes de devastación que habían estado presentes en su mente entonces eran muy parecidas a las que lo rodeaban ahora. Pero aquellos sueños no habían sido reales. Eran ilusiones. Leeka quería creer que estas visiones también eran tretas de su mente. No debería aceptarlas, no podía confiar en ellas. Si había que dar crédito a sus ojos, el mundo era un mural pintado sobre un lienzo muy frágil. Podía ser hecho jirones. Según sus ojos, los desgarrones podían abrirse paso a través del cielo y adentrarse en la tierra y a veces incluso rasgar la carne de aquellos que se veían atrapados en su curso. Esas cicatrices curaban tan deprisa como empezaban, pero la imagen y el sonido que las acompañaban eran de un horror asombroso. Y, si sus ojos no mentían, el cielo había empezado a derramar un diluvio de horrores serpentinos. Gusanos, serpientes, ciempiés del tamaño de pinos ancianos, criaturas como anguilas subidas de las negras profundidades de algún gran océano: todas esas cosas caían ruidosamente sobre el suelo. Se retorcían y se contorsionaban, lanzando por los aires a las legiones mein, aplastando hombres. Las bestias rodaban sobre sí mismas y se erguían con soldados reducidos a la delgadez de hojas de papel pegados a sus costados. Y Leeka sabía que sus ojos no estaban viendo lo peor de todo. Los verdaderos horrores, estaba seguro, se hallaban justo en los límites de su campo visual, justo fuera de su capacidad para centrar la mirada. Daba igual que girara la cabeza de un lado a otro, y que sus ojos corriera frenéticamente en todas direcciones. Aun así, nunca veía el espanto absoluto que sentía que estaba justo más allá.

Divisó a uno de los santoth, inmóvil, con la boca abierta en su canción. Era Nualo. Leeka fue hacia él. Se aproximó todo lo que se atrevió y se detuvo jadeante, fatigado como no lo había estado nunca antes en la vida, exhausto debido a algo más que el mero esfuerzo físico. «Estar cerca de la magia es muy duro para los vivos», pensó. «Una fuerza semejante es...»

Nualo se dio la vuelta. No fue un movimiento repentino, sólo una lenta rotación que pareció ser iniciada por sus ojos, con su cabeza y el resto del cuerpo siguiéndola. Paseó la mirada por el campo de batalla que dejaba atrás. Leeka nunca había imaginado tal furia. Los ojos del santoth contenían una feroz intensidad que temblaba como si todo aquel caos estuviera reflejado dentro de ellos. Rugían sin sonido.

«Corrompida. Una fuerza así está corrompida». Leeka oyó aquellas palabras dentro de su cabeza, y supo que Nualo las había puesto allí para completar su pensamiento inacabado. «¿Cómo vivís?»

Mirándolo a los ojos y sabiendo lo que se retorció y desgarraba y gritaba por todas partes alrededor de él, Leeka no pudo responder a la pregunta. Sentía como si hubiera sido arrancado del orden normal del mundo y observado todo aquello desde un espacio dentro y fuera de él al mismo tiempo. Se le estaba permitiendo presenciar aquello, seguir con vida a través de ello, pero ni siquiera podía empezar a explicar cómo y por qué podía ser posible algo así.

Posteriormente no estaría seguro de lo que había visto. Una parte tan grande de su recuerdo del día sería un rompecabezas de lo imposible hecho pedazos. Pero había una cosa que sabía con certeza. El poder que observó entonces era aterrador no sólo por la destrucción que causaba sino por lo completa y absolutamente malévolos que llegaba a ser. Su intención podía no haber sido concebida con maldad, cierto. Nualo y los otros santoth no eran malignos en sí mismos. Incluso la rabia que los impulsaba tenía sus raíces en un profundo amor por el mundo, en un anhelo de poder volver a unirse a él. Pero el poder al que estaban dando rienda suelta poseía su propio ánimo arrebatador. Si el lenguaje de la Donante había sido todos aquellos años de creación, y si ese acto creador había sido un himno de amor que cantaba el mundo dándole existencia sobre una música que era la urdimbre de la misma existencia, y era, como mantenían las leyendas, inmensamente maravilloso de contemplar... de ser así, entonces lo que estaban liberando los santoth ahora era todo lo contrario. Su canción era un incendio que consumía el mundo, un hambre que no nutría a la creación, sino que la devoraba.

«La corrupción —pensó Leeka— ni siquiera empieza a explicarlo».

Nualo tuvo que haber oído aquello, pero no respondió. Se dio la vuelta, disgustado e impaciente. Una vez más dio rienda suelta desde la caverna de su boca a gritos que rasgaban el aire. Avanzó; sus brazos azotaban el mundo ante él para dejarlo convertido en cintas hechas jirones.

Leeka hizo aquello que ahora creía que le correspondía hacer. Corrió para no quedarse rezagado. Corrió para poder ser un testigo, de manera que alguien supiese, de manera que si alguna vez llegaba el momento, alguien fuera capaz de prestar testimonio acerca de la razón por la que los creados jamás deberían apropiarse de los poderes del creador.



Corinn tuvo que recurrir a toda su capacidad de concentración para que su mirada sobrevolara sin ver toda la sangrienta carnicería de la que se había llenado el palacio. Intentó mantener los ojos vacíos, desinteresados, dejando que los cadáveres esparcidos por el suelo, las paredes manchadas de sangre, y los restos desperdigados y hechos pedazos permanecieran vagos, definidos justo lo suficiente para que a sus pies les fuera posible moverse entre ellos. Se centró en objetos corrientes en la distancia, murales al final de los pasillos, marcos de puertas, unos cuantos ladrillos seleccionados en las paredes. No tardó en encontrarse planeando cómo se encerraría con llave en su habitación hasta que la limpieza hubiera sido completada, hasta que cada señal e imagen de la matanza que ella había orquestado hubiera sido eliminada de los suelos y las paredes y lavada de las telas. Enviaría a Rialus a la parte baja de la ciudad diciéndole que reclutara para la tarea a los campesinos acacios allí acurrucados. Les pagaría con libertad, con privilegio, con su amor y palabras de agradecimiento. Volvería a infundirles el orgullo por el imperio acacio. Habría mucho que hacer, pero todas esas cosas vendrían más tarde. Primero, tenía que recorrer esos pasillos y completar una tarea más.

Encontró a Rialus esperándola. Hacía un rato, cuando un soldado numrek regresó para informarla de que el palacio estaba controlado, Rialus había comparecido ante ella para evaluar la situación. Ahora parecía inquieto. Su lengua demostró ser veloz, no obstante, y empezó a hablar antes de que Corinn hubiera llegado hasta él, expresando su asombro ante la facilidad con que había caído el palacio. El plan de Corinn había funcionado a la perfección. El palacio ya se hallaba en su poder. La parte baja de la ciudad estaba a buen recaudo y temblaba. Podía haber unos cuantos meins escondidos en las áreas de la servidumbre y en la ciudad, pero los numreks los estaban cazando puerta por puerta. Los sacerdotes que protegían a los tunishnevre habían resultado ser de lo más obstinados. Se habían aferrado a los sarcófagos hasta que fueron arrancados de ellos y se les dio muerte sin mayor dilación. Algunas familias nobles fueron capturadas cuando intentaban zarpar de los puertos, y sus yates cargados hasta los topes con cuanto podían transportar. Unas cuantas embarcaciones habían conseguido huir. Los numreks, no siendo un pueblo marinerero, no...

Corinn lo interrumpió.

—¿Dónde está él?

Rialus no necesitó preguntar a quién se refería.

—En la cámara ceremonial, tal como ordenasteis.

Mientras andaban, Rialus continuó hablando, detallando lo que había sabido acerca de la batalla. La mayor parte de ella había ido tal como imaginaban los numreks. Su aparición por sorpresa había creado un caos instantáneo. Los primeros en morir habían sido dos mujeres meinish cuyas cabezas habían girado por el aire antes de que hubieran tenido tiempo de pregonar su alarma. El grueso de lo que siguió fue pura carnicería. Los guardias meinish lucharon con bastante valentía, suponía Rialus, pero fueron abatidos de uno en uno y de dos en dos. Pocos de ellos habían logrado organizar una respuesta mínimamente cohesionada. Había habido una gran escaramuza en el patio principal del nivel superior, donde el batallón palaciego había concentrado sus esfuerzos. Los numreks agradecieron la diversión.

Hanish estaba en la cámara ceremonial cuando empezó el ataque, pero corrió fuera de ella para responder. Él y un grupo de punisaris mantuvieron el patio inferior hasta el último momento, tratando de bloquear la entrada a la cámara de los antepasados. Los numreks los habían rodeado, acometiéndolos con su superioridad numérica y cebándose en ellos como matarifes que sacrifican reses en un matadero. Los punisaris no se lo habían puesto fácil. Eran los mejores hombres con que contaba Hanish, esbeltos y musculados, capaces de cortar incluso el carnosos brazo de un numrek. Cada uno de ellos había bloqueado y atacado, borrones de movimiento que no mostraban ninguna señal de fatiga, muchos de ellos blandiendo dos espadas al mismo tiempo. Habían combatido en una formación circular, apiñándose cada vez más cerca unos de otros, conforme iban cayendo. Ninguno de ellos había insinuado el mínimo gesto de rendición. Hanish no dejó de hablar a sus hombres durante todo el tiempo. Pocos numreks, empero, sabían más lengua que la suya. Como consecuencia, ninguno pudo contar a Rialus lo que el caudillo meinish había dicho a sus hombres mientras ellos, y todo aquello por lo cual habían luchado, morían.

—Lástima —dijo Rialus—. Me habría gustado oír qué pensaría de la situación. Una pequeña sorpresa, me imagino. No lo que él tenía planeado cuando despertó...

Los dos últimos punisaris que quedaban en pie junto a Hanish fueron los más difíciles de eliminar. Habían llegado a tal extremo de furia guerrera que hacía casi imposible que ninguno de los golpes lanzados por los atacantes diera en el blanco. Finalmente uno de ellos fue abatido después de que su pierna hubiera quedado cortada a la altura de la rodilla. Cayó y, mientras trataba de incorporarse mediante el uso del muñón por el que manaban chorros de sangre, pasó a ser presa fácil. El otro fue alcanzado a través de la nuca por una lanza numrek, una herida que, a juzgar por su aspecto, le cortó la espina dorsal y dejó inmóvil su cuerpo instantáneamente.

Después de esto, Hanish había hecho cuanto estaba en su mano para luchar hasta



la muerte. En algún momento se dio cuenta de que los numreks no trataban de matarlo. Dejando de luchar, bajó su espada para moverla después en lentos círculos, manteniéndose a la espera. Cuando ninguno de los enemigos atacó, empuñó su daga ilhach y se habría cortado el estómago si los numreks no hubieran empezado a forcejear con él antes de que se dispusiera a hacerlo. Eso también tuvo que ser un espectáculo de lo más extraño, con una horda de soldados armados hasta los dientes tirando sus armas y esforzándose en someter por la fuerza a un hombre que estaba resuelto a poner fin a su vida, todo eso cuando ellos mismos estaban cubiertos con la sangre resultante de unas cuantas horas de carnicería. Rialus admitió que los numreks habían maltratado a Hanish, pero él no les había dejado mucho donde elegir. Aún vivía. Estaba atado como había ordenado ella y la esperaba en la cámara.

Cuando Rialus pareció haber agotado su conocimiento del día, se dio la vuelta y estudió el perfil de Corinn.

—Princesa, esto es una obra de genio, de simplicidad. En cuanto el palacio haya sido limpiado, el mundo se inclinará ante vos y vuestra hermosura. Olvidarán el derramamiento de sangre que ha tenido lugar aquí. —Titubeó un momento, la lengua asomando de los labios para humedecerlos—. De todas las sorpresas que habéis ingeniado, ninguna me resulta más reveladora que la que sois vos misma. Rezo porque nunca encontréis razón para retirarme vuestro favor.

Algo en aquel elogio conmovió a Corinn. Sintió que se le subían los colores alrededor de los ojos, un hormigueo sugeridor de que las lágrimas no andaban muy lejos. Se apresuró a hablar:

—Gracias, Rialus. Me has sido de gran ayuda. No olvidaré lo que has hecho.

Corinn dejó al embajador de pie a la intemperie fuera del corredor que conducía a la cámara que ahora alojaba a los tunishnevre. Se armó de valor por un instante y sacó la única arma que llevaba consigo. Pasó junto a los numreks, agrupados alrededor de la entrada, y entró en el oscuro corredor con un paso resuelto modelado inconscientemente sobre el porte esculpido en piedra de Maeander. En cuanto la cámara se desplegó a su alrededor, sintió el hervor de vida incorpórea en el aire. Trató de ignorarlo, yendo a través del enorme espacio del lugar sin mostrar ninguna señal exterior de incomodidad. Eso requirió un considerable esfuerzo por su parte. Si el aire pudiera arañar como garras, el de aquella estancia la habría hecha pedazos. Si gritos silenciosos pudieran consumir la carne, habría sido comida viva. Todos sus instintos le decían que diese media vuelta y echara a correr.

Pero no lo hizo. Fue abriendo su progreso con la punta de la barbilla. Mostrar orgullo, incluso ante los no muertos, ahora le parecía de la mayor importancia.

Hanish colgaba suspendido sobre la piedra de Scatevith. Sus brazos estaban atados por encima de él, sujetos por las muñecas, y la cabeza le colgaba hacia delante tan flácida como la de un cadáver. Estaba desnudo de cintura para arriba, el pecho

festoneado de morados y abrasiones. De un corte bajo su axila manaba un reguero de sangre, como óxido, que recorría toda la distancia hacia abajo hasta perderse dentro de sus pantalones. También estaba atado por los tobillos, de tal manera que si intentaba moverse sólo sería capaz de retorcerse en el aire pero no de lanzar una patada. Uno de sus pies sobresalía en un ángulo extraño, roto. Lo más horrible, con todo, quizá fuera su pelo. Había sido cortado por espadas numrek, dejándole la cabeza desigual, llena de calvas, y con el cuero cabelludo expuesto en algunas partes.

Una parte de Corinn quería volar hacia él, agarrarlo alrededor del torso y levantar su peso y encontrar alguna manera de bajarlo de allí y suplicarle perdón. Quería ponerse a mirar por el suelo en busca de mechones de sus rizos color paja y volver a colocarlos en su sitio. Parecía inconcebible que Hanish, el caudillo del Mundo Conocido, pudiera haber quedado reducido a semejante estado en el espacio de unas pocas horas. ¿Era así como operaba el mundo? ¿El modo en que ella tenía el poder de afectarlo?

Mientras se aproximaba, intentó evitar que ninguna de esas preguntas o emociones se hiciera visible en su rostro. Este hombre la habría matado. El orgullo, pensó, desprecia a la incertidumbre. Empezó a hablar tan pronto como la cabeza de él se levantó y sus ojos la encontraron.

—Había pensado entrar aquí con un arco y una aljaba bien llena de flechas —dijo—. Pensé que podía clavarte a la pared, desplegado igual que un blanco. Te acuerdas de lo buena tiradora que soy, ¿verdad? Te habría hecho ir nombrando uno por uno los puntos donde querías que pusiera cada flecha.

Hanish parpadeó, como si tuviera dificultades para verla. Gotas de sangre caídas de sus muñecas le habían salpicado la frente. Parecía aturdido, como si pudiera no estar del todo consciente. Pero entonces dijo:

—Una en mi corazón habría bastado.

Corinn torció la boca, haciendo de ella un nudo que mantenía ocultas sus emociones.

—Nunca lo había pensado antes —continuó Hanish—, pero ahora veo por qué eras tan diestra en la arquería. Matas mejor desde una cierta distancia; Puedes disparar una flecha manteniéndote escondida, desde un lugar seguro. Ahora puedo ver por qué ese deporte te resultaba tan apropiado.

¿Un lugar seguro? Corinn no había encontrado nunca un lugar seguro. Planeaba hacerlo, sin embargo. Alzó la daga y la sostuvo lo bastante arriba para que él pudiera verla.

—Y sin embargo estoy aquí con tu hoja en la mano. Vas a morir encima de ella.

Hanish sonrió; tenía los dientes marrones por la sangre.

—¿Así que todo esto es tu venganza personal? Se te menospreció, y a causa de ello ordenaste que mataran a miles de personas. ¿Sabes qué hace eso de ti? Te hace

igual que yo, o tal vez peor que yo.

Yo no soy como tú, quiso decir Corinn. Pero temió que la voz pudiera temblarle en torno a las palabras, sugiriendo cosas que ella no deseaba sugerir. Se atuvo al libreto que había planeado.

—Antes de que mueras deberías saber todos los modos en que has fracasado. Para empezar, lo has perdido todo a manos de mí, tu concubina. Absolutamente todo. He extirpado el corazón de tu imperio. Incluso si el ejército de tu hermano muerto derrota al ejército de mi hermano muerto, eso no podrá cambiar lo que yo he hecho aquí.

Sintió que empezaba a entusiasmarse con sus palabras. Decírselas la había hecho sentirse mejor de lo que se había sentido en muchos años. Subió los escalones de granito que llevaban a la piedra de Scatevith, sintiendo a cada paso la importancia ceremonial de la plataforma, las hileras como celdillas de una colmena de los tunishnevre por todas partes alrededor de ella, su energía tan palpable en el aire como electricidad. Costaba no sentir que los sarcófagos iban a empezar a abrirse uno por uno, y que los cadáveres resecos que había en ellos se verían súbitamente animados por su propio odio.

Mientras hablaba estudió el cuenco tallado en piedra que Hanish había planeado empapar con su sangre.

—Ya hay botes surcando el mar en todas direcciones, cada uno de ellos un heraldo del cambio. Los pájaros mensajeros alzarán el vuelo desde aquí en la próxima hora. Contarán a todo el Mundo Conocido que Hanish Mein está muerto y que Acacia vuelve a estar en manos akaranas. Además, tus tunishnevre nunca volverán a andar sobre la Tierra. Si ésa era la razón por la que has vivido tu vida, debes saber ahora que has fracasado en ello.

Hanish se chupó los dientes y luego escupió; fue un gesto lleno de desgana que le dejó una manchita de saliva en el mentón.

—Debería haberte encadenado en cuanto supe lo que tu hermana le había hecho a Larken. Debería haber comprendido que las mujeres Akaran eran más letales que los hombres.

Ella se aproximó un poco más, con la daga sostenida lo bastante arriba, lo bastante cerca, para que fuese una amenaza para la piel amoratada de él, a no más de un rápido tajo de distancia de sus costillas y sus músculos mantenidos en tensión por las ataduras.

—¿Es ésa la razón por la que vosotros los meins no dejáis combatir a vuestras mujeres? —preguntó—. ¿Les tenéis miedo?

—Debería haberte encadenado —repitió Hanish, clavando sus ojos grises en los de ella—. Pero te amaba demasiado. Esa cosa, el amor, es lo que debería haber temido realmente. Ahora ambos vemos por qué.

—Ahora ya no puedes conquistarme —dijo Corinn, aunque las palabras no salieron de sus labios con el tono cortante que deseaba. Le sudaban las manos. La empuñadura de la daga se había puesto resbaladiza contra su palma. De pronto quiso dejarla en el suelo, sólo por un segundo, para poder limpiarse el sudor de la piel. «¿Cómo puedo sentir algo por este hombre incluso ahora?», pensó.

La vida parecía estar huyendo de dentro de Hanish con cada espiración. Dejó que la cabeza volviera a inclinársele hacia delante, un tenue gemido reverberando en el interior de su garganta. Preguntó lentamente, con pausas para permitirle inhalar o exhalar:

—¿Te importaría matarme ahora? Hazlo por mí. Mis antepasados tienen cosas que desean decirme... directamente. Nunca te dejes esclavizar por el pasado, Corinn. Los muertos buscan ser una carga para nosotros... distorsionar nuestras vidas tan irreparablemente como ellos distorsionaron las tuyas. No dejes que lo hagan. —Con eso se quedó callado. Su respiración era regular pero laboriosa; sus pulmones se debatían a cada momento contra la presión que ejercía sobre ellos su cuerpo suspendido. No estaba claro si todavía se hallaba consciente.

El cuchillo, sostenido en alto, relucía con la luz de las pocas lámparas de aceite que seguían intactas. Corinn lo alzó y miró más allá de él hacia el pecho de su antiguo amante, su cuello, su musculoso abdomen. ¿Dónde clava uno un cuchillo? Ningún lugar parecía apropiado. Todas y cada una de las porciones de Hanish le eran demasiado familiares. Demasiado a menudo había estrechado ese pecho contra el suyo, deslizado los labios sobre esa piel y escuchado ese corazón latiendo dentro de esa caja hecha de costillas. En cierto modo, sabía Corinn, una parte de ese corazón latía aún dentro de ella, pequeño, discreto, creciendo poco a poco. No había lugar alguno en Hanish donde ella pudiera clavar su hoja. En vez de eso, hizo otra cosa, algo que no había sido consciente que hubiera llegado a considerar siquiera como una opción.

Apretó el afilado borde de la daga contra la palma de su otra mano. Ésta cortó fácilmente la carne hasta el hueso, sin ningún auténtico dolor. Apartando la hoja, Corinn cerró en un puño la mano herida y lo sostuvo en alto por un instante. Hilillos carmesíes rezumaron de entre sus dedos, deslizándose dubitativamente sobre su mano.

—¿Sabes qué? —susurró. Quería que él la oyera, pero esperaba que no levantara la vista, esperaba que las palabras entraran en su mente inconsciente, no muy segura de que fuera capaz de decirlas mirándolo a los ojos—. Espero un hijo tuyo. ¿Te lo puedes creer? Has engendrado al futuro rey de Acacia. —Se inclinó y puso la palma ensangrentada dentro del recipiente destinado a recibirla, dejando una huella borrosa que la piedra chupó con la avidez de una esponja—. Lo criaré bien, para que crezca como un acacio. Que eso sea una alegría o un castigo depende de ti. Pero tú, y tus

antepasados, no tendréis ni voz ni voto en el destino de este niño.

No estuvo segura de si oyó cómo Hanish la llamaba mientras ella se daba la vuelta y descendía de la piedra. Habría podido, pero el aire se hallaba demasiado lleno de otros sonidos. A lo mejor hubiera debido entonar ciertas palabras de cierta manera. Quizá debería haber hablado el lenguaje escrito en *La canción de Elenet*, aquel volumen escondido que pronto empezaría a estudiar. Seguramente, no lo había hecho del todo bien. Pero había hecho aquello que importaba. Acababa de ofrecer su sangre, voluntariamente, en perdón. En los primeros instantes que siguieron a ese acto, el aire se llenó con un millar de gritos que Corinn podía haber oído o no, protestas de aquellos antiguos no muertos porque se les hubiera negado su segunda oportunidad de vivir. Pero no duraron mucho. Dentro de sus ataúdes, percibió Corinn, los antiguos cuerpos de los antepasados de Hanish renunciaron por fin a su largo purgatorio. Se hicieron polvo, y los espíritus aprisionados en ellos se unieron de nuevo al orden natural del mundo. Se unieron al misterio, ya no atrapados fuera de él, ya no una amenaza en ningún sentido para los vivos.

Cuando volvió a salir a la luz del sol, encontró a Rialus mirando hacia el Sur, lo bastante absorto en lo que fuese que estaba viendo para que no se percatara de su aproximación. Corinn siguió la dirección de su mirada. Cuando sus ojos se hubieron habituado a la claridad de las últimas horas del atardecer, distinguió el hervor de nubes que tan fascinado parecía tener al embajador. Había alguna clase de tormenta en el horizonte. Los cielos se estremecían con el poder que encerraba, llenos de colorido, centelleando con lo que tenían que haber sido relámpagos, aunque no se parecían a nada que ella hubiera visto nunca. Podría haber sido un espectáculo ominoso, pero cuanto más lo miraba ella, más convencida se sentía de que lo que quiera que estaba sucediendo allí se encontraba a mucha, mucha distancia. No iba a afectarlos.

Ya segura de ello, extendió la mano y tocó en el hombro a Rialus. Éste se volvió hacia ella; su rostro se desprendía de un juego de preguntas para pasar a adoptar otro. Viendo la sangre que goteaba de la mano de Corinn, preguntó:

—¿Estáis herida?

Corinn dijo que no lo estaba.

—¿Está hecho, princesa?

—No —respondió ella—. ¿Cómo podría matar al padre de mi hijo? Si lo hago, él me habrá arrastrado a su mismo nivel. Me habrá rebajado. Me bastó con mirarlo para saber que si hincaba esta daga a través de su carne, reviviría el momento una y otra vez durante el resto de mi vida. Nunca me vería libre de él. Vería a Hanish en el rostro de mi niño. ¿Entiendes? Sería mi señor, incluso en su muerte. Así que no pude hacerlo. —Apartó los ojos del hombrecillo, disgustada por la familiaridad que, según veía, empezaba a cobrar forma en ellos, sorprendida ante la facilidad con que aquella

confesión le había manado. Basta de debilidades. Dijo—: Así que en lugar de eso, Rialus, lo harás tú. Ten, utiliza su propia hoja contra él. Te doy esto como un regalo que te hago.

Rialus cogió el arma y la contempló, incrédulo: la astilla de metal curvada como una delgada luna. Sus ojos fueron de la hoja a Corinn y luego nuevamente a la hoja. Hubiera podido ser un tratante en artefactos meinish, tal fue la concentración con la que su mirada recorrió las letras grabadas en el cuello y a través de la compleja labor del metal de la guarda y hacia abajo por los contornos de la empuñadura. Pero Corinn, estudiando la lenta evolución del pensamiento detrás de sus facciones supo que su mente no estaba concentrada en los detalles del arma. Estaba haciendo un nuevo repaso de su larga lista de agravios inferidos por Hanish. Estaba recordando todas las maneras en que había sido menospreciado, postergado y utilizado a lo largo de los años.

Estaba pensando en lo impotente que se había visto siempre y lo mucho que anhelaba vengarse.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó ella.

—¿Está... amarrado? —preguntó Rialus.

Corinn dijo que Hanish no le crearía problemas. Estaba amarrado. Estaba esperando. Con un asentimiento de cabeza, Rialus se dio la vuelta y echó a andar en dirección al pasaje.

—Sí —dijo, su voz apenas audible—, puedo hacerlo, princesa, si es eso lo que queréis. —Avanzaba con pasitos vacilantes; en aquellos momentos era un hombre aturdido por un golpe de suerte tan absoluto que nunca lo había imaginado y aún dudaba de él.

En cuanto el embajador hubo sido engullido por las sombras, Corinn se volvió nuevamente hacia el caos que tenía lugar en el sur de los cielos. Nunca había visto nada semejante. Había furia en ello, pero quedaba apagada por la distancia. Lo más notable era su belleza: la manera en que las alturas parecían arder con un fuego líquido, bailando con colores de los que ni siquiera podía recordar los nombres. Con colores que ella no estaba segura que hubiera visto nunca. No pudo evitar tener la sensación de que todo aquel espectáculo había sido concebido exclusivamente para ella, que de alguna manera indicaba el cambio en el mundo que acababa de orquestar. Ojalá hubiera sentido más alegría de la que estaba experimentando, más alivio, más consuelo, pero algo en lo que estaba viendo la llenaba de melancolía. No. Se aseguró de refutar lo que había dicho Hanish, empero. Estaba equivocado. Ella no se le parecía en nada.

—Soy mejor que tú. —Dijo aquello en voz alta, aunque no había ningún cuerpo alrededor de ella, nadie más que ella misma a quien convencer.

Fin del libro tercero



## Epílogo

La tarde era fría, ventosa y con el cielo lleno de nubes bajas, el mar que rodeaba Acacia, desolado y surcado por blancas cabrillas. El cortejo conmemorativo salió del palacio por la puerta oeste y siguió el camino que llevaba a la Roca de la Ensenada. Iban por los tortuosos riscos, una larga y delgada línea de afligidos. Las colinas que los rodeaban descendían hacia valles que se precipitaban en las aguas grises del final del otoño. Mena avanzaba cerca de la cabeza del cortejo, con los hermanos que le quedaban y los restos, pequeños y reunidos apresuradamente, de lo que pasaba ahora por la aristocracia del imperio acacio. Detrás iba un carro que transportaba dos urnas de cenizas. En una estaban las de Leodan Akaran. Thaddeus Clegg las había mantenido escondidas en secreto durante todos aquellos años. En la otra urna estaban los restos de Aliver Akaran, un muchacho que se había convenido en un líder que se recordaría siempre, un príncipe que nunca llegó del todo a ser un rey.

Habían transcurrido casi diez años desde la última vez que Mena fue por aquella ruta. Aún recordaba la ocasión anterior, cuando cabalgó con su padre y todos sus hermanos. En aquel entonces no habría podido imaginar la muerte de su padre o la de Aliver o las vidas tan extrañas y diversas que habían vivido entre aquellos dos terribles acontecimientos. Mientras avanzaba en silencio, no pudo evitar acordarse de la niña que había sido antaño. Mirando el plumaje que punteaba el paisaje, recordó que hubo un tiempo en que le daban mucho miedo las acacias. El pensamiento ridículo habría parecido ridículo —un árbol sólo es un árbol— de no ser porque ella sabía que había reemplazado aquellos antiguos temores infantiles por unos de nuevos.

Ahora lo que le daba miedo eran sus sueños. En ellos demasiado frecuentemente volvía a enfrentarse con Larken, la primera de las muchas vidas que había llegado a arrebatarse. La experiencia siempre era muy parecida al acontecimiento que había sido en realidad: ella llena de certeza, moviéndose alentada por un firme propósito, capaz de cortar la carne de Larken sin sentir ninguna sombra de remordimiento. Pasaba lo mismo con sus ensoñaciones de las batallas libradas en Talay, especialmente la tarde después de la muerte de Aliver hacía tres meses, cuando ella había matado con un abandono tal que parecía como si no hubiera sido concebida para ningún otro propósito. Al despertar, los detalles de las muertes que había causado flotaban ante ella como cientos de retratos individuales, suspendidos entre su persona y el mundo. Sabía que esas cosas la perseguirían en los años venideros.

No era exactamente eso lo que había temido, empero. Lo aterrador era saber que en cualquier instante podía y volvería a matar. Realmente se había llevado consigo un



trozo de Maeben en su interior. Siempre estaría presente bajo su piel. Su regalo hecho de rabia.

No era la única que había salido de la guerra con unas cuantas cicatrices. Dariel andaba con paso cansino detrás de ella, Wren a su lado. La oven parecía sentirse incómoda con el atuendo formal que exigía la ocasión. Toda la vida había sido una incursora y aún lo parecía, sus articulaciones flexibles y su postura despreocupada de un modo que era ligeramente agresivo. Pero a Mena le caía bien y esperaba que en el futuro le trajera la felicidad a su hermano durante mucho tiempo. Dariel necesitaba que hubiera un poco de alegría en su vida. Aún tenía la risa fácil, y no había perdido su antiguo sentido del humor. Cuando sonreía mostraba una traviesa apostura, pero parecía considerarse el único responsable de la muerte de Aliver. Cuando creía que no lo miraba nadie, aquella carga se hacía visible como una capa de plomo que le pesara en el alma. Mena aún tenía que entregarle la *Confianza del Rey*. Dariel no estaba preparado, pero algún día lo estaría.

Otros no habían llegado a emerger del conflicto. Thaddeus Clegg se hallaba dentro del palacio cuando atacaron los numreks. Aparentemente había muerto en el curso de la carnicería ordenada por Corinn. Por qué estaba allí y si había estado cerca o no de encontrar *La canción de Elenet* eran dos cosas que quizá nunca llegarían a saberse. Corinn había llegado al extremo de poner en duda que realmente existiera el volumen. Dentro de un bolsillo próximo al pecho de Thaddeus había una nota diciendo dónde había escondido las cenizas del rey Leodan, que había mantenido a buen recaudo durante todos aquellos años. Era la única razón por la que ahora tenían los restos del rey.

El destino de Leeka Alain estaba envuelto todavía en más misterio. Unos pocos juraban que lo habían visto siguiendo a los santoth cuando éstos se apartaron de toda la destrucción que habían causado y volvieron a sumirse en el exilio. Si se podía creer a aquéllos, el viejo general corrió tras los hechiceros, envuelto en la gran confusión que los rodeaba. Quizá se había convertido en uno más de ellos. O quizá simplemente había sido vaporizado por su furia. En cualquier caso, no había quedado rastro de él en el Mundo Conocido, excepto la alta estima en que siempre sería tenido, el que fue jinete de rinoceronte.

Y el propio mundo no había sido el mismo desde que se dio rienda suelta a los santoth. Mena no podía señalar exactamente qué era distinto o cómo podía afectar eso al futuro, pero sabía que las ramificaciones de aquel horrendo día en Talay no habían quedado del todo atrás. Había momentos en los que aún podía sentir los desgarrones que abrieron en la estructura de la creación.

En otros parecía como si las frágiles costuras que mantenían unido al mundo amenazaran con romperse. El paso de los días había mitigado algo de la confusión en el aire, pero ésta no se había ido del todo. Los santoth habían liberado aquel día un

hechizo tras otro en el campo de batalla. No habían pasado más que unas horas tejiendo magia, pero ¿quién podía decir cómo cambiarían el mundo los residuos de la lengua deformada de la Donante?

Cuando subieron a la meseta que se prolongaba hasta los riscos, Mena vio cómo Corinn, que la precedía, miraba por encima del hombro. Pareció decidir ir más despacio de manera que Mena pudiese alcanzarla. Su hermana, qué gran revelación. Nada que ver con la chica a la que recordaba Mena. De hecho, sentía escaso afecto por ella. Había una conexión innata entre ambas, un vínculo escrito en la misma esencia de la sangre, pero parecía estar tan lleno de escollos que costaba mucho orientarse por él. Enterarse de que Corinn había recuperado Acacia de manos de Hanish Mein había sido una increíble sorpresa. El que hubiera hecho tal cosa con la ayuda de los numreks, y que hubiera forjado alguna clase de acuerdo con la Liga, dejó aún más atónitos a los Akaran más jóvenes. Ambos se habían sentido al mando inmediatamente detrás de Aliver. Habían estado librando la guerra, pensaban. Habían estado en el centro de todo el esfuerzo, o eso creían ellos. Descubrir que Corinn los aguardaba en una Acacia liberada, y que estaba innegablemente en el poder, con su propio ejército numrek y con toda una flota de navíos a su disposición... Mena aún tenía que encontrar una manera de aceptar todo aquello.

Todavía pensaba con inquietud en su reencuentro. Un acontecimiento que debería haber sido alegre en tantos aspectos era... bueno, Mena no estaba del todo segura de cómo categorizar la experiencia, pero no era lo que ella habría imaginado. Había transcurrido una semana desde que los santoth vaciaron el campo de batalla de cada soldado meinish visible. Mena y Dariel habían entrado en la ensenada de Acacia, los dos de pie en la proa del balandro que ella había tomado de Larken, para divisar la ciudad edificada en distintos niveles que había sido su hogar. Era lo único que recordaba de ella, en realidad, pero aun así fue una sensación extraña debido a todos los años que había pasado dudando de los detalles que recordaba de su pasado.

Detrás de ellos venía una flota variopinta que transportaba los restos del gran ejército. Aunque sabía de su cansancio, Mena se sentía impulsada por el peso de todas aquellas personas a su espalda, como si ellas fueran el viento que impulsaba la embarcación hacia los muelles. Eran triunfo. Y alivio. Y fatiga. También llevaban consigo la pena, pero ésta ya se había entremezclado inexorablemente con la victoria. Mena dudaba que fuera a sentir jamás verdadera alegría. Hasta el momento, la vida no se la había proporcionado, no como Mena la joven princesa, no como Maeben sobre la Tierra, no como la guerrera que blandía su espada en las llanuras talayas. Aun así, contempló con ojos llenos de expectación la isla que se aproximaba lentamente. Por fin estaba yendo a casa.

Atracaron y desembarcaron entre una multitud en plena celebración. El aire resonaba con la música de las flautas y los címbalos, perfumado por el incienso y

oliendo a carne asada, guisos en preparación y pescado que se freía. Corinn, les dijeron los dignatarios que fueron a su encuentro, los esperaba cerca. Y ciertamente, tras dejar los muelles y abrirse paso a través del gentío congregado reunido en la ciudad baja y arriba hasta la segunda terraza, no había manera de pasarla por alto. Estaba de pie en el primer rellano de la escalinata de granito, el tramo central que subía en dirección al palacio. Un numeroso séquito la flanqueaba. Era una pequeña muchedumbre de lo más variopinta que parecía estar compuesta por dignatarios y consejeros, con un contingente de oficiales numrek conspicuamente próximos a ella, como guardias personales. Aunque no llevaban ningún uniforme en concreto, todos iban vestidos de colores sanguíneos, tonos de carmesí, marrón y caoba. Mena sabía algo de cómo Corinn había tomado el palacio y derrotado a Hanish, pero la sorprendió que su hermana ya pareciera tener instalada alguna clase de gobierno.

Corinn era el eje alrededor del que giraba todo aquel arreglo. ¡Estaba realmente maravillosa! Mena recordaba que su hermana siempre le había parecido una auténtica belleza, pero la Corinn de ahora era todavía más impresionante de lo que había esperado ver. Llevaba un vestido de manga larga hecho con una tela que rielaba suavemente, de un color cremoso con una sombra de anaranjado. Su pelo había sido recogido en un complejo peinado, cintas entretejidas en un apretado moño, atravesado por un espolvoreo de agujas para el pelo y la pluma blanca de algún ave. Sus facciones estaban perfectamente formadas, delicadísimas; su seno y la curva de sus caderas se veían subrayados por los elegantes contornos del vestido. Sus brazos estaban sensualmente formados —esbeltos pero no abiertamente delgados o musculosos, como los de Mena—, y sus muñecas y dedos eran tan expresivos como los de una bailarina cuando los extendió en un gesto de saludo.

Claramente, su hermana esperaba que ellos subieran los escalones. Mientras lo hacían, Mena tuvo un pensamiento imperdonable. No sabía de dónde venía y pensó que sería una salida de tono de su mente fatigada por la guerra. Imaginó a Corinn sacándose una de aquellas agujas para el pelo e impulsándola hacia delante, un arma, un dardo envenenado. Cuán frustrante y mezquino, pensó, que semejante imagen le viniera a la mente en lo que hubiese debido ser un momento feliz. ¿Qué le pasaba?

Con esa pregunta en la mente mientras alzaba la mirada hacia el esplendor de su hermana, Mena se dio cuenta de lo que debía de parecer ella misma en comparación: medio desnuda en una falda corta y una túnica sin mangas, bajita y nervuda, con la piel del color del cuero, sus brazos y sus piernas inscritos con toda clase de cortes y abrasiones, y su pelo, una cascada en desorden. De pronto sintió la sal que cubría sus mejillas y la mugre en las arrugas de sus codos y la película de polvo y sudor en sus pies calzados con sandalias. Miró a Dariel. Gallardo como estaba con su camisa de incursor abierta y su piel bronceada por el sol, él también parecía más un rufián que un príncipe de Acacia. ¿Por qué no se les había ocurrido ponerse más presentables?

Corinn por fin empezó a descender hacia ellos para cubrir los últimos pasos. Extendió ambos brazos, con las palmas vueltas hacia arriba, la cabeza inclinándose hacia un lado, y los ojos cariñosos ahora.

—Bienvenidos a casa —dijo—, hermana mía, hermano mío. Bienvenidos, guerreros acacios.

Continuó hablando, palabras que parecían extrañamente formales, como si formaran parte de una acogida redactada de antemano, pensadas más para los espectadores que para Mena y Dariel. Corinn los atrajo a un breve abrazo y luego retrocedió y estudió cada uno de sus rostros por turno. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras lo hacía; un leve temblor estremeció sus carnosos labios. En todo lo que hacía se mostraba cortés, generosa y llena de amor, y sin embargo también había algo que parecía estar mal. Incluso cuando levantó la voz y pidió a la multitud que diera la bienvenida al hogar a «esta hija y este hijo de Acacia», y mientras les dirigía una sonrisa desde arriba entre la cacofonía de voces que respondió a su petición, Mena no pudo evitar tener la sensación de que tras aquella fachada llena de cariño Corinn no estaba nada complacida con lo que veía en ellos.

Así era como había sido todo entre ellos desde entonces. Mena no podía señalar ningún agravio específico por parte de Corinn. Sus palabras nunca eran crueles, nunca menos que apropiadas. Pasaban veladas enteras sentados ante las mejores viandas y los mejores vinos, hablando del pasado, todos ellos volviendo a conocerse uno al otro. Cabalgaban juntos igual que habían hecho de niños, y se sentaban juntos como una unidad para afrontar la mirada de desafíos que suponía recomponer el imperio. Dariel parecía confiar por completo en ella, lo bastante para que Mena nunca le expresara su incomodidad. Pero en el curso de todo ello Mena temía que nunca llegase a haber entre ellas dos ese calor, tranquilo y natural, que había habido con Aliver y que aún podía sentir en compañía de Dariel. Corinn cumplía con cada uno de los rituales de una relación semejante, pero no llegaba a permitirle del todo en sustancia. Si ahora eran un triángulo —como había dicho la misma Corinn—, tres puntos de un núcleo familiar, su hermana parecía querer que ellos entendieran que ella era el ápice; Mena y Dariel sólo eran la base que la sustentaba a ella.

Ninguna de esas cosas permaneció demasiado alejada de los pensamientos de Mena durante la procesión fúnebre azotada por el viento. Corinn sonrió mientras aparecía a su lado. Levantó el brazo de la ahora obvia curva de su vientre encinto y puso los dedos sobre el brazo de Mena por un momento.

—Hermana —dijo—, al fin ha llegado el día. Hoy haremos muy feliz a nuestro padre. Lo sabes, ¿verdad? Estoy segura de que él siempre anheló el día en que sería liberado al aire como lo fue madre hace años. Se mezclará con ella y pasarán a formar parte del mismo suelo de esta isla. Nuestro padre estará presente en cada acacia. Recuérdalo.

Eso, aparentemente, era cuanto tenía intención de decir. Cuando empezaba a alejarse, Mena preguntó:

—¿Vamos a hacer un mundo mejor? —Corinn la miró, interrogativa, y ella buscó a tientas la manera adecuada de explicar la pregunta—: No conociste a Aliver... tal como era al final, quiero decir. Si hubieras oído las cosas que dijo... Tenía tantas ideas sobre lo que deberíamos hacer con el poder... Hablaba de un orden diferente para el mundo. Creía que podíamos eliminar cosas como la Cuota.

—No dispongo de tanto tiempo como vosotros para cavilar en esas cuestiones —dijo Corinn—. ¿Vamos a hacer un mundo mejor? Claro que sí. Lo gobernamos en lugar de Hanish. ¿Quién duda que eso no sea ya una mejora?

En sus últimas conversaciones con Corinn, Mena había aprendido que no era bueno discrepar de su hermana. No era que Corinn se enfadara o se pusiera susceptible, como había hecho cuando era más joven. Sólo parecía que ella ya hubiera decidido las cosas por su cuenta. Una vez que había decidido, se mostraba inmovible. Y entonces añadió, dulcemente:

—Es sólo que no hemos abolido la Cuota. No hemos cerrado las minas o...

—No carezco de ideales —dijo Corinn—, si es eso lo que estás sugiriendo. Pero hablar de gobernar es una cosa muy distinta a gobernar realmente. No hay pausa en mi trabajo. Con el tiempo me ocuparé de todas esas cuestiones que has mencionado. De momento, aún estamos persiguiendo a meins fugitivos, aquellos que huyeron de Acacia y de Manil con todo el tesoro que pudieron amontonar en sus barcos. Y las provincias... Te asombrarías, Mena, de cómo se vuelven contra nosotros, alzan barreras, insisten en fijar condiciones, intentan hacerse con cosas a las que no tienen ningún derecho. Sólo con que aceptaran el orden actual, podríamos empezar a ocuparnos de hacer que el mundo fuera... ¿cuál fue la palabra que empleaste?, «mejor». Y los lothan aklun, a los que ninguno de nosotros ha visto nunca, son una preocupación adicional suspendida sobre todo eso. La ironía es que me encuentro confiando por encima de todo en las dos fuerzas a las que más aborrecía antes: la Liga y mis numreks. Al final fueron las que lo hicieron todo posible para mí.

Mena casi dijo que también hubo un ejército que luchó y decenas de miles de personas que murieron por la causa. Casi invocó el sacrificio de Aliver, casi recordó a su hermana que los santoth también habían tenido mucho que ver con su victoria. Pero Corinn no había mencionado su victoria. Había hablado de los numreks como si sólo le pertenecieran a ella y utilizado las palabras «para mí» en lugar de «para nosotros». Mena podría haberla puesto en entredicho sobre todas aquellas cosas, pero lo que hizo fue decir:

—Te ayudaré de todas las maneras que pueda. Sólo tienes que pedírmelo.

—Ya estás ayudando. Sigue adelante con lo de organizar el ejército y adiestrar a una nueva clase de Elite. Vamos a necesitar guerreros realmente soberbios, que

posean tanto nobleza como habilidad. ¿Quién mejor que tú para instruirlos? —Corinn sonrió, una breve sonrisa de labios muy finos—. He oído decir que los narradores ya están tejiendo una leyenda en torno a ti. Hablan de cómo batallaste con una diosa y la precipitaste al vacío desde su dominio en lo alto de la montaña. Aquellos que quieren reabrir la academia acuden a mí prometiendo que enseñarán tus métodos para manejar la espada como la más eximia de las Formas. Tú, hermanita mía, eres una leyenda tanto como Aliver.

—Sólo era un árbol, en realidad —dijo Mena—, donde el águila había hecho su nido, no una montaña. Y lo único que hice fue ingeniármelas para sobrevivir contra ella.

Corinn la estudió por un momento, divertida, con las cejas sobresaliéndole de la frente como dos picos idénticos.

—Los narradores nunca aciertan del todo, ¿verdad? En cualquier caso, me alegro de que tu gallardía no causara tu muerte.

Sospechando que Corinn se disponía a irse, Mena preguntó acerca de otra cosa que la había estado preocupando.

—Hermana, ¿qué les ofreciste a los numreks a cambio de su alianza? Sigo sin entenderlo.

—Pueden gobernar una considerable porción de Talay como les parezca apropiado.

Mena reflexionó un instante.

—Sí, pero eso no parece suficiente.

—Eso es lo que tú crees. —Corinn apartó la mirada, pareciendo haber perdido interés en el tema—. Bueno, ya hemos hablado bastante. Estamos aquí para honrar a dos hombres. Hagámoslo sin más dilación.

En muchos aspectos era maravilloso contemplar la diversidad políglota del grupo que se había reunido junto a los acantilados. Todos permanecían muy quietos, intentando no arrugar la nariz ante el hedor a excrementos de pájaro traído por el viento que subía a lo largo de los acantilados, frío y húmedo debido al mar que había abajo. Los candovios estaban codo a codo con los senivalios, quienes a su vez estaban al lado de los aushenios, resplandecientes en sus atuendos blancos. Incursores de las Islas Exteriores se mezclaban con aristócratas acacios. Sangae, el padre putativo de Aliver, aguardaba entre un grupo de talayos, al lado de un grupo de halaly, y junto a otro de balbara. Los vumus se habían atado plumas de águila en el pelo. Los bethunis llevaban pintura pálida en las caras.

Según la tradición, dos personas honradas que no eran miembros de la familia bajaron las urnas del carro. Kelis, el de oscura piel, curado de la herida que casi le costó la vida el mismo día en que su amigo perdió la suya, llevó la urna de Aliver. Melio, con su largo pelo castaño agitado por el viento, cargaba con los restos de

Leodan. Los dos hermosos a la manera propia de sus pueblos. Tan jóvenes, pensó Mena, tan llenos de vida, fuerza y juventud... Eso era todo lo que hubiese querido Aliver.

Se preguntó, sin embargo, qué habría opinado él de los más dudosos de sus invitados, como Rialus Neptos, que se mantenía en la periferia de la congregación, con el rostro enrojecido y sorbiendo aire por la nariz, y el cuello de su capa subido en torno a las orejas. Sire Dagon y unos cuantos hombres de la Liga asistían también a la conmemoración, cada uno sentado en palanquines transportados por sirvientes. ¿Qué cabida tenían allí esos hombres; hombres que habían abandonado a Leodan, que habían pasado años persiguiendo a Dariel y tratando de acabar con él? Observaban la ceremonia con los mentones ladeados, los ojos elevándose a menudo hacia el cielo lleno de nubes, como si sus mentes ya se hallaran en otro sitio.

Y Calrach y su contingente de numreks ocupaban un puesto de honor. Mena descubrió que la mirada se le iba continuamente hacia ellos, aún más atraída que de costumbre por lo delicado de sus modales, la pulcritud de la vestimenta que llevaban, y el modo en que cada uno de ellos se había apartado el pelo de la cara y se lo había sujetado en una larga coleta trenzada que le colgaba por la espalda. Sus caras no eran tan distintas de las de otras razas. Mena no estaba segura, empero, de si pensaba que ahora se parecían más al resto de los humanos que antes, o si había llegado a sentir que el resto de los humanos se parecían más a los numreks de lo que ella había admitido hasta entonces.

La ceremonia fue muy simple. Se habían reunido allí en calidad de testigos. No hubo ninguna elegía. Nada de últimos ritos. No se pronunciaron palabras en conmemoración de los fallecidos. Nada de música que jugara con las emociones de los espectadores. Todas esas cuestiones habían sido atendidas previamente, en los días que precedieron a éste. Aquí, en la Roca de la Ensenada, los dos difuntos iban a ser liberados como lo habían sido todos los reyes acacios. Corinn dejó claro que consideraba que su hermano había sido un rey, incluso si la corona nunca había llegado a ser puesta oficialmente sobre su cabeza.

Cuando todos estuvieron en su sitio y mirando, Corinn cogió la urna de manos de Melio. Pronunció el nombre de su padre y le deseó paz en el retorno a la sustancia de la tierra y alegría en el reencuentro con su esposa y en el hacerse uno con ella. Desde el momento en que el tapón fue sacado de la urna, cintas de cenizas escaparon rápidamente de ella. Cuando Corinn inclinó el recipiente las cenizas se esparcieron como humo en alas del viento, volviendo a fluir sobre los presentes, regresando por encima de la isla. Un instante después, liberó del mismo modo las cenizas de Aliver, agradeciéndole las proezas de heroísmo por las que siempre sería recordado. Corinn inclinó la cabeza y, mientras lo hacía, pidió a todos los presentes que guardaran silencio en rememoración de los muertos.

Mena ladeó la cabeza pero no cerró los ojos. Observó a su hermana, de pie con un brazo sosteniéndose el vientre, los dedos avanzando y retrocediendo en pequeños movimientos de acuerdo con un ritmo mantenido dentro de su cabeza. Permanecía inmóvil contra el viento, como para hendirlo mejor con las líneas cortantes de sus facciones. Parecía no estar afectada por la emoción. Impaciente, sí, pero distante en alguna manera fundamental.

Las preguntas que habían obsesionado a Mena desde la muerte de Aliver volvieron a acosarla ahora, perturbando la paz de lo que debería haber sido un momento lleno de tranquilidad. Se preguntó si Aliver había cometido un error aquella mañana cuando accedió a batirse en duelo con Maeander. ¿Había sabido que saldría perdedor, o había estado tan consumido por el deseo de venganza que su juicio sufrió en consecuencia? Mena esperaba que eso último no fuese cierto. Quería creer que de alguna manera su hermano había hecho precisamente aquello que deseaba hacer, y que incluso esto de ahora era todo lo que él habría querido que fuera. Quería creer que su padre, todos aquellos años antes, había puesto en movimiento exactamente la cadena de acontecimientos por la que se había decantado. Quería creer que todo esto era obra suya. Pero, a diferencia de su hermana, Mena encontraba imposible hallar consuelo en los absolutos.

Una vez que las cenizas se hubieron dispersado, Corinn se dio la vuelta y estudió los rostros apesadumbrados que la observaban. Pareció no tener demasiada paciencia para las emociones que leyó en ellos.

—Los aquí presentes —dijo, teniendo que levantar la voz para ser oída por encima del viento— representáis a todos los pueblos del Mundo Conocido. Hacedlo con orgullo, con esperanza en lo que ha de venir. Esos reyes de Acacia... son libres, al igual que lo es nuestra nación. Ahora tenemos la ocasión de crear el mundo que anhelaban esos dos soñadores. —Su mirada se posó sobre Mena por un instante y luego siguió adelante—. Así que ahora, pueblo mío, limpiaos las lágrimas de vuestras caras y volvámonos hacia los días venideros tal como Leodan y Aliver habrían querido que hiciéramos. Vayamos juntos a su encuentro, con fortaleza en nuestros corazones, con confianza en todo lo que hacemos.

Unos instantes después, Corinn se apartó del acantilado. Deteniéndose junto a Mena, se le acercó y preguntó:

—¿Realmente quieres saber qué les ofrecía los numreks? Hay una cosa que anhelan por encima de todo, y es regresar a su tierra natal y vengarse de los lothan aklun que los expulsaron al hielo hace años. Ésa es una guerra en la que creo que hemos de tomar parte, por nuestras propias razones. Cuando llegue el momento apropiado empezaremos a prepararnos. Nosotros, los numreks y la Liga lanzaremos una flota al interior de las Laderas Grises contra los lothan aklun. Entonces tendré el poder suficiente para cambiar el mundo haciendo que sea mejor de lo que es. —



Retrocedió para poder verle los ojos a su hermana—. Nuestras batallas no han terminado, Mena. No estaremos seguros hasta que todo el mundo se incline ante nosotros. Ahora ya sabes qué es lo que tengo intención de hacer.

Con eso se fue, dejando a Mena de pie allí mientras la procesión empezaba a fluir en torno a ella. Sintió una presencia a su lado, y supo que era Melio cuando él deslizó la mano en la suya y le preguntó si se encontraba bien. Mena no estuvo segura de qué respuesta debía dar a esa pregunta. Contemplando la espalda de Corinn mientras se alejaba, se dio cuenta de que no había reconocido del todo al mundo como era ahora y quién iba a gobernarlo. Entonces comprendió por primera vez quién era su hermana realmente. Había oído el título antes, pero ahora le llegó como palabras grabadas en el aire ante ella. La dejaron atónita.

Allí ante ella, alejándose colina abajo a través de la luz crepuscular azotada por el viento, iba la Reina de Acacia, con los antebrazos curvados en torno a su heredero y su séquito tras ella, el futuro era suyo para que le diera forma.

**Fin**

